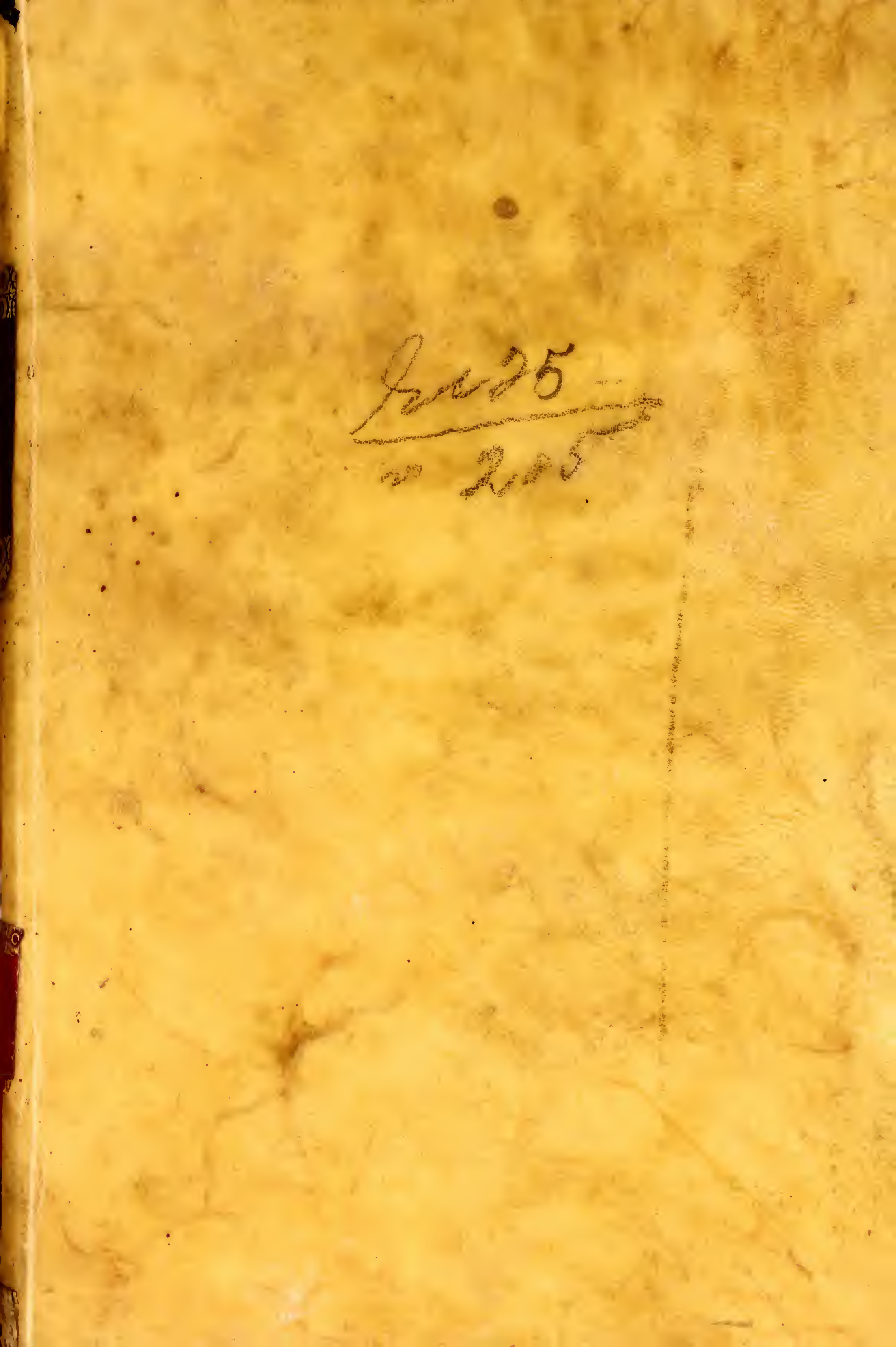
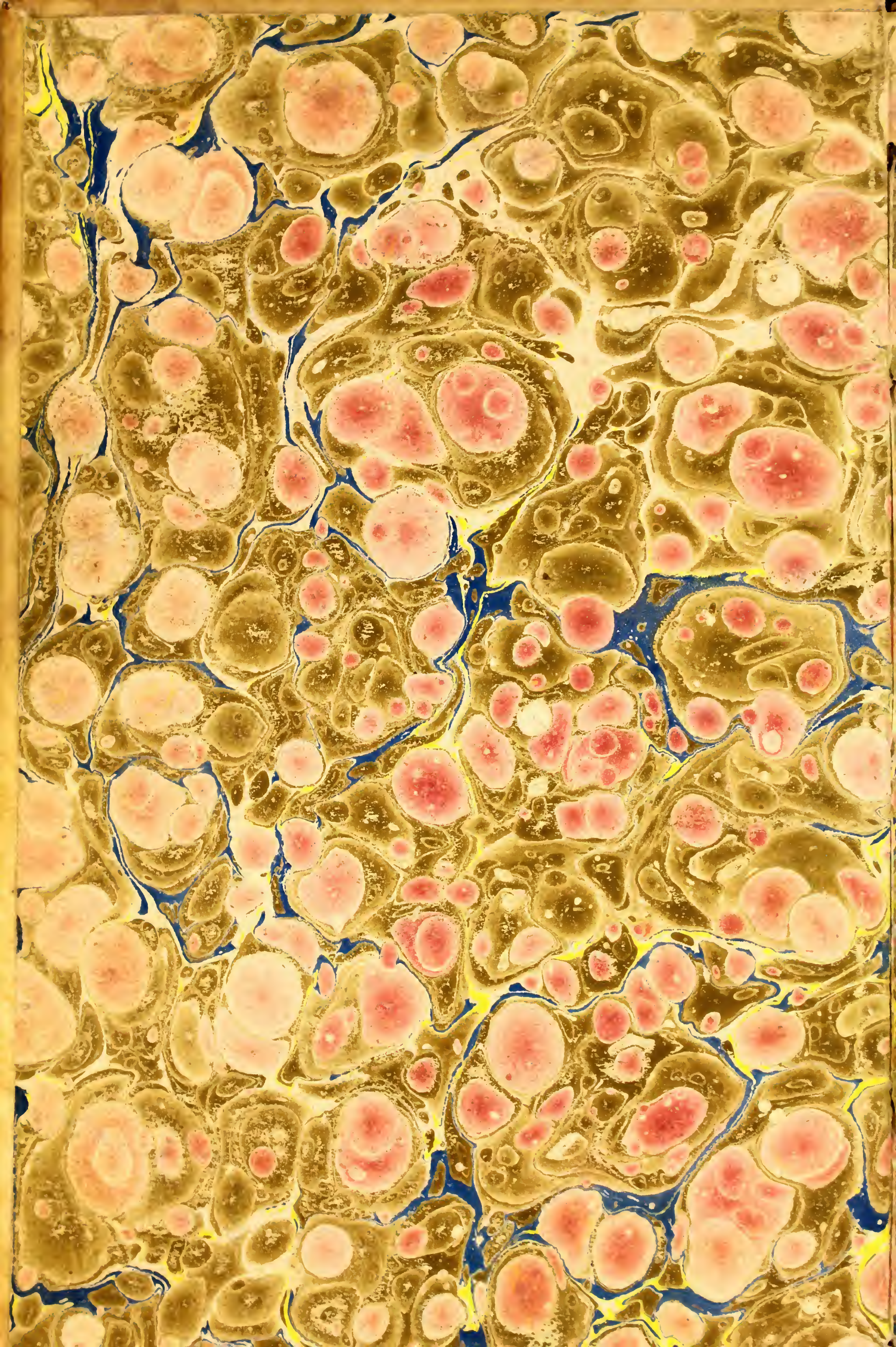
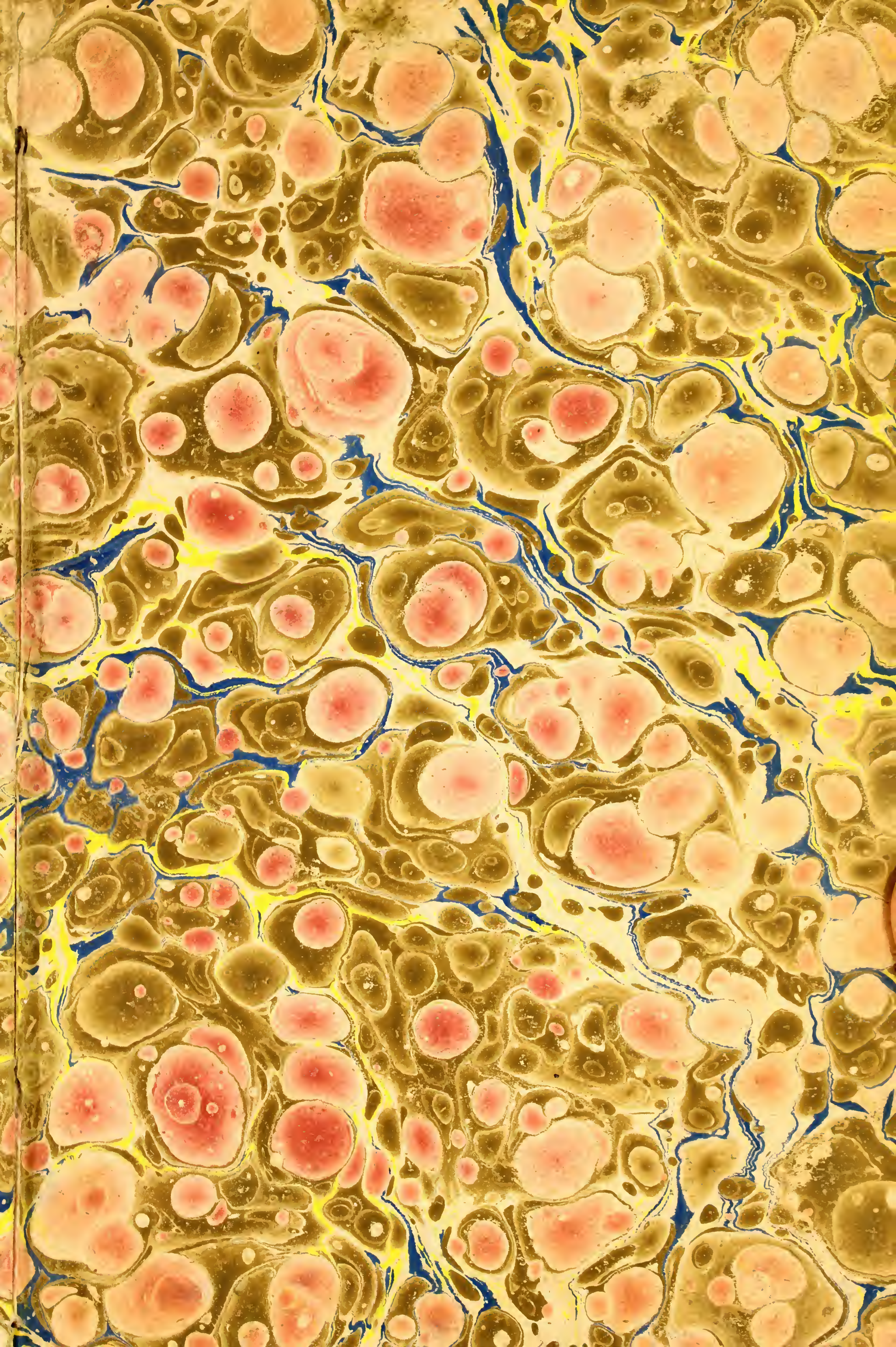

Jur 25
2205





HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

HISTORIA

DE

LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO,

POR

EDUARDO GIBBON.

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.



BARCELONA.

POR DON JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,

CALLE DE MONSERRATE, NÚM. 10.

1847.

HISTORIA

DE LA

DECADENCIA Y RUINA

DEL

IMPERIO ROMANO.

CAPITULO LXII.

Los emperadores Griegos de Niza y Constantinopla. — Ensalzamiento y reinado de Miguel Paleólogo. — Su union fementida con el Papa y la Iglesia Latina. — Intentos enemigos de Cárlos de Anjú. — Asonada de Sicilia. — Guerra de Catalanes en Asia y Grecia. — Revoluciones y estàdo presente de Atenas.

Se envalentonan algun tanto los Griegos con la pérdida de Constantinopla; y príncipes y nobles se descuelgan de sus alcázares para guerrear, parando los escombros de la monarquía ruinosa en manos del aspirante mas ducho y esforzado. En las pájinas dilatadas y aridísimas de los anales bizantinos (1) descuellan por fin los prohombres Teodoro Lascaris y Juan Ducas Vataces (2), quien repuso y enarboló el estandarte Romano en Niza de Bitinia (1204 — 1222). Variaron sus índoles con arreglo á la diferencia de sus situaciones. Reducíase el mando del fujitivo Lascaris en sus primeros conatos á dos mil soldados; fué su reinado el trance de una desesperacion gallarda y eficacísima; corona y vida eran las puertas en todos sus lances, arrollando enemigos por el Helesponto y el Meandro con asombrosa velocidad é incontrastable denuedo. Un reinado victorioso de diez y ocho años fué dando al principado de Niza los ámbitos de un império. Fundóse el sólio de su yerno y sucesor Vataces sobre mas sólido cimiento (1222—1255), campo mas anchuroso y recursos mas colmados; siendo jenial y ventajoso á Vataces el computar los riesgos, trances y afianzamientos de sus intentos grandiosísimos. Al menguar los Latinos, he ido compendiando los medros del Griego; los pasos cuerdos y comedidos de un vencedor que en un reinado de treinta y tres años, fué rescatando las provincias de usurpadores nacionales y advenedizos, para venir á estre-

char por donde quiera la capital, tronco desenramado y exhausto, y por tanto caedizo al primer hachazo. Pero su réjimen interior y pacífico es todavía mas acreedor á nuestra mencion y nuestras alabanzas (3). Despoblaron y desustanciaron la Grecia miles de calamidades; yacieron yertos los móviles y los medios de la agricultura, y las vegas mas pingües carecieron de cultivo y de moradores. Ocupó el emperador parte de aquellos baldíos para esquilmarlos en beneficio propio ú ajeno; su mano poderosa y su vista perspicaz suplieron ó sobrepujaron el esmero individual del labrador mas consumado; el patrimonio real vino á ser el verjel y el granero del Asia, y sin empobrecer el pueblo, se granjeó el soberano un caudal inocente y en estremo productivo. Mieses ó viñedos preponderaban segun la naturaleza del terruño; retozaban potros y terneros, corderillos y cerdos por las praderas, y al presentar Vataces á la emperatríz una corona de perlas y diamantes, le manifestó que preciosidad tan galana y acreedora á su sonrisa procedia de la venta de huevos de su inmenso gallinero. Acudia con sus cosechas al mantenimiento de su palacio y de los hospitales, á los requisitos de su señorío y de su beneficencia, siendo todavía mas provechosa la enseñanza que la renta: recobró el arado su antiguo timbre y resguardo, y aprendieron los nobles á plantear unos rendimientos seguros é independientes en sus estados, en vez de engalanar sus ostentosas escaseces desangrando al pueblo, ó (lo que que equivale á lo mismo) con las finezas de la corte. Los Turcos con quienes Vataces conservó estrechez entrañable, le feriaban con afan el sobrante de trigo y de ganados, dificultando la introduccion de artefactos advenedizos, como las sedas costosísimas de Oriente y los esmerados tejidos italianos. «Las urjencias naturales» solia decir «son imprescindibles, pero las modas se remontan ó yacen, segun el aliento del monarca,» y con su mandato y su ejemplo estaba recomendando la sencillez de costumbres y el uso de la industria casera. Clavó su ahinco en la educacion de la juventud y el renacimiento de la literatura; sin pararse á deslindar la preeminencia, andaba repitiendo con toda verdad, que el príncipe y el filósofo eran los sujetos descollantes (4) en la sociedad humana. Fué su primera esposa Irene, hija de Teodoro Lascaris, dama todavía mas esclarecida por sus atributos personales, y las prendas comedidas de su sexo, que por la sangre de Anjelos y Comnenos que corria por sus venas traspasándole la herencia del imperio. A su muerte contrajo luego á Ana, ó Constancia, hija natural del emperador Federico Segundo y hermana de Manfredo, despues rey de Nápoles; mas como la novia no estaba todavía en sazon, colocó en su lecho solitario á una señorita italiana de su comitiva, y su flaqueza enamoradiza franqueó á la manceba los honores, mas no el dictado, de lejítima emperatríz. Tacharon los monjes aquel deslíz de pecado enorme y afrentoso, y sus descompasadas

reconvenciones patentizaron el aguante varonil del réjio amante. Un siglo filosófico no podrá menos de disculpar aquel desbarro único y rescatado con un sin número de realces, y en la reseña de sus imperfecciones y de los impulsos mas comedidos de Lascaris, el concepto de los contemporáneos se atemperaba con el agradecimiento á los segundos fundadores del imperio (5). Los esclavos de la soberanía latina, viviendo sin paz y sin ley, estaban aclamando la dicha de sus hermanos, quienes habian recobrado su independencia nacional, y Vataces echó el resto con la mira loable de convencer á todos los Griegos cuan interesados estaban en alistarse igualmente en el número de sus venturosos súbditos.

Bastardea un tanto su hijo Teodoro, deslindándose el fundador y sostenedor de la gran mole, y el heredero y disfrutador de la brillantísima corona imperial (6). La índole de este, sin embargo, no carecia de algun brio; pues educado en la escuela del padre, se ejercitó en la guerra y en la caza; se abstuvo de Constantinopla, pero en el trienio de un reinado breve, por tres veces capitaneó sus tropas por el interior de la Bulgaria. Mancilló sus altas prendas con arranques coléricos y con su jenio suspicaz; los primeros por el desenfreno de su jerarquía, y el segundo pudo provenir de sus escasos alcances para desenmarañar los móviles recónditos de las operaciones humanas. Consultó marchando á Bulgaria un punto de política con sus ministros, y el letrado griego Jorje Acropolita se arrojó á lastimarle, esponiéndole sin rebozo su concepto pundonoroso. Va el emperador á desenvainar su cimitarra; pero luego reserva su saña violenta para imponerle otro castigo mas ruin y alevoso. Manda á uno de sus palaciegos que se apee, lo desnude y lo tienda en el suelo á presencia del príncipe y del ejército. Dos guardias ó sayones, le descargan allí tan repetida y reciamente sus mazas, que cuando llegó el caso de señalarles que cesen, el gran letrado apenas pudo incorporarse y volverse á gatas á su tienda. Retraido por algunos dias, acudió luego al consejo con mandato terminante, y tan ajenos vivian los Griegos de todo asomo de pundonor y empacho racional, que por la relacion del mismo paciente quedamos tan enterados de su fracaso (7). Se enconó mas y mas la crueldad del emperador con las angustias de su dolencia, la cercanía de un fin anticipado y su sospecha de májia y de veneno. Vidas y haberes, ojos y miembros de nobles y deudos estaban pendientes de sus ímpetus, y aun en vida mereció el hijo de Vataces apellidarse tirano por su mismo pueblo, ú á lo menos por su corte. Movióle á enojo una matrona de la alcurnia de los Paleólogos por el desaire de negar su linda niña á un novio plebeyo que tuvo el antojo de recomendarle. Desentendiéndose de su edad y nacimiento, la mandó encerrar en un saco atado al cuello y atestado de gatos, aguijoneándoles para encolerizarlos contra la desventurada prisionera. Pero en sus dias postreros por fin el emperador prorumpió en anhe-

los de indultar y ser indultado, temeroso del paradero de su hijo y sucesor Juan, que siendo de ocho años, iba á correr los peligros de una minoría dilatada. En su disposicion última encargó la tutoría á la santidad del patriarca Arsenio, y al teson del gran doméstico Mutalon, que sobresalia igualmente por su privanza real y por el odio público (1259 agosto). Desde la llegada de los Latinos, nombres y privilejios de jerarquía hereditaria habian ido trascendiendo á la monarquía griega, y familias nobles (8) estaban malhalladas con el ensalzamiento de un privado indigno, á cuyo influjo echaban los desbarros y calamidades del reinado último. En el primer consejo trae el fallecimiento del emperador, Musalon, encumbrado en un sólio, estuvo pronunciando una apolojía esmerada de su conducta y de sus intentos; prorumpen todos en un disparo de arranques y esperanzas de sus merecimientos y cabal desempeño, y entre la aclamacion unánime sobresalen los émulos mas enconados, saludándolo por ayo y salvador de los Romanos. Aparatan en ocho dias la ejecucion de su trama, y al noveno, celebrándose las exequias solemnísimas por el difunto monarca en la catedral de Magnesia (9), ciudad asiática donde espiró á la orilla y á la falda del monte Sipilo, una asonada de la guardia interrumpe el rito sagrado, matan á Musalon, á sus hermanos y allegados al pié del altar, y asocian al patriarca ausente por nuevo compañero á Miguel Paleólogo, el mas esclarecido por mérito y nacimiento de toda la nobleza griega (10).

Entre los engreidos con su nacimiento, los mas tienen que avenirse á una nombradía meramente solariega; asoman pocos que ansien dar á luz en los anales de su patria los vaivenes de su propia alcurnia; pero desde mediados ya del siglo undécimo descuella esplendorosamente la estirpe de los Paleólogos en la historia bizantina; pero el esforzado Jorje Paleólogo fué el ensalzador del padre de los Comnenos al sólio, y su parentela sigue en todas las jeneraciones encabezando las huestes y los consejos en el estado. No desmerece la púrpura con su entronque, y si la ley de sucesion femenina se observara relijiosamente, nunca la esposa de Teodoro Lascaris se antepusiera á su hermana mayor, madre de Miguel Paleólogo, que luego encumbró su alcurnia al mismo sólio. Los timbres de guerrero y de estadista daban sumo realce á su cuna: á los asomos de su mocedad ejerció ya el cargo de *condestable*, ó adalid de los Franceses asalariados; su gasto diario no pasaba de tres piezas de oro, pero su ambicion era pródiga y codiciosa, y duplicaba sus agasajos con el risueño gracejo de su trato y sus modales. Enceló á la corte con la pasion que le profesaban el vecindario y la soldadesca, y Miguel se salvó hasta tres veces de los trances en que le comprometian su propia indiscrecion y la de sus amigos. I. En el reinado de la Justicia con Vataces sobrevino una reyerta entre dos oficiales, reconviniendo el uno á su contrario por parcial

á los Paleólogos. Decidióse el caso, segun la nueva jurisprudencia latina, por un reto; fracasó el defensor, pero se aferró en su tema de ser solo el culpado, prorumpiendo en aquellas espresiones sin tener parte su principal. Nubló allá cierta sospecha la inocencia del condestable, zahiriéndole mas y mas las hablillas, y un palaciego taimado, el arzobispo de Filadelfia, apuntó la prueba del fuego, ú sea juicio ordeal (13). Tres dias antes del ensayo, atan al brazo del paciente una bolsa con el sello real, y tiene que llevar la barra enalbada de hierro desde el altar hasta el enverjado del santuario, sin fraude ni lesion. Se desentiende Paleólogo de esperimento tan azaroso con agudeza y chiste. « Soy militar » prorumpe « y aquí estoy para lidiar contra mis acusadores, pero un seglar como yo no goza el don de los milagros. *Vuestra* relijiosidad, prelado santísimo, merecerá desde luego la asistencia celestial, y así recibiré de vuestras manos esa mole en ascuas, como prenda de mi inocencia. » Se sobresalta el arzobispo, el emperador se sonrie, y el indulto de Miguel se comprueba con nuevos servicios y crecidos galardones. II. En el reinado siguiente, hallándose de gobernador de Niza, sabe reservadamente que el príncipe ausente adolece de rabiosos zelos, y que su paradero ha de ser ceguedad ó muerte. Entonces el condestable, en vez de esperar el regreso y decreto de Teodoro, huye con algunos secuaces de la ciudad y del imperio, y aunque robado por los Turcomanos en el desierto, lo agasaja el sultan en su corte; aunque mero desterrado, acierta Miguel á dar muestras tanto de lealtad como de agradecimiento, peleando contra los Tártaros, avisando á las guarniciones del confin Romano, y luego con su influjo acarrea la paz, en la que su indulto y llamamiento abultan honoríficamente. III. Al resguardar el poniente contra el déspota del Epiro, retoñan y le sentencian de nuevo las sospechas palaciegas, y es tan entrañable su lealtad ó su apocamiento, que Miguel se aviene á que lo lleven aherrojado por espacio de doscientas leguas desde Durazo hasta Niza. Las atenciones del encargado alivian su quebranto, la dolencia del emperador aventa sus zozobras, y el postrer aliento de Teodoro, recomendándole su hijo tierno, reconoce al mismo tiempo la inocencia y el poderío de Paleólogo. Pero lastimada yace su inocencia, y su predominio queda evidenciado, para doblegarse con todas sus ínfulas en el grandioso campo que se patentiza á su ambicion altanera (14). En el consejo celebrado tras el fallecimiento de Teodoro, fué el primero en juramentarse y en perjurarse con Muzalon, y su conducta fué de tal maestría, que luego en la matanza, sin comprometerse en el atentado, ú por lo menos en la tacha, vino todo á redundarle en provecho. Anduvo pensando, para el nombramiento de rejente, méritos y deméritos de aspirantes; los enzizañó mutuamente, y precisó á los competidores á ir confesando cada cual, que tras sus propios derechos, preponderaban sin disputa los de Paleólogo. Titúlase gran duque, y

acepta ó usurpa, durante una larga minoría, toda la potestad del gobierno; trata con veneracion al patriarca, y embelesa ó enfrena á la nobleza con el predominio de su númen. Custodian los leales Varanjios el castillo fuertísimo de las orillas del Hermo, donde Vataces habia ido atesorando los cuantiosos productos de su economía; conserva el condestable su mando ú su influjo en las tropas estranjeras, y asi se vale de la guardia para disponer del caudal y cohecha con este á la guardia; y por mas que malgastase los haberes públicos, jamás le tildaron personalmente de avariento. Su persuasiva ó la de sus emisarios, fué arraigando el concepto de que en su autoridad y desempeño se cifraba únicamente la prosperidad de todas las clases. Suspendióse la tropelía de los impuestos; tema perpetuo de lamentos populares, vedando desde luego las pruebas ó lides ordeales y de retos. Tambien se abolieron ó socavaron instituciones tan bárbaras en Francia (15) é Inglaterra (16), y la apelacion á las armas lastimaba á los sensatos (17) y horrorizaba á un pueblo afeminado. Agradecieron entrañablemente los veteranos el establecimiento de viudedades; el clero y los filósofos le vitorearon su afan por el fomento de la relijion y las letras, y la promesa jeneral de premiar el mérito se la fué aplicando cada cual á sus propias esperanzas. Hecho cargo del sumo influjo del clero, se esmeró con ahínco certero en afianzar aquella clase poderosísima. El desembolso de su viaje de Niza á Magnesia le proporcionó un pretexto plausible y decoroso; fué visitando á deshora á los prelados de mas suposicion, y el íntegro patriarca se pagó del rendimiento de su nuevo compañero, que le fué guiando la mula del ronzal por la ciudad y alejando el agolpamiento de la muchedumbre. Sin desentenderse de su derecho con el entronque réjio, brindó á los disputantes para que deslindasen el punto de la preferencia de toda monarquía electiva, y sus apasionados preguntaban con desenfado triunfador: ¿qué paciente entregaria su salud, y qué traficante su nave, á la sabiduría *hereditaria* del médico ú del piloto? La niñez del emperador y las zozobras de la minoría estaban requiriendo el arrimo de un ayo cursadísimo en los negocios, y socio además, para despejar la maleza de los envidiosos, encumbrándolo á la jerarquía soberana. Atenido al interés del príncipe y del pueblo, y ajeno de toda mira personal ó de parentela, se aviene el gran duque á manejar é instruir al hijo de Teodoro, suspirando entrañablemente por el venturoso plazo en que logre ya robustecido atender á sus propios haberes, y paladear los ensanches de una vida particular. Revistióse al pronto con el dictado y las prerogativas de *déspota*, que concedia la púrpura y el segundo lugar en la monarquía Romana. Acordóse luego que Juan y Miguel se proclamasen al par emperadores, alzados sobre el broquel, pero que la preeminencia quedase siempre reservada á la cuna del primero. Vinculóse mutua é íntima estrechez entre los co-reinantes, y en caso de rompimiento se obligó á los

súbditos, bajo su juramento de homenaje, para que se declarasen contra el agresor; voz ambigua y semilla de discordia y guerra civil. Satisfecho quedaba Paleólogo; pero el dia de la coronacion en la catedral de Niza, sus parciales desaforados se empeñaron en anteponer la precedencia en edad y merecimientos. Orillóse aquella contienda intempestiva trasladando á coyuntura mas oportuna la coronacion de Juan Lascaris (1260, enero), y anduvo con una diademilla en la comitiva de su ayo, quien recibió solo la corona imperial de manos del patriarca. Muy cuesta arriba se hizo al anciano Arsenio el retraerse de su alumno, pero los Varanjios iban ya blandiendo sus mazas; se le impuso al niño trémulo una señal de anuencia, y aun sonaron voces de que la vida de un niño no debia contrarestar las dichas de la nacion. Cosecha colmada de timbres y empleos fué derramando la diestra de Paleólogo sobre amigos y agradecidos. Creó en su propia familia un déspota y dos sebastocratores, condecorando á Alexio Estrategópulo con el dictado de César, y correspondiendo como adalid veterano con devolver Constantinopla al emperador griego.

Al segundo año de su reinado, residiendo en el palacio y jardines de Nimfeo (18) junto á Esmiarna, llega á deshora un mensajero; y el aviso peregrino se comunica á Miguel dispertándole cariñosamente su hermana Eulojia. Es el recien llegado desconocido ú estraño; no trae credenciales del vencedor César, ni cabe el darle crédito, tras la derrota de Vataces y el desman reciente de Paleólogo en persona, de que un destacamento de ochocientos soldados haya podido sorprender la capital. Detienen al mensajero en rehenes con la seguridad de galardon grandioso ú muerte ejecutiva; y la corte se acongoja con el vaiven de la zozobra ó la esperanza, hasta que van llegando mensajeros de Alexio con el aviso auténtico, ostentando los trofeos de su logro, la espada y cetro (19), los borceguíes y el birrete (20) del usurpador Balduino, habiendo perdido aquellas prendas en su fuga arrebatada. Se celebra junta jeneral de obispos, senadores y nobles, y quizás nunca sobrevino acontecimiento mas jeneralmente placentero y halagüeño. El nuevo soberano de Constantinopla prorumpe en una oracion estudiada congratulándose con la dicha propia y ajena. «Tiempo hubo» dice «harto lejano por cierto, en que los ámbitos del imperio abarcaban allá el Adriático, el Tigris y el confin de la Etiopia. Perdidas las provincias, nuestra capital misma en estos últimos y calamitosos dias, quedó avasallada por los bárbaros occidentales. La oleada de la prosperidad va subiendo desde su ínfimo menguante á favor nuestro, y en preguntándonos cual fué el país de los Romanos, á fuer de fugitivos y desterrados, apuntamos ruborosamente el clima del globo y una porcion del cielo. La divina Providencia nos devuelve hoy la ciudad de Constantino, el solar sagrado de la religion y del imperio, y en nuestro denuedo se cifra el hacer de este recobro la prenda y anuncio de nuestras victorias ve-

nideras.» Era tan sumo el afan del príncipe y del vecindario, que á los veinte dias de su espulsion hizo Miguel su entrada triunfal en Constantinopla. Abrese de par en par la puerta dorada, el devoto emperador se apea, le antecede una imájen milagrosa de María la Conductora, para que la misma Vírjen divina acudiese en persona á guiarle al templo de su Hijo, la catedral de Santa Sofía. Pero tras el primer alborozo de orgullo y devocion, prorumpe en ayes al presenciar aquella soledad y desamparo. Tiznado está el palacio con el humo y el lodo de la hedionda gula francesa; calles enteras yacen asoladas por el fuego ú ruinosas con el trascurso del tiempo; desadornados aparecen los edificios sagrados y profanos, y los Latinos bajo el concepto de su cercano destierro se afanaron únicamente en el saqueo y la destruccion. La anarquía y las escaseces dieron al través con todo jénero de comercio, menguando el vecindario al nivel de la opulencia. Esmérase el nuevo emperador en reponer los nobles por los palacios de sus padres, devolviendo las casas ó los solares á las familias que aprontan los documentos de sus pertenencias. Pero los mas yacen difuntos, ó vagan extraviados, y sus propiedades vacantes vienen á recaer en el señor, quien va repoblando Constantinopla con los advenedizos tras su garboso llamamiento, situando en la ciudad á los *voluntarios* valerosos que la reconquistaron. Retiráronse los barones franceses y las familias principales con su emperador, pero la muchedumbre humilde y sufrida de los Latinos encariñada con el país, prescindia de la mudanza de sus dueños. El cuerdo vencedor, en vez de arrojar las factorías de Pisanos, Jenoveses y Venecianos, aceptó sus juramentos de homenaje, alentó su industria, revalidó sus privilejios y les permitió vivir bajo le jurisdiccion de sus propios majistrados. Pisanos y Venecianos conservaron sus respectivos barrios en la ciudad, por los servicios y el poderío de los Jenoveses al mismo tiempo se hacian acreedores al agradecimiento y á los zelos del vecindario. Su colonia independiente se planteó al pronto en el puerto y ciudad marítima de Heraclea en Tracia; llamóseles al punto para avecindarse exclusivamente en el arrabal de Gálata, punto ventajosísimo, donde resucitando el comercio, desacataron la majestad del imperio bizantino (21).

Solemnizóse el recobro de Constantinopla como la era de un imperio nuevo, el vencedor solo y por el derecho de su espada, renovó su coronacion en la iglesia de santa Sofia, y el nombre y los honores de su alumno Juan Lascaris, soberano lejítimo fueron quedando abolidos (1261 Dic.). Pero vivia mas y mas su derecho en los ánimos del pueblo, y el mancebo réjio está ya en los asomos de su edad varonil y ambiciosa. Enfrena á Paleólogo la conciencia para que empape sus manos en la sangre real é inocente, pero las zozobras de un usurpador y deudo le estrechan para afianzar su solio con uno de aquellos delitos á medias

tan corrientes entre los Griegos modernos. Ciegan é imposibilitan al príncipe para el desempeño de los negocios ; y en vez de la irracionalidad de violentarle los ojos, le inutilizaron el nervio visual con el reflejo intensísimo de una palangana (22) y encastillaron al infelíz Juan Lascaris en una fortaleza remota, donde siguió viviendo largos años solitario y olvidado. Parece que no caben remordimientos en maldad tan serena y premeditada ; mas si lo deja el cielo allá en paz, acuden los hombres á desagraviarse de aquel estremo de crueldad y alevosía. Su volencia impone á los rendidos palaciegos mudez y aun aplauso ; mas el clero usa de su derecho para hablar en nombre de su dueño invisible, acaudillando á sus lejiones un prelado, cuya índole sabe priscindir de zozobras y esperanzas. Arsenio, tras una breve renuncia (23) de su prelacía, se habia dignado ascender al sólio patriarcal de Constantinopla para presidir al restablecimiento de la Iglesia. Las arterías de Paleólogo van trayendo engañada su relijiosidad sencilla, y su cordura y aguante debian amansar al usurpador, en amparo y salvamento del príncipe mancebo. Sabe aquel desenfreno tan inhumano, y desenvaina, como patriarca, sus armas espirituales, acudiendo en el trance la misma supersticion al resguardo de la humanidad y la justicia. Junta en concilio sus obispos y todos á impulsos de su ejemplo, pronunciaron sentencia de escomunion, aunque por miramiento siguen repitiendo el nombre de Miguel en el rezo público (an. 1217—1268). No habian prohijado los Orientales las máximas azarosas de la antigua Roma, ni se propasaron á estremar sus censuras, deponiendo príncipes, y descargando á las naciones de sus juramentos de homenaje. Mas horrorizaba ya todo Cristiano deshermanado de Dios y de la Iglesia, y en una capital de suyo alborotadora y fanática, aquella ojeriza pudiera armar el brazo de algun asesino, ú mover una asonada en el vecindario. Se hace cargo Paleólogo de aquel sumo peligro, confiesa su culpa é implora indulto ; el esceso es ya irremediable, su logro conseguido, y la penitencia rigurosísima que el pecador está pidiendo lo encumbrara á la jerarquía de todo un santo. El patriarca empedernido se desentiende allá de toda compensacion y de todo asomo de misericordia, y solo prorumpe en que para tan horrendo atentado, tiene que ser grandísimo el desagravio. «¿Será forzoso deseñirme la diadema?» dice Miguel, en ademan de arrimar el alfanje del estado, ú por lo menos, de aparentarlo. Arsenio se abalanza ya á la prenda de soberanía ; pero echando de ver que el emperador no se allana á tanto, huye airadamente á su celda, y deja al pecador imperial arrodillado y lloroso á su puerta (24).

Dura por mas de tres años el peligro y el escándalo de la escomunion, hasta que con el tiempo y el arrepentimiento va amainando el clamor popular y hasta que sus propios hermanos, vituperaron á Arsenio tan infle-

xible tirantez, ajenísima de la conmiseracion esencialmente evanjélica. Tenia taimadamente insinuado el emperador, que si seguian rechazándolo mas y mas en su propio solar, acudiria al Romano pontífice como á juez mas induljente, pero se hacia mas obvio y efectivo aquel juez encumbrándolo á lo sumo en la iglesia bizantina. Cunde allá una hablilla de conspiracion y desafecto contra Arsenio; mediaban irregularidades en su colocacion y desempeño; un sínodo lo depone de su silla episcopal, y un piquete de tropa lo traslada á una islilla de la Propóntida. Al salir para su destierro se empeña ceñudamente que se inventarien los tesoros de la iglesia; blasona de que todos sus haberes se reducen á tres piezas de oro ganadas copiando los salmos; se maneja con el mayor despejo y serenidad, y niega hasta su postrer aliento el indulto implorado por el pecador imperial (25) Tras alguna demora Gregorio (*j*), obispo de Andrinópolis, pasa á la silla bizantina; pero se le conceptua desautorizado para absolver á todo un emperador y le sustituyen Josef, monje venerando, para desempeño de tantísima entidad. Se aparata aquella solemnidad á presencia del senado y del pueblo, y á los seis años el humildísimo penitente queda reincorporado en la comunion de los fieles, y la humanidad se consuela un tanto con que mejorase la suerte del encastillado Lascaris en demostracion de entrañable remordimiento. Pero el denuedo de Arsenio se robustece sin término al arrimo poderoso de monjes y clérigos, quienes perseveran aferradamente en su cisma por mas de cuarenta y ocho años. Se desentienden Miguel y su hijo con sumo miramiento de aquella extremada escrupulosidad, medió un afan ahincado y formalísimo de la Iglesia y el estado para la reconciliacion de los Arsenitas. A impulsos del mútuo fanatismo se acordó sentenciar la causa por medio de un milagro, y al echar sobre las ascuas ambos escritos en defensa de sus respectivas parcialidades se contó desde luego con que la verdad católica saldria intacta de aquel trance.... pero ¡ay Dios! ardieron entrambos papeles, y aquel fracaso imprevisto acarreó la hermandad de un dia, renovando luego la contienda de un siglo (26). Victoria vino á ser para los Arsenitas el convenio final, pues el clero por cuarenta dias se abstuvo de toda funcion eclesiástica, se impuso una penitencia leve á los seglares; depositaron el cuerpo de Arsenio en el santuario; y príncipe y vecindario quedaron redimidos de los pecados de sus padres en nombre del santo difunto (27).

El afan de plantear su familia fué allá el móvil, ó cuando menos el pretesto de Paleólogo para su atentado y ansiaba en el alma el arraigar la sucesion compartiendo con su primogénito el timbre de la púrpura. Quedó Andrónico, apellidado luego el mayor á los quince años de edad, proclamado y coronado emperador de los Romanos (añ 1259 —1282), y desde aquella fecha primera de un reinado larguísimo y oscuro, obtuvo por nueve años el dictado de compañero; y hasta cincuenta como sucesor

de su padre. Si el mismo Miguel viviera como particular se le conceptuara de dignísimo para imperar pues que el embate incesante de enemigos espirituales y temporales le franqueó escasísimos ratos para afanarse por su propia nombradía y la felicidad del estado. Desapropió á los Francos de las islas preeminentes del Archipiélago, Lesbos Escio y Rodas; envió á su hermano Constantino para mandar en Malvasía y Esparta y los Griegos se rehicieron con la parte oriental de la Morea desde Argos y Napoli hasta el cabo Tenaro. Abominaba ruidosamente el patriarca de tanto derramamiento de sangre cristiana, y el descocado sacerdote se propasaba á interponer sus zozobras y escrúpulos en las armas de los principes. Pero al aferrarse en aquellos adelantos por el Occidente, quedaban indefensos todos los paises allende el Helesponto, y las correrías turcas fueron comprobando el anuncio de un senador moribundo, á saber que el recobro de Constantinopla redundaria en el esterminio del Asia. Los lugartenientes de Micael le estuvieron redondeando sus conquistas, mientras yacia enmoheciéndose su espada en el palacio; y mancilló con crueldades y marañas políticas las negociaciones que trajo con los papas y el rey de Nápoles (28).

I. Era el Vaticano el albergue mas obvio para un emperador latino destronado, y así el papa Urbano IV se mostró condolido de las desventuras y vengador de los agravios del fujitivo Balduino. Manda pregonar cruzada con indulgencia plenaria contra los Griegos cismáticos, escomulgando á sus aliados y adictos, é implorando á Luis IX á favor de su deudo y pidiendo el décimo de las rentas eclesiásticas de Francia é Inglaterra para el servicio de la guerra santa (29). El despejado Griego, alerta siempre sobre las tormentas asomantes por el ocaso se esmera en alejar ó arrancar las iras del papa, con embajadas rendidas y cartas respetuosas, insinuando, que tras la paz consolidada vendria de suyo la reconciliacion y obediencia de la Iglesia griega. Ardid tan vulgar no podia desvanecer á la Corte romana, y se contestó á Miguel que el arrepentimiento del hijo debia encabezar la indulgencia del padre y que la fé (voz muy ambigua) habia de ser cimiento de la intimidad y alianza. Tras larga y estudiada demora los asomos del peligro y las instancias de Gregorio X le precisan á formalizar una negociacion: cita el ejemplar del gran Vataces, y el clero griego calando el intento de su príncipe no se sobresalta por los primeros pasos de la reconciliacion y el acatamiento. Pero al ir estrechando la conclusion del ajuste manifiestan por fin los Orientales, que los Latinos sino en el nombre son herejes en la realidad, y que menosprecian á los tales advenedizos como á lo ínfimo del linaje humano (30). Empéñase el emperador en persuadir cohechar y estremecer á los eclesiásticos mas populares, en ir ganando los votos individualmente y en ir reconviniendo en los impulsos de la caridad cristiana y el bienestar nacional. Se van justiprecian-

do en el crisol de la teolojía y de la política de los santos Padres y las armas de los Francos y sin aprobar espresamente la adicion al credo Niceno, por fin los mas comedidos se allanan á confesar que las dos proposiciones tan encontradas de proceder del Padre *por* el hijo y de proceder del Padre y del Hijo pudieran hermanarse en sentido cabalmente católico (31) Mas comprensible se hacia la supremacía del papa, y mucho mas cuesta arriba de admitir; pero Miguel les hizo cargo de que podian avenirse á nombrar al obispo Romano como primer patriarca y que su distancia y su agudeza resguardaria los ensaches de la Iglesia oriental contra las resultas aciagas del derecho de apelacion. Protestó que sacrificaria su imperio y su vida antes que allanarse al ínfimo menoscabo en punto á fé acendrada é independencia nacional; declaracion que vino á sellarse y revalidarse en una bula de oro. Retírase el patriarca Josef á un monasterio para ver de recobrar su sólio, segun el paradero del convenio. Firmaron las cartas de union y obediencia el emperador, su hijo Andrónico y hasta treinta y cinco arzobispos y metropolitanos con sus respectivos sínodos, agolpando en la lista episcopal varias diócesis, ya esterminadas bajo el yugo de los infieles. Compónese una embajada de ministros y prelados al parecer preferentes; se embarcan para Italia con galanos adornos y perfumes peregrinos para el altar de san Pedro, y llevan órdenes reservadas de avenencia y sumision ilimitada. Recíbelos el papa Gregorio X al frente de quinientos obispos (32), que estaban celebrando el concilio general de Lion. Abraza lloroso á sus hijos descarriados y arrepentidos, juramenta á los embajadores, quienes abjuran el cisma á nombre de entrambos emperadores, reviste la mitra y el anillo á los prelados; entonan en griego y en latin el credo Niceno con la adicion de *filioque*, y se gozan todos en el hermanamiento del oriente y del ocaso reservado para pontificado tan venturoso. Para consumar la empresa relijiosísima, tras los diputados bizantinos marchan en dilijencia los nuncios del papa, y su instruccion está patentizando la política del Vaticano, que no se satisface con el dictado aéreo de supremacía. Se les encarga que enterándose del ánimo del príncipe y del pueblo, absuelvan al clero cismático que ha de firmar y jurar su total abjuracion y obediencia, que planteen por todas las iglesias el credo cabal, que aparaten la entrada de un cardenal legado, con plenos poderes y la dignidad de su empleo, y que dejen al emperador muy enterado de las sumas ventajas que le ha de proporcionar el arrimo temporal del Romano pontífice (33).

Mas hallan un país sin el menor amigo, donde toda la nacion se horroriza al nombre de Roma y de hermandad. Está con efecto desviado el patriarca Josef; lo reemplaza Veco, eclesiástico de instruccion y comedimiento, y los idénticos motivos estrechan al emperador para seguir perseverando en sus protestas. Pero allá en sus hablas particulares aparenta

Paleólogo condolerse del orgullo, y vituperar las innovaciones de los Latinos, y al paso que desdora su jerarquía con tan hipócritas dobleces, tiene que sincerar ó castigar la oposicion de sus propios súbditos. Por voto unánime de la nueva y la antigua Roma se fulmina sentencia de escomunion contra los cismáticos pertinaces, la espada de Miguel va ejecutando las censuras de la Iglesia, y á donde no alcanza la persuasiva acuden los argumentos de cárcel, destierro azotes y lisiamiento, las piedras de toque, dice un historiador de los cobardes y los valientes. Reinan todavía dos Griegos en Etolia, Epiro y Tesalia con el dictado de déspotas: se habian allanado ante el soberano de Constantinopla, pero rechazan las cadenas del pontífice Romano, y sostienen aquella repulsa con armas venturosas. Agólpanse á su arrimo los monjes y obispos fujitivos en sínodos enemigos y retuercen el adjetivo de herejes con el aditamiento traspasante de apóstatas: el príncipe de Trebisonda (*c*) se propasa á ostentar el dictado supuesto de emperador y hasta los latinos de Negroponto, Tébas, Atenas y Morea, se desentienden allá de todo merecimiento de convertidos incorporándose pública ó encubiertamente con los enemigos de Paleólogo. Sus caudillos predilectos y aun los de su sangre y alcurnia, van desertando ú haciendo traicion á su sacrílega intimidad. Su hermana Eulogia, una sobrina y dos primas conspiran contra él; otra sobrina, Maria reina de Bulgaria negocia para su esterminio con el sultan de Ejipto, y para el concepto público su traicion se santifica como lo sumo del pundonor (34). Paleólogo va refiriendo sin rebozo á los nuncios del papa mas y mas ejecutivos para la consumacion de su intento, cuanto ha hecho y padecido por aquella causa, manifestándoles los varios escarmientos contra los secuaces criminales de ambos sexos y de todas clases con privacion de honores, haberes y aun libertad; como lo acredita la lista larguísima de confiscaciones y castigos impuestos á individuos íntimos del emperador y de su mas estrecha privanza. Los acompañan á la cárcel para presenciar las cadenas de cuatro príncipes de la sangre real, aherrojados en sus respectivos ángulos y estremeciéndose ruidosamente con agonías de pesar y de saña. En breve libertaron á dos de aquellos presos, al uno ya sumiso, y al otro para el cadalso; cegaron á los otros dos por su pertinacia y hasta los griegos menos opuestos á la union se condolieron de trajedia tan sangrienta y aciaga (35). Corresponde á todo perseguidor el odio de sus parientes; pero suelen abrigar algun consuelo con el testimonio de su conciencia el aplauso de sus parciales y allá tal vez el logro de sus anhelos. Pero la hipocresía de Miguel, obrando tan solo por motivos políticos no podia menos de precisarle á odiarse á si mismo á menospreciar á sus secuaces, y á mirar con aprecio y envidia á los campeones rebeldes quienes lo detestan y menosprecian. Aborrécele por sus tropelías Constantinopla, y Roma los está tildando de tibieza y aun de doblez, hasta que al fin el papa Martin IV escluye

al emperador griego del regazo de la Iglesia, el cual está empeñado en seducir á un pueblo cismático. Espira luego el tirano, y queda la union disuelta y abjurada por consentimiento unánime, se purifican las iglesias se reconcilian los penitentes, y el hijo Andrónico, llorando los desbarros y pecados de su mocedad, niega, á impulsos de su relijiosidad, á su padre el entierro de príncipe y de cristiano (36) (A. 1283).

II. Con los apuros de los Latinos yacian desmoronadas las murallas y torres de Constantinopla; esmeróse Miguel en restablecerlas aventajadamente, agolpando grandiosos acopios de trigo y abastos salados para sostener un sitio que se estaba siempre recelando del encono de las potencias occidentales. Entre ellas el vecino mas formidable era el soberano de las dos Sicilias, pero mientras los estuvo poseyendo Manfredo, bastardo de Federico II; fué su monarquía mas bien el antemural que el azote del imperio oriental. Aquel usurpador, aunque valeroso y activo tenia que acudir esmeradamente á la defensa de su sólio, y luego como proscrito por varios papas, quedaba separado de la causa comun de los Latinos, empleándose las fuerzas que pudieran sitiar á Constantinopla en una cruzada contra el enemigo doméstico de Roma. Cargó con el galardon del vengador con la corona de las dos Sicilias el hermano de san Luís, Cárlos, conde de Anjú y de Provenza, que capitaneó la caballería en la espedicion santa (37). La ojeriza de los súbditos cristianos precisó á Manfredo para echar mano de una colonia de Sarracenos planteada por su padre en la Pulla, y aquel auxilio tan odioso decifra el reto del héroe católico, que la movió á desentenderse de todo género de convenio. «Llevad este mensaje» dijo Cárlos «al sultan de Nocera que Dios y la espada vienen á ser nuestros árbitros, y que me ha de encumbrar al paraiso, ó yo le he de empozar en el infierno.» Se apersonan las huestes y aunque ignoro el paradero de Nanfeld en el otro mundo, lo cierto es que en este perdió sus amigos y el reino y la vida en la sangrienta refriega de Benevento. Acude al golpe ralea belicosa de nobles franceses á Napoles y Sicilia, y el caudillo desaforado ya está conquistando el Africa, la Grecia y la Palestina. Razones poderosísimas lo arrebatan contra el imperio bizantino, y Paleólogo zozobroso con sus propias fuerzas, apela repetidamente de la ambicion de Cárlos á la humanidad de san Luís quien conserva debido predominio sobre el denuedo disparado de su hermano. Entre tanto embargan á este los pasos de Conradino, último heredero de la casa imperial de Suabia; pero el mancebo desventurado fracasó en la lid desproporcionada y ajusticiado en un cadalso estuvo enseñando á los competidores de Cárlos á temblar no menos por la conservacion de sus cabezas que de sus dominios. Media segundo respiro con la postrer cruzada de San Luís á la costa Africana y por entrambos motivos de interés y de obligacion tiene el rey de Nápoles que acudir y echar el resto en la sagrada empresa. Muere San Luís y se

descarga de la fatiga de un censor virtuoso: el rey de Túnez se reconoce vasallo y tributario de la corona de Sicilia, y los caballeros franceses mas denodados quedan árbitros de alistarse en sus banderas contra el imperio griego, se enlaza estrechamente con la alcurnia de Curtenay apalabrando su hija Beatríz con Felipe hijo y heredero del emperador Balduino con una pension de seiscientas onzas de oro para su mantenimiento, y el padre generoso va repartiendo entre sus aliados los reinos y provincias del oriente, reservando tan solo Constantinopla y el éjido de una jornada en torno para el patrimonio imperial (58). En aquel árduo trance se halla Paleólogo mas enardecido en su firma del credo implorando el amparo del pontífice Romano quien apropiada y decorosamente se muestra revestido de las ínfulas de un arcánjel de paz y padre comun de los Cristianos. A su voz queda la espada de Cárlos clavada en la vaina, y los embajadores Griegos le estan mirando morder enfurecido su cetro de marfil, apesadumbrado en el alma de no ver al punto espeditas y consagradas sus almas. Parece que siguió acatando la intercesion desinteresada de Gregorio X, pero luego Cárlos por cada dia mas desabrido con el engreimiento y la parcialidad de Nicolás IIII, se retrajo al fin por aquella ceguedad por la parentela y toda la familia Ursina, y defraudóse la iglesia del campeon mas denodado en su servicio. Cuaja y sazona por fin la liga tremenda de Felipe, el emperador latino, el rey de ambas Sicilias y la república de Venecia contra los Griegos y con la eleccion de Martin IV papa francés queda sancionado el intento. En cuanto á los aliados franquea Felipe su nombre, Martin dispara una bula de escomunion y Venecia apronta cuarenta galeras, y el poderío formidable de Cárlos consiste en cuarenta condes, diez mil hombres de armas, un cuerpo crecido de infantería y una armada de mas trescientas naves y transportes. Queda señalado un plazo lejano para la incorporacion de tantísimas fuerzas en la bahía de Brindis aventurando allá por floreo una algarada con trescientos caballos, para invadir la Albania y sitiar á Belgrado. Su descalabro embelesa con visos triunfales la vanagloria de Constantinopla; pero Miguel de suyo sagacísimo desconfiando de sus armas, acude á una conspiracion y á la máquina contra un raton que roe los muelles de la trampa, y es el tirano de Sicilia (59).

Entre los secuaces proscritos de la alcurnia de Suabia perdió Juan de Procida una islilla del mismo nombre en la bahía de Nápoles. Noble de nacimiento é instruido por su educacion en el desamparo de su destierro se dedica al ejercicio de la medicina que habia estudiado en la escuela de Salerno. De todo lo defraudó la suerte menos de la vida, y en despreciándola con denuedo, queda ya habilitado un rebelde. Sabe Procida negociar con maestría esponiendo despejadamente sus censales y encubriendo sus íntimos arranques; y en su roce con individuos y naciones va persuadiendo

á todos los partidos que procede únicamente por *sus* respectivos intereses. Está Cárlos acosando á sus nuevos reinos con todo jénero de opresion militar y administrativa (40), sacrificando mas y mas vidas y haberes de los súbditos italianos á las ínfulas del dueño y al desenfreno de sus secuaces. Su presencia reprime el odio de los Napolitanos; pero todo Siciliano aborrece y menosprecia á sus desaforados vireyes; alborota Prócida la isla con su persuasiva, demostrando con especialidad á los barones sus ventajas peculiares en la causa jeneral. Con el afan de auxilio advenedizo, va visitando alternativamente las cortes del emperador griego y de Pedro rey de Aragon (41), dueño de los países marítimos de Valencia y Cataluña. Ambicioso es de suyo Pedro, y como habiente derecho por su enlace con la hija de Manfredo,(*d*) admite el bríndis de una corona que le cedió Coradino desde el cadalso, arrojando un anillo á su heredero y vengador. Obvio se hace el recabar de Paleólogo el retraimiento de su enemigo con guerra estraña y rebeldía interior: y así franquea aventajadamente un subsidio de treinta y cinco mil onzas de oro para armar una escuadra catalana, que da la vela con bandera sagrada bajo el concepto vistoso de un embate á los Sarracenos de Africa. Disfrazado de monje ó pordiosero el incansable misionero de la rebeldía, vuela desde Constantinopla á Roma y desde Sicilia á Zaragoza: el mismo papa Nicolás sella el tratado, y como enemigo de Cárlos traspasa el don de los feudos de San Pedro de la casa de Anjú á la de Aragon; guárdase por mas de dos años el sijilo, con reserva impenetrable, á pesar de su jiro espedito y de su larguísima estension; pues todos los conspiradores abrigan la máxima del mismo Pedro, quien manifiesta que se ha de cortar la mano izquierda si se propasa á escudriñar los intentos de la derecha. Cárgase la mina allá con maña honda y azarosa, mas queda en duda si la grande esplosion de Palermo fué casual ó premeditada.

En la víspera de Pascua (añ. 1382 marzo 30) una porcion de ciudadanos desarmados sale de una iglesia de estramuros, y un oficial francés se desmanda desaforadamente con una señorita (42). Cae muerto al punto el agresor, y aunque al pronto la fuerza militar dispersa la muchedumbre, pero por fin su número y su saña preponderan: se abalanzan los conspiradores á la coyuntura; corre la llama por toda la isla, degollando revueltamente á ocho mil Franceses, matanza que sonó en todos tiempos bajo el nombre de VISPERAS SICILIANAS (43). Tremolan por todos los pueblos los estandartes de la libertad y de la iglesia; la presencia y el alma de Prócida enardece la asonada; acude Pedro de Aragon desde la costa de Africa á Palermo, y lo aclaman rey y salvador de la isla. Atónito y exánime se muestra Cárlos con la rebeldía de un pueblo que ha estado tanto tiempo hollando á sus anchuras, y prorumpe tras el primer ahogo de su quebranto y amargura. «¡Ay Dios si tienes decretado el humillarme, otórgame por

lo menos, un descenso comedido y suave desde la cumbre de tal grandeza.» Retira su ejército y armada, que están ya cuajando los puertos de Italia, atropelladamente de la espedicion á Grecia, y la situacion de Mesina espone al vecindario á los primeros disparos de su venganza. Endebles de suyo y desahuciados de auxilio advenedizo, se arrepintieran los ciudadanos, contentándose con un indulto jeneral y seguro y la conservacion de sus fueros. Pero le revivieron sus ínfulas al monarca, y los ruegos mas encarecidos del legado no le pueden recabar mas que la promesa de indultar á los demás, en aprontándole hasta ochocientos rebeldes entresacados, para ejecutarlos á su albedrío. La desesperacion devuelve su aliento á los Mesineses; asoma Pedro de Aragon para su resguardo (44), y arroja al competidor, quien tiene que cejar por falta de abastos y la zozobra del equinocio á la costa de Calabria. Al mismo tiempo el almirante catalan, el ínclito Rojer de Lauria, barre el canal con su escuadra incontrastable, abrasando ú destrozando la armada francesa, mas crecida por el número de sus transportes que el de las galeras; descalabro irreparable y que afianza la independencia de Sicilia y el salvamento del imperio griego. Holgóse el emperador Miguel, pocos dias antes de su muerte, con el vuelco de un enemigo que odiaba y temia, y quizás le cupo complacerse en el concepto de que á no estar él para contrarestarle, Constantinopla y la Italia obedecieran pronto á un mismo dueño (45). Desde aquel desastrado trance, se siguieron mas y mas eslabonando las desventuras de Cárlos: desacataron á su capital, le aprisionaron el hijo, y se empozó en el sepulcro sin recobrar la Sicilia, que tras una guerra de veinte años quedó desmembrada del sólio de Nápoles, é incorporada, como reino independiente, á la rama menor de la casa de Aragon (46).

Nadie supongo que me ha de tachar de supersticioso, mas no puedo menos de anotar, que ya en este mundo, se van eslabonando de suyo los acontecimientos con visos patentes de contraposicion. Salva el primer Paleólogo su reino trastornando los del occidente con asonadas sangrientas, y de aquella maleza de discordia asoma una jeneracion de hierro que asalta y acosa el imperio de su hijo. Modernamente las deudas y los impuestos gangrenan el regazo mismo de la paz; pero en los gobiernos frájiles y desquiciados de la edad media, las huestes indisciplinadas lo conmovian y asolaban todo. Haraganes de suyo y altaneros los asalariados ni trabajaban ni pedian, viviendo siempre de salteamientos y rapiñas; acaudillados tras la bandera de un adalid robaban mas decorosa y desahogadamente, y el soberano para quien eran inservibles y angustiosos, se esmeraba en desviar aquel raudal sobre algun país cercano. Tras la paz de Sicilia, miles de Jenoveses, *Catalanes*, etc., combatientes por mar y tierra bajo los pendones de Anjú ó de Aragon, vinieron á cuajar una sola nacion por la semejanza de costumbres é intereses. Oyen que los

Turcos han invadido las provincias griegas del Asia: Acuerdan empaparse en el esquilmo de pagas y de presas, y Federico rey de Sicilia les apronta garbosamente medios para su marcha. Tras veinte años de guerra incesante, naves ó campamentos constituyen su patria; sin mas haber ni ejercicio que el de las armas, el denuedo es el único atributo que los prenda; sus mujeres se hermanan en la índole con sus amantes y maridos. Se contaba que los Catalanes de una cuchillada con su montante rajaban el jinete y el caballo, y aquella misma hablilla era de suyo una arma poderosísima. Era Roger de Flor (*e*) su adalid mas popular, y su mérito personal descollaba sobre el de los competidores mas eminentes de Aragon. Hijo de un caballero aleman palaciego de Federico Segundo y de una señorita de Brindis, fué Roger sucesivamente ya templario, luego apóstata, despues pirata, y por fin el almirante mas opulento y poderoso del Mediterráneo. Surca de Mesina para Constantinopla con diez y ocho galeras, cuatro naves mayores y ocho mil aventureros (*f*), y Andrónico el mayor cumple puntualmente el tratado, aceptando gozoso y despavorido auxilio tan formidable. Le hospedan en un palacio suntuoso y lo enlazan con una sobrina del emperador, creándolo desde luego Megaduque ó almirante de Romania. Tras un descanso decoroso, atraviesa la Propóntida con sus tropas y las capitanea denodadamente contra los Turcos; fenecen hasta treinta mil Musulmanes en dos batallas sangrientísimas, descerca ejecutivamente á Filadelfia, y se le condecora con el dictado de libertador del Asia. Prospera por breve plazo aquel país, pues tras el ansiado despejo, se nubla de nuevo con mayor lobreguez de servidumbre y esterminio. Huyen, dice un historiador griego, los moradores de la inmensa llamarada, y las hostilidades turcas son mas llevaderas que la intimidad de los Catalanes. (*g*) Se apropian estos las vidas y haberes que rescataron; toda jóven redimida de la ralea circuncidada pára en brazos de la soldadesca cristiana; la exaccion de multas é impuestos dejenera luego en desenfreno y rapiña, y resistiéndose Magnesia, se empeña el Megaduque en sitiar una ciudad del imperio Romano (48). Intenta disculpar tamañas demasías con los ímpetus y desbarros de una hueste victoriosa, no estando en salvo ni su autoridad ni su persona si trata de escarmentar á sus leales secuaces, quienes quedaran defraudados del galardon convenido y cabal de sus servicios. En lamentos y amagos se cifra toda la pujanza imperial de Andrónico; su bula de oro tan solo brindaba para quinientos jinetes y mil infantes, y su dignacion, absolutamente voluntaria, tuvo á bien alistar y mantener toda la hueste agolpada en el oriente; mientras sus aliados preferentes sirven gustosos con tres bizantinos, ó piezas de oro, por su paga mensual, se habian señalado, ya una onza y luego hasta dos, tambien de oro, á los Catalanes, cuyo importe anual venia á ser de medio millon de duros: uno de sus adalides habia tasado comedidamente su desempe-

ño *venidero* en dos ó tres millones de reales, saliendo un caudal crecidísimo del tesoro para el mantenimiento de tan caros sirvientes. Se cargó un impuesto enorme á los labradores sobre el trigo; se rebajó un tercio del sueldo á los empleados, y se adulteró tan vergonzosamente la moneda, que de las veinte y cuatro partes tan solas cinco eran de oro (49). Por intimacion del emperador, tiene Rojer que evacuar una provincia ya exhausta (*h*), mas no se aviene á repartir sus tropas, y usando siempre lenguaje comedido, sigue obrando á su albedrío absoluto. Protesta que en marchando el emperador contra él se adelantará cuarenta pasos para besar la tierra á sus plantas; pero en rehaciéndose de aquella postracion, le queda vida y espada en servicio de sus amigos. El megaduque de Romanía se aviene á usar el dictado y las insignias de César; pero se desentiende allá de la nueva propuesta del gobierno de Asia con un subsidio en trigo y en dinero (*i*) bajo la condicion de reducir su tropa al número comedido de tres mil hombres. Acude el cobarde por último arbitrio al asesinato. Cede el César á la añagaza de visitar la residencia imperial de Andrinópolis, y la guardia Alana lo acuchilla en el aposento y á la vista de la emperatríz, y aunque se achacó la atrocidad á venganza peculiar de los ejecutores (*j*) cupo á sus paisanos que andaban por Constantinopla á las anchuras de la paz igual disposicion de esterminio por el príncipe y el vecindario. El fracaso del caudillo acobardó al conjunto de los aventureros, quienes dando la vela se dispersan por las costas del Mediterráneo, pero un tercio veterano de mil y quinientos Catalanes ó Francos, se plantea en la fortaleza grandiosa de Galípoli sobre el Helesponto, enarbolan el estandarte de Aragon, y claman por el desagravio de su caudillo en lid igual de diez ó de cien guerreros. En vez de aceptar el denodado reto, el emperador Miguel, hijo y sócio de Andrónico, dispone el esterminarlos con la mole de su muchedumbre; echa el resto para agolpar una hueste de trece mil caballos y treinta mil infantes, cuajando al propio tiempo la Propóntida con las naves griegas y jenovesas. La desesperacion y la disciplina de los Catalanes contraresta y arrolla tan exorbitantes fuerzas en dos batallas de mar y tierra; el emperador mozo se guarece en su palacio, dejando tan solo unas guerrillas escasas de caballería para el resguardo de la campiña. La victoria acarrea jente y engrandece las esperanzas; acuden advenedizos y se hermanan en el nombre y los pendones de la *gran Compañía*, pues hasta tres mil Turcos desiertan del servicio imperial para incorporarse en la valerosa milicia. Los Catalanes dueños de Galípoli (*l*) atajan el comercio de Constantinopla y del Mar Negro, al paso que sus correrías están abarcando ambas orillas del Helesponto por Asia y Europa. Los mismos van asolando aquellas cercanías para resguardarse de su embate; campesinos y rebaños se guarecen dentro de la ciudad, y así tienen que degollar á millares el ganado lanar y vacuno

en balde por carecer de pasto de pienso. Implora el emperador Andrónico la paz hasta cuatro veces, y otras tantas queda rechazado, hasta que la falta de abastos y la discordia de los caudillos precisa los Catalanes á evacuar las márjenes del Helesponto y las cercanías de la capital. Sepáranse los Turcos, y por fin los residuos de la gran compañía se interna por la Macedonia y la Tesalia en busca de nuevos establecimientos por el corazon de la Grecia (50).

Olvidada por largo plazo la Grecia, le caben por dispertador de su letargo nuevos quebrantos. En el ámbito de dos siglos y medio entre la primera y última conquista de Constantinopla, batallaron por aquel solar venerable un sinnúmero de tiranillos; careciendo del consuelo de la independencia y de las artes liberales, guerras intestinas y estranjeras siguieron acosando sus ciudades antiguas, y siendo la servidumbre preferible á la anarquía, tienen que gozarse con el sosiego del yugo turco. No he de ir escudriñando las varias y arrinconadas dinastías que ya asomaron, ya desaparecieron, tanto en el continente como en las islas, pero si callásemos la suerte de ATENAS (51), ingratísimos viniéramos á mostrarnos con aquella primera y acendrada escuela de toda sublime ciencia y culto turco. En la particion del imperio cupo el principado de Atenas y de Tebas á Oton de la Roche, guerrero hidalgo de Borgoña (62), con el dictado de Gran Duque (53), entendido á su modo por los Latinos, y derivado mas desvariadamente por los Griegos del tiempo de Constantino (54). Seguia Oton el estandarte del marqués de Monferrato; heredaron pacíficamente aquellos estados, adquiridos milagrosamente en desempeño y suerte, su hijo y nietos, hasta que variaron de familia, mas no de nacion, enlazándose una heredera con la rama primojénita de la alcurnir de Briena. Gualtero, parto de aquel patrimonio, poseyó el ducado de Atenas, y con el auxilio de algunos asalariados Catalanes, á quienes fué otorgando feudos, redujo mas de treinta castillos de los señores cercanos ó vasallos. Al asomar luego la ambiciosa gran compañía, va juntando la fuerza de setecientos caballeros, seis mil y cuatrocientos jinetes y ocho mil infantes, y la arrostra denodadamente á las orillas del rio Cefiso en Beocia. No tienen los Catalanes mas que tres mil y quinientos caballos y cuatro mil infantes; pero suplen la desproporcion del número con el método y el ardid. Empantanan su campamento; adelántase el duque con sus caballeros sin zozobra ni cautela sobre el verdor de una pradera, se encenagan y los destrozan, con la mayor parte de la caballería francesa. Arrojan de allí aquella familia con toda su nacion, y el último Gualtero de Briena, duque tutelar de Atenas, tirano de Florencia y condestable de Francia, vino á perder la vida en los campos de Poitiers. Victoriosos los Catalanes, se apropian el Atica y la Beocia; se enlazan con las viudas é hijas de los vencidos, y por catorce años la gran compañía está mas mas y

aterrando los estados griegos. Sus desavenencias les precisan á reconocer por soberana la casa de Aragon y en todo lo restante del siglo décimo cuarto los reyes de Sicilia siguen concediendo, como pertenencia suya, el gobierno de Atenas. Tras los Franceses y Catalanes asoma la tercera dinastía de los Acaiolis, plebeyos en Florencia, prepotentes en Nápoles y soberanos en Grecia. Van hermoseando la ínclita Atenas con nuevos edificios, y la encumbran en capital de un estado que abarca á Tebas, Argos, Corinto, Delfos y parte de Tesalia, hasta que Mahometo Segundo zanja terminantemente su reinado, ahorcando al último duque y criando á sus hijos en la disciplina y relijion del serrallo.

Aquella Atenas (56), ya ni sombra de su antiguo esplendor, sin asomo de sí misma, contiene todavía de ocho á diez mil habitantes: tres cuartas partes Griegos en idioma y religion, y los turcos, que son los restantes, por el roce con los ciudadanos han ido amainando en el orgullo y la seriedad de su índole nacional. El olivo, don de Minerva, sigue floreciendo en el Atica, y la miel del monte Himeto nada ha desmerecido de su sabor esquísito (57), pero su apocadísimo comercío para en manos advenedizas, y los Walaquios trashumantes: son los labradores de aquel árido terreno. Sobresale todavía el ingenio de los Atenienses por su agudeza y travesura; pero estos atributos careciendo de la sobrehumana independencia, y de la antorcha del estudio, tienen que bastardear mas y mas y parar en astucia interesada y ruin, y suena en el país el proverbio de que, Dios nos libre de los Judíos de Tesalónica, de los Turcos de Negroponto y de los Griegos de Atenas». Aquel pueblo artero ha logrado desentenderse de la tiranía de los bajáes turcos, con un arbitrio que alivia su servidumbre y remata su afrenta. Escogieron los Atenienses por su amparador al Kisluv Agá, ó caudillo de los eunucos negros del serrallo en el siglo anterior. Aquel esclavo etíope, colgado de los oidos del sultan, se aviene á recibir el tributo de treinta mil monedas; su lugarteniente ó vaivoda, á quien anualmente revalida, se apropia además, de cinco á seis mil; y tal es la maestría del vecindario, que por lo mas logra remover á quien lo acosa ó atropella. Sentencia sus pleitos el arzobispo, uno de los prelados mas ricos de la iglesia griega, pues goza una renta de cinco mil duros, y luego hay un tribunal de ocho *ierentes* ó mayores nombrados por otros tantos barrios de la ciudad: las familias nobles no aciertan á deslindar su linaje hasta mas de tres siglos; pero sus individuos principales descuellan con su continente circunspecto, y el dictado altisonante de *arconte*. Hay algunos amantes de contraposiciones que graduan el habla actual de Atenas por la mas estragada y bárbara de los setenta dialectos del griego vulgar (18); pero este concepto es descompasado, y es un tiznon torpísimo; pero no es obvio el hallar en la patria del divino Platon, y de todo un Demóstenes, un solo lector, ó un ejemplar

de sus obras. Andan los Atenienses con despego yerto por los escombros esclarecidos de su antigüedad, y tan avillanada yace su índole, que no alcanzan á deslindar las excelencias de sus antepasados (59).

NOTAS

correspondientes al capítulo sexajésimosegundo.

(1) En cuanto á los reinados de los emperadores de Nicea, y especialmente de Juan Vataces y su hijo, el contemporáneo, único y fidedigo es su ministro, Jorje Acropolita; pero Jorje Paquímero regresó á Constantinopla con los Griegos, á los diez y nueve años (Hankio, de Script. Bizant., c. 33, 34, p. 564 — 578. Fabric., Bibliot. Græc., tom. VI, 448—460) Sin embargo, aunque la historia de Nicéforo Grégoras es del siglo XIV, su narracion es de gran valía, desde la toma de Constantinopla por los Latinos.

(2) Nicéforo Gregoras (l. II, c. 1.) distingue entre él οξεια ορμη de Lascaris y el ευςαθεια de Vataces. Ambos retratos están desempeñados en hermoso estilo.

(3) Paquímero, l. I, c. 23, 24. Nic. Greg. l. II, c. 6. El que lea los Bizantinos, debe advertir cuan raras veces se consiguen tan preciosos pormenores.

(4) Μονοι γαρ ἁπαντων ανθρωπων ονομαςοτατοι βασιλευς και φιλοσοφος (Greg. Acropol., c. 32.) El emperador solia escudriñar y alentar en conversacion familiar los estudios de su futuro logoteta.

(*a*) Hermana de Manfredo, posteriormente rey de Nápoles. Nic. Greg. p. 45.—M.

(5) Compárese el Acropolita (c. 18, 52.), y los dos libros primeros de Nicéforo Gregoras.

(6) A Vataces y á su hijo se les hizo la aplicacion de un dicho persa, que Ciro era el *padre* y Darío el *señor* de sus súbditos. Pero Paquímero (l. I, c. 23.) ha confundido el suave Darío con el cruel Cambises, déspota ó tirano de su pueblo. Al establecer los impuestos. Darío habia incurrido en el nombre menos odioso, pero mas despreciable de Καπηλος mercader ó corredor (Herodoto, III, 89.).

(7) Acropolita (c. 63.) parece admirarse de su propio teson en sobre-

llevar tantos golpes y no volver al consejo hasta que le llamaron. Refiere las hazañas de Teodoro y sus propios servicios, desde el c. 53 al c. 74. de su historia. Véase el libro tercero de Nicéforo Grégoras.

(8) Paquímero (l. I, c. 21.) nombra y deslinda á quince ó veinte familias griegas. No sabemos si quiere dar á entender con esta condecoracion una cadena de oro figurada ó efectiva. Quizá será uno y otro.

(9) Los jeógrafos antiguos con Celtario y d'Anville y nuestros viajeros, particularmente Pocock y Chandler, nos enseñarán á deslindar las dos Magnesias del Asia Menor, del Meandro y el Sipilo. La segunda, de que tratamos, aun está floreciendo como ciudad turca, y se halla situada á ocho horas ó leguas al nordeste de Esmirna (Tournefort, viaje del Levante, tom. III, carta XXII, p. 365—370. Viajes de Chandler por el Asia Menor, p. 267.).

(10) Véase Acropolita (c. 75, 76, etc.), que vivió muy inmediato á la época; Paquímero (l. I, c. 13—25), Grégoras (l. III, c. 3, 4, 5.).

(11) Ducange (Famil. Bizant., p. 230, etc.) esplica el linaje de Paleólogo: los acontecimientos de su vida privada están referidos por Paquímero (l. I, c. 7—12) y Grégoras (l. II, 8. l. III, 2, 4, l. IV, 1.) con predileccion visible hácia el padre de la dinastía reinante.

(12) Acropolita (c. 50.) refiere las circunstancias de esta curiosa aventura que parece haberse traspuesto á la investigacion de escritores mas recientes.

(13) Paquímero l. I, c. 12.) que habla con el debido desprecio de esta bárbara prueba, asegura, que habia visto en su juventud muchas personas que habian sostenido, sin daño alguno, la tremenda prueba. Es crédulo como buen griego; pero la sencillez de estos pudiera proporcionar algun remedio de arte ó trampa contra su propia supersticion, á la de su tirano.

(14) Sin embargo á Paquímero con Tucídides á Tácito, elojiaré su narracion (l. I, c. 13—32, l. II, c. 1—9.) que va siguiendo la subida de Paleólogo con elocuencia, perspicacia y desahogo. Acropolita es mas cauto y Grégoras mas conciso.

(15) San Luís abolió el combate judicial en sus propios territorios; y al cabo prevalecieron en Francia su ejemplo y autoridad (Espíritu de las leyes, l. XXVIII, c. 29.)

(16) En los casos civiles Enrique II dejaba la obcion al defensor; Granville prefiere la prueba por testimonio y en el Fleta se halla desaprobada la prueba por lid judicial. Sin embargo, núnca vino á quedar anulado por una ley inglesa, da juicio por combate y los jueces aun la mandaran al principio del siglo último. *

(*) Y aun la pidieran en el actual. — M.

(17) Sin embargo un amigo injenioso me ha manifestado en defensa de esta costumbre, 1. Que enfrena en las naciones que salen de la barbarie, los desafueros de la guerra privada y de la venganza arbitraria. 2. Que es menos absurda que las pruebas por el agua hirviendo á la cruz, que contribuye á abolir. 3. Que á lo menos servia como testimonio de valor personal, prenda rara vez hermanada con una disposicion ruin, que el peligro de un juicio podia contener á un perseguidor mal intencionado, y ser una balla contra la injusticia sostenida por la potestad. El gallardo y desgraciado conde de Surrey se hubiera librado probablemente de su suerte no merecida, si se hubiese accedido á su demanda del combate contra su acusador.

(18) No está despejada en la jeografía antigua ó moderna la situacion de Ninfeo. Pero segun las últimas horas de Vataces (Acropolita, c. 52.) es evidente que el palacio y jardines de su residencia predilecta se hallaban en las inmediaciones de Esmirna. Ninfeo podia estar situado en Lidia (Grégoras, l. VI, 6.)

(19) Este cetro, emblema de justicia y potestad, era un largo baston, como el que usaban los héroes de Homero. Los últimos Griegos lo llamaban *Dicanice*, y el cetro imperial se diferenciaba segun costumbre con el color encarnado ó púrpura.

(20) Acropolita asegura (c. 87.) que este gorro era á la moda francesa; pero por el rubí colocado en lo alto, Ducange (Historia de C. P., l. V. c. 28, 29.) cree que era el sombrero con alta copa que estilaban los Griegos. ¿Podia equivocarse Acropolita acerca del traje de su propia corte?

(21) Véase Paquímero (l. 2. c. 28—33.). Acropolita (c. 88.), Nicéforo Grégoras (l. IV. 7.), y en cuanto al trato de los súbditos latinos Ducange, (l. V. c. 30, 31.).

(22) Esta suave invencion para quitar la vista, la probó en sí mismo el filósofo Demócrito, cuando trató de apartar su mente del mundo visible: ¡cuento por cierto necio! La palabra *abacinare*, en latin é italiano, ha dado motivo á que Ducange (Gloss. Latin.) pasase en revista los diferentes modos de cegar; los mas violentos eran quemar con un hierro candente, con vinagre hirviendo y atar la cabeza con una cuerda fuerte hasta que saltasen los ojos de sus cuencas. ¡Qué injeniosa tiranía!

(23) Véase la primera retirada y restauracion de Arsenio, en Paquímero (l. II. c. 15. l. III. c. 1, 2.), y Nicéforo Grégoras (l. III. c. 1. l. IV. c. 1.). La posteridad ha acusado con justicia el αφελεια y ραθυμιω de Arsenio, las virtudes de un ermitaño y los vicios de un ministro (l. XII. c. 2.).

(24) El crímen y excomunion de Miguel se hallan bien referidos por

Paquímero (l. III. c. 10. 14. 19, etc.) y Grégoras (l. IV. c. 4.). Su confesion y penitencia les devolvieron su libertad.

(b) A escepcion de haber omitido una oracion por el emperador, los cargos contra Arsenio eran de diferente clase: se le acusaba de haber permitido que el sultan de Iconia se bañara en cubas señaladas con la cruz, y haberle admitido en la iglesia durante el servicio divino, sin estar bautizado. Se abogaba en favor de Arsenio, entre otras pruebas del cristianismo del sultan, que se habia manifestado dispuesto á comer jamon. Paquímero, l. IV. c. 4. p. 265. Despues de su destierro se le comprehendió en una conspiracion. — M.

(25) Paquímero refiere el destierro de Arsenio (l. IV. c. 1—16.): fué uno de los comisarios que le visitaron en la ísla desierta. Aun existe el último testamento del irreconciliable patriarca. (Dupin. Biblioteca eclesiástica, tom. X. p. 95.).

(c) Paquímero le llama Jermano. — M.

(26) Paquímero (l. VII. c. 22.) refiere como filósofo, esta milagrosa prueba y trata con igual desprecio una conspiracion de los Arsenitas, para ocultar una revelacion en el ataúd de algun santo viejo (l. VII. c. 13.). Compensa esta incredulidad con una imágen que llora, otra que sangra (l. VII. c. 30.) y las curas milagrosas de un sordo y un mudo (l. XI. c. 32.).

(27) La historia de los Arsenitas está entretejida por los trece libros de Paquímero. Su union y triunfo estan reservados para Nicéforo Grégoras (l. VII. c. 9.) quien no gusta ni hace caso de tales sectarios.

(28) De los XIII libros de Paquímero los seis primeros (como el IV y V. de Nicéforo Grégoras) contienen el reinado de Miguel, y cuando sucedió su muerte tenia cuarenta años. En vez de dividir su historia en dos partes, como su editor el P. Poussin, sigo á Ducange y Cousin que ponen los XIII libros en una série.

(29) Ducange, Historia de C. P. l. V. c. 33, etc. de las Epístolas de Urbano IV.

(30) Por las relaciones mercantiles con los Venecianos y Genoveses, se señalaron á los Latinos con καπηλοι y βαναυσοι (Paquímero, l. V. c. 10.). « Algunos son herejes de nombre; otros, de hecho, como los Latinos, » decia el sabio Veco (l. V. c. 12.), quien poco despues se convirtió (c. 15, 16.) y fué patriarca (c. 24.).

(31) En esta clase, podemos colocar al mismo Paquímero, cuya narracion copiosa é ingenua cuaja los libros V y VI de su historia. Sin embargo, el Griego guarda silencio acerca del concilio de Lion, y parece creer que los papas siempre residieran en Roma é Italia (l. V. c. 17, 21.).

(32) Véanse las actas del concilio de Lion en el año 1274. Fleury, Hist. Eclesiástica, tom. XVIII. p. 181—199. Dupin. Bibliot. Ecles., tom. X. p. 135.

(33) Fleury (tom. XVIII. p. 252—258.) ha dado un estracto ó version de esta curiosa instruccion, sacada con mas ó menos puntualidad por Wading, y Leon Alacio de los archivos del Vaticano.

(d) Segun Vallmarayen siempre habia conservado este dictado. — M.

(34) Esta candorosa y auténtica confesion de los conflictos de Miguel se halla espresada en un latin bárbaro por Ojerio, quien se firma Protonotarius Interpretum, y copiada por Wading de los manuscritos del Vaticano (A. D. 1278, N.º 3.). Sus anales de la órden franciscana en XVII volúmenes en fólio (Roma, 1741.) me cayeron casualmente en la mano rejistrando papeles viejos en casa de un librero.

(35) Véase el libro VI de Paquímero, particularmente los capítulos 1. 21. 16. 18. 24—27. Se le debe dar mas crédito, porque habla de esta persecucion con menos enojo que pesar.

(36) Paquímero, l. XII. c. 1—11. 17. El discurso de Andrónico el Mayor (lib. XII. c. 3.) es un documento curioso, que prueba que si los Griegos eran esclavos del emperador, este no lo era menos de la superticion y del clero.

(37) En las Crónicas florentinas de Ricordano Malespina (c. 175—193.) y Juan Villani (l. VII. c. 1—10. 25—39.) que publicó Muratori en los VIII y XIII volúmenes de los Historiadores de Italia se hallan las mejores relaciones de la conquista de Nápoles por Cárlos de Anjúb. En sus Anales (tom. XI. p. 56—72.) ha abreviado estos grandes acontecimientos, que tambien estan descritos en la Historia civil de Giannone, tom. II. l. XIX. tom. III. l. XX.

(38) Ducange, Hist. de C. P. l. V, c. 49—56. l. VI. c. 1—13. Véase Paquímero, l. IV. c. 28. l. V. c. 7—10. 25. l. VI. c. 30. 32. 33., y Nicéforo Grégoras, l. IV. 5. l. V. l. 6.

(39) El que haya leido á Herodoto, se acordará cuan milagrosamente fué desarmada y destruida la hueste asiria de Senaquerib (l. II. c. 141.).

(40) Segun Sabas Malaspina (Hist. Sicula, l. III. c. 16. en Muratori, tom. VIII. p. 832.) celoso güelfo, los súbditos de Cárlos, que habian llamado á Manfredo lobo, empezaron á conceptuarle como un cordero; y va sincerando su descontento con las opresiones del gobierno francés (l. VI. c. 2. 7.). Véase el manifiesto siciliano en Specialis (l. I. c. 11. en Muratori tom. X. p. 930.

(41) Véanse el carácter y consejos de Pedro rey de Aragon, en Mariana, (Hist. de Esp., l. XIV. c. 6. tom. II. p. 133.). El lector disi-

mula los lunares del Jesuita, á favor de su estilo y muchas veces de su sensatez.

(e) Hija y no hermana. Véase la edad media por Hallam, vol. 1. p. 517—M.

(42) Despues de enumerar los padecimientos de su país, Nicolás Specialis añade con el verdadero espíritu de los zelos italianos. Quæ omnia et graviora quidem, ut arbitror, patienti animo Siculi tolerassent, nisi (quod primum cunctis dominantibus cavendum est) alienas fœminas invasissent (l. I. c. 2. p. 924.

(43) Por mucho tiempo se acordaron los Franceses de esta sangrienta leccion: « Si me provocan (dijo Enrique IV) almorzaré en Milan y co« meré en Nápoles. » — « Acaso, (le respondió el embajador español) « llegará vuestra majestad á vísperas en Sicilia. »

(44) Esta revuelta y la victoria subsiguiente se hallan referidas por dos escritores nacionales, Bartolomé á Neocastro (en Muratori, tom. XIII.) y Nicolás Specialis (en Muratori, tom. X.) el uno contemporáneo, y el otro del siglo siguiente. El patriota Specialis desecha el nombre de rebelion, y toda previa correspondencia con Pedro de Aragon (nullo communicato consilio), quien se hallaba casualmente con una escuadra y un ejército en la costa de Africa. (l. I. c. 4. 9.)

(45) Nicéforo Grégoras (l. V. c. 6.) admira la sabiduría de la Providencia en este equilibrio de estados y príncipes. En honor de Paleólogo hubiera preferido, que un escritor italiano hubiese observado este equilibrio.

(46) Véanse la Crónica de Villani, el volúmen XI de los Anales de Italia por Muratori, y el XX y XXI de la Historia civil de Giannone.

(47) En esta muchedumbre, los Catalanes y otros Españoles, reputados los mas valientes de los soldados, se titulaban *Almogavares* y los Griegos tambien les daban este nombre. Moncada deriva su orígen de los Godos y Paquímero (l. XI. c. 22.) de los Arabes; y á pesar del orgullo nacional y religioso, me temo que el segundo tiene razon.

(f) Acerca de Roger de Flor y sus compañeros, véase un fragmento histórico, circunstanciado é interesante, titulado: « Los Españoles del siglo décimo-cuarto, » é inserto en « España en 1808, » obra traducida del aleman, vol. II. p. 167. Esta narracion facilita el descubrimiento de algunos leves desaciertos en que incurrió Gibbon. —G.

(g) Las tropas de Roger de Flor, segun su compañero Ramon de Muntaner, constaban de 1.500 hombres de armas, 4.000 Almogavares, y otros 1.000 infantes además de los marineros, vol. II. p. 137. —M.

(h) Ramon de Muntaner cercena las crueldades y opresiones de los Catalanes, las cuales acaso participó tambien. —M.

(48) Puede formarse cierto concepto de la poblacion de estas ciudades por los 36.000 habitantes de Tralles, que en el reinado anterior, fué reedificada por el emperador y arruinada por los Turcos. (Paquímero, l. VI. c. 20, 21.).

(49) He ido entrelazando estos pormenores de Paquímero (l. XI. c. 21. l. XII. c. 4. 5. 8. 14. 19.) quien describe la alteracion progresiva de la moneda de oro. Aun en los tiempos prósperos de Juan Ducas Vataces, los besantes se componian en proporciones iguales de metal puro y del mas bajo. La pobreza de Miguel Paleólogo le obligó á acuñar una nueva moneda con nueve partes ó quilates de oro, y quince de liga de cobre. Despues de su muerte, la ley fué de diez quilates, hasta que en tiempos de penuria se redujo á la mitad. El príncipe se halló por el momento aliviado, al paso que el crédito y el comercio desaparecieran para siempre. En Francia, la ley para el oro es de veinte y dos quilates (un dozavo de liga) y en Inglaterra y Holanda es aun mas alta.

(*i*) Segun Ramon de Muntaner, Roger de Flor regresa de Natolia, con motivo de la guerra originada á la muerte de Asan, rey de Bulgaria. Andrónico reclamaba el reino para su sobrino, hijo de Asan por parte de su hermano. Rojer de Flor, inclinó la balanza á favor del emperador de Constantinopla, y firmó la paz. —M.

(*j*) Andrónico pagó á los Catalanes en moneda de baja ley con gran indignacion de estos.—M.

(*l*) Ramon de Muntaner dice, que fué asesinado por órden de Kyr (χήριος) Miguel, hijo del emperador, p. 170. —M.

(*m*) Ramon de Muntaner describe su residencia en Galipoli. Eramos tan ricos que no sembrábamos ni cultivábamos las viñas; y sin embargo recojíamos cuanto necesitábamos en vino, trigo y cebada p. 193. Esto duró cinco alegres años. Ramon de Muntaner es una autoridad suma, porque era « canciller y racionero del ejército ». Quedó haciendo de gobernador; todos los amanuenses del ejército permanecieron con él, y con su ayuda llevó los libros, en los cuales registró el número de caballos é infantes empleados en cada espedicion. Segun su libro, se repartieron los despojos, tocándole un quinto por su trabajo, p. 197.—M.

(50) La guerra catalana se halla extensamente referida por Paquímero, en los libros XI, XII y XIII hasta el año 1308. Nicéforo Grégoras (l. VII, 3—6). es mas conciso y completo. Ducange, que adopta á estos aventureros como franceses, ha seguido sus huellas con su acostumbrada actividad. (Hist. de C. P. l. VI, c. 22—46). Cita una historia aragonesa, que he leido con placer, y que los Españoles ensalzan como un modelo de estilo y composicion. (Expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos: Barcelona, 1623, en 4.º: Ma-

drid, 1777, en 8.°) Don Francisco de Moncada, conde de Osona, puede haber imitado á Cesar ó Salustio, y copiar los contemporáneos griegos ó italianos; pero nunca cita sus autoridades, y no puedo descubrir memoria alguna nacional de las hazañas de sus compañeros. *

(51) Véase la laboriosa historia de Ducange, cuyo individualísimo estado de las dinastías francesas, recapitula los treinta y cinco pasos, en que hace mencion de los duques de Atenas.

(52) Villehardouin lo menta con honor (núm. 151. 235, y en el primer paso Ducange desinda cuanto cabe saber de su persona y familia.

(53) De estos príncipes latinos del siglo XIV, Bocacio, Chaucer y Shakspeare han tomado su Teseo *duque* de Atenas. Un siglo ignorante traslada su lenguaje y costumbres á los tiempos mas remotos.

(54) Constantino mismo dió un rey á Sicilia, á Rusia el *marqués da pifer* del imperio, á Tebas el *primicerius*; y estas absurdas fábulas quedan debidamente censuradas por Ducange (ad Nicephor. Greg. l. VII, c. 5.) El señor de Tebas era llamado por corrupcion el Megas Kurios ó Gran Señor.

(55) *Quodam miraculo*, dice Alberico. Probablemente lo recibió Miguel Choniates, el arzobispo que habia defendido á Atenas contra el tirano Leon Seguro (Nicetas urbs capta, p. 805 ed Bek). Miguel era el hermano del historiador Nicetas; y su elojio de Atenas existe aun manuscrito en la biblioteca bodleiana (Fabric. Bibliot. Græc, tom. IV, p. 405).**

(56) La relacion moderna de Atenas y los Atenienses, está sacada de Spon (Viaje por Grecia, tom. II, p. 69—199.) y Wheeler (Viajes por Grecia, p. 337—414.) Stuart (Antigüedades de Atenas) y Chandler (Viajes por Grecia, p. 22—172). El primero de estos viajeros visitó la Grecia en el año 1676, y el último en 1765; y en noventa años no habia ocurrido tanta diferencia en la escena tranquila.

(57) Los antiguos, ó á lo menos los Atenienses, creian que todas las abejas del mundo habian salido del monte Himeto. Decian que se conservaba la salud, y se prolongaba la vida con el uso exterior del aceite y el uso interior de la miel (Jeopónica, l. XV, c. 7. p. 1089—1094, edic. Nicetas.

(*) Ramon de Muntaner, uno de los Catalanes, que acompañó á Rojer de Flor, y era gobernador de Galipoli, escribió en catalan, la historia de esta partida de aventureros, á la que perteneció, y de la que se separó cuando dejó el Quersoneso de Tracia, para penetrar en Macedonia y Grecia. G.

La autobiografía de Ramon de Muntaner, se ha publicado en francés por M. Buchon, en la gran coleccion de Memorias relativas á la Historia de Francia. Esta edicion es la que cito. —M.

(**) Nicetas dice expresamente que Miguel rindió el Acropolio al marqués.-M.

(58) Ducange, Glossar. Græc. Præfat. p. 8, que cita como texto á Teodosio Zigomalas, gramático moderno. Sin embargo, Spon (tom. II, p. 194.) y Wheeler (p. 355.), jueces muy competentes, forman mejor opinion del dialecto ático.

(59) Empero no debemos tacharles de consagrar el nombre de Atenas, á la que aun llaman Athini. De las εις την Αςηνην, hemos formado nuestro barbarismo de *Setinas*. *

(*) No preveia Gibbon que un príncipe bárbaro ocuparia el trono de Grecia, y que Atenas seria su capital. — M.

CAPITULO LXIII.

Guerras civiles y desquiciamiento del imperio griego. — Reinados de los Andrónicos mayor y menor y de Juan Paleólogo. — Regencia, rebeldía, reinado y renuncia de Juan Cantacuceno. — Establecimiento de una colonia jenovesa en Pera ó Gálata. — Sus guerras con el imperio y ciudad de Constantinopla.

El reinado larguísimo de Andrónico (1) el mayor, sobresale principalmente por las contiendas de la Iglesia griega, la invasion de los Catalanes y el encumbramiento del poderío otomano. Descuella como literato y virtuoso sin par en su siglo (añ. 1282 — 1320); pero ni su virtud, ni su instruccion condujeron al realce del individuo ú al bienestar de la sociedad. Como esclavo rendidísimo de supersticion rastrera, le están acosando á miles enemigos soñados ó visibles, asustándole al par las llamaradas del infierno, que las antorchas de un catalan ó de un turco. Era en el reinado de los Paleólogos, la eleccion de patriarcas, negocio de suma entidad en el estado; encabezaban la Iglesia griega monjes ambiciosos y fanáticos, tan rematadamente despreciables y aciagos por sus vicios como por sus virtudes, por su saber, como por su ignorancia. El patriarca Atanasio con su tirantez desaforada (2) se acarreó el odio del clero y del vecindario, pues andaba voceando que el pecador habia de engullir hasta las últimas heces en la copa de la penitencia, cundiendo luego la hablilla disparatada de haber venido á castigar á un pollinejo sacrílego mordedor de la lechuga de un convento. Alborótanse todos, lo apean del sólio; pero antes de moverse, compone el desterrado contrapuestamente

dos escritos. El testamento público es todo comedido y empapado en resignacion; pero el codicilo reservado es una descarga de anatemas contra los fraguadores de un desastre, á quienes para siempre escluye de la comunion de la sagrada Trinidad, de los ángeles y de los santos. Mete este último en una olla de barro, y la manda colocar sobre la cima de un pilar del cimborio de santa Sofía, esperanzado de su descubrimiento y venganza. A los cuatro años, unos muchachos trepando por una escala, en busca de nidos de palomos, descubren el fatalísimo secreto, y como Andrónico se halla tambien comprendido y ensogado en la escomunion, se horroriza trémulo y obcecado sobre la sima escavada alevosamente á sus plantas. Júntase al punto un sínodo episcopal á ventilar cuestion tan enmarañada; todos tildan la temeridad de aquel anatema encubierto; pero como la mano atadora de aquel nudo es la única á quien cabe desatarlo, y aquella diestra carece de su báculo, se deja inferir que el decreto póstumo, es de todo punto irrevocable para todo poder humano. Apronta á viva fuerza el autor de aquel fracaso algunas muestras de indulto y arrepentimiento; pero quedó mas y mas llagada la conciencia del emperador, quien está ansiando, con no menos afan que el mismo Atanasio, el restablecimiento de un patriarca, cuya mano única puede curarle. Golpea un monje reciamente y á deshora la puerta del aposento imperial, anunciando revelaciones de peste y hambre, de inundaciones y terremotos. Brinca Andrónico de su lecho, pasa la noche en plegarias, hasta que percibe, ó conceptua, un movimientillo en la tierra. El emperador á pié acaudilla los obispos y monjes á la celdilla de Atanasio, y tras cierto ademan de resistencia, el santo encaminador del mensajero, se allana por fin á absolver al príncipe y gobernar la Iglesia de Constantinopla. Mas y mas empedernido y desaforado tras su arrinconamiento, el pastor se malquista cual nunca con su grey, ideando luego sus enemigos un jénero peregrino, pero acertado de venganza. Por la noche arrebatan la tarima ó la alfombra de su sólio, y la esponen reservadamente con el realce de un dibujo satírico. Retratan al emperador embridado, y guiándole Atanasio como un jaquillo á los pies de Jesucristo. Se descubren y castigan los satíricos, mas al ver que los dejan con vida, el sacerdote cristiano con ceñuda saña, se retira á su celda, y los ojos de Andrónico, abiertos por un rato, vienen luego á cerrarse por mano del sucesor.

Curioso y trascendental sobremanera se aparece aquel acontecimiento en un reinado esterilísimo de medio siglo, y no me cabe el adolecer de escaseces en la materia, pues voy compendiando en breves páginas macizos volúmenes en folio de Paquímero (3), Cantacuzeno (4) y Nicéforo Gregoras (5) que fueron historiando desmayada y larguísimamente los sucesos de aquel tiempo. Infunden sumo interés el nombre y la situacion del emperador Juan Cantacuceno, pues sus memorias de cuarenta años

abarcan desde la rebeldía de Andrónico el menor, hasta su propia renuncia del imperio, habiéndose notado que al remedo de Moisés y del César, es el protagonista en los vaivenes teatrales que va describiendo. Mas no asoma en todo su parto elocuente el desahogo de un héroe ó de un penitente, pues arrinconado en su claustro y como ajeno de los achaques y desbarros humanos, está rasgueando no una confusion, sino una apología, de la vida de un estadista ambicioso. En vez de patentizar el dictámen y la índole de los individuos sin rebozo, anda charolando en visos fementidos el tenor de los acontecimientos con el realce de sus propias alabanzas y las de sus amigos. Siempre sus móviles son sanísimos, sus miras irreprensibles; conspiran y se rebelan siempre sin el menor asomo de interés, y cuantas violencias median en sus actos se vitorean como partos mas obvios de la razon y del pundonor.

Andrónico el mayor, á ejemplo del primer Paleólogo, se asocia su hijo Miguel á los timbres de la púrpura, y desde la edad de diez y ocho años hasta su temprana muerte, continua reconocido por espacio de veinte y cinco años, como segundo emperador de los Griegos (6). Capitanea el ejército sin causar zozobra al enemigo, ni celos á la corte; su comedimiento decoroso jamás se pasó á ir computando los años del padre, ni cupo á este el arrepentirse de su garbosidad, ni por los vicios, ni por las virtudes del hijo. Llamábase el hijo de Miguel, Andrónico, en cuya privanza se hizo lugar por aquella semejanza de nombre. Florido ingenio y galana estampa, prendaron mas y mas al mayor Andrónico, y segun el devaneo jeneral de la ancianidad, esperanzó realizar en el segundo los anhelos frustrados de la jeneracion primera. Edúcase el mancebo en palacio á fuer de heredero y de predilecto, y entre los juramentos y vítores del pueblo suena y resuena la *tríada augusta* de padre, hijo y nieto. Pero aquella grandeza temprana estraga desde luego al menor Andrónico, al estar viendo con aniñado enojo ambos estorbos que le están atajando, y le han de contrarestar por largo plazo los ímpetus de su ambicion. No se cifra su afan en granjearse nombradía, y labrar la felicidad humana, pues los atributos mas embelesantes de la monarquía son para él la riqueza y el desenfreno, y su primera y desatinada peticion, es la soberanía de alguna isla fértil y riquísima, donde pueda soltar la rienda á su independencia y sus deleites. Alborota la capital y desazona al emperador con sus extremos incesantes de antojadiza destemplanza, y los usureros jenoveses le franquean el caudal, que le escasea la economía del superior, y el paradero de tan exorbitante deuda, no podia menos de ser una revolucion fraguada en el arrabal de Pera. Una beldad, matrona por su jerarquía y ramera por sus costumbres, habia echado el resto de su maestría para imponer al menor Andrónico en la cartilla de los amoríos; pero malicia luego visitas nocturnas de un competidor, y sus guardias puestos

en acecho á la puerta, traspasan á flechazos un advenedizo que es su hermano, el príncipe Manuel, quien va luego penando y fallece por fin de la herida; y entonces Miguel, padre de entrambos, ya quebrantado de salud, muere tambien á los ocho dias llorando el malogro de sus dos hijos (7). Aun cuando no resultase á su cargo aquel fracaso, debia Andrónico achacar la muerte, así del hermano como del padre, á sus propios vicios; y hondo entrañable fue el quebranto de la reflexiva racionalidad, al presenciar, en vez de pesadumbre y arrepentimiento, regocijo mal rebozado en el descarte de dos competidores incómodos. Con estos aciagos acontecimientos y el recargo de sus achaques, las potencias del primer emperador se fueron siempre menoscabando, y tras mil reconvenciones infructuosas, traspasó á otro nieto su cariño y esperanzas. (8) Anuncióse aquella variacion con el nuevo juramento al soberano reinante, y á la *persona* que nombrase para sucederle, y el heredero reconocido, tras repetidos desacatos y querellas, quedó sujeto á la afrenta de ser públicamente encausado. Antes de la sentencia, que no podia menos de condenar al nieto á una mazmorra ó una celda, informan al emperador que los patios de palacio están rebosando de secuaces armados de su nieto, y así se mitiga el proceso con un ajuste de reconciliacion, y el éxito triunfal del príncipe enardece el denuedo del bando juvenil.

Pero vecindario, clero y senado siguen la persona, ó por lo menos el gobierno, del emperador anciano, y tan solo allá por las provincias hallan los descontentos el arbitrio de huida, rebeldía ó arrimo advenedizo para esforzar su empeño y volcar el sólio. (añ. 1321—1328). El gran doméstico Juan Cantacuzeno es el alma de aquella empresa, pues su salida de Constantinopla es la primera fecha de sus jestiones y de sus memorias: y aunque su propia pluma es la que rasguea espresivamente, un historiador desafecto está encareciendo su afan y desempeño en servicio del emperador mozo (*a*); el cual huye de la capital pretestando una cacería; enarbola su estandarte en Andrinópolis, y junta en pocos dias cincuenta mil hombres de infantería y caballería, quienes, ni por obligacion, ni por pundonor, se armaran contra los Bárbaros. Con tan crecida fuerza se mandara y salvara el imperio, mas eran encontrados los pareceres, sus movimientos pausados é inciertos, y amaños y negociaciones entorpecen todos sus pasos. Sigue la contienda de los Andrónicos dilatada, suspendida y renovada por el plazo arruinador de siete años. Por el primer ajuste se dividen los residuos del imperio griego: el mayor queda con su Constantinopla, Tesalónica y las islas, cediendo al menor la soberanía de la mayor parte de Tracia desde Filipos hasta el confin bizantino. En el segundo tratado pacta el pago de sus tropas, su coronacion ejecutiva, y una porcion decorosa del poderío y rentas del estado. La tercera guerra civil pára en la sorpresa de Constantinopla, el retiro terminante del em-

perador anciano y el reinado único de su victorioso nieto (A. D. 1325. feb.). Las causales de tanta dilacion se hallan en la índole de los individuos y de su siglo. Abogando el héroe de la monarquía por su desagravio y sus anhelos, oyósele con lástima y aplauso, y sus parciales andan pregonando la promesa contrapuesta de aumentar su paga á la soldadesca y descargar al vecindario de gravámenes. Suenan y resuenan en su rebeldía las quejas de cuarenta años, y atruenan á la nueva jeneracion con la grandiosa perspectiva de un reinado cuyos privados son de otros tiempos. Sin brio floreció la mocedad de Andrónico, y carece su madurez de todo decoro; asciende el producto de sus impuestos de cinco á seis millones de duros, y aquel soberano riquísimo, cual ninguno de la cristiandad, no alcanza á mantener tres mil caballos y veinte galeras para contrarestar el ímpetu de los asoladores Turcos(9). «¡Cuan diversa», prorumpe el jóven Andrónico, » es mi situacion de la del hijo de Filipo! Podia lamentarse Alejandro de que nada le dejaba su padre para conquistar, ¡ay de mí! nada me dejará mi abuelo que perder.» Pero luego quedaron enterados los Griegos de que las llagas públicas no se sanan con guerra civil, y de que el predilecto mancebo no habia de ser el salvador de un imperio caedizo. En el primer rechazo su propia liviandad, las desavenencias violentas y la mañas de la antigua corte, siempre tentadora de individuos, quebrantaron su partido; ya le asaltan remordimientos, ya le acosan los negocios, ya lo engañan con propuestas; su afan es el deleite y no el poderío, y la proporcion de mantener mil galgos, mil halcones y mil cazadores, basta para mancillar su concepto y desarmar toda su ambicion.

Vamos ahora á presenciar la catástrofe de tan enmarañada farsa, y la situacion contrapuesta de los principales comediantes (10). Discordias civiles acosan la vida de Andrónico, y en los vaivenes de guerras y tratados su potestad y su concepto van siempre menguando, hasta la noche fatalísima en que las puertas de la ciudad y del palacio se franquean de par en par y sin contraresto á su nieto. Escarnece el caudillo principal los avisos repetidos de sumo peligro, y retirándose á su lecho sin asomo de zozobra, desampara al endeble monarca, con algunos clérigos y pajecillos, en incesante y pavoroso desvelo. Se realizan luego sus sobresaltos con el clamor hostil que está vitoreando los dictados y el triunfo de Andrónico el menor; y el emperador anciano, postrándose ante una imájen de la Vírjen, envia un mensaje rendido brindando con el cetro, é implorando la vida de manos del vencedor. La contestacion del nieto es decorosa y compasiva, y á instancias de sus amigos el mozo Andrónico se reviste del cargo de administrador único, dejando al mayor el dictado y la preeminencia de emperador primero, el uso del gran palacio y una pension de veinte y cuatro mil monedas de oro, la mitad sobre el tesoro jeneral y la otra de la almadraba de Constantinopla. Pero una vez arrinconado, todo

es ya para él menosprecio y olvido, sonando tan solo por los patios y corredores del silencioso y grandísimo palacio las aves y ganados (*b*) de la vecindad que se espàcian á sus anchuras, y viniendo luego á quedar su situado en diez mil monedas trabajosamente habidas (11), desahuciado al fin de toda esperanza. La escasez, y luego carencia total de vista, acibaró mas y mas sus quebrantos, estrechándole tambien su encierro, y en las ausencias ó indisposiciones del nieto, sus alcaides inhumanos, amenazándole de muerte, le precisaron por fin á trocar la púrpura por el hábito y la profesion monástica. Vive el padre *Antonio* retraido del boato mundano, pero en el invierno necesita abrigarse con un tosco pellizo, y como su confesor le tiene vedado el vino, y su médico el agua, usa á pasto el sorbete de Ejipto. Ardua empresa es para el ex-emperador el proporcionarse tres ó cuatro monedillas para acudir á tan menguadas urjencias, y si se desprende aun de su poquísimo oro para remediar el apuro todavía mas doloroso de un amigo, tamaño sacrificio abulta en gran manera entre los sumos rasgos de humanidad y de relijion. A los cuatro años de su renuncia, fallece Andrónico ú Antonio en su celdilla, de setenta y cuatro años, y la postrera incensado de adulacion tan solo pudo prometerle corona de gloria mas esplendorosa en el cielo que la ceñida por largo tiempo en la tierra (12) (*c*).

No es tampoco el reinado del menor mas esclarecido y venturoso que el mayor de los Andrónicos (12). Esquilmó el fruto de su ambicion, pero lo paladeó pasajera y amarguísimamente, pues se malquistó desde su encumbramiento, (añ. 1328 mayo) y se patentizaron mas á las claras los achaques de su índole. Estrechábale la reconvencion pública á marchar personalmente contra los Turcos, y acompañábale el denuedo en los trances, pero un descalabro y una herida fueron los únicos trofeos que trajo de su espedicion del Asia, que corroboró el restablecimiento de la monarquía otomana. Los desbarros de su desempeño fueron rayando á lo sumo, y su rematada informalidad en el caso revuelto de trajes nacionales suenan llorosamente entre los Griegos, como síntomas fatalísimos de la decadencia del imperio. Envejece Andrónico muy temprano, pues su desenfreno juvenil anticipa los achaques de la ancianidad, y restablecido de una dolencia, mortal por su naturaleza, los remedios, ó la Vírjen, fallece luego á los cuarenta y cuatro años. Se enlazó dos veces, y como el roce con los Latinos preponderantes habia desmoronado las vulgaridades griegas en la corte, entrambas consortes eran de las casas reales de Italia y Alemania. La primera, Inés en la cuna, é Irene en Grecia, era hija del duque de Brunswick. Era el padre un señor de poquísima monta (14) en las rejiones míseras y bravías (15) del norte de Alemania (16), gozaba no obstante de escasas rentas con sus minas de plata (17), y los Griegos ensalzan su alcurnia como la mas antigua y esclarecida del apellido Teutónico (18). Tras la muerte

de esta princesa ternezuela, vino Andrónico á desposarse con Juana, hermana del conde de Saboya (19), y su comitiva sobrepujaba á la del rey de Francia (20). Acataba el conde en su hermana la majestad augusta de una emperatríz romana; compónese su séquito de caballeros y de damas, se rejenera y corona en Santa Sofía, apellidándose mas católicamente Ana, y en la festividad del desposorio compiten Griegos é Italianos en los ejercicios marciales de justas y torneos.

Sobrevive la emperatríz Ana de Saboya á su marido, y su hijo, Juan Paleólogo, huerfanillo de nueve años, va luego floreciendo al amparo del Griego mas descollante y benemérito de aquel tiempo. La intimidad entrañable y dilatada del padre con Juan Cantacuzeno redunda al par en blason de entrambos, pues entablada con los recreos de su mocedad, y siendo las alcurnias igualmente esclarecidas (21), el brillo reciente de la púrpura quedaba contrapuesto con la sobrepujanza de una educacion casera. Ya se ha visto como fué Cantacuzeno el rescatador del príncipe muy mozo contra la potestad del abuelo, y tras seis años de guerra el mismo predilecto lo reinstaló triunfalmente en su palacio de Constantinopla. En el reinado del menor Andrónico, el gran doméstico avasalla al emperador y al imperio, y su denuedo y desempeño devuelven la isla de Lesbos y el principado de Etolia á su obediencia antigua. Confiesan sus enemigos que entre los salteadores públicos es Cantacuzeno el mas mirado y comedido, y la reseña de sus haberes, que pone de manifiesto (22) deja presumir que todos le cupieron de herencia sin el tiznon personal de la rapiña. No especifica á la verdad su caudal en moneda, plata labrada y joyas; y luego tras el don voluntario de doscientas alhajas de plata, y muchas reservas de amigos y robos de sus contrarios, la confiscacion de sus tesoros bastó para la habilitacion de una escuadra de setenta galeras. No deslindó la estension y número de sus posesiones, pero rebosan sus tropas de acopios centeno y cebada y la faena de mil pares de bueyes pudiera muy bien arar, segun la práctica de los antiguos, mas de sesenta mil yugadas de terreno (23). Se solazaban por sus dehesas dos mil y quinientas yeguas de cria, doscientos camellos, trescientas mulas, quinientos asnos, cinco mil reses vacunas, cincuenta mil cerdos y setenta mil ovejas (24); rejistro apreciabilísimo de opulencia campesina, hácia los remates del imperio, muy probablemente en la Tracia, tan repetidamente talada con hostilidades caseras y advenedizas. Sobrepujaba la privanza de Cantacuzeno á sus haberes; pues en la estrechez de la familiaridad y en los ratos de indisposicion, se mostraba el emperador ansioso de zanjar la distancia que mediaba instando á su íntimo para alternar en la diadema y la púrpura. El pundonor del gran doméstico, testimoniado por su propia pluma, contrarestó tan azarosa propuesta, pero el último testamento de Andrónico lo dejó nombrado ayo de su hijo, y rejente del imperio (añ. 1341).

Si hallara el sumo rejente decorosa correspondencia en subordinacion y agradecimiento, procediera quizás con lealtad acendrada y afanosa en servicio de su alumno (25). Quinientos soldados están siempre de guardia en palacio y junto á la persona del emperador; se tributan exequias debidas al difunto; calla y obedece la capital: y Cantacuzeno participa, con quinientas cartas en el término de un mes á todas las provincias su malogro y su obligacion. El gran duque ó almirante Apocauco agosta la perspectiva de una minoría bonancible, y para mas abultar *su* alevosía el historiador imperial encarece su misma imprudencia en remontarlo hasta aquella esfera contra el dictámen de su atinado soberano. Osado y astuto, robador y pródigo, la ambicion y la avaricia se están dando la mano mutuamente en todos sus pasos, echando el resto de sus alcances en el esterminio de la patria. Se engrie mas y mas su arrogancia con el mando de las fuerzas navales, de una fortaleza, y redoblando juramentos y lisonjas está reservadísimamente conspirando contra su bienhechor. Cohecha y maneja la comitiva mujeril y palaciega de la emperatríz; estimula su natural anhelo por la tutoría de su propio hijo; el cariño maternal sirve de disfraz á su ansia de poderío, y el fundador de los Paleólogos dejó á la posteridad enterada en el ejemplar de un ayo alevoso. Es el patriarca Juan de Apri un anciano altanero y apocado, cercado de infinita y hambrientísima parentela. Saca á luz allá una carta enmohecida de Andrónico en que le encarga la custodia relijiosa del príncipe y del pueblo; el paradero de su antecesor Arsenio le está advirtiendo que precava, antes de tener que castigar los atentados de un usurpador, y Apocauco se sonrie con el cebo tan certero de su adulacion, al ver que el sacerdote bizantino se va encumbrando al señorío y arranques temporales del pontífice Romano (26). Se asocian reservadamente tres sujetos de tan diversa índole y situacion; restablecen ciertos asomos de autoridad en el senado, y suena halagüeñamente en el vecindario el eco de libertad. Aquella confederacion poderosísima asalta al gran doméstico, al pronto con armas encubiertas, y luego sin rebozo. Se contrarestan sus prerogativas; se soslayan sus dictámenes, se persiguen sus amigos, y se le amaga en la ciudad y en el campamento. Al ausentarse por el servicio público, se le tizna de traidor, se le pregona por enemigo de la Iglesia y del estado, entregándolo con todos sus parciales, á la cuchilla justiciera, á la venganza del pueblo y á la potestad del diablo: se le confiscan los haberes, se encarcela á su anciana madre (*d*); yacen sus servicios anteriores en el olvido, y le precisan á cometer el delito que le están achacando (27). Escudriñando la conducta anterior de Cantacuzeno aparece inculpable de todo asomo alevoso, y lo único que empaña su inocencia es aquel ahinco estremado en cincerarse, y la sublimidad castiza que cifra en su propio y acendrado pundonor. Apa-

rentando siempre así la emperatríz como el patriarca finísima armonía, insta redobladamente por el permiso para retirarse á una vida privada y aun monástica. Aun declarado ya enemigo público, está mas y mas ansiando el arrojarse á las plantas del tierno emperador, y recibir sin prorumpir en el menor murmullo el hachazo del sayon; se le hace muy cuesta arriba el dar oidos á los dictámenes de la razon que le está demostrando el instituto natural y sagrado de mirar por su familia y amigos, y ante todo que le cabe ya mas salvamento que el de la espada con el dictado imperial.

El emperador Juan Cantacuzeno queda revestido (Añ. 1341) con los borceguíes purpúreos, en la ciudad fuertísima de Demótica, peculiar de su señorío; su parentela noble le calza el derecho, y los caudillos Latinos, todos caballeros, el izquierdo. Pero aun en el mismo trance de pregonar su rebeldía, ostenta visos de lealtad, y los dictados de Juan Paleólogo y de Ana de Saboya suenan siempre antes que su propio nombre y el de su esposa Irene. Trasparente disfraz de rebeldía viene á ser este ceremonial tan fútil, ni caben al parecer agravios *personales* que escuden á un súbdito para guerrear contra su soberano, pero aquel mismo repente, desde luego tan certero, está asombrando los pretestos del usurpador sobre ser aquel paso terminante mas bien pasto de la precision que de su albedrío. Sigue Constantinopla al emperador mancebo, acuden al rey de Bulgaria para el socorro de Andrinópolis; titubean las ciudades principales de Tracia y Macedonia, y por fin se retraen del gran doméstico, y los caudillos de la tropa y las provincias, á impulsos de su interés privado, anteponen el predominio blando de una mujer y un sacerdote (*e*). Aporta Cantacuzeno su ejército en diez y seis divisiones, sobre las orillas del Melas para ir atrayendo, ú tener aterrada la capital; zozobras y traiciones las dispersan, y la oficialidad, especialmente la asalariada de los Latinos, admite los regalos y entra en el servicio de la corte bizantina. Con este menoscabo el emperador rebelde (pues fluctúa entre ambos predicamentos, se encaminan, con un residuo selecto á Tesalónica, pero fracasa en su intento contra aquella plaza de suma entidad, estrechándole siempre el alcance el gran duque, su enemigo Apocauco, acaudillando fuerzas superiores por mar y por tierra. Internado á viva fuerza, en su marcha, ó mas bien huida por las serranías de la Servia, junta Cantacuzeno su jente para deslindar la que mereciese ó desease continuar en su servicio ya tan mal parado. Una mayoría ruin se despide con su acatamiento, y su cuerpo leal se reduce á dos mil y luego á quinientos voluntarios. El *kral* (28) ó déspota de los Servios lo recibe con espléndido agasajo, pero el huésped va luego menguando ó suplicante, á rehen y á cautivo, y en tan lastimosa servidumbre yace al umbral de un Bárbaro, árbitro de la vida y libertad de un emperador Romano. No alcanzan

ofertas halagüeñas á desmoronar su entereza, mas luego se va inclinando á la parte prepotente, y despide al amigo sin tropelía en busca de nuevas esperanzas y peligros. Arde por seis años la guerra civil, con alternativas de ventajas y descalabros, ciega y enfurecidamente; el encono de nobles y plebeyos desquicia los pueblos; batallan Cantacuzenos y Paleólogos, y por ambos partidos contrapuestos se acude á Búlgaros, Servios y Turcos para instrumento de ambiciones peculiares y esterminio jeneral. Llora el rejente aquel cúmulo de fracasos que causó y está padeciendo, y palpó con dilatada esperiencia aquel desengaño patente sobre la diferencia entre guerra civil y estranjera. «Este» esclamó «es el ardor esterno del estío; siempre, siempre tolerable y á veces benéfico, la otra es la llama mortal de la fiebre, que está consumiendo sin arbitrio las entrañas del paciente (29).

Afrenta perniciosísima es la de acudir á bárbaros irracionales para las desavenencias entre naciones civilizadas, pues si en el trance imprescindible socorren la razon y la humanidad rechazan tamaño desbarro. Sabido es que los bandos contrapuestos achacan al par á sus contrarios la culpa del primer paso, y cuantos malogran sus intentos son siempre los mas vocingleros en tiznar los mismos ejemplares que están envidiando y remedaran gustosísimos. Eran quizás los Turcos de Asia menos bravíos que los cabrerizos de Bulgaria y Servia, pero les constituia su relijion enemigos implacables de Roma y del Cristianismo. Echaron el resto en ruindad y desembolso entrambos partidos para granjearse la amistad de los emires; sobresalió la maestría de Cantacuzeno, pero á precio subidísimo le costaron el auxilio y la victoria, mediando el desposorio de su hija con un infiel, el cautiverio de miles de Cristianos y el tránsito de los Otomanos á Europa, que fué el hachazo póstumo y fatalísimo para el derribo del imperio Romano. Inclinada ya la balanza se vuelca á su favor con la muerte de Apocauco, remuneracion debida, aunque harto estraña de sus maldades. Tiene encarcelados un sinnúmero de nobles y plebeyos en la capital y por las provincias, hacinándolos todos en el palacio antiguo de Constantinopla. Los van emparedando mas y mas con la division y estrechez de miles de celdillas, con el intento de atajarles todo asomo de huida y atormentarlos hasta lo sumo en aquel desamparo. Está diaria y personalmente activando la obra; se queda su escolta á la puerta y al hallarse en un patio interior para zelar á los albañiles, ajenísimo de toda zozobra y recelo, lo asaltan y dejan exánime en el suelo dos presos (*f*) de la alcurnia Paleóloga (30), armados á impulsos de su denuedo y desesperacion, tan solo con garrotes. Vitorean la venganza y su libertad y la muchedumbre destroza sus grillos, fortifica la cárcel, cuelgan de una pared la cabeza del tirano, é imploran confiadamente la clemencia de la emperatríz y el amparo del pueblo. Cabia desde luego á Ana de Saboya

el complacerse con el escarmiento de un ministro ambicioso, pero mientras está deliberando, la plebe, y con especialidad la marinería, estimulada por la viuda del gran duque, se propasa á la asonada, al asalto y á la matanza. Los presos (por lo mas ajenos de toda culpa y gloria en aquel hecho) huyen á una iglesia cercana; quedan degollados al pié del altar, y es el monstruo tan sangriento y venenoso en muerte como en vida. Pero se cifró en su intelijencia la causa del emperador mozo, y sus socios ahora, desavenidos y recelosos todos, se desentienden allá de la guerra, y de todo jénero de convenio. Al despuntar la contienda la emperatríz desengañada se lamenta de que los enemigos de Cantacuzeno la han vendido; se esmera el patriarca en predicar contra el perdon de los agravios, sellando su promesa de encono sempiterno con juramento y pena de escomunion (51). Pero prescinde luego Ana de toda enseñanza para odiar en el alma y mira allá con cierta indiferencia como advenediza, las desventuras del imperio. Se encela de muerte con una emperatríz competidora, y en sus primeros arranques de aquel ímpetu, amaga al patriarca con la convocacion de un concilio para apearlo de su asiento. Su torpeza y sus desavenencias proporcionan suma ventaja, pero la guerra civil se va dilatando con la flaqueza de entrambos partidos, incurriendo el comedimiento de Cantacuzeno en la tacha de flojedad y cobardía. Va recobrando ciudades y provincias, y el reino de su alumno se ciñe al recinto de las murallas; pero Constantinopla por sí sola contrapesa á lo restante del imperio, ni le cabia el avance decisivo hasta tener afianzado el concepto público y la correspondencia reservada. Habia sucedido al gran duque en su cargo un Italiano llamado Facciolati (52) (añ. 1347 enero) corriendo por su cuenta la armada, los guardias y la puerta dorada, pero su ambicion se deja cohechar para servir de instrumento á una alevosía, y así la revolucion queda cumplida sin sangre ni peligro. Sin asomo de arbitrio para la resistencia ni de esperanza de auxilio, Ana inflexible se empeña en defender el palacio, y se sonriera á la llamarada de toda la capital á trueque de no verla en manos de su competidora; pero se quebranta á las instancias de amigos y enemigos, y el vencedor, quien profesa entrañable y ansioso cariño al hijo de su bienhechor, dicta el tratado. Queda por fin consumado el enlace de Paleólogo con su hija, y reconocido el derecho hereditario del alumno, pero por diez años sigue el ayo revestido por sí solo de todo el derecho de la gobernacion. Siéntanse hasta dos emperadores y tres emperatrices en el sólio de Constantinopla, y un indulto jeneral despeja las zozobras y corrobora las propiedades de los individuos mas culpados. Solemnízanse la coronacion y el desposorio con muestras, fementidas por ambas partes, de concordia y magnificencia. En las turbulencias pasadas, tras el erario, se habian malbaratado las alhajas del palacio; sírvese el banquete imperial con vajilla de peltre ó vidriado,

y es tan fantástica la altanería de aquel siglo que la carencia de oro y joyas se suple con la hechura baladí de cristales y pieles doradas (53).

Me afano en redondear la historia personal de Cantacuzeno (54.) Triunfa y reina, pero luego se nublan entrambos logros malquistándose con uno y otro bando. Califican sus secuaces el acta de indulto de perdon para sus enemigos y olvido para sus íntimos (55), pues por su causa se menoscabaron ó fenecieron las posesiones, y al vagar desnudos y hambrientos por las calles van maliciando la jenerosidad interesada de un caudillo que desde el sólio del imperio está desamparando su herencia solariega. Los parciales de la emperatríz se sonrojan de estar colgados para sus haberes y su existencia del agrado voluble de un usurpador, y aunque sedientos de venganza, se escudan con las muestras de cariño que vocean, por la sucesion, y aun el salvamento de su niño. Instan encarecida y desaforadamente los amigos de Cantacuzeno para que se les descargase de su juramento á los Paleólogos, encargándose de la defensa de algunas plazas por via de afianzamiento, y esforzando el empeño con eficaz elocuencia, pero contrarestando siempre (dice el historiador Imperial) « con *mi* peregrino y casi increible pundonor, » Suena ya el eco de tramoyas y asonadas, y está temblando de que se arrojen hasta el estremo de arrebatarle, por enemigos caseros ó advenedizos el príncipe lejítimo tremolando allá su nombre y sus agravios en las banderas de la rebeldía. Florece ya varonilmente el hijo de Andrónico, y se despeja y obra, remedando y enardeciendo su ambicion tras los vicios del padre. Cantacuzeno, segun blasona él mismo, se afana en ir enfrenando la torpe sensualidad del mancebo, sublimando su ahinco al par de su encumbrada esfera. En la espedicion de Servia entrambos emperadores van ostentando su mutua y entrañable armonía á la tropa y al paisanaje, y el mayor se esmera en amaestrar á su alumno en los afanes de la guerra y del gobierno. Ajustada la paz, se acuartela Paleólogo en Tesalónica, sitio real y punto fronterizo, para afianzar con su ausencia el sosiego de Constantinopla, y resguardar su mocedad de los halagos espuestísimos de la capital. Pero la distancia quebranta el alcance del predominio, y el hijo de Andrónico capitanea una cuadrilla de compañeros desaforados que lo descarrian de su ayo, se lamentan de su destierro y pregonan sus desagravios. Tras un ajuste reservado con el cual el déspota de Servia estalla una rebelion, y Cantacuzeno entronizado en el sólio del mayor Andrónico defiende la causa de su ancianidad y su prerogativa que tan denodadamente combatió en su mocedad. A su instancia, la emperatríz madre emprende el viaje de Tesalónica y entabla oficios de medianera, y regresa sin éxito, y á menos que esté aleccionada ya por la adversidad, se hace muy dudoso que procediese muy de veras, ó por lo menos con sumo ahinco, en su desempeño. Empañando mas y mas el cetro con entereza

y teson, encarga á la emperatríz manifieste como está ya asomando el plazo legal de los diez años, y tras el amargo desengaño de las vanidades mundanas, está el emperador Cantacuzeno suspirando por el sosiego de un claustro, y aspirando tan solo á una corona celeste. A ser entrañables aquellos arranques, quedaba restablecida la paz en el imperio, y su conciencia descargada con un acto justiciero. Paleólogo es únicamente responsable por su gobierno venidero, y prescindiendo de sus vicios, no podian ser tan aciagos como una guerra civil, para la cual están brindando á bárbaros é infieles que han de acudir al mutuo esterminio de los Griegos. Prepondera Cantacuzeno con las armas de los Turcos, que desde entonces se arraigan hondamente en Europa, por tercera vez, y el emperador mozo, aventado por mar y tierra, tiene que guarecerse con los Latinos en la isla de Tenedos. Su desacato pertinaz precisa al vencedor á un paso que hacia irreconciliable la contienda, revistiendo con la púrpura y asociándose á su hijo Mateo, y vinculando así la sucesion en la alcurnia Cantacuzena. Pero se aferra Constantinopla mas y mas por la sangre de sus príncipes antiguos, y este postrer baldon apresura el restablecimiento del lejítimo heredero. Un noble Jenovés prohija la causa de Paleólogo, y mediante la promesa de su hermana verifica la revolucion en dos galeras y dos mil y quinientos auxiliares. Pretestan averías y se les franquea entrada en el puerto menor; les abren una puerta y claman los Latinos « Viva por siempre el victorioso emperador Juan Paleólogo » correspondiendo con asonada jeneral el vecindario. Quédale crecido bando, siempre leal á Cantacuzeno, pero afirma en su historia (¿ acaso cuenta con que le crean?) que su conciencia timorata se desentendió de una victoria positiva, y que atenido voluntariamente á los dictámenes de la relijion y la filosofía, se apea del sólio y abraza gustosísimo el hábito y la profesion monástica (56) (añ. 1355 en.). Apenas deja de ser príncipe, el sucesor no se opone á que venga á ser santo; dedica lo restante de su vida á la devocion y el estudio; respetando todos en su celdilla de Constantinopla ó del Monte Atos al monje Jouraf, como temporal y espiritual del emperador; y si llega á salir de su retiro, es tan solo como ministro de paz; y para avasallar la pertinacia é implorar el indulto de su hijo rebelde (57).

Pero aun en el mismo claustro batallan las potencias de Cantacuzeno en guerra teolójica Afila su pluma controversista zahiriendo á Judíos y Mahometanos (58), en todos estados defiende con igual afan la luz divina del Monte Thabor, cuestion muy sonada que echa el sello á los devandos relijiosos de los Griegos. Los faquines de la India (59) y los monjes de la iglesia Oriental vivian igualmente empapados en el concepto de que, prescindiendo de las potencias del alma, el ánimo acendradisimo puede encumbrarse hasta presenciar plenamente la Suma Divinidad. La opinion

y práctica de los monasterios del Monte Athos (40) se conceptuarán mas cabalmente con las palabras idénticas de un abad que floreció en el siglo undécimo. «Al estar á solas en la celdilla» dice el doctor espiritualísimo «cierra tu puerta, clava la vista y el pensamiento hácia el vientre, la rejion del ombligo, é inclinando así tus barbas sobre el pecho, encumbra el ánimo allá lejos de todo lo vano y perecedero, escudriñando mas el sitio del corazon y sólio del alma. Al pronto será todo lóbrego y pavoroso mas en perseverando dia y noche vas á gozar luego una complacencia imponderable, pues al descubrir por fin el paraje del corazon, te empaparás en ráfagas místicas de resplandor celeste.» Este resplandor parto de una fantasía desencajada é hijo de un estómago vacío y de un celebro todavía mas aéreo, era lo mismo que adoraban los Quietistas, como creencia cabal y acendradísima del mismo Dios, y mientras aquel desvarío permaneció vinculado en el Monte Athos, los solitarios, de suyo tan sencillos, no se engolfaron en apurar si la creencia divina era ó no *material*, ni como siendo sustancia *inmaterial* cabia en el alcance de la vista humana. Pero en el reinado de Andrónico el menor, fué visitando aquellos monasterios Barlaam (41), monje calabrés, igualmente aventajado en filosofía que en teolojía, y poseyendo los idiomas griego y latino, sabia sustentar las creencias encontradas, segun el interés del trance en que se hallaba. Uno de aquellos místicos reveló indiscretamente al viajero los arcanos de la plegaria mental, y Barlaam afianzó la coyuntura de ridiculizar á los Quietistas, aposentadores del alma en el ombligo, tildando á los monjes del Monte Athos de herejes y blasfemos. Aquel embate arrolló al Quietismo, que vino á quedar esterminado ú encubierto: y Gregorio Palamas ideó allá una distincion sutilísima entre la creencia y las operaciones de Dios. Su existencia inaccesible mora en medio de una luz eterna é intrincada, manifestándose aquella vision beatífica de los santos á los discípulos sobre el Monte Thabor en la transfiguracion de Jesu Christo. Pero la distincion vino á incurrir en la tacha de politeismo; se negó aferradamente la eternidad de la luz en el Monte Thabor, tildando además Barlaam á los Palamistas de sostener dos sustancias sempiternas, un Dios visible y otro invisible. Amagado de muerte por la saña de los monjes del Monte Athos, se retira el Calabrés á Constantinopla, donde sus modales finos y aseñorados le granjean privanza con el gran doméstico del emperador. Engólfanse corte y vecindario en esta contienda teolójica, que sigue ardiendo en medio de la guerra civil; pero Barlaam aja su doctrina huyendo y apostatando; quedan triunfantes los Palamitas y las facciones contrapuestas del estado se avienen á deponer al grande antagonista el patriarca Juan de Apri. Cantacuzeno con ínfulas de emperador y de teólogo, preside el sínodo de la Iglesia griega que plantea como artículo de fé la luz increada del monte Thabor, y tras tantísimos desaca-

tos á la racionalidad, poquísimo cabia ya el lastimarla con un desvarío mas. Se emborrizan resmas de papel ó rollos de pergamino á millares, y los sectarios impenitentes que se niegan á firmar el credo acendrado, quedan al morir insepultos; pero en el siglo siguiente yace por fin olvidado por entero, ni me ha sido dable apurar si se llegó á echar mano de la cuchilla ó de la leña para el esterminio de la herejía Barlaamita (42).

Dejé reservada para la conclusion de este capítulo la guerra genovesa, que llegó á conmover el sólio de Cantacuzeno, y patentizó la postracion del imperio griego (Añ. 1261 — 1347). Los Genoveses avecindados ya tras el recobro de Constantinopla, en el arrabal de Pera ó Gálata, merecieron aquel feudo honorífico á la dignacion del emperador. Quedaron árbitros en el uso de sus leyes y magistrados; pero sujetándose á las obligaciones de súbditos y vasallos; acudieron á la jurisprudencia latina para valerse de la voz violenta de *hombres lijios*, y su podestá ó caudillo, antes de entrar en ejercicio, saludaba al emperador con aclamaciones entrañables y votos de lealtad. Selló Génova su alianza incontrastable con los Griegos, y en el caso de una guerra defensiva, prometió la república al imperio un apronto de galeras vacías y un auxilio de otras armadas, hasta cincuenta de cada clase. Miguel Paleólogo, al restablecer las fuerzas navales, entabló el intento de por fin desentenderse de todo arrimo advenedizo, y logró con brioso gobierno enfrenar á los Genoveses de Gálata en los límites que las ínfulas insolentes de libertad y riqueza, les inclinaba á menospreciar. Un marinero amenazó con que luego habian de ser dueños de Constantinopla, y mató al griego que se mostró lastimado con aquel desacato nacional, y luego un bajel de guerra se negó á saludar el palacio, marchándose á piratear por el Mar Negro. Allá sus compatricios amagaban abrigar su causa; pero las tropas imperiales cercaron ejecutivamente la aldea larguísima é indefensa de Gálata, hasta que en el ademan ya del asalto, postrados los Genoveses vinieron á implorar la clemencia de su soberano. El desamparo de su situacion que tenia afianzada su obediencia, los esponia al embate de sus competidores Venecianos, quienes en el reinado del mayor Andrónico, se propasaron á desacatar la majestad del sólio. Los Genoveses al divisar su escuadra se guarecieron en la ciudad con familias y haberes; sus albergues despoblados quedaron reducidos á cenizas, y el apocado príncipe que habia estado presenciando el esterminio de su arrabal, acudió á su desagravio, no con armas sino por medio de embajadores. Mas aquel fracaso redundó en grandísimo logro para los Genoveses, quienes consiguen permiso para luego propasarse de amurallar poderosamente á Gálata, cercarla con un brazo de mar, torrearla en derredor, colocándola un cordon de máquinas de guerra por las almenas. Prospera y reboza la colonia sobre el recinto limitado

y primitivo; de dia van fincando en tierras y cuajando las lomas y oteros comarcarnos, de quintas y castillos, enlazándolos además en una línea de fortificacion (44). Arbitros eran los emperadores griegos del comercio y la navegacion del Euxino, señoreando las entradas angostas, ó sean puertas del mar interior. En el reinado de Miguel Paleólogo, el sultan de Egipto reconoció su prerogativa, solicitando y consiguiendo la franquicia de enviar anualmente un bajel para feriar esclavos en Circasia y en la Tartaria Menor, concesion muy azarosa para la causa cristiana, puestoqueaquel refuerzo de mozos era para transformarles con la educacion y la disciplina en los formidables Mamelucos (45). Planteados ya los Genoveses en la colonia de Pera, fueron entablando y engrandeciendo su comercio por el Mar Negro, pues abastecian colmadamente á los Griegos de pescado y trigo, renglones importantísimos para un pueblo supersticioso. La dignacion rebosante de la naturaleza cuajó de mieses la Ukrania, con un asomo de labranza torpe y bravía; y la exportacion interminable de bacalao y caviak se está renovando de contínuo con los esturiones enormes que se pescan á la desembocadura del Don ó Tanais, en su paradero último del légamo craso y aguas escasas de la Meótida (46). Los raudales del Oxo, el Volga y el Don y luego el mar Caspio, franquearon un tránsito extraño pero trabajoso para la pedrería y especería de la India, y las caravanas con tres meses de marcha, se encontraban con los bajeles italianos en las bahías de la Crimea (47). El poderío y eficacia de los Genoveses se apropiaron estos ramos diversos de comercio, arrollando á los Pisanos y Venecianos, y avasallando á los naturales con las poblaciones y fortalezas que descollaban luego sobre los cimientos de sus humildes factorías, pues las tribus Tártaras sitiaron infructuosamente su principal establecimiento de Cafa (48). Los Griegos sin el arrimo ya de su armada, yacieron ante aquellos traficantes altaneros que estaban abasteciendo ú escaseando á Constantinopla con arreglo á sus intereses. Llegaron á usurpar los impuestos, las almadrabas y aun los portazgos del Bósforo, y al agolpar con tamañas entradas hasta la suma de cien mil piezas de oro, se les hacia violentísimo el abonar al emperador el residuo de treinta mil (49). Se manejaba la colonia de Pera ó Gálata, tanto en paz como en guerra, con absoluta independencia, siendo achaque de todo establecimiento lejano el desentenderse, como lo solia practicar el podestá genovés, de la prepotencia de sus propios dueños.

El apocamiento de Andrónico el mayor y las guerras civiles que plagaron su reinado y afligieron la minoría de su nieto. El sumo desempeño de Cantacuzeno vino á redundar en quebranto y no en restablecimiento del imperio, y trás su victoria interior tuvo que arrostrar la lid sobre el reinado de Griegos ó Jenoveses en Constantinopla. Aquellos mercaderes de

Pera se agraviaron de haberles denegado un terreno inmediato, y varios cerros dominantes que estaban ya en ademan de fortificar; y en ausencia del emperador, allá doliente en Demótica, se arrojaron á contrarestar un reinado mujeril, echando á pique á un barco bizantino que estaba pescando en la entrada de la bahía, y matando á los pescadores. Los agresores, en vez de implorar indulto requieren desagravio, y luego mandan altaneramente á los Griegos, que se abstengan de toda navegacion, contrarestando á mano armada los primeros ímpetus de la ira popular. Se posesionan del territorio en litijio, echa el resto de su afan el vecindario entero, de todo sexo y edad, alzando el muro y escavando el foso con suma dilijencia. Embisten al mismo tiempo y abrasan dos galeras bizantinas, mientras las otras tres, residuo de la armada imperial, logran ponerse en salvo; saquean y destrozan cuantas viviendas hay fuera de las puertas y por las playas, y la emperatríz rejente Irene, se ciñe á resguardar la capital. Regresa Cantacuzeno y campea al punto el sosiego; propende el emperador á dictámenes de paz, pero se allana al empedernimiento de los enemigos, que mas y mas se desentienden allá de todo convenio racional, y al desenfreno de los súbditos, que citando la escritura amagan estrellarlos como una alcarraza. Mas repugnan el pagar los impuestos para la construccion de naves y los gastos de la guerra, y señoreando las naciones encontradas, una el mar, y otra la tierra, Constantinopla y Pera adolecen al par de los quebrantos de un sitio. Los mercaderes de la colonia, creidos de que la guerra vendria á ser de pocos dias, están ya murmurando de sus menoscabos; se rezagan los auxilios de la madre patria con las banderías de los Jenoveses, y los mas cautelosos avaloran la proporcion de un bajel Rodio para trasladar sus familias y haberes á buen recaudo. Al rayar la primavera sale una escuadra bizantina por la boca de la bahía, y se acordona sobre la playa de Pera, presentando torpísimamente sus costados á los espolones enemigos (Añ. 1343). Las tripulaciones de las siete galeras y varios barcos menores, son de campesinos y artesanos, sin que algun denuedo feroz compensase su atraso; arrecia el viento, se agolpan las olas, y al descubrir los Griegos al enemigo, aun distante é inmoble, se arrojan disparadamente al mar huyendo de un peligro dudoso á un exterminio positivo. Sobrecoje igual terror pánico á las tropas asaltadoras de la línea por tierra, y los Jenoveses se asombran y casi se sonrojan de entrambas victorias. Sus naves triunfadoras, y coronadas de guirnaldas, van pasando y repasando con sus presas á remolque por delante del palacio; tiene el emperador que resignarse, consolándose con la esperanza de su desagravio. Pero el conflicto por ambas partes acarrea un convenio temporal, y el baldon del imperio queda mal rebozado con una gasa de señorío y potestad. Intimando cargos á los caudillos de la colonia, aparenta Cantacuzeno me-

nospreciar el motivo baladí de la contienda, y tras alguna reconvencion otorga allá garbosamente lo que antes habia como encargado custodiar á sus dependientes 50.

Mas luego recaban del emperador el quebrantamiento del tratado y su alianza con los Venecianos; enemigos perpétuos de Jénova y de sus colonias. (añ. 1352) Mientras está recapacitando los motivos de la paz y de la guerra, el vecindario de Pera impensadamente aja tanto comedimiento con el desacato antojadizo de disparar desde su muralla una piedra descomunal sobre el centro de Constantinopla. Al formalizar tan justa queja, vituperan tibiamente la demasía de su maquinista, pero se *repite* el insulto á la madrugada, y se glorian de aquella segunda prueba del alcance de su artillería hasta el interior de la ciudad imperial. Firma Cantacuzeno ejecutivamente su tratado con los Venecianos, pero la mole de todo un imperio Romano, apenas asoma en el poderío de aquellas grandiosas y opulentas repúblicas (51). Desde el estrecho de Jibraltar hasta la desembocadura del Tanais, se tropiezan las escuadras con éxito vario, y por fin se traba refriega memorable en lo angosto del mar, bajo los muros de Constantinopla. Arduo empeño fuera el de hermanar las relaciones de Griegos, Venecianos y Jenoveses (52); mas ateniéndome en lo principal á los pormenores de un historiador imparcial (53) voy á enumerar de cada nacion los hechos que les incumben para su respectivo timbre ó desdoro. Sobresalen los Venecianos con sus aliados los Catalanes en el número, pues su escuadra con el escaso aumento de ocho galeras Bizantinas componen setenta y cinco velas, no pasando las Jenovesas de sesenta y cuatro; pero sus naves de guerra descollaban por su bulto y fortaleza. Resplandecen los nombres y alcurnias de sus caudillos Pisanis y Dorias en los anales de su patria; pero se aventaja el de estos últimos en nombradía y desempeño. Se acometen estando el mar alborotado, y sostienen revueltos el combate, desde el amanecer hasta ya muy anochecido. Celebran la gallardía de los Jenoveses sus mismos enemigos, sobresalen los compañeros de los Venecianos, pero todos acordes sobreponen la habilidad y el arrojo de los Catalanes (*g*) quienes con miles de heridas contrarestan lo recio del trance. Al separarse las escuadras, asoma dudoso el resultado; pero las trece galeras jenovesas tomadas ó echadas á pique, vienen á quedar compensadas con el doble quebranto de los aliados, con catorce venecianas, diez catalanas y dos bizantinas de pérdida, (*h*) pues el pesar de los mismos vencedores, denota la arrogancia habitual de victorias mas decisivas. Confiesa Pisani su descalabro, retirándose á una ensenadilla fortificada, y luego pretestando órdenes del senado surca con su division fujitiva y malparada para la isla de Candía, y entrega allá á sus contrarios la soberanía del mar. El Petrarca (54) en una carta ya pública dedicada la

dogo y al senado, echa el resto de su elocuencia para hermanar las dos potencias marítimas, las lumbreras de Italia. Encarece el orador el teson y victoria de los Jenoveses, los prohombres en el desempeño de la guerra naval: prorumpe en llanto por sus hermanos de la república Veneciana; pero los estimula para acosar á todo trance á los ruines y alevosos Griegos, desemponzoñando la metrópoli del Oriente de aquella herejía que la tiene inficionada. Solos quedan, y agenos de toda resistencia los Griegos, y el emperador Cantacuzeno á los tres meses de la batalla, ajencia y firma un tratado que arroja para siempre á Venecianos y Catalanes, concediendo á los Jenoveses el monopolio del comercio, y casi un absoluto señorío. El imperio Romano (me estoy sonriendo al escribir este nombre) está para yacer arrinconado en provincia jenovesa, cuando se desploma su libertad y poderío, y queda tajada toda la ambicion de la república. Batallan por espacio de ciento y treinta años, y triunfa por fin Venecia, y entonces la bandería extremada precisa á los Jenoveses, en busca de su paz interior, á guarecerse con un señor estraño, con el duque de Milan, rey de Francia. Pero el afan de comercio descuella mas y mas tras el empeño de las conquistas, y la colonia de Pera sigue asombrando la capital y navegando por el Euxino, hasta que los turcos vienen á empezarlo en la servidumbre del mismo Constantinopla.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimotercero.

(1) Andrónico mismo ha de sincerar nuestro desahogo en la invectiva (Nicéforo Grégoras, l. I. c. I.) que pronunció contra la falsedad histórica. Verdad es, que su censura va mas bien asestada contra la calumnia que contra la adulacion.

(2) En cuanto al anatema en el nido del pichon, véase Paquímero (l. IX. c. 24.), quien trae la historia jeneral de Atanasio (l. VIII. c. 13—16. 20. 24. l. X. c. 27—29. 31. 36. l. XI. c. 1—3. 5. 6. l. XIII. c. 8. 10. 23. 35.), y al que sigue Nicéforo Grégoras (l. VI. c. 5. 7. l. VII. c. 19.), quien incluye la segunda retirada de este segundo Crisóstomo.

(3) Paquímero en siete libros, 377 pájinas en folio, va historiando los primeros veinte y seis años de Andrónico el Mayor, y apunta la fecha

de su composicion por las noticias que cundian á las mentiras del dia (A. D. 1.308.). La muerte ó algun desabrimiento le imposibilitaron ó de tomar ya la pluma.

(4) Trás un intermedio de doce años, desde la conclusion de Paquímero, Cantacuzeno toma la pluma; y su primer libro (c. 1—39. p. 9—150.) refiere la guerra civil y los ocho últimos años de Andrónico el Mayor. La comparacion injeniosa con Moisés y César, es invento del traductor francés, el presidente Cousin.

(5) Nicéforo Grégoras incluye mas brevemente toda la vida y reinado de Andrónico el Mayor (l. VI. c. 1. p. 96—291.). Esta es la parte de que se queja Cantacuzeno, pues se halla representada en ella su conducta de un modo falso y malicioso.

(6) Fue coronado en 21 de mayo de 1295, y falleció á 12 de octubre de 1320 (Ducange, Fam. Byz. p. 239.). Su hermano Teodoro heredó por segundas nupcias el marquesado de Monferrato, apóstata de la religion y costumbres de los Latinos (ὁτι και γνωμῃ και πιςει και σχηματι, και γενεφν κουρᾳ και πασιν εθεσι Λατινος ην ακραιφνης. Nic. Grégoras, l. IX. c. 1.) y fundó una dinastía de príncipes italianos, que se extinguió A. D. 1533 (Ducange, Fam. Byz. p. 249—253.

(7) Debemos á Nicéforo Grégoras (l. VIII. c. 1.) el pormenor de esta trájica aventura; al paso que Cantacuzeno oculta con mejor acuerdo las liviandades de Andrónico el Menor, que presenció y á las que acaso se estuvo asociando (l. I. c. 1. etc.).

(8) El heredero ideado era Miguel Cátaro, bastardo de Constantino, su hijo segundo. Con este plan de escluir á su nieto Andrónico, Nicéforo Grégoras (l. VIII. c. 3.) conviene con Cantacuzeno (l. I. c. 1. 2.).

(a) La conducta de Cantacuzeno, segun él mismo manifiesta, fué inesplicable. No queria destronar al anciano emperador, y disuadió á los que opinaban por la ida ejecutiva á Constantinopla. Dice que Andrónico el Menor terció en sus miras, y escribió al emperador advirtiéndole el peligro que corria, cuando se hubo decidido la marcha. Cantacuzeno, en Nov. Byz. Hist. Collect., vol. I. p. 104. etc. —M.

(9) Véase Nicéforo Grégoras, l. VIII. c. 6. Andrónico el Menor se quejaba de que en cuatro años y cuatro meses se le debia la cantidad de 350.000 bizantes de oro, por los gastos de su casa (Cantacuzeno, l. I. c. 48.). Sin embargo hubiera desistido de esta deuda, si se le hubiese permitido apremiar á los arrendatarios de la renta.

(10) Sigo la cronolojía de Nicéforo Grégoras, que es sumamente certera. Está probado que Cantacuzeno se ha equivocado en las fechas de sus propias acciones, ó mas bien que el texto ha sido alterado por ignorantes copistas.

(b) Y las lavanderas, segun Nic. Grégoras, p. 431. — M.

(11) He procurado igualar las 24.000 monedas de Cantacuzeno (l. II. c. 1.) con las 10.000 de Nicéforo Grégoras (l. IX. c. 2.); el uno queria apocar y el otro engrandecer los reveses del anciano emperador.

(12) Véase Nicéforo Grégoras (l. IX. 6. 7. 8. 10. 14. l. X. c. 1.). El historiador habia participado de la prosperidad y retiro de su bienhechor; y no debiera tacharse á la lijera de venal en sus elogios, una amistad que acompaña al cadalso ó á una celda.*

(c) Segun Nic. Grégoras, p. 460, ciertos prodigios anunciaron la partida del anciano y menguado monje imperial, de su encierro terrestre. — M.

(13) El reinado de Andrónico el Menor se halla referido en Cantacuzeno (l. II. c. 1—40. p. 191—339.), y Nicéforo Grégoras (l. IX. c. 7. l. XI. 2. 11. p. 262—361.).

(14) Inés ó Irene era hija del duque Enrique el Maravilloso, cabeza de la casa de Brunswich y cuarto en descendencia del célebre Enrique el Leon, duque de Sajonia y Baviera, y conquistador de los Esclavos en la costa del Báltico. Su hermano Enrique fué apellidado el *Griego*, por dos viajes que hizo al Oriente: pero ambos fueron posteriores al casamiento de su hermana; é ignoro como se descubrió á Inés en el interior de Alemania y se la recomendó á la corte bizantina. (Rinio, Memorias de la casa de Brunswich, p, 126—137.).

(15) Enrique el Maravilloso fué el fundador de la rama de Grubenhagen, que se estinguió en el año 1596. (Rimio, p. 287.). Residia en el castillo de Wolfenbuttel, y no poseia sino una sexta parte de los estados feudales de Brunswich y Luneburgo, que la familia guelfa habia librado de la confiscacion de sus grandes feudos. Las reparticiones frecuentes entre hermanos habian arruinado á las casas soberanas de Alemania, hasta que se le sustituyó á esta ley justa, aunque perniciosa, el derecho de primojenitura. El principado de Grubenhagen, resto de la selva hercinia, es un distrito escabroso y árido. (Jeografía de Busching, vol, VI. p. 270—286. Traduccion inglesa.).

(16) El real autor de las Memorias de Brandenburgo nos enseñará cuan justamente en un período muy posterior, merecia el norte de Alemania los epitetos de pobre y bárbaro (Essai sur les Mœurs, etc.). En el año 1306, en los bosques de Luneburgo, se les permitia á algunos salvajes del linaje veneto que enterraran vivos á sus padres enfermos é inservibles. (Rimio, p. 136.).

* Pero puede acusarse de absurdo sin igual. Compara la estincion del débil anciano á la del sol: su ataúd debe fluctuar como el arca de Noé, en un diluvio de lágrimas. — M.

(17) El aserto de Tácito de que Alemania carecia de metales preciosos, debe tomarse, aun en su tiempo, con alguna retriccion. (Germania, c. 5. Annal. XI. 20.). Segun Spener (Hist. Germaniæ Pragmatica, tom. I. p. 351.), *Argentifodinæ* in Hercyniis montibus, imperante Othone magno (A. D. 968.), primum apertæ, largam etiam opes augendi dederunt copiam : pero Rimio (p. 258, 259.) difiere hasta el año 1016 el descubrimiento de las minas de plata de Grubenhagen ó Hartz alto, que rendian producto al principio del siglo XIV, y aun dan una renta considerable á la casa de Brunswich.

(18) Cantacuzeno ha dado un testimonio muy honroso, ην δ'εκ Γερμανων άττη θυγατηρ δυυκος ντι μπρουξουικ (los Griegos modernos emplean el ντ por el δ, y el μπ por el β, y el conjunto se leerá en idioma italiano de Brunzuic), του παρ' αυτοις επιφανεςατου, και λαμπροτητι παντας τους όμοφυλους ὑπερβαλλοντος του γενους. El elogio es fundado en sí, y agradable á un oido inglés.

(19) Ana ó Juana fue hija de Amedeo el Grande, de segundas nupcias y medio hermana de su sucesor Eduardo conde de Saboya. (Tablas de Anderson, p. 350.). Véase Cantacuzeno (l. I. c. 40—42.).

(20) Este rey, si el hecho es cierto, debe haber sido Cárlos el Hermoso, que casó en cinco años (1321—1326) con tres mujeres (Anderson p. 628.). Ana de Saboya llegó á Constantinopla en febrero de 1326.

(21) La noble alcurnia de los Cantacuzenos (esclavizada desde el siglo XI en los anales bizantinos) descendia de los paladines de Francia, héroes de aquellas novelas que en el siglo XIII fueron traducidas y leidas por los Griegos. (Ducange, Fam. Byzant. p. 258.).

(22) Véase Cantacuzeno, (l. III. c. 24. 30. 36.).

(23) Saserna, en Galia, ó Columella en Italia ó España, conceden dos pares de bueyes, dos conductores y seis labradores por doscientas yugadas (125 acres ingleses) de tierra pan llevar, y deben añadirse tres hombres mas si hay mucha maleza. (Columella de Re Rustica, l. II. c. 13. p. 441. edic. Gesner.).

(24) La traduccion francesa del presidente Cousin está desfigurada en esta enumeracion (l. III. c. 30.) con tres yerros palpables y esenciales. 1.° Omite los 1.000 pares de bueyes. 2.° Interpreta el πεντακοσιαι προς δισχιλιαις, con el número mil y quinientos. * Confunde las miradas con las chiliadas, y solo concede á Cantacuzeno 3.000 cerdos. ¡No hay que fiarse de traducciones!

(25) Véanse la rejencia y reinado de Juan Cantacuzeno, y toda la sé-

* Parece que hay otra version, Χιλίαις Niebuhr, edic. in loc. —M.

rie de la guerra civil, en su misma historia (l. III. c. 1. l. XV. c. 9. p. 353—492.).

(26) Se apropió el privilegio real de llevar calzado encarnado; se puso en la cabeza una mitra de seda, guarnecida de oro; firmaba sus epístolas con jacinto ó tinta verde, y reclamaba para la nueva Roma, todo lo que Constantino habia dado á la antigua. (Cantacuzeno, l. III. c. 36. Nic. Grègoras, l. XIV. c. 1.).

(*d*) Murió de resultas de las precauciones y el desamparo.

(27) Nic. Grégoras (l. XII. c. 5.) confiesa la inocencia y virtudes de Cantacuzeno, el delito y punibles vicios de Apocauco, y nos disimula el motivo de su enemistad personal y religiosa, al primero; ιυν δε δια κακιαν αλλων, αιτιος ὁ πραοτατος της των ὁλων εδοξεν ειναι φθορας.*

(*e*) Cantacuzeno asegura que en todas las ciudades, la plebe estaba á favor del emperador, y la aristocracia de su parte. Aprovechóse la plebe de la ocasion para levantarse y saquear á los ricos, á título de Cantacuzenistas, vol. III. c. 29. No se habian estinguido estas facciones republicanas en siglos de opresion y ruina comun.

(28) Los príncipes de Servia (Ducange, Famil. Dalmaticæ, etc. c. 2. 3. 4. 9.) recibian en griego el tratamiento de Déspotas, y en su idioma patrio el de Cral. (Ducange, Gloss. Grec. p. 751.). Este dictado, equivalente al de rey, parece ser de orígen eslavonio, del cual la tomaron los Húngaros, los Griegos modernos y aun los Turcos. (Leunchavio, Pandectas turcas, p. 422.) quienes reservan para el emperador el nombre de Padishan. La ambicion de los Franceses en Constantinopla es conseguir el segundo en vez del primero. (Avertissement á l'Historie de Timur Bec, p. 39.).

(29) Nic. Grégoras, l. XII. c. 14. Estraño es que Cantacuzeno no haya embebido en sus escritos este similagudo y adecuado.

(*f*) Nicéforo habla de cuatro, p. 734.

(30) Ambos vengadores eran Paleólogos, que podian amargarse con réjia indignacion del vilipendio de sus cadenas. La trajedia de Apocauco merece particular referencia á Cantacuzeno (l. III. c. 86.) y Nic. Grégoras (l. XIV. c. 10.).

(31) Cantacuzeno tilda al patriarca y respeta á la emperatríz madre de su soberano (l. III. 33. 34.) contra la cual se espresa Nic. Grégoras con un encono vehemente (l. XIV. 10. 11. XV. 5.). Es cierto que no hablan cabalmente de la misma época.

(32) Nic. Grégoras manifiesta el traidor y la traicion (l. XV. c. 8.):

* Los ἄλλοι eran los enemigos y perseguidores de Nicéforo. — M.

pero su gran cómplice calla con mejor advertencia el nombre. Cantacuzeno, l. III. c. 99.).

(33) Nic, Greg. l. XV. 11. Habia sin embargo algunas perlas finas aunque muy escasas. Las demás piedras solo tenian πρντοδαπην χροιαν προς το διαυγες.

(34) Cantacuzeno prosigue su historia y la del imperio, desde su regreso á Constantinopla; un año despues de la abdicacion de su hijo Mateo, A. D. 1357 (l. IV. c. 1—50. p. 705—911.). Nicéforo Grégoras concluye con el sínodo de Constantinopla, en el año 1351 (l. XXII. c. 3. p. 660 lo demás hasta el fin del libro XXIV. p. 717, se reduce á controversia); y sus catorce libros últimos se hallan aun manuscritos en la biblioteca del rey de Francia.

(35) El emperador (Cantacuzeno, l. IV. c. 1.) aparenta peregrinas prendas y Nic. Grégoras (l. XV. c. 11.) las quejas de sus amigos, que padecieron de sus resultas. Les he atribuido las palabras de nuestros pobres caballeros, despues de la restauracion.

(36) La estraña apolojía de Cantacuzeno (l. IV. c, 39—42.) que refiere con patente rubor su propio vuelco, puede corroborarse con relaciones menos esmeradas, aunque de mas buena fe de Mateo Villani (l. IV. c. 46. en las Scrip. Rerum Ital. tom. XIV. p. 268.) y Ducas (c. 10. 11.),

(37) Cantacuzeno fue condecorado en el año 1375 con una carta del papa. (Fleury. Hist. Ecles. tom. XX. p. 250.). Su muerte ocurrió el 20 de noviembre 1411, segun una autoridad respetable. (Ducange, Fam. Byz. p. 260.), Pero si tenia la edad de su compañero Andrónico el jóven, debe haber vivido 116 años; raro ejemplo de ancianidad, que recayendo en una persona tan esclarecida hubiera llamado la atencion jeneral.

(38) Sus cuatro discursos ó libros se imprimieron en Basilea 1543. (Fabric. Bibliot. Græc. tom. VI. p. 473.). Los compuso para satisfacer á un prosélito á quien abrumaban con cartas sus amigos de Ispaham. Cantacuzeno habia leido el Alcoran; pero á lo que da á entender Maracci, prolija las vulgaridades y patrañas contra Mahoma y su relijion.

(30) Véase los Viajes de Bernier, tom. 1. p. 127.

(40) Mosheim, Instit. Hist. Ecles. p. 522, 523. Fleury. Hist. Ecles. tom. XX. p, 22. 24. 107—114, etc. El primero desentraña los móviles con el tino de un filósofo, el segundo copia y traduce con las preocupaciones de un sacerdote católico.

(41) Basnage (in Canisii Antiq. Lectiones; tom. IV. p. 362—368.) ha investigado la índole y la historia de Barlaam. La doblez de sus opiniones ha promovido ciertas dudas acerca de la identidad de su per-

sona. Véase tambien Fabricio (Bibliot. Græc. tom. X. p. 427—432.).

(42) Véase Catacuzeno (l. II. c. 49, 40. l. IV. c. 3. 23. 24. 25.) y Nic. Gregoras (l. XI. c. 10. l. XV. 3. y etc.) cuyos últimos libros, desde el XIX hasta el XXIV, estan casi reducidos á un asunto tan interesante para los autores. Boivin (in Vit. Nic. Gregoræ), de los libros no publicados, y Fabricio (Blbliot. Græc. tom. X. p. 462—473.) ó mas bien Montfaucon, de los manuscritos de la Biblioteca Coislin han añadido algunos hechos y documentos.

(43) Paquímero (l. V. c. 10.) esplica muy bien λιζιους (*ligios*) por ιδιους. Ul uso de estas palabras, en el griego y latin de los tiempos feudales puede comprenderse enteramente de los Glosarios de Ducange (Græc. p. 811. 812. Latin, tom. IV. p. 109—111.).

(44) El establecimiento y progreso de los Genevoses en Pera ó Gálata, se hallan historiados por Ducange (C. P. Christiana), l. I. p. 68, 69.) segun los historiadores bizantinos, Paquímero (l. II. c. 35. l. V. 10. 30. l. IX. 13. l. XII. 6. 9.), Nicéforo Gregoras (l. V. c. 4. l. VI. c. 11. l. IX. c. 5. l. XI. c. 1. l. XV. c. 1. 6.) y Cantacuzeno (l. I. c. 12. l. II. c. 29. etc.).

(45) Así Paquímero (l. III. c. 3. 4. 5.) como Nic. Gregoras (l. IV. c. 7.) entienden y se lamentan de los efectos ocasionados con esta arriesgada condescendencia. Bibars, sultan de Ejipto, de orígen tártaro, pero devoto musulman, consiguió de los hijos de Zingis permiso para edificar una magnífica mezquita en la capital de Crimea. (De Guignes, Hist. des Huns. tom. III. p. 343.).

(46) Chardin (Voyages en Perse, tom. I. p. 48.) le aseguraron en Cafa, que estos peces tenian á veces veinte y cuatro ó veinte y seis pies de largo, que pesaban de ochocientas ó novecientas libras y daban tres ó cuatro quintales de grasa. En tiempo de Demóstenes los Atenienses se habian surtido de granos del Bósforo.

(47) Du Guignes, Hist. des Huns, tom. III. 343, 344. Viaggi di Ramusio, tom. I. fol. 400. Pero este trasporte, por mar ó por tierra, solo era practicable, cnando la Tartaria se hallaba reunida bajo un monarca sabio y poderoso.

(48) Nic. Gregoras (l. XIII. c. 12.) es sensato y está bien informado acerca del tráfico y colonias del Mar Negro. Chardin describe las ruínas actuales de Cafa, en donde vió en cuarenta dias unas 400 embarcaciones empleadas en el tráfico de granos y pescado. Voyages en Perse, tom. I. p. 46. 48.).

(49) Véase Nic. Gregoras, l. XVII. c. 1.

(50) Cantacuzeno (l. IV. c. 11.) refiere confusa y enmarañadamente los acontecimientos de esta guerra y Nic. Gregoras (l. XVII. c. 1—7.)

lo hace en una relacion despejada y fidedigna. Menos responsable de la derrota de la escuadra fue el sacerdote que el príncipe.

(51) Cantacuzeno refiere en confuso la segunda guerra (l. IV. c. 18. p. 24. 25. 28—32.) y anhela encubrir lo que no se atreve á negar. Siento esta parte de Nic. Gregoras, que se halla todavía manuscrita en Paris. *

(52) Muratori (Annali d'Italia, tom. XII. p. 144) hace referencia á las mas antiguas crónicas de Venecia (Caresino, continuador de Andrés Dandolo, tom. XII. p. 421, 422.) y Jénova (Jorje Estell, Annales Genuenses, tom. XVII. p, 191,192.); he consultado á ambos con estudio en la gran Coleccion de los Historiadores italianos.

(53) Véase la Crónica de Mateo Villani de Florencia, l. II. c. 59, 60. p. 145—147. c. 74. 75. p. 156. 157. en la Coleccion de Muratori, tom. XIV.

(*g*) Cantacuzeno encomia su arrojo, aunque imputa sus pérdidas á la ignorancia de los mares; padecieron mas de los escollos que del enemigo, vol. III. p. 224.—M.

(*h*) Dice Cantacuzeno que los Genoveses perdieron veinte y ocho buques con sus tripulaciones, αὔτανδρου los Venecianos y Catalanes diez y seis y los Imperiales, ninguno. Cantacuzeno acusa á Pisani de cobarde por no haber seguido la victoria y acabado con los Genoveses. Pero la conducta de Pisani y la narracion que da Cantacuzeno de la batalla manifiestan la superioridad de los Genoveses. — M.

(54) El abate de Sade (Memoires sur la Vie de Petrarque tom III. p. 257—263.) traduce esta carta, que habia copiado de un manuscrito en la biblioteca del rey de Francia. Aunque Petrarca era de la servidumbre del duque de Milan, manifiesta su estrañeza y pesar por la derrota y desesperacion de los Genoveses al año siguiente. p. 223, 332.

* Esta parte de Nicéforo Gregoras no se ha impreso en la nueva edicion de los Historiadores bizantinos. El editor manifiesta esperanzas de que Flase la emprenderá. Si estos libros contienen algun dato histórico, siento su carencia como Gibbon; pero si tan solo son una continuacion de las controversias de que estan cuajados los últimos libros en nuestras copias actuales, pueden muy bien descansar en sueño eterno, así manuscritos como impresos.—M.

CAPITULO LIV.

Conquistas de Jenjis-Khan y de los Mogoles desde la China hasta Polonia. — Salvamento de Constantinopla y los Griegos. — Oríjen de los Turcos Otomanos en Bitinia. — Reinados y victorias de Otomano, Orchan, Amurates y Bayaceto, primeros. — Fundacion y progresos de la monarquía turca en Asia y Europa. — Peligro de Constantinopla y del imperio griego.

De las menguadas contiendas de una ciudad y sus arrabales, de la cobardía y desavenencia de los Griegos derrocados, tengo que remontarme ahora hasta los Turcos victoriosos; cuya servidumbre interior viene á realzarse con su garbo marcial, entusiasmo religioso y pujanza de índole nacional. Descuellan y progresan los Otomanos, soberanean de asiento á Constantinopla, y se enlazan en los trances mas grandiosos de la historia moderna; pero los encabeza aquel grandísimo disparo de Mogoles (*a*) y Tártaros, cuyas conquistas veloces pueden allá parangonarse con las convulsiones primitivas de la naturaleza, que conmovieron y desencajaron la haz de la tierra. Entablé desde luego mi sistema de sacar á luz cuantas naciones mas cercana ó remotamente acudieron á derrumbar el imperio Romano, ni me cabe desentenderme de acontecimientos, cuya inmensa trascendencia no puede menos de interesar á un entendimiento filosófico en la historia sangrientísima del jénero humano (1).

Desde los páramos anchurosos, dentro la China, Siberia y mar Caspio, repetidamente vino á descolgarse la oleada de una emigracion guerrera. Vagaban allá varias tribus pastoriles, en el siglo duodécimo, por aquellas moradas antiguas de los Hunos y Turcos, de la misma ralea y asemejadas costumbres, se hermanaron acaudilladas (1106—1227) por el formidable Jenjis (*b*). Aquel bárbaro, cuyo apellido particular era Temujis, fue trepando sobre las cervices de sus iguales hasta lo sumo del encumbramiento. Hidalga fue su cuna, pero con las ínfulas altaneras de la victoria fue cuando el príncipe ó el pueblo, vinieron á entroncarlo con un séptimo abuelo nacido de una vírjen. Reinó su padre sobre trece rancherías, que compondrian como treinta ó cuarenta mil familias, que se desentendian jeneralmente de pagar al niño, ni diezmos, ni muestras de obediencia, y Temujin á los trece años trabó refriega con sus rebeldes

súbditos, teniendo el conquistador venidero del Asia que huir y obedecer; pero luego se rehizo, y á los cuarenta años tenia ya arraigado su concepto y el señorío sobre las tribus cercanas. En toda sociedad atrasada, cuando el réjimen es violento y el denuedo jeneral, el predominio de un indivíduo se cífra en su prepotencia, y disposicion para escarmentar á los contrarios y galardonar á los amigos. Su primera liga militar se revalidó con el rito sencillo de sacrificar un caballo y catar el agua de un arroyuelo: Temujin se compromete á terciar con sus secuaces en los halagos y las amarguras de la vida, y al partir con ellos sus caballos y todos sus regalos, ya se contempla riquísimo con las esperanzas propias y el agradecimiento ajeno. Tras su primera victoria, pone setenta calderos sobre la lumbre, y chapuza otros tantos rebeldes principales en el agua hirviendo. Ensancha mas y mas sus ámbitos con el esterminio de los soberbios y el rendimiento de los mas mirados, y los caudillos mas denodados, están viendo trémulos la calavera del khan de los Koraitas encajonada en plata (2), el mismo que bajo el nombre de Preste Juan, se correspondia con el pontífice Romano y los príncipes de Europa. La ambicion de Temujin apela tambien á las artes supersticiosas, aceptando de un profeta en carnes, montado sobre un caballo blanco el dictado de Jenjis (3) *máximo*, y el derecho divino de conquista y señorío sobre la tierra. En el *curaltai*, ó cortes jenerales, sentóse sobre un fieltro, que mucho despues se estuvo reverenciando como reliquia, y quedó proclamado gran kan ó emperador de los Mogoles (4) y de los Tártaros (5). De aquellos nombres hermanados, aunque competidores, el primero fue el enjendrador del linaje imperial, y el otro ha ido cundiendo, por casualidad ó equivocacion, sobre los anchurosos páramos del Norte.

Las leyes que dicta Jenjis son adecuadas para la conservacion de la paz interna y el desempeño de toda hostilidad esterior. Castigan de muerte al adúltero, al matador, al perjuro y al robador desaforado de un buey ó un caballo, y su jente bravía vive justa y apaciblemente hermanada. La eleccion venidera de gran Khan quedó á cargo de los príncipes de su familia, y los prohombres de las tribus, y el arreglo de la cacería era esencialísimo para el recreo y el abasto de un campamento tártaro. Esenta de toda faena servil, se encumbra y consagra la nacion victoriosa sobre el esclavo y advenedizo, dando únicamente por hidalga la profesion de las armas. A fuer de adalid veterano, instituye el servicio y la disciplina de las tropas armadas con arcos, cimitarras y mazas de hierro y divididos por cientos, miles y diez miles. Todo oficial y soldado es responsable, bajo pena de la vida, de la conservacion y pundonor de sus compañeros, y con un código empapado en el afan de conquistas, no cabia paz sino con un enemigo postrado y suplicante. Pero la religion de Jenjis se hace particularmente acreedora á nuestro asombro y alabanza (*c*).

Los inquisidores europeos que escudaban la insensatez con sus crueldades, tendrian que abochornarse en el espejo de un bárbaro que se anticipó á las lecciones de la filosofía (5), planteando con sus leyes un sistema de teismo acendrado y de tolerancia absoluta. Su primero y único artículo de fe es la existencia de un Dios; autor de todo lo bueno, que cuaja con su presencia el cielo y la tierra, partos de su poderío. Afectísimos son los Tártaros y Mogoles á los ídolos de sus tribus particulares, y misioneros advenedizos habian ido convirtiendo á muchos á sus relijiones respectivas de Moisés, Mahoma y Jesucristo. Enseñábanse con desahogo y concordia estos varios sistemas, practicándose en el recinto de un mismo campamento; y Bonzo, Iman, Rabino y sacerdote nestoriano ú Latino, gozaban de la idéntica y honorífica esencion del servicio y del tributo: y si en la mezquita de Bochara llegó la insolencia del vencedor á hollar el alcoran con los cascos de sus caballos, acató como lejislador apacible á los profetas y pontífices de las sectas mas encontradas. No mediaron libros para despejar á Jenjis, pues ni sabia leer ni escribir, y excepto la tribu de Igures, los Mogoles y Tártaros solian ser tan legos como su soberano (*d*). La tradicion fue conservando la memoria de sus hazañas y á los sesenta y ocho años de la muerte de Jenjis se fueron recojiendo y copiando (7); pero aquel compendio de anales caseros se acabala con los Chinos (8), Persas (9), Armenios (10), Siríacos (11), Arábigos (12), Griegos (13), Rusos (14), Polacos (15), Húngaros (16), y Latinos (17) y todas las naciones merecen fe en el pormenor de sus descalabros y fracasos (18).

Las armas de Jenjis y sus lugartenientes (an. 1210 — 1214) fueron avasallando las rancherias del desierto, repartidas con sus tiendas entre la muralla de la China y el Volga, imperando el Mogol al orbe pastoril como señor de miles y millones de pastores y soldados, que rebosando de pujanza ansiaban dispararse sobre los climas apacibles y lujosos de Mediodía. Fueron sus antepasados tributarios del imperio Chino y el mismo Temujin padeció el baldon de un dictado honorífico y servíl. Atónita recibe la corte de Pekin una embajada de su anterior vasallo, que con ínfulas de soberano de las naciones, le impone el tributo y la obediencia que ha estado pagando, y se esmera ya en tratar *al hijo del cielo* como al ínfimo del linaje humano. La contestacion altanera está disfrazando uno zozobra recóndita que luego queda realizada con la marcha de escuadrones que aportillan por mil pasos el valladar endeble de la gran muralla. Asaltan los Mogoles ó deasbastecen á noventa poblaciones, y tan solas diez logran salvarse; Jenjis, noticioso del cariño filial de los Chinos, lleva á vanguardia los padres cautivos; abuso malvado y luego infructuoso de la virtud del enemigo. Cien míl khitanes de guarnicion fronteriza corroboran su invasion, y por fin se aviene á un tratado y feria su retirada por una princesa, tres mil caballos, quinientos mancebos y otras

tantas vírjenes con un tributo de oro y seda. En su segunda espedicion precisa luego al emperador chino á retirarse allende el rio Amarillo, á otra residencia mas meridional. Dilatado y trabajosísimo se le hace el sitio de Pekin (19). Tiene el vecindario que diezmarse y comerse mutuamente; apuradas ya sus municiones, dispara barras de plata y de oro con sus máquinas; pero los Mogoles se internan por una mina hasta el centro de la plaza, abrasan el palacio, cuyo incendio dura por mas de un mes. Guerra tártara y desavenencias caseras están acosando la China, y las cinco provincias del norte quedan incorporadas al imperio de Jenjis.

Se asomaba por el ocaso á los dominios de Mohamed sultan de Carizme que estaba reinando desde el golfo Pérsico hasta el confin de la India y del Turkestan, y que remedando allá altaneramente á Alejandro tenia olvidada la servidumbre y la ingratitud de sus padres á la alcurnia de Seljuk. Anhelaba Jenjis plantear un trato amistoso y comercial con el príncipe mahometano mas descollante por su poderío, desentendiéndose de las instancias encubiertas del califa de Bagdad, ansioso de sacrificar el salvamento de su iglesia y estado tras su desagravio personal. Un desaforamiento inhumano acarreó y sinceró las armas tártaras para la invasion del Asia meridional (*e*). Fenece á manos de Mohamed una caravana de tres embajadores y ciento y cincuenta mercaderes en Otrar, y tras la peticion y el malogro de justicia y la plegaria y el ayuno por tres noches sobre una cumbre, el emperador Mogol acude al juicio de Dios y de su espada. Meras escaramucillas, dice un escritor filósofo (20) vienen á ser nuestras refriegas europeas en cotejo del número peleante y muriente por las campiñas del Asia. Cuéntase que marchaban setecientos mil Mogoles y Tártaros á las órdenes de Jenjis y de sus hijos. Lidian por las llanuras que se tienden al norte del Sihon y del Jaxartes, con cuatrocientos mil soldados del sultan, y en la primera batalla, suspendida por la noche, yacen ciento y sesenta mil Carizmios. Pásmase Mohamed con la muchedumbre y denuedo de los enemigos; se guarece de tantísimo peligro al arrimo de las ciudades fronterizas, esperanzado de que el raudal incontrastable por el campo quedará atajado con las dilaciones y dificultades de tantos y tan arduos sitios. Mas el tino de Jenjis planteó un cuerpo de injenieros chinos amaestrados en la maquinaria; impuestos quizás en el arcano de la pólvora, y capaces, bajo su disciplina, de atacar un país estraño con mas pujanza y éxito que de resguardar sus propios hogares. Los historiadores persas van relatando los sitios y rendiciones de Otrar, Cojenda, Bocara, Samarcanda, Carizme, Herat, Merou, Nizabur, Balch y Candahar, y la conquista de los países pingües y populosos de Transoxiana, Carizme y Chorazan (*f*). Se conceptuan las hostilidades de Atila y los Hunos con el ejemplar de Jenjiskan y los Mogoles y este paso oportuno me contento por mi parte con advertir que desde el Caspio hasta el

Indo asolaron una tirada de largos cientos de leguas, realzada con viviendas y artefactos humanos y que cinco ú seis siglos no han alcanzado á reparar los estragos de cuatro años. Desenfrena y enfurece el emperador mogol á su tropa, desentendiéndose de la posesion venidera con el afan del robo y la matanza, y aquel arrebato guerrero encona mas y mas su fiereza jenial con el pretesto de justicia y venganza. El vuelco y muerte del sultan Mohamed, que espira en la soledad y desamparo de una isla desierta en el mar Caspio, es un menguado desquite por tantísima desventura como ha venido á causar. Si cupiese el salvamento del imperio Carizmio en los ámbitos de un héroe único, asílo consiguiera su hijo Jelaleddin, cuyo denuedo eficacísimo enfrena repetidamente la carrera á los Mogoles victoriosos. Al retirarse peleando sobre el Indo, acosado por la hueste innumerable ; en el postrer trance de la desesperacion, espolea Jelaleddin su caballo sobre el raudal, atraviesa á nado uno de los rios mas anchurosos y rapidísimos del Asia, y merece el asombro y el aplauso del mismo Jenjiskan. En aquellos mismos reales el conquistador Mogol se allana pesaroso al susurro de sus cansadas y enriquecidas tropas, que estan ya suspirando por el goce de su país nativo. Empachado con los despojos del Asia va pausadamente secundando sus huellas, prorumpe en asomos de compasion con sus vencidos y aun en anhelos de reedificar las ciudades arrasadas con el huracan de su esterminio. Al despasar el Oxo y el Jaxartes se le incorporan dos jenerales destacados para sojuzgar la Persia por el occidente con treinta mil caballos. Arrollando cuantas naciones se les oponen, se internan por las puertas del Derbent, atraviesan el Volga y el desierto y redondean el jiro del mar Caspio, espedicion nunca antes intentada ni despues repetida. Vuelca Jenjis en su regreso los reinos rebeldes ó independientes de Tartaria, y fallece por fin colmado de años y de gloria, encargando á los hijos en su postrer aliento que completen la conquista del imperio Chino (*g*).

Componian el harem de Jenjis hasta quinientas entre mujeres y concubinas, cuatro de sus muchísimos hijos, esclarecidos por su nacimiento y mérito, desempeñaron con su padre los cargos principales de paz y guerra. Tushi era su montero mayor, Zagatei su juez (21), Octai su ministro y Juli su jeneral, sonando sus nombres y hechos redobladamente en la historia de tantas conquistas. Los tres, entrañablemente hermanados por su interés propio y por el de todos, se gozaban con sus familias en sus sólios subordinados, proclamando á Octai por voz jeneral gran khan, ó emperador de Tártaros y Mogoles. Sucedióle su hijo Gayuk, y á su muerte recayó el imperio en sus primos Mangú y Cublai, hijos de Tuli y nietos de Jenjis. En los sesenta y ocho años de sus cuatro primeros sucesores el Mogol fué sojuzgando casi toda el Asia y grandísima parte de Europa. Prescindiendo del órden cronolójico y del pormenor de los acontecimien-

tos, voy á rasguear por mayor el rumbo de sus armas; I. en el Oriente; II. en el Mediodía; III. en el Occidente y IV en el Norte.

I. Antes de la invasion de Jenjis, dividíase la China en dos imperios ó dinastías, del Norte y del Sur (22), y la diferencia de oríjen y de intereses venia á suavizarse con la hermandad en leyes, idioma, y costumbres. El imperio septentrional, desmembrado ya por Jenjis quedó por fin avasallado, á los siete años de su muerte. Tras la pérdida de Pekin, fijó el emperador su residencia en Baisong, ciudad del ámbito de varias lenguas, que contenia, segun los anales chinos, un millon y cuatrocientas mil familias de moradores y fujitivos. Tuvo que huir de allí con siete jinetes, é hizo alto en otra capital tercera, hasta que por último el monarca desahuciado, protestando su inocencia y maldiciendo á su estrella, trepó á su hacinamiento funeral disponiendo que en viéndolo traspasado encendiesen sus acompañantes el fuego. La dinastía de los *Senjes*, soberanos antiguos y naturales de todo el imperio, sobrevivió como cuarenta y cinco años al vuelco de los usurpadores septentrionales, y quedó reservado el redondear la conquista para las armas de Cublai. En aquel intermedio tuvieron los Mogoles que distraerse con guerras estrañas, y si por maravilla osaban los Chinos arrestar á los vencedores en campaña, ofrecia su aferrado teson una série interminable de ciudades que asaltar, y millones que dar al degüello. Empleábanse alternativamente, en el ataque y defensa de las plazas, las máquinas antiguas y el fuego griego; el uso de la pólvora y las bombas asoma como práctica corriente (23), corriendo el desempeño de los sitios á cargo de Mahometanos y Francos grandiosamente atraidos al servicio de Cublai. Atraviesan todos el rio grande, tropa y artillería va caminando por un sinnúmero de canales, hasta que cercan la residencia real de Hamcheu, ó Quinsay en el territorio de la seda, el país mas peregrino de toda la China. El emperador, mancebo indefenso, rinde persona y cetro, y antes de enviarlo desterrado á Tartaria, tiene que golpear hasta nueve veces la tierra con su frente, adorando con mil plegarias de gracias la conmiseracion del gran khan. Pero la guerra se sostiene mas y mas (apellidándola ya rebeldía) por las provincias meridionales desde Hamcheu hasta Canton, (Añ. 1279), y el residuo aferrado de independencia y hostilidad se traslada al fin de la tierra á la marina; y cuando la escuadra de *Song* queda cercada y avasallada por un armamento preponderante, el postrer campeon con el niño emperador en sus brazos, salta al agua prorumpiendo: « Es mas glorioso morir príncipe que vivir esclavo. » Imitan cien mil Chinos aquel ejemplo, y todo el imperio desde Tonkin hasta la gran muralla se doblega al señorío de Cublai. Su ambicion sin límites aspira á la conquista del Japon; naufraga dos veces su escuadra, y las vidas de cien mil Mogoles y Chinos se sacrifican en aquella espedicion infructuosa. Pero los reinos circunvecinos

de Corea, Tonkin, Conchinchina, Pegu, Bengala y Tibet, se allanan con diversos grados de tributo y obediencia al ímpetu ó al terror de sus armas. Va escudriñando el Océano Indio con una escuadra de mil velas, que surcan en sesenta y ocho dias muy probablemente hasta la isla de Borneo, bajo la línea equinoccial, y aunque regresan con gloria y despojos, queda el rey desabrido por no lograr haber á las manos á su rey bravío.

II. La conquista del Indostan por los Mogoles queda reservada para la alcurnia de Tamerlan en otro plazo; pero la de Iran ó Persia, se redondeó á manos de Holagu Khan (*h*) nieto de Jenjis y hermano y lugarteniente de los dos emperadores sucesivos, Mangu y Cublai. No he de ir apuntando el sin número de sultanes, emires y estabekes que holló en el polvo; pero el esterminio de los *Asesinos* ó Ismaeles de Persia, merece conceptuarse por un servicio á la humanidad (24). En la serranía meridional del Caspio, aquellos sectarios odiosísimos habian estado reinando desenfrenadamente por mas de ciento y sesenta años, y su príncipe ó iman, planteó su lugarteniente para conducir y acaudillar la colonia del Monte Líbano, tan sonada y formidable en la historia de las cruzadas (25). Habian los Ismaeles entretejido con el fanatismo del Alcoran la transmigracion india y las visiones de sus profetas caseros, siendo su primer instituto el rendir sus cuerpos y almas en ciega obediencia al vicario de Dios. Traspasaban las dagas de sus misioneros en Levante y Poniente; y Cristianos y Musulmanes enumeran y quizás abultan las víctimas esclarecidas que yacieron al afan, codicia ú encono del *anciano* (pues así equivocadamente se titulaba) *de la cumbre*. Pero la espada de Holagu destrozó aquellas dagas, armas únicas, y no queda mas rastro de los enemigos del linaje humano que la voz *asesino*, prohijada en los idiomas de Europa en su siempre odiosísimo sentido. La estincion de los Abacides no parecerá indiferente á cuantos presenciaron su encumbramiento y decadencia. Desde el vuelco de sus tiranos Seljukios, habian ido los califas recobrando sus dominios lejítimos de Bagdad y del Irak arábigo; pero banderías teolójicas tenian enconado el vecindario, y el caudillo de los fieles yacia empozado en un harem de setecientas concubinas. Arrostran la invasion de los Mogoles con armas endebles y embajadas altaneras. « En decretos divinos está sentado el sólio de los hijos de Abai, » dice el califa Mostasen « y sus enemigos hallarán su esterminio en este mundo y el otro. ¿Quién será este Holagu que se levanta así contra ellos? Si apetece la paz, aléjese desde ahora del territorio sagrado, y entonces quizás podrá alcanzar de nuestra clemencia el perdon de su culpa. » Engrandece las alas de tanto devaneo el alevoso visir quien está mas y mas asegurando á su dueño, que aun cuando los Bárbaros lleguen á entrar en la ciudad, las mujeres y niños desde los terrados bastaran

para soterrarlos á pedradas. Mas no bien palpa Holagu aquel vestiglo, cuando repentinamente se desvanece en humo. A los meses de sitio, los Mogoles asaltan y saquean á Bagdad (*i*), y su caudillo bravío sentencia á muerte al califa Mostasen, el último de los sucesores de Mahoma, cuya parentela esclarecida de la alcurnia de Abas, habia estado reinando en Asia por mas de quinientos años. Prescindiendo de los intentos del vencedor, las ciudades santas de la Meca y Medina (26), quedan guarecidas con el desierto; pero los Mogoles allá se esplayan allende el Tigris y el Eufrates, saquean á Alepo y Damasco, y amenazan hermanarse con los Francos para el recobro de Jerusalen. Perdiérase de Ejipto si careciera de otros defensores que su prole desfallecida, pero respiraran los Mamelucos en sus niñeces el ambiente agudísimo de Escitia: iguales en denuedo y superiores en disciplina, saben arrostrar en muy reñidas refriegas á los Mogoles, y revuelven aquel raudal disparado y asolador al oriente del Eufrates (*j*). Mas entonces va con ímpetu incontrastable anegando los reinos de Armenia (*l*) y Natalia, aquel todo cristiano y este ya turco. Contrarestan un tanto los sultanes de Iconio á las armas mogolas, hasta que Acadino se guarece entre los Griegos de Constantinopla, y sus apocados sucesores, los últimos de la dinastía Seljukia, yacen esterminados por los khanes de Persia (*ll*) (11). (añ. 1242—1272).

III. Derriba Octai el imperio septentrional de la China, y emprende su rumbo hácia los países mas remotos del Occidente. A medio millon de Tártaros y Mogoles asciende la reseña que pasa; va entresacando luego un tercio y lo sujeta al mando de su sobrino Batú, hijo de Tuli, quien estaba reinando en las conquistas de su padre al norte del mar Caspio (55). Tras una fiesta de cuarenta dias, entabla por fin Batú su espedicion grandiosa, y es tan suma la dilijencia y afan de sus escuadrones, que en menos de seis años recorre una línea de noventa grados de lonjitud, esto es la cuarta parte del globo. Para el tránsito de los grandes rios de Asia y Europa, el Volga, el Kama, Don, Borístenes, Vístula y Danubio, ó nadan con sus caballos, ó los pasan sobre el hielo, ú bien los atraviesan con barcas de cuero que van siguiendo sus reales, para trasportar sus trenes y su artillería. Desde las primeras victorias de Batú volaron todos los rastros de libertad nacional por los páramos inmensos del Turkestan y de Kipzak (27). Va rapidísimamente arrollando los reinos llamados ahora de Astracan y Kazan, y las tropas que destaca por el Cáucaso escudriñan y desentrañan los ámbitos mas recónditos de Jeorjia y Circasia. Desavenencias civiles entre los duques ó príncipes de Rusia franquean su país á los Tártaros, quienes se tienden allá desde Livonia hasta el mar Negro, abrasando entrambas capitales antigua y moderna de Kiow y Moscow; esterminio temporal, pero menos aciago que la estampa hondísima y acaso indeleble impresa en el temple de los Rusos con

la servidumbre de los siglos. Arrasan los Tártaros mas y mas enfurecidos hasta los territorios que esperanzan poseer, al par de los que avasallan meramente de paso. Con la conquista permanente de Rusia, disparan un embate mortal, aunque pasajero, al mismo corazon de Polonia, y hasta el confin de Alemania. Desaparecen las ciudades de Lublin y Cracovia (*m*); se asoman á las playas del Báltico; derrotan en la batalla de Lignitz á los duques de Silesia, á los palatinos Polacos y al gran maestre del orden Teutónico, rellenando hasta nueve sacos de orejas derechas de los muertos. Desde Lignitz, su avance estremo por el Occidente, se ladean sobre Hungría, y la presencia y denuedo de Batú enardece la hueste de su medio millon de combatientes: sus varias columnas tramontan las cumbres Carpatias, y su asomo descreido y luego aterrador destroza y anonada todo contraresto. Junta el rey Bela cuarto sus condes y obispos, pero tiene á la nacion enconada por su empeño en avecindar una ranchería inmensa y vagarosa de cuarenta mil familias Comanas, y luego matando al príncipe por zozobras de traicion, enfurecen de todo punto á huéspedes bravíos. En una sola refriega queda perdido y despoblado en un solo estío todo el país al norte del Danubio, y los escombros de iglesias y ciudades enteras blanquean con la osamenta de los naturales que vienen á purgar los pecados de sus antepasados Turcos. Describe un eclesiástico huido del saqueo de Waradin los quebrantos que ha presenciado y padecido; y la saña sanguinaria de sitios y batallas horroriza menos que las tropelías con los fujitivos desembozados con promesas de paz é indulto, y á quienes van degollando á mansalva luego que cesan los afanes campesinos de miés y de vendimia. Al invierno atraviesan los Tártaros el Danubio sobre el hielo y se adelantan hasta Grau á Estrigonia, colonia alemana y metrópoli del reino. Plantan hasta treinta artimañas contra los muros; terraplenan los fosos con sacos de harina y cadáveres, y luego tras matanza jeneral, degüellan á presencia del khan trescientas matronas nobles. De todas las ciudades y fortalezas de Hungría tan solas tres sobreviven á la invasion tártara, y el desventurado Bela huye á ocultar su rostro, por las íslas del Adriático.

Núblase el orbe latino con aquella cerrazon de hostilidad bravía; llega un ruso fugitivo y sobresalta la Suecia, y están ya temblando las naciones lejanas del Báltico y del Oceano al estruendo de los Tártaros (28), á quienes la zozobra y la ignorancia conceptuan ajenísimos de la ralea humana. Desde la invasion de los Arabes en el siglo octavo, nunca la Europa estuvo asomada á tamaño fracaso, y si la grey de Mahoma hollara su religion y libertad, está ahora temiendo que la pastorada de Escitia anonade ciudades, artes y hasta el postrer átomo de la sociedad civil. Se empeña el pontífice romano en aplacar ó convertir aquellos paganos incontrastables, por medio de una mision de frailes Franciscanos y Do-

minicos; mas recibe atónito la contestacion del Khan, á saber, que los hijos de Dios y de Jenjis, están revestidos de potestad divina para sojuzgar ó esterminar las naciones, y que al papa le ha de alcanzar la oleada asoladora, no acudiendo personalmente y en ademan rendido á la ranchería réjia. Muy otro y mas caballeroso es el sistema que entabla el emperador Federico segundo en su defensa, y sus cartas á los reyes de Francia y de Inglaterra y á los príncipes de Alemania retratan al vivo el peligro jeneral, y los estrecha á que armen todos sus vasallos para cruzada tan justa y racional (29). Asombra la nombradía y denuedo de los Francos á los mismos Tártaros; defiéndese gallardamente la ciudad de Newstad en Austria contra ellos con cincuenta caballeros y veinte ballesteros, levantando el sitio al asomar una hueste alemana. Tala Batú los reinos confinantes de Servia, Bosnia y Bulgaria, y luego se va retirando pausadamente desde el Danubio al Volga, para disfrutar los galardones de su victoria en la ciudad y palacio de Serai, que se encumbra repentinamente á su voz en medio de un desierto (*n*).

IV. Tambien acuden con sus armas los Mogoles á las rejiones heladas y pobrísimas del norte, pues Sheibani khan, hermano del gran Batú, conduce rancherías de hasta quince mil familias en su conjunto, por los yermos de la Siberia, reinando sus descendientes en Tobolokoi por mas de tres siglos, hasta su conquista por los Rusos. Aquel ímpetu emprendedor que iba siguiendo el cauce del Oby y del Yenisei no pudo menos de encararlos con el Mar Glacial. Despejando el campo de esas fábulas monstruosas de hombres con cabeza de perro y patihundidos, hallarémos que á los quince años de la muerte de Jenjis, vivian los Mogoles enterados del nombre y las costumbres de los Samojedos, á las cercanías del círculo polar, viviendo en subterráneos, alimentados y vestidos únicamente con la caza (30).

Yacen invadidas á un mismo tiempo la China, Siria y Polonia bajo las plantas de los Mogoles y Tártaros, quienes se afanan al saber que los están apellidando la espada de la muerte. Al remedo de los primeros califas, los sucesores de Jenjis por maravilla capitanean personalmente su hueste victoriosa. A las orillas del Onon y del Selinga, la ranchería *réjia ó dorada* está allá ostentando contrapuestamente su grandiosidad suma y sencillez asombrosa, ciñéndose sus banquetes á leche y reses asadas, y repartiéndose en un dia hasta quinientas carretadas de oro y plata. Tienen los embajadores de Europa y Asia que emprender por encargo de sus príncipes tan dilatada y afanosa peregrinacion, y la vida y el reinado de los grandes de Rusia, de los reyes de Jeorjia y Armenia, sultanes de Iconio y emires de Persia, estaban todos pendientes del ceño ú sonrisa del gran khan. Hijos y nietos de Jenjis estaban acostumbrados á la vida pastoríl; pero la aldea de Caracoro (31) se fue sucesivamente

condecorando con su eleccion y residencia. Mudanza de costumbres arguye la traslacion de Octai y Mangú de una tienda á un palacio, siguiendo luego su ejemplo los príncipes de su alcurnia y sus primeros palaciegos. En vez de selvas ilimitadas un coto les proporcionaba mas cómoda y regaladamente el recreo de la caza; cuadros y estatuas realzaban sus viviendas; derramaban sus tesoros sobrantes en fuentes, surtidores y figuras de plata maciza; compitiendo los artistas de la China y de París en servir al gran khan (52). Contenia Caracoro dos calles, la una de artesanos chinos y la otra de tratantes mahometanos, y los puntos de culto relijioso, una iglesia nestoriana, dos mezquitas y doce templos de varios ídolos, estaban un cierto modo demostrando el número y la division de su vecindario. Mas un misionero francés atestigua que el pueblo de San Dionisio, junto á París, era mayor que la capital tártara, y que todo el palacio de Mangú apenas igualaba á la décima parte de aquella abadía benedictina. Las conquistas de Rusia y Siria podian embelesar la vanagloria del gran khan; pero su asiento se hallaba en el confin de la China, y la adquisicion de aquel imperio era objeto mucho mas cercano é interesante, constándole ya por su réjimen económico y pastoríl, cuantísimo importa á todo pastor el guarecer y propagar sus rebaños. Queda ya elojiado el tino virtuoso de un mandarin que acertó á precaver la asolacion de cinco populosas y amenísimas provincias, pues con su cabal desempeño por treinta años, aquel grande y humanísimo patricio se estuvo afanando por suavizar ó suspender la plaga mortal de la guerra, salvar los monumentos, y avivar la antorcha de las ciencias; enfrenar los mandos militares, reponiendo magistrados civiles, é infundir apego á la paz y la justicia en los pueblos Mogoles. Forcejeó con la barbarie de los primeros conquistadores, y sus lecciones saludables acarrearon miés colmada en la jeneracion segunda (*ñ*). El imperio septentrional y luego por grados el meridional, se fueron aviniendo al gobierno de Cublai, lugar-teniente y despues sucesor de Mangú, y se mantuvo leal ya la nacion con un príncipe educado por las costumbres de la China. Restableció las formalidades de aquella constitucion tan venerable; y así los vencedores se allanaron á las leyes, modas y aun vulgaridades de su grey vencida. Aquel triunfo pacífico, repetido no una vez sola, debe atribuirse en gran parte al jentío y servidumbre de la China. La hueste mogola se fué como deshaciendo en un país anchuroso y pobladísimo, y sus emperadores se avinieron gustosos á un sistema político, que franquea al príncipe la sustancia fundamental del despotismo, dejando al súbdito los nombres hueros de filosofía, libertad y obediencia filial (*o*). Restableciéronse, bajo el mando de Cublai, las letras y el comercio, la paz y la justicia; abrióse el canal mayor de cerca de doscientas leguas desde Nankin hasta la capital: planteó su residencia en Pekin, y ostentó en su corte la magnificen-

cia del mayor monarca del Asia. Pero aquel príncipe instruidísimo se fué retrayendo de la religion sencilla y acendrada de su grande antepasado; sacrificó al ídolo Fo, y su ceguedad suma con los lamas del Tibet y los bonzos de la China (33) le acarrearon el vituperio de los discípulos de Confucio. Mancillaron sus varios sucesores el palacio con un tropel de eunucos, curanderos y astrólogos, al paso que fenecian de hambre hasta trece millones de súbditos por las provincias. A los ciento y cuarenta años de la muerte de Jenjis, los naturales arrojaron á su bastarda ralea, la dinastía de Iven, y luego los emperadores Mogoles yacieron allá olvidados por el desierto. Aun antes de aquella revuelta habian ya perdido su antigua supremacía sobre las hijuelas de su alcurnia, los khanes de Kipzak y Rusia, los de Zagatai ó Transoxiana, y los de Iran ó Persia. Aquellos rejios lugartenientes, con su distancia y poderío se habian ido desentendiendo de los vínculos de su obediencia, y muerto Cublai se desdeñaron de aceptar un cetro ú dictado de manos tan ínfimas como los de aquellos sucesores. Segun sus respectivas situaciones conservaron la sencillez de su vida pastoril, ó se empaparon en el lujo de las ciudades asiáticas; pero así príncipes como rancherías propendieron siempre á prohijar cultos advenedizos. Titubearon un tanto entre el Evanjelio y el Alcoran, y por fin se avinieron á la religion de Mahoma, y luego hermanándose con Arabes y Persas, zanjaron todo roce con los antiguos Mogoles, los idólatras de la China.

En aquel naufragio de tantísimas naciones asombra el salvamento del imperio romano, cuyas reliquias, al tiempo de la invasion mogola, yacian desmembradas y exánimes en manos de Griegos y Latinos (Añ. 1240 — 1304). Menos poderosos que Alejandro, los pastores de Escitia los estaban acosando, como al Macedonio, por Asia y por Europa, y si los Tártaros emprendieran el sitio, Constantinopla no podia menos de allanarse á la suerte de Pekin, Bagdad y Samarcanda. Retírase esclarecida y voluntariamente Batú de las márjenes del Danubio, y Francos y Griegos le insultaban con un triunfo supuesto (34); revuelve sobre ellos y la muerte le sorprende en su marcha denodada contra la capital de los Césares. Su hermano Borga acaudilla las armas tártaras sobre Bulgaria y Tracia; pero se desvia de la guerra bizantina en demanda de Novogorod, á los cincuenta y siete grados de latitud, donde empadrona los moradores y arregla los tributos de la Rusia. El khan mogol ajusta alianza con los Mamelucos, para ir contra sus hermanos de Persia: hasta trescientos mil caballos se internan por las puertas del llamado Derhen, y se complacen los Griegos con aquel primer ejemplar de guerra intestina. Veinte mil tártaros sorprenden á Miguel Paleólogo (35) y lo cercan en un castillo de Tracia, lejos de su corte y ejército, despues del recobro de Constantinopla; pero es una interpresa donde media el interés particular de li-

bertar al sultan turco Aradino, y logrando su intento cargan ufanos con el tesoro del emperador. El caudillo Noga, cuyo nombre está todavía resonando por las rancherías de Astracan, mueve una asonada formidable contra Mengo Timur el tercer khan de Kipzak; logra desposarse con María, hija natural de Paleólogo, y resguarda los dominios de su amigo y padre. Las invasiones posteriores de la ralea escítica son todas de gente fugitiva y desaforada, y algunos millares de Alanos y Comanos, arrojados de sus solares, orillan su vida vagabunda para alistarse en el servicio del imperio; y este es el paradero de la invasion de los Mogoles en Europa, afianzando con aquel pavor, mas bien que alterando la paz en la Asia romana. Solicita el sultan de Iconio el avistarse con Juan Vataces, cuya política mañera estimula á los Turcos para escudar la raya contra el enemigo comun (56); mas luego queda arrollada aquella valla, y con la servidumbre y esterminio de los Seljukios se patentiza la desnudez absoluta de los Griegos. Está ya el formidable Holagú en el disparador con sus cuatrocientos mil combatientes contra Constantinopla, y el susto infundado del vecindario de Niza está retratando al vivo el pavor que tiene infundido por dó quiera. El acaso de una procesion y el eco de una letanía llorosa: « De la furia de los Tártaros, líbranos Señor », habia ocasionado la hablilla atropellada de asalto y matanza. Aquella aprension agolpa y arremolina por las calles de Niza miles de ambos sexos, que huyen sin saber de quien ni adonde, y median horas antes que la entereza de la oficialidad desengaña á todos de aquel fracaso imaginario. Mas por dicha la conquista de Bagdad y los vaivenes de la guerra siríaca refrenan la ambicion de Holagú, y su encono á los Mahometanos les inclina á hermanarse con Griegos y Francos (57), y su jenerosidad ó menosprecio brinda con el reino de Natolia como galardon de un vasallo armenio. Los emires enriscados por cumbres ó encastillados por ciudades, se pelean tras los fragmentos de la monarquía seljukia; pero rindiendo todos parias á los khanes de Persia, quien suele interponer su autoridad y á veces sus armas, para enfrenar sus salteamientos, y conservar la paz y el equilibrio de sus confines turcos. El fallecimiento de Casan (58), uno de los príncipes mas consumados y esclarecidos de la alcurnia de Jenjis, orilla un resguardo tan saludable, y el menoscabo de los Mogoles redunda en los medros descollantes del *Imperio Otomano*.

Al retirarse Jenjis, el sultan Jelaleddin de Carizme, regresa de la India para posesionarse á todo trance de sus reinos de Persia; y aquel héroe en el espacio de once años pelea en catorce refriegas, y es tan suma su actividad, que en diez y siete dias acaudilla su caballería desde Tellis á Terman, distantes mas de trescientas leguas; pero se enredan los príncipes musulmanes y lo arrollan al arrimo de los inumerables Mogoles, feneciendo arrinconadamente, tras su postrer descalabro, por las serranías del Cur-

distan. Entonces su hueste veterana y como aventurera viene á disolverse, habiendo en ella, bajo el nombre de Carizmios ó Corasmines, varias rancherías turcas, embebidas en la suerte del sultan. Los caudillos mas denodados y poderosos invaden la Siria y atropellan el santo Sepulcro de Jerusalen, la jente ínfima se alista en el servicio de Aladin, sultan de Iconia, y entre ellos se hallan tambien los padres desconocidos de la alcurnia Otomana. Habian antes planteado sus tiendas, junto á las orillas meridionales del Oxo, por las llanuras del Mahan y de Nesa, y se hace algun tanto reparable, que el mismo paraje haya venido á producir á los fundadores de los imperios pártico y turco. Al frente, ó á la retaguardia de la hueste Carizmia se ahoga Soliman Shah en el tránsito del Eufrates: su hijo Ortogrul pára en ser soldado y súbdito de Aladin, y plantea en Surgut sobre el Sangar, un campamento de cuatrocientas familias ó tiendas, que está gobernando por cincuenta y dos años en paz y en guerra. Es padre de Thaman ó Athman, cuyo nombre turco ha venido á combinarse en el apellido del Califa Otoman; y si retratamos á este caudillo pastoril como rabadan ó salteador, tenemos que retraerle todo concepto de mengua ó de ruindad. Atesora Otoman, ó quizá sobrepuja las prendas vulgares de un soldado, favoreciéndole el sitio y el tiempo para su independencia y descollamiento. Caducó la dinastia Seljukia, y la distancia y decadencia de los khanes Mogoles le libertan del contraresto de algun superior. Se halla asomado al imperio griego; el alcoran santifica su *gazi* ó guerra sagrada, contra los infieles, cuyos desaciertos políticos franquean los desfiladeros del monte Olimpo, y le brindan á descolgarse sobre las llanuras de Bitinia. La milicia local habia tenido siempre atajados aquellos tránsitos hasta el reinado de Paleólogo, descargándola de impuestos y quedando pagada con su propia seguridad. Anuló el emperador aquella regalía encargándose de su resguardo; pero el tributo se recaudó puntualmente, pero se desatendió la guardia de los pasos, y los robustos serranos bastardearon con la trémula zozobra de campesinos sin brio ni disciplina. El dia veinte y siete de julio del año mil doscientos noventa y nueve de la era cristiana, invade Otoman el territorio de Nicomedia (40), y aquel esmero en puntualizar la fecha, parece que está desentrañando alguna prevision del auje prontísimo y asolador de tamaño aborto. Los anales de los veinte y siete años de reinado, irian repitiendo las idénticas correrías, y sus tropas hereditarias se fueron mas y mas reforzando por campañas con el agolpamiento de cautivos y voluntarios. En vez de recojerse á las cumbres, va conservando los puntos mas importantes y defendibles: fortifica de nuevo las poblaciones y castillos que saqueó al pronto, y se desentiende allá de la vida pastoril tras los baños y palacios de sus capítulos crecientes. Adolece ya Otoman de ancianidad y achaques cuando recibe el aviso halagüeño de la toma de Prusia ren-

dida por hambre y traicion á las armas de su hijo Conchan. La gloria de Otoman se cifra principalmente en la de su padre; pero los Turcos allá copiaron ó compusieron un testamento réjio de sus consejos, justicieros y comedidos. (41).

De la toma de Prusia fechamos la verdadera época del imperio Otomano. La vida y hechos de los súbditos cristianos se rescataron con un tributo de treinta mil coronas de oro, y la ciudad fué descollando por los afanes de Orechan con ínfulas de capital musulmana, realzándola con mezquita, colejio y hospital de fundacion réjia. Varióse el cuño Seljukio con el nombre y la estampa de la dinastía nueva, acudiendo ante los consumados catedráticos de ciencias divinas y humanas, miles de estudiantes árabes y persas que orillaban las escuelas antiguas de la literatura oriental. Instituyóse para Aladino, hermano de Orchan (*p*) el cargo de visir, al paso que se deslinda por el traje el ciudadano del campesino y los Musulmanes de los infieles. Consistian las tropas de Otoman en guerrillas de caballería Turcomana, que servian sin paga, y peleaban sin arreglo; pero su hijo mas cuerdo planteó un cuerpo disciplinado de infantería. Alistóse un crecido número de voluntarios con escaso estipendio, pues dueños de permanecer en sus casas; mientras no se les llamase á las banderas. Su destemplada cerrilidad movió á Orchan para educar así los mozos cautivos como la soldadesca á la manera de las tropas del Profeta, mas el paisanaje turco quedó árbitro de cabalgar y seguir sus pendones con el apellido y las esperanzas de *salteadores* (*q*). Bajo este sistema planteó una hueste de veinte y cinco mil musulmanes; se habilitó un tren de artimañas militares para el uso de los sitios, entablando su esperimento y muy fructuoso con las ciudades de Niza y Nicomedia (Añ. 1326 — 1339). Concedió Orchan salvoconducto á cuantos apetecieron marcharse con sus familias y haberes, pero las viudas de los muertos se enlazaron con los vencedores, y la sacrílega presa de libros, vasos é imájenes se vendió ú rescató en Constantinopla. El hijo de Otoman venció y malhirió á Andrónico el menor (42): (*r*) fue sojuzgando toda la provincia ó reino de Bitinia, hasta las playas del Bósforo y Helesponto, y los cristianos aclamaron de justiciero y clemente un reinado, que vino á granjearse el albedrío de los Turcos Asiáticos. Conténtose Orchan comedidamente con el dictado de emir, y en la jerarquía de sus camaradas, los príncipes de Rum y de Natolia (43) sobrepujábanle en fuerzas militares los emires de Ghennian y de Caramania, cada uno de los cuales podia acaudillar hasta cuarenta mil guerreros. Yacian sus dominios en el corazon del reino Seljukio, pero la soldadesca sagrada, aunque de menor bulto, fueron planteando nuevos principados sobre el imperio griego, descuellan mas en el ámbito de la historia. El país marítimo desde la Propóntida hasta el Meandro y la isla de Rodas, tantas veces amagada y luego saqueada,

vino finalmente á perderse, al hallarse Andrónico Mayor de treinta años (44). Dos caudillos Turcos, Sarukhan y Aidin dejaron sus nombres á sus conquistas y luego estas á su posteridad. Consumóse el cautiverio de las *siete* iglesias del Asia, y aquellos señores siempre bárbaros de Jonia y Lidia siguen hollando los monumentos de la antigüedad, tanto clásica como cristiana. Pierden y lloran los cristianos con la pérdida de Efeso la caida del primer ánjel, la estincion del primer candelero y las revelaciones (45); la asolacion es pavorosa, sin que halle ya el viandante escudriñador ni leve rastro del gran templo de Diana, ni de la iglesia de María. Raposas y lobos son ahora los pobladores del circo y los tres grandiosísimos teatros de Laodicea; Sardes quedó reducida á una desdichada aldea; suena y resuena el Dios de Mahoma sin hijo ni competidor en las mezquitas de Pérgamo y Jiatina, y el comercio extranjero de Francos y Armenios es el manantial del jentío de Esmirna, salvándose tan solo Filadelfia con profecías y denuedo. Su valeroso vecindario, distante de la marina, desamparado por el emperador, cercado estrechamente por los Turcos, defendió por mas de ochenta años su religion y libertad, hasta que por fin capituló con el mas engreido de todos los Otomanos. Descuella todavía Filadelfia entre las colonias griegas y las iglesias del Asia; columna escelsa entre zarzales y escombros, demostrando ejemplarmente que los rumbos del pundonor y del salvamento suelen ser idénticos. Mediaron mas de dos siglos hasta la servidumbre de Rodas, con el establecimiento de los caballeros de san Juan de Jerusalen (46), pues bajo el réjimen de aquella órden (A. 1310—1525), descolló la isla esplendorosa y celebradamente, con sus monjes guerreros y esclarecidos por mar y tierra, y aquel antemural de la Cristiandad estuvo retando y resistiendo á Turcos y Sarracenos.

Los mismos Griegos con sus desavenencias reñidísimas fueron sus propios arruinadores. Durante la guerra civil entre los Andrónicos, el hijo de Otoman fué redondeando sin contraresto formal la conquista de Bitinia, y los mismos disturbios estimularon á los emires turcos de Lidia y Jonia para construir una escuadra y piratear por todas las islas de la costa europea. Cantacuzeno, al defender su vida y pundonor, se anticipó á sus contrarios, ó los fué remedando con llamarlos en su auxilio contra su propia patria y religion. Encubria Amir, hijo de Aidin, bajo su traje turco la humanidad y cultura de los Griegos; enlazóse con el gran doméstico por su mútuo aprecio y agasajo, parangonándose aquella intimidad en la retórica hueca del siglo con la estrechez tan cabal de Pilades y Orestes (47). El príncipe de Jonia, al oir el peligro de su íntimo, acosado por una corte ingrata, junta en Esmirna una escuadra de trescientas velas con un ejército de veinte y nueve mil hombres, surca el mar en medio del invierno y fondea en la desembocadura del Ebro. Desde allí

con un cuerpo selecto de dos mil Turcos, va siguiendo la orilla del rio y rescata á la emperatríz sitiada en Demótica por los montaraces Búlgaros. En aquel lance desventurado se ignora el paradero de Cantacuzeno, huido á Servia; pero la agradecida á Irene, con el ansia de ver á su libertador, le brinda con el pueblo, acompañando el mensaje con ricas alhajas y cien caballos. Estremando el bárbaro cortesano su miramiento, en ausencia del infelíz amigo, se desentiende allá de visitar á su esposa y disfrutar los agasajos palaciegos; aguanta en la tienda la crudeza del invierno, y se empeña en alternar con sus compañeros dignísimos en tan amargas penalidades. La necesidad absoluta viene á sincerar sus correrías y salteamientos por mar y tierra; deja nueve mil y quinientos hombres para el resguardo de su escuadra, y se afana mas y mas en busca de Cantacuzeno, hasta que una carta supuesta, el rigor de la estacion, el clamor de la tropa independiente y los muchísimos despojos y cautivos le precisan á reembarcarse. En los vaivenes de la guerra civil, vuelve el príncipe de Jonia á Europa, incorpora su tropa con la del emperador, sitia á Tesalónica y amenaza á Constantinopla. Táchale la calumnia, su auxilio á medias, su partida arrebatada y el cohecho de diez mil coronas por la corte bizantina; pero su amigo se muestra satisfecho, y la obligacion mas sagrada de guardar sus estados hereditarios contra el embate de los Latinos, están abonando la conducta de Amir. El poderío marítimo de los Turcos habia enlazado al Papa, al Rey de Chipre, á la república de Venecia y á la órden de San Juan para una cruzada laudable; invaden sus galeras la costa de Jonia, y muere Amir de un flechazo, en su empeño de arrebatar á los caballeros Rodios la ciudadela de Esmirna (48). Al espirar se acuerda de recomendar jenerosamente otro aliado de su propia nacion, no mas entrañable y solícito que él mismo; pero sí en disposicion de aprontar un auxilio mas ejecutivo y poderoso, por su situacion sobre la Propóntida, y al frente de Constantinopla. Propónese tratado mas ventajoso al príncipe turco de Bitinia, quien viene á desentenderse de sus compromisos con Ana de Saboya, y el orgullo de Orchan prorumpe en solemnísimas protestas, de que si lograra la hija de Cantacuzeno, cumpliria colmadamente las obligaciones de hijo y de súbdito. La ambicion acalla por entonces al cariño paternal, y el clero griego se aviene al desposorio de una princesa cristiana con un secuaz de Mahoma, refiriendo luego el padre de Teodora (49) con alborozo torpísimo el baldon de la púrpura (A. 1346). Acompaña un cuerpo de caballería turca á los embajadores, que desembarcan de treinta bajeles ante sus reales de Selimbria. Alzase pabellon ostentoso, en el cual pasa Irene la noche con sus hijas, y á la madrugada Teodora trepa á un sólio realzado con sus cortinajes de seda y oro; está la tropa sobre las armas, y sobresale el emperador solo á caballo. Se da la señal, se descorren las cortinas y asoma la novia, ó la victima,

cercada de eunucos arrodillados y de antorchas nupciales: clarines y trompas están pregonando el gozosísimo acontecimiento; se entonan epitalamios á la felicidad supuesta, echando los poetas de aquel siglo el resto en sus rasgos sonoros y pomposos. Entregan á Teodora, prescindiendo de ritos de iglesia, á su bárbaro dueño; pero queda pactado que conservará su relijion en el harem de Buna, encareciendo su padre tanto cariño y devocion en aquel trance árduo y peregrino. El emperador griego, sentado ya pacíficamente en el sólio de Constantinopla, pasa á visitar á su aliado turco, quien con cuatro hijos y varias mujeres, lo está esperando en Scútari sobre la playa asiática. Aparentan ambos príncipes entrañable intimidad en sus recreos de caza y mesa, y se franquean á Teodoro algunos dias para disfrutar, acuende el Bósforo, la compañía de su madre. Pero aquellas demostraciones de Orchan son parto de su interés y relijion, y no se sonroja de incorporarse, en la guerra jenovesa, con los enemigos de Cantacuzeno.

Insertó el príncipe Otomano en el tratado con la emperatríz Ana el pacto peregrino de que le fuese lícito el vender sus prisioneros en Constantinopla ó trasladarlos al Asia. Púsose en feria públicamente una muchedumbre desnuda de Cristianos de ambos sexos y de todas edades, clérigos, monjes, matronas y vírjenes; menudeaban los azotes para estimular mas y mas la humanidad de los compradores, y los Griegos menesterosos se condolian llorosos de la suerte de sus hermanos arrebatados á lo sumo de la desventura en esclavitud temporal y espiritual (50). Tiene Cantacuzeno que firmar iguales condiciones, y su ejecucion redundara todavía en mayor quebranto del imperio, pues se habia destacado un cuerpo de diez mil Turcos en auxilio de la emperatríz Ana; pero el total de las fuerzas del Orchan se empleó en servicio del padre. Mas eran transeuntes aquellos desmanes, pues en abonanzando la tormenta eran árbitros los fujitivos de acudir á sus hogares, y á la terminacion de las guerras ora civiles, ora advenedizas, quedaba la Europa absolutamente evacuada por los Musulmanes del Asia. En su postrer contienda con el alumno fué cuando Cantacuzeno estremó su llaga profunda y mortal, sin que cupiese á los sucesores el cerrarla, y que malísimamente se compensa con sus diálogos teolójicos contra el profeta Mahoma. Los Turcos modernos, ajenísimos de su propia historia equivocan sus dos tránsitos primero y último sobre el Helesponto (51) y retratan al hijo de Orchan como un salteador nocturno, que con ochenta compañeros se destaca para escudriñar la playa contraria y desconocida. Embárcase Soliman capitaneando diez mil caballos, se apea de sus naves y se le agasaja como amigo del emperador griego. Apronta en las guerras civiles de Romanía algun servicio, pero causa mayores daños; luego se va cuajando el Quersoneso con la colonia turca, y en balde solicita la Corte bizantina la devolucion de las

fortalezas de Tracia. Tras varias demoras muy estudiadas entre el príncipe Otomano y su hijo, se ajusta su importe en sesenta mil coronas, y recien satisfecho el primer plazo, un terremoto conmueve ciudades y provincias; acuden los Turcos á ocupar las plazas desmanteladas, reedificando y repoblando á Galípoli, la llave del Helesponto, por la política de Soliman. Con la renuncia de Cantacuzeno se quiebran los vínculos endebles de amistad casera, y en su postrer dictámen amonesta á sus compatricios que rehuyan una contienda temeraria, y confronten su propia flaqueza con el número, denuedo, disciplina y entusiasmo de los Musulmanes. La mocedad vanagloriosa y disparada desatiende y menosprecia la cordura de sus consejos, y las victorias de los Otomanos lo dejan luego muy airoso. Pero muere Soliman de una caida de su caballo en el ejercicio del *jerid*, y el anciano Orchan llora, y luego yace en el sepulcro de su valeroso hijo (*s*).

Brevísimo fué para los Griegos el plazo de su regocijo por la muerte de aquel enemigo, pues con el mismo denuedo blandió pronto su cimitarra turca Amurates primero; hijo de Orchan y hermano de Soliman (A. 1306—1389). Por los menguados anales Bizantinos (52) se vislumbra, que fué sojuzgando sin contraresto la provincia de Romanía y Tracia por entero, desde el Helesponto hasta el monte Hemo, asomándose á la misma capital, y escojiendo Andrinópolis para el sólio de su gobierno y relijion en Europa. Constantino, cuyo menoscabo viene en su arranque á equivocarse con su fundacion, en el ámbito de mil años habia padecido varios embates por los bárbaros de Levante y Poniente; pero hasta aquel aciago trance nunca se vieron los Griegos cercados por Asia y Europa con las armas de una sola monarquía enemiga; pero la cordura ó jenerosidad de Amurates orilló por entonces tan obvia conquista, y quedaron sus ínfulas muy airosas con el frecuente y rendido acatamiento del emperador Paleólogo y sus cuatro hijos, quienes á la mas leve intimacion volaban á la corte y reales del príncipe Otomano. Marcha allá contra las naciones esclavonas, entre el Danubio y el Adriático, Búlgaros, Servios Bosnios y Albaneses, y aquellas tribus guerreras que solian desacatar la majestad del imperio, quedan repetidamente arrolladas con sus correrías. Carecen de plata y oro y sus aldeas ó poblaciones yacen ajenas de todo tráfico productivo y del realce lujoso de las artes. Pero descollaron siempre sus naturales con su robustez y teson, y con una institucion atinada se constituyeron columnas fieles é incontrastables del encumbramiento otomano (53). Recuerda el visir á su soberano Amurates, que al tenor de la ley mahometana le cabe el quinto de los despojos y cautivos, y que le era obvio el recaudar su parte, en colocando empleados en Galípoli, y atalayando el tránsito, entresacar lo mas selecto de la mocedad en gallardía y hermosura. Se sigue aquel dictámen, se pre-

gona el edicto, se educan millares de Europeos en sus armas y relijion, y un dervís afamado nombra y consagra la nueva milicia. Se adelanta sobre la formacion, tiende la manga de su ropaje sobre el primer soldado y prorumpe en la bendicion siguiente: «Llámense ya Jenízaros (*Zenji cheri*, ó soldados nuevos) ¡así campee siempre su gallardía! ¡así sea siempre victoriosa su mano y aguda su espada! ¡así cuelgue siempre su venablo sobre la cerviz enemiga! ¡y así por donde quiera que vayan vuelvan luego con el rostro blanco! (54) (*t*). Tal es el oríjen de aquella tropa altanera, pavor de las naciones y á veces de los mismos sultanes. Menguó su denuedo, se relajó su disciplina, y su formacion revuelta no alcanza á contrarestar el sistema y las armas de la táctica moderna; pero les cupo á la sazon una superioridad incontrastable, pues no habia príncipe cristiano que estuviese manteniendo con paga y maniobras perpetuas cuerpos arreglados de infantería. Peleaban desaforadamente los Jenízaros, á fuer de novicios, contra sus compatricios *idólatras*; y la liga é independencia de las tribus eslavonas quedó por entero destrozada en la batalla de Cosroes. Andando el vencedor por aquel campo advirtió que los mas de los muertos eran mancebos barbilampiños, y le halagó el visir con la espresion de que la madurez cuerda no se opusiera á contrarestar sus armas irresistibles. Mas la espada jenízara no lo escudó contra la daga de un desesperado, pues un soldado servio se incorpora sobre el monton de cadáveres, y traspasa mortalmente á Amurates en la barriga (*v*). Era aquel nieto de Otoman de temple muy apacible, comedido en su porte y amante del pundonor y de la literatura; pero tenia escandalizados á los Musulmanes con su antigua asistencia al culto; la vituperó el muftí, quien, tuvo el arrojo de recatar su testimonio en una causa civil, hermandad de servidumbre y libertad que suele asomar por la historia oriental (55).

Ilderim, ó el rayo se apellidó Bayaceto, hijo de Amurates, retratando así al vivo su índole, engriéndose con un adjetivo propio de la fogosa pujanza de su pecho y de la rapidez asoladora de sus marchas (A. D. 1389—1403). En los catorce años de su reinado (56) anduvo sin cesar acaudillando su hueste, desde Bursa hasta Andrinópolis, y desde el Danubio al Eufrates, y por mas que se afanase denodadamente por la propagacion de su ley, su ambicion iba salteando á diestro y siniestro Cristianos y Musulmanes por Asia y Europa. Avasalló desde Angora hasta Amasia y Erzerun las regiones septentrionales de Natolia; defraudó de sus posesiones hereditarias á sus hermanos emires de Ghermian y de Caramania, de Aidin y Sarukhan, y conquistado Iconio, renació el antiguo reino de los Seljukios en la dinastía Otomana. No menos prontas y grandiosas fueron sus espediciones por Europa, pues apenas allana con servidumbre sistemática los Servios y Búlgaros, atraviesa el Danubio en

busca de nuevos enemigos y nuevos súbditos en el corazon de la Moldavia (57). Cuanto acataba todavía al imperio griego en Tracia, Macedonia y Tesalia, reconoció el señorío turco; un obispo obsequioso le internó por Termópilas en la Grecia, y debemos notar que la viuda de un caudillo español, poseedor del solar antiguo del oráculo de Delfos, se congració con él sacrificándole su hermosa hija. Incierta y arriesgada habia sido la comunicacion turca entre Europa y Asia hasta que planteó un apostadero de galeras para señorear el Helesponto y atajar á Constantinopla todo auxilio latino. Mientras el monarca se estaba desenfrenando á su albedrío con estremos de crueldad y tropelía, tenia impuesto á su soldadesca un sistema rigurosísimo de comedimiento y subordinacion, y aun en el recinto de sus reales se esquilmaban y vendian desahogadamente las mieses. Airado con la administracion estragada y arbitraria de justicia, agolpó en un albergue los jueces y letrados de sus dominios, quienes aguardaban trémulos que en breve rato iban á quedar en cenizas; los ministros enmudecen y tiemblan igualmente; pero un juglar etíope se atreve á insinuarles el móvil de su quebranto, y asalariando adecuadamente á los cadís, quedó atajada y sin disculpa la venalidad para lo sucesivo (58). No correspondia ya el dictado llano de emir al engrandecimiento Otomano, y Bayaceto se avino á recibir una patente de sultan de los califas que estaba sirviendo en Ejipto bajo el yugo de los Mamelucos (59); homenaje postrero y baladí tributado por la fuerza á la opinion y por los conquistadores turcos á la alcurnia de Abas y á los sucesores del Profeta árabe. Ardió mas y mas la ambicion en el pecho del sultan con la precision de merecer dictado tan augusto, y encaró sus armas contra el reino de Hungría, teatro sempiterno de victorias y descalabros turcos. Era el rey húngaro Sijismundo hijo y hermano de emperadores de Occidente; su causa venia á ser la de Europa y de la iglesia, y al eco de tanto peligro, ansian los caballeros de Francia y de Alemania el marchar bajo el estandarte de la cruz. Derrota Bayaceto en la batalla de Nicópolis (A. D. 1396. Set. 28) un ejército confederado de cien mil cristianos, quienes blasonaban de que si el cielo se desquiciaba, lo sostendrian con sus lanzas. Fenecen los mas ó se ahogan en el Danubio, y Sijismundo, huyendo á Constantinopla y el Mar Negro, regresa tras un grandioso rodeo á su exánime reino (60). Ufanísimo Bayaceto con su victoria trata de sitiar á Buda, de sojuzgar los paises contiguos de Alemania é Italia y de dar pienso á su caballo con un celemin de avena sobre el altar mayor de San Pedro en Roma. Atájale el rumbo, no el encuentro milagroso del Apóstol, ni cruzada de potencias cristianas; sino un recargo intensísimo de gota. Suelen los achaques físicos atajar desbarros morales, y una gotilla corrosiva sobre ciertas fibras de un hombre, puede precaver ó dilatar la desdicha de naciones enteras.

Este conjunto es el que ofrece aquella guerra húngara; pero el desastrado paradero de los Franceses viene á suministrarnos ciertos apuntes que delinean la victoria y la índole de Bayaceto (61). El duque de Borgoña, señor de Flandes y tio de Cárlos sexto, á impulsos de su hijo Juan conde de Nevers, proporciona al denodado mozo el acompañamiento de cuatro príncipes, primos *suyos* y del rey de Francia (A. D. 1396—1398). Amaestra su bisoñez el señor de Cucy uno de los mejores veteranos de la Cristiandad (62); pero el condestable, almirante y mariscal de Francia (63) acaudilla una hueste que no pasa de mil caballeros y escuderos (*n*). Nombres tan esclarecidos infunden sumo engreimiento y poquísima disciplina, pues aspirando tantísimos á mandar, nadie se aviene á obedecer; su quijotismo nacional menosprecia enemigos y aliados, y empapados en que Bayaceto ha de *huir* ó *fracasar*, andan allí deslindando el plazo de su llegada á Constantinopla y rescate del santo Sepulcro. Avisan los descubridores el asomo de los Turcos y aquella mocedad desvariada sigue en la mesa y empina mas y mas sus licores; arrebatan luego todos sus armas, cabalgan á porfía y corren á vanguardia desentendiéndose del dictámen de Sijismudo, como bochornoso, porque se opone á su afan de encabezar al golpe la refriega. No se perdiera la batalla de Nicópolis, si los Franceses se conformaran con la cordura del Húngaro; pero se ganara esclarecidamente si los Húngaros remedaran la gallardía francesa, que logra dispersar la primera línea compuesta de Asiáticos, arrolla la estacada contrapuesta á la caballería; aportilla, tras lid sangrienta, á los mismos Genízaros.... mas ¡ ay ! que sobrevienen moles de escuadrones salidos de los bosques, y su oleada inmensa consigue acorralar desaforadamente al peloton de intrépidos guerreros. Campea Bayaceto con su desempeño militar de marchas, contramarchas y evoluciones, celebradas por sus mismos enemigos, tachándole luego de crueldad en el uso de su victoria. Reservando al conde de Nevers y á veinte y cuatro señores, cuyo nacimiento y riquezas acreditaron sus intérpretes latinos, llevan á los Franceses restantes tras la matanza campal ante el sólio de Bayaceto, y negándose á abjurar su fé, los van degollando á su presencia. Airadísimo se muestra por la pérdida de sus jenízaros mas esforzados; y si es cierto que por la noche los Franceses habian muerto á sus prisioneros turcos (64), entonces tienen que achacarse á sí mismos las resultas de un justísimo desquite. Un caballero, á quien se conservó la vida al intento, vuelve á París, refiere el lastimoso trance y solicita el rescate de los cautivos esclarecidos. Arrastran entre tanto por sus marchas y campamentos los Turcos á los príncipes y barones de Francia, y los Musulmanes de Europa y Asia se van empapando en el trofeo halagüeño, y luego viven estrechísimamente encerrados en Burza, mientras Bayaceto reside en su capital. Instan mas y mas al sultan para que purgue con su sangre la de tantos maho-

metanos; mas tiene fallado que vivan, y su palabra, sea de salvamento ú de esterminio, es irrevocable. Regresa el mensajero, y queda enterado el monarca de la suma entidad de sus prisioneros por la intercesion interesada y eficacísima de los reyes de Francia y de Chipre. Preséntale Lusiñan un salero de labor peregrina, valuado en diez mil ducados, y Cárlos VI envia por Hungría una remesa de halcones noruegos, con seis cargas de grana, lienzos finísimos de Reims y un juego de alfombras de Arras representando las batallas de Alejandro el Grande. Tras largas demoras, por causa de la distancia, mas bien que por artificio, se aviene por fin Bayaceto á aceptar el rescate de doscientos mil ducados por el conde de Nevers y los condes y barones vivos, el mariscal de Bucicault, afamado guerrero es tambien de los venturosos; pero el almirante de Francia habia fenecido en la refriega, y el condestable con el señor de Cucy en la cárcel de Bursa. Esta peticion cuantiosísima, duplicada todavía con mil costos advenedizos, recae principalmente sobre el duque de Borgoña, ó mas bien sobre sus vasallos Flamencos, obligados por las leyes feudales, tienen que contribuir para el caballerato y el cautiverio del primojénito de su señor. Para el reintegro cabal de la deuda, unos comerciantes jenoveses afianzan hasta el quíntuplo de la suma, aleccionando aquellos tiempos belicosos con el desengaño de que el comercio y el crédito son los eslabones que asocian y hermanan el orbe entero. Páctase en el tratado que se juramenten los cautivos franceses para nunca hacer armas contra la persona de su vencedor; pero el mismo Bayaceto anula aquella ruín cortapisa, prorumpiendo con el heredero de Borgoña: « Desprecio tus juramentos y tus armas. Eres muy mozo y estarás ansiando borrar el baldon ó la malaventura de tu estreno en la guerra. Agolpa tus fuerzas, pregona tu intento, y ten por muy positivo que Bayaceto se alegrará en el alma de tropezar nuevamente contigo en un campo de batalla. » Antes de partir se les franquea la corte y se les agasaja con esmero, pasmándose los Franceses con la magnificencia del Otomano, cuyos monteros ascienden á siete mil y otros tantos los halconeros (65). Presencian su órden y la ejecucion de abrir el vientre á uno de sus camareros, por la queja que le dió una mujer desvalida de habérsele chupado la leche de una cabra. Se asombran los estranjeros de tan tremendo escarmiento, propio de un sultan, que ni se para en averiguar los casos, ni justipreciar los grados de una demasía.

Al quedar Juan Paleólogo espedito de un zelador angustioso, vive hasta treinta y seis años presenciando; y al parecer con tibieza, el esterminio público (66). Amor, ó mas bien lujuria, viene á ser su único móvil, y al encenagarse con las viudas ó doncellas de la ciudad, olvida el esclavo turco el baldon de todo un emperador de Romanos. Habia su primojénito Andrónico entablado en Andrinópolis una intimidad criminal con

Sauces hijo de Amurates, y entrambos mozos conspiran contra la autoridad y la vida de sus respectivos padres. Acude Amurates á Europa, y descubre y aventa intentos tan temerarios; ciega en seguida á su hijo y amenaza tratar á su vasallo de cómplice y enemigo, si no impone igual escarmiento á su hijo. Tiembla Paleólogo y obedece, y una precaucion horrorosa abarca en el mismo fallo la niñez é inocencia de Juan, hijo del reo; pero se ejecuta la operacion tan leve ó torpemente que él uno ve todavía de un ojo, y el otro viene á quedar tan solo bizco. Escluidos ambos príncipes de la sucesion, se les encierra en la torre de Anema, galardonando la religiosidad de Manuel, hijo segundo del monarca reinante, con el don de la corona imperial. Pero á los dos años el desenfreno de los Latinos y la liviandad de los Griegos acarrean una revuelta (*ñ*) y empozan á entrambos emperadores en la misma torre, de donde sacan á los dos presos para encumbrarlos al sólio. Median otros dos años, y logran Paleólogo y Manuel ponerse en salvo, á beneficio de la majia ó sutileza de un monje, apellidado alternativamente ánjel ó diablo; huyen á Escútari; acuden sus parciales, y ambas banderías echan el resto de su ambicion y su encono, al par que Cesar y Pompeyo por el imperio del Orbe. El mundo romano queda á la sazon arrinconado en un ángulo de la Tracia, como de diez y ocho leguas de largo y diez de ancho, entre la Propóntida y el Mar Negro; ámbito tan reducido como el de los principados menores de Italia ó Alemania; si bien los restos de Constantinopla estaban todavía representando la opulencia y populosidad de un reino. Se conceptua imprescindible para la paz del imperio, el subdividir todavía aquel trocillo, y quedando Paleólogo y Manuel dueños de la capital, se cede todo lo restante desde el mismo éjido á los príncipes ciegos, quienes plantean su residencia en Rodosto y Selimbria. Adormécese Paleólogo en su solio, y sus ímpetus se sobreponen mas y mas á sus desengaños y á sus fuerzas, pues defrauda á su mismo predilecto y heredero de una princesa hermosísima de Trebisonda, mientras el quebrantado emperador se está afanando por consumar su desposorio, Manuel con cien magnates griegos tiene que acudir al llamamiento ejecutivo de la Puerta Otomana. Sirven gallardamente en las guerras de Bayaceto, quien sin embargo se encela con el intento de fortificar á Constantinopla, los amenaza de muerte, y al punto yacen demolidas las obras nuevas, favoreciendo tal vez en demasía al pundonor de Paleólogo, quien atribuye su fallecimiento á esta nueva ignominia.

Notician al vuelo esta novedad á Manuel, quien huye pronta y reservadamente de los reales de Burza al sólio bizantino. Aparenta Bayaceto altanera indiferencia por el malogro de tan interesada prenda, y al seguir con sus conquistas por Asia y Europa, deja al emperador forcejeando (A. D. 1391—1425) con su primo ciego Juan de Selimbria, que se aferra

por ocho años de guerra civil en volver por sus derechos de primojénito. Por fin el sultan victorioso asesta toda su ambicion sobre Constantinopla; pero luego da oidos al dictámen de su visir, quien le manifiesta que tamaña empresa puede hermanar las potencias cristianas en cruzada mas formidable. Estos son los términos de su carta al emperador: — « Merced á la clemencia divina, mi cimitarra invencible ha ido sojuzgando casi toda el Asia, con muchos y dilatados países de Europa, menos la ciudad de Constantinopla, fuera de cuyas murallas nada absolutamente viene á quedarte. Entrega su recinto y pacta tu recompensa, ó bien tiembla por tí mismo, por tu pueblo desventurado y por las consecuencias de tu pertinacia. Pero encarga á sus embajadores que mitiguen aquel desentono y propongan un tratado que se firma luego con rendido agradecimiento; y así se feria una tregua por diez años con el tributo anual de treinta mil coronas de oro; tienen que llorar los Griegos la tolerancia pública de la ley de Mahoma, y Bayaceto se engrie con la gloria de plantear un cadí turco y fundar una mezquita rejia (A. D. 1391—1402) en la metrópoli de la iglesia oriental (67). Pero el sultan desaforado quebranta luego aquella tregua, siguiendo la causa del príncipe de Selimbria, emperador legítimo, y amenazando á Constantinopla con una hueste otomana, por cuyo avance implora Manuel encarecidamente el amparo de la Francia. Conduélese el rey entrañablemente y franquea algun auxilio, acaudillado por el mariscal de Buricault (68), cuya relijiosidad caballeresca se inflama con el afan de vengar su cautiverio entre infieles. Da la vela con cuatro naves de guerra de Aigues mortes para el Helesponto, arrollando en su tránsito hasta diez y siete galeras turcas, que estan guardando el Estrecho; desembarca en Constantinopla un refuerzo de seiscientos hombres de armas y mil y seiscientos flecheros, y los revista en el éjido, desentendiéndose del número y la formacion de los Griegos. Levanta el sitio por mar y tierra, alejando la escuadra turca á larga distancia, asaltando el mariscal y el emperador de pareja varios castillos en Asia y en Europa. Mas luego se rehacen aferradamente los Otomanos, y el denodado Bucicault, tras un año de sitio trabajosísimo se determina por fin á evacuar un país que no apronta ni paga ni abastos para su tropa. Se brinda tambien á poner el emperador en la corte misma de Francia donde podrá solicitar personalmente auxilios de jente y dinero, aconsejándole al mismo tiempo que para zanjar toda desavenencia deje á su competidor ciego en el sólio. Se admite la propuesta, colócase el príncipe de Selimbria en la capital, y es tan suma la desdicha pública, que la suerte de aquel desterrado se conceptua preferible á la de soberano. El sultan turco en vez de complacerse con el logro de su vasallo, pide la ciudad para sí mismo, y negándose el emperador Juan, estrecha mas y mas el sitio, y agrava los quebrantos del hambre y de la guerra. In-

fructuosas son plegarias y resistencia contra tamaño enemigo, y devorara luego su presa aquella fiera, si en el trance crítico, otra alimaña mas tremenda no la volcara para siempre. Se dilata por medio siglo el derribo de Constantinopla con la victoria de Timor ó Tamerlan, y con aquel servicio inesperado é importantísimo salen á luz la vida é índole del conquistador mogol.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexajésimocuarto.

(*a*) El nombre de Mongol parece ser el que mas se aproxima al de este linaje. Los Chinos los llaman Mong-ku ; los Mondchux, sus vecinos, Mongo ó Mongu. Tambien se daban al nombre de Beda. Este hecho queda comprobado por M. Schmidt contra los Orientales franceses. Véase de Brosset, nota sobre le Beau, tom. XVII. p. 402.

(1) Encargo al lector que repase los capítulos de los tomos tercero y cuarto, sobre las costumbres de las naciones pastoriles, las conquistas de Atila y de los Hunos, compuestos cuando allá mas bien atizaba el anhelo que no la esperanza, de concluir mi historia.

(*b*) Acerca de las tradiciones de los primeros años de Zingis, véase D' Ohson, Histoire des Mongols, París 1824. Schmidt, Geschichte der Ost-Mongolen, p. 66. etc. y notas. — M.

(2) Probablemente los khans de los keraitas no se hallaban en estado de leer las pomposas cartas compuestas en nombre suyo por los misioneros nestorianos, quienes los dotaban con las maravillas fabulosas de un reino indio. Acaso estos Tártaros (el Presbítero ó Preste Juan) se habian sujetado á los ritos del bautismo y ordenacion. Asseman. Bibliot. Orient. tom. III. p. II. p. 487—503.).

(3) Desde la historia y trajedia de Voltaire, *Zengis*, á lo menos en francés, parece ser la ortografía mas admitida, pero Abulghazi Khan debe baber conocido el verdadero nombre de su antecesor. Su etimología parece esmerada. *Zín*, en lengua Mongol, significa grande, y *gis* es la terminacion del superlativo (Hist. Genéalogique des Tatars, part. III. p. 194, 195. Para concepto de grandeza se le apellida el Océano Zingis.

(4) El nombre de Mogoles ha preponderado entre los Orientales y aun

es el dictado soberano del Gran Mogol del Indostan. *

(5) Los Tártaros (ó mas propiamente los Tartaros) descendian del khan Latar, hermano de Mogol Khan (véase Abulghazi, parte I. y II.,) y formaban en otro tiempo una tribu de 70.000 familias en las márjenes del Kitai (p. 103—112.). Al parecer formaban la vanguardia en la gran invasion de Europa. (A. D. 1238); y la semejanza del nombre de *Tartarei,* recomendó el de Tártaros á los Latinos (Matt. Paris, p. 398. etc.). **

(c) Antes que sus ejércitos entrasen en el Thibet, envió una embajada á Bogdosott-nam-Dsimmo, gran sacerdote lama, con una carta en estos términos: « Te he elegido gran sacerdote para mí y mi imperio. Ven « pues á mí y promueve la dicha presente y venidera del hombre: seré « tu arrimo y amparo: establezcamos un sistema de religion y unamos con « él la monarquía, etc. » El gran sacerdote admitió la propuesta: y la historia mogol llama literalmente este paso el *período del primer respeto á la religion;* porque con esta manifestacion pública el monarca la hizo religion del estado, Klaproth. « Viajes por el Cáucaso » cap. VII. trad. ing. p. 92. Ni Dshingis ni su hijo y sucesor Ocgodah tuvieron, con motivo de sus guerras continuas, mucho tiempo para propagar la religion de Lama. Entienden por religion un código claro, independiente, sagrado y moral, que solo tiene un orígen, y un objeto. Propagan universalmente esta nocion, y aun creen que los animales y todos los vivientes tienen una relijion adecuada á su esfera de accion. Atribuyen las diferentes formas de las relijiones á la diferencia de los individuos, naciones y lejisladores. Nunca se les oye prorumpir contra creencia alguna, ni aun contra el paganismo schaman, tan palpablemente absurdo: ni aconsejar la persecucion de otras con este motivo. Por su parte, sobrellevan todo contratiempo y tropelía, con entera resignacion y disculpan caballerosamente las locuras ajenas, y aun las consideran como un motivo para acrecentar su fervor en la oracion, cap. IX. p. 109.—M.

(6) Obsérvese la estraña semejanza que sucedia entre las leyes religio-

* M. Remusat (sur les Langues Tartares, p. 233.) advierte con fundamento, que Timur era Turco y no Mogol y en la p. 242, que probablemente no habia un mogol en el ejército de Baher, quien asentó el trono indio del « Gran Mogol. » — M.

** Segun M. Klaproth, esta relacion es fabulosa é inventada por los escritores mahometanos, quienes, llevados de su afan relijioso, procuraron enlazar las tradicciones de los Normados del Asia central, con los del Antiguo Testamento, segun se conservan en el Koran. No hay rastro de ella en los escritores chinos. Tabl. de l'Asie, p. 156. — M.

sas de Zingis Khan y de Mr. Locke (Constituciones de Carolina, en sus obras, vol. IV. p. 533. edicion en 4.º 1777.).

(*d*) Véase la noticia de Ta-ta-tung-o, el ministro uogurs de Tchingis, en la segunda serie de las Investigaciones asiáticas de Abel Remusat, vol. II. p. 61. Enseñó á escribir al hijo de Tchingis: Fué el que instruyó á los Mogoles en la escritura, que aun ignoraban; y así la aplicacion de los caracteres oigur de la lengua mogol, no puede suponerse antes del año 1204 1205 ni en el tiempo de Pa-se-pa, que vivió bajo Kubilai. En el reinado de este soberano se introdujo un nuevo alfabeto algo parecido al del Tibet. — M.

(7) En el año 1294, por disposicion del Cazan, Khan de Persia, cuarto descendiente de Zingis. De estas tradiciones, su visir Fadlallah compuso una historia mogola en el idioma persa, que sirvió á Petit de la Croix (Hist. de Genghizcan, p. 537—539,). La Historia genealójica de los Tátaros (en Luden, 1726, en 12.º 2 tomos) fue traducida por los Suecos prisioneros en Siberia del manuscrito mogol de Abulgasi Bahadur Khan, descendiente de Zingis, que reinó sobre los Usbeks de Charasmo ó Carizma (A. D. 1664—1665.). Su obra es de gran mérito y digna de todo crédito en cuanto á los nombres, linajes y costumbres de su nacion. De las nueve partes, la 1.ª desciende allá desde Adan hasta Mogul Khan; la 2.ª desde Mogul hasta Zingis, la 3.ª es la vida de Zingis; la 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª la historia jeneral de sus cuatro hijos y su posteridad, la 8.ª y 9.ª la historia particular de los descendientes de Sheibani Khan, que reiuó en Maurenahar y Charasmo.

(8) Histoire de Gentchiscan et de toute la Dynastie des Mongous ses successeurs, Conquerans de la Chine; tirée de l'Histoire de la Chine, par le R. P. Gaubil de la Societé de Jesus, Missionaire á Peking; á París, 1739, en 4.º Esta traduccion está estampada con el carácter chino de exactitud propia é ignorancia extranjera.

(9) Véase l'Histoire du grand Genghizcan, premier Empereur des Mogols et Tartares, par M. Petit de la Croix, París, 1710, en 12.ª: obra de una tarea de diez años, sacada principalmente de los escritores persas, entre los cuales Nisavi, secretario del sultan Gelaleddin, tiene el mérito y las preocupaciones de un contemporáneo. La carencia de orijinales ó del recopilador le da ciertos visos de novela. Véanse tambien los artículos de *Genghizcan*, *Mohammed*, *Galaleddin*, etc. en la Bibliotheque orientale de D'Herbelot. *

(10) Haitono ó Aitono, príncipe armenio y despues monje de la Pre-

* En el milogo de la Hist. des Mogols (París 1824,) se halla un catálogo de las autoridades árabes y persas.—M.

montratense (Fabric. Bibliot. Lat medii Ævi, tom. I. p. 34.) dictó en lengua francesa, su libro de *Tartaris*, compañeros de armas suyos. Fué inmediatamente traducido al latin y se halla comprendido en el Novus Orbis de Simon Grygnceo (Basilea, 1555 en folio.). *

(11) Zingis Khan, y sus primeros sucesores, ocupan la conclusion de la IX dinastía de Abulfaraje, (vers. Pocock, Oxon. 1663, en 4.º) y su X dinastía es la de los Mogoles de Persia. Asemano (Bibliot. Orient. tom. II.) ha estractado algunos hechos de sus escritos síriacos y de las vidas de los mafrianos jacobitas, ó primados del Oriente.

(12) Entre los Arabes, por su lenguaje y religion, podemos diferenciar á Abulfeda, sultan de Hamah en Siria, que peleó en persona contra los Mogoles, bajo el estandarte mameluco.

(13) Nicéforo Grégoras (l. II. c. 5, 6.) ha reconocido la necesidad de enlazar la historia escrita con la bizantina. Describe con esmero y elegancia el establecimiento y costumbres de los Mogoles de Persia, pero ignora su orígen y estraga los nombres de Zingis y de sus hijos.

(14) M. Levesque (Histoire de Russie, tom. II.) ha referido la conquista de Rusia por los Tártaros, sacada del patriarca Nion y de las antiguas crónicas.

(15) En cuanto á Polonia, muy bien hallado con la Sarmatia Asiática et Enropea de Mateo ó Michou, ó de Michovia, canónigo y médico en Cracovia (A. D. 1506) inserta en el Novus Orbis de Grineo. Fabric. Bibliot. Latin mediæ et infimæ Ætatis, tom. V. p. 56.

(*d*) Véase la noticia sobre Tna-Tha-toung-o el Ouogur de Jenjis; en Abel Remusat, serie 2.ª de las Invest. Asiáticas vol 11. p. 61. Enseñó á escribir al hijo de Jenjis, fué el maestro de los Mogoles en esescribir, arte que antes ignoraban, y de ahí resulta el empleo de los carácteres Onigules no cabe suponerlo, antes del año de 1204 ó 1205, y tarde hasta el tiempo de Passeopa quien reveló en el reinado de Vhuhilai: le introdujo con nuevo alfabeto, asemejado al de Hiba en tiempo de Vhuhilai. — M.

(16) Debiera estar á Turoccio el historiador jeneral mas antiguo (pars. II. c. 73. p. 150.), en el primer tomo de Scriptores Rerum Hungaricarum, á no ir incorporado con la relacion orijinal de un contemporáneo, testigo presencial y paciente (M. Rogerii Hungari, Varidiensis Capituli Canonici, Carmen miserabile; seu Historia super Destructione Regni Hungariæ, Temporibus Belæ IV. Regis per Tartaros facta p. 292—321)

* Un resúmen al fin de la nueva edicion de Le Beau, Hist. des Empereurs, vol. XVII., por Mr. Brosset, da cumplidos extractos de las relaciones en que los historiadores armenios describen las conquistas mogoles. — M.

el cuadro mas asombroso que ví jamás de cuantas circunstancias pueden caber en una invasion bárbara.

(17) Mateo de París, con documentos auténticos retrató al vivo el riesgo y conflicto de Europa (consúltese la voz *Tartari* en su estenso Indice.). Zelosos y afanados allá los frailes Juan de Plano Carpini y Guillermo Rubruquis visitaron en el siglo XIII la corte del gran Khan, como tambien Marco Polo, caballero Veneciano, la relacion latina de los dos primeros se halla inserta en el tomo 1.° de Hakcluys: el orijinal italiano, ó sea traduccion del tercero (Fabric. Bibliot. latin medii Ævi tom. II p. 198. tom. V. p. 25.) se hallará en el tomo segundo de Ramusio.

(18) M.de Guignes, en su Historia grande sobre los Hunos, ha tratado esplayadamente de Zingis Khan y sus sucesores. Véase tom. III. l. XIV—XIX. y en sus capítulos colaterales de los Seljukios de Rum, tom. II. l. XI, los Carizmios l. XIV. y los Mamelucos tom. IV. l. XXI. Consúltese igualmente las tablas del primer volúmen, se muestra siempre erudito y esmerado, pero le debo tan solo una mirada jeneral, y algunos pasos de Abulfeda, que yacen todavía ocultos en el testo árabigo.*

(19) Mas propiamente *Yen-king*, cuyos escombros aparecen todavía á poca distancia al sudeste del moderno *Pekin*, y edificado por Kublai Khan (Gaubel; p. 146.). Pekin y Nankin son dictados jenerales de corte del norte ó del sur, y la identidad ó trueque de nombres suele confundir á los lectores mas advertidos de la jeografía China. (p. 177.) **

(*e*) Véase la relacion especial de aquel convenio, Kholaussut el Akbaur, en Price vol. II. p. 402. —M.

(20) Voltaire, Ensayo sobre la Historia jeneral, tom III. c. 60. p. 8. La noticia de Zengis y de los Mogoles, contiene, como suele, mucho tino y verdad, con algunos desaciertos particulares.

(*f*) Solian matar á todas las clases, menos á los artesanos para esclavizarles. Hist. de los Mogoles. —M.

(*g*) La primera obligacion que les impuso fue degollar al rey de Tange-

(*) Puede añadirse al catálogo de los historiadores Mogoles d'Ohson. Historia de los Mogoles (sobre autoridades árabes y persas, París 1821. Esta obra curiosa por Sanang Stetsen Chunchaidist, publicada en su orijinal mogol, se compuso tras la conversion de la nacion entera al Buddhismo; el editor la ha realzado con varias notas muy apreciables, pero escasea desgraciadamente en cuanto á las conquistas europeas y los occidentales asiáticos de los Mogoles. — M.

(**) Y aun en la historia China. — véase Abel Remusat, Mel. Asiat. 2ª ser. tom. II. p. 5. — M.

oute, y á todos los moradores de Ninhia, cuya rendicion estaba ya convenida. Hist. del Mogol, vol. 1. p. 286. — M.

(21) Impuso Zagati su nombre á sus dominios de Maurenhaar, ó Transoxiana; y los Mogoles del Indostan, emigrantes de aquel país, se llman Zagatais por los Persas. Esta etimolojía muy positiva, y el ejemplar semejante de Uzbek, Nogai, etc. nos debe tener sobre aviso para no desechar absolutamente los desvíos de un nombre nacional ó otro personal.*

(22) En Marco Polo, y los jeógrafos orientales los nombres de Cathay y de Manji, diferencian los imperios del norte ó mediodía, que desde el A. D. 1234 hasta 1279, eran los del gran Khan, y los Chinos, la investigacion del Cathay, despues de hallada la China, estimuló y descaminó á nuestros navegantes del siglo XVI, en su empeño por discurrir el tránsito por el nordeste.

(23) Me atengo al conocimiento y fidelidad del padre Gaubil, quien traslada el testo Chino de los anales de los Mogoles ó Irenes (p. 71. 93. 153.) mas no me consta la época, en que dichos anales se compusieron y publicaron, los dos tios de Marco Polo que sirvieron de ingenieros en el sitio de Siengyanfu (l. II. c. 61. en Ramusio, tom. II.** Véase Gaubil p. 155, 157.), debieran esperimentar y referir los afectos de aquella pólvora asoladora, y su silencio es una objecion poderosa y casi decisiva. Yo malicio, que el descubrimiento recien hecho se llevó de Europa á China por los caravans del siglo XV y se prohijó fementidamente como descubrimiento nacional antiguo, antes de la llegada de los Portugueses y Jesuitas en el XVI. Afirma sin embargo el padre Gaubil, que el uso de la pólvora era corriente entre los Chinos 1600 años antes.***

(24) Cuanto cabe saber acerca de los Asesinos de Persia y Siria, se reviste de la erudicion extensa y aun profusa de M. Falconet, en dos

(*) Véase un paso curioso de Tachagatai, Historia de los Mogoles, p. 370 — M.

(**) Sou-houng-kian-lou. Abel Remusat. — M.

(***) La poudre á canon et d'autres compositions inflamantes, dont ils se servent pour construire des pièces d'artifice d'un efet surprenant, leur etaient connues depuis tres-long-temps, et l'on croit que des bombardes et des pierriers, dont ils avaient enseigné l'usage aux Tartares, ont pu donner en Europe l'idée d'artillerie, quoique la forme des fusils et des canons dont ils se servent actuellement, leur ait été apportée par les Francs, ainsi que l'attestent les moms mêmes qu'ils donnent á ces sortes d'armes. Abel Remusat, Mélanges Asiat. 2.ª ser. tom. 1. p. 23—M.

Memorias leidas ante la Academia de Inscripciones de París (tom. XVII. p. 127—170.).*

(*h*) Véase la relacion curiosa de la espedicion de Holagu, traducido del Chino, por M. Abel Remusat. Melanges Asiat. 2.ª série. tom. I. p. 171.

(25) Los Ismaeles de Siria, 40.000 asesinos se posesionaron de diez castillos, ó los fundaron en los cerros que dominan á Tortosa; pero los Mamelucos los esterminaron por el año de 1280.

(26) La comprobacion de la ignorancia China en acontecimientos estraños, advierte, que algunos de sus historiadores alargan las conquistas de Zingis hasta Medina, patria de Mahoma (Gaubil, p. 42.).

(*i*) Compárese Hammer, Geschichte der Assassinen, p. 282.—307. Wilken, Geschichte der Kreuzüge, vol. VII. p. 406. Price, Chronological Retrospect, vol II. p, 217—223.—M.

(*j*) Cotéjese Wilken, vol. VII. p. 410. 416. — M.

(*l*) Sobre las relaciones amistosas entre Armenios y Mogoles, véase Wilken, Geschichte der Kreuzüge, vol. VII. p. 402. Ansiaban de corazon alianzas contra el poderío musulman.—M.

(*ll*) Salvóse al parecer Trebizonda por la política mañosa de su soberano, teniendo que reconocer la supremacia Mogola, Falmerayer p. 127. — M.

(*m*) Véase los Estractos curiosos de los escritores Mahometanos. Hist. de los Mogoles, p. 707. — M.

(27) El *Dashté Kipzak*, ó llanura de Kipzak, se tiende por ambas orillas del Volga, por un espacio sin término hácia el Jaik y el Boristhenes, y se supone que contiene la nacion y el nombre primitivo de los Cosacos.

(*n*) Stenberg defendió gallarda y acertadamente á Olmutz. Hist. de los Mogoles, p. 396. — M.

(28) En el año de 1238, los naturales de Gothia (*Suecia*) y Frigia, por la zozobra de los Tártaros, dejaron de acudir á la pesca de los arenques sobre la costa de Inglaterra; y como no hubo surtido, cuarenta ó cincuenta de aquellos pececillos costaban hasta cinco reales (Mateo de París p. 396.). Es harto peregrino el que las órdenes de un khan Mogol que estaba reinando al confin de la China, abaratasen los arenques en la pescadería inglesa.

(*ñ*) Llamaron á Seca, por la muerte de Octai. —M.

(29) Voy á copiar los dictados característicos ó lisonjeros de los varios

(*) La Historia de los Asesinos por Hammer ha venido á arrinconar las Disertaciones por Falconet. — M.

países de Europa: Furens ac fervens ad arma Germania, strenuæ militiæ genitriz et alumna Francia, bellicosa et audax Hispania, virtuosa viris et classe munita fertilis Anglia, impetuosis bellatoribus referta Alemania, navalis Dacia, indomita Italia, pacis ignara Burgundia, inquieta Apulia, cum maris Græci, Adriatici, et Tyrrheni insulis pyraticis et invictis, Cretâ, Cypro, Siciliâ, cum Oceano conterminis insulis, et regionibus, cruento Hibernia, cum agili Wallia, palustris Scotia, glacialis Norwegia suum electam militiam sub vexillo Crucis destinabunt, etc. (Mateo de París, p. 498.).

(30) Véase la relacion de Carpin en Hackluyt, vol. I. p. 30. Abulghazi trae la alcurnia de los Khanes de Siberia (part. VIII, p. 485 — 495.). ¿No hallaron los Rusos crónica alguna tártara en Tobolskoi?*

(31) El Mapa de D'Anville y los Itinerarios Chinos (de Guignes, tom. I. part. II. p. 57.) parece que apuntan el solar de Holin, ó Caracoro, como á dos grandes leguas al nordeste de Pekin. La distancia entre Schelinsgisky, viene á sea de dos mil verstas rusas, de cuatrocientas á quinientas leguas. (Véase de Bell. vol. II. p. 67.).

(32) Halló Rubsequio en Caracoro á su paisano *Guillermo Boncher*, platero de París, que habia fabricado para el Khan un árbol de plata, sostenido por cuatro leones y arrojando cuatro licores diferentes. Abulghazi (part. IV. p. 368.) menciona los pintores de Kitai, ó China.

(33) El apego de los Khanes y el odio de los mandarines ó los bonzos y lamas (Duhalde, Hist. de la China, tom. I. p. 502, 503.) parece que los trae como sacerdotes del mismo Dios, del indio *Fo*, cuyo culto reina entre los sectas del Indostan, Siam, Thibet, China y Japon. Pero este asunto misterioso yace todavía encapotado, que tal vez las pesquisas de nuestra Sociedad Asiática podrá ir desembozando.

(*o*) Véase el bosquejo interesante de la vida de aquel ministro (Yelin-Thsu-thsal) en el tomo 2.º y 2.ª serie de las investigaciones Asiáticas de Remusat, p, 64. — M.

(*p*) Compárese la Hist. de los Mogoles, p. 616. — M.

(34) Algun rechazo de los Mogoles en Hungría (Mateo de París p. 545, 546.) pudo estender y realzar la voz de union y victoria de los reyes Francos al confin de la Bulgaria. Abulfaraje (Dinastías p. 310.) tras cuarenta años, allende el Tigris pudo muy bien equivocarse.

(35) Véase Paquímero, l. III. c. 25. y l. IX. c. 26. 27.; y la alarma falsa de Niza, l. III. c. 27. Nicéforo Gregoras, l. IV. c. 6.

(*) Véase la reseña de la librería Mogola en Bergman Normadische Streifereyen, vol. III. p. 185. 205. y Remusat, Hist. des Langues Tartares, p. 227., y el prólogo á Smith, Geschichte der Ost-Mongolen. — M.

(36) G. Acropolita, p. 36, 37. Nicéf. Greg. l. II. c. 5.

(37) Abulfaraje, que la escribió en el año de 1284, manifiesta que los Mogoles, desde el descalabro fabuloso de Batu, ya no embistieron ni Francos ni Griegos, de lo cual es testigo adecuado. Igualmente Hayton, príncipe Armenio, encarece su amistad con la nacion y con él mismo.

(38) Rasguea Paquímero un brillante personaje en Cazan-Khan, como competidor de Ciro y de Alejandro (l. XII. c. 7.). En la conclusion de su obra (l. XIII. c. 36. se muestra muy *esperanzado* con la llegada de 30.000 Tochars ó Tártaros, enviados por el sucesor de Cazan, para refrenar á los Turcos en Bitinia, A. D. 1308.

(39) M. de Guignes (Hist. de los Hunos, tom. IV. p. 329—337.) y D'Anville (Imperio Turco, p. 14—22.), los moradores de París, de quienes los Orientales pueden aprender la historia de su propio país, despejan con erudicion crítica el orígen de la dinastía Otomana.*

(40) Véase á Paquímero, l. X. c. 25. y 26. l. XIII. c. 33. 34. y 36.; y en cuanto al resguardo de la serranía l. I. c. 3—6. Nicéforo Gregoras, l. VII. c. 1., y el primer libro de Laonico Chalcondyle el Ateniense.

(41) No me consta que los Turcos tengan escritores que antecedan á Mahometo II (**) ni alcanzo á remontarme anteriormente á una Crónica descarnada, (Annales Turcici ad annum 1550) traducida por Juan Gaudior y publicada por Leunclavio, (ad calcem Laonici Chalcondyle, p. 311—350.) con largas pandectas ó comentarios. La historia de los medros y decadencia (A. D. 1300—1683.) del imperio Otomano, se tra-

(*) Cabe realzar todavía su doctrina con la Historia del Imperio Otomano por Von Hammer Purgstall de Viena. — M.

(**) Celebráramos que M. Von Hammer diera contestacion mas despejada y terminante á la pregunta de Gibbon. En una nota vol. I. p. 630, manifiesta sin embargo que los Turcos no solo tenian legures (escritores relijiosos) y letrados sabios, sino poetas y escritores de medicina. Pero el afan de Gibbon se ciñe á los historiadores. El mas antiguo que cita V. Hammer es, « Tarichi Aashik Paschasade » esto es, Historia del biznieto de Aaschik Bajá, que era un santon y poeta místico y muy afamado en el reinado de Murad (Amurates I.). Ahmed, autor de la obra, vivió en el reinado de Bayaceto II. pero dice que recojió las noticias del libro del Seque Sacashi, Iman del sultan Orchan (rey segundo de los Otomanos) y que referia de boca de su padre, las circunstancias de la primitiva historia Otomana. El autor tras pesquisas infructuosas de veinte y cinco años halló este libro en el Vaticano: todas las demás historias Turcas, como tambien esta se escribieron en el reinado de Mahometo II. No consta si alguna de las demás autoridades anteriores equivalen á la de Tarichi Raschik Pascha dale. (Revista del Imperio, vol. XLIX. p. 292.) — M.

dujo en inglés del latin manuscrito de Demetrio Cantemiro, príncipe de Moldavia, Londres, 1734 en folio.). Adolece el autor de estraños desbarros en punto á la historia Oriental, pero se hallaba versado en el idioma, anales ó institutos de los Turcos. Cantemiro va sacando sus materiales en parte de la Sinopsis Saadi Effendi de Lorisa, dedicada en 1681 al sultan Mustafá, y un compendio apreciable de historiadores orijinales. El dector Johnson en uno de sus Vagarosos celebra á Knolles (Historia jeneral de los Turcos hasta el año presente. Londres 1603) como el fénix de los historiadores; desacertado únicamente en la eleccion de su asunto; pero dudo mucho que un recopilador parcial y difusísimo de escritores latinos, con mil y trescientas pájinas en folio de arengas y batallas, pueda instruir ni deleitar á una época ilustrada, que está requiriendo en el historiador cierto caudal de crítica y filosofía.

(42) Aunque Cantacuzeno va refiriendo la batalla y la huida heróica de Andrónico Menor (l. II. c. 6. 7. 8.) encubre con su silencio la pérdida de Prusa, Niza, y Nicomedia, confesada sin rebozo por Nicéforo Gregoras (l. VIII. 15. IX. 9. 13. XI. 6.). Parece que Niza fue tomada por Orchan en 1330, y Nicomedia en 1339, fechas algun tanto diversas de los Turcos.

(*q*) En cuanto á las conquistas de Orchan (y algunas otras especies) sobre los diez bajalatos ó reinos seljukios en el Asia Menor, véase V. Hammer vol. I. p. 112.—M.

(43) La reparticion de los emires Turcos se ha tomado de dos contemporáneos, el griego Nicéforo Gregoras, y el árabe Marakesh (De Guignes. tom. II. P. II. p. 76. 77. Véase igualmente el primer libro de Laoncio Chalcondyle.

(44) Paquímero, l. XIII. c. 13.

(45) Véanse los viajes de Weeler y Spon, de Pocock y Chandler y mas particularmente la revista de Smith sobre las siete iglesias de Asia, p. 205—276. Los anticuarios mas doctos se afanan en hermanar las promesas y amenazas del autor de las Revelaciones, con el estado actual de las siete ciudades. Mas cuerdo fuera tal vez el confesar llanamente y ceñir sus anuncios á la índole y acontecimientos de sus propios tiempos.

(46) Consúltese el libro 4.º de la Historia de la órden de Malta por el abate Vertot. Aquel ameno escritor pone de manifiesto su ignorancia suponiendo que Otoman siendo un piratilla de los cerros de Bitinia podia sitiar á Rodas por mar y tierra.

(47) Nicéforo Gregoras se esplaya complacidamente en este personaje halagüeño (l. 3. XII. 7. XIII. 4. 10. XIV. 1. 9. XVI. 6.). Habla Cantacuzeno con aprecio y decoro de su aliado (l. c. 56. etc. mas parece que está desconociendo su afecto entrañable al Turco, negando indirecta-

mente la posibilidad de amistad allá tan impropia (l. IV. c. 43.).

(48) Tras la conquista de Esmirna por los Latinos, encargó el papa su resguardo á los caballeros de Rodas (Véase á Vertot, l. V.).

(49) Véase á Cantacuzeno l. III. c. 95. Nicéforo Gregoras, quien, por la luz del monte Tabor tizna al emperador con los apodos de tirano y Herodes, disculpa, mas bien que vitupera el enlace turco, y alega la pasion y el poderío de Orchan, εγγυτατος. και τη δυναμει τους κατ' αυτον ηδη Περσικους (*Turkish*) υπεραιρων Σατραπας (l. XV. 5.). Despues decanta su reino y sus ejércitos. Véase su reinado en Cantemiro, p. 24—30.

(50) Se hallará el cuadro mas espresivo de aquel cautiverio en la historia de Ducas (c. 8.) quien rasguea lo mismo que Cantacuzeno confiesa con un rubor criminal.

(51) En este trance y las primeras conquistas en Europa, Cantemiro (p. 27. etc.) de un concepto harto ruín de los guias turcos; ni quedo tampoco satisfecho con Chalcondyle (l. I. p. 12., etc.) Se olvidan de acudir á la fuente mas auténtica que es Cantacuzeno. l. IV., y aun echo menos los últimos libros que yacen todavía manuscritos de Nicéforo Gregoras.*

(52) Tras la conclusion de Cantacuzeno y Gregoras, se desploma la lobreguez de cien años. Jorge Franza, Miguel Ducas y Laonico Chalcondyle, los tres vinieron á escribir despues de la toma de Constantinopla.

(53) Véase Cantemiro con su estensa y curiosa anotacion.

(54) En la lengua turca rostro blanco ó negro vienen á ser espresiones proverbiales de alabanza ó vituperio. Hic *niger est*, hunc, tu Romane, caveto, era igualmente una sentencia latina.

(r) Refiere Ducas aquel paso como arranque devoto y propio de un Servio noble, que intentaba desertar, y traspasó á Amurates en una conferencia que habia pedido. El traductor italiano de Ducas, publicado por Bekker, en la nueva edicion de los Bizantinos, ha estremado mas la novela. Véase igualmente en Von Hammer (Osmanische Geschichte, vol. I. p. 138) la conseja popular en Servia, asemejada á la de Ducas, y pue-

(*) Disculpa Von Hammer el silencio con que los historiadores Turcos pásan de largo las primeras relaciones que tuvieron los Otomanos con el continente de Europa, de las cuales va contando hasta diez y seis, y si se desentiende allá de estas voces pacíficas, con que no se granjeaban conquista alguna, ni lograron afianzarse en punto alguno del territorio bizantino. En cuanto á la primera relacion de Soliman sobre su primera tentativa, dice: «Como la prosa histórica todavía no llegaba á prevalecer sobre la poesía de las tradiciones.» Descargo que no cabe admitir como satisfactorio, en un historiador de la Decadencia y Ruina. etc. — M. (En la revista Inimene. vol. XLIX. p. 293.).

de haber dado orígen á la del traductor italiano. La relacion turca concuerda mas con Gibbon; pero el Servio (Milosch Kobilovisch) mientras yacia entre un cúmulo de muertos, aparentó tener que comunicar un secreto á Amurates, y lo insultó el bajarse para oirle.

(55) Véase la vida y muerte de Morad, ó Amurates I. en Cantemiro (p. 33—45.), el primer libro de Chalcondyle, y los Annales Turcici de Leunclavio. Segun otras noticias, un Croato asesinó á Amurates en su tienda, y Rusbequio (Epist. I. p. 98.) alega esta particularidad como disculpa por la cautela indecorosa de maniatar hasta cierto punto á un embajador entre dos sirvientes, al introducirlo á la presencia imperial.

(56) El reinado de Bayaceto I. ó Ilderim Bayacid, se contiene en Cantemiro (p. 46.) en el II libro de Chalcondyle, en los Anales Turcos. El sobrenombre de Ilderim, ó rayo, sirve de ejemplo en punto á que los conquistadores y poetas de todos tiempos han abrigado el concepto *ciertísimo* de que la sublimidad se cifra en un arranque de terror.

(57) Cantemiro, que levanta las victorias del jeneral Stephen sobre los Turcos (p. 47.) habia compuesto el estado antiguo y moderno de su principado de Moldavía, que se ha estado, tiempo hace, prometiendo, y no acaba de salir á luz.

(58) Leunclav. Annal. Turcici, p. 318, 319. La venalidad de los Cadhis ha dado siempre campo al escándalo y á la sátira; y si maliciamos las embusterías de todo viajero, atengámonos á los disparos de los mismos Turcos (d'Herbelot, Bibliot. Orient. p. 216. etc.).

(59) El hecho atestiguado en la historia arábiga de Ben Schounah, siríaco allá contemporáneo (de Guignes, Hist. des Huns, tom IV. p. 336.) vuelca el testimonio de Saad Effendi y Cantemiro (p. 14. 15.) de la eleccion de Otoman al encumbramiento del sultan.

(60) Véanse los Decades Rerum Hungaricarum (Dec. III. l. II. p. 379) y Bonfinio, un Italiano, á quien brindaron en el siglo XV con el cargo de componer en Hungría una historia elocuente de aquel país. Pero aun cuando subsista y esté á la mano le antepusiera yo alguna crónica nacional de aquel tiempo.

(61) No me quejara del afan de mi obra, si pudiese acudir por materiales á libros como la crónica de Froissard el pundonoroso (vol. IV. c. 67. etc.) quien leia poco, indagaba mucho y lo creia todo. Las Memorias orijinales del mariscal Coucicault (Partie I. c. 22—28.) añade algunos hechos, pero escasos y descarnados, cotejados con la jeneralidad amena de Froissard.

(62) Memoria esmerada sobre la vida de Enguerrando VII., Señor de Coucy, ha salido á luz por el baron de Zurlauben (Hist. de la Acad. des Inscriptions, tom. XXX.). Su jerarquía y sus estados eran por igual con-

siderables en Francia y en Inglaterra, y en 1375, acaudilló un ejército de aventureros á Suiza, para recobrar un patrimonio grandioso que estaba reclamando, por derecho de su madre ó abuela, hija cara del emperador Alberto I. de Austria (Sinner, viaje á la Suiza Occidental, tom. I. p. 118—127.).

(63) El garbo militar, en el dia de tanta suposicion, descollaba todavía mas cuando estaba dividido entre dos personajes. (Daniel, Hist. de la Milicia Francesa tom. II. p. 5.) uno de ellos, el mariscal de Cruzada, fue el afamado Boucicault, quien estuvo despues defendiendo á Constantinopla, gobernó á Génova, invadió la costa de Asia, y feneció en los campos de Azincour.

(*s*) Daru, Hist. de Venice, vol. II. p. 104. supone el total del ejército francés de 10.000 hombres, los 1.000 caballeros. El tomo curioso de Shiltberger, un aleman de Munich, que cayó prisionero en la batalla (edit. de Munich 1813) y que Von Hammer conceptua auténtico da el número positivo de 6.000. Véase Schiltberger, Reise in dem Orient. y Von Hammer, note p. 610. — M.

(*t*) Segun Schibterger, no fueron mas que doce señores franceses, concedidos á instancias del duque de Borgoña, y Herr Stephan Synther y Juan von Bodem. Schiltberger, p. 13.—M.

(64) Sobre este hecho odioso, cita el abate Vertot la historia anónima de San Dionisio, lib. XVI. c. 10. 15.). Orden de Malta, tom. II. p. 310.).

(*u*) Véase la relacion espresiva de Schiltberger sobre aquella matanza. Lo llevaban para degollarlo á sangre fria con los demás Cristianos prisioneros, hasta 10.000 pero intercedió el hijo de Bayaceto y quedó salvo, con algun otro en consideracion de su mocedad, pues no mataron á quien no tenia menos de veinte años. Tuvo el «duque de Borgoña» que presenciar aquella carnicería, que duró desde muy por la madrugada hasta las cuatro de la tarde P. M., cuando tan solo por las plegarias de los caudillos del ejército de Bayaceto. Schiltberger, p. 14. —M.

(65) Scherefeddin Alí (Hist. de Tamer. l. V, c. 13.) concede á Bayaceto el número cabal de 1200 empleados y monteros para su cacería. Parte de sus despojos se colgaron honestamente despuse en una gran cacería de competencia por Tamerlan: 1.° perros con jarces de raso. 2.° Leopardos con collares cruzados de perlas. 3.° Galgos griegos, y 4.° perros de Europa, tan poderosos como leones africanos (el mismo l. VI. c. 15.), Era Bayaceto aficionadísimo á cazar grullas con sus halcones. (Chlalcondyle, l. II. p. 35.).

(66) En cuanto á los reinados de Juan Paleólogo y su hijo Manuel desde 1354 hasta 1402, véase á Ducas, c. 9—15. Franza, l. I. c. 16—

21, y los libros 1.º y 2.º de Chalcondyle, cuyo asunto principal está anegado en un mar de episodios.

(67) Cantemiro, p. 50—58. De los Griegos, tan solo Ducas (c. 13. 15.) reconoce al Cadhi Turco en Constantinopla. Pero hasta el mismo Ducas viene á callar la mezquita.

(68) Memoires du bon Mesiere Jean le Maigre, dit Boucicault, Marechal de France, partie I. c. 30. 35.

CAPITULO LXV.

Ensalzamiento de Timour ó Tamerlan al sólio de Samarcanda. — Sus conquistas en Persia, Jeorjia, Tartaria, Rusia, India, Siria y Natolia. — Su guerra turca. — Derrota y cautiverio de Bayaceto — Muerte de Tamerlan. — Guerra cívil entre los hijos de Bayaceto. — Restablecimiento de la monarquía turca por Mahometo I. — Sitio de Constantinopla por Amurates II.

Avasallar el orbe todo es desde luego el ansioso intento de Tamerlan, para granjearse despues la memoria y el aprecio honorífico de las edades venideras. Se van apuntando esmeradamente en las secretarías el diario de todos los pormenores civiles y militares (1); revistándolos auténticamente los sujetos mas enterados de cada particularidad, creyéndose en el imperio y en la familia de Tamerlan, que el monarca mismo fue quien compuso los *Comentarios* (2) de su vida, y las *Instituciones* (3) de su gobierno (4). Infructuoso vino á ser tan sumo ahinco para la conservacion de su nombradía, y aquella preciosidad en los idiomas mogol ó persa yacieron ocultas para el mundo, ú por lo menos, para el conocimieto de Europa; las naciones vencidas usaron ruín y desaforada venganza, y la ignorancia ha estado allá repitiendo las hablillas de la calumnia (5), empeñada en desfigurar el nacimiento, índole, persona y nombre de *Tamerlan* (6). Realce se granjearia mas bien que menoscabo el ensalzamiento de un campesino hasta el solio del Asia, ni cabe tildarle u cojera, á no ser que padeciese la flaqueza de sonrojarse por una lisiadura natural, ó acaso muy honorífica (*a*).

Para el concepto de los Mogoles vinculados en la alcurnia de Jenjis, era por supuesto un rebelde; mas correspondia á la tribu hidalga de Berlas, pues su quinto abuelo Carashar Nervian habia sido visir de Za-

gatai (*b*), en su nuevo reino de Transoxiana, y en el entronque de algunas generaciones, se enlaza la rama de Timor, á lo menos por hembras (7) con la cepa imperial (8). Nació á mas de doce leguas al Sur de Samarcanda en la aldea de Sebzar, por el territorio ameno de Cash, cuyos caudillos hereditarios eran sus padres, como tambien de un cuerpo de diez mil caballos (9). Nace (10) en una de aquellas temporadas de anarquía en que están al caer las disnatías asiáticas y franquean campo anchuroso á la osadía ambiciosa. Extinguidos los khanes de Zagatai, aspiran los emires á la independencia, y sus enconos caseros tan solo se embotan con la conquista y tiranía de los khanes de Kashgar, quienes con una hueste de Jetas ó Calmukos (11) invaden el reino Transoxiano. A los doce años entra en campaña (A. D. 1361 — 1370), y á los veinte y cinco (*c*) campea como libertador de su patria, y el pueblo todo clava la vista en un héroe que se desvive por su causa. Cifraron los prohombres, letrados y militares su salvamento en sostenerlo á todo trance; mas llega ya el peligro y enmudecen despavoridos, y despues de estarlos esperando siete dias por los cerros de Samarcanda, tiene que engolfarse por el desierto con tan solos sesenta ginetes. Se estrechan mil Jetas al alcance; pero se revuelve y los rechaza con tan ejemplar escarmiento que prorumpen: « Asombroso varon es Tamerlan; la fortuna y el favor divino le acompañan. » Pero en aquella refriega sangrientísima vienen á quedar en diez sus secuaces, de los cuales se le desiertan todavía tres Carizmios (*d*). Vaga por los yermos con su mujer, siete compañeros y cuatro caballos; pasa luego dos meses empozado en una mazmorra hedionda, y se liberta con su denuedo y el remordimiento de su opresor. Atraviesa á nado el rio anchuroso y rapidísimo de Jihoon ú Oxó, trae por meses una vida errante y acosada, por los confines de los estados contiguos; pero descuella mas y mas su nombradía con tantísima adversidad, se va desengañando en el conocimiento de amigos y parciales entrañables, para luego emplearlos con ventaja propia y ajena. Regresa á su patria y se le agolpan ya partidas de confederados, que anduvieron ansiosamente tras él por el desierto, y no puedo menos de retratar con su sencillez afectuosa uno de sus encuentros venturosos. Se presenta por guia á tres caudillos que capitenean setenta jinetes. « Al clavarme los ojos, dice Timur, estaban rebosando de gozo; se apean, se acercan, y se me arrodillan, y hasta me besan el estribo; entonces me apeo tambien y les voy abrazando á todos. Encasqueto luego mi turbante al primer caudillo; ciño al segundo con mi ceñidor cuajado de oro y perlas, y cubro al tercero con mi manto: lloran y lloro; llega la hora de la plegaria y rezamos. Montamos y venimos á mi albergue; convoco mi gente y les doy un banquete. » Entonces los prohombres de todas las tribus refuerzan su tropa leal, los acaudilla contra un enemigo superior,

y despues de algunos vaivenes militares, despeja el reino de la Transoxiana de sus Jetas. Esclarecidos son sus afanes, mas faltan otros todavía, y tiene que valerse de artificios y derramar alguna sangre para afianzar la obediencia de sus iguales. El nacimiento y poderío del visir Husein le precisan á alternar con un compañero vicioso y desproporcionado, cuya hermana era la predilecta de sus mujeres. Breve y zelosa es su alianza; pero la maña de Tamerlan en sus repetidas reyertas hace recaer el baldon de injusticia y alevosía en su competidor, y tras derrota rematada, queda muerto Husein por amigos sagaces que se arrojan por última vez á desobedecer las órdenes de su señor (*e*). A los treinta y cuatro años (12) y en la asamblea de los *curultais*, lo revisten con la corona *imperial*, mas aparenta reverenciar la alcurnia de Zenjis, y mientras el emir Timur está reinando en el Zagatai y en el Oriente (A. D. 1370 abr.) un khan nominal está guerreando de oficial subalterno en los ejércitos de su sirviente. Un reino fertilísimo de cerca de doscientas leguas de largo y de ancho podia saciar la ambicion de un súbdito; pero Tamerlan aspira al gobierno del orbe, y antes de su fallecimiento la corona de Zagatai es una de las veinte y siete que habia colocado en sus sienes. Sin esplayarme por las victorias de treinta y cinco campañas; sin seguir el rumbo de sus marchas y contramarchas con que fue repetidamente atravesando el continente de Asia, voy á delinear compendiosamente sus conquistas por I. Persia, II. Tartaria, y III. India (13) para luego pasar al pormenor mas interesante de la guerra.

I. La jurisprudencia de un conquistador tiene siempre á la mano motivos de salvamento, venganza, pundonor, derecho ú conveniencia para sus guerras. Al incorporar Tamerlan con su patrimonio de Zagatai las dependencias de Carizme y Candahar, clava ya la vista en los reinos de Iran ó Persia. Desde el fallecimiento de Abusaid, postrer heredero del grande Halam, yacia sin soberano lejítimo el dilatado ámbito que media entre el Oxo y del Tigris. Ni paz ni justicia asomaron un punto, en mas de cuarenta años por aquellas comarcas; y así el monarca pudo escuchar como el alarido de un pueblo acosado. Pudieran contrarestarle los tiranillos confederadamente; mas obraron por separado y fracasaron todos, con mas ó menos prontitud ó tenacidad. Besa Ibrahim, príncipe de Shirwan ó Albania, la tarima del sólio imperial; sus ofrendas de sedas, caballos y joyas, se componian, al estilo tártaro, de nueve piezas cada renglon; pero un testigo perspicaz advierte que tan solo son ocho los esclavos: «soy yo mismo el noveno» replica Ibrahim, que estaba prevenido contra aquel reparo, quedando su lisonja premiada con la sonrisa de Tamerlan (14). Shah Mansur ó Almanzor, príncipe de Turs, ó la Persia propia, es uno de sus enemigos mas temibles, aunque de suyo desvalido. En una refriega trabada bajo los muros de Shiraz, con tres ó cuatro mil soldados arrolla

el *cul*, ó cuerpo principal de treinta mil caballos, donde pelea en persona el emperador. No le quedan ya mas que catorce ó quince guardias junto á su pendon; mantiénese inmoble como un peñasco, y recibe en su yelme dos tremendos golpes de cimitarra (15); se rehacen los Mogoles, cae á sus pies la cabeza de Almanzor, y patentiza el sumo aprecio que está haciendo de tanto denuedo, esterminando á todos los varones de su estirpe valerosa. Adelántanse sus tropas desde Shiraz al Golfo Pérsico, y sobresalen la opulencia y la flaqueza de Ormuz (16) con el tributo anual de seiscientas mil monedas de oro. Ya no es Bagdad la ciudad pacífica y el solar de los califas; pero el sucesor ambicioso de Holagu no puede menos de acudir á su conquista mas descollante. Ambos cauces del Tigris y el Eufrates desde sus desembocaduras hasta los manantiales le tributan obediencia; entra en Edesa y castiga luego á los Turcomanos del ganado negro, por el salteamiento sacrílego de una caravana de la Meca. Por las serranías de Jeorjia los Cristianos solariegos siguen contrarestando á la ley y el alfanje de Mahoma; logra con tres espediciones el mérito del *gazis*. ó guerra santa, y el príncipe de Telis se constituye su amigo y alumno.

II. Desagravio justísimo pudiera apellidarse la invasion del Turkestan, ó Tartaria oriental; y aun fuera desdoro para Tamerlan el desafuero de los Jetas; atraviesa el Sihoon y avasalla el reino de Kashgar, marchando hasta siete veces por el corazon de sus ámbitos. Sus recelos mas remotos están á sesenta jornadas, ó cerca de quinientas leguas al nordeste de Samarcanda, y sus emires atravesando, el rio Irtish, dejaron estampado en Siberia un tosquísimo rastro de su tránsito por las selvas. La conquista de Kipzag, ó Tartaria occidental (17) tuvo por móvil el escarmiento de ingratos y el amparo de desvalidos. Agasaja en su corte al príncipe fujitivo Toctamish; desaira amargamente á los embajadores de Auruss-Khan, y los van siguiendo las huestes de Zagatai, para luego plantear victoriosamente á Loctamish en el imperio septentrional del Mogol. Pero tras diez años de reinado olvida el nuevo khan la pujanza de su bienhechor, como ruin usurpador de los derechos de la alcurnia de Zenjis. Entra en Persia por las puertas de Derbend capitaneando noventa mil caballos; luego con las fuerzas innumerables de Kipzag, Bulgaria, Circasia y Rusia, pasa el Sihoon, abrasa los palacios de Tamerlan, y le precisa en el rigor del invierno á pelear por Samarcanda y por su vida (A. 1390 — 1396). Tras blanda reconvencion y victoria esclarecida, acude el emperador á la venganza; por el oriente y el ocaso del Caspio y del Volga, invade por dos veces el Kipzag con fuerzas tan exorbitantes, que cojen de frente mas de cuatro leguas. En una marcha de cinco meses por maravilla asoma rastro humano, y suelen cifrar en la caza su escasísima subsistencia. Se arrostran por fin las huestes; pero la traicion del alférez

mayor, que en lo recio del trance vuelca el estandarte imperial de Kipzag, afianza la victoria á los Zagatais, y Tostamish (hablo en términos de las Instituciones) aventa la tribu de Tusbi por el soplo de la asolacion (18). Huye al duque cristiano de Lituania, revuelve luego sobre las orillas del Volga, y tras quince refriegas con un competidor casero fenece por fin por los yermos de Siberia. El alcance de un enemigo fujitivo trae á Tamerlan sobre las provincias tributarias de Rusia; coje entre los escombros de su capital á un duque de la familia reinante; y allá los orientales, engreidos é ignorantes, equivocan quizás Yeletz con la verdadera metrópoli de la nacion. Tiembla Moscow al asomo del Tártaro, y endeble fuera su resistencia, puesto que cifran sus esperanzas en la imájen milagrosa de su Vírjen, á cuyo amparo atribuyen la retirada casual y voluntaria del conquistador. Encaminando la ambicion y la cordura al Mediodía, el país yace asolado y exhausto, y la soldadesca mogola se enriquece con un despojo de esquisitas pieles, lienzos de Antioquía (19) y barras de oro y plata (20). Recibe en las márjenes del Dan ó Tanais una diputacion rendida de los cónsules y traficantes de Ejipto (21), Venecia, Jénova, Cataluña y Vizcaya, que estan poseyendo el comercio y la ciudad de Tana, ó Asof, á la boca del rio. Le tributan dones, acatan su magnificencia y se confian en su palabra real; pero la visita pacífica de un emir escudriñador de sus almacenes y su bahía, tiene por resultas la presencia asoladora de Tártaros, quienes reducen la ciudad á cenizas, saquean y arrojan á los Musulmanes, y cuantos Cristianos tardan en acojerse á sus naves padecen muerte ó servidumbre. (22). Quema tambien, á impulsos de su venganza, las ciudades de Serai y de Astracan, monumentos de una civilizacion en auje, y su vanagloria pregona que se engolfó por la rejion del dia perpetuo, fenómeno estrañísimo, que autoriza á los doctores mahometanos para eximirse del rezo de la tarde (23).

III. Al proponer Tamerlan á los príncipes y emires la invasion de la India ó Indostan (A. D. 1398, 1399) oye un susurro desapacible: «rios, cumbres, yermos; soldados vestidos de hierro, y elefantes matadores de jente!» Pero es mas tremendo el desagrado del emperador que todos aquellos abortos, y sus alcances sobresalientes se hacen cargo de que empressa al parecer tan pavorosa es obvia y espedita en su ejecucion. Sus espías le tienen enterado de la flaqueza y anarquía del Indostan; los subahes de las provincias están tremolando sus estandartes rebeldes, y hasta en el harem del mismo Debli miran con menosprecio la niñez perpetua del sultan Mahmud. Muévese la hueste Mogola en tres divisiones grandiosas, y Tamerlan advierte ufanísimo, que los noventa y dos escuadrones de á mil caballos cuadran por dicha con los otros tantos nombres ó adjetivos del profeta Mahoma (*f*). Entre el Sihoon y el Indo atraviesan una cordillera que los jeógrafos árabes apellidan el ceñidor berroqueño de la tierra. Sub-

yuya y estermina á los salteadores montañeses ; mas fenecen muchísimos hombres y caballos en la nieve ; descuelgan al emperador en un andamio portátil, cuyas cuerdas tienen mas de cien varas de largo, y hay que repetir hasta cinco veces artimaña tan espuesta antes de llegar al suelo. Atraviesa el Indo por el tránsito sabido de Atiok, y va siguiendo mas y mas las huellas de Alejandro, cruza el *Puntab*, ó cinco rios (25) que desaguan en el cauce principal. Desde Astok á Delhi la carretera mide como doscientas leguas, pero ambos conquistadores se igualan en torcer sobre el sudeste, por cuanto Tamerlan acude á incorporarse con su nieto, que redondeó ya de su órden la conquista del Multan. A la orilla oriental del Hífasis, asomado al desierto el héroe macedonio se para y llora ; el Mogol se engolfa en el desierto, allana la fortaleza de Batmir, y se presenta con sus armas ante las puertas de Delhi, ciudad grandísima que floreció por tres siglos bajo el señorío de los reyes mahometanos. (*g*). Dilatárase el sitio en gran manera, especialmente sobre el castillo, mas logra al fin, aparentando flaqueza, atraer al sultan Mahmud á la llanura con diez mil coraceros, cuarenta mil guardias de infantería, y ciento y veinte elefantes cuyos colmillos, cuentan, que iban armados con dagas agudísimas y envenenadas. Contra tamaños abortos, ó sea contra la aprension de sus tropas, acude á precauciones desusadas de fuego y de un foso, de chuzos clavados y un valladar de escudos, pero llegado el trance se sonrien los Mogoles de sus propias zozobras, y derrotadas aquellas alimañas descomunales, la especie inferior (los hombres de la India) desaparece por toda la campiña. Entra en seguida Tamerlan triunfalmente en la capital del Indostan ; y se enamora, con afan de remedarla luego, de la grandiosidad de la mezquita, pero la órden, el permiso del saqueo jeneral y sangriento mancilla la funcion de su victoria. Se empeña en purificar la soldadesca con la sangre de los idólatras ó Jentiles, quienes sobrepujan todavía en la proporcion de diez á uno el número de los Mahometanos (*h*). Con anhelo tan bravío se adelanta á mas de treinta leguas al nordeste de Delhi, atraviesa el Ganjes, traba repetidas refriegas por agua y tierra, se interna hasta el peñasco afamado de Cupela, una estatua de vaca (*i*), que está *como* desembocando el anchuroso rio, cuyo manantial dista muchísimo por las serranías del Thibet (26). Regresa luego faldeando las cumbres del norte, ni cabe en su rapidísima campaña de un año sincerar le prevision de sus emires, de que sus hijos en clima tan cálido vendrian á bastardear al par de los Indios.

En las mismas orillas del Ganjes se entera Tamerlan, por mensajeros dilijentes, de los disturbios sobrevenidos al confin de Jeorjia y Natolia, de la rebeldía de los Cristianos y de los intentos ambiciosos del sultan Bayaceto. No se menoscaba un ápice su pujanza de cuerpo y alma, á los sesenta y tres años, con tantísimos afanes, y en disfrutando algunos me-

ses de ensanche y desahogo en el palacio de Samarcanda, pregona nueva espedicion de siete años á los países occidentales del Asia (27). Deja á su soldadesca árbitra de permanecer en sus hogares ó seguir á su príncipe; pero manda á la tropa de todas las provincias y reinos de Persia que vayan acudiendo á Ispahan y esperen la llegada del estandarte imperial. Encamínase al punto contra los Cristianos de Jeorjia, que cifran su fortaleza en peñascos, castillos y la estacion del invierno; pero el afan y teson de Tamerlan arrollan todos los obstáculos; los rebeldes se allanan al pago del tributo ú el rezo del alcoran, y si blasonan entrambas relijiones de sus mártires corresponde este dictado con mayor justicia los á Cristianos á quienes dan á escojer entre la abjuracion ó la muerte. Al bajar de las cumbres, da el emperador audiencia á los primeros embajadores de Bayaceto, y entabla ya la correspondencia contrapuesta de quejas y amenazas que sigue fermentando por dos años hasta su explosion terminante. No suelen escasear motivos de contienda entre vecinos celosos y altaneros. Por las cercanías de Esteran y el Eufrates las conquistas mogolas y otomanas estan en contacto, sin que ni tiempo ni tratados llegaran á deslindar sus dudosos confines. Cabe de sobras entre aquellos monarcas ambiciosos en reconvenirse mutuamente de atropellar su territorio, amagar á sus vasallos y amparar á sus rebeldes, bajo cuyo último nombre ambos al par entienden los príncipes fujitivos, cuyos reinos han usurpado, y cuya vida y libertad estan implacablemente acosando. Mas azarosa es todavía su semejanza en índole que la contraposicion en intereses, y Tamerlan en su rumbo victorioso se impacienta de competidores, y Bayaceto desconoce ínfulas de superioridad. La primera carta (28) del emperador mogol fomenta la desavenencia en vez de zanjarla, provocando con menosprecio á la familia de Bayaceto y á la nacion entera (29). «¿Ignoras por ventura que el Asia casi toda yace ante nuestras armas y leyes? ¿que nuestras fuerzas invictas se esplayan de mar á mar? ¿que los potentados de la tierra se asoman en línea á nuestros umbrales? ¿y que tenemos aherrojada á la misma fortuna para que cele y atalaye la prosperidad de nuestro imperio? ¿En que puedes fundar tu delirante desacato? Has trabado tal cual refriega por los bosques de Natolia ¡trofeillos baladíes! alcanzaste alguna victoria contra los Cristianos de Europa; el apóstol de Dios bendijo tu alfanje, y tu obediencia al mandato del Alcoran en guerrear contra infieles, viene á ser el único miramiento que nos retrae de asolar tu país, frontera y antemural del mundo mahometano. Ve de ser cuerdo á tiempo, de recapacitar y arrepentirte, y sortea así el rayo de nuestra venganza que está todavía pendiente sobre tu cabeza. Hormiga eres ¿á qué pues andas provocando á elefantes? ¡Ay de tí que te van á estrellar bajo sus plantas!» Dispara Bayaceto en su contestacion el raudal de la ira en que hierve su pecho malherido con tan sumo menosprecio. Tras de devolverle sus torpes baldones de re-

belde y salteador de los desiertos, va el Otomano encareciendo pomposamente sus victorias en Iran, Duran y las Indias, y luego se empeña en probar que Tamerlan jamás venció sino por sus alevosías y los achaques de sus enemigos. «Innumerables son tus huestes; séanlo desde luego, pero ¿qué suponen los flechazos de tus Tártaros asombradizos contra las cimitarras y mazas de mis Jenízaros invictos? Apadrino á los príncipes que me buscaron, y se pasean por mis reales. Mias son las ciudades de Arzingan y Erzerun, y en no aprontándome puntualmente el tributo, voy á pedir mis atrasos bajo los muros de Tauris y de Sultania.» El desfogue de su saña desenfrenada lo hace prorumpir en otro desacato de jaez mas íntimo.» Si llego á huir de tus armas» dice «así *mis* mujeres se divorcien hasta tres veces de mi lecho; pero si no tienes aliento para arrostrarme en el campo, así tengas que recibir *tus* mujeres, despues de gozarlas algun estraño hasta tres veces (50).» El profanar de palabra ú obra los azares del serrallo, es agravio irremisible entre las naciones turcas (51) y la contienda política de aquellos monarcas se enconó hasta lo sumo con la ojeriza privada y personal que se profesaban. En su primera espedicion se ciñe Tamerlan al sitio y esterminio de Siwer ó Sebaste, ciudad fuertísima al confin de Natolia, desagraviándose de los improperios del Otomano contra la guarnicion de cuatro mil Armenios, enterrados vivos por el cabal desempeño de su obligacion (*j*). Aparenta como Musulman acatar el afan relijiosísimo de Bayaceto que está bloqueando á Constantinopla, y tras leccion tan benéfica, el conquistador mogol enfrena sus ímpetus, y se ladea para invadir la Siria y el Ejipto. (A. D. 1400) y en el ámbito de aquellos acontecimientos, los orientales, y aun Tamerlan, apellidaban al príncipe Otomano el *kaisar de Rum*, el César de los Romanos, dictado que con breve anticipacion podia tributarse á un monarca poseedor de las provincias y amenazador de la ciudad de los sucesores de Constantino (52).

Sígue reinando en Siria y el Ejipto la república militar de los Mamelucos; pero los Circasianos derriban la dinastía turca (53) y su predilecto Barkok, de esclavo y prisionero se ve ensalzado al sólio; pues en medio de rebeldías y discordias, arrostra las amenazas, se corresponde con los enemigos y detiene los embajadores de todo un emperador mogol, quien está ansiando su fallecimiento para vengar las demasías del padre en el reinado exánime de su hijo Faraje. Júntanse los emires Siríacos (54) en Alepo para rechazar la invasion, muy confiados en la nombradía y disciplina de los Mamelucos, en el temple de sus alfanjes y lanzas de acero finísimo de Damasco, en la fortaleza de sus ciudades muradas y en la popularidad de sesenta mil aldeas, y en vez de sostener sitios, abren de par en par sus puertas y se escuadronan en la llanura. Mas carecen sus fuerzas de pundonor y enlace, y hay emires poderosos que se dejan cohe-

char y desamparan á sus leales compañeros. Escuda Tamerlan su frente con una línea de elefantes indios, cuyas torrecillas estan cuajadas de flecheros y de fuegos griegos; las evoluciones rapidísimas de la caballería completan el desaliento y el trastorno; la muchedumbre siríaca ceja y se arremolina toda; miles y miles se agolpan, se estrechan y fenecen á la entrada de la calle mayor, á donde se abocan los Mogoles revueltos con los fujitivos, y tras corta resistencia aquella inespugnable ciudadela de Alepo se rinde por traicion ó cobardía. Entresaca Tamerlan de los cautivos suplicantes á los letrados, á quienes convida el agasajo azaroso de un conferencia personal (35). El príncipe mogol es un musulman zelosísimo, pero las escuelas persas le tenian impuesto en reverenciar la memoria de Alí y de Hosein, y se halla preocupadísimo contra los Siríacos, como enemigos del hijo y la hija del Apóstol de Dios. Propone á los doctores, por via de tranquilla, una cuestion peliaguda é insoluble para los casuistas de Bochara, Samarcanda y Herat. «¿Quiénes son los verdaderos mártires, los difuntos por mi parte ó por la del enemigo?» Pero lo acalla ó satisface la maestría de un cadi de Alepo, quien replica con las palabras de Mahoma, que el motivo y no la insignia constituye los atributos de mártir, y cuantos Musulmanes de ambos partidos pelean únicamente por la gloria de Dios se hacen acreedores á tan sagrado timbre. La verdadera sucesion de los califas es controversia de jaez todavía mas vidrioso, y el desahogo de un doctor pundonoroso para tamaña situacion hace prorumpir al emperador: « Eres tan fementido como los de Damasco; fué Mowiyah un usurpador, Yezid un tirano, y tan solo Alí es el sucesor lejítimo del Profeta.» Mediaron esplicaciones atinadas y amainó su ira, torciendo luego con familiaridad el rumbo de la conversacion, para decir al cadi: «¿Qué edad tienes?—Cincuenta años. — Esa seria la edad de mi primojénito, siendo yo aquí un mortal cuitado, cojo y caduco; y sin embargo ha tenido á bien el Altísimo sujuzgar por mi brazo los reinos de Iran, de Turan y las Indias. No soy sangriento, y pongo á Dios por testigo de que nunca en mis guerras fuí agresor, de que siempre mis enemigos han sido los causadores de sus propios fracasos.» En medio de conversacion tan apacible, corre la sangre á rios por las calles de Alepo, resonando mas y mas el alarido de madres, niñas, y doncellas atropelladas. El despojo riquísimo puesto á merced de la soldadesca pudo halagar su codicia. Pero se estremó su crueldad en cumplimiento de la órden terminante para aprontarle el número proporcionado de cabezas que han de formar las columnas y pirámides en que esmeradamente las va colocando; y luego los Mogoles pasan la noche en algazara triunfal, mientras los Musulmanes restantes de la matanza yacen aherrojados sollozando. No iré siguiendo la marcha del asolador desde Alepo hasta Damasco, donde le embiste y casi le arrolla reciamente la hueste de Ejipto. Ceja desespe-

rado en aquel conflicto; se pasa uno de sus sobrinos al enemigo, y se está ya vitoreando su descalabro por toda la Siria, cuando se rebelan los Mamelucos contra el sultan, quien tiene que huir arrebatada y bochornosamente á su palacio del Cairo. En aquel desamparo, defiende el vecindario de Damasco sus muros. Se aviene Tamerlan á levantar el sitio, cohonestándole la retirada con un presente ó rescate, siendo cada renglon de nueve piezas. Mas apenas entra en la ciudad, socolor de tregua, quebranta alevosamente el convenio, impone una contribucion de diez millones de oro (A. D. 1401, ener. 25), y enardece á sus soldados para que castiguen á aquellos Siríacos, ejecutores ú aprobantes de la muerte del nieto de Mahoma. Tan solo se reservan la alcurnia que habia enterrado honoríficamente la cabeza de Hosein, y una colonia de artistas enviada á trabajar en Samarcanda, y el degüello es jeneral para los demás; y así tras el ámbito de siete siglos, yace Damasco en cenizas, porque un Tártaro, á impulsos de su relijiosidad, quiere vengar la sangre de un Arabe. Los afanes y quebrantos de la campiña le precisan á desentenderse de Palestina y el Ejipto; pero al regresar hácia el Eufrates, entrega Alepo á las llamas, y trata de sincerar su afan relijioso con el indulto y galardon de dos mil secuaces de Ali, ansiosos de visitar el túmulo de su hijo. He venido á esplayarme en los lances personales que retratan al vivo la índole del campeon mogol, pero mencionaré de paso (36) que levantó sobre los escombros de Bagdad una columna de noventa mil cabezas, visitó de nuevo la Jeorjia, plantó sus reales á las orillas del Araxes, y pregonó su intento de marchar contra el emperador Otomano. Hecho cargo de la suma entidad de aquella guerra, va con todo ahinco agolpando fuerzas de donde quiera, y hasta ochocientos mil hombres vienen á resultar en el padron de su hueste (37); pero los mandos altisonantes de cinco á diez mil caballos, son en suma la jerarquía y sueldo de los caudillos, y no el número efectivo de sus soldados (38). Riquezas inmensas habian los Mogoles adquirido en el saqueo de la Siria, pero la entrega de su paga y atrasos de siete años los afianza aferradamente en el estandarte imperial.

Embargadas las armas mogolas allá por dos años, cabe á Bayaceto competente desahogo para ir agolpando sus fuerzas al memorable contraresto. Ascienden á cuatrocientos mil hombres entre infantería y caballería (39), cuyo mérito y lealtad varian infinito. Descuellan los Jenízaros, que con repetidos aumentos llegan á la planta crecida de cuarenta mil hombres; una caballería nacional como los sipahis modernos; veinte mil coraceros europeos, encajonados en sus armaduras negras é impenetrables; las tropas de Natolia, cuyos príncipes se habian guarecido en los reales de Tamerlan, y una colonia de Tártaros, sacada de Kipzag y planteada por Bayaceto en las llanuras de Andrinópolis. Campea el sultan sin

zozobra y sale al encuentro á su enemigo, escojiendo como para palenque de su venganza, el solar contiguo á los escombros de la desventurada Suvas, y desplegando á miles sus banderas. Acude Tamerlan desde el Araxes por los países de Armenia y Natolia ; cauteloso es siempre su denuedo y entonada y sabia su dilijencia ; adelántanse á diestro y siniestro las guerrillas, y despejando bosques, malezas, serranías y tránsitos de rios, le habilitan el camino y encabezan su estandarte. Aferrado en su intento de pelear en el corazon del reino Otomano, le sortea su campamento, se inclina acertadamente á su izquierda ; ocupa á Cesarea, atraviesa el desierto salado y el rio Halys, y se asoma sobre Angora; mientras el sultan inmoble y sin hacerse cargo de su sitio, está parangonando la velocidad del Tártaro con el rastro de un caracol (40). Regresa, en alas de su ira, al auxilio de Angora; y como uno y otro caudillo estan al par ansiando la refriega, el éjido de aquella ciudad es el teatro de una batalla memorable, que inmortalizó la gloria de Tamerlan y el baldon de Bayaceto. El emperador mogol debió la victoria á sí mismo, á su desempeño en el trance, y á la disciplina de treinta años, pues habia estado sin cesar perfeccionando la táctica sin quebrantar las costumbres de su nacion (41), cuya preponderancía se cifraba en las arrojadizas, y en las evoluciones rapidísimas de su crecida caballería. Idéntico era el sistema de arranques y jiros desde el infimo trocillo hasta el ejército entero. Disparábase al avance una línea de guerrillas, sostenida por los escuadrones de la vanguardia grande. Oteaba el jeneral todos los puntos, y así movia desde luego frente, retaguardia, derecha ó izquierda, en varias divisiones y en rumbo directo ú oblicuo, estrechando siempre al enemigo con diez y ocho ú veinte ataques, y alguno le habia de acarrear la victoria. Si se malograban todos, entonces el trance correspondia al emperador en persona, (42), capitaneando el cuerpo principal con su estandarte. Pero en la batalla de Angora acude á sostener este mismo cuerpo con los escuadrones selectos de la reserva, mandados por sus hijos y nietos. Ostenta además una línea de elefantes, trofeos mas bien que instrumentos de victoria : usan unos y otros el fuego griego, pero si tomaran ya de Europa la pólvora y la artillería recien inventada, el rayo artificial en manos de su poseedor afianzara el éxito de la lid (43). Desempeña Bayaceto en aquel dia los atributos de caudillo y de soldado ; pero descuella mas el competidor y lo arrolla, y luego con varios tropiezos le desayudan sus mejores tropas en lo recio del trance. Sus rigores y su codicia (*l*) habian ocasionado un alboroto entre los Turcos, y hasta su hijo Soliman se desvia anticipadamente de la lucha. Las tropas de Natolia, leales en su rebeldía acuden á sus príncipes lejítimos. Cartas y emisarios de Tamerlan tienen ya conmovidos á los aliados Tártaros (44), afeándoles su torpe servidumbre bajo los esclavos de sus padres, y brindándoles con el señorío de la

nueva patria con la libertad de la antigua. Embisten por el ala derecha de Bayaceto los coraceros con pechos denodados y armas incontrastables; pero se quiebra su mole de hierro con una huida artificiosa y su alcance disparado, y los cazadores mogoles acorralan á los Jenízaros desamparados sin caballería y sin arrojadizas. Calor, sed y preponderancia en el número los acosan de remate, y un caballo velocísimo está arrebatando á Bayaceto doliente de la gota en pies y manos. Lo estrecha y alcanza el titulado Khan de Zagatai, quien tras aquella presa y el descalabro del poderío Otomano, avasalla la Natolia, enarbola su estandarte en Kiotabia, derramando á diestro y siniestro ejecutores de robo y esterminio. Mirza Mehemet Sultan, el primojénito y predilecto de sus nietos, corre á Bursa con treinta mil caballos, y es tan estremado su ímpetu juvenil, que llega con solos cuatro mil á las puertas de la capital, ejecutando en cinco dias una marcha de mas de ochenta leguas. Pero es todavía mas veloz el miedo en su escape, y Soliman, hijo de Bayaceto, ha transitado ya á Europa con su tesoro. Inmenso es no obstante el despojo del palaciego de la capital; el vecindario se salva, pero el caserío, por lo mas de madera, queda en cenizas. Desde Bursa, el nieto de Tamerlan se adelanta á Niza, ciudad tambien floreciente, y las aguas de la Propóntida son el único antemural contra los escuadrones mogoles. Los demás mirzas y emires son igualmente venturosos en sus correrías, y Esmirna, defendida con el ahinco denodado de los caballeros de Rodas, se hace únicamente acreedora á la presencia del emperador. Se resiste porfiadamente la plaza; mas al fin la toman por asalto, degüellan hasta el ínfimo viviente, y disparan con sus artimañas las cabezas de los héroes cristianos hasta dos carracas, ó grandes naves europeas ancladas en la bahía. Regocíjanse los Musulmanes asiáticos por su rescate de manos de un enemigo azaroso y casero, entablando entre Tamerlan que allana en catorce dias una misma fortaleza y Bayaceto que emplea siete años de sitio ó de bloqueo para el mismo intento (45).

Aquella *jaula* de hierro donde Tamerlan iba llevando como de feria en feria á Bayaceto, la misma tan citada y repetida por via de moralidad, se conceptua ya de patraña entre los modernos, quienes se sonrien de vulgaridad tan despreciable (46). Acuden confiadamente á la historia persa de Shereffeddin Alí, que ha favorecido á nuestra curiosidad en su version francesa, de la cual voy á entresacar compendiosamente un pormenor mas vistoso de aquel memorable acaecimiento. Sabedor Tamerlan de que Bayaceto cautivo se halla al umbral de su tienda, se adelanta graciablemente á recibirlo, le sienta á su lado, y alterna con tal cual reconvencion fundada una conmiseracion halagüeña por su jerarquía y su desventura. «¡Ay mil veces» prorumpe el emperador «el decreto fatal vino á cumplirse por vuestro yerro; esa es la misma tela que habeis tejido y esas

son las espinas de la maleza que habeis sembrado. Quise mil veces conservar y aun asistir al campeon del mahometismo, menospreciasteis nuestros amagos, os desentendisteis de nuestra intimidad, y nos precisasteis á hollar vuestro reino con nuestras huestes invencibles. Este es el resultado. Si vencierais me consta el paradero que me cupiera, al par que á mis tropas: mas no trato de represalias; vida y pundonor teneis en salvo, y voy á manifestar mi gratitud con Dios por mi clemencia con los hombres.» Prorumpe el cautivo rejio en muestras de arrepentimiento, admite el desdoro de un ropaje honorífico y abraza lloroso á su hijo Muza, á quien por su instancia buscan y hallan entre los demás cautivos. Hospedan esplendorosamente á los príncipes Otomanos, y la guardia observa sumo acatamiento y mayor vijilancia. Al llegar el harem de Bursa, devuelve Tamerlan al marido y padre la reina Despina con su hija, pero á impulsos de su religion requiere que la princesa Servia, quien habia conservado la franquicia de su cristianismo, profese sin demora la creencia del Profeta. En la funcion triunfal donde tenia Bayaceto el emperador mogol pone en sus sienes una corona y un cetro en sus manos, protestándole solemnemente que lo va á restablecer con aumentos de gloria al sólio de sus antepasados. Pero el sultan fallece y queda imposibilitada su promesa, pues á pesar del esmero de facultativos consumados espira de apoplejía en Akshehr la Antioquía de Pisidia, como á los nueve meses de su derrota. Baña el vencedor con alguna lágrima su sepulcro, llevan su cadáver con boato réjio á su propio mausoleo de Bursa, y su hijo Muza logra la investidura del reino de Natolia, con una patente en tinta encarnada y un regalo riquísimo de oro, joyas, caballos y armas.

Tal es el retrato de un vencedor caballeroso, cual resulta de sus propias memorias dedicado á su hijo y á su nieto á los diez y nueve años del fallecimiento del héroe (47), y cuando viviendo aun tantos miles de testigos la falsedad redundaba en una sátira mortal de su verdadera conducta. Terminante aparece tamaño testimonio, prohijado ya en las historias persas, (48)pero rastrera de suyo y osadísima es la lisonja, y mas en el oriente, y el trato bronco y afrentoso padecido por Bayaceto estriba en un eslabonamiento de testigos, que vamos en parte á coordinar cronolójica y nacionalmente. I. Se tendrá presente la guarnicion francesa que tras el mariscal Bocicauti vino á quedar para la defensa de Constantinopla. Cabríales la primera y cabal noticia del vuelco de su grandísimo contrario, y aun se hace probable que algun individuo acompañase la embajada griega para Tamerlan. Segun su informe las *tropelías* en la prision y muerte de Bayaceto constan por el sirviente é historiador del mariscal con siete años de intermedio (49). II. Suena entre los resucitadores de la literatura en el siglo XV, el italiano Poggio (50), quien compuso su diálogo elegante sobre los vaivenes de la suerte, (51) de cincuenta años, veinte y

ocho despues de la victoria de Tamerlan contra los Turcos (52), á quien elojia al par de los bárbaros mas esclarecidos de la antigüedad, de cuyas hazañas y disciplina le enteraron varios testigos presenciales, y no trascuerda un ejemplar tan adecuado á su intento como era el del monarca Otomano, á quien encerró el Escita como fiera en una jaula de hierro, y lo fue enseñando teatralmente por los pueblos del Asia. Me cabe añadir la autoridad de dos crónicas italianas, quizás de fecha anterior, que comprueban por lo menos que la idéntica relacion, cierta ó falsa, corrió por Europa con los primeros anuncíos de aquella revolucion (53). III. Mientras florecia Poggio en Roma compuso Ahmed Ebn Arabishah en Damasco su historia florida y satírica de Tamerlan, para la cual anduvo acopiando materiales en su viaje por Turquía y Tartaria (54). No cabiendo el aunarse el escritor latino con el arábigo, concuerdan en el hecho de la jaula, y esta hermandad comprueba terminantemente la veracidad de entrambos. Refiere el árabe Ahmed otro desacato mas íntimo y entrañable cometido con Bayaceto, quien prorumpió inadvertidamente en palabras acerca de mujeres y divorcios, lastimando así el pecho del Tártaro celoso, pues; en la funcion triunfal escanciaron hembras, y el sultan estuvo viendo sus propias concubinas y mujeres allá revueltas con las esclavas, todas sin velo y con los rostros patentes á los ojos de la embriaguez; y aun se dice que para sortear tamaño baldon, los sucesores, menos en un solo ejemplar han prescindido de todo desposorio lejítimo, y la práctica y creencia otomana por lo menos en el siglo décimosesto viene atestiguada por el escudriñador Rusbequio, embajador de la corte de Viena para el gran Soliman (55). IV. Son los idiomas tan diversos que el testimonio de un Griego queda tan independiente como el de un Arabe ó un Latino. Prescindo de Chalcondyle y Ducas, que son posteriores y hablan menos positivamente; pero merece atencion Jorje Franza (56) protovestiario de los últimos emperadores y nacido un año antes de la batalla de Angura. Fue de embajador para Amurates II, y pudo el historiador conversar veinte y dos años despues del acontecimiento, con algunos Jenízaros veteranos y prisioneros con el sultan, que lo habian visto en la jaula. V. El testimonio colmado á todas luces descuella en los anales turcos reconocidos ó copiados por Leunclavio, Pocok y Cantemiro (57) pues unánimes todos estan deplorando el cautiverio en la jaula de hierro; y harta confianza merecen historiadores nacionales que no pueden tiznar al Tártaro sin poner de manifiesto la afrenta de su rey y de su patria.

De promesas tan encontradas se desprende una conclusion atinada y admisible. Doy por sentado que Shelefeddin Alí ha referido fielmente el boato del primer encuentro, donde el vencedor con ánimo sosegado, tras tanto logro, aparentó ínfulas de jenerosidad; mas luego se fue mas y mas destemplando con la arrogancia intempestiva de Bayaceto. Vehementes y funda-

das eran las quejas de sus enemigos los príncipes de Natolia, y luego no encubrió Tamerlan el intento de ostentar triunfalmente su cautivo réjio en Samarcanda. La tentativa de fuga minando por debajo de la tienda incitó al emperador mogol para encrudecerle su estrechez y en sus marchas incesantes supo inventar un carruaje con jaula de hierro, no por via de escarnio antojadizo, sino de estremada cautela. Habia leido Tamerlan allá en fábulas antiguas semejante barbarie con uno de sus antecesores, rey de Persia, y Bayaceto quedó sentenciado á representar la persona y purgar los desafueros de un César Romano (58) (*m*). Pero postróse de cuerpo y alma con aquel martirio, y su muerte anticipada puede con harto fundamento achacarse á las violencias de Tamerlan. Mas no guerreaba con los difuntos, y prorumpió en lágrimas sobre su sepulcro, que era cuanto le cabia con un cautivo ajeno ya de su poderío, y aunque se dejó á Muza reinar sobre la Natolia, devolvió el conquistador su mayor porcion á sus lejitimos soberanos, desposeidos únicamente de Bursa (A. D. 1403).

Desde el Itisch y el Volga hasta el golfo Pérsico, y desde el Ganjes hasta Damasco y el Archipiélago, yace el Asia bajo las plantas de Tarmelan; inmensa es su ambicion y aquel afan está aspirando á conquistar y convertir los reinos cristianos del Occidente que están ya temblando á su nombre. Ya está asomado sobre el postrer confin de la tierra, pero un piélago intransitable, aunque estrechísimo, se encrespa entre los dos continentes de Europa y Asia (59); y el árbitro de larguisimos *tomanes,* de centenares de miles de caballos no es dueño de una sola galera. Los dos tránsitos del Bósforo y el Helesponto, de Constantinopla y Galípoli, paran en poder, el uno de los Cristianos, y el otro de los Turcos. En tan sumo trance se desentienden allá de su diferencia de relijion para acudir y echar el resto con armonía y entereza en la causa comun. Naves y fortificaciones resguardan ambos estrechos, y cada cual por su parte sostiene los transportes que Tamerlan está haciendo alternativamente su color de hostilizar á su respectivo enemigo. Engalanan al propio tiempo sus ínfulas con dones, agasajos y rendimientos, así lo van atinadamente comprometiendo para verificar su retirada con timbres de grandiosa victoria. Implora Soliman, hijo de Bayaceto, su clemencia para el padre y para sí mismo; acepta, con patente encarnada, la investidura del reino de Romanía, que está poseyendo por los filos de su espada, y le repite su anhelo entrañable de tendersé á las plantas del árbitro del orbe. El emperador griego (60) (Juan ó Manuel) se allana á pagarle el mismo tributo que tenia pactado con el sultan turco, rectificando el tratado con un juramento de homenaje, del cual descargaria su conciencia, en trasponiendo las armas mogolas la Natolia. Pero las zozobras de las naciones fantasearon para el ambicioso Tamerlan intentos nuevos de ámbitos inmensos y acorralados, el plan de sojuzgar el Ejipto y el Africa toda, y marchando desde

el Nilo hasta el Océano Asláutico, entrar en Europa por el estrecho de Gibraltar, y despues de imponer su yugo á los reinos de la Cristiandad, regresar á su casa por los páramos de Rusia y de Tartaria. Aquella contingencia remotísima, y acaso ideal, queda desvanecida con el rendimiento del sultan de Ejipto: el obsequio de la plegaria y del cuño estan pregonando en el Cairo la supremacia de Tamerlan, y el regalo estrañísimo de una *jirafa* ó camelopardo, con nueve abestruces, están manifestando en Samarcanda los tributos del mundo Africano. Nos asombra el arranque tenaz que sitiando por acá á Esmirna, está allá ideando, y aun casi llega luego á redondear su invasion del imperio Chino (61). Se estímulan al intento el pundonor nacional y su afan devoto, pues tan solo le cabe purgar tantísimos torrentes de sangre mahometana como ha ido derramando, sino con esterminio igual de los infieles; y al hallarse ya como asomado á las puertas del paraíso, trata de franquearse su entrada triunfadora, arrasando los ídolos chinescos, fundando mezquitas por donde quiera y planteando la profesion de fe en un solo Dios y su profeta Mahoma. Desacato era para el nombre Mogol el lanzamiento reciente de la alcurnia de Zenjis, y las revueltas del imperio le están brindando con oportunísima coyuntura para su desagravio. Fallece el esclarecido Hongou, fundador de la dinastía de *Ming*, cuatro años antes de la batalla de Angora, y tras un millon de Chinos fenecidos en la guerra civil, queman en su palacio al nieto, mancebo endeble y desventurado (62). Tamerlan, al evacuar la Natolia, envia por delante allende el Sihoon, crecida hueste, ó mas bien colonia, de sus antiguos y nuevos súbditos, para allanarle al rumbo, sojuzgar los Calmukos y Mongoles paganos y plantear ciudades y almacenes por el desierto; y es tan eficaz su lugarteniente, que le envia luego un mapa cabal y descripcion despejada de aquellas rejiones desconocidas desde el manantial del Strich hasta la muralla de la China. Mientras se aparata grandiosamente para su empresa, redondea el emperador de todo punto la conquista de Jeorjia, descansa en invierno por las orillas del Araxes, aplaca las turbulencias de Persia, y va regresando á pausas hácia su capital, despues de una campaña de cuatro años y nueve meses.

Descansa por breve plazo en su solio de Samarcanda (63) (A. D. 1404) ostentando su magnificencia y poderío; escucha las quejas del pueblo; reparte justicieramente premios y caricias; emplea sus riquezas en la construccion de templos y palacios, y va dando audiencia á los embajadores de Ejipto, Arabia, Indias, Tartaria, Rusia y España, con la particularidad el último de presentarle unas alfombras que dejan muy en zaga el primor de los artistas orientales. Los desposorios de sus nietos del emperador, se conceptuaron al par actos de relijion y de cariño paternal, renovando así el boato de los califas en sus bodas. Se solemnizan en los jar-

dines de Canigdial, engalanados con inumerables tiendas y pabellones, ostentando el lujo de ciudad grandiosa y los despojos de un campamento victorioso. Se derriban selvas enteras para leña: cuajan la llanura pirámides altas de viandas, y vasijas de infinitos licores brindando caballerosamente á millares de huéspedes: alineadas asoman las jerarquías del estado y las naciones de la tierra en el réjio banquete, ni quedan los embajadores de Europa (dice el Persa altanero) escluidos de la funcion, puesto que hasta la menuda sardinilla tiene tambien su cabida en el piélago (64). Resplandece el júbilo jeneral en las iluminaciones y comparsas; van pasando en reseña los gremios mercantiles de Samarcanda; compiten todos en demostraciones segun sus respectivas divisas, en galas peregrinas y en muestras de sus artefactos peculiares. Estendidos por los cadis sus capítulos matrimoniales, novios y novias se recojen á sus tálamos; se visten y desnudan hasta siete veces, segun el estilo asiático, y á cada trueque de traje, allá se tiran las perlas y rubíes que están cuajando sus cabezas por agasajo á sus sirvientes y acompañantes. Se pregona indulto jeneral: amaina la tirantez de las leyes y se suelta la rienda al recreo. Libre está el pueblo, holguero el monarca; y cabe al historiador de Tamerlan espresar, que tras el plazo de cincuenta años vinculados en la guerra y el encumbramiento del sumo imperio, la temporadilla deleitosa de su vida, fue la de dos meses en que orilló absolutamente el poderío. Mas luego tiene que acudir al afan del gobierno y de la guerra. Tremola su estandarte en demanda de la China. Los emires le enseñan la huestes de doscientos mil veteranos selectos del Iran y del Turan, quinientos carruajes grandiosos trasportan bagaje y abortos sin la inmensidad de caballos y camellos cargados todos colmadamente; y las tropas tienen que contar con larguísima ausencia, puesto que se emplea medio año en su tránsito de Samarcanda á Pekin. Ni la edad, ni la crudeza del invierno enfrenan los ímpetus del caudillo; cabalga, pasa el Sihoon sobre el hielo y anda setenta y seis parasongas, trescientas millas, desde su capital, y acampa últimamente en las cercanías de Otrar, donde le está esperando el ánjel de la muerte. Cansancio, y uso excesivo de helados le mueven la calentura, y el conquistador del Asia espira á los setenta años de edad, y á los treinta y cinco de su coronacion en Zagatai. Fenecen sus intentos; se dispersa su hueste, se salva la China, y á los catorce años de su muerte, el hijo mas poderoso, envia una embajada amistosa sobre comercio á la corte de Pekin (65).

Cundió la nombradía de Tamerlan por Levante y Poniente; reviste todavía su posteridad el *dictado* imperial, y el pasmo de los súbditos, que lo reverenciaron á fuer de divinidad, cabe sincerarse hasta cierto punto con las alabanzas ó el enmudecimiento de sus enemigos mas desaforados (66). Aunque cojo y manco, su estatura y estampa no desdecian

de su encumbramiento; y su robustísima salud, tan esencial por sí misma y para sus empresas, se fortalecieron con la templanza y el ejercicio. Era circunspecto y comedido en su habla familiar, y si bien ignoraba el árabe, se mostraba afluente en el turco y en el persa. Deleitábase en conversar con los doctos sobre puntos históricos y científicos; y el recreo de sus horas vacantes fue el juego del ajedrez, que probó y estremó con lances nuevos (67). En cuanto á su religion, era mahometano celosísimo, aunque no acendrado (68); pero su tino natural debe inclinarnos á conceptuar que su miramiento supersticioso con agüeros y profecías, con santones y astrólogos, era únicamente parto afectado de su política. En el desempeño de imperio tan dilatado descolló á solas, sin asomo de oposicion ú contraresto por algun rebelde ó privado, que cautivase ó sedujese su poderío ó su cordura. Aférrase mas y mas en el tema de llevar adelante su albedrío prescindiendo siempre de las resultas; pero sus émulos advirtieron malvadamente que sus mandatos asoladores lograron en todo tiempo mas cabal cumplimiento que los propicios ó benéficos. Sus hijos y nietos, de los cuales dejó Tamerlan hasta treinta y seis, eran sus mas rendidos y desalados súbditos, y al primer deslíz se les impone, segun la lejislacion de Jenjiskan, el apaleo, y luego se les devolvian honores y mando sin menoscabo. Cabian quizás prendas sociales en su pecho; le acompañaban tal vez arranques amistosos y benévolos hasta con sus enemigos; pero la moralidad acendrada estriba en el interés jeneral, y bastará vitorear la *cordura* de un monarca por las galanterías que no le empobrecen, y por la entereza que los afinaza y enriquece, sostener en equilibrio la autoridad y la obediencia, castigar al desmandado, amparar al desvalido, premiar al benemérito, desterrar la liviandad de sus confines, resguardar al viandante y al mercader, atajar al desenfreno de la soldadesca, fomentar los afanes del colono, estimular todo jénero de industria y estudio decoroso, y por medio de un recargo equitativo y atinado, aumentar las rentas sin subir los impuestos; todo este cúmulo de requisitos es verdaderamente réjio, en cuyo desempeño paladea el soberano un galardon ejecutivo y grandioso. Cabia á Tamerlan el blasonar de que á su ascenso al trono el Asia toda era un cenagal de anarquía y salteamiento, al paso que bajo su venturoso mando podia un niño á su salvo, y sin la menor zozobra, caminar de levante á poniente con una bolsa rellena de oro en la mano. Tan pagado vivia de su propio mérito, que se ufanaba con sus victorias, y se conceptuaba acreedor al señorío universal. Con los cuatro apuntes siguientes vamos á quedar enterados de su derecho mas ó menos patente á lo sumo de la gratitud que estuvo siempre anhelando, y tal vez el paradero de nuestras consideraciones será, que el emperador del Mogol vino á ser mas bien el azote que el bienhechor del jénero humano. 1. Si la espada de Tamerlan zanjó tal cual

disturbio, vino á ser el remedio de peor condicion que la dolencia misma. Podian los tiranillos de Persia atropellar á los súbditos con robos, crueldades y trastornos; pero las plantas del reformador anduvieron hollando naciones enteras; y solian sus infames trofeos estar tremolando á solas sobre el solar de ciudades antes florecientes, hacinando además columnas ó pirámides horrendas de cabezas humanas. Astracan, Carizme, Delhy, Ispahan, Bagdad, Alepo, Damasco, Burza, Esmirna y otras mil, padecieron saqueos, incendios y aun total asolacion á su misma presencia y por sus propias tropas, y quizás allá en su interior se estremeciera si algun sacerdote ó filósofo osara enumerarle los millones de víctimas que tenia confiscadas á su sistema de paz y sosiego jeneral (69). II. Sus guerras mas asoladoras venian á ser correrías mas que conquistas. Invade la Turquía, el Kipzaek, la Rusia, el Indostan, la Siria, la Natolia, la Armenia y la Jeorjia, sin esperanza ni deseo de conservar tan remotas provincias. Se marcha cargadísimo de presas, sin dejar á su espalda, ni tropa enfrenadora, ni majistrados para resguardar á los obedientes. En dejando estrellado su gobierno, allá los dejaba forcejando con los quebrantos que les acarrea ó agrava, sin proporcionarles compensacion alguna por tan estremada desventura, con beneficio alguno ni actual ni venidero. III. Fueron los reinos de la Transoxiana y Persia el único solar de su esmerado cultivo y sumo realce, como herencia perpetua de su alcurnia. Mas aquellos pacíficos afanes solian interrumpirse ó agotarse con la ausencia del conquistador. Mientras andaba triunfando por el Volga á el Ganjes, allá sus descendientes, ó sus propios hijos, echaban en olvido al padre ó al soberano. Tropelías públicas ó privadas lograban escasillo desagravio con rigores ó castigos muy posteriores, y tenemos que reducirnos á elojiar las *Instituciones* de Tamerlan, como allá una norma primorosa de perfeccion monárquica. IV. Campeen cuanto quieran los resultados de su desempeño, todo vino á desaparecer con su fallecimiento. Sus hijos y nietos ansiaron vinculadamente reinar, prescindiendo de su acierto ú desgobierno (70), como enemigos entre sí, al par que del indefenso pueblo. Sharok, el menor de sus hijos, sostiene con algun esplendor algun jiron del grande imperio; pero fallece y nada mas aparece al teatro que sangre y lobreguez, y á menos de un siglo, la Transoxiana y la Persia quedan holladas por los Urhekes descolgados del norte, y los Turcos de la grey blanca ó negra, y desaparecia la alcurnia de Tamerlan, á no asomar un prohombre, descendiente suyo en quinto grado, volando contra las armas de los Uzbekes, á la conquista del Indostan. Los sucesores (los gran Mogoles) (71) fueron estendiendo su poderío, desde las cumbres de Cachemira hasta el cabo Comorin, y desde el Candahar hasta el golfo de Bengala. Desde el reinado de Auruncebe, su imperio ha venido á disolverse; un salteador persa arrebató los tesoros de Delhi, y sus reinos mas opulentos yacen aho-

ra en manos de unos mercaderes en cierta isla remota y cristiana del Océano septentrional.

Muy diversa descuella la suerte de la monarquía otomana. El macizo tronco tuvo que doblegarse hasta el suelo; pero voló el huracan, y se enderezó con mayor pujanza y lozanía. Evacua Tamerlan, bajo todos conceptos la Anatolia, dejando las ciudades sin alcázar, tesoro ni rey. Hierven por las campiñas rancherías de pastores y forajidos tártaros ó turcos, recobran los emires las conquistas recientes de Bayaceto, y uno de ellos, ruinmente vengativo, arrasa su sepulcro; discordes sus cinco hijos se afanan en dar al través con sus respectivos patrimonios; y voy á ir enumerando sus nombres por el órden respectivo de su edad y sus jestiones (72). I. No consta, si referimos la historia del verdadero *Mustafá*, ó la de algun impostor, que se arrestó á representarlo. Peleando estuvo junto á su padre en la batalla de Angora, pero cuando cupo al sultan cautivo informarse del paradero de sus hijos, tan solo asomó Muza y los historiadores turcos esclavos del partido triunfador, se manifiestan persuadidos á que yacieron con los demás difuntos. Si logró Mustafá salvarse de aquel campo aciago, permaneció por espacio de doce años oculto á parciales y enemigos, hasta que salió á luz en Tesalia, y un bando crecido lo aclamó como hijo y sucesor de Bayaceto. Fuera su derrota desde luego la postrera, á no salvar al verdadero ú falso Mustafá los Griegos, reponiéndolo, tras la muerte de su hermano Mahometo, en la libertad. Su ánimo bastardea y denota un nacimiento deshonroso y si en el solio de Andrinópolis mereció acatamiento de sultan, con su fuga, sus grillos y se muerte igminiosa de horca, paró el impostor en objeto del menosprecio popular. A igual categoría y encumbramiento aspiraron otros competidores, contándose hasta treinta ajusticiados bajo el nombre de Mustafá y tanta repeticion viene á manifestar que la corte turca jamás acabó de cerciorarse del esterminio del principe lejítimo. II. Despues del cautiverio del padre reinó Iza (73) por algun tiempo hácia las cercanías de Angora Sinope y Mar Negro, y sus embajadores lograron retirarse de la presencia de Tamerlan con promesas halagüeñas y dones honoríficos. Mas pronto su soberano quedó sin provincia y vida por los zelos de un hermano reinante, en Amasia, y el acontecimiento postrero proporcionó una alusion devota, que la ley de Moisés y de Jesus, de *Iza* y *Muza* quedaban abolidas con el gran *Mahoma*. III. No se nombra á Soliman en el catálogo de los emperadores turcos; pero atajó los adelantos victoriosos de los Mogoles y con su desvío hermanó por algun tiempo los solios de Andrinópolis y de Bursa. Era en la guerra valiente, ejecutivo y certero, templaba su denuedo con la clemencia; pero le acaloraba su presuncion y lo estragaban la ociosidad y la embriaguez. Relajó la tirantez de la disciplina en medio de un gobierno, donde el soberano ú el súbdito deben estar siem-

pre temblando; sus vicios lo desconceptuaron con los caudillos del ejército y de la lejislacion y su embriaguez diaria tan soez en un príncipe y aun en cualquier hombre, se hacia mas y mas odiosa en un discípulo del Profeta. Sorpréndele su hermano Muza en el trastorno de su beodez y al huir de Andrinópolis hácia la capital griega, lo alcanzan y lo matan en el baño (*n*) tras un reinado de siete años y diez meses. IV. La investidura de Muza lo desdoró como esclavo de los Mogoles: ciñéronsele los confines á su reino tributario de Anatolia, y su milicia quebrantada y su erario vacío no pudieron arrostrar las haces veteranas del soberano de Romanía. Huye Muza disfrazado del alcázar de Bursa, atraviesa la Propóntida en una barquilla sin cubierta; vaga mas y mas de cumbre en cumbre por la Walaquia y la Servia, y tras algunas tentativas infructuosas, trepa por fin al solio de Andrinópolis recienmanchado con la sangre de Soliman. En un reinado de tres años y medio, victoriosas quedaron sus tropas contra los Cristianos de Hungría y de Morea; pero fracasó Muza por su temple apocado y su clemencia intempestiva. Tras la cesion total de la Anatolia, feneció víctima de sus ministros alevosos y del predominio de su hermano Mahometo. V. La victoria decisiva de Mahometo fue un galardon debido á su cordura y su comedimiento. Antes del cautiverio del padre, el mancebo réjio se habia encargado del gobierno de Amasia, á treinta jornadas de Constantinopla, y del resguardo de la raya contra los Cristianos de Trebisonda y Jeorgia. Conceptuábase inespugnable el castillo para una guerra Asiática y la ciudad de Amasia (74), dividida en dos mitades iguales por el rio Iris, se encumbra por ambos costados anfiteatralmente y es un remedo, aunque inferior, del famoso Bagdad. Tamerlan, al parecer, en su rapidísima carrera se desentendió de aquel arrinconado punto de la Anatolia; y Mahometo sin hostigar al conquitador, estuvo conservando su callada independencia y aventó de la provincia los últimos dispersos de la hueste tártara (*ñ*). Se libertó de la vecindad espuestísima de Iza: pero en las competencias con sus hermanos preponderantes prevaleció su neutralidad inalterable, hasta que triunfante por fin Muza se presentó como heredero y vengador del malaventurado Soliman. Cupo á Mahometo la Anatolia por un tratado y la Romanía con las armas, y galardonó al soldado que le trajo la cabeza de Muza, á fuer de bienhechor del rey y de la patria. Empleó utilísimamente los ocho años de su reinado único y sosegado en desterrar los achaques abortados en la guerra civil, y afianzó sobre sólidos cimientos la mole de la monarquía otomana. Su disposicion postrera fue el nombramiento de dos visires, Bayaceto é Ibrahin (75), para guiar la mocedad de su hijo Amurates; y procedieron con tal armonía y cordura, que estuvieron encubriendo hasta cuarenta dias el fallecimiento del emperador por esperar la llegada del sucesor al palacio de Bursa. Encendió nueva guerra en Europa el príncipe, ó el impos-

tor Mustafá, el primer visir perdió su ejército y su cabeza, pero el mas venturoso Ibrahin, cuyo nombre y alcurnia merecen todavía aceptacion, acabó con el postrer aspirante al sólio de Bayaceto, y remataron el trance de las hostilidades caseras.

Señorea tantos vaivenes la cordura turca aferrándose en sostener la unidad jeneral del imperio y tanto la Anatólia como la Romanía, desgarradas una y mil veces por ambiciones particulares, se atienen mas y mas á su sistema de hermandad entrañable y triunfadora. Aquel conato debiera servir de norma y enseñanza á las potencias cristianas, y atajando con sus armadas juntas los estrechos de Galipoli, los Otomanos, por lo menos en Europa, fenecian al golpe sin recurso. Pero el cisma de Occidente y las banderías y guerras de Francia é Inglaterra, retrajeron á los Latinos de empresa tan obvia y tan aventajada y se estuvieron allá empapando en su ansiado desahogo, sin acordarse de lo venidero, y solian, por mezquinos y volanderos intereses, favorecer al enemigo comun del Cristianismo. Una colonia de Jenoveses (76) planteada ya en la Focea (77) sobre la costa Jónica se estaba enriqueciendo con el precioso monopolio del alumbre, (78) y resguardaba su sosiego bajo el imperio turco, por medio de un tributo anual é indefectible. En la última guerra civil de los Otomanos el gobernador Jenovés, Adorno, mozo travieso y lleno de ambicion, se ladeó con Amurates y se encargó de trasladarlo con siete galeras poderosas del Asia á Europa. Embarcóse el sultan con quinientos guardias en la nave almiranta, tripulada con ochocientos Francos selectos. En sus manos paraban libertad y vida de Amurates y por cierto que no cabe celebrar la lealtad de Adorno, que en medio de la travesía se le arrodilla y logra gozosamente el descargo de los atrasos en el consabido tributo. Aportan á la vista de Mustafá y de Galipoli, dos mil italianos armados con lanzas y mazas estan esperando á Amurates para la conquista de Andrinópolis y aquel servicio tan venal vino á quedar correspondido muy pronto con el estermínio del comercio y colonia de Focea.

Si acudiera Tamerlan al socorro del emperador griego á sus instancias, su jenerosidad le constituia acreedor á las alabanzas y al agradecimiento de los Cristianos (79). Pero un Musulman que trae á Jeorjia el alfanje de la persecucion y respeta á su modo la guerra sagrada de Bayaceto, mal podia condolerse hasta el punto de socorrer á los *idólatras* de Europa. Sigue el Tártaro el rumbo de su ambicion, y el rescate de Constantinopla fue tan solo resulta accidental de las circunstancias. Al desprenderse Manuel de su autoridad, ansiaba mas bien que podia esperanzar, que el vuelco de su iglesia y estado se dilatasen á largo trecho de su desventurada vida, y al regresar de una peregrinacion á Poniente, estaba por momentos esperando la noticia del horrendo fracaso. Pasmo y regocijo le asaltan con el aviso repentino de la retirada, del vuelco y del cautiverio del

Turco. Manuel de Modon en Morea da la vela para Constantinopla, y allá confina su ciego competidor en el apacible destierro de Lesbos (80). Le llegan embajadores de los hijos de Bayaceto, con su orgullo ajado y con tono comedido, manifestando la zozobra fundada de que los Griegos franqueasen al Mogol las puertas de Europa. Saluda Soliman al emperador con el dictado de padre; solicita de su mano el gobierno, ú sea la donacion de la Romanía y se compromete á merecer su dignacion, con una amistad entrañable y con la devolucion de Tesalónica y las plazas mas importantes del Estrimon, la Propóntida y el Mar Negro. Esponia aquel convenio al emperador á la enemistad y venganza de Muza, y con efecto amagan luego los Turcos á Constantinopla; pero se les rechaza por mar y por tierra, y á no mediar algunos mercenarios advenedizos pasmáranse los Griegos de su propio triunfo. Pero en vez de fomentar la desavenencia entre los potentados Otomanos, la política ó la ceguedad de Manuel le inclinan á corroborar al hijo mas formidable de Bayaceto. Ajusta un convenio con Mahometo, cuyo avance quedó atajado con la valla insuperable de Galipoli; tramonta el sultan con sus tropas el Bósforo; se le agasaja en la capital, y su primer ímpetu es el primer paso para la conquista de la Romanía. La cordura y moderacion del vencedor sorprenden aquel esterminio; desempeña lealmente sus compromisos y los de Soliman, acata los fueros de la paz y del agradecimiento, y deja al emperador en clase de ayo de sus dos hijos menores, esperando en vano de escudarlos contra la crueldad celosa de su hermano Amurates. Pero la ejecucion de su postrer testamento lastimara el pundonor y la relijion nacional, y el Divan sentencia unánimemente que los mancebos réjios nunca se han de ajar con la custodia y educacion de un perro cristiano. Con este desengaño los dictámenes Bizantinos se desavienen; pero la edad y la cautela de Manuel enmudecieron ante las ínfulas de su hijo Juan, blandiendo además un alfanje acarreador de venganzas, libertando al verdadero ú falso Mustafá, detenido en largo cautiverio ó en rehenes, para cuyo mantenimiento se recibia anualmente una pension de trescientas mil ásperas (81). En la puerta de su encierro se allana Mustafá á toda propuesta, y se pactaron las llaves de Galipoli, ó mas bien de Europa en pago de su rescate. No bien se mira aposentado en el sólio de Romanía, cuando despide á los embajadores griegos con una sonrisa de menosprecio, voceando en acento devoto, que en el dia del juicio antepónia el arrostrar el cargo de perjuro al de entregar una ciudad musulmana al dominio de los infieles. Resulta á la sazon el emperador enemigo de entrambos competidores por quienes tiene que abrigar un agravio y llevar adelante sus resultas; embiste Amurates, vence, y al asomar la primavera aparece sitiando á Constantinopla (82).

El afan meritorio de sojuzgar la ciudad de los Césares agolpa de toda

el Asia una muchedumbre de voluntarios y aspirantes á la corona del martirio: arde mas y mas su entusiasmo con la promesa de riquísimos despojos y beldades griegas, y la ambicion del sultan queda como sacramentada con la presencia y prediccion de Seid Tachar, descendiente del Profeta (83), quien llegó á los reales sobre una mula con una comitiva devota de quinientos discípulos. Mas luego pudiera correrse, si el rubor tiene cabida en fanáticos, con el malogro de sus anuncios. La fortaleza de tantas murallas contraresta la hueste de doscientos mil Turcos. Griegos y mercenarios advenedizos rechazan los asaltos y hacen salidas arrolladoras; menudean recursos antiguos y nuevos, y arden cuantas máquinas adelanta el enemigo, y al desvarío del Musulman, colgado allá en el cielo conversando con Mahoma, corresponde la creencia de los Cristianos, que *estan viendo* á la Vírjen María, con manto morado, paseándose por los muros y enardeciendo á sus defensores (84). Tras un cerco de dos meses tiene Amurates que acudir á Bursa, contra una rebelion casera fomentada por la alevosía griega, y luego estinguida con la muerte de un hermano inocente. Mientras sigue acaudillando sus Jenízaros en conquistas nuevas por Asia y Europa, logra el imperio griego un desahogo de treinta años. Yace por fin Manuel en el sepulcro, y Juan Paleólogo disfruta el sólio mediante el tributo de cien mil ásperas anuales y el desapropio de cuanto posee casi desde el éjido de Constantinopla.

En el establecimiento y reposicion del imperio Turco, la causal debe sin duda cifrarse en el desempeño de los sultanes, puesto que en la vida humana los acontecimientos de mayor cuantía dimanan de los atributos de su Ajente supremo. Tal cual rasgo ó prenda puede á veces diferenciarlos; pero con el cercen de un solo ejemplar, un larguísimo plazo de nueve reinados, á doscientos sesenta y cinco años, descuella con una serie peregrina de príncipes activos y guerreros, desde el encumbramiento de Otomano hasta la muerte de Soliman, quienes infundieron rendida obediencia á los súbditos y trémulo pavor á sus enemigos. En vez de la inaccion lujosa y soñolienta del serrallo, los herederos del imperio se educaban en el consejo y en la campaña; desde el asomo de su mocedad confiábanles sus padres el mando de provincias y de huestes; y este estremo varonil, aunque abortador á veces de guerras civiles; no pudo menos de cooperar esencialmente para la disciplina y pujanza de la monarquía. No cabe á los Otomanos apellidarse, como los Arabes, Califas, descendientes ó sucesores de apóstol de Dios, y el entronque á que aspiran con los khanes Tártaros de la alcurnia de Jenjis estriba al parecer mas en la adulacion que en la realidad (85). Enmarañado es su oríjen, pero el derecho sagrado é incontrastable, que ni el tiempo ha de borrar, ni violencia alguna puede dar al través, quedó desde luego clavado en los pechos de todos los súbditos. Cabe el deponer y ahorcar á un sultan endeble ó vicioso; mas luego su

herencia para en un rapaz ó un idiota; y ni el rebelde mas desaforado osó jamás trepar al sólio de su lejtímo soberano (86). Al paso que las dinastías volanderas del Asia, quedaron á menudo derrocadas por algun visir taimado en el alcázar, ó por algun caudillo victorioso en campaña, la cuestion Otomana se ha ido corroborando con la práctica de mas de cinco siglos, y se halla ya empapada en el arranque vital de la nacion turca.

Ha sobrevenido además un influjo estraño para sublimar su temple constitutivo. Los súbditos primitivos de Otomano fueron las cuatrocientas familias de Turcomanos vagarosos, que habian ido siguiendo á sus antepasados desde el Oxo hasta el Sangar; y todavía las tiendas negras y blancas de sus hermanos montaraces siguen cubriendo los llanos de Anatolia. Pero aquel escaso y fundamental arroyuelo vino á desaparecer en la mole de súbditos voluntarios ó vencidos, quienes bajo el apellido de Turcos estan hermanados, en idioma, relijion y costumbres. En las ciudades, desde Erzerun á Belgrado, aquel nombre abarca á todos los Musulmanes, los primeros y mas condecorados moradores; pero allá traspasaron, por lo menos en Romanía las aldeas y el cultivo de las campiñas á los labradores Cristianos. En la temporada de pujanza del gobierno otomano, todo Turco quedaba escluido de honores civiles y militares; y una ralea servil, una clase artificial se encumbraba con su apropiada disciplina y peculiar educacion de rendida obediencia, al mando y á la preeminencia (87). Desde el tiempo de Orchan y del primer Amurato conceptuaron los Otomanos, que en un gobierno de alfanje debia irse renovando á cada jeneracion con nueva soldadesca; y que esta no debia entresacarse de la rejion afeminada del Asia, sino de los naturales curtidos y belicosos de Europa. Las provincias de Tracia, Macedonia, Albania, Bulgaria y Servia fueron los semilleros perennes del ejército Turco; y cuando el quinto réjio de cautivos fué menguando con las peleas, un impuesto inhumano del quinto niño en cada cinco años se alistaba ejecutivamente de las familias cristianas. A los doce ó catorce años, los mancebos mas briosos se quitaban á viva fuerza del hogar paterno; se alistataban sus nombres en un padron, y desde aquel punto quedaban vestidos, enseñados y mantenidos para el servicio público. Luego, segun su traza mas ó menos marcial, se les colocaba en las escuelas reales de Bursa, Pera y Andrinópolis, al cargo de los bajáes, ó bien se les repartia por las viviendas del paisanaje Anatolio. Enseñábaseles ante todo el idioma turco; se les robustecia con cuantos ejercicios podian entonarlos; aprendian á luchar, brincar, correr, saetear y luego arcabucear, hasta colocarse al fin en las compañías ó ranchos de los Jenízaros, donde se les educaba con la severísima y casi monástica disciplina de su carrera. Los descollantes en nacimiento, despejo y gallardía, se empadronaban en la

clase inferior de *Agiomoglanes*, ó en la jerarquía mas hidalga de *Icoglanes*, perteneciendo los primeros á la servidumbre palaciega, y los segundos á la personal del mismo soberano. En cuatro escuelas recreativas y bajo la varilla de los eunucos blancos, la equitacion y el arrojo del venablo ú chuzo, era su ejercicio incesante; mientras los mas estudiosos se empapaban en el Alcoran, y en la posesion del persa ó del arábigo. En granjeando antigüedad y suficiencia, se les iba destinando á empleos civiles ó militares, y aun eclesiásticos, y cuanto mas permanecian mayores eran sus ascensos hasta que en el debido plazo se les promovia á la categoría de los cuarenta Agas, que permanecian ante el sultan, quien los iba promoviendo al gobierno de las provincias, y á los primeros blasones del imperio (88). Aquel jénero de institucion era en estremo adecuado al temple y sistema de una monarquía despótica. Ministros y caudillos eran en todo sentido esclavos del emperador, á cuya dignacion eran deudores de su instruccion y subsistencia. Al desviarse del serrallo, dejándose crecer las barbas, como emblemas de su encumbramiento, se hallaban con un cargo de suma entidad, sin bandería ni apadrinamiento, sin padres ni herederos, colgados de la diestra que los alzó del polvo, y quien al menor desagrado estrella en mil trozos como dice el refran turco, á sus estatuas de vidrio (89). En los pasos tan pausados y trabajosos de su educacion, ojos perspicaces calaban hondamente sus índoles y su desempeño, y así el *hombre* aislado en su mérito personal carecia de arrimo ajeno, y teniendo el soberano tino cabal, le cabia el ser árbitro y sin límites en su acendrada eleccion. Todo candidato Otomano era un alumno, creado en la inaccion, para luego echar el resto en obteniendo el competente cargo, enterado ya en los estremos contrapuestos de la sumision y el mando. Con el mismo, descollaba la tropa, y su silencio y parsimonia, su aguante y comedimiento han arrebatado elojios involuntarios á sus enemigos cristianos (90); y no se hace dudosa la victoria, en el cotejo de la disciplina y ejercicio de los Jenízaros con las ínfulas de nacimiento, el descoco caballeresco, la ignorancia de los reclutas, el desenfreno de los veteranos, y los desmanes de la beodez y el desconcierto, que estuvo tanto tiempo desquiciando los ejércitos europeos.

Cifrábase el salvamento del imperio griego y reinos adyacentes en alguna arma prepotente, ó algun descubrimiento en el arte de la guerra, que los sobrepusiese incontrastablemente á sus enemigos turcos. Tenian en su mano aquella arma, y asomó aquel descubrimiento en el trance de su esterminio. Químicos Chinos ó Europeos, habian hallado, con esperimentos esmerados ó casuales, una mezcla de salitre, azufre y carbon, que por medio de una chispilla revienta con esplosion pavorosa. Se hicieron luego cargo de que si aquella pujanza arrolladora se concentraba en

un tubo poderoso, pudiera un globo de piedra, ó de hierro, dispararse con ímpetu irresistible y absolutamente asolador. El punto cabal del invento y aplicacion de la pólvora yace encapotado entre tradiciones dudosas y espresiones equívocas (91), pero consta que era ya corriente como á mediados del siglo catorce, y antes de terminarse el mismo, el uso de la artillería en batallas y sitios, se habia jeneralizado en Alemania, Italia, España, Francia é Inglaterra (92). La precedencia de las naciones no es conducente, pues á ninguna cabe la menor ventaja por su conocimiento antecedente ó superior en la materia, y en el adelantamiento jeneral, vienen á nivelarse en el poderío y trascendencia de la ciencia militar. No cupo ceñir aquel arcano en el regazo de la Iglesia; patentízase á los Turcos por la traicion de apóstatas y el encono interesado de competidores; y el sultan tuvo tino para prohijar y caudales para engrandecer al maquinista cristiano. Los Jenoveses trasportadores de Amurates á Europa son los malvados que lo amaestraron; y sus manos probablemente fundieron la artillería y la asestaron en el sitio de Constantinopla (93). Malogróse el intento al primer ensayo, pero en el vaiven de aquella guerra prevaleció al fin su desempeño, siendo por lo mas los asaltadores. Equilibróse al pronto el contraresto por ambas partes, y los rayos de aquella artillería se fulminaron contra valladares construidos únicamente para resistir á máquinas menos poderosas. Los Venecianos nada escrupulizaron en amaestrar á los sultanes de Ejipto y Persia, sus aliados, contra los Otomanos: cundió luego el arcano hasta los estremos del Asia, y la preponderancia del Europeo vino á concretarse contra los bravíos del nuevo mundo. Si contraponemos el progreso voltador del descubrimiento á los adelantos de la racionalidad, la ciencia y las artes pacíficas, un filósofo, segun su inclinacion predominante, prorumpirá en risa, á lo Demócrito, ú en llanto, á lo Heráclito al presenciar los desvaríos humanos.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimoquinto.

(1) Aquellos diarios se enviaban á Sheredfedin ó Cherefeddin, natural de Yezd, quien compuso en persa una historia de Tamerlan, que se tradujo en francés, por M. Petit de la Croix (París 1722, cuatro vol. en 12.°) y ha sido siempre mi guia fiel. Esmeradas son en estremo su jeografía y

cronolojía, y merece toda confianza en cuanto á los hechos públicos, aunque está celebrando rendidamente la prosperidad y las prendas de su héroe. El ahinco de Tamerlan en lograr informes de su reino y los estranjeros, se puede ver en las Instituciones, p. 215. 217. 349. 351.

(2) Desconocidos yacen todavía aquellos comentarios para Europa, pero M. White nos esperanza de que los ha de traer y traducir M. Davy, su amigo, que habia leido en el Oriente aquella « narracion fiel y circunstanciada de un reinado largo y estruendoso.*

(3) Ignoro si las instituciones orijinales en idioma turco ú mogol subsisten todavía. La version persa, con una traduccion inglesa y un índice muy apreciable se publicaron en Oxford, (1783, en 4.°) con la turca combinada del Mayor Davy, M. Wite, catedrático de árabe. Obra que luego se ha traducido del persa en francés (París, 1787) por M. Langlés, un grande Orientalista, que añadió la vida de Tamerlan y varias notas curiosas.

(4) Shaw Allum y el Mogol actual, lee, aprecia; mas no alcanza á remedar á su esclarecido antepasado. El traductor inglés se atiene á su creencia internada, pero si se atraviesa tal cual desconfianza de engaño ó ficcion, oríllase seguramente en vista de la carta del Mayor Davy. Nunca los Orientales se asomaron al arte que se llama crítico, el padrinazgo de un príncipe, quizás menos honorífico, no es menos ganancioso que el de un librero, ni aparece increible, que un Persa, un verdadero autor, se espusiera ó desconceptuarse por ensalzar el valor de la obra.

(5) El orijinal de la conseja se halla en la obra siguiente, sumamente apreciada por la elegancia florida de su estilo: *Ahmedis Arabfiadœ* (Ahmed Ebn Arabshah) *Vitœ et Rerum gestarum Timuri. Arabice et Latine.*

* El mayor Steward tradujo el manuscrito Mayor Davy, y la junta de traducciones orientales en Londres le ha dado á luz. Contiene la vida de Tamerlan desde su nacimiento hasta la edad de cuarenta y cinco años, pero faltan los treinta años últimos de la guerra oriental y sus conquistas. Apunta el Mayor Steward, que hay en el país dos manuscritos comprensivos del total, pero se disculpa con su edad, de componer la tarea afanosa de completar la traduccion. Esperamos, sin embargo, que el público europeo pueda conceptuar la autenticidad y el mérito de aquellos Comentarios del César oriental. La obra del Mayor Steward se encabeza con sueños y agüeros, crónica disputada de visiones y suertes koranicas. Es de estrañar que una vida de Tamerlan despierte allá un recuerdo del diario del arzobispo Laud. La aurora temprana de aquellas visiones tan esplendorosas de ambicion, se apuntan con la sencillez de la verdad y de la naturaleza; pero anhelamos, el rezagar los enconillos menguados del mayoral, ó caudillo pastoril, en pos de los triunfos y la lejislacion del conquistador del orbe. — M.

Edidit Samuel Enricus Manger. Franequeræ, 1767, 2 *tom in* 4.° Este autor Siríaco se muestra siempre maligno y á veces ignorante en su enemistad, pues hasta los encabezamientos de sus capítulos suelen ser injuriosos: De como el malvado, de como el impío, de como la víbora, etc. El artículo estenso de TAMERLAN en la Biblioteca Oriental, participa de dos propensiones encontradas, por cuanto D'Herbelot va tomando á diestro y siniestro sus materiales (p. 877—888) de Kandemir, Ebu Schounah, y el Lebtarikh.

(6) *Demir, ó Tamerlan* significa en turco Hierro, y *beg* es dictado de un señoron ó príncipe. En variando una letra, ó sea un acento, se trueca en *Lenc* ó Manco, y el taciturno europeo equivoca ó confunde las dos voces en el nombre de Tamerlan.*

(*a*) Era cojo de una herida en el sitio de la capital de Sistan. Shereffeddin l. III. Von Hammer. — M.

(*b*) En las Memorias; el niño Gurgan es en un lugar (p. 23.) interpretado el yerno y en otro (p. 28.) como Kurkan, gran príncipe, jeneralísimo y primer ministro de Jagtai. — M.

(7) *Lenc*, Arabsah, despues de referir algunas consejas descabelladas de Tamerlan, tiene que decir la verdad, y confesarla por entroncado con Jenjis, por mulieres (como añade enfadadamente) laqueos Satanæ (part. I. c. I. p. 25.). El testimonio de Abulghazi Khan (p. II. c. V. p. 5. P. IV.) está despejado é indisputable, y en fin decisivo.

(8) Segun allá cierta alcurnia, el cuarto antepasado de Jenjis y el noveno de Tamerlan eran hermanos; y acordaron que la posteridad del mayor heredase la suma dignidad de Khan, y que los descendientes de el desempeñasen el cargo de ministro y jeneral. Convenia el eco.de tamaña tradicion para sincerar los *primeros* pasos de la ambicion de Tamerlan (Instituciones, p. 24, 25., por los fragmentos manuscritos da la Historia de Tamerlan.).

(9) Véase el prólogo de Sherefeddin, y la Jeografía de Abulfeda, Chorasmiæ etc. Descriptio, p. 60, 61.) en el tomo III de los Jeógrafos Menores de Hudson.

(10) Véase su nacimiento en el Doctor Hyde (Syntagma Dissertat. tom. II. p. 466.) como se delineó por los astrólogos de su nieto Ulugh-Beg: Nació A. D. 1336, 9 de abril 11.° 57 P. M. lat. 36. Ignoro si por

* Segun las Memorias, lo llamó así un Jeque, quien al visitar á su madre estaba leyendo el verso del Alcoran. «¿Estás seguro de que quién habita el cielo, no ha de hacer que estrague la tierra, y al mirarlo *ha de conocerse*, Tamuru.» Entonces el Jeque se para y dice: «Acabamos de nombrar á vuestro hijo *Timur*, p. 21.—M

ahí cabe demostrar la gran conjuncion de los planetas como otros conquistadores y profetas, derivando Tamerlan el sobrenombre de Saheb Keran ó árbitro de las conjunciones, (Bibliot. Orient. p. 878.).

(11) En las Instituciones de Tamerlan, los súbditos del Khan de Kashgar se llaman impropiamente Ouzbegs ó Uzbeks, nombre que pertenece á otra nacion, que es una rama ó país de los Tártaros (Abulfeda p. V. c. 5. p. VII. c. 5.) si me constase que esta voz se halla en el orijinal turco, afirmaria resueltamente que las Instituciones se fraguaron un siglo despues de la muerte, despues del establecimiento de los Uzbekes en la Transoxiana.*

(c) Despues de los veinte y siete años se alistó con el emir Houssein, quien avasalló el Khorasan y el Maweraionehr. Von Hammer, vol I. p. 262. Ninguno de estos datos concuerda con las Memorias. De niño de doce años, « Se me figuró que tenia en mí todas las muestras de la mayor grandeza y sabiduría, y recibia sus visitas con arrogancia y señorío. » A los diez y siete años se constituyó mayoral de toda la ganadería de la caza (p. 24.). A los diez y nueve se negó ú orilló el pago del ajedrez, hizo una especie de voto de Budista, de no lastimar á ningun viviente, y se rindió al pié paralítico por haber pisado una hormiga (p 30.). A los veinte asomaron en su celebro pensamientos de rebeldía y engrandecimiento, y parece que se halló en el primer trance de armas. Era ya guerrero cabal cuando se alistó á los 27 con el emir Houssin. — M.

(d) Cotéjense las Memorias, en la paj. 61. Su encarcelamiento allí se fija en 63 dias. « Por el tiempo en que hizo un voto á Dios, de no prender á nadie, criminal ó inocente, ni tenerlo arrestado, ni corto ni largo tiempo, con cadenas ó sin ellas. » p. 63. — M.

(12) En el primer libro de Sherefeddin se emplea en la vida privada del héroe, y él mismo, si su secretario (Instituciones, p. 3—77.) se esplaya complacidamente sobre los trece intentos ó empresas que mas verdaderamente constituyen su mérito *personal*, resplandeciendo entre los mártires abrumados del Arabshah. p. I. c. 1.—12.

(13) Las conquistas de Persia, Tartaria é India, se hallan historiadas en los libros II y III de Cherefeddin, y en el Arabshah (c. 13—55.). Consúltese el índice escelente de las Instituciones.**

* Advierte el Mayor Steward que el traductor persa suele citar el nombre Uzbek por anticipacion; como tambien que esta Jits ó Jetas, no deben equivocarse con los antiguos Jetas, pues eran Turcos sin convertir. Col. Tod. (History of Rajasthan, vol. p. 166.) identifica los Jits con la ralea antigua. — M.

** Cotéjese el libro séptimo de Von Hammer, Geschichte der Osmanischen Reiches. — M.

(14) El acatamiento de los Tártaros al número *nueve*, se manifiesta en Abulghazi Khan, quien por esta razon, divide la Historia jenealójica en nueve partes.

(*e*) Tamerlan, en cierto lance, le envió este mensaje. «Quien anhela gozar el embeleso del solio tiene que adorarlo sobre la punta agudísima de un estoque.» p. 83. La escena de la prueba de Houssein y la resistencia de Tamerlan menguaron mas y mas la venganza de los caudillos creciendo proporcionalmente, estan retratadas al vivo. — M.

(15) Con arreglo al Arabshah (P. I. c. 28 p. 183.), el cobarde Tamerlan huyó á su tienda, y se escondió del alcance de Shah Mamur, bajo las ropas de sus mujeres. Quizás Sherefeddin (l. III. c. 25.) ha querido abultar sus arrojos.

(16) La historia de Ormuz se asemeja á la de Tyro. La ciudad antigua en el continente, quedó destruida por los Tártaros, y se renovó en una isla cercana, sin agua ni vejetales. Los reyes de Ormuz, riquísimos con el convenio de la Iudia y la pesca de perlas, poseian estados pingües en Persia y en Arabia; pero al pronto fueron tributarios de los sultanes de Karman, y luego quedaron rescatados por los Portugueses (A. D. 1505) de la tiranía de sus propios visires (Marco Polo, l. I. c. 15. 16. fol. 7., 8. Abulfeda Geograf. tab. XI. p. 261, 262. Una crónica orijinal en Tejeira, ó Historia de Persia en Stevens p. 376—416, y los itinerarios insertos en el primer tomo de Ramusio, de Ludovico Barthema (1503) fol. 167, de Andrea Corsali (1517), fol. 202, 203, y de Odoardo Barbessa (en 1516), fol. 315—318.).

(17) Arabshah habia viajado por Kipzak; y ha adquirido sumo conocimiento de la jeografía, ciudades y revoluciones de aquella rejion septentrional (P. I. c. 45—49.).

(18) Instituciones de Tamerlan, p. 123, 125. Mr. White, su editor prorumpe en algun cargo contra la superficialidad de Sherefeddin (l. III. c. 12. 13. y 14., quien ignoraba el intento de Tamerlan, y los móviles de susp asos.

(19) Mas creibles aparecen las pellizerías que las barras de Rusia, pero nunca ha merecido nombradía en la historia de Antioquía, y mas cuando yacía en escombros. Conceptuo que seria alguna manufactura europea, llevada por los Asiáticos por el nombre de Novogorod.

(20) M. Levesque (Hist. de Russie, tom. II. p. 247. Vida de Tamerlan p. 64—67, antes de la version francesa de los Institutos) encomienda el yerro de Sherefeddin, y deslindado el término cabal de las conquistas de Tamerlan. Escusados son sus raciocinios, pues con una sola mirada á los Anales de Rusia se echa de ver, que Moscou, tomado seis años antes por Toctamish, se salvó de las armas de otro invasor mas formidable.

(21) Menciónase un cónsul Ejipcio del gran Cairo en el viaje de Bárbaro ó Tana en 1436 ,reedificada ya la ciudad (Ramusio, tom. II. fol. 92.).

(22) Refiere Sherefeddin el saqueo de Azof (l. III. c. 35.); y mas particularmente el autor de una crónica Italiana (Andreas de Redusiis de Quero., in Chron. Tarvisiano, in Muratori, Scrip. Rer. Italic. tom. XIX. p. 802—805.). Habia conversado con los Mianis, dos hermanos venecianos, uno de los cuales habia ido de diputado al campamento de Tamerlan, y el otro habia perdido en Azof sus hijos y 12.000 ducados.

(23) Sherefeddin dice únicamente (l. III. p. 13.) que los rayos del sol, al salir y al ponerse, se diferenciaban con escaso intermedio; problema que cabe resolverse en la latitud de Moscou (56 grados por medio de la aurora boreal, y el crepúsculo larguísimo de estío; mas un *día* de cuarenta dias (Khondemir apud D'Herbelot, p. 880) en rigor nos encajonaria en el círculo polar.

(24) En cuanto á la guerra India, véanse las Instituciones (p. 129—139) el cuarto libro de Sherefeddin, y la Historia de Feristha (en Duw. vol. II. p. 1—20.), que arrojan un resplendor jeneral sobre los acontecimientos del Indostan.

(25) Los rios del Penjab, los cuatro ramos orientales del Indo, quedan al fin bosquejados en el mapa incomparable del Mayor Renuel, obra de sumo esmero y veracidad, deslindando en su memoria con tino y precision las manchas de Alejandro y de Tamerlan.*

(*f*) Advierte M. Von Hammer, que se equivoca Gibbon en la correspondencia de los noventa y dos cuerpos de aquel ejército, con los noventa y dos nombres de Dios; porque estos nombres son noventa y nueve y allá es el centésimo, p. 286. nota. Pero Gibbon habla de los nombres y dictados de Mahoma y no de Dios. — M.

(*g*) Hicieron en su marcha 100.000 esclavos Guebros y luego los mataron. Von Hammer. vol I. p. 286. Se les llama idólatras. Feristha de Briggs. vol. I. p. 491. —M.

(26) Los dos rios caudalosos el Ganges y el Burrampooter, nacen ambos en el Thibet de las cumbres opuestas, separándose á la distancia de 400 leguas, y tras una carrera sesga de mas de 500, vienen á juntarse junto al golfo de Bengala. Pero es la nombradía tan de suyo antojadiza que el Burrampooter está recien descubierto, y su hermano el Ganges ha sonado y resonado en la historia antigua y en la moderna. Cupele, teatro de la última victoria de Tamerlan, ha de caer cerca de Lol

* Véase el tomo I. cap. II. nota 1. — M.

dong, á casi 400 leguas de Calcuta, y en 1774, un campamento inglés (Memoria de Rennel, p. 7. y 59, etc.

(27) Véase las Instituciones p. 141, hasta el fin del primer libro: y Sherefeddin (l. V. c. 1—16.), hasta la entrada de Tamerlan en Siria.

(*h*) Véase un paso curioso de la destruccion de los ídolos Indios, Memoires, p. 15.—M.

(*i*) Consúltese la descripcion vivísima del desagüe de la Vaca por el capitan Hodgson, Asiat. Res. vol. XIV. p. 117. « Asombrosa perspectiva. El R'hagiratha ó Ganges, surte por debajo de un arco muy sumido, al pié de un cauce de nieve. Mi guia, un montañés zafio comparando los camaleones pendientes á la cabellera de Mahodeva, » (Coríjense las poesías, Revista trimestre, vol. XIV. y al fin de su traduccion del Nala.). « Quizás hubo allá tal cual indio escudriñador, y siendo así no cabe idear un paraje al cual se pueda aplicar con mas propiedad el nombre de Vaca, que á una desembocadura tan peregrina. » —M.

(28) Tenemos tres ejemplares de estas cartas contrapuestas en las Instituciones (p. 147) en Sherefeddin (l. V. c. 14) y en Arabshah (tom. II. c. 13. p. 183—201.) que concuerdan entre sí en cuanto al destemple y la sustancia, mas bien que en su estilo. Se hace probable que se fueron traduciendo con mayor ó menor ensanche, del orijinal turco al arábigo y al persa.*

(29) El emir Mogol se particulariza con el dictado de *Turco*, estendiéndolo á todos los suyos, y tizna la ralea, ó nacion de Bayaceto con el nombre menos honorífico de *Turcomans*. Mas no alcanzo como los Otomanos podian descender allá de un marinero Turcomano uniendo aquellos pastores enterados apenas de la marina y de todo negocio marítimo.**

(30) Segun el Alcoran (c. 11. p. 27. y los discursos de Sale p. 134.) todo Musulman que se divorció por tres veces de su mujer (ó que pronunció tres veces su divorcio) no podia recogerla ya hasta que se casase con *otro* que luego la repudiase; convenio afrentoso, que no necesita afearse con la suposicion de que el primer marido la gozase por el segundo (Rycaut, estado del Imperio Otomano l. II. c. 21.).

(31) El miramiento jeneral de los Orientales en no hablar jamás de sus mujeres se atribuye en grado mucho mas subido á las naciones turcas

* Conceptua Von Hammer supuesta la carta que embebe Gibbon en el texto; y véase su nota en cuanto á los varios traslados de estas cartas, p. 616. —M.

** Price traduce de un piloto ó barquero.—M.

por Arabshah, y es de notar que Chalcondyle (l. II. p. 53.) tenia alguna noticia de aquella vulgaridad ó insulto.*

(j) Véase el mismo sobre las barbaridades cometidas con las víctimas que suenan en el texto.

(32) En cuanto al estilo de los Mogoles, véanse las Instituciones (p. 131. 147.), y en cuanto á los Persas la Biblioteca Oriental (p. 882.), mas no hallo que el dictado de Cesar esté hoy empleado por los Arabes con ningun Otomano.

(33) Véanse los reinados de Barkok y Pharadge, en Mr. de Guignes (tom. IV. l. XXII) quien del texto arábigo de Abulmahasen, Ebn Schounah y Aintabi, ha ido añadiendo algunos hechos á nuestro caudal comun de materiales.

(34) Sobre estos acontecimientos modernos y caseros, es creible, aunque parcial Arabshah, como testigo. (tom. I. c. 64—68, tom. II c. 1—14.). Odiosísimo seria Tamerlan para un Siríaco; mas la notoriedad de los hechos debieron precisarle, hasta cierto punto, á respetar al enemigo y á su propio concepto. Su acíbar enmienda el empalago de Sherefeddin (l, V. c. 17—29.).

(35) Copiáronse estos elogios interesantes al parecer por Arabshah (tom. I. c. 68. p. 625—645. (por el Cadhi é historiador Ebn Schounah, interventor principal; mas ¿cómo podia venir aun á los setenta y cinco años despues? (D'Herbelot, p. 792.).

(36) Las marchas y afanes de Tamerlan entre la guerra Siriaca y Otomana se hallan en Sherefeddin (l. V. c. 29—43.) y en Arabshah (tom. III. c. 15—18.).

(37) El número 800.001 es de mano de Arabshah, ó mas bien de Ebn Schounah, ex racionario de Tamerlan, bajo la fe de un oficial Carizmo (tom. I. c. 68. p. 637.) haciéndose harto reparable, que un historiador Griego (Franza l. I. c. 29.) no añade mas que 20.000 hombres. Cuenta Peggio un millon, y otro Latino contemporáneo (Chronis Tarvisianum, apud Muratori, tom. XIX. p. 800) 1,100.000, y un soldado aleman atestigua la suma enormísima de 1,600.000, habiéndolo presenciado en la batalla de Angora (Launclav. ad Chalcondyl, l. III. p 82.). Tamerlan en sus Instituciones, no ha tenido á bien computar sus fuerzas, sus propios sóbditos, ni sus recursos.

(38) Ensanche sumo franquea para los allegados al Gran Mogol, á impulsos de sus ínfulas y de la ventaja de su oficialidad. El patron de Bernier era Penge Hazari, comandante de 5.000 caballos, de los cuales tan solo estaba manteniendo 500 (Viajes, tom. I, p. 288, 289).

* Véase Von Hammer, p. 308. y nota 261.—M.

(39) El mismo Tamerlan fija en 400,000 el ejército Otomano (Instituciones, p. 153) reducidos por Franza á 15.000 (l. I, c. 29) y abultados por el soldado Aleman hasta 1,400.000. Pero siempre sobrepujaban en número los Mogoles.

(40) No estará de mas el deslindar las distancias entre Angora y las ciudades cercanas, pero la jornada de caravana, es de seis á ocho leguas cada una; á Esmirna 7, 10 á Kiotabia, 10 á Baeza, á Cesarea 8, á Sínope 10, 9 á Nicomedia, y 12 ó 13 á Constantinopla (Véase Turnefort, Viaje á Levante, tom. II, carta XXI).

(41) Véanse los sistemas de táctica en las Instituciones, que han despejado los editores ingleses, con planos esmerados (p. 373.—407).

(42) El mismo sultan (dice Tamerlan), tuvo que poner el pié del valor en el estribo del aguante. Metáfora tártara que desaparece en el inglés, pero asoma en la version francesa del Instituto, (p. 156, 157).

(43) El fuego griego por parte de Tamerlan, está testimoniado por Sherefeddin (l. V., c. 47), pero Voltaire prorumpe en la sospecha estrañísima de que algunos cañones con rotulos desconocidos, se enviaron por el monarca á Delhy; pero queda refutado con el silencio universal de los contemporáneos.

(l) Véase Von Hammer, quien apunta allá la cordura de Tamerlan en franquear sus tesoros.

(44) Encubrió Tamerlan aquella negociacion reservada é importante con los Tártaros; pero se comprueba incontrastablemente con el testimonio combinado de los historiadores Arabes (t. I, c. 47, p. 391), Turcos (Annal. Leunclavii, p. 321) y los Persas (Kondemir, apud D'Herbelot, p. 882).

(45) Sobre la guerra de Anatolia ó Rum, añade tal cual especie de las Instituciones á la narracion estensa de Sherefeddin (l. V. c. 44, 65) y de Arabash (tom. II. c. 28, 35). Tan solo en esta parte de la historia de Tamerlan cabe citar á los Turcos. (Cantemir, p. 53, 55. Annal Leunclavii, p. 320, 322) y los Griegos (Franza, l. 1, c. 29. Ducas, c. 15, 17. Chalcondyle, l. III).

(46) Voltaire siempre dudando, (Ensayo sobre la Historia jeneral, c. 88) propende aquí como en todo trance, á desechar consejas populares, y á cercenar los ámbitos de la virtud y del vicio, aunque su incredulidad suele ser fundada.

(47) Véase la Historia de Sherefeddin (l. V. cap. 49, etc.) Terminóse la obra en Shiraz el año de 1424, y dedicóse al sultan Ibrahím, hijo de Tamerlan, quien estuvo ya reinando en el Turkistan en vida del padre.

(48) Tras la lectura de Khondemir, Ebn Schounah, etc. el doctísimo

D'Herbelot (Bibliot. Orient. paj. 882) puede muy bien afirmar que la patraña se inventó fuera de las historias mas auténticas; pero el oponerse al testimonio patente de Arabshah infunde alguna desconfianza en todo aquel esmero.

(49) Et fût lui même (*Bayaceto*) asido y encarcelado, y así murió con *cruda muerte*; Memorias de Boucicault, P. I, c. 37. Se compusieron aquellas memorias, siendo todavía el mariscal gobernador de Jénova, de donde lo arrojaron en 1409, en un alboroto (Muratori, Annali d'Italia, t. XII, p. 473, 474).

(50) Hallará el lector una noticia cabal de la vida y escritos del Poggio en el Poggiana, obra muy amena de Mr. Lenfant, y en la Biblioteca Latina mediæ et infimæ Ætatis de Fabricio (tom. V. p. 305, 308). Nació el Poggio en 1380 y murió en 1453.

(51) El diálogo de Varietate Fortunæ (del cual se publicó en París en 1723, una edicion completa y linda en 4.º) se compuso poco antes de la muerte de Martino V (p. 5), y por consiguiente á fines del año 1430.

(52) Véase un elogio elocuente y florido de Tamerlan, p. 36, 39, ipse enim novi (dice el Poggio) qui fuere in ejus castris.... Regem vivum cepit, caveaque in modum feræ inclusum per omnem Asiam circumtulit egregium admirandumque spectaculum fortunæ.

(53) El Chronicon Tarvisianum (en Muratori, Script. Rerum Ital. tom. XIX, p. 800) y los Anales Estenses (tom. XVIII, p. 974) Ambos autores, Andreas de Redusiis de Quero y Jaime de Delayto, fueron contemporáneos, y al par cancilleres, el uno en Treviso y el otro en Ferrara; y el testimonio del primero es muy terminante.

(54) Véase Arabshah, tom. II, c. 28. 34. Viajó por rejiones Romanas. A. H. 839 (A. D, 1435, Jul. 27), tom. II, c. 2 p. 13.

(55) Rusbequio in Legatione Turcica, epist. I, p. 52. Pero esta autoridad respetable padece algun quebranto con los desposorios posteriores de Amurates II con una Servia, y de Mahometo II con una Asiática, ambas princesas (Cantemiro, p. 83, 93).

(56) Vease el testimonio de Jorje Franza (l. I, c. 23), y su vida en Hanckio (de Script. Byzant. P. I, c. 40) Chalcondyle y Ducas hablan con jeneralidad de las *cadenas* de Bayaceto.

(57) Annales Leunclav. p. 321. Pocok prelegom. ad Abulpharag. ad Dynast. Cantemiro. p. 55 *.

(58) Allá Sapor, rey de Persia, cayó prisionero y le encerraron en la figura de una piel de vaca por mandato de Maximiano, ó por Galerio César. Tal es la patraña referida por Eutichius (Annal. tomo I, p. 421,

* Von Hammer p. 318 cita varias autoridades desconocidas á Gibbon.

vers. Pocock). El conjunto de la verdadera historia (Caida y Ruina etc., tom. I, p. 331, 337). Nos enseña á justificar el conocimiento de los Orientales en los tiempos anteriores á la Héjira.

(59) Arabshab (t. II, p. 25), va describiendo á fuer de viajero esmerado, los estrechos de Galipoli y de Constantinopla. Para hacerse cargo de tales acontecimientos, he ido cotejando relaciones y vulgaridades, de Mogoles, Turcos y Arabes. Menciona el embajador español aquella union enemiga de Cristianos y Otomanos (Vida de Tamerlan, p. 96).

(m) La esplicacion de Von Hammer sobre punto tan controvertido es cabal y sencilla, se ha procedido de una equivocacion en el sentido de una voz turca *kafe*, que significa una litera cubierta, ó como peana, llevada por dos caballerías, y usado jeneralmente para el trasporte del harem, ó serrallo de todo monarca oriental. En aquella litera con persianas de hierro, quiso ó tuvo que ir en los viajes, y así se trastrocó torpemente ó por malicia en jaula. El europeo Shiltberger, los dos historiadores turcos mas antiguos, y el recopilador último mas apreciable. Seaddedin, han descrito aquella litera. Seaddedin ventila el punto sin asomo de criterio histórico, y atribuye aquella providencia al desconcierto de ánimo en Bayaceto, que no queria presenciar el predominio de sus vencedores Tártaros. Von Hammer, p. 320. — M.

(60) Trasladado el gran dictado de César á los sultanes de Rum, se equivocaban los príncipes Griegos de Constantinopla (Sherefeddin, l. V. c. 54) con los Cristianos señores de Galipoli, Tesalónica etc. bajo el título de *Tekkur*, mal derivado del jenitivo kuri (Cantemiro, p. 51).

(61) Véase Sherefeddin l. V., c. 4, que va deslindando en un itinerario cabal, el rumbo, ú derrotero para China, que Arbshah (tom. II, c. 33) allá destruye con lenguaje retórico.

(62) Synopsis Hist. Siniecæ, p. 74, 76 (en la IV parte de las Relaciones de Thevenot), Duhalde, Hist. de la China (tom. I, p. 507, 508, edicion en folio) y en cuanto á la cronolojía de los emperadores chinos de Guignes, Hist. des Huns, tom. I, p. 71, 72.

(63) Sobre el regreso, triunfo y muerte de Tamerlan, véase Sherefeddin (l. VI, c. 1, 30) y Arabshah (tom. II, p. 35, 47).

(64) Sherefeddin (l. VI, c. 24) menciona los embajadores de uno de los mayores potentados de Europa. Consta que fue Enrique III de Castilla y subsiste la relacion curiosa de sus dos embajadas (Mariana, Histor. Hispan. l. XIX, c. 11, tom. II, p. 329, 330. Advertencia á la Hist. de Timur Bec, p. 28, 33). Asoma tambien alguna correspondencia entre el emperador Mogol y Carlos VII, rey de Francia (Hist. de France por Vely et Villaret, tom. XII. p. 336).

(65) Véase la traduccion de la relacion persa de su embajada, docu-

mento orijinal y apreciable (en la IV parte de las Relaciones de Thevenot). Presentaron al emperador de la China, un caballo ya viejo montado allá por Tamerlan. En el año de 1519 salieron de la corte de Herat ,y y regresaron en 1722 de Pekin.

(66) De Arabshah, tom. II, p. 96; el matíz subido y apocado sale de Sherefeddin, D'Herbelot, y las Instituciones.

(67) Su nuevo sistema fue creciendo desde 32 piezas y 64 cuadrados hasta 55 piezas y 110 ó 130 casillas ó cuadritos, pero escepto en aquella corte, el juego antiguo se ha conceptuado harto intrincadillo. El emperador del Mogol se complació mas bien que se lastimó con la victoria de un súbdito. Se queda para los ajedreistas el justipreciar el valor de aquel elojio.

(68) Véase Sherefeddin, l. V, c. 15, 25. Arabshah (tom. II, c. 96. p. 801, 803.) desaprueba la impropiedad de Tamerlan y los Mogoles, quienes casi anteponian al mismo Alcoran el *Yacsa*, ó Ley de Jengis (cui Deus maledicat), ni acabo de creer que Sharokh hubiera abolido el uso y la autoridad de aquel código Pagano.

(69) Sobre los pasos sangrientos de su narrativa, pudiéramos referirnos á ciertas anticipaciones en los primeros tomos de nuestra decadencia etc. que en una sola nota (l. 21) se apresan cerca de 300.000 cabezas por monumentos de su crueldad. Escepto el drama de Rowo sobre el cinco de noviembre, no me prometia yo oir hablar del acontecimiento halagüeño de Tamerlan (Wit. preface, p. 7). Disculpó no obstante cierto entusiasmo garboso en los lectores y mas en el editor de las Instituciones.

(70) Consúltense los últimos capítulos de Sherefeddin y de Arabshah, y Mr. de Guignes (Hist. des Huns, tom. IV. l. XX.). La historia de Nadir Shah por Fraser p. 1—62. La historia de los descendientes de Tamerlan se sabe á medias, sin que aparezcan los libros posteriores de Sherefeddin.

(71) Schah Allum, el Mogol actual, procede en grado catorceno de Tamerlan, por Miran Shah su hijo tercero. Véase el tomo segundo de la Historia del Indostan por Dow.

(72) Las guerras civiles desde Bayazeto hasta Mustafá, por sus respectivas muestras, estan referidas por los mismos Turcos en Demetrio Cantemiro (p. 38—82.). De los Griegos Chalcondyle (l. IV. y V.) Franza (il. I. c. 30—32. (y Ducas (c. 18—27.) el último es el mas estenso y mas enterado.

(73) Arabshah, tom. II. c. 26., cuyo testimonio en este paso es de entidad y de aprecio. La existencia de Iza, desconocido entre Turcos, se confirma igualmente por Sherefeddin, (l. V. c. 17.).

(74) Arabshah, donde arriban Abulfeda Geograph. tab. XVII. Rusbequio, epist. I. p. 96. 97. en Itinerar C. P. y Amasiano.*

(n) Salvóse el fugitivo del baño, y se acojió á Constantinopla. Cinco hermanos desde la aldea de Dugunschi, cuyo vecindario habia sido acosado con exacciones de sus oficiales, lo conocieron y lo siguieron; Soliman volcó á dos de ellos, los demás lo asaetearon luego; cae el sultan y le cortan la cabeza. Von Hammer, vol. I. p. 349,—M.

(ñ) Véanse en el mismo sus cinco batallas.—M.

(75 Un Griego contemporáneo ensalza las prendas de Sherefeddin (Ducas, c. 25.). Los descendientes son 500 nobles, únicos en Turquía, contentándose con la administracion de sus fundaciones relijiosas, se les dispensa de todo cargo concejil, y reciben dos visitas anuales del sultan. (Cantemiro, p 76.).

(76) Véase Paquímero (l. V. c. 29.), Nicéforo Gregoras (l. II. c. 1. Sherefeddin)l. V. c. 57.) y Ducas (c. 25.). Este último, observador curioso y esmerado, es acreedor por su nacimiento y suposicion en la sociedad, á mucho credito en cuanto se refiere á la Ionia y las islas. Entre las naciones que fueron acudiendo á la Nueva Focea menciona al inglés (Ιγγλνοι); testimonio muy remoto de nuestro comercio en el Mediterraneo.

(77) En cuanto al afan navegador é independiente de la antigua Focea, ó mas bien, de los Foceos, consúltese el primer libro de Herodoto, y el Indice jeográfico del último y sabio traductor francés M. Larcher (tom. VII. p. 299.).

(78) No enumera Plinio á Focea (Hist. Nat. XXXV. 52.) entre los parajes productivos de alumbre, contando el primero á Ejipto, y el segundo la isla de Melos, cuyos alumbres se mencionan por Turnefort (tom. I, carta IV.) viajero y naturalista. Perdida Forea, los Genoveses en 1457 hallaron aquel mineral utilísimo en la isla de Ischia (Ismael Bouillaud ad Ducam, c. 25.).

(79) El escritor que mas se ha esplayado en sus desahogos fabulosos es el injenioso Guillermo Temple; sus obras, vol. III. p. 349. etc. en 8.º) amantísimo de heroicidades lejanas. Tras la conquista de Rusia, etc. y el tránsito del Danubio, su héroe Tártaro socorre, visita, celebra y desestima la ciudad de Constantino. Su pincel lisonjero se desvia á cada punto de la verdad histórica, pero sus ficciones placenteras son mas disculpables que los yerros clásicos de Cantemiro.

(80) Sobre los reinados de Manuel y Juan, de Mahometo I. y de Amurates II. véase la historia Otomana de Cantemiro (p. 70—95.) y los tres Guignes, Chalcondyle, Franza, y Ducas, que es todavía superior ó sus competidores.

(81) El asper turco (del griego ασπρος) era una pieza blanca ó de plata, muy aduterada en el dia, pero que al principio era por lo menos equivalente á la cincuentena parte de un ducado Veneciano, y 500.000 asperes, situado de príncipes ó tributo rejio, pueden regularse en 1.500 libras esterlinas (Leunclav. Pandect. Turc. p. 406. —408.) *.

(82) Sobre el sitio de Constantinopla en 1422, véase la narracion particular y contemporánea de Juan Canane, publicada por Leon Alacio al fin de su edicion del Acropolita p. 188—189.).

(83) Cantemiro, p. 80. Canano que inserta Seid Bechar sin nombrarlo, supone que el amigo de Mahometo cargó para sus amores con el privilegio de Profeta, y que las monjas mas lindas de Constantinopla estaban prometidas al Santo y á sus discípulos.

(84) Sobre esta aparicion milagrosa, acude Canano al santo musulman, pero, ¿quién abona á Seid Bechar?

(85) Véase Ricaubi (l. I. c. 13.). Los sultanes Turcos se apropian el dictado de Khan. Pero Abulghazi á sus primos Otomanos.

(86) El tercer gran visir, llamado Kiuperli que feneció en la batalla Salankanen al año de 1691 (Cantemiro p. 382, se arrojó á decir, que todos los sucesores de Soliman habian sido necios ó tiranos, y que ya era hora de venir á desacatarlas. Marsigli, Stato Militare etc. p. 28.). Aquel hereje político era un whig lejítimo, y sinceró contra al embajador francés la revolucion de Inglaterra (Mignot, Hist. des Ottomans, tom. III. p. 434.). Su arrogancia da al través la escepcion estraña de continuar los empleos en una misma alcurnia.

(87) Chalcondyle (l. V.) y Ducas (c. 23.) sacan á luz los toscos asomos de la política Otomana, y el trueque de los niños cristianos en soldados de Turquía.

(88) Este bosquejillo de la educacion y disciplina turca, está sacado principalmente del estado del imperio Otomano de Ricaut, y del Stato Militare del conde Marsigli (Haya, 1732 en folio, una descripcion del Serrallo, comprobada por el mismo M. Graves, viajero esmerado, é inserta en el tomo segundo de su obra.

(89) De la lista de CXV visires hasta el sitio de Viena (Marsigli, p. 13.) su duracion se puede regular á tres años y medio en el conjunto.

(90) Véanse las cartas preciosas y entretenidas de Rusbequio.

(91) El primero y segundo tomo de los Ensayos químicos de Watson

* Segun Von Hammer, este cómputo es bajísimo. Era el asper, por reglamento en la temporada á que Leunclavio se refiere, el décimo de un ducado, por el mismo tributo que los escritores Bizantinos regulan en 30.000 ducados, unas 1.500 libras. Nota, vol. I. p. 636. —M.

contienen los discursos especiales sobre el descubrimiento y la composicion de la pólvora.

(92) No son de fiar los testimonios modernos sobre este punto. Ducange va recogiendo los pasos orijinales (Gloss. Latin tom. I. p. 675., *Bombarda*); pero en aquellos escasos apuntes, el nombre estruendo, luego estrago que al parecer espresan nuestra artillería, pueden referirse á la maquinaria antigua del fuego griego. En cuanto á los cañones ingleses en Crecy, á la autoridad de Juan Villani (Chron. l. XII. c. 65.) se contraponen el silencio de Froissard. Muratori no obstante (Antiquit. Ital. Medii Ævi tom. II. Dissert. XXVI. p. 514, 515, ha presentado un paso decisivo del Petrarca (de Remediis utriusque Fortunæ Dialog), quien antes del año de 1344, abomina del rayo terrestre, *nuper rara, nunc communius.*

(93) Los cañones Turcos que Ducas (c. 30.) trae sobre Belgrado (A. D. 1436) se mencionan en Chalcondyle (l. V. p. 123.) en 1422 para al sitio de Constantinopla.

CAPITULO LXVI.

Acuden los emperadores Orientales á los Papas. — Asomadas al Occidente de Juan primero, Manuel y Juan segundo, Paleólogo.—Union de las iglesias griega y latina, esforzada en el Concilio de Basilea, y concluida en Ferrara y Florencia.— Estado de la literatura en Constantinopla.—Revive en Italia con los Griegos fugitivos.—Afan y emulacion de los Latinos.

En los cuatro siglos últimos de los emperadores Griegos, su cargo amistoso ú contrapuesto con los papas y los Latinos, viene á mostrarse como el termómetro de su prosperidad ó su quebranto; como el mapa del encumbramiento ú postracion de las dinastías bárbaras. Cuando los Turcos de la alcurnia de Seljuk vagaban por el Asia y amagaban á Constantinopla, hemos presenciado en el concilio de Plasencia á los embajadores pedigüeños de Alexio, implorando el amparo del Padre comun de la Cristiandad; mas al arrollar los peregrinos franceses al sultan desde Niza hasta Iconio, recobran ó patentizan los príncipes Griegos su encono entrañable y menosprecio sumo de los cismáticos occidentales, que atropellaron el primer derrumbo de su imperio. Asoma en la fecha de la

invasion Mogola, el habla mansa y halagüeña de Juan Vataces. Recobrada Constantinopla, acosan el solio del primer Paleólogo enemigos extraños y caseros; cuelga la espada de Cárlos sobre su sien, acude ruinmente á implorar la dignacion del pontífice Romano, sacrificando al peligro presente su fe, su pundonor y el cariño de sus vasallos. Muere Miguel, y príncipe y pueblo tremolan allá la independencia de su iglesia y la pureza de su creencia. El primer Andrónico, ni teme ni ama á los Latinos, y en su trance postrero, las ínfulas son la salvaguardia de la supersticion; ni le cabia decorosamente retractarse en la ansiedad de las declaraciones terminantes y acendradas de su juventud. Su nieto, Andrónico el menor, era menos esclavo por índole y por estimacion, y la conquista de la Bitinia por los Turcos le recomendó la union de ánimo espiritual y corporal, con los príncipes occidentales; y por lo visto las instrucciones muy esmeradas salieron de la mano maestra del gran Doméstico (1). « Santísimo Padre, » tenia que decir el encargado, « no está menos ansioso el emperador de realizar la union entre las citadas iglesias que vos mismo; pero tiene que mirar por su propio decoro, y contemporizar con las preocupaciones de los súbditos, para rendondear un ajuste de suyo tan vidrioso. Dos son los rumbos para su logro: el de la guerra y el de la persuasion. En cuanto á la fuerza, se palpó ya su ineficacia; puesto que los Latinos llegaron á sojuzgar el imperio sin doblegar los ánimos, y así la persuasiva, aunque pausada, es mas certera y permanente. Una diputacion de treinta ó cuarenta doctores nuestros, podria tal vez avenirse con otros tantos del Vaticano, á impulsos del mútuo afan y de la unidad en la creencia fundamental; pero á su regreso ¿cuál podria ser el resultado y el galardon del convenio? el menosprecio de sus hermanos y el vituperio de una nacion ciega y pertinaz. Sin embargo, la misma nacion se mostró reverente con los concilios jenerales, deslindadores de nuestros artículos de fe, y si desaprueban las actas de Lion, consiste en que las iglesias orientales carecieron allí de audiencia y de representacion, y obraron en todo arbitrariamente. Para el logro de fin tan saludable seria conveniente y aun necesario, que se enviase un legado selecto á la Grecia, para juntar los patriarcas de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalen; y con su auxilio disponer un sínodo libre y universal. Pero en este mismo trance, continuó el agudísimo enviado, el imperio se halla asaltado y mal seguro por los Turcos, quienes se han apropiado ya hasta cuatro de las mayores ciudades de la Anatolia. El vecindario cristiano se muestra muy ansioso de volver al regazo de su Relijion; mas no alcanzan ni los fueros ni las rentas del emperador al intento de su rescate, y al legado Romano tiene que acompañar ó anteceder un ejército francés, para arrojar los infieles, y franquear el paso para el santo Sepulcro ». Si los recelosos Latinos tenian que requerir alguna prenda, alguna mues-

tra preliminar de la sinceridad de los Griegos, las contestaciones de Varlaam fueron terminantes y atinadas. 1. Un sínodo jeneral puede únicamente celebrarse cuando tres de los patriarcas y varios obispos quedan libres del yugo mahometano. 2. Los Griegos se hallan enconados por largas opresiones y agravios, y tan solo pueden hermanarse con jestiones de cariño entrañable, con algun auxilio efectivo que robustezca la autoridad y los argumentos del emperador, y á los amantes del convenio. 3. Si asomase alguna desavenencia irremediable en la fe y en las ceremonias, discípulos son los Griegos del mismo Cristo, y los tesoros son enemigos comunes del nombre cristiano. Armenios, Ciprios y Turcos estan igualmente acosados; y los príncipes franceses á impulsos de su relijiosidad vibraran sus aceros en defensa de la Relijion en jeneral. 4. Si se atropellase á los súbditos de Andrónico, á fuer de la hez de los cismáticos, herejes, ó paganos, un réjimen atinado induciria á las potencias occidentales á escudar el poderoso aliado para sostener su imperio vacilante, resguardar el confin de Europa, y juntarse mas bien con los Griegos contra los Turcos, que dar lugar á que los Turcos utilicen las armas y los tesoros de la Grecia avasallada. « Con esto, razones, ofertas y peticiones de Andrónico vinieron á quedar desatendidas con yerta y ostentosa indiferencia. Los reyes de Francia y de Nápoles se desentendieron de los peligros y la gloria de una cruzada; el papa se negó á convocar un concilio nuevo para deslindar los antiguos capítulos de la fe; y allá miramientos con las demandas añejas del emperador latino y su clero, le comprometieron para poner la contestacion bajo un sobre ofensivo. « Al *Moderador* (2) de los Griegos y á las personas que se apellidan patriarcas de las iglesias orientales. » No cabia tiempo é índole menos favorables para tamaña embajada, pues Benedicto doce (3) era un campesino torpe acosado de escrúpulos, y empapado en vino y en desidia: pudieron sus ínfulas ostentar tercera corona en la tiara papal, pero de suyo era tan incapaz para el desempeño réjio como para el pontifical.

Muere Andrónico, se sajan mutuamente los Griegos con sus guerras intestinas, y no les cabe al acudir en combinaciones de hermandad con los demás Cristianos. Pero apenas logra Cantacuzeno arrollar é indultar á sus enemigos; se desvive en sincerar, ó por lo menos sobredorar la entrada de los Turcos en Europa, y el desposorio de su hija con un príncipe mahometano. Envia dos magnates con un intérprete latino á la corte Romana, trasladada por entonces á Aviñon, sobre el Ródano, por espacio de setenta años: manifiestan la necesidad amarga que le estrechó á enlazarse con los infieles, y articulan por su encargo las voces halagüeñas de union y cruzada. El papa Clemente Sexto (4), sucesor de Benedicto los recibe con agasajo y señorío, se hace cargo de la inocencia de su soberano, disculpa sus quebrantos, encarece su magnanimidad, y les patenti-

za su cabal conocimiento de la situacion y vaivenes del imperio griego, habiéndole enterado muy atinadamente una dama Saboyana, palaciega de la emperatríz Ana (5). Si escaseaba Clemente en atributos sacerdotales, se preciaba de señorío y magnificencia, con ínfulas de soberano, cuya mano dadivosa andaba repartiendo beneficios y reinos sin tasa. Descolló Aviñon en su reinado con boato y deleites; sobrepujaba en su mocedad el desenfreno de los barones, y el palacio y aun su dormitorio, se realzaron ó mancillaron con las visitas de sus mancebas predilectas. Oponíanse las guerras de Francia con Inglaterra á la sagrada empresa; pero allá su vanagloria se escusaba con el ideal aparato, y luego acompañaron en su regreso, dos obispos Latinos á los embajadores Griegos, con el carácter de enviados pontificios. Llegan á Constantinopla, y emperador y nuncios se pasman mutuamente de su respectiva religiosidad y elocuencia, pues sus respectivas conferencias florecian con redoblados rasgos de alabanzas y promesas recíprocas, y así se recreaban unos y otros sin darse crédito en sus arengas. « Me deleito, » prorumpia Cantacuzeno « con el plan de nuestra guerra sagrada, que no puede menos de redundar en timbre mio, y en beneficio grandioso de la Cristiandad. Franquearán mis dominios el paso á las huestes de Francia, tropas, galeras y tesoros se consagrarán á la causa comun, y venturosa seria mi suerte, si mereciera y lograra la corona del martirio. No alcanzan las palabras á espresar el afan con que estoy suspirando por la reunion de los miembros dispersos de Jesu Cristo. Si mi muerte condujera al intento, gozosísimo presentara mi espada y mi cervíz; si mis cenizas brotasen el fénix espiritual, yo mismo hacinara la leña, y encendiera la llama con mis propias manos. » Sin embargo el emperador griego se aferró con que la altanería y el atropellamiento de los Latinos habian abortado los artículos de fe que estaban dividiendo ambas iglesias. Se desentendió de los pasos rendidos y arbitrarios del primer Paleólogo, y declaró con entereza, que nunca avasallaria su conciencia sino á los decretos de un sínodo libre y universal. « La situacion de los tiempos, » continuó « no consiente que el Papa y yo nos avistemos en Roma ó en Constantinopla; pero se puede nombrar alguna ciudad marítima, al confin de ambos imperios, para juntar los obispos, y enterar á los fieles de levante y de occidente. » Muéstranse satisfechos los nuncios con la propuesta, y Cantacuzeno aparenta sumo quebranto por la frustracion de sus esperanzas, que fueron luego al través con el fallecimiento del Papa, y el destemple de su nuevo sucesor. Dilatóse su vida; pero fue en el encierro de un claustro, y si no era con sus plegarias, el humillado monje mal podia entonar los asuntos de su ahijado y del imperio (6).

Pero entre todos los príncipes Bizantinos, el ahijado Juan Paleólogo, era el mas á propósito para prohijar, creer y obedecer al pastor supremo

del Occidente. Bautizóse su madre, Ana de Saboya, en el regazo de la Iglesia latina, su enlace con Andrónico requirió un cambio total de nombre, de etiqueta palaciega, y sobre todo de culto; pero su corazon se mantuvo siempre leal á su patria y relijion; labró la niñez de su hijo, y gobernó al emperador, segun su ánimo, y así su pequeñez tuvo que ir creciendo hasta las dimensiones de una estatura varonil. En el primer año de su rescate y restauracion, eran todavía los Turcos dueños del Helesponto, con armas amagaba el hijo de Cantacuzeno desde Andrinópolis, y no le cabia á Cantacuzeno el contar consigo mismo ni con su pueblo. Opina la madre, esperanzada de auxilio advenedizo, y logra que abjure sus derechos eclesiásticos y civiles, y el acta de esclavitud (7), firmada con tinta de púrpura, y sellada con la bula *de oro,* se entregó reservadamente á un ajente italiano. Encabeza los artículos el mas memorable, que contiene un juramento de fidelidad y obediencia á Inocencio sexto y sucesores, como supremos pontífices de la Iglesia Católica Romana. Se compromete el emperador á mantener con todo acatamiento á sus legados ó nuncios; señalarles palacio para su residencia, y templo para su culto, entregando á su hijo segundo, Manuel, por via de rehenes para el debido cumplimiento de su promesa. En pago de aquel allanamiento, pide un auxilio ejecutivo de quince galeras con quinientos guerreros, y mil ballesteros, para servirle contra sus enemigos tanto musulmanes como cristianos. Se compromete tambien Paleólogo á imponer igual yugo á su clero y vecindario; mas previendo fundadamente el contraresto de los Griegos, acude á los dos medios mas eficaces del cohecho y la educacion. Se autoriza al legado para el nombramiento de beneficios en los sujetos que desde luego firmen la creencia del Vaticano; se plantean además sus escuelas para imbuir á la mocedad de Constantinopla en el idioma y las doctrinas de los Latinos, y se empadronó él nombre de Andrónico, heredero del imperio, en el encabezamiento, como primer cursante. Si se malogran sus intentos por el rumbo de la violencia ó de la persuasion, se allana Paleólogo á darse por inhábil para reinar; traslada al Papa toda autoridad réjia y paternal, y resiste á hacerlo con plenos poderes para el arreglo de la familia, el gobierno y el desposorio de su hijo y sucesor. Pero ni se ejecuta ni se pública el tratado; las galeras Romanas resultan luego tan aereas é ideales como el allanamiento de los Griegos, y gracias á la reserva, el soberano se libertó del terror de aquel rendimiento infructuoso.

Revienta luego en su sien el tormenton de las armas turcas, y perdidas Andrinópolis y la Romanía, queda acorralado en su capital, avasallado por el altanero Amurates, con la esperanza mezquina de ser el postrero en la devoracion de la fiera. En tamaña postracion, Paleólogo toma la resolucion de embarcarse para Venecia, y luego arrojarse á las plantas del

pontífice; siendo el primer príncipe Bizantino que visitase las rejiones desconocidas de Occidente, mas tan solo con ellas se cifraba algun consuelo y arrimo; pues menos ajado quedaba su señoría ante el sagrado colejio que en la *Puerta* Otomana. Regresan los papas, tras largo plazo, de Aviñon á las orillas del Tiber: Urbano quinto (8), de índole apacible y pundonorosa, alienta ó franquea la peregrinacion del príncipe Griego, y le cabe la gloria en un mismo año de recibir en el Vaticano las dos sombras imperiales que venian á representar las majestades allá de un Constantino y un Carlo-Magno. En tan rendida visita, el emperador de Constantinopla, cuyas ínfulas desaparecen bajo el sumo quebranto, dió mas de lo que cabia en cuanto á voces huecas y rendimientos positivos. Se le impone una especie de espediente judicial, y reconoce, en presencia de cuatro cardenales, como acendrado católico, la supremacia del Papa y el procedimiento doble del Espíritu Santo. Tras esta justificacion, se le introduce para su audiencia pública en la iglesia de San Pedro: siéntase Urbano en su solio acompañado de los cardenales; el monarca Griego, en pos de tres jenuflexiones, besó devotamente los pies, las manos y luego la boca del santo Padre, quien celebra misa solemne en su presencia, le consiente el asir las riendas de su mula, y le agasaja con banquete suntuosísimo en el Vaticano. Honorífico y amistoso es el coloquio con Paleólogo, pero asoma cierta indiferencia entre los emperadores de Levante y de Occidente (9); pues el primero no se hizo acreedor al privilejio de entonar el evanjelio en la categoría de diácono (10). Urbano se esmera, por fineza con el ahijado, en revivir en el pecho del monarca francés, y de los demás potentados de Occidente el entusiasmo guerrero; pero los halla en estremo tibios para la causa jeneral, y tan solo ardientísimos en sus intereses peculiares. Asoma un vislumbre de esperanza para el emperador en un mercenario inglés, Juan Hauskwood (11), quien con una cuadrilla de aventureros, la Hermandad blanca; habia ido asolando la Italia desde los Alpes hasta la Calabria, vendido su servicio á estados contrapuestos, y habia incurrido en escomunion, disparando sus saetazos contra la residencia pontificia. Concedióse permiso espreso para negociar con el desterrado; pero las fuerzas ó el denuedo flaquearon en el inglés, y tal vez vino á ser ventajoso para Paleólogo el malogro de un auxilio, muy costoso, inservible y espuestísimo (12). El Griego sin consuelo aparata su regreso (13); pero aun este queda atajado con un tropiezo deshonesto. Ajenció en Venecia sumas cuantiosas con un éxito exhorbitante, pero su arca está vacía, su acreedores se muestran incansables, y quedó arrestado en seguida del cobro. Apremia mas y mas á su primojénito, rejente de Constantinopla, para que eche el resto para el apronto de la cantidad, aun despojando las iglesias para rescatar al padre de su cautiverio y afrenta. Pero el hijo descastado se desentiende allá despiadadamente de tan sumo

borron, y aun en su interior se recrea con el arresto del padre; pobrísimo se halla el estado; el clero se niega, y acude á escrupulillos para cohonestar aquella resistencia. La relijiosidad de su hermano Manuel afea amargamente aquel desvío, quien vende ó empeña ejecutivamente cuanto tiene, se embarca para Venecia, rescata al padre, y se queda en prenda para la responsabilidad del residuo de la deuda. El padre y rey por fin regresa á Constantinopla, y se esmera en diferenciar ambos hijos con adecuada correspondencia, pero en ningun quilate habian acendrado ni la fe, ni las costumbres del perezoso Paleólogo con su peregrinacion á Roma, y su apostasia ó conversion, ajena de toda resulta espiritual ó civil, queda luego olvidada por Griegos y Latinos (14).

A los treinta años de aquel viaje, su hijo y sucesor Manuel, con el propio motivo y con rumbo mas grandioso, visita igualmemente las rejiones occidentales. Referí ya en otro capítulo su convenio con Bayaceto, su quebrantamiento, el sitio ú bloqueo de Constantinopla, y el auxilio francés, á las órdenes del gallardo Boucicault (15). Solicita Manuel, por medio de sus embajadores auxilios latinos, pero se conceptuó que la presencia de un monarca angustiado esprimiria lloros y fuerzas de los bárbaros mas empedernidos (16) y el mariscal que opinó por la espedicion, aparató el recibimiento del príncipe bizantino. Ocupan los Turcos el tránsito por tierra, pero sigue espedita la navegacion á Venecia. Lo agasajó la Italia á fuer de primero, ó por lo menos el segundo de los potentados Cristianos; y todos se van lastimando de aquel confesor y campeon de la fe, y el señorío de sus modales evitó que la compasion entrañable dejenerase en menosprecio. Pasa de Venecia á Padua y Pavía; y hasta el duque de Milan, allá amigo encubierto de Bayaceto, le franquea honoríficamente el tránsito hasta el confin de sus estados (17). Al asomar en Francia, oficiales réjios se encargaban de obsequiarle, costeándole carruaje y mantenimiento, y dos mil jinetes armados y brillantes le salen al encuentro hasta Charenton, por las cercanías de la capital. Salúdanle el canciller y el parlamento á las puertas de París, y Cárlos Sexto, acompañado de sus príncipes y de todo el señorío, le abraza entrañablemente. Cubren al sucesor de Constantino con un ropaje de seda blanca, lo montan en un bridon blanquísimo, realce peregrino en el ceremonial de Francia, en ostentacion de magnificencia, donde se conceptua el color blanco allá como símbolo de soberanía; con la particularidad de que el emperador de Alemania, en una visita reciente, á pesar de su altanera demanda, quedó desairado, teniendo que contentarse con un caballo pezeño. Se hospeda á Manuel en el Louvre; menudean funciones, saraos, banquetes y cacerías, con esmero culto y francés, para distraer al desconsolado, se le franquea su capilla peculiar, y los doctores de la Sorbona se pasman, y tal vez se escandalizan, con el idioma, ritos y vesti-

menta del clero Griego. Pero á la primera mirada del estado del reino, podia desengañarse acerca del ansiado logro de asistencia considerable. El desventurado Cárlos, en medio de tal cual intervalo lúcido, adolecia de ímpetus violentos y postraciones insensatas, y su tio y su hermano solian alternar en el manejo del timon del gobierno, siendo aquellos los duques de Orleans y de Borgoña, cuya competencia descerrajada, estaba ya labrando las desdichas de una guerra civil. Era el primero un mozo lozano y empapado todo en lujo y amoríos; padre el segundo de Juan conde de Nevers, recien rescatado de cautiverio turco, y si el hijo intrépido arde en afan por desagraviar al padre, el Borgoñon mas cuerdo se daba por satisfecho con el peligro y coste del primer trance. Sacia Manuel su curiosidad y cansa tal vez el sufrimiento de los Franceses, cuando emprende su visita á la isla cercana. Desembarca, se interna y disfruta en Canterbury el agasajo del prior y monjes de San Agustin, y en Bluckheath, el rey Enrique IV, con toda su corte, salada al héroe Griego (estoy copiando á nuestro historiador añejo) quien por una temporada, se hospeda y regala en Lóndres con ínfulas de un emperador oriental (19). Pero la situacion de Inglaterra estaba todavía mas contrapuesta á la empresa de aquella guerra sagrada. En el mismo año habian apeado y muerto al soberano hereditario; el reinante era un usurpador venturoso, cuya emulacion y remordimientos estaban atenaceando su ambicion insaciable; ni podia caber á Enrique de Lancaster el menor desvío de su persona ó fuerzas para la defensa de un sólio, conmovido por instantes con rebeldías y conspiraciones. Compadece, elojia y festeja al emperador de Constantinopla; pero si el monarca inglés ostenta su cruz, es tan solo para acallar al pueblo, y aun quizás á su propia conciencia, con el merecimiento ú las apariencias de aquel intento devoto (20). Manuel sin embargo, pagado con regalos y obsequios, regresa á París, y tras una mansion de dos años en el Occidente, se encamina por Italia y Alemania, se embarca en Venecia, y permanece en Morea sosegadamente, aguardando el trance de su esterminio ó su rescate. Sálvase no obstante de la precision afrentosa de poner en venta pública ó privada su propia relijion. Desgarrábase la iglesia Latina con sus cimas. Reyes, naciones y universidades, todo en Europa se abanderiza en punto á obediencia, con los papas de Roma ó de Aviñon; y el emperador, ansiando hermanar entrambos partidos, se retrae de todo jénero de comunicacion con aquellos competidores desvalidos y malquistos. Coincide su viaje con el año del jubileo; pero atraviesa la Italia sin apetecer, ni tal vez merecer la induljencia plenaria que descargaba de todo pecado y de su penitencia á los fieles. Se ofende el pontífice romano de aquel desvío; le tilda de irreverente con toda una imájen del mismo Cristo; y exhorta mas y mas á los príncipes de Italia para que desechen y desamparen á un cismático tan contumaz (21).

Mientras duran las cruzadas, estan los Griegos mirando con asombro y pavor el raudal incesante de jentío que se agolpa redobladamente de los climas desconocidos de poniente; pero las visitas de los emperadores patentizan el interior de aquella separacion, desarrollando la perspectiva de tantas naciones poderosas de Europa, que ya no se arrojan á tildar con el apellido de bárbaros. Los reparos de Manuel y de su perspicaz comitiva se conservan todavía en un historiador bizantino y contemporáneo (12); voy á enlazar y compendiar sus apuntes, y podrá entretener algun tanto, y aun servir de alguna instruccion, el ir mirando los bosquejillos mas ó menos esmerados de Alemania, Francia é Inglaterra, cuyo estado antiguo esta harto patente en nuestra fantasía. I. ALEMANIA (dice el griego Chalcondyle) es un espacio dilatado desde Viena hasta el Océano, y se tiende allá (jeografía marítima) desde Praga en Bohemia hasta el rio Tarteso y los montes Pirineos (23). Es fértil el suelo, escepto en higos y aceitunas; el ambiente saludable; los naturales son gallardos y robustos, y aquella rejion helada por maravilla padece los azotes de pestilencias ni terremotos. La Alemania es la nacion mas populosa despues de los Escitas y los Tártaros; es valerosa y sufrida, y unida bajo un solo mando, su pujanza seria incontrastable. Por concesion del papa, está disfrutando el privilejio de nombrarse su propio caudillo, que es el emperador Romano (24), ni hay pueblo mas entrañablemente adicto á la fe y obediencia del patriarca latino. Divídese el país por lo mas entre príncipes y prelados; pero Estrasburgo, Colonia, Hamburgo y mas de doscientas ciudades se gobiernan con leyes cuerdas y equitativas, segun su albedrío y para ventaja de sus respectivos vecindarios. Usan los retos ó peleas particulares á pié en paz ó en guerra; descuella su industria en todas las artes mecánicas, pudiendo los Alemanes blasonar del invento de la pólvora y de la artillería, que ha cundido ya por el mundo entero. II. Se esplaya el reino de FRANCIA por quince ó veinte jornadas desde Alemania hasta España, y desde las Alpes hasta el Océano británico; y contiene muchas ciudades florecientes, y entre ellas París, sólio del monarca, que sobresale entre todas por su lujo y riquezas. Asisten de palaciegos alternativamente varios príncipes y señores, y reconocen al rey por su soberano; son los mas poderosos los duques de Bretaña y de Borgoña, de los cuales el segundo está poseyendo la opulenta provincia de Flandes, cuyos puertos suelen frecuentar nuestros mismos bajeles, y otros de regiones remotas. Forman los Franceses un pueblo antiguo y riquísimo, su habla y costumbres, aunque en la realidad diversas, se dan allá la mano con las de Italia. Engreidos con el señorío imperial de Carlomagno y con sus victorias contra los Sarracenos, y mas con las hazañas de sus campeones Oliveros y Roldan (25), se conceptuan la primera nacion de Occidente; pero su arrogancia frenética se ha visto

ajada últimamente con sus desastres en las guerras contra los Ingleses, los moradores de la isla Británica. III. BRETAÑA en el Océano, contrapuesta á las costas de Flandes, puede reputarse como una, ó bien como tres islas; pero su conjunto está hermanado por el propio interés, costumbres y gobierno. La circunferencia medirá cinco mil estadíos; cuajan su territorio ciudades y aldeas, aunque carecen de viñedo y aun de frutales, pero abunda en centeno y cebada, en lana y miel, y los naturales tejen gran cantidad de paños. Cabe á Londres la preminencia entre todas las poblaciones de Occidente en vecindario, lujo y riquezas (26) siendo la capital de la isla. Se halla situada sobre el Támesis, rio caudaloso y violento, que á diez ó doce leguas, desagua en el mar de la Galia; y el vaiven diario de flujo y reflujo proporciona entrada y salida cómoda pará los bajeles mercantes. Encabeza el rey una aristocracia poderosa y desmandada, sus vasallos principales disfrutan sus estados libre y perpetuamente, y las leyes deslindan los alcances de su respectiva autoridad y obediencia. Ha padecido el país los azotes de conquistas y sediciones; pero los naturales son valerosos y constantes, afamados en armas y victoriosos en la guerra. La hechura de sus broqueles y rodelas remeda á las armas italianas, la de sus espadas á los Griegos, pero descuellan los Ingleses en el manejo de sus ballestas. Discrepa su idioma de todos los del continente; en cuanto al réjimen casero se diferencian poco de sus vecinos de Francia, pero la circunstancia mas reparable de sus costumbres viene á ser su despego en punto al honor conyugal y al recato de sus mujeres. En sus mutuas visitas, el primer agasajo es el estrechar en sus brazos y gozar las finezas de la esposa y las hijas, juntándoselas las amigas sin rubor ni reparo, pues no se agravian con aquella confianza, ni con sus vueltas inevitables (27). Enterados como estamos en los usos de la antigua Inglaterra, y satisfechos de la pureza de nuestras madres, allá nos sonreimos con las creederas, y no nos ofendemos con la sinrazon de un Griego, quien por cierto equivocó una salutacion recatada, con una estrechez criminal (28). Pero aquella injusticia y credulidad nos da una leccion importante, á saber, que desconfiemos de toda relacion de naciones lejanas, y refrenemos nuestra creencia en punto á consejas que se desvian del rumbo de la naturaleza y de la índole humana (29).

Reina Manuel tras su regreso, con la victoria de Tamerlan, por largos años en paz y prosperidad, y mientras los hijos de Bayaceto solicitan su amistad y acatan sus dominios, se empapa todo en los arcanos de su relijion nacional, y se desahoga componiendo hasta veinte diálogos en su defensa. Asoman embajadores bizantinos en el Concilio de Constancia (30) y evidencian el restablecimiento de los Turcos y de la Iglesia latina. La victoria de Mahometo y Amurates hermana al emperador con el Vaticano, y el sitio de Constantinopla le va inclinando al reconocimiento de la pro-

cedencia doble del Espíritu Santo. Asciende Martin V. sin competencia al sólio de San Pedro, revive el vaiven de cartas y embajadas entre el Levante y el Occidente. Ambicion por una parte y conflictos por la otra vienen á dictar una correspondencia decorosa de paz y caridad; y el Griego maduro se muestra anhelante de enlazar sus seis hijos con otras tantas princesas Italianas; y no menos taimado el Romano, envia á la hija del marqués de Monferrato con una comitiva de lindas señoritas, para ablandar con su atractivo los empedernidos cismáticos. Pero tras aquel disfraz de relijiosidad se trasparenta que todo es hojarasca y embeleco en la corte y en la iglesia de Constantinopla, pues el emperador avanza ó ceja, segun las alternativas de peligro ú desahogo; alterna en las instrucciones de sus dependientes, y al estrecharle acude aparentando afan de enterarse precision de consultar con los patriarcas y obispos, é imposibilidad de congregarlos con la presencia aterradora de los Turcos en las mismas puertas de la capital. Escudriñando aquellas negociaciones, resulta que el Griego se aferra en tres puntos sucesivos, auxilio, concilio y por fin reunion, al paso que los Latinos sortean el segundo, aunque comprometiéndose para el primero, como consecuencia y galardon del tercero. Pero no cabe el desentrañar las íntimas interioridades de Manuel, por cuanto las patentiza en una conversacion reservada sin rodeos ni disfraces. En el menguante de su edad, habria asociado á Juan Paleólogo, segundo de este nombre, y su primojénito, sobre el cual vino á descargarse del mayor tráfago de su gobierno. Un dia, presenciándolo únicamente el historiador Franza (51) su camarero predilecto descubre á su compañero y sucesor el verdadero móvil de sus negociaciones con el papa (52). « Nuestro único recurso » prorumpe Manuel « se cifra en la zozobra de los Turcos por nuestra union con los Latinos, con las naciones guerreras de Occidente que pueden armarse en auxilio nuestro y exterminio suyo. Al primer amago de los infieles acude con el cuadro lastimero de tus demandas; propon un concilio, trata de los medios; pero sigue siempre dando largas y sortea la convocacion de un congreso que jamás ha de redundar en ventaja nuestra, ni temporal ni espiritual. Altaneros son los Latinos, pertinaces los Griegos; ni unos ni otros han de cejar ni desdecirse; y el empeño de una hermandad cabal siempre ha de fomentar el cisma, enemistar las iglesias y dejarnos á merced de los bárbaros. » Mal avenido con encargo tan saludable se levanta de su asiento, enmudece y se marcha, y el cuerdo monarca, sigue Franza, clavándome los ojos, continua de este modo: « Ese hijo mio se conceptua un príncipe grande y heroico; pero ¡ ay de mí ! nuestra época desventurada no ofrece campo para grandezas ni heroicidades semejantes arranques correspondian á los tiempos felices de nuestros antepasados; pero la actualidad está requiriendo, no un emperador, sino un tiramo precavido que vaya conservando los últimos restos de nuestros habe-

res. Tengo muy presente la encumbrada perspectiva que fantaseaba ya por nuestra alianza con Mustafá, y estoy temiendo que sus temeridades han de atropellar el esterminio de su alcurnia, y hasta la relijion ha de venir á consumarlo.» Sin embargo, la esperiencia y el prestijio de Manuel fue conservando la paz, sin congregar el concilio, hasta que á los setenta años de su edad y en hábito de monje, terminó su carrera, repartiendo sus preciosas alhajas entre sus hijos y los pobres, los médicos y sus sirvientes predilectos. De sus seis hijos (33) reviste á Andrónico II con el principado de Tesalónica, quien muere de lepra luego despues de la venta de aquella ciudad á los Venecianos y su toma terminante por los Turcos. Lances favorables reincorporan en el Peloponeso á la Morea en el imperio; y en dias de prosperidad habia Manuel fortificado el istmo de dos leguas con un murallon de piedra (34) y ciento y cincuenta y tres torres, Vuelcan los Otomanos al primer empuje la muralla; la fértil península alcanzara á contentar los cuatro hermanos, Teodoro, Constantino, Demetrio y Tomás; pero malgastan en rencillas y contiendas caseras los restos de sus haberes y sus fuerzas, y el mas opuesto de los competidores tiene que mendigar su precisa subsistencia, en clase de un dependiente de palacio en la Corte bizantina.

El primojénito de Manuel, Juan Paleólogo II, queda reconocido; á la muerte del padre por único emperador de los Griegos. Repudia en seguida á su mujer, y contrae segundo matrimonio con la princesa de Trebisonda; pues para sus ojos la hermosura era la prenda de las prendas en una emperatríz, y el clero tiene que avenirse á su protesta terminante de que no franqueándole el divorcio tiene que retirarse á su solio para su hermano Constantino. La primera y en verdad la única victoria de Paleólogo fue contra un Judío (34), á quien tras reñida y erudita contienda convirtió á la fe cristiana, y la historia de aquel tiempo menciona esmeradamente tan peregrina conquista. Mas luego se reengolfa en el empeño de hermanar el Oriente con el Ocaso y desentendiéndose de las advertencias del padre, da oidos, al parecer de corazon, á la propuesta de hallarse con el papa en un concilio jeneral, acuende el Adriático. Martin V fomenta el arriesgado intento; pero sostenido tibiamente por el sucesor Eujenio tras negociacion dilatada, recibe el emperador una intimacion del Congreso latino de muy nuevo temple, los prelados independientes de Basilio que se apellidaban representantes y jueces de la iglesia Católica.

El pontífice Romano habia peleado y vencido en la causa de la libertad eclesiástica; mas el clero triunfante quedó luego avasallado por la tiranía de su libertador; pero su carácter sagrado quedó luego invulnerable para las armas de suyo tan afiladas y ejecutivas contra todo majistrado civil. Su resguardo sumo, el derecho de eleccion, quedó yerto con apelaciones, burlado con encargos y encomiendas, mudo con otorga-

mientos revertibles, sobreseido con reservas y juicios arbitrarios. (56). Pública es ya almoneda en la corte Romana, cardenales y validos cargan con el haber de las naciones, y todos los paises tienen motivo para mostrarse quejosos de que los beneficios mas pingües y honoríficos se agolpan en manos de advenedizos ó ausentes. Mientras residieron en Aviñon, la ambicion papal amainó ante los pendones mas ruines del lujo (57) y la avaricia; imponen rigurosamente al clero el tributo de diezmos y primicias, tolerándole impunemente sus vicios de relajacion y cohecho. Tantísimo jénero de escándalos se agravaba con el gran cisma de Occidente, que siguió por mas de medio siglo. En las desaforadas contiendas de Roma y Aviñon, se ponian de manifiesto mutuamente los desbarros de sus competidores, y su situacion resbaladiza redundaba en menoscabo de su autoridad, relajando su disciplina y redoblando sus escaseces y sus estafas. Para curar aquellas profundas llagas y restablecer el predominio de la iglesia, los concilios de Pisa y de Constancia (58) se juntaron sucesivamente; pero aquellos congresos tan concurridos, engreidos con su poderío, acordaron volver por los fueros de la aristocracia cristiana. Tras una sentencia personal contra dos pontífices que desecharon, y un tercero que reconocieron por soberano y luego lo depusieron, los padres de Constancia pasaron á desentrañar la naturaleza y los límites de la supremacia Romana, sin querer separarse hasta despues de plantear la autoridad de un concilio jeneral sobre los papas. Se decretó que para el gobierno y la reforma de la iglesia, aquellos congresos fuesen periódicos, y que todo sínodo, antes de disolverse, fijase sitio y época para la reunion siguiente. Con el influjo de la corte de Roma, quedó fácilmente formada la convocatoria inmediata para Siena, pero las actas briosas del concilio de Basilea (59) estuvieron muy á pique de redundar en esterminio de Eujenio IV. Sospechando fundadamente su intento, los padres atropellan la promulgacion de su primer decreto; á saber, que los representantes de la Iglesia militante sobre la tierra estaban revestidos con una jurisdiccion espiritual y divina sobre todos los Cristianos, sin escepcion del papa; y que no cabia el disolverse, prorogarse ó trasladarse sin su propia deliberacion y acuerdo. Sabedores de que Eujenio habia fulminado una bula al intento, se arrojan á intimar, amonestar, amenazar y censurar al sucesor contumaz de san Pedro. Tras varios plazos para darle cabida al arrepentimiento, por fin declaran que no allanándose en el término de sesenta dias; queda suspendido de toda autoridad espiritual y temporal; para estampar su jurisdiccion sobre el príncipe igualmente que sobre el sacerdote, se encargan del gobierno de Aviñon anulando toda enajenacion del patrimonio sagrado, y resguardan á Roma contra el recargo de nuevos impuestos. Se sincera el arrojo, no solo con la oposicion jeneral del clero, sino con el arrimo y poderío de los prime-

ros monarcas de la Cristiandad; el emperador Sijismundo se declara sirviente y amparador del sínodo; Alemania y Francia se asocian á su causa el duque de Milan es ya enemigo de Eujenio, y un alboroto de la plebe romana lo arroja del Vaticano. Desechado al propio tiempo tanto por súbditos espirituales como temporales, no le queda mas arbitrio que el allanamiento; en el contenido de una bula, revoca sus propios pasos y ratifica todos los del concilio, incorporando sus legados y cardenales con aquel cuerpo venerable, y *aparenta* avenirse á los decretos de la lejislatura suprema. Su nombre trasciende al Oriente, y en su presencia recibe Sijismundo á los embajadores del sultan turco (40), quienes rinden á sus plantas doce grandiosos canastos cuajados de ropajes de seda y piezas de oro. Los padres de Basilea entonces aspiran á la gloria de avasallar á los Griegos como igualmente á los Bohemios y reducirlos al regazo de la Iglesia, y envian diputados al emperador y al patriarca de Constantinopla, para juntarse en un congreso que mereciese la confianza de las naciones occidentales. No se desentiende Paleólogo de la propuesta, y el senado católico admite con el debido decoro á sus enviados. Pero el sitio trae consigo un obstáculo insuperable, por cuanto se niega absolutamente á tramontar los Alpes ó atravesar el mar de Sicilia y exije terminantemente que la reunion se verifique en algun pueblo adecuado de Italia, ó por lo menos sobre el Danubio. Los demás artículos del convenio quedan luego corrientes: se acuerda el costear aquel viaje al emperador con una comitiva de setecientas personas (41), librar una suma ejecutiva de ocho mil ducados (42) para el hospedaje del clero griego, y en su ausencia aprontarle un auxilio de diez mil ducados, con trescientos ballesteros y algunas galeras para el resguardo de Constantinopla. Anticipa la ciudad de Aviñon el caudal para los primeros desembolsos y el embarque se va aparatando en Marsella, no sin dificultades y tropiezos.

Paleólogo en medio de su apuro, las potencias eclesiásticas del Occidente ve que le dificultan su amistad; pero la actividad mañosa del monarca prepondera á las contiendas pausadas y el teson inflexible de una república. Siguen los decretos de Basilea coartando mas y mas el despotismo del papa, y en plantear un tribunal supremo y perpetuo en la Iglesia. Eujenio se desespera con aquel yugo, y la union con los Griegos puede proporcionarle un pretesto decoroso para trasladar aquel sínodo desmandado del Rin al Po. Recobraba la independencia de los padres con el tránsito de los Alpes: Saboya ó Aviñon á los cuales se avienen con desagrado, se conceptuan en Constantinopla allende las columnas de Hércules (43), y tanto el emperador como el clero miran con zozobra los peligros de navegacion tan dilatada; y luego se lastiman con el desengaño altanero de que tras la *nueva* herejía de los Bohemos, echaria el concilio el resto por dar igualmente al través con la ya *rancia* herejía de los Grie-

gos (44). Por parte de Eujenio todo asoma blando, avenible y respetuoso y sigue instando al monarca bizantino para que cese con su presencia el cisma latino, como tambien el de la Iglesia oriental. Propónese Ferrara junto á la corte del Adriático para su avistamiento amistoso, y con alguna condescendencia sobre la falsificacion ó cebo de avenencia del mismo concilio, para su traslacion á una ciudad italiana. Apronta Venecia nueve galeras al intento, contando con las de Candía: preparativo mas dilijente que los bajeles mas tardíos de Basilea. Lleva el almirante Romano el encargo de quemar, sumerjir y anonadar (45) á aquella escuadra sacerdotal y pudieron batallar en los propios mares donde Atenas y Esparta habian allá peleado por su preeminencia en la gloria. Acosado con el desenfreno de las partidas que estan ya en el disparador de trabar contienda por apoderarse de su persona, Paleólogo titubea al dejar su palacio y su país en demanda de un empeño arriesgadísimo; volviendo en la memoria la advertencia de su padre, y haciéndose cargo de que estando los Latinos desavenidos entre sí, mal podian hermanarse en una casta ajena. Disuádele Sijismundo de aquel intento harto intempestivo, siendo su dictámen desapasionado, puesto que se abanderizaba con el concilio y le corroboraba aquel arranque la estraña creencia de que el César Aleman podia nombrar un Griego por heredero y sucesor en el imperio de Occidente (46) Hasta el sultan turco, es un consejero á quien se hace arriesgado complacer; pero mucho mas espuesto el desagradar. No se entendia Amurates de disputas, pero le pesaba la union ideada entre los Cristianos, Ofrece acudir con sus tesoros á las urjencias de la corte Bizantina, declarando con magnanimidad fementida, que vivirá segura é inviolable Constantinopla en ausencia del soberano (47). Campea la resolucion de Paleólogo á impulsos de cuantiosos regalos y promesas brillantísimas; anhela desahogarse por una temporada de tantísimo afan y peligro; y despidiendo con una contestacion ambigua á los mensajeros del concilio, patentiza su ánimo de embarcar se en las galeras Romanas. Cabe mas zozobra que esperanza en la ancianidad del patriarca Josef, y trémulo con los peligros del mar prorumpe en la estrañeza de que su voz apocada y las de quizás unos treinta de sus hermanos acendrados van á quedar sofocadas allá en países remotos con la prepotencia y el número del sínodo latino. Se allana sin embargo al mandato réjio y á las seguridades lisonjeras de que le van á oir como al oráculo de las naciones, y al anhelo reservado de aprender allá de su hermano occidental el medio de libertar por fin á la Iglesia del yugo de los monarcas (48). Los cinco *portacruces* ó dignatarios de santa Sofía, y uno de ellos el gran eclesiarca ó predicador, pues todos debian acompañarlo, Silvestre (49). compuso una historia harto libre y curiosa (50) sobre la union *falsa* (51) El clero, que acude muy cuesta arriba á la intimacion del emperador y del patriarca, tiene que allanarse

ante todo, y el aguante es su virtud mas esclarecida. En una lista selecta de veinte obispos, se aparecen los dictados metropolitanos de Heraclia y Cizico, Niza y Nicomedia, Efeso y Trebisonda y el mérito esclarecido de Morea y Besarion, quienes engreidos con su erudicion y elocuencia ascendieron á la jerarquía episcopal. Se nombraron algunos monjes y filósofos, para blasonar con la ciencia y santidad de la Grecia y luego van cantores y músicos para desempeñar las obligaciones del coro con toda brillantez. Acuden los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalen por diputados lejítimos ó supuestos, el primado de Rusia representa su iglesia nacional, pudiendo los Griegos competir con los Latinos, en cuanto á la estension de su imperio espiritual. Los vasos preciosísimos de santa Sofía van espuestos á los vientos y las olas para que el patriarca pueda oficiar con la brillantez competente, y gástase cuanto caudal puede acopiar el emperador se emplea en la gala y realce de su lecho y carruaje (52), y al paso que estan aparentando grandezas y prosperidades propias de su antiguo boato se pelean por el reparto de quince mil ducados que es el primer agasajo ú limosna del pontífice Romano. Redondeados por fin los preparativos, Juan Paleólogo, con grandiosa comitiva y acompañado de su hermano Demetrio y de los personajes mas eminentes de la Iglesia y el estado, se embarca un ocho bajeles de vela y remo, y surcan por los estrechos turcos de Galipoli, el Archipiélago, la Morea y el golfo Asiático (53).

Tras navegacion angustiosa y afanada de sesenta y siete dias, la escuadra relijiosa fondea por fin delante de Venecia, y el agasajo corresponde al júbilo y magnificencia de aquella república poderosa. Augusto allá imperando el orbe fue tan comedido, que nunca llegó á requirir de los suyos tantísimo obsequio como se tributó á su endeblillo sucesor por un estado independiente. Entronizado en la popa sobre un solio encumbrado, recibe la visita, ó segun el uso griego la *adoracion* del Logo y senadores (54). Surcan en el *Bucentauro*, escoltado por doce galeras ostentosas; inumerables góndolas de pompa y regalo cuajan el mar, el aire está resonando con músicas y algazara; marineros y bajeles aparecen revestidos de seda y oro, y con todos los emblemas y adornos alternan las águilas romanas con los leones de san Márcos. El acompañamiento triunfal emboca el canal grandioso, pasa bajo el puente de Rialto, y los orientales advenedizos se pasman y absortan ante palacios, iglesias y jentío de aquella ciudad, que aparece flotante en el seno de las aguas (55). Suspiran al mirar los despojos y trofeos que la condecoran, traidos de Constantinopla. Tras un agasajo esplendidísimo de quince dias, continua Paleólogo su viaje por tierra y agua, desde Venecia á Ferrara, y en aquel trance el orgullo del Vaticano amainó con el afan de obsequiar á la dignidad escelsa de todo un emperador de Oriente. Hizo su entrada en un

caballo pezeño, enjaezado con águilas de oro iba otro blanquísimo por delante, y llevaban el palio sobre su cabeza los príncipes de Cate; hijos ó parientes de Nicolás, marqués de la ciudad, y soberano mas poderoso que él mismo (56). No se apea Paleólogo, hasta el centro de la gradería: adelantóse el papa hasta la puerta y se desentiende allá de la jenuflexion empezada, y tras un abrazo paternal, conduce al emperador á un sitial á su izquierda; mientras el patriarca no se mueve de su galera, hasta que se ajustó el ceremonial competente entre los obispos de Roma y de Constantinopla. Recibe este el saludo del hermano con un beso de union y caridad, y ningun eclesiástico griego quiere allanarse á besar el pie del primado occidental. Al abrirse el concilio los caudillos temporales y eclesiásticos se abalanzan á porfía al sitio honorífico del centro, y solo con la advertencia de que sus anteriores no habian asistido personalmente en Niza y en Calcedonia, puede Eujenio desentenderse de los ejemplares de Constantino y de Marciano. Tras reñidísimo debate, quedó convencido que los lados derecho é izquierdo de la iglesia se ocupasen por ambas naciones; que la cátedra aislada de san Pedro encabezase la línea latina; y que el solio del emperador griego, al frente de su clero, se igualara y contrapusiese al segundo predicamento, al asiento vacante del emperador de occidente (57).

Pero tras las funciones y formalidades se entablan, por fin, los puntos capitales, y desde luego los Griegos, se muestran desabridos con el viaje, con ellos mismos y con el papa. Sus emisarios mañosos lo habian encumbrado hasta lo sumo, como rozagante con su prosperidad y encabezando los príncipes y prelados de Europa, prontísimos á creerle, obedecerle y armarse. Ya el aspecto mezquino del sínodo de Ferrara le habia dado un viso desairado, y los Latinos abren su primera sesion tan solo con cinco arzobispos, diez y seis obispos y diez abates, siendo los mas ó súbditos, ó paisanos del pontífice italiano. Escepto el duque de Borgoña, ningun potentado occidental se digna asomar ni personalmente, ni aun por medio de sus enviados; ni cabia desentenderse de cuanto tenia providenciado judicialmente el concilio contra el predominio y la persona de Eujenio, terminado todo con eleccion nueva. Bajo este concepto, se pide y se concede una tregua, ó demora; mientras Paleólogo pueda contar, por anuencia de los Latinos, alguna compensacion temporal por aquella hermandad antinacional y arriesgada, y despues de la primera sesion quedan las actas aplazadas para despues de seis meses. El emperador, con una comitiva selecta de palaciegos y *jenízaros*, se aposenta para veranear en un monasterio ameno y anchuroso á dos leguas de Ferrara; trascuerda con el recreo de sus cacerías los quebrantos de la iglesia y del estado, y se aferra en esterminar la caza, desoyendo las quejas del marqués y del mayordomo (58). Entretanto los desventurados Griegos estan padeciendo

todas las desdichas de la pobreza y el destierro ; para el consumo de cada huésped se libran mensualmente ya tres ya cuatro florines de oro ; y aunque la suma cabal no asciende á setecientos florines, se van siempre recargando los atrasos con los escaseces y las mañas de la corte Romana (59). Suspiran mas y mas por su rescate ejecutivo, pero queda atajado su intento con tres obstáculos; se requiere pasaporte de los superiores á las puertas de Ferrara ; el gobierno de Venecia, tiene acordado el prender y rechazar para adentro á todo fujitivo; castigo ejemplar les está esperando al asomar por Constantinopla; escomunion, multa, y en fin sentencia que prescinde absolutamente de la dignidad sacerdotal, de azotarlo desnudo públicamente (60). Azorados del hambre los Griegos, tienen que engolfarse en sus contiendas, y se avienen á duras penas al viaje de Florencia para alcanzar la retaguardia del sínodo desbaratado. Forzosa es ya la nueva traslacion, pues Ferrara está contajiada ; se desconfía del marqués ; guarda las puertas la soldadesca asalariada del duque de Milan, y como está ocupando la Romanía, se hace muy arduo y peligroso al papa, al emperador y á los obispos el escudriñar un tránsito por las malezas solitarias del Apenino (61).

Con el tiempo y la maña se arrollan por fin todos los tropiezos, el ímpetu de los padres de Basilea, favorece mas bien que daña á la causa de Eujenio ; las naciones de Europa abominan del cisma, y rechazan el nombramiento de Félix Quinto, que fue siendo duque de Saboya, ermitaño y papa: y los príncipes mayores van cediendo á las instancias de su competidor para afianzar su neutralidad y su afecto. Los legados, con algunos individuos de corporacion desiertan á la hueste romana, que va creciendo en jentío y concepto ; y así el concilio de Basilea quedó reducido á treinta y nueve obispos y trescientos del clero inferior (62), al paso que en el de Florencia asoman las firmas del mismo papa, ocho cardenales, dos patriarcas, cincuenta y dos obispos, y cuarenta y cinco abates, ó superiores de órdenes religiosas. Tras el afan de nueve meses, y los debates de veinte y cinco sesiones, se logra la gloriosa ventaja de la reunion de los Griegos. Ventílanse cuatro cuestiones principales entre las dos iglesias, I. el uso del pan ácimo ó agrio en la comunion del cuerpo de Jesu Cristo. II. La naturaleza del purgatorio. III. La supremacia del papa, y IV. el procedimiento sencillo ú doble del Espíritu Santo. Campean en la causa de entrambas naciones diez prohombres teológicos ; sostiene á los Latinos la inexhausta elocuencia del cardenal Juliano ; y Marco de Efeso y Bezarion de Niza, son los caudillos valientes y diestrísimos de las fuerzas Griegas. Viva la racionalidad, pues la primera cuestion se trata *ahora* como muy material y de rito, que puede ir variando sin trascendencia, segun los tiempos y las opiniones de los países. En cuanto á la segunda se convienen unos y otros que ha de mediar algun

desagravio por las culpas veniales ó de menor cuantía, entre los fieles, y en cuanto á quedar purificadas las almas con el fuego elemental, el punto era muy dudoso, pero que podia zanjarse en pocos años en el mismo lugar por los propios contendientes. La pretension de la supremacia es ya otro punto mas árduo y trascendental; pero siempre los Orientales habian acatado al papa como el primero de los cinco patriarcas, ni tienen ahora reparo en que su jurisdiccion rija con arreglo á los sagrados cánones; concesion allá indeterminada, que se podia deslindar, ó trasponer segun la oportunidad de las circunstancias. En cuanto al procedimiento del Espíritu Santo del Padre solo, ú del Padre y del Hijo, es ya un punto ú artículo de fe que habia encarnado en gran manera en los ánimos, y con las sesiones de Ferrara y de Florencia, la adicion latina *filioque* se subdividió en dos cuestiones, á saber, si era legal, ó era acendrada. No será del caso el blasonar de mi desapasionada indiferencia en el asunto, mas opino que envalentonaba á los Griegos hasta lo sumo la prohibicion del concilio de Calcedonia contra el aumento de todo artículo al credo Niceno, ó sea de Constantinopla(63). En los negocios terrenales á duras penas se alcanza, como una junta de lejisladores puede maniatar á sus lejítimos sucesores, revestidos con iguales facultades que las propias; pero allá los dictámenes inspirados tienen que ser ciertísimos é inmutables; ni cabe que un solo obispo, ó un sínodo provincial se arrojen á invocar contra el parecer de la iglesia Católica. En cuanto á la sustancia de aquella doctrina, igual é interminable venia á ser la controversia; la racionalidad se anonada en punto á esos procedimientos de toda una deidad; calla el Evanjelio que se patentiza en el altar; los varios textos de los santos Padres pudieron estragarse malvadamente, ó embrollarse con sofisterías, y los Griegos ignoraban el mérito y los escritos de los Doctores Latinos (64). Sobre este particular nos cabe el decir que ninguno de los presentes pudo quedar convencido con los argumentos de sus contrarios. La racionalidad puede asentar un mundo de vulgaridades, y una mirada volandera se acabala con hacerse cargo de cualquier objeto asequible á nuestras potencias. Pero obispos y monjes seguian repitiendo desde su niñez una especie de fórmula ó estribillo de voces misteriosas, cifraban su timbre nacional y personal en el redoble de los idénticos sonidos, y sus escasos alcances yacian empedernidos, ó se inflamaban á ciegas con los ímpetus de la contienda.

Sumidos allá en una polvareda y lobreguez, ansian el papa y el emperador un convenio, que por fin aparentase el cumplimiento de su afanoso plan, y el teson indómito de los disputantes tiene que ir amainando con los amaños y arterías de la negociacion personal y reservada. Fallece el patriarca Josef con los años y los achaques; su voz espirando exhala consejos caritativos y amistosos, y su vacante halaga las esperanzas de un

clero ambicioso. La obediencia instantánea y oficiosa de los arzobispos do Rusia y Niza, Isidoro y Besarion, medra estimulada con su promocion ejecutiva á la jerarquía de cardenales. Desarrolló al punto Becauta como uno de los campeones mas gallardos y denodados de la iglesia Griega; y si á fuer de apóstata y bastardo desmerece como réprobo de la patria (65) descuella en las pájinas de la historia como un dechado sin par de patriotismo ensalzado entre los palaciegos como opositor estruendoso, y complaciente oportuno. El emperador, al arrimo de tan poderosos auxiliares, va dedicando sus conatos á la situacion jeneral y á la índole personal de cada obispo, y con la autoridad y el ejemplo se van todos aviniendo sucesivamente. Yacen sus rentas en manos de los Turcos, y sus personas en las de los Latinos; un erario episcopal, las vestiduras y cuarenta ducados desaparecen al vuelo (66); las esperanzas de su regreso siguen siempre colgadas de les bajales venecianos y de las limosnas romanas; y sus escaseces son tan estremadas, que los atrasos, el pago en suma de una deuda, se reciben al par de estremada fineza, y tiene accidentes de cohecho (67). La continjencia y el auxilio de Constantinopla disculpan tal vez algun disimulo cuerdo y religioso; y se fue insinuando que los herejes empedernidos, que constituian la hermandad del Oriente y del Ocaso yacian en el desamparo de un juez enemigo espuesto á incesantes tropelías ó mas bien escarmientos por la justicia del Pontífice Romano (68). En la primera junta particular de los Griegos, se aprueba el formulario de la union por veinte y cuatro, y se reprueba tan solo por doce obispos; Portacruces de Santa Sofía, que aspiraban á las ínfulas de patriarca, quedan desautorizados, con arreglo á la disciplina antigua, y su derecho de votacion se traslada á una porcion de monjes cortesanos, ó gramáticos y seglares. El albedrío del monarca va por fin denotando una fementida y servil unanimidad, y tan solo los patriotas tienen el denuedo de manifestar sus arranques entrañables y los de su patria. Demetrio, hermano del emperador, se retira á Venecia, para no presenciar el convenio; y Marco de Efeso equivocando tal vez su altanería con su conciencia, se desentiende allá de toda comunion con les Latinos, siempre herejes, y prorumpe en arranques de campeon y confesor de la doctrina acendrada (69). Con el tratado entre las dos naciones, se proponen varias fórmulas de convenio, complaciendo á los Latinos, sin deshonor de los Griegos; y van escrupulizando por ápices palabras y sílabas, hasta que el fiel de la balanza teolójica asoma un tantillo á favor del Vaticano. Se acuerda (tengo que suplicar al ahinco de mis lectores) que el Espíritu Santo está procediendo del Padre y del Hijo, como de un solo principio y una idéntica sustancia, verificándose el misterio con una sola *espiracion* ó produccion. Es mas obvio el enterarse de los artículos preliminares; que el papa ha de costear todos los gastos de los Griegos en su regre-

so, que ha de mantener anualmente dos galeras y trescientos soldados para la defensa de Constantinopla; que cuantos bajeles trasporten peregrinos á Jerusalen han de tocar en aquel puerto; que cuantas veces se le exijan, el papa tiene que aprontar diez galeras por un año, ó veinte por seis meses; y que ha de echar el resto por mover á los príncipes de Europa; en necesitando el emperador fuerzas terrestres.

Abultan en el mismo año y casi en el propio dia la deposicion de Eujenio en Basilea, y en Florencia la reunion de Griegos y Latinos. En aquel sínodo (qne solia apellidar congreso diabólico) tiznan al papa con los crímenes de simonía, perjurio, tiranía, herejía, y cisma (70), y lo declaran incorrejible en sus vicios, indigno de todo dictado, é incapaz de obtener cargo alguno eclesiástico. En el otro concilio se le ensalza como vicario verdadero y sagrado de Jesucristo, quien, tras un desvío de seis siglos, habia hermanado los Católicos de levante y poniente, en un mismo redil, y bajo el idéntico pastor. Firman la acta de union el papa, el emperador y los individuos principales de entrambas iglesias, y aun aquellos que, como Sirópulo, quedaron (71) sin derecho de votar. Bastaban dos copias para Levante y Occidente, mas no se satisface Eujenio sin cuatro ejemplares auténticos y semejantes, firmados y testimoniados como unos monumentos de su victoria (72). En un dia memorable, los sucesores de San Pedro y de Constantino se encumbran en sus solios; y juntan ambas naciones en la catedral de Florencia, sus representantes, el cardenal Juliano, y su compañero al intento Besarion, arzobispo de Niza, trepan al púlpito, y despues de leer en sus idiomas respectivos el acta de union, se abrazan estrechamente, en nombre y en presencia de sus hermanos enajenados en aplausos. Ofician al papa y sus acompañantes segun la liturjía Romana, se entona el credo con la adicion de *filioque;* disculpa desaladamente la conformidad de los Griegos con su ignorancia de aquellos ecos armónicos, aunque mal articulados (73); pero los Latinos mas escrupulosos se oponen á toda celebracion solemne en el rito bizantino. Pundonorosos el emperador y su clero vuelven por sus fueros nacionales; se ratifica el tratado con su anuencia, y se acuerda reservadamente que ninguna inovacion ha de mediar en punto á creencia y ceremonias, acatan en público y en secreto la entereza valerosa de Marco de Efeso, y al fallecimiento del patriarca se desentienden allá de todo paso en punto á sucesion hasta verificar el nombramiento en la catedral de Santa Sofía. En cuanto al reparto de agasajos públicos y particulares, el pontífice dadivoso se empeñó en sobrepujar esperanzas y promesas; los Griegos, con menos boato y altanería, régresan por el mismo rumbo de Ferrara y Venecia, y su recibimiento en Constantinopla es puntualmente cual se manifestará en el capítulo siguiente (74). El éxito del primer intento envalentona á Eujenio para repetir aquellas demostraciones edificativas, y

los diputados de Armenia, Maronitas y Jacobitas de Siria y Ejipto, los Nestorianos y Etiopios fueron sucesivamente llegando para besar el pié al pontífice Romano, y anunciarles la obediencia y conformidad del Oriente. Aquellas embajadas desconocidas en los países que osaban representar (75), fueron pregonando por el Occidente la nombradía de Eujenio; y clama la cristiandad incitada contra los restos de un cisma en Suiza y Saboya, que está solo atajando la hermandad del mundo cristiano. Aquella pujanza se robustece con el cansancio y la desesperacion; el concilio de Basilea se va disolviendo calladamente, y Félix, deponiendo la tiara, se encierra de nuevo en el santuario devoto y ameno de Ripalle (76), se afirma la paz jeneral con actos recíprocos de olvido y descargo; ceja todo intento de reforma; siguen los papas ejerciendo y estremando su despotismo espiritual, ni ha padecido ya Roma el quebranto de una eleccion controvertida (77).

Infructuosos fueron los viajes de tres emperadores para su salvamento temporal y aun tal vez el espiritual; mas vinieron á causar sumo beneficio, reviviendo con ellos la literatura griega en Italia, que luego se fue propagando á las naciones mas remotas del Occidente y del Norte. Los súbditos del sólio bizantino, en medio de aquella ínfima servidumbre y postracion, atesoraban todavía la llave de oro que podia patentizar las preseas de la antigüedad, en una habla de suyo halagüeña y fecundísima, que verifica los objetos, y abulta los recónditas sutilezas del entendimiento. Hollada la valla de la monarquía, y asolada la misma capital, miles de bárbaros habian estragado hasta lo sumo el dialecto nacional, y luego han sido precisas un sin número de plegarias para interpretar voces infinitas arábigas, turcas, esclavonas, anticuadas y francesas (78). Pero se hablaba idioma mucho mas castizo en la corte, y se enseñaba en las escuelas, y un sabio italiano espresa y realza tal vez el estado floreciente del siglo (79) por haber tenido que residir en Constantinopla, como casado aventajadamente (80) y avecindado por unos treinta años antes de la conquista turca. « El habla vulgar, dice Filelfo (81) se ha embastecido por la plebe, contajiado por la muchedumbre de advenedizos y tratantes, que se agolpan de dia en dia sobre la capital, y se confunden con el vecindario. A los alumnos de aquella escuela se deben las versiones de Aristóteles y Platon ». Pero *seguimos* á los Griegos castizos, pues son los únicos que, agenos de lobregueces y de apocamiento, son signos de nuevo remedo. Hablan todavía familiarmente el idioma de Aristófanes y Eurípides, y su estilo es todavía mas esmerado y cabal. Cuantos por su nacimiento y sus cargos vienen á ser palaciegos, hechos unos Atenienses, siguen manteniendo, sin el menor asomo de lunar el dechado primitivo de castiza elegancia, y aquel primor esquisito en el habla resplandece con mayor brillantez en las damas escentas de todo roce con la

ralea advenediza. ¿Qué digo con advenedizos? Viven allá retiradas lejos del trato y vista de los demás ciudadanos. Por maravilla asoman en las calles, y si llegan á salir de sus moradas, es tan solo en anocheciendo, para visitar iglesias, ó la parentela mas cercana. Entonces van á caballo, cubiertas con un velo, y cercadas del marido, los deudos y los sirvientes (82).»

Clero numeroso y opulento se vinculaba entre los Griegos al desempeño del culto; descollaron siempre sus monjes y obispo con el señorío y austeridad de sus costumbres, sin distraerse, como los sacerdotes Latinos, en carreras mundanas y aun militares, con liviandades perpetuas. Tras el mucho tiempo y esmero empleado en devociones, y luego en el ocio y la desidia ó contiendas de la iglesia y el claustro, los mas aplicados y ambiciosos solian engolfarse en la condicion sagrada ó profana de su idioma nativo. Inspeccionaban los eclesiásticos la educacion pública; subsistieron las escuelas de filosofía y elocuencia por espacio de siglos hasta el vuelco del imperio, y cabe afirmar que se encontraban mas libros y mas instruccion en el recinto de Constantinopla, que podia hallarse desparramada en todos los países juntos del Occidente (83). Mas ya se apuntó una diferencia cuantiosa, á saber, que los Griegos siguieron siempre atascados ó mas bien fueron cejando; al paso que los Latinos iban mas y mas adelantando con paso veloz é incesante. El ímpetu de la emulacion é independencia iba estimulando á las naciones, y aun en el mundo escaso de los estados italianos, abarcaba mas jentío é industria que el circo siempre menguante del imperio bizantino. Las clases ínfimas de la sociedad en Europa vivian ya exentas del yugo feudal, y la libertad es el primer arranque para las transicion y la racionalidad; la supersticion habia ido conservando el uso de un latin impuro ú bastardo; las universidades allá desde Bolonia hasta Oxford (84) hervian con millares de alumnos, y aquel afan desatentado merecia encaminarse á estudios mas varoniles y caballerosos. Al revivir la ciencia, fue la Italia la primera que acertó á despertarse; y el elocuente Petrarca, con sus lecciones y su ejemplo, merece fundadamente la aclamacion de Lucero del orbe literario. Se entona el rumbo de la composicion, los conceptos se eslabonan y engalanan con el estudio y el remedo de los antiguos; y así los discípulos de Ciceron y de Virgilio, con cariño y acatamiento se fueron acercando al santuario de los maestros Griegos: Franceses y Venecianos en el saqueo de Constantinopla habian menospreciado las obras de un Lisipo y un Homero; los monumentos del arte se anonadan de un solo golpe; pero el injenio inmortal se va renovando y multiplicando con los traslados de la pluma, y ansian de muerte así el Petrarca como sus amigos aquellas copias para atesorarlas y desentrañarlas. Sin duda las armas turcas atropellaron la huida de las Musas; pero estremece el recapacitar, que pudo

la Grecia quedar sepultada con sus escuelas y librerías, antes que la Europa asomase entre las lobregueces del barbarismo, y que pudiesen los vientos arrebatar las semillas de la ciencia antes de estar barbechado el territorio italiano para su cultivo.

Confiesan los Italianos mas eminentes del siglo XV, y vitorean la restauracion de la literatura griega despues de el dilatado olvido de centenares de años (85). Asoman sin embargo algunos nombres en aquel país, y aun acuende los Alpes; literatos profundos, que descollaron en temporadas aun harto nebulosas, con el conocimiento de la lengua griega, y las vanaglorias nacionales han ido pregonando altaneramente ejemplares tan peregrinos de erudicion. Si pasamos á desentrañar los merecimientos respectivos, la verdad está diciendo; que toda su sabiduría careció de causa y de efecto; que les era muy obvio el darse por satisfechos y embelesar á sus contemporáneos atrasadísimos, y que el habla acendrada como por un portento se trasladaba en tal cual manuscrito, sin conocer enseñanza pública en las universidades de Occidente. Asomaba apenas en un ángulo de Italia, como dialecto popular, ó por lo menos eclesiástico (86), y las huellas allá de las primeras colonias Dóricas y Jónicas siguieron siempre patentes. Las iglesias Calabreses vivian de mucho tiempo adictas al solio de Constantinopla, y los monjes de san Basilio cursaban en el monte Atos y en las escuelas de Levante. Calabria fue la cuna de Barlaam, que ha sonado ya como sectario y como embajador, y el mismo fue el primero que, tras los Alpes, resucitó la memoria, ó por lo menos los escritos de Homero (87). Petrarca y Bocacio lo retratan casi enanillo (88), ajigantado en erudicion y talento, perspicaz en estremo; pero torpe y trabajoso en el habla. La Grecia, segun afirman, no produjo en siglos igual fenómeno en historia, gramática y filosofía, y su mérito campea en boca de príncipes y sabios de Constantinopla. Subsiste uno de aquellos testimonios, y el emperador Cantacuzeno, al apadrinar á sus contrarios, tiene que reconocer cuan familiares eran al gran lójico Euclides, Aristóteles y Platon (89). Estrechóse en suma intimidad con Petrarca en la corte de Austria (90) el primer literato de los Latinos, y su correspondencia literaria tuvo por móvil el afan de su instruccion recíproca. Dedicóse el Toscano con sumo ahinco al estudio de la lengua griega, y tras el ejercicio trabajoso de la aridez y dificultad de los primeros rudimentos, fue entresacando el concepto y percibiendo el alma de poetas y filósofos que conjeniaban con sus inclinaciones. Mas quedó luego defraudado de la sociedad y lecciones de tan provechoso conversante; pues Barlaam se desentiende al fin de su embajada infructuosa, y en su regreso á Grecia, provocó temerariamente aquellos enjambres de monjes fanáticos, con el intento de sustituir el resplandor de la racionalidad al carbon apagadizo del incensario. Tras un desvío de tres años se hallan los íntimos literatos en la

corte de Nápoles; pero se desprende garbosamente el alumno de coyuntura tan preciosa para sus adelantos, y logra con su recomendacion colocar á Barlaam en una mitra mezquina de Calabria su patria (91). Los varios rumbos del Petrarca, sus amores y amistades, correspondencias, viajes, laureles romanos, y sus esmeradas obras en prosa y verso, en latin y en italiano, le retrajeron de idiomas estraños, y en su madurez anheló siempre, mas no llegó á poseer el griego. A la edad de cincuenta años, un embajador bizantino, su amigo, le brindó con un ejemplar de Homero, y la contestacion del Petrarca está retratando al vivo su elocuencia, su agradecimiento y su pesadumbre. Ensalza el desprendimiento del obsequiante, y el valor de una dádiva, en su concepto, superior á todo regalo de oro y de rubies, continua en la lectura siguiente: « ese agasajo de los partos orijinales de tan divino poeta, manantial de todo invento, es dignísimo de vuestra jenerosidad y de mi aprecio, cumpliendo así la gran promesa y colmando mis anhelos. Mas no es cabal ese rasgo, pues con Homero debia venir el portador mismo; esto es una antorcha que me encaminase á la rejion de las luces, y patentizase á mi atónita vista los primores portentosos de la Iliada y la Odisea. Mas ¡ay de mí! mudo está Homero y yo sordo, ni me cabe el disfrutar la beldad que estoy atesorando. Yo lo he colocado junto á Platon, esto es, el Príncipe de los poetas con el Caudillo de los filósofos, y me engrio con la presencia de huéspedes tan esclarecidos. He ido recojiendo cuanto se ha traducido en latin de esos escritos inmortales; y si no tiene cabida el aprovechamiento, siempre asoma satisfaccion al estar contemplando á esos Griegos venerables en su traje propio y nacional. Me deleito con la presencia de Homero, y al ver el sagrado y silencioso volúmen, prorumpo suspirando: « Cantor esclarecido, ¿cuál seria mi gloriaal escuchar tus propios acentos, si mis oidos no yaciesen imposibilitados y perdidos, con la muerte de un amigo, y con la ausencia dolorosa de otro. Mas no me doy por desahuciado, pues el ejemplar de Caton me apronta algun consuelo y esperanza, pues en el postrer plazo de su vida vino á granjearse el conocimiento de la literatura griega. (92)

Aquel galardon que burló el empeño del Petrarca, se allanó á lo dicho y el teson del Bocacio (93) su amigo y el padre y fundador de la prosa toscana. Aquel autor popular, cuya nombradía se cifró en el Decameron un centenar de novelas chistosas y lascivas, puede aspirar al elogio mas formal de haber logrado fomentar en Italia el estudio de la lengua griega. En mil trescientos y sesenta, un alumno de Barlaam, que se llamaba Leon, ó Leoncio Pilato, se detiene en su viaje para Aviñon, á instancias y hospedaje del Bocacio, quien le alcanza de la República florentina una pension, y plantea la primera escuela de griego en la parte occidental de Europa. La traza de Leoncio era para conocer al discípulo mas deno-

dado, pues iba encapotado á lo filósofo ú á lo mendigo; su catadura es horrorosa, y emboscado con su barba negra, larguísima y revuelta, sus modales montaraces, su jenio avinagrado y variable, ni le cabe suavizar el habla con espresiones latinas propias y elegantes. Pero su entendimiento atesora la sabiduría griega: historia, fábula, filosofía, gramática, todo está á su disposicion, y va esplicando los poemas de Homero en su escuela de Florencia. Con aquellas esplicaciones publicó despues el Bocacio, aunque en realidad era de Leoncio, una version prosaica literal de la *Iliada* y la *Odisea,* que satisfizo el ansia del Petrarca su amigo, y que quizás un siglo despues sirvió á Lorenzo Valla calladamente para su traduccion latina. Con las especies que le fue suministrando Leoncio, arregló el Bocacio los materiales para un tratado de la jenealogía de los dioses paganos, obra para su tiempo asombrosa por su erudicion y su contesto, salpicado todo ostentosamente de pasos y caracteres griegos, para merecer el pasmo y los aplausos de los lectores por lo jeneral ignorantes (94). Todo arranque, y mas en literatura, es pausado y trabajoso, pues en toda la Italia se vinieron á contar solamente diez alumnos del griego, y ni Roma, ni Venecia, ni Nápoles apuntaron un solo renglon á este esmerado y menguadillo catálago. Pero creciera aquel número, y surtiera el intento, si el insubsistente Leon, á los tres años, no desechara aquella colocacion decorosa y benéfica, y aunque en su tránsito lo agasajó por algun tiempo el Petrarca, aunque siguió disfrutando las luces, no pudo menos de estrañar lastimosamente la índole destemplada é insaciable del novelista. Mal hallado con el mundo y consigo mismo, desestima Leon sus logros actuales, al paso que su fantasía lo enamora de todo lo ausente. Es un Tesalio en Italia y un Calabrés en Grecia; entre los Latinos menosprecia su idioma, religion y costumbres; desembarca en Constantinopla y al punto prorumpe en suspiros tras la riqueza de Venecia y los primores de Florencia. Se desentienden los amigos italianos de sus ruegos encarecidos, pero cuenta con sus anhelos y su condescendencia, y se embarca de nuevo, entra en el Adriático y le asalta una tormenta, que le descarga un rayo en la frente y lo mata amarrado, como Ulises, á un mástil. El humanísimo Petrarca derrama lágrimas por el desventurado maestro, pero anhela ante todo averiguar, si tal vez se habria salvado algun ejemplar de Sófocles ó Eurípides de mano de uno ú otro marinero venturoso (95)

Pero aquel asomo de sabiduría griega abrigado por Petrarca y planteado por Bocacio, se aja luego y fallece, contentándose la jeneracion siguiente con tal cual ventaja en la elocuencia, y hasta al fin del siglo catorce no chispea otra llama nueva; pero entonces resplandece con brillantez incesante por toda la Italia (96). El emperador Manuel, por preliminar de su viaje, envia oradores para implorar la compasion de los

príncipes occidentales, y de aquellos mensajeros como el mas descollante, aparece Manuel Chrysoloras (97) de ilustre cuna, y cuyos antepasados Romanos, se supone que habian emigrado con el gran Constantino. Visita las cortes de Francia é Inglaterra, donde logra algun auxilio con mayores promesas, le brindan con una cátedra, timbre, segunda vez, peculiar de Florencia. Versadísimo en el griego y en el latin, se hace acceder á su dotacion y sobrepuja las esperanzas de la república. Acude una oleada grandiosa de alumnos á su enseñanza, y uno de ellos en su historia jeneral desentraña los motivos y los adelantos de su aplicacion. Por entonces, dice Leonardo Antino, (98) era yo lejista; pero ardia mi pecho con el afan de los estudios amenos, y me dediqué con esmero á la lójica y á la retórica. Llega Manuel y titubeo sobre orillar mi carrera de legista, ó desentendeme para siempre de mi mas halagüeña esperanza; y así en el ímpetu de mi mocedad entablé conmigo mismo este coloquio: ¿Querrás faltarte á tí mismo y á tus proporciones mas brillantes? ¿Te negarás á conversar familiarmente con Homero, Platon y Demóstenes? ¿con aquellos poetas, filósofos y oradores de quienes se refieren tamaños portentos, y quienes merecen pregonarse en todos tiempos, como los sumos maestros del jénero humano? En cuanto á juristas y abogados, siempre han de sobrar por nuestras universidades, pero un catedrático, un prefesor versado en la lengua griega, no asomará ya nunca. Convencido con estas reflexiones, fui todo de Chrysoloras, con pasion tan entrañable, que mis lecciones diarias se me aparecian de nuevo en sueños por las noches (99).» Por el mismo tiempo, y en el propio sitio, esplicaba Juan de Ravena los clásicos latinos, alumno casero del Petrarca (100), y los Italianos que fueron ilustrando su siglo y su patria, se labraron en ambas escuelas, y Florencia vino á ser el plantel fecundísimo de la erudicion griega y romana (101). Luego el emperador incorpora en su corte á Chrysoloras; pero despues profesó igualmente en Pavía con sumo ahínco y grandiosa nombradía, dividió luego los quince años de su edad restante entre la Italia y Constantinopla, y entre embajadas y lecciones. En el esclarecido afan de estar instruyendo á una estraña nacion, no trascordaba el catedrático la sagrada obligacion contraida con su príncipe y patria, y Manuel Chrysoloras falleció en Constancia con un encargo solemne del emperador para el Concilio.

Florecen y prosperan mas y mas, á su ejemplo las letras griegas, con una continuacion de emigrados, escasísimos en haberes y abundantes en instruccion, ó por lo menos en el conocimiento cabal de su idioma. Huyen á carrera los vecindarios enteros de Tesalónica y de Constantinopla, con el pavor á las tropelías de las armas turcas, salvándose en un país libre y al mismo tiempo travieso y rico. Acarreó el Concilio de Florencia las luces de la iglesia Griega y los oráculos de la filosofía Platónica, y

cuantos fujitivos se iban prohijando en la Union hermanaban el mérito de alejarse de su patria por la causa Cristiana, con el de robustecer la católica. El patriotismo que se aviene á sacrificar su partido y su conciencia á los alicientes del agasajo, puede sin embargo abrigar arranques sociales y pundonorosos; ya no le destemplan los apodos de esclavo ú de apóstata, y la privanza que le cabe con los nuevos hermanos entona para su interior el concepto que les merece. Galardona á Besarion la púrpura Romana por su cuerda avenencia; se avecinda en Italia, y como cardenal Griego y patriarca de Constantinopla, se constituye el amparo de su nacion (102); sobresale su desempeño con las legaciones de Bolonia, Venecia, Alemania y Francia, y su eleccion para la cátedra de San Pedro, llegó al trance de titubear con el soplo variable del cónclave (103). Realzan mas y mas sus timbres eclesiásticos, sus servicios prácticos y su mérito literario; escuela viene á ser su palacio, y al trepar la gradería del Vaticano, lleva siempre consigo un acompañamiento brillante de entrambas naciones (104); de individuos caracterizados, y cuyos escritos, en el dia ya polvorosos, corrian con provecho en sus tiempos. No es mi ánimo empadronar aquí las lumbreras de la literatura griega en el siglo XV, bastando el mencionar á Teodoro Gaza, Jorje de Trebisonda, Juan Arjirópulo y Demetrio Chalcondyle, que estuvieron enseñando su idioma nativo en las cátedras de Roma y Florencia. No desdecian sus tareas de las del mismo Besarion, cuya púrpura reverenciaban, y cuyo engrandecimiento estaban en sus adentros envidiando. Vivian arrinconados, ajenos de prebendas pingües; su traje y sus modales los retraian del trato selecto, y concentrados en su propio mérito, tenian que contentarse con el premio de sus estudios. Hay que esceptuar á Juan Lascaris (105) por su elocuencia, su cortesanía y sus entronques imperiales, que lo recomendaban á los monarcas de Francia, empleándose alternativamente, sin variar de morada, en la enseñanza y en la negociacion. Su interés decoroso les precisaba á esmerarse en el estudio de la latinidad, y los mas aventajados llegaron á escribír y hablar con soltura y elegancia un idioma para ellos peregrino. Afectábanse, sin embargo mas y mas en su pasion al país nativo; sus alabanzas, ó por lo menos su aprecio se vinculaban en los escritores nacionales, á quienes eran deudores de su nombradía y subsistencia, y aun solian allá prorumpir inadvertidamente en críticas ó sátiras contra la poesía de Virjilio y la oratoria de Ciceron (106). Fundaban la maestría de aquellos injenios en el uso familiar de la lengua viva, y sus primeros discípulos eran incapaces de venir á deslindar lo infinito que bastardeaban respecto á la instruccion y la práctica de sus antepasados. Una pronunciacion defectuosa (107) que fueron introduciendo, desapareció de estas escuelas con la racionalidad de siglos posteriores. Desconocian la trascendencia de

los acentos griegos, y aquellas cadencias armónicas, de unos labios atenienses, y para un oido del país, era cabalmente el alma recóndita de la melodía, sea para sus ojos, como para los nuestros, unas señalillas tenues y sobrantes, superfluas para la prosa, é incomodísimas para el verso. Eran positivamente gramáticos; en sus lecciones iban embebidos los fragmentos de Apolonio y de Herodiano, y sus tratados de sintáxis y etimolojías, aunque ajenos de todo temple filosófico, son todavia provechosos para todo alumno en el griego. En el naufrajio de las librerías bizantinas, cada fujitivo iba asiendo algun trocillo de aquel tesoro, alguna copia de autores que sin aquel afan habian, tal vez de fenecer: redoblábanse los traslados por plumas esmeradas y á veces elegantes; y los textos solian retocarse y acompañarse con sus propios comentarios, ó los de algun escoliasta anterior. Sucedia por tanto que asomaba el sentido mismo, el alma de los clásicos griegos para el mundo latino; los primores del contexto se exhalan ó se nublan en toda version; pero el tino de Teodoro Gaza entresaca las obras mas consistentes de Aristóteles y de Teofrasto, y con sus historias naturales de plantas y vivientes, patentizó un campo grandioso de ciencia esperimental y acendrado.

Pero las sombras volanderas de la metafísica, merecian mas conato y ardor. Yacia Platon en dilatado olvido y lo saca á luz un griego venerable (108) que enseñaba en el palacio mismo de Cosme de Médicis. Empapado el sínodo de Florencia en contiendas teológicas, asoman derrames benéficos en el estudio de aquella filosofía galana; pues su estilo es el dechado mas castizo del dialecto ático, y á veces sus disparos mas encumbrados alternan con la familiaridad de la conversacion, y á veces con los matices ó pinceladas mas sublimes de la poesía y de la elocuencia. Son los diálogos de Platon rasgos dramáticos de la vida y muerte de un sabio; y siempre que se apea de aquella celajería, su sistema moral está brotando amor á la verdad, á la patria y al jénero humano. La enseñanza y el ejemplo de Sócrates recomiendan una duda comedida y un ahinco desenfadado, y ciegos con su devocion los Platónicos, idolatraban los devaneos y desbarros de su divino maestro, su entusiasmo amenizaba la aridez dogmática de la escuela peripatética. Los merecimientos de Platon y de Aristóteles se igualan y se contraponen hasta el punto de poderse controvertir sin término el asunto inapeable: pero suele brotar algun chispazo de la libertad en el vaiven de la certidumbre contrapuesta. Dividíanse los Griegos modernos en dos sectas, batallando bajo las banderas de sus caudillos con mas ímpetu que habilidad, y el campo de la refriega se trasladó con la huida de Constantinopla á Roma. Pero aquella contienda filosófica vino á dejenerar en riña personal y sañuda entre gramáticos, y Besarion, aunque abogando siempre por su Platon, volvia por el pundonor nacional, afanándose

tras la paz, con ínfulas de autorizado medianero. Los cultos y eruditos se iban empapando en la doctrina académica por los jardines de Médicis; pero luego se desmembró y anonadó aquella sociedad filosófica, y si allá en el gabinete siguió cada cual huyendo y separando los escritos del sabio Ateniense, descolló reinando el prepotente Estajirita, como oráculo de la Iglesia y de la enseñanza (109).

He ido esponiendo desapasionadamente el mérito literario de los Griegos; pero confesemos que vinieron á quedar en zaga respecto al afan de sus consocios los Latinos. Dividíase ya la Italia en varios estados independientes, y ansiaban á la sazon príncipes y repúblicas á competencia como fomentar y galardonar la amena literatura. No correspondió la nombradía de Nicolás V á sus merecimientos (110); pues, aunque de una plebeya, logró remontarse con su pundonor y su instruccion, y sus prendas arrollaron los intereses del papa, pues afiló las armas asestadas contra la Iglesia Romana (111). Estrechó su amistad con todos los prohombres literarios de su tiempo, y los apadrinó, allanándose tanto con sus modales, que no asomó variacion en su trato y en su semblante. Si hacia un agasajo no lo graduaba de adecuado á la persona agraciada, sino como un arranque afectuoso, y cuando el mérito se desentendia por modestia «aceptarlo» prorumpia gallardamente; «puesno siempre mediará por acá algun Nicolás. El influjo de la Santa Sede fue trascendiendo por toda la Cristiandad, y él se esmeró en estremar aquel impulso no en busca de prebendas, sino de libros. De los escombros de las librerias bizantinas, de la lobreguez de los mas arrinconados monasterios de Alemania, fue copiando manuscritos polvorosos de escritores antiguos, y cuando el orijinal yacia vinculado en su paradero, se sacaba copia fiel que pasaba luego en sus manos. El Vaticano, depositario de bulas y leyendas, de supersticiones y falsedades, se iba mas y mas colmando de escritos peregrinos; y era tan sumo el afan de Nicolás, que con un reinado de ocho años completó una librería de cinco mil volúmenes. El mundo Latino debió á su munificencia versiones de Jenofonte, Diodero, Polibio, Tucídides, Herodoto y Apiano de la geografía de Estrabon, y de las obras mas aventajadas de Platon y Aristóteles, Tolomeo y Teofrasto, como tambien de los Padres de la Iglesia Griega. Un mercader Florentino sigue aquel ejemplo, y sin armas y sin dictado alguno, Cosme de Médicis (112). encabeza una alcurnia de príncipes, cuyo nombre y siglo viene á ser sinónimo del restablecimiento de las letras; su concepto creció en escelsa nombradía; sus riquezas se abocaron á beneficio del jénero humano, se corresponde al mismo tiempo en el Cairo y en Lóndres, y el cargamento del idéntico bajel suele ser de especería India y de libros griegos. La índole y educacion de su nieto Lorenzo lo constituye no solo padrino, sino juez y campeon en la carrera literaria.

En su palacio el menesteroso cuenta con socorro y el benemérito con galardon. Se deleita en amenizar sus horas vacantes con ejercicios académicos, fomenta la emulacion de Demetrio Chalcondyle y de Anjelo Policiano, y su misionero eficacísimo Juan de Lascaris, regresa del Oriente con un tesoro de doscientos manuscritos, de los cuales ochenta son absolutamente desconocidos en las librerías de Europa (113). El mismo temple enardece lo restante de Italia, y los adelantos de la nacion compiten con la liberalidad de sus príncipes. Vinculan los Latinos esclusivamente su propia literatura, y aquellos alumnos de la Grecia se habilitan luego para trasmitir é improvisar las lecciones que han recibido. Tras larga sucesion de catedráticos advenedizos, mengua la oleada de la emigracion, pues el idioma de Constantinopla tramonta los Alpes, y los naturales de Francia, Alemania é Inglaterra (114) fueron vertiendo sobre su patria el fuego sagrado, encendido en las escuelas de Florencia y de Roma (115). En los partos del entendimiento y al par en los de la tierra, el afan y la maña sobrepujan á los dones de la naturaleza misma; y los injenios griegos, olvidados en las salas de Atenas, se han venido, á comentar por las orillas del Elba y del Támesis, tanto que Besarion y Gaza pudieron envidiar el saber preeminente de los Bárbaros; el esmero de Budeo, la finura de Erasmo, la copia de los Estévanes, la erudicion de Escalígero, y el tino de Reiske ó de Bentleyo. Casual fue la ventaja de los Latinos con el descubrimiento de la imprenta; pero los Aldos y sus inumerables sucesores fueron aplicando este arte utilísimo á las obras de la antigüedad, logrando perpetuarlas y multiplicarlas inmensamente (116). Un solo manuscrito, traido de la Grecia, revive en miles de copias, apareciendo cada una superior al mismo orijinal. Bajo esta planta, Homero y Platon repasarian con mayor satisfaccion sus propios escritos, y los escoliastas tendrian que ceder la palma á los afanes de un editor occidental.

Antes de revivir la literatura clásica, los Bárbaros de Europa yacian en la lobreguez de la ignorancia, y sus hablas vulgares eran parte de la terquedad y encojimiento de sus costumbres. Todo cursante en los mas cabales idiomas de Roma y Grecia se asomaba á un teatro esplendoroso de incomparable ciencia; esto es, á la sociedad culta de las naciones libres y descollantes de la antigüedad, y á la tertulia de aquellos prohombres que prorumpieron en los rasgos mas sublimes de la elocuencia y de la racionalidad. Aquel trato no podia menos de acrisolar el gusto y encumbrar el númen de los modernos; y sin embargo se atraviesa el desengaño de que al pronto aquel ahinco tras los antiguos maniató al parecer, ó cortó las alas. al entendimiento humano. El sistema imitador, tal vez recomendable hasta cierto punto, suele parar en rastrero ó de humilde temple, y los primeros alumnos de Roma y Grecia vinieron á ser una

colonia de advenedizos, descolgada en su país y en su siglo. Aquel afan desalado y reñido que estaba desentrañando antigüedades remotas, pudo mejorar ó enlucir el estado moderno de la sociedad, pero todo crítico ú metafísico es esclavizado por Aristóteles; poetas, historiadores y oradores, se afanaban repitiendo palabras y pensamientos del siglo de Augusto, y para escudriñar la naturaleza, tomaban los ojos de Plinio ú de Teofasto, y habia Paganos tan devotos que tributaban actos de adoracion á Platon y á Homero (117). La pujanza y el número de los auxiliares antiguos acosaban á los Italianos, y el siglo posterior al Petrarca y al Bocacio, rebosó de una muchedumbre de imitadores Latinos; que yacen sosegados por nuestros estantes, sin que asome en ellos con toda su erudicion, algun descubrimiento científico, ni parto de invencion ó de elocuencia, en sus respectivos idiomas vulgares (118). Pero empapado por fin en el siglo aquel ócio celeste, brota luego aquel suelo una reputacion pujante; se perfeccionan las lenguas modernas; los clásicos de Atenas y de Roma infunden un gusto acendrado y una emulacion denodada; y en Italia, como despues en Francia y en Inglaterra, el reinado placentero de la poesía y de la ficcion acarreó la lumbre de la filosofía tanto especulativa como esperimental. Puede el númen descollar antes que cuaje de todo punto la madurez; pero en la educacion de todo un pueblo al par que en la de un individuo, hay que ejercitar la memoria, antes que la racionalidad y la fantasía tomen su debido vuelo, ni le cabe al artista el igualar ó sobreponerse hasta despues que aprendió el remedo en los partos de sus antecesores.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimosexto.

(1) Esta instruccion curiosa se copió (segun creo) del archivo Vaticano, por Odorico Raynaldo, en su continuacion de los Anales de Baronio (Romæ 1646—1677, en X tomos en folio.). Me he contentado con el abate Fleury (Hist. Eclesiást. tom. X. p. 1—8.), cuyos estractos he hallado siempre en estremo despejados, ciertos é imparciales.

(2) La ambigüedad de este dictado es acertada é injeniosa, y *moderator*, como sinónimo de *rector*, *gobernator* es voz de latinidad clásica y

aun Ciceroniana, que se halla, no en el Glosario de Ducange, sino en el Tesoro de Roberto Estevan.

(3) La carta primera, sin encabezamiento, del Petrarca, pinta el peligro del bajel y la torpeza del *piloto*. Hæc inter, vino madidus, ævo gravis ac soporifero rore perfusus, jamjam nutitat, dormitat, jam somno præceps, atque (utinam solus) ruit... Heu quanto feliciús patrio terram sulcasset aratro, quam scalmum piscatorium ascendisset. Esta sátira induce al biógrafo á contrapesar vicios y virtudes de Benedicto XII, abultados uno y otro por los Guelfos y Gibelinos, por papistas y protestantes (Véanse las Memorias sobre la vida del Petrarca, tom. I. p. 259. II. not. XV, p. 13—16.). Dió márjen al dicho: Bibamus papaliter.

(4) Véanse las vidas orijinales de Muratori (Script. Rerum Italic. tom. III. P. II. p. 550—589. Mateo Villani (Chron. l. III. c. 43. in Muratori, tom. XIV. p. 186.), que lo apellida molto cavalleresco, poco relijioso, Fleury (Hist. Ecles. tom. XX. p. 126.), y la vida del Petrarca, tom. II. p. 42—45. El abate Sade lo trata con sumo miramiento, porque es un clérigo caballeroso.

(5) Era su nombre, probablemente alterado, Zampea. Habia acompañado, y se quedó sola en Constantinopla con su dueña, donde su cordura, instruccion y señorío, merecieron alabanzas á los mismos Griegos (Cantacuz. l. I. c. 42.).

(6) Véase toda la negociacion en Cantacuzeno (l. IV. c. 9.) quien salpica sus propios primores y alabanzas, con las muestras de una conciencia traspasada de remordimientos.

(7) Véase aquel tratado afrentoso en Fleury, (Hist. Eclesiás. p. 151—154.) de Raynaldo, quien lo sacó del archivo Vaticano. No necesita el afan de una patraña devota.

(8) Véanse las dos primeras Vidas orijinales de Nicolao V. en Muratori, Script. Rer. Italic. tom. III. P. II. p. 623. 635.), y los Anales Eclesiásticos de Spondano (tom. I. p. 573. A. D. 1369. núm. 7.) y Raynaldo (Fleury, Hist. Ecles. tom. XX. p. 223, 224.). Pero, segun algunas variaciones, malicio que los escritores pontificios abultaron las jenuflexiones de Paleólogo.

(9) Paulo minus quam si fuisset Imperator Romanorum; pero su dictado de Imperator Græcorum, no se le disputó en lo sucesivo (Vita Urbani V. p. 623.).

(10) Se vinculó en los sucesores de Carlomagno, y aun á ellos en el dia de Navidad; pues en todas las demás festividades, aquellos diáconos imperiales tienen que avenirse á servir al papa con su misa solemne, con su libro y sobre los *corporales*. Pero el abate Sade opina garbosamente, que los merecimientos de Cárlos IV, le hacian acreedor, aunque fuera

del dia señalado (A. D. 1368, 1.º de noviembre) al privilejio *cabal*. Parece que gradua la regalía y el individuo con sumo aprecio (Vida del Petrarca. tom. III. p. 735.).

(11) Entre varias adulteraciones italianas, la etimolojía de *Folcone in hosco* (Mateo Villani, l. XI. c. 70. en Muratori, tom. XV. p. 746.), apunta la voz inglesa *Hawkwood*, el verdadero nombre de nuestro aventurero paisano (Thomás Walsingham, Hist. Anglican. inter Script. Cambdeni, p. 184.). Tras veinte y una victoria y un descalabro, murió en 1394, el jeneral de los Florentinos, y se enterró con tantos honores cuales la república no tributara ni al Dante, ni al Petrarca (Muratori, Annali d'Italia, tom. XII. p. 212.—371.).

(12) La oleada inglesa, (por nacimiento ú servicios) rebosó allá de Francia sobre la Italia, tras la paz de Bretigny en 1360, pero la esclamacion de Muratori (Annali, tom. XII. p. 197.) es mas bien positiva que cortesana. « Ci mancava ancora questo, che dopo essere calpestrata l'Italia da tanti masnadieri Tedeschi ed Ungheri, venissero fin dall'Inghilterra nuovi *cani* á finire di divorarla. »

(13) Chalcondyle, l. I. p. 25, 26. Supone el Griego su viaje al rey de Francia, que viene á quedar plenamente refutado con el silencio de los historiadores nacionales. Ni tampoco me inclino á creer, que Paleólogo se marchase de Italia valde bene consolatus et contentus (Vita Urbani V. p. 623.).

(14) Su regreso en 1370, y la coronacion de Manuel, Set. 25, 1373 (Ducange, Fam. Byzant. p. 241), deja algun plazo intermedio para la conspiracion y la muerte de Andrónico.

(15) Memorias de Boucicault, p. I. c. 35, 36.

(16) Su viaje al occidente de Europa, asoma apenas, y en mi concepto con repugnancia en Chalcondyle (l. II. c. 44—50.) y Ducas (c. 14.).

(17) Muratori (Anual. d'Italia, tom. XII. p. 406.). Fue Juan Galeazo el duque primero y el mas poderoso de Milan. Froissard afirma sus relaciones con Bayaceto y contribuyó, para el salvamento y entrega de los Franceses, cautivos en Nápoles.

(18) Sobre el nacimiento de Manuel en París véase Spondano (Annal. Eclesiást. tom. I. p. 676. 677. A. D. 1400, núm. 5.) quien cita á Juvenal de los Ursinos, y al monje de San Dionisio; y Villaret (Hist. de France tom. XII. p. 331—334.), quien á nadie cita, segun la última moda de los escritores Franceses.

(19) Una nota cortita de Manuel en Inglaterra se halla estractada por el doctor Hody de un manuscrito en Lambeth (de Græcis illustribus, p. 14.), C. P. Imperator, diu variisque et horrendis Paganorum insultibus coarctatus, ut pro eisdem resistentiam triumphalem perquireret, Anglo-

rum Regem visitare decrevit, etc. Rex (véase Walsingham, p. 364.) nobili apparatu.... suscepit (ut decuit) tantum heroa duxitque Londonias, et per multos dies exhibuit gloriose pro expensis hospitii sui solvens, et eum respiciens tanto fastigio donativis. Repite lo mismo en su Upodigma Neustriæ, (p. 556.).

(20) Empieza y acaba Shakespeare su drama de Enrique IV, con el voto del príncipe para una cruzada, y su creencia de que va á fallecer en Jerusalen.

(21) Aparece este hecho en la Historia política, A. D. 1391—1478, publicada por Martin Crusio (Turco Grœcia, p. 1.—43. La imágen de Cristo que el emperador Griego no quiso reverenciar, era probablemente de escultura.

(22) La historia Griega y Turca de Laonico Chalcondyle, se termina en el invierno de 1463, y la conclusion repentina parece estar indicando, que arrima la pluma en el mismo año. Sabemos que en Ateniense, y que algunos contemporáneos del mismo nombre, coadyuvaron el nacimiento del idioma griego en Italia. Pero el historiador comedído nunca asoma en medio de su incesante redoble de digresiones, y su editor Leunclavio y Fabricio (Bibliot. Griega, tom. VI. p. 474) parece que ignoran su vida y estado. En cuanto á su descripcion de Alemania, Francia, é Inglaterra, véase l. II. p. 36. etc.

(23) No me pararé á ir advirtiendo los yerros jeográficos de Chalcondyles, y en esta ocasion quizá quiere seguir y equipararse á Herodoto (l. II, c. 33.), cuyo texto cabe esplicarse (Herodot. de Lachero, tom. II. p. 219, 220.) cuya ignorancia es disculpable. ¿Por ventura estos Griegos modernos nunca leyeron á Estrabon, ó alguno de los Jeógrafos menores?

(24) Un ciudadano de la nueva Roma, mientras esta vivia, desdeñara de condecorar á un rey aleman con los dictados de Βασιλευη, ó Αυτοκρατωρ Ρῶμαιων: mas ya no cabian ínfulas en los arranques de Chalcondyle, y va historiando al Príncipe bizantino y á los súbditos, con el nombre propio pero llano, con los nombres de Ἑλληνες, y βασιλευς Ἑλληνων.

(25) Las mas de las novelas antiguas se tradujeron en el siglo XIV en prosa francesa, y fueron luego el sumo predilecto de damas y caballeros, en la corte de Cárlos VI. Si algun Griego creia las hazañas de Roldan ó de Oliveros, merece disculpa, puesto que los monjes de san Dionisio, historiadores nacionales, han embebido las patrañas del arzobispo Turpin en sus Crónicas de Francia.

(26) Λονδινη.... δε τε πολις δυναμει τε προεχουσα των εν τῃ νησῳ ταυτῃ πασων πολεων, ολβῳ τε και τῃ αλλῃ ευδαιμονιᾳ ουδεμιας των προς ἑσπεραν λειπομενη. Aun desde el tiempo de Fitzstefen, esto es en el siglo doce, parece que Lon-

dres se habia ya granjeado aquella preminencia en estension y riquezas, y su aumento progresivo ha ido siguiendo el paso de los adelantos jenerales en Europa.

(27) Si las significaciones del verbo *Kva* (osculor et in utero gero) lo hacen equívoco, el contesto, y el susto devoto de Chalcondyle, no dejan duda en su concepto y en la equivocacion.*

(28) Erasmo (Epist. Fausto Andrelino) trae un paso lindo, en cuanto á la moda inglesa de tratar así los extranjeros á la llegada y á la despedida, de la cual no saca sin embargo ilacion alguna maliciosa.

(29) Quizás cabe aplicar aquella observacion á la comunidad de las mujeres entre los Bretones antiguos, como la suponen Julio César y Dion (Dion Casio, l. IXII, tom. II. p. 1007.) con la nota juiciosa de Reimas. El *Arreoy* de Otaheite tan positivo al principio, es en el dia menos reparable y escandaloso, al paso que se han ido estudiando las costumbres de aquel pueblo apacible y enamoradizo.

(30) Véase Lenfant, Hist. del Concilio de Constancia, tom. II. p. 576, y en cuanto á la historia eclesiástica de aqnel tiempo, los Anales de Spondano, la Biblioteca de Dupin tom. XII. y XXI y XXII, ó mas bien la Continuacion de Fleury.

(31) Franza, ó Franzes, desde su temprana mocedad fue estadista y palaciego, y Hankio (de Script Bizant. P. I. c. 40) ha ido historiando su vida por sus escritos. A la muerte de Manuel, era tan solo de veinte y cuatro años, y ya lo recomendó eficacísimamente al sucesor: Imprimis vero hunc Phranzen tibi commendo, qui ministravit mihi fideliter et diligenter (Phranzes l. II. c. 1); pero el emperador Juan era muy flojo y antepuso el servicio de los déspotas del Peloponeso.

(32) Véase Franza, l. II c. 13. Existiendo tantos manuscritos de original griego en las librerías de Roma, Milan, el Escorial etc. es vergonzoso y reprensible, que nos veamos reducidos á la version latina, ó sea estracto, de Juan Pontono (ad calcem Teophylas, Simocattæ Ingolstadt 1604), escacísimo en esmero y elegancia (Fabric. Bibliot. Græca, tom. V. p. 615 — 620.)**.

* No asoma para mí ni « susto devoto » de Chalcondyle segun la naturalidad con que refiere aquel estilo extrañísimo; pues dice οὐδὲ αἰσχύνην τοῦτο φέρει ἐνυτοῖς κυέσθαι τὰς τὲ γυναῖκας εὐτῶν καὶ τὰς θυγατέρας; y estas fueron espresiones ajenas del uso corriente, si aquel verbo se parece aquí en sentido llano. Ni aquella frase ρέΧονται τὰς ἑαυτῶν γυναῖκας ἐν τοῖς ἐπιτηδείοις, admite otra esplicacion mas culta. Acierta sin embargo tal vez Gibbon en cuanto al oríjen de equivocacion ten peregrina.—M.

** Se publicó el texto griego de Franza, por F. C. Alter, Vindobonæ 1796; y lo ha reimpreso Bekber para la nueva edicion de los Bizantinos. Bonn, 1838. —M.

(33) Véase Ducange, Fam. Byzant. p. 243 — 248.

(34) La medida cabal del Hexamilion, de mar á mar era de 3800 orjias, ó *toesas* de seis pies griegos (Franza l. I. c. 38), que viene á formar una milla griega, y menor que la de 660 toesas Francesas, que le señala D'Anville como usadas todavía en el país, esto es; en Turquía. El istmo se suele regular de seis millas, ó dos leguas en anchura. Véanse los viajes de Spon, Weder y Chandler.

(35) La primera objecion de los Judíos se funda en la muerte de Jesucristo; pues si voluntaria, fue un suicida: pero el emperador la convierte en misterio. Arguyen luego contra la concepcion de la Vírjen, el sentido de las profecías etc. (Franza l. II. c. 12 entero).

(36) En el tratado delle Materie Beneficiarie de Fra-Paolo (en el tom. IV de la última y mejor edicion de sus obras) queda completamente desentrañado el sistema pontificio. Aun cuando viniesen á esterminarse Roma y su prepotencia, aquel libro de oro pudiera sobrevivir, como historia filosófica y advertencia saludable.

(37) El papa Juan XXII (en 1334) dejó en Aviñon diez y ocho millones de ducados de oro ú florines, y otros siete millones en plata labrada Véase la Crónica de Juan Villani (l. XI, c. 20, en la Coleccion de Muratori tom. III. p. 765) cuyo hermano sacó á la sazon por los tesoreros del papa. Tesoro de veinte y cinco á treinta millones de duros en el siglo XIV es una exorbitancia casi increible.

(38) Un protestante sabio y caballeroso, M. Lanfant, ha historiado lindamente los concilios de Piza, Constancia y Basilea ciudad libre, en seis tomos en cuarto; pero la última parte es la menos enterada y cabal, escepto en el pormenor de los disturbios en Bohemia.

(39) Las actas orijinales, ó minutas del concilio de Basilea, se conservan en la librería pública, en doce tomos en folio. Era Basilea ciudad libre oportunamente sitnada en el Ródano y resguardada con las armas de la confinante y confederada Suiza. Su universidad fue fundada en 1459 por el papa Pio II. (Æneas Silvio) quien habia sido secretario en el concilio. Pero, ¿qué supone un concilio ó una universidad para las prensas de Froben y los estudios de Erasmo?

(40) La embajada turca, atestiguada únicamente por Cranteio, se refiere dudosamente por el analista Spondano, A. D. 1433, núm. 28, tom. I p. 824.

(41) Sirópulo p. 19. En estas listas parece que los Griegos sobrepujaron la comitiva que despues acompañó en realidad al emperador y al patriarca y que no se espresa despejadamente por el exarcáto. Los 75.000 florines pedidos en la negociacion del papa (p. 9) tambien se propasan á sus esperazas y necesidades.

(42) Uso indistintamente las voces *ducados ó florines*, derivadas, la una de los duques de Milan y la otra de la república de *Florencia*. Las piezas de oro que se acuñaron al pronto en Italia, pueden regularse en precio y valor al tercio de una guinea inglesa.

(43) Al fin de la version latina de Franza leemos una carta dilatada ó declamacion de Jorge de Trebisonda, quien aconseja al emperador que anteponga Eujenio y la Italia. Trata con menosprecio la reunion cismática de Basilea, y los bárbaros de la Galia y Alemania; que se empeñaron en trasladar la cátedra de san Pedro alleude los Alpes; οι αθλιοι σε και την μετα σου συνοδον εξω των Ἡρακλειων ςηλων και περα Γαδηρων εξαζουσι. ¿ Por ventura carecia Constantinopla de mapas?

(44) Sirópulo (p. 26—31) afirma sus propias iras y las de sus paisanos; y los diputados de Basilea que disculpaban su arrojo, no podian negar ni variar una acta del concilio.

(45) Condomieri, sobrino del papa y almirante, declaró terminantemente: ότι όρισμον εχειπαρα του Παπα ίνα πολεμηση όπου αν εύρη τα κατεργα της Συνοδου, και ει δυνηθη κατηδυση και αφανιση. Las órdenes navales del sínodo eran menos ejecutivas, y hasta que asomaron los bajeles enemigos, ambos partidos se esmeraban en ocultar á los Griegos su desavenencia.

(46) Menciona Sirópulo las esperanzas de Paleólogo (p. 36) y el dictámen postrero de Sijismundo (p. 57). Supo el emperador en Corfú la muerte de su amigo y á saberla antes regresara á su casa (p. 79).

(47) El mismo Franza, aunque por diversos motivos era del dictámen de Amurates (l. II. c. 13.). Utinam ne synodus iste unquam fuisset, si tantas offensiones et detrimenta partitura erat. Tambien menciona Sirópulo aquella embajada turca (p. 58), y Amurates cumplió su palabra. Pudo amagar (p. 125, 219); mas nunca embistió á la ciudad.

(48) Los lectores no pueden menos de sonreirse con la sencillez que espresaba aquellas esperanzas: τοιαυτην πληροφοριαν σχησειν ηλπιζε και δια του Παπα εθαρρει ελευθερωσαι την εκκλησιαν απο της αποτεθεισης αυτου δουλειας παρα του βασιλεως (p. 92); mas le era muy arduo el plantear las lecciones de Gregorio VII.

(49) El nombre cristiano de Silvestre salió del calendario latino. En el griego moderno se añade el diminutivo πολος, al estremo de las palabras; ni Creigton, el editor, con todos sus raciocinios, le disculpan de trocar en *Syuropulos* (Sguros fuscus) el Sirópulo de su propio manuscrito, cuyo nombre viene firmado de mano propia en las actas del Concilio de Florencia. ¿ No pudiera ser el autor Siríaco de alcurnia?

(50) Me atrevo á deslindar la fecha, por la misma conclusion de la historia, en al año de 1444, cuatro años despues del sínodo, cuando el exarca habia depuesto su cargo (sectio XII, p. 330—350). El tiempo y

el retiro habian refrenado sus ímpetus; y aunque suele ser parcial, nunca Sirópulo se destempla.

(51) *Vera historia unionis non veræ inter Græcos et Latinos* (*Hagæ Comitis* 1660 en foleo) se publicó al pronto con una version desahogada y florida, por Roberto Creighton, capellan de Cárlos II, en su destierro. El fervor del publicante lo encabeza con un título contencioso, por cuanto falta el principio del orijinal. Merece Sirópulo colocarse entre los escritores Bizantinos mas sobresalientes en cuanto á su contesto y lenguaje; pero queda escluido de la Coleccion acendrada de los concilios.

(52) Sirópulo (p. 63) expresa meramente su ánimo ἵν· οὔςτω πομπαων υν Ιταλοις μεγας βασιλευς παρ' εκεινων νομιζοιτο; y el latin de Creighton ofrece muestra de su matizada parafrasis. Ut pompâ circumductus noster Imperator Italiæ populis aliquis deauratus Jupiter crederetur, aut Cresus ex opulenta Lydia.

(53) Aunque no me cabe el irme deteniendo en citar á Sirópulo por cada hecho, no puedo menos de advertir, que la navegacion de los Griegos á Venecia y Ferrara desde Constantinopla, se contiene en la seccion IV (p. 27 — 100) y que el historiador realza su desempeño sobresaliente con ir rasgueando los acontecimientos, como si los presenciase al lector.

(54) Hallábase Franza, durante el sínodo en el Peloponeso; pero le cupo del príncipe Demetrio, un pormenor individual del recibimiento que habian merecido el emperador y el patriarca en Venecia y Ferrara, (Dux.... sedentem Imperatorem *adorat*) lo que mencionan los Latinos (l. II, c. 14 etc.)

(55) El pasmo de un príncipe Griego y de un embajador Francés (Memoires de Philippe de Comines l. VII. c. 18) al ver á Venecia comprueban de sobras que en el siglo XV era la ciudad primera y mas ostentosa de la cristiandad. En cuanto á los despojos de Constantinopla en Venecia, véase á Sirópulo (p. 87).

(56) Nicolás III de Este reinó cuarenta años (A. D. 1393 — 1441) y era dueño de Ferrara, Módena, Reggio, Parma, Rovigo y Commachio. Véase su vida en Muratori (Antiquita Estense, tom. II, p. 159 — 201).

(57) El vulgo latino prorumpió en risa al presenciar los trajes peregrinos de los Griegos, y con especialidad sus cumplidas vestiduras, sus mangas y sus barbas, sin que se diferenciase el emperador, sino por su color de púrpura, y su diadema, ó tiara, con una perla al estremo (Hody de Græcis Illustribus, p. 31.). Pero confiesa otro de los mirones que el estilo Griego era mas aseñorado que el Italiano (Vespasiano, in vita Eugenio IV en Muratori, tom. XXV. p. 261.).

(58) En cuanto á las cacerías del emperador, véase Sirópulo (134.

etc.). Envióle el papa once jaquillos menguados; pero se compró un alazan poderoso y volador venido de Rusia. Se estrañará el apodo de *Jenízaro*, pero el nombre, mas bien que el instituto, trascendió de la corte Otomana ó la Bizantina, y vino á usarse en los primeros tiempos del imperio.

(59) Lograron los Griegos con suma dificultad, que en vez de raciones, se les repartiesen *mesadas* en dinero, á cuatro florines por individuo de alguna distincion y tres á los sirvientes con la gratificacion de treinta mas para el emperador, veinte y cinco al patriarca, y veinte al déspota, ó príncipe Demetrio. Ascendió el pago con el primer mes á cerca de setecientos florines, suma que no permite contar de 200 Griegos al todo. (Sirópulo, p. 104, 105). Al 20 de octubre, mediaba ya un atraso de cuatro mesadas, 1438; y en abril de 1439, tres, y luego en julio cinco y media, que fue el plazo de la Union (p. 172. etc.).

(60) Sirópulo, (p. 141. etc.), está deplorando el encarcelamiento de los Griegos, y la tiranía del emperador y del patriarca.

(61) Campean al vivo las guerras de Italia en los Anales de Muratori. El Griego cismático Sirópulo (p. 145.) parece que abultó el susto y trastorno del papa eu su retirada de Ferrara á Florencia, cuyas actas demuestran que fue algun tanto mas decorosa y sosegada.

(62) Sirópulo se empeña en contar hasta setecientos prelados en el concilio de Basilea. El yerro es patente y tal vez voluntario. No cabe completar aquel número exorbitante aun con los eclesiásticos de toda jerarquía que se hallaron en la reunion, ni aun con todos los obispos ausentes del país occidental, que espresa ó tácitamente se conformasen con sus decretos.

(63) Los Griegos opuestos á la Union se mantenian encerrados en la fortaleza (p. 178. etc. Sirópulo.). Avergonzáronse mas y mas los Tártaros, al presentarles un rancio manuscrito del concilio Niceno, con la añadidura del *filioque*. ¡Patraña manifiesta! (p. 473.).

(64) Ὡς εγω dijo un Griego de suposicion όταν εις ναον εσσελθω Λατινων ου προσκυνω τινα των εκεισε άγιων, επει ουδε γνωριζω τινα (Sirópulo, p. 109.). Véase el titubeo de los Griegos, p. 217. etc.).

(65) Véase la contienda cortesana de Marco y Besarion en Sirópulo (p. 257.), quien jamás cohonestó las culpas de su propio partido, y celebra garbosamente las prendas de los Latinos.

(66) En cuanto al desamparo de los Griegos hállase un paso notable en Ducas (p. 31.). Tenia uno por junto tres batas caidas. etc. Besarion, por la enseñanza de veinte y un años en su monasterio habia llegado á juntar cuarenta florines de oro, pero de estos babia gastado veinte y

ocho en su viaje del Peloponeso, y lo demás en Constantinopla (Sirópulo. p. 127.).

(67) Niega Sirópulo que los Griegos recibiesen moneda alguna antes de firmar el acta de Union (p. 283.), refiere algunas circunstancias sospechosas, y el historiador Ducas afirma positivamente un coecho y soborno.

(68) Esperan los Griegos lastimosamente con zozobra el perpetuo destierro y servidumbre (Siróp. p. 196.), y tuvieron que ceder principalmente á las amenazas del emperador. (p. 260.).

(69) Habia olvidado otro protestador popular y acendrado, un perrillo predilecto, que solia yacer sobre la alfombra al pié del sólio del emperador, y que estuvo ladrando desaforadamente mientras se leia el acta de Union, sin acallarle ni halagos ni latigazos de los dependientes. (Siróp. p. 265, 266.).

(70) Por las vidas orijinales de los papas en la Coleccion de Muratori (tom. III. p. II. p. XXV.), las costumbres de Eugenio IV aparecen decorosas y aun ejemplares. Su situacion, patente al mundo entero, le servia de freno y de prenda.

(71) Asistiera Sirópulo con sumo quebranto, mas bien que firmara el acta de Union, pero le pusieron á uno y otro, y el grande Eclesiarca se escusó mezquinamente de dar su rendimiento al emperador. (p. 290, 292.).

(72) En el dia no asoma acta orijinal de la Union. De los diez manuscritos que se estan conservando, cinco en Roma, los demás en Florencia, etc. hasta nueve se han escudriñado con ahínco, por un crítico esmeradísimo (M. de Brequigny), quien los rechaza por sus variaciones y el desarreglo de las firmas Griegas. Mas algunos pueden apreciarse como copias auténticas, que se firmaron en Florencia, antes (26 de agosto de 1439) de la separacion última del papa y del emperador (Mem. de l'Acad. de Inscrip. tom. XLIII. p. 287—311.).

(73) Ἡμιν δε ὡς ασημοι εδοκουν φωναι (Siróp. p. 297).

(74) Los Griegos á su regreso, conversaron en Bolonia con los embajadores de Inglaterra, y tras algunas respuestas, aquellos advenedizos imparciales prorumpieron en risa acerca de la supuesta Union de Florencia (Siróp. p. 307.).

(75) Tan cavilosas y tan huecas son aquellas reuniones de Nestorianos, Jacobitas, etc. que en balde rejistré en la Biblioteca Oriental de Asemans, esclavo rendidísimo del Vaticano.

(76) Cae Ripaille cerca de Thonon en Saboya, al mediodía del lago de Jinebra. Es en el dia una Cartuja, y M. Addison (Viajes á Italia, tom. II. p. 147, 148. de sus obras, edicion de Baskerville, ha elojiado el si-

tio y el fundador. Eneas Silvio y los padres de Basilea, encarecen la vida austerísima del ermitaño ducal; pero refranes franceses é italianos por desgracia estan atestiguando el concepto popular de su relajacion.

(77) Para este pormenor de los concilios de Basilea, Ferrara y Florencia, he acudido á las actas orijinales, que cuajan los tomos XVII y XVIII de la edicion de Venecia, y acaban con la historia despejada, pero parcial, de Agustin Patricio, Italiano del siglo XV. Los coordinó y compendio Dupin (Bibliot. Ecles. tom. XII.) y el continuador de Fleury (tom. XXII.) y los miramientos con la Iglesia Galicana para con los partidos encontrados, obliga á sus individuos á un comedimiento desusadísimo.

(78) Meursio, en su primera embestida recopiló hasta 3.600 voces Græco-bárbaras, á las cuales añadió 1.800: mas cuantísimo no dejó que respigar á Porcio Ducange, Fabrotti, los Bollandistas etc. (Fabric. Bibliot. Græc. tom. X. p. 101. etc.). *Tal cual* voz persa asoma en Jenofonte, y *tal cual* latina igualmente en Plutarco, y tal es el resultado inevitable de la guerra y el comercio, mas la planta y el caudal del idioma no se alteran con tan escasa mezclilla.

(79) Lancelot ha compuesto esmeradamente la Vida de Filolfo, sofista altanero, inquieto y codicioso (Mem. de la Acad. de Inscripciones, tom. X. 691—752) y Tiraboschi (Historia de la Literatura Italiana, tom. VII. p. 282—294.) en la jeneralidad por sus propias cartas. Sus obras muy trabajadas, y las de sus contemporáneos, yacen olvidadas, pero su correspondencia familiar está rescatando los hombres y los tiempos.

(80) Se desposó, y tal vez pervirtió, á la hija de Juan, y nieta de Manuel Crisoloras. Era jóven, linda y riquísima, y su familia esclarecida estaba emparentada con los Dorias de Génova y con los emperadores de Constantinopla.

(81) Græci quibus lingua depravata non sit.... ita loquuntur vulgo hac etiam tempestate ut Aristophanes comicus, aut Euripides tragicus, ut oratores omnes, ut historiographi, ut philosophis..... literati autem homines et doctius et emendatius.... Nam viri aulici veterem sermonis dignitatem atque elegantiam retinebant in primisque ipsæ nobiles mulieres: quibus cum nullum esset omnino cum viris peregrinis commercium, merus ille ac parus Græcorum sermo servabatur intactus (Philelph. Epist. ad. ann. 1451, apud Hodium, p. 188, 189.) Advierte en otro paso, uxor illa mea Theodora locutione erat admodum moderata et suavi et maxime Attica.

(82) Filolfo, harto desatinadamente eslabona los zelos Griegos Orientales, con las costumbres de la antigua Roma.

(83) Véase el estado de la literatura por los siglos XIII y XIV en el

sabio y atinado Mosheim (Institut. Hist. Ecles. p. 434. etc.).

(84) Habia al siglo XV en Europa hasta cincuenta universidades, cuyas fundaciones en parte corresponden al año 1300, ó antes, y se frecuentaban á proporcion de su escasez. Acudian á Bolonia hácia 10.000 estudiantes, principalmente lejistas. Por los años de 1357, en Oxford habia menguado su número de 30.000 á 6.000. (Historia de la Gran Bretaña por Henry tom. p. 478.). Pero aun esta cortedad escede al número de los cursantes anuales.

(85) De estos escritores que tratan de intento sobre el restablecimiento de la literatura Griega en Italia, las dos principales son Hodio, esto es, el doctor Humphrey Hody (de Græcis Illustribus, Linguæ Græcæ, Literarumque humaniorum Instauratoribus; Londini 1742, octavo mayor, y Tiraboschi (Historia de la literatura Italiana, tom. V. y VI. El profesor de Oxford es un caudillo esmerado, pero el Bibliotecario de Módena disfruta la superioridad de un historiador moderno y nacional.

(86) In Calabria quæ olim Magna Græcia dicebatur, coloniis Græcis repleta, remansit quædam linguæ veteris congnitio (Hodio, p. 2). Si los Romanos la desacataron, los monjes de san Basilio la resucitaron y perpetuaron, pues poseian hasta siete casas solamente en Rosano. (Giannone, Istoria di Napoli tom. I, p. 520).

(87) Ii Barbari (dice el Petrarca, Franceses y Alemanes) vix, non dicam libros sed nomen Homeri audiverunt. Quizás bajo este concepto el siglo XIII era peor que el tiempo de Carlomagno.

(88) Véase la índole de Barlaam, en Bocacio de Genealog. Deorum, l. XV. c. 6.

(89) Cantacuzeno, l. II. c. 36.

(90) En cuanto al trato del Petrarca con Barlaam, y su avistamiento en Aviñon año de 1339, y en Napoles el de 1342, véanse las escelentes Memorias sobre la Vida del Petrarca tom. I. p. 406—410, tom. II. p. 75—77.

(91) El obispado á donde se retiró Barlaam era el antiguo Locro, en la edad media Santa Cyriaca y por corrupcion Hieracio Jeracio (Disertatio Chorográphica Italiæ medii Ævi, tom. I, p. 312). El dives opum de los tiempos normandos, paró luego en desamparo, puesto que hasta la iglesia era pobrísima. Sin embargo permanecen unos tres mil moradores. (Swinburne p. 340).

(92) Pongo aquí un paso de aquella carta del Petrarca (Famil. IX. 2) Donasti Homerum non in alienun sermonem violento alveo derivatum, ex ipsis Græci eloquii scatebris et qualis divino illi profluxit ingenio..... Sine tuâ voce Homerus tuus apud me mutus, immo vero ego apud illum surdus sum. Gaudeo tamen vel adspectu solo, ac sœpe illum amplexus atque suspirans dico, O magne vir.

(93) Sobre la vida y escritos del Bocacio nacido en 1313 y muerto en 1375, Fabricio (Biblioteca Lat. Medii Ævi, tom I, p. 248 etc.) y Tiraboschi (tom. V. p. 83 etc.) pueden consultarse. Las ediciones, versiones é imitaciones de sus novelas, son inumerables. Se avergonzaba sin embargo de manifestar tamañas fruslerías y tal vez escándolos al Petrarca, su respetable íntimo, en cuyas cartas y memorias asomó descolladamente.

(94) Se esplaya el Bocacio en su vanidad decorosa: Ostentationes causâ Grœca carmina adscripsi... jure utor meo: meum est hoc decus, mea gloria scilicet inter Etruscos Græcis uti carminis. Nonne ego fui qui Leontium Pilatum etc. (De Genealojia Deorum l. XV c. 7 obra olvidada en el dia que mereció allá salir en catorce ó quince ediciones.)

(95) Hody (p. 2—11) ha dado harto á conocer al dicho Leoncio ó Leon Pilato, como tambien el abate Sade (Vida del Petrarca, tom III p. 625 etc.) quien acertó á empaparse en el rumbo dramático y travieso del orijinal.

(96) Enójase en gran manera el dotor Hody (p. 54) con Leonardo Aretino, Guarinus, Paulo Jevio etc. por cuanto afirman que la literatura griega resuciió en Italia *post septingentos annos*; como si, dice, hubiese allá seguido floreciendo hasta el fin del VII siglo. Computaron aquellos escritores desde el postrer período del exarcato y la presencia de los majistrados Griegos con tropas en Ravena y Roma sin duda conservaron hasta cierto grado el uso del idioma.

(97) Véanse el artículo de Emanuel ó Manuel Crisoloras en Hody (p. 12—54) y Tiraboschi (tom. VII, p. 113—118). La fecha cabal de su llegada va y viene entre los años de 1390 y 1400 ceñida únicamente al reinado de Bonifacio IX.

(98) Tomaron hasta cinco ó seis naturales de Arezo en Toscana el idéntico nombre de Aretino, de los cuales el mas sonado y menos acreedor vivió en el siglo XVI. Leonardo Bruno Aretino, discípulo de Crisoloras era lingüista, orador, historiador, secretario de cuatro papas sucesivos, y canciller de la república de Florencia, donde falleció, A. D. 1444, de edad de setenta y cinco años (Fabric. Bibliot. medii Ævi tom I. p. 190 etc. Tiraboschi, tom. VII p. 31—38.).

(99(Véase el paso en Aretino. Comentario rerum suo tempore in Italia gestarum, apud Hodium p. 28—30.

(100) En aquel réjimen casero, el Petrarca, apasionado del jóven, suele quejarse del afan ansioso, temple vidrioso y arranques altaneros que estaban anunciando la nombradía y el númen de su edad madura (Memorias sobre el Petrarca, tom. III p. 700—769).

101) Hinc Grecæ Latinæque scholæ exactæ sunt, Guarino, Philel-

pho, Leonardo Aretino, Caroloque, ac plerisque aliis, tanquam ex equo Trojano prodeuntibus, quorum emulatione multa ingenia deinceps ad laudem excitata sunt (Platina de Bonifacio IX). Añade otro escritor Italiano los nombres de Pedro, Pablo Verjerio, Omnibono Vicencio Poggio, Francisco Barbaro, etc. Pero pregunto: ¿ si una analojía esmerada franquea á Crisoloras *todos* estos alumnos esclarecidos? Hodio, p. 25, etc.

(102) Véase en Hody el artículo de Besarion (p. 136—177). Teodoro Gaza, Jorje de Trebisonda y los demás Griegos espresados ú omitidos, asoman en sus correspondientes artículos de obra tan sabia. Véase igualmente Tiraboschi en las partes 2.ª y 3.ª del tomo VI.

(103) Los cardenales tienen el aldabazo á su puerta, pero el conclavista no se avino á interrumpir la tarea de Besarion: « Nicolás » le dijo luego, « tanto miramiento te cuesta á ti un capelo como á mi la tiara.»*

(104) Como Jorge de Trebisonda, Teodoro Gaza, Argirópulo, Andrónico de Tesalónica Filelfo, Poggio, Blondo Nicolás Perrot Valla, Campana, Platina etc. Viri (dice Hody con el fervor entrañable de un alumno, nullo ævo perituri (p. 156).

(105) Nació antes de la toma de Constantinopla; pero su vida decorosa se dilató hasta el siglo XVI (A. D, 1535): Leon X. y Francisco I fueron sus patronos mas esclarecidos bajo cuyos auspicios fundó los colejios Griegos de Roma y de Paris (Hody p. 247—275). Dejó posteridad en Francia; pero los condes de Ventimilla; y sus muchas ramas traen su nombre de Lascaris de un desposorio dudoso en el siglo XIII con la hija de un emperador griego (Ducange, Fam. Bizant., p. 224— 230).

(106) Francisco Florido, citando y hollando dos epigramas contra Virgilio y tres contra Ciceron, no halla apodos mas adecuados que los de Graculus ineptus et impudens (Hody p. 224). En nuestro propio tiempo, un criticastro Inglés ha tildado la Eneida de contener multa lánguida nugatoria spiritu et majestate carminis heroici defecta; infinitos de los tales versos, que él mismo, el llamado Jeremías Markland, se avergonzaria de prohijarlos (præfat. ad Statii Sylvas p. 21 y 22).

(107) Se tachaba á Manuel Crisoloras y á sus compañeros de ignorancia, envidia ó avaricia (Silloge etc. tom. II p. 235). Los Griegos modernos pronuncian la B como V consonante, y equivocan tres vocales (η ι υ), como tambien varios diptongos. Tal era la pronunciacion vulgar que sostuvo el sabio Gardiner en la universidad de Cambridge con estatutos penales; pero el monosílabo βη equivale para un oido Atico el balido de una

* Roscoe en la vida de Lorenzo de Medicis se hace cargo de que Hody dejó ya refutada esa insulsa conseja.

oveja y un zafio es testigo mas abonado que un obispo ó un canciller. Los tratados de aquellos doctos como Erasmo, que defendian otra demostracion mas clásica, se hallan recopilados en la Sylloge de Havercamp (2 tom. 8.º Lugd. Bat. 1736, 1740); pero se hace muy arduo el retratar sonidos con meros vocablos y en lo relativo al uso mediano tan solo cabe entenderse sino por los respectivos naturales. Advierto sin embargo que nuestra pronunciacion peculiar de la θ, *th*, merece la aprobacion de Erasmo.

(108) Jorje Gemisto Platon, escritor misceláneo y voluminoso, maestro de Besarion y de todos los platónicos contemporáneos. Asomó en la ancianidad, y regresó luego para acabar sus dias al Peloponeso. Véase la diatriba curiosa de Leon Alusio sobre la Jeorjia en Fabricio (Bibliot. Græca, tom. X p. 739—756).

(109) Despeja Boivin el estado de la filosofía platónica en Italia (Mem. de la Acad. de Inscripciones, tom. II p. 315 etc.) Tiraboschi)tom. VI P. I. p. 259 etc.).

(110) Véase la vida de Nicolás V por los dos autores contemporaneos Janetto Mannetto (tom III P. II p. 905 etc.), y Vespasiano de Florencia tom. XXV p. 266 etc. en la Coleccion de Muratori y consúltese Tiraboschi (tom. VI p. I etc.) y Hody en los artículos Teodoro Gaza, Jorje de Trebisonda etc.

(111) Advierte con verdad y desenfado el lord Bolingbroke, que los papas en aquellos trances eran estadistas mas menguados que los muftis, y que el hechizo de tantos siglos quedó estrellado por los mismos magos. (Cartas sobre el estudio de la Historia l. VI p. 1654 en 8.º 1779).

(112) Véase la historia literaria de Cosme y Lorenzo de Médicis en Tiraboschi (tom. VI, p. I l. I p. 2) quien tributa su elojio cabal á Alfonso de Aragon, rey tambien de Napoles, á los duques de Milan, Ferrara Urbino etc. La menos benemérita en la literatura fue la república de Venecia.

(113) Tiraboschi (tom. V p. I p. 104) del prólogo de Juan Lascaris á la Antolojía Griega impresa en Florencia 1494. Latebat (dice Aldo en su prólogo á los oradores Griegos apud Hodium p. 249) in Atho Traciæ monte. Eas Lascaris.... in Italiam reportavit. Miserat enim ipsum Laurentius illo de Medicis in Græciam ad inquirendos simul, et quantovis emendos precio bonos libros. Se hace reparable que el sultan Bayaceto II facilitase la pesquisa.

(114) Asomó la lengua Griega por la universidad de Oxford en los últimos años del siglo XV, gracias á Grocino, Linecero y Latimero, quienes habian cursado en Florencia con Demetrio Chalcondyles. Véase la vida curiosa de Erasmo por Knight. Aunque patricio académico harto despe-

jado, tiene que confesar que aprendió Erasmo el griego en Oxford y luego lo enseñó en Cambridge.

(115) Zelosísimos los italianos se empeñaron en estancar la literatura Griega. Al ir Aldo á publicar los escoliastas Griegos sobre Sófocles y Euripides, Cave (prorumpieron) hoc facias ne *Barbari* istis adjuti domi maneant, et pauciores in Italiam venirent (Doctor Knight en su vida de Erasmo p. 365 de Beato Rhenano),

(116) Planteóse por los años de 1494 la imprenta de Aldo, Romano en Venecia y aquel Manucio estampó mas de cuarenta obras considerables de literatura Griega casi todas por primera vez; y algunas repetidas hasta dos, tres y cuatro ediciones (Fabric. Bibliot. Græca tom. XIII p 605 etc.). Pero su nombradía no hará que olvidemos que la primera obra Griega la Gramática de Constancio Lascaris se estampó en Milan y en 1476, y el Homero en Florencia en 1488, con el sumo lujo del arte tipográfico. Véanse los Anales tipográficos de Metaire, y la Bibliot. Instructiva de Bure, librero consumado de París.

(117) Voy á entresacar sus ejemplares peregrinos de aquel entusiasmo peregrino. I. Dijo Gemisto Platon en el sínodo de Florencia á Jorje de Trebisonda en conversacion amistosa que en breve arrinconaria el jénero humano el Evanjelio y el Alcoran tras una relijion asemejada á la pagana (Leon Alatio en Fabricio tom. X p. 751). II. Persiguió Paulo II la Academia Romana fundada por Pomponio Leto, acusando á sus individuos descollantes de herejía impiedad y *paganismo* (Tiraboschi, tom. VI, p. I etc.,) III. En el siglo siguiente algunos literatos y poetas en Francia celebraron la aceptacion de la trajedia de Cleopatra por Jodelle, con una funcion á Baco, y aun se dice que con el sacrificio de un chivo (Baile diccion. JODELLE, Fontenelle, tom. III etc) Pero aun el *devocionismo* alcanzaba á deslindar una impiedad formal y los arranques placenteros de la fantasía y de la erudicion.

(118) El sobreviviente Bocacio falleció en 1375, y no cabe colocar antes de 1480 la composicion del Morgante Maggiore del Pulci, y el Orlando Innamorato de Boyardo (Tiraboschi tom. VI etc).

CAPITULO LXVII.

Cisma de Griegos y Latinos. — Reinado é índole de Amurates II. — Cruzada de Ladislao, rey de Hungría. — Su derrota y muerte. — Juan Huníades. — Scanderbeg. — Constantino Paleólogo, último emperador del Oriente.

Un Griego elocuente, el padre de las escuelas Italianas va cotejando los méritos respectivos de Roma y de Constantinopla, con sus competentes elojios (1). La perspectiva de aquella antigua capital, el solar de sus antepasados, sobrepujó á los mas intensos arranques de Manuel Crysoloras, y dejó de zaherir el ímpetu de un sofista añejo esclamando, que Roma no era vivienda de hombres, sino de Dioses. Dioses y hombres habian al par, y hacia tiempo, desaparecido; pero allá el entusiasmo caballeroso estaba viendo en la majestad de los escombros la estampa de su prosperidad pasada. Los monumentos de cónsules y Césares, de mártires y apóstoles crece mas y mas embargando la fantasía de filósofos y de cortesanos, y confesó él absorto que en todo tiempo las armas y la relijion de Roma debian ejercer el sumo mando sobre la tierra. Mientras Crysoloras estático se empapa en los primores de la madre, no echa en olvido su patria, su hija lindísima, y su colonia imperial, y el patricio Bizantino se va esplayando con afan y certidumbre con las ventajas naturales y perpetuas, y en los timbres menos duraderos del arte y del señorío que realzan mas y mas la ciudad de Constantino. Pero la sublimidad del traslado redunda siempre (como lo espresa comedidamente) en realce mayor del orijinal, y todo padre se complace en verse igualado y aun rendido con las prendas de sus mismos hijos. « Señorea Constantinopla» dice el orador « desde su solar eminente entre Europa y Asia, entre el Archipiélago y el Euxino. Enlaza con su situacion ambos mares y ambos continentes, para ventaja y colmo de infinitas naciones; pues á su mando se cierran sin arbitrio ó se abren de par en par las puertas de todo jénero de comercio. La bahía, cercada en derredor por el piélago y el continente es la mas segura del orbe. Puertas y murallas se parangonan con las de Babilonia; sus muchas, altas y solidísimas torres y la segunda muralla ó fortificacion esterior bastaria para defensa y realce de cualquiera capital. Acuden arroyos caudalosos á llenar fosos y cisternas, y pudiéndose aislar por toda la circunferencia, queda como Atenas resguar-

dada por mar y por tierra (2) » Se citan dos causas poderosas para el cabal dechado de la nueva Roma. El réjio fundador señoreaba las naciones mas esclarecidas del orbe, y para el sumo desempeño del intento se hermanaban la prepotencia Romana y las ciencias y artes de la Grecia. Otras ciudades han ido progresando y descollando con el tiempo y las coyunturas, y así sus excelencias suelen alternar con atrasos indecorosos y fealdades impropias, y el vecindario atenido á sus añejos hogares, no alcanza á enmendar los desaciertos de sus antepasados, y mucho menos los inconvenientes fundamentales del clima y de la situacion. Pero un solo arranque ideó al pronto y puso luego en planta la fundacion de Constantinopla; y aquella norma primitiva se fue siempre perfeccionando con el afan de los moradores, y el redoblado ahínco de los sucesores del primer monarca. Inexhaustas canteras de mármol asomaban por las islas cercanas, y el acopio de materiales se fue completando hasta de los puntos mas remotos de Asia y Europa; y los edificios públicos y particulares, el palacio, iglesias, acueductos, pórticos, columnas, baños é hipodromos, todo corresponde á la grandiosidad de la capital del Oriente. Allá la opulencia suma fue mas y mas engalanando las playas circunvecinas, y así el territorio Bizantino sobre el Euxino y el Helesponto y la muralla larga, pueden conceptuarse como un arrabal inmenso y populoso y un verjel perpetuo. En este cuadro lisonjero, lo pasado y lo presente, las temporadas de prosperidad y decadencia, todo queda estudiadamente agolpado; mas el mismo orador prorumpe en ayes y confiesa que su desventurada patria, no es ya mas que la sombra y el panteon de sí misma. El fervor Cristiano y la violencia de los Bárbaros se habian dado la mano habian ido asolando los primores de la escultura, y sobre todo los edificios mas suntuosos; cociendo para cal hasta los mármoles de Paros y de Numidia, ó empleándolos en ínfimos destinos. El sitio de muchas estatuas quedaba reducido á su piedestal; en muchas columnas se conocia su corpulencia por algun chapitel, quebrados por el suelo yacian dispersos los túmulos de varios emperadores; tormentas y terremotos anticipaban á los desmanes del tiempo, y los solares vacantes se suplian con tradiciones vulgares, con monumentos fabulosos de oro y plata. Entre aquellos portentos reducidos á consejas y creencias vanas se particulariza sin embargo la columna de pórfido ú coloso de Justiniano (3), y la iglesia, con especialidad el cimborio de santa Sofía, conclusion brillantísima, pues no cabia describirla con arreglo á su mérito, y tras la cual ningun otro objeto se hacia acreedor á mencion alguna. Mas en verdad se le olvida que un siglo antes la mole ya trémula del coloso y de la iglesia se habian salvado y sostenido con el esmero oportuno de Andrónico el Mayor. A los treinta años de haber acudido á fortalecer á santa Sofía con dos apoyos, ó estribos mas, se desplomó el hemisferio oriental, y entonces, imájenes,

altares y el mismo santuario yacieron en ruinas. Restablecióse pronto tamaño quebranto, y se despejó todo del escombro con el afan indistinto de edades y sexos, y los restos escasos de riqueza y de habilidades se consagraron denodadamente por la devocion de los Griegos, al templo mas grandioso y venerable de todo el Oriente (4).

La postrera esperanza de la ciudad vacilante se cifraba toda en la hermandad de la madre con la hija, en el cariño maternal de Roma y la obediencia filial de Constantinopla. Griegos y Latinos en el concilio de Florencia se abrazaron, firmaron y prometieron; pero aquellas muestras afectuosas fueron aleves é improductivas (5), y la fábrica sin cimientos desapareció como un sueño (6). Regresan emperador y prelados en las galeras de Venecia; pero al apostar por la Morea y las islas de Corfú y de Lesbos los súbditos Latinos alegaron que la union supuesta seria un instrumento de opresion violentísima. Desembarcan en las playas Bizantinas, y oyen allá un murmullo de fervor y desagrado. Careció la capital en su ausencia de doce años, de toda autoridad civil y eclesiástica; el fanatismo fue mas y mas fometando en el vaiven de la anarquía; reinan los monjes desaforados en las conciencias de mujeres y devotos; y el odio al nombre Latino no es el primer móvil de sus pechos y de su relijion. Habia el emperador, al embarcarse para Italia, lisonjeado al vecindario con alivio ejecutivo y auxilio poderoso, y el clero aferrado en su creencia y henchido de sabiduría se habia engreido y embaucado con una victoria colmada contra los cerriles pastores del Occidente. Doble y mortal es el desengaño que acibara la persecucion de los Griegos; remuerde á los prelados firmantes su propia conciencia; voló ya el trance crítico, y les era mas de temer el encono público, que cuanto podian esperar del papa y del emperador. En vez de sincerar su conducta, se lamentan ahora de su propia flaqueza, vocean su arrepentimiento y se postran implorando la compasion del Señor y de sus hermanos. A la pregunta amarguísima de cual ha sido el paradero ú la realidad del sínodo italiano, contestan sollozando: «¡Ay Dios! hemos fraguado una fe nueva, hemos trocado la pureza por la impiedad, hemos vendido el sacrificio inmaculado y en fin parado en *Azimitas*. (Eran Azimitas cuantos administraban la santa comunion con pan sin levadura, y tengo que retractar ó especificar las alabanzas que tengo atribuidas á la filosofía de aquel tiempo.) ¡Ay que el desamparo nos ha sido al arrimo de engaños, esperanzas y temores de una vida pasajera. La diestra que formó aquella union merece cortarse y la lengua que articuló el credo arrancarse de raíz.» La comprobacion de su arrepentimiento fue un fervor intensísimo por los ritos mas frívolos y por las doctrinas mas inapeables y un desvío terminante del príncipe mismo, quien conservaba algun miramiento por su pundonor y su debida consecuencia. Muerto el patriarca Josef, los arzobispos

de Heraclea y Trebisonda tuvieron entereza para desentenderse del cargo vacante, y el cardenal Bizantino antepuso la colocacion abrigada del Vaticano. La eleccion del emperador y su clero se concentra en Metrófanes de Cisico: se le administra en santa Sofía la consagracion; pero es á solas pues nadie acude á presenciarla. Los Portacruces renuncian sus prebendas, hasta las aldeas se contajian y Metrófanes fulmina sin resultado algunos anatemas contra una nacion de cismáticos. Clavan los Griegos sus ojos en Marco de Efeso, el campeon de su país, y los padecimientos de aquel confesor sagrado quedan galardonados con un raudal de aplausos y agasajos. Con su ejemplo y sus escritos arde mas y mas la llama de la discordia relijiosa, y aunque la edad y los achaques pronto lo arrebatan del mundo, el evanjelio de Marco no trata de perdones y cariños, y deja dispuesto en su postrer aliento que ningun parcial de Roma haya de asistir á sus exequias.

No se ciñe el cisma á la estrechez de Constantinopla y su imperio, pues al arrimo del cetro Mameluco, los tres patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem juntan un sínodo crecido; desautorizan á sus representantes en Ferrara y Florencia, y condenan el credo y el concilio de los Latinos: amenazando al emperador Bizantino con las censuras de la Iglesia oriental. Descuellan los Rusos entre los secuaces de la comunion Griega, en poderío, ignorancia y supersticion. Su primado, el cardenal Isidoro, vuela de Florencia á Moscou (7); para uncir aquella nacion independiente al yugo romano. Los obispos Rusos se precian de alumnos allá en el monte Atos, y príncipe y pueblo se hermanan con sus teólogos. Se escandalizan con el dictado, el boato y la cruz latina del Legado, íntimo de aquella jente impía que se afeita la barba, que desempeña el oficio divino con guantes y anillos en los dedos; todo un sínodo condena á Isidoro, lo encarcelan en un monasterio, y á durísimas penas logra el cardenal salvarse de manos de un pueblo fanático y montaraz (8). Niegan los Rusos toda entrada y tránsito á los misioneros de Roma que intentan ir á convertir los paganos de allende el Tanaïs (9), abonando aquella resistencia con el desengaño mortal de que el desbarro de la idolatría es mas disculpable que el de un cisma. Cohonestan el descarrío de los Bohemios con su aborrecimiento del papa, y sale una diputacion del clero Griego en demanda de estrecha amistad con aquellos entusiastas sanguinarios (10). Mientras Eujenio se engríe ufanísimo con la union y pureza de los Griegos, su partido queda encajonado en el recinto, ú mas bien tan solo en el palacio de Constantinopla. Paléologo se enfervoriza con el interés, mas luego se entibia y se hiela con aquel contraresto; peligran su vida y su corona con el empeño de lastimar la creencia nacional, sin que los rebeldes caseros carezcan de ausilio interior y advenedizo. La espada de su hermano Demetrio, que habia estado guardando en Italia un

silencio cuerdo y popular, estaba á medio desenvainar á favor de la relijion, y el sultan Amurates, se muestra mal hallado con la intimidad aparente de Griegos y Latinos.

« Vivió el sultan Murad, ó Amurates, cuarenta y nueve años y reinó treinta, con seis meses y ocho dias. Justiciero de suyo y valeroso, magnánimo y sufrido en los quebrantos, invencible, compasivo, con suma relijiosidad y caridad entrañable; amante y fomentador de todo jénero de enseñanza, y amparador de cuantos descollaban en ciencias ó artes; escelente emperador y consumado jenerál; nadie alcanzó ni tantos ni tan grandiosos triunfos, habiendo padecido únicamente el rechazo de Belgrado. Con él, fue siempre el soldado victorioso, y el ciudadano rico y sin zozobra. En sojuzgando un país ahincaba su primer esmero en edificar mezquitas, caravanseraes, hospitales y colejios. Todos los años agraciaba con mil piezas de oro á los hijos del Profeta, y enviaba dos mil y quinientos á los devotos de la Meca, Medina y Jerusalen (11). Copiamos este retrato del historiador del imperio Otomano; mas los aplausos de jente móvil y supersticiosa suelen dedicarse á tiranos rematados; y las virtudes de un sultan suelen ser vicios utilísimos para él mismo, ú para los súbditos mas allegados á su persona. Nacion que desconoce los beneficios equitativos de la ley y de la libertad, se paga de los destellos que derrama el poderío absoluto, y aun la suma crueldad de un déspota se reviste del aparato de la justicia; su profusion es liberalidad, y su terquedad entereza. En desechando toda disculpa natural, pocos actos de obediencia se graduarán de imposibles, y temblará el delincuente, sin que por eso quede en salvo la inocencia. El sosiego del pueblo y la disciplina de la tropa se sostiene eficazmente con el vaiven incesante de las operaciones militares; la profesion de los Jenízaros es la guerra, y cuantos sobreviven á los peligros y gozan de ricos despojos, aclaman la ambicion jenerosa del soberano. A todo acendrado Musulman incumbia el propagar la relijion verdadera, eran *sus* enemigos los incrédulos, y lo eran por sentencia del Profeta, y el sonoro instrumento de conversion era en manos de Turcos la cimitarra. En medio de este concepto, consta que hasta los Cristianos ensalzaban la justicia y el comedimiento tan patentes de Amurates, conceptuando un reinado próspero y una muerte sosegada como galardon de su mérito esclarecido. En la lozanía de su edad y con el predominio de su milicia, por maravilla se arrojó á la contienda sin preceder una provocacion terminante, y en allanándose al vencido olvidaba el sultan la victoria, y luego su palabra rejia inviolablemente para todos sus pasos (12). Solian ser los Húngaros agresores; se le rebela Scanderbeg, y el monarca otomano vence y luego indulta hasta dos veces al Caramanio alevoso. El déspota sorprende á Tébas, antes que Amurates invada la Morea, en la toma de Tesalónica, el nieto

de Bayaceto pudiera competir con la compra reciente de los Venecianos, y tras el primer sitio de Constantinopla, jamás incurrió el sultan en la tentacion, en medio de los conflictos y los agravios de Paleólogo, de consumar el esterminio ya inminente de Constantinopla con todo su imperio.

Pero el rasgo preeminente en la vida é índole de Amurates se cifra en las dos renuncias del sólio turco; y á no bastardear aquel impulso esos accidentes de supersticion, elojiaríamos al filósofo rejio (13), quien á la edad de cuarenta años acertó á deslindar la vanidad de toda grandeza humana. Cediendo el cetro á su hijo, se retiró á la residencia amenísima de Magnesia; pero se concentró allí en la sociedad de santones y ermitaños. En el cuarto siglo de la Héjira fue cuando se adulteró la relijion de Mahoma con una institucion tan contrapuesta á su temple nativo; pero en el siglo de las Cruzadas, se multiplicaron sin término las raleas ú órdenes de Derviches, al ejemplo de los monjes Cristianos ó Latinos (14). Sujetóse el Señor de tantas naciones al ayuno, á la plegaria y á los jiros sin fin con los fanáticos que equivocaban el mareo con las iluminaciones de la fantasía *(d)*. Mas luego volvió en sí de aquellos desvaríos, con motivo de una invasion Húngara, y su docilísimo hijo fue el mas estremado en reconvenirle con la urjencia del trance y el afan del pueblo entero. Tremola el caudillo veterano su bandera, á cuya sombra pelean y vencen los Jenízaros; mas desde los mismos reales de Varna vuelve á sus ayunos y plegarias, y al redoble de jiros con sus hermanos de Magnesia. Suspende nuevamente aquellas tareas devotas con la repeticion del peligro; pero entonces la hueste victoriosa orilla la bisoñez del mancebo, entrégase la ciudad de Andrinópolis al saqueo y la matanza, y el divan unánime implora su presencia para apaciguar el alboroto y precaver el desenfreno de la soldadesca. Tiemblan y se portan los Jenízaros á la vez tan á medida de su adalid, que el sultan á su despecho tiene que arrostrar aquella servidumbre esplendorosa, hasta que á los cuatro años, el ánjel de la muerte le descarga de aquel compromiso. La edad ó los achaques, los fracasos ó el capricho, han inclinado á varios príncipes á apearse del sólio; y luego han tenido que arrepentirse del paso irreparable. Pero solo Amurates, usando plenamente de su albedrío, con la redoblada esperiencia del imperio y la soledad, *repitió* su preferencia de la vida privada.

Se van los hermanos Griegos; recuerda mas y mas Eujenio sus intereses temporales, y aquel esmero entrañable por el imperio Bizantino se corrobora con la zozobra por la sospecha fundadísima por el poderío turco que va siempre en aumento, y se está como retornando al confin de Italia. Mas feneció el entusiasmo de las Cruzadas, y la tibieza de los Francos aparecia mas racional que los ímpetus desaforados de sus abue-

los. En el siglo once un monje fanático disparaba, á fuer de un conductor enarbolando su látigo, la Europa como uncida sobre el Asia, para el rescate del santo Sepulcro; pero ya en el siglo quinceno ni los móviles mas poderosos de la Relijion y la política alcanzaban á hermanar los Latinos en defensa de la Cristiandad. Era la Alemania un almacen inmenso de jentío y armas (16) pero aquel conjunto intrincado y exánime requeria el empuje de una mano fogosa y prepotente, y Federico III venia á ser igualmente desvalido por su índole personal y por su escaso predominio. Una guerra dilatada habia quebrantado las fuerzas de Francia é Inglaterra (17); sin llegar jamás á satisfacer su mútuo encono; pero Felipe de Borgoña era un príncipe magnífico y vanidoso; y paladeó muy á su salvo, la relijiosidad aventurera de varios súbditos, quienes desde la costa de Flandes surcaron su gallarda escuadra hasta el mismo Helesponto. Mas cercanas florecian las repúblicas marítimas de Venecia y Jénova, y sus armadas pujantes guerreaban allá bajo el pabellon de San Pedro. Los reinos de Hungría y Polonia, que escudaban por aquella parte el confin cristiano, eran los mas entrañablemente interesados en atajar todo progreso á los Turcos. Cosacos y Sármatas cifran todo su caudal en las armas, y ambas naciones igualaran en poderío al conjunto de sus fuerzas si acertaran á porfía á asestar sus armas contra su enemigo comun lanzando de una vez disturbios y vinculándose á una sola contienda. Pero aquel destemple sangriento imposibilitaba toda concordia, no alcanza un país estéril, con un monarca limitado, á mantener una fuerza perpetua, y los cuerpos indisciplinados de caballería polaca ó húngara no batallaban con los arranques y los sables que en varios trances han dado un poderío irresistible á las huestes francesas. Mas por aquella parte, los intentos del pontífice Romano, y la elocuencia de su legado, el cardenal Juliano, descollaron con las circunstancias del siglo (18); y luego son los únicos de ambas coronas en los bienes de Ladislao (19), soldado muy comun y ambiciosísimo; con el denuedo de un prohombre ya esclarecido en la Cristiandad, Juan Huníades, todo redundaba en pavor para los Turcos. Derramó el legado á manos llenas tesoros inmensos de perdones é indulgencias, alistaron guerreros aventajados y particulares en Francia y Alemania bajo la bandera sagrada, y redunda á la Cruzada en alguna pujanza, ó por lo menos algun concepto, de los nuevos aliados, tanto de Europa como de Asia. Un déspota fujitivo de la Servia abulta las desventuras y la saña de los Cristianos allende el Danubio, que están en ánimo de sublevarse todos para volver por su religion y su libertad. El emperador Griego, con un denuedo desconocido en sus mayores (20), se compromete á resguardar el Bósforo, y saliendo de Constantinopla, acaudilla sus tropas nacionales y advenedizas. Participa el sultan de Caramania la retirada de Amurates (21), y una llama-

da poderosa por el mismo interior de la Anatolia; y pidiendo las escuadras del Occidente al mismo, pudieran resguardar los estrechos del Helesponto quedaba la monarquía Otomana descuartizada y exánime. Cielo y tierra debian regocijarse con el esterminio de los infieles, y el Legado, allá con estudiados anuncios, fue derramando la voz de la asistencia invisible, y tal vez patente, del auxiliar sobrehumano, del Hijo de Dios y y de su divina Madre.

Alarido unánime proclama con las sectas húngaras y polacas la guerra relijiosa, y Ladislao atraviesa el Danubio acaudillando la hueste confederada y se interna hasta Sofía capital de la Bulgaria; y alcanza luego dos victorias señaladas atribuidas debidamente al valor y desempeño de Huníades. En la primera con su vanguardia de diez mil hombres sorprende los reales turcos; en la segunda vence y hace prisionero á su jeneral mas afamado, á pesar de su ventaja doble en número y situacion. Entra el invierno y el obstáculo de suyo poderoso y ahora robustecido en el tránsito del Hemo, ataja la carrera del prohombre, mediando ya tan solo el corto trecho de seis jornadas para descubrir las torres de Andrinópolis, entonces ya enemigas, y sin embargo compañeras del imperio Griego. Retírase intacto el ejército, y entra en Buda triunfalmente bajo ambos conceptos, el relijioso y el militar. Encabezan la funcion los eclesiásticos y siguen el rey y los guerreros á pié quienes ostentan en seguida los galardones equitativos que merecen al par ambas naciones, alternando por igual el engreimiento de la victoria con la humildad cristiana. Trofeos patentes son trece bajáes, nueve pendones y cuatro mil cautivos; y como todos se muestran propensos á creer y nadie se arroja á contradecir, abultan los cruzados sin saber los millares de Turcos fenecidos en la campaña (22). La prueba mas terminante y el resultado mas ventajoso de la victoria es una diputacion del divan, en demanda de paz con la evacuacion de la Servia y rescate de prisioneros, evacuando tambien los confines de Hungría. Afianza el tratado los objetos fundamentales de la guerra; el rey, el déspota y el mismo Huníades en la dieta de Segeddin se dan por satisfechos con sus logros públicos ó particulares se ajusta una tregua de diez años; y los secuaces del Evanjelio y del Alcoran juran por Jesus y por Mahoma, invocando el nombre de Dios, como resguardo de la verdad y vengador de toda alevosía. Propone el enviado turco que en vez del Evanjelio se traiga la Eucaristia, esto es, la presencia efectiva de la Deidad Católica; mas los Cristianos se retraen de profanar el misterio sacrosanto y toda contienda supersticiosa se compromete menos con vínculos espirituales que con los símbolos estensos y palpables de un juramento (23).

Durante la negociacion enmudece allá ceñudamente el legado, sin querer aprobar ni poder contrarestar la avenencia del rey con el pueblo; pero sigue aun la dieta cuando Salicio se robustece con la noticia halagüeña

de que el Caramanio ha invadido la Anatolia, y el emperador Griego la Tracia, de que las escuadras de Venecia, Jénova y Borgoña estan señoreando el Helesponto y de que los Aliados, sabedores de la victoria y ajenísimos del ajuste de Ladislao, estaban todos ansiando el regreso de la hueste triunfadora (24). « Con que » prorumpe el cardenal «¿así os desviais de sus esperanzas y de vuestra propia ventura ? Empeñada teneis vuestra fe con ellos, con Dios y con toda la hermandad cristiana, y aquel compromiso anterior anonada uu juramento temerario y sacrílego con los enemigos de Cristo. El Romano pontífice es su vicario en la tierra, y sin cuya sancion jamás os cabe prometer ni cumplir. Yo os absuelvo, en su nombre, de todo perjurio, y santifico vuestras almas; seguid mis huellas por el rumbo de la iglesia y la salvacion, y si escrupulizais por ventura descargad sobre mi cabeza el castigo de vuestro pecado.» Aquella funestísima sutileza campea al arrimo de la majestad aparente y la liviandad efectiva de toda reunion popular: se decreta la guerra, en el mismo solar de la paz recienjurada, y los Cristianos al ir á ejecutar el convenio se abalanzan á los Turcos mereciendo el apodo de infieles. Huella Ladislao su palabra y juramento, cohonestando su maldad con la relijion de aquel tiempo; su disculpa mas cabal, ó por lo menos mas graciable para el pueblo se pudiera cifrar en la prepotencia de sus armas y el rescate de la Iglesia Oriental. Pero aquel mismo tratado, vinculador de su conciencia, redundó en quebranto sumo de sus grandiosas fuerzas. Al eco de la paz ajustada, todo voluntario Francés y Aleman desaparece susurrando sañudamente, yacen los Polacos exánimes exhaustos con tanta guerra lejana, y luego tal vez mal hallados con el mando estranjero; y entre tanto los Palatinos al resguardo del competente permiso se retiran á sus provincias y castillos. Hierve la Hungría en partidos, y escrupuliza honradamente sobre aquel trance, y el paradero de la cruzada entera viene á reducirse á la escasilla fuerza de algunos veinte mil hombres. Un caudillo de Valaquia incorporado en la hueste réjia con sus vasallos, prorumpe desenfadadamente en que todo el número de los permanentes apenas iguala en jente á las monterías y recuas del sultan, y el regalo de dos caballos velocísimos podia hacer caer en la cuenta á Ladislao de su precision reservada acerca del acontecimiento. El déspota de la Servia sin embargo recobrada su patria y familia, se aviene al nuevo compromiso con el brindis de reinos enteros, y la bisoñez del rey, el entusiasmo del legado y la arrogancia marcial de Huniades conceptuaron que todo obstáculo se iba á postrar ante la prepotencia irresistible de la espada y de la cruz. Atravesado ya el Danubio, se ofrecen dos rumbos en demanda de Constantinopla y del Helesponto; el uno sitio áspero, quebradísimo y arriesgado, por serranías, con el nombre del monte Hemo; el otro mas dilatado, pero seguro, por llanuras y playas del Euxino, en el cual pudieran los costados

al estilo de los Escitas fortalecerse con un vallado de carruajes siempre en movimiento. Este es atinadamente el preferido; atraviesan los Católicos las llanuras de Bulgaria quemando con inhumanidad antojadiza las aldeas y las iglesias de los Cristianos indefensos, y los últimos reales se plantea en Varna, cerca de las playas del mar, nombre para siempre memorable por el descalabro y muerte de Ladislao (25).

Infaustísimo solar, donde en vez de hallar una cruzada confederada que cooperase á sus intentos, se sobresaltan con la llegada ejecutiva del mismo Amurates, que se dispara de su soledad de Magnesia, y traslada las huestes asiáticas al resguardo de Europa. Escritores hay que tildan al emperador griego con el hecho de franquear por zozobra ó por cohecho, el tránsito del Bósforo; y á los Jenoveses les está todavía afeando la manchada avenência, como tambien al sobrino del papa, almirante católico, vendiendo la franquicia del jeneral enemigo. Adelántase el sultan desde Andrinópolis, á marchas forzadas, capitaneando sesenta mil hombres, y cuando el cardenal y Huníades, hechos cargo de las fuerzas y táctica de los Turcos, tratan, ya menos fogosos, de entablar la disposicion tardía é inasequible de su retirada, tan solo el rey está resuelto á morir ó vencer, y aquel denuedo está muy próximo á lograr una lid gloriosa y salvadora. Contrapuestos se hallan los soberanos en el centro, y los Beglerbegs ó jenerales de Anatolia, mandan la derecha y la izquierda contra los diversos ecos del déspota y de Huníades. Arrollan estos á sus contrarios; pero esta gran ventaja redunda en sumo daño, pues tras el primer arranque de la contienda, acalorados los vencedores en el alcance, se disparan temerariamente hasta lejos del enemigo, y sin servir de arrimo á sus compañeros. Está mirando Amurates la huida de sus tropas, y desahuciado ya de su propia fortuna y del imperio, un jenízaro veterano afianza la rienda de su caballo, y el soberano tiene la magnanimidad de perdonar y aun permitir al soldado que osa advertir su pavor y atajarle la huida. Un traslado del convenio, como padron de la alevosía cristiana, está patente en el centro de la formacion, y cuéntase que el sultan, en el afan de su quebranto, levantó sus ojos y sus manos al cielo, implorando el amparo del Dios de la verdad, é invocó al mismo Profeta como por vengador del escarnio impío de su nombre y relijion (26). El Rey de Hungría con fuerzas inferiores y mal ordenadas se abalanza confiadísimo en la victoria; mas la falanje incontrastable de los Jenízaros le ataja la carrera, y si hemos de creer á los anales Otomanos, el venablo de Amurates vino á traspasarle el caballo (27); cae alanzeado por la infantería, y un soldado turco vocea: « Húngaros aquí está la cabeza de vuestro rey » Muere Ladislao y se declara la derrota. Al regresar Huníades allá de un alcance insensato, prorumpe en lamentos por su yerro y por el quebranto público; se empeña en rescatar el réjio cadáver, has-

ta que el remolino violento de vencedores y vencidos lo arrebata y entonces echa el resto de su aliento y de su maestría en poner siquiera en salvo el resto de su caballería Valaquia. Hasta diez mil cristianos yacen por el campo de la desahuciada batalla de Varna; la pérdida de los Turcos, mayor en el número, guardó menos proporcion en el conjunto de fuerzas; pero el sultan afilosofado no se empacha de confesar, que con otra victoria semejante queda consumado su esterminio. Manda levantar una columna en el sitio donde cayó Ladislao, pero la inscripcion comedida, en eso de tildar la temeridad, encumbra el denuedo, y lamenta la desventura del jóven Húngaro (28).

Antes de trasponer el campo de Varna, tengo que hacer alto en la índole y jestiones de entrambos personajes principales, el cardenal Juliano y Juan Huníades. Juliano Cesarinio (29), de alcurnia esclarecida en Roma, abarcó en sus estudios al par la literatura griega y latina, y las facultades de la Jurisprudencia y la Teolojía; y su temple grandioso, descolló igualmente en la escuela, en la milicia y en la corte. Revestido con la púrpura romana, parte al instante para la Alemania con el fin de armar el imperio contra los rebeldes y herejes de Bohemia. Ajena es toda persecucion de un lejítimo cristiano; la profesion militar es impropia de un sacerdote; pero el tiempo disculpa lo primero, y lo segundo queda airoso con la bizarría de Juliano, que permanece animoso y aislado en aquella huida afrentosa de la hueste Alemana. Como legado del papa, abrió el concilio de Basilea; mas luego aquel presidente campeó como el adalid mas denodado de la libertad eclesiástica, y su desempeño fervoroso encabezó una oposicion de nueve años. Propone procedencias ejecutivas contra el predominio y la persona de Eujenio, y allá tiene móviles reservados de interés y de conciencia que le invitan á posponer de intento el partido popular. Retírase el cardenal de Basilea, pasa á Ferrara, y con los debates de Griegos y Latinos, ambas naciones se pasman con su maestría argumentística y la trascendencia de su sabiduría teolójica (30). En su embajada de Hungría, ya hemos presenciado las aciagas resultas de su sofística elocuencia, de la cual el mismo latino vino á ser la primera víctima. El cardenal, sacerdote y guerrero, fenece en la derrota de Varna, y las circunstancias de su muerte se refieren con harta variedad; pero se cree jeneralmente que abrumado con una porcion enorme de oro y poco espedito para ponerse en salvo, cebó la codicia de algunos cristianos fujitivos.

De humilde, ó por lo menos mal averiguada cuna, el mérito elevó á Juan Huníades al mando de los ejércitos Húngaros. Era su padre de Valaquia y su madre griega, cuya alcurnia desconocida podria allá entroncarse con los emperadores de Constantinopla, y las pretensiones de los Valaquios, atenidos al apellido de Cervino, y al sitio de su nacimiento, su-

ponia algun mérito privado, para mezclar su sangre con los patricios de la antigua Roma (31). Sirvió de nuevo en las guerras de Italia, donde le detuvo con doce jinetes el obispo de Zagrad; la pujanza del *caballero blanco* (32) sobresalió desde luego; aumenta sus haberes con un enlace ventajosísimo en dote y nobleza, y en el resguardo de los confines Húngaros, ganó en un mismo año hasta tres refriegas contra los Turcos. Su influjo principalmente coronó á Ladislao en Polonia, quien recompensó aquella oficiosidad importantísima con el título y empleo de Vayvode de Transilvania. La primera cruzada de Juliano enramó su sien con los laureles turcos, y en la desventura jeneral, el desacierto tan infausto de Varna vino á quedar olvidado. Con la ausencia y minoría de Ladislao de Austria, rey titular, quedó Alejo Huníades, como capitan jeneral y gobernador de Hungría; y aunque al pronto el pavor acalló la envidia, un reinado de doce años desde luego supone cargos de política no menos que de milicia. Sin embargo, en el pormenor de sus campañas no aparece el concepto de un caudillo consumado, pues el caballero blanco solia pelear mas bien con la mano que con la cabeza, como gran gerrillero, que combate sin aprension y huye sin empacho; y su vida militar consta toda de una alternativa anovelada de victorias y correrías, un vaiven incesante de avances y retiradas. Los Turcos que apelaban á su nombre para asustar á sus niños traviesos, le llamaban estragadamente *Santo Cain*, el Malvado; su odio comprueba su gran concepto; guardado el reino por él, no dió cabida á desman alguno, y lo esperimentaron mas malo y formidable, cuando estaban creyendo de plano, que él capitan y sus armas andaban perdidos de remate. En vez de ceñirse á la guerra defensiva, á los cuatro años del gran descalabro de Varna, se interna de nuevo por el corazon de la Bulgaria, y en los llanos de Cosova está contrarestando por tres dias, el empuje del ejército Turco, cuatro veces mayor que el suyo. Huyendo á solas por las selvas de Valaquia, tropieza el héroe con dos salteadores; pero mientras se pelean por la cadena de oro que lleva al cuello, recobra su alfanje, mata al uno, mata al otro, y tras mil trances de cautiverio y muerte, consuela con su presencia un reino abatido. Pero el rasgo portentoso y mas esclarecido de su vida, es la defensa de Belgrado, contra el poderío de Mahometo segundo en persona. Tras un sitio de cuarenta dias, y dueños ya de parte de la ciudad, tienen los Turcos que cejar y levantar el sitio y desviarse; y las naciones gozosísimas celebran á Huníades y á Belgardo, como baluartes de la cristiandad (33). Como al mes de aquel rescate portentoso, fallece el prohombre, y su epitafio mas grandioso es el pesar del príncipe Otomano, quien prorumpe suspirando en que ya no le ayuda esperanza del ansiado desagravio contra el único antagonista que habia logrado anteponerse á sus armas. Vacío el trono, los Húngaros agradecidos elijen y co-

ronan á Matías Corvino, mozo de diez y ocho años. Dilatado y venturoso es su reinado, aspirando Matías á la gloria del heroismo y de la santidad, y su mérito positivo y acendrado se cifra en el fomento de la literatura; y los historiadores elocuentes, llamados de Italia, como lumbreras de la culta latinidad por el hijo, decantan á porfía las prendas del padre (34).

En punto á heroismo se suelen emparejar Juan Huníades y Scanderbeg (35), y ambos se hacen acreedores á nuestra recomendacion, empleando colmadamente las armas Otomanas, fueron dilatando el vuelco del imperio Griego.

Juan Castriota, padre de Scanderbeg, un príncipe hereditario (36) de un distrito reducido del Epiro ú Albania, en las serranías cercanas al mar Adriático. Ajeno de contrarestar el poderío del sultan, Castriota tiene que avenirse á las condiciones violentísimas de paz tributaria, entregando sus cuatro hijos por prendas de su lealtad; y aquellos jóvenes cristianos, tras de padecer los rigores de la circuncision, tienen que imbuirse en la religion mahometana, y luego militar entre los Turcos, segun su sistema y disciplina (37). Los tres hermanos mayores andan revueltos en el tropel de la servidumbre, y no cabe comprobar la certeza ó falsedad del veneno á que se atribuyen sus muertes. Mas queda desvanecido aquel recelo con el trato paternal que logra de Jorge Castriota, el cuarto hermano, quien á los asomos de su mocedad, descuella con el brio y la sobresalencia de todo un soldado. El vuelco seguido de un Tártaro y dos Persas que osan retar á la misma corte turca, le granjea la privanza de Amurates, y el apellido turco de Scanderbeg *(Schenderbeg)* ó el señor Alejandro, es un recuerdo perpetuo de su nombradía y su servidumbre. Queda el principado de su padre constituido en provincia, compensándole aquel quebranto con la jerarquía y dictado de Sanjiak, que es el mando de cinco mil caballos, y el arranque fundamental para ascender á los empleos supremos del imperio. Sobresale en las guerras de Europa, y de Asia; y no podemos menos de sonreirnos del artificio ú credulidad del historiador, quien da por supuesto, que en toda refriega se desentendia de los Cristianos, abalanzándose con brazo fulminante sobre los enemigos Musulmanes. La gloria de Huníades centellea sin asomo de vituperios batallando mas y mas por la relijion y la patria; pero los émulos de su competidor, encareciendo su patriotismo, lo apodan de apóstata y traidor. Para el concepto de los Cristianos, suena Scanderbeg en rebeldía con los agravios de su padre, la muerte confusa de sus tres hermanos, su propio desdoro y la servidumbre de su país, al paso que idolatran el afan caballeroso, aunque tardío, con que acudió aclamando y engrandeciendo la fe y la independencia de sus antepasados. Mas desde la edad de nueve años, vive empapado en las doctrinas del Alcoran, des-

conoce el Evanjelio; la autoridad y la costumbre labran la relijion de toda soldadesca, ni cabe el alcanzar como y con que iluminacion repentina pudo á los cuarenta aparecérsele el espíritu (38). Mas acendrados é inespugnables á todo embate de interés ó venganza fueran sus motivos, si estallara su cadena desde el primer trance de imponerle su esclavitud; pero media largo olvido y desdora su derecho fundamental, y por cada año la obediencia y ascensos se va estrechando de nuevo el vínculo mútuo entre el sultan y el súbdito. Si Scanderbeg abrigó de antemano la creencia del Cristianismo y el ánimo de su rebeldía, todo pecho pundonoroso abominará del rastrero disimulo, que sigue viviendo ruinmente para luego desmandarse, prometiendo únicamente para perjurarse, y hermanándose eficacísimamente con el empeño de perder temporal y espiritualmente tantos miles de sus desventuardos compañeros. ¿Elojiarémos por ventura la correspondencia reservada, mientras está mandando la vanguardia del ejército Turco? ¿Disculparémos aquella desercion alevosa que brinda con la victoria á los enemigos de su bienhechor? En la revuelta de un descalabro, clava la vista en el Reis Effendi, ó secretario principal, y con la daga al pecho le arrebata el firman ó la patente del gobierno de Albania, y matando al notario y los suyos, precave el resultado de quedar el golpe descubierto. Se escudó con denodados compañeros, á quienes comunica su intento, huye de noche, y arrebatadamente marcha y se resguarda en las serranías paternas. Presenta el mandato rejio en Croya y se le franquean las puertas, y apenas se posesiona de la fortaleza, Jorje Castriota arroja la máscara de tanto disimulo, abjura al Profeta y al sultan y se pregona á sí mismo, como vengador de su alcurnia y de su patria. Al eco de relijion y libertad, estalla una rebelion jeneral, los Albanos, casta guerrera, se aferran unánimes en vivir y morir con su príncipe hereditario, y las guarniciones Otomanas tienen que avenirse á la alternativa del martirio ú el bautismo. Se juntan los estados del Epiro y nombran á Scanderbeg por caudillo de la guerra turca, comprometiéndose los aliados á acudir con su cuota respectiva de jente y caudales. Contribuciones, posesiones patrimoniales y las salinas de Selina rinden anualmente hasta doscientos mil ducados (39), y el todo, con un leve cercen para el lujo indispensable, se aboca á las urjencias públicas. Es popular en sus modales, pero severísimo en la disciplina; en sus reales no tiene cabida el menor vicio; su ejemplo robustece la autoridad militar, y bajo su mando son los Albanos invencibles en su propio concepto, y sobre todo en el de sus enemigos. Acuden al eco de su nombradía los prohombres mas esclarecidos para sus aventuras, en Francia y en Alemania, y solicitan entrar á su servicio; su ejército permanente se reducia á ocho mil caballos y siete mil infates; menguados eran los cuadrúpedos para los jinetes diestrísimos; y desde

luego se hizo cargo de los inconvenientes y ventajas de sus muchas serranías, y al resplandor de señales muy combinadas, la nacion entera tenia que acudir á sus respectivos puntos. Contraresta Scanderbeg, con armas tan desiguales, por espacio de veinte y tres años todo el poderío Otomano, y el rebelde burla, perseguido con menosprecio y con saña implacable, el embate de dos emperadores, Amurates II y su hijo mayor. Entra Amurates en Albania acaudillando sesenta mil caballos y cuarenta mil Jenízaros; logra ir asolando el país abierto, ocupar luego las poblaciones indefensas, trocar las iglesias en mezquitas, circuncidar los niños Cristianos, y matar á los adultos pertinaces que cautiva; pero todas sus conquistas se limitan á la escasa fortaleza de Esfetigrado, y aun la guarnicion siempre invicta se rindió con un ardid vulgarísimo, y por un escrúpulo supersticioso (40). Retírase Amurates con vergonzoso quebranto de los muros de Croya, y de su castillo, residencia del soberano; este sigue al enemigo, quien ya en el mismo sitio, ya en su retirada, le hostiliza dia y noche, y desaparece y embiste casi invenciblemente (41), y aquel desengaño acibara, y tal vez acorta, los postreros dias del sultan desesperado (42). Remuerde tambien el mismo gusano el pecho de Mahometo II, quien rebosando de triunfos, tiene que avenirse á negociar por medio de sus lugartenientes una tregua, y entretanto el príncipe Albano logra la suma nombradía de campeon certero é incontrastable de la independencia nacional. El entusiasmo de la religion y de sus proezas caballerescas lo ha endiosado con los dictados de Alejandro y Pirro, ni se ruborizaron estos de reconocer por compañero á su gran paisano; pero su menguado señorío, y apocadas fuerzas lo rezagan á larguísima distancia de aquellos prohombres antiguos triunfadores, ya del Oriente, ya de las lejiones Romanas. Sus brillantísimas hazañas, los bajáes que dió al través, los ejércitos que arrolló, y los tres mil Turcos que degolló con su propia mano, todo tiene que pesarse en la balanza de una crítica desconfiada. Contra enemigos idiotas, y allá en las lóbregas soledades del Epiro, sus biógrafos parcialísimos, pueden á su salvo y á sus anchuras anovelar hasta lo sumo; pero aquellas patrañas quedan espuestas á la luz de la historia Italiana, y su relacion fabulosa de espedicion á Nápoles, tramontando el Adriático al frente de ochocientos caballos para sostener á su monarca, tan solo redunda en desconcepto de todo el contenido de sus hazañas (43). Pudieran confesar, sin desman para su nombradía, que por fin el poderío Otomano vino á postrarlo, y en su trance apuradísimo acudió al papa Pio II para refujiarse en el estado eclesiástico, y exhaustos quedaban sus recursos, puesto que Scanderbeg feneció, como fujitivo en Liso, perteneciente al territorio Veneciano (44). Vencedores los Turcos atropellaron su sepulcro; pero los Jenízaros engastando los huesos en sus brazaletes, manifestaron con aquel desvarío supersticioso, su acata-

miento involuntario al desventurado heroismo. El esterminio ejecutivo de su patria podrá arrancar su realce á la gloria del prohombre; mas si se dedicara á contrapesar las resultas de la sumision ó de la resistencia, un verdadero patricio quizás se desentendiera de contraresto tan inasequible, y cifrado todo en la vida y el desempeño de un solo individuo. Esperanzó tal vez Scanderbeg equivocadamente, que el papa, el rey de Nápoles y la república Veneciana, acudiria al socorro de un pueblo Cristiano, antemural de la costa Británica y del estrecho tránsito de la Grecia á Italia; pero en fin su hijo tierno se salva del naufragio nacional; logran los Castriotas la investidura (45) de un ducado napolitano, y su sangre campea todavía en las primeras alcurnias del reino. Una colonia de Albanos fujitivos plantea su morada en Calabria, conservando todavía ahora mismo el habla y las costumbres de sus antepasados (46).

Dilatadísima es mi carrera de la Decadencia y Ruína del imperio Romano; pero llego por fin al reinado último de los príncipes de Constantinopla, que tan desmayadamente siguieron sosteniendo el nombre y la majestad de los antiguos Césares. Muere Juan Paleólogo, á los cuatro años de la Cruzada Húngara, (47) y la familia réjia, con el fallecimiento de Andrónico y la profesion monástica de Isidoro, queda reducida á tres príncipes, Constantino, Demetrio, y Tomás, hijos del emperador Manuel. Distantes viven los dos últimos en la Morea, pero Demetrio, poseedor del estado de Selibria, se halla en los arrabales, encabezando un partido. El conflicto público no refrena su ambicion, y su conspiracion, al arrimo de Turcos y cismáticos, está ya alterando al sosiego de su patria. Se atropellan las exequias del último emperador sospechosamente; aspira Demetrio al sólio vacante, escudado con la frívola sofistería, con la vulgaridad de haber nacido en la púrpura, como primojénito en el reinado de su padre. Pero así como la emperatríz madre, senado, milicia, clero y pueblo, se manifiestan unánimes por la causa del lejítimo sucesor, y el déspota Tomás, quien, ajeno de la novedad, asoma accidentalmente por la capital, y esfuerza eficaz y decorosamente los intereses de su hermano ausente. Pasa un embajador, el historiador Franza, á la corte de Constantinopla, y lo recibe Amurates con distincion, haciéndole varios regalos; pero aquella anuencia graciable del sultan está brotando soberanía, con ínfulas de dar luego al través, y para siempre, con el imperio Oriental. Las manos de los diputados esclarecidos ciñen, sobre la antigua Esparta, la corona imperial en las sienes de Constantino. Al asomar la primavera, huyendo desde Morea, sortea la escuadra turca, y y al año de mil aclamaciones, se goza con las funciones aparatosas del nuevo reinado, y postra con sus donativos los postreros alientos del erario. Resigna en sus hermanos la posesion de la Morea, y el frágil resguardo de juramentos y abrazos notifica en presencia de la madre la

amistad vidriosa de entrambos príncipes. El afan inmediato es el apronto de consorte; se le propone una hija del doga de Venecia; pero la nobleza Bizantina le contrapone la suma distancia de un monarca hereditario y un majistrado electivo, y en el conflicto consecutivo, el caudillo de la república trae luego á la memoria aquel desaire. Titubea despues Constantino entre las alcurnias réjias de Jeorjia y Trebisonda, y la embajada de Franza, está representando en su vida pública y privada los últimos dias del imperio Bizantino (48).

El *protovestiario*, ó gran Camarero, Franza, da la vela en Constantinopla, con ínfulas y aparato de Paraninfo de un desposorio, ostentando las señas de la opulencia y el lujo de antaño. Nobles y guardias, médicos y monjes, componen su crecidísima comitiva, le acompaña grandiosa orquesta, y dura el plazo de la embajada hasta dos años. Agólpase el jentío de ciudades y aldeas en torno de aquellos advenedizos, y es su sencillez tan estremada, que se deleitan con la armonía sin cerciorarse de su motivo. Asoma entre el remolino un anciano de mas de un siglo, cautivo allá de los Bárbaros (49) y que está entreteniendo á sus oyentes con una conseja sobre los portentos de la India (50), de donde habia regresado á Portugal por mares desconocidos (51). Sigue desde aquel país agasajador á la corte de Trebisonda, cuyo príncipe le noticia el fallecimiento de Amurates. En vez de regocijarse con aquel fallecimiento, el estadista consumado prorumpe en la zozobra de que el mozo sucesor, en estremo ambicioso, se desentenderia del sistema cuerdo y pacífico del padre. Al fallecimiento del sultan, su esposa cristiana María (52) hija del déspota Servio, vuelve honoríficamente al hogar paterno, y por la nombradía de su hermosura y sus prendas, la recomienda el embajador como el objeto mas digno del cosorcio imperial; y Franza se hace cargo de las objeciones especiosas que pudieran hacerse, y las desvanece sin contraste. La majestad de la púrpura ennobleciera todo enlace desigual; el impedimento del parentesco se zanja con un raudal de limosnas, y le dispensa la Iglesia de la tacha del entronque turco, se habia disimulado en sus varios trances; y aunque la hermosa María está ya asomada á los cincuenta años, se podia aun esperanzar de ella un heredero para el imperio. No deja Constantino de dar oidos á este dictámen que le trae el primer bajel que sale de Trebizonda; pero intereses palaciegos se oponen al desposorio, y queda por último zanjado con la relijiosidad de la sultana, que termina sus dias en un convento. Atónito á la alternativa sobredicha, elije Franza por fin la princesa Jeorjiana, y cuyo padre se engrie con tan esclarecido entronque. En vez de pedir, segun allá la usanza primitiva de la nacion un pago de la hija, ofrece un dote de cincuenta y seis mil ducados, con una pension anual de cinco mil, y la oficiosidad del embajador queda galardonada con el compromiso de que, si el emperador le habia favorecido al

hijo en su bautismo, la hija alcanzaria la atencion esmerada de la emperatríz. Regresa Franza, el monarca Griego ratifica el convenio, quien con su propia firma, estampa tres cruces encarnadas en la bula de oro, y asegura al enviado de Jeorjía, que al rayar la primavera, irán sus galeras en busca de la princesa para conducirla al palacio imperial. Pero Constantino recibe á tan leal sirviente, no con la aprobacion tibia de un soberano, sino con la llaneza espresiva de un amigo. « Desde la muerte de mi madre y de Cantacuzeno, la única que me aconsejaba sin el menor interés ó inclinacion personal (54), me veo, » prorumpe el emperador, cercado siempre por jentes, con quienes no me cabe terciar en amor, aprecio y confianza. Ahí está Lucas Notaras, almirante supremo, quien aferrado siempre á su dictámen, vocea, pública y privadamente, que sus arranques son identicos por esencia con mis pensamientos y acciones. Los demás palaciegos se atienen á sus miras personales ó banderizas, ¿ y cómo hè de ir á consultar con monjes, en punto ó de política ó de enlace? Tengo todavía que emplearos altamente en materias de actividad y de confianza. A la primavera tendrás que recabar de uno de mis hermanos, que vaya en demanda de auxilios de las potencias occidentales; desde la Morea has de pasar á Chipre con una comision peculiar, y desde allí á Jeorjia para recibir y conducirme la emperatríz venidera. «Vuestras órdenes » contestó Franza, « son incontrastables, pero tened á bien, Señor, » añade con una sonrisa formal « haceros cargo, de que si yo vivo de continuo ausente de mi familia, puede quizás mi esposa ir en busca de otro marido, ó parar en algun monasterio. » Prorumpe en risa el emperador con aquel arranque, y luego le consuela con la palabra halagüeña, de que ya ha de ser su *postrer* novicio fuera, y que tenia reservada para su hijo una heredera principal y acaudalada, y para él allá el cargo de gran logoteta, ó primer ministro de estado. Queda luego aparatada la boda; pero el empleo, aunque incompatible con el que está ejerciendo, estaba ya ocupado por la ambicion del almirante. Tuvo que mediar algun plazo, combinar la anuencia y algun equivalente, y el nombramiento de Franza viene á quedar declarado y suprimido á medias, por no lastimar las ínfulas de un privado poderoso. Se emplea el invierno en los preparativos de la embajada; y como Franza tenia dispuesto, logran la proporcion para su hijo de presenciar en su mocedad estraños países, y si asomaba algun peligro dejarlo á buen recaudo en la Morea con la parentela materna; todos aquellos intentos públicos y privados, se interrumpen con la guerra Turca, y vienen á quedar soterrados con el esterminio del imperio.

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimoséptimo.

(1) La carta de Manuel Crisoloras al emperador Juan Paleólogo, no disonará á los alumnos clásicos (ad calcem Cadini de Antiquitatibns C. P. p. 197 —126). Supersticiosa apunta una advertencia cronolójica, á saber, que Juan Paleólogo II quedó asociado al imperio antes de 1414, fecha de la muerte de Crisoloras. Otra fecha anterior, por lo menos, de 1408 se deduce por la edad de entrambos hijos menores, Demetrio y Tomás, que fueron al par Pórfirojénitos. (Ducange. Fam. Byzant. p. 244 247).

(2) Hubo quien advirtió que la ciudad de Atenas podia *circumnavegarse* (τις ειπε την πολιν των Αθηναιων δυνασθαι και παραπλειν και περιπλειν), mas lo que puede ser cierto en sentido retórico respecto á Constantinopla, no cuadra á la situacion de Atenas á cerca de dos leguas del mar, sin cruzarse ni rodearla rio alguno navegable.

(3) Describe Nicéforo Grégoras el coloso de Justiniano (l. VII c. 12) pero su medida está equivocada y llena de contradicciones. Consultó el editor Boivin con Girardon, su amigo, y aquel escultor le comunicó las verdaderas dimensiones de la estatua ecuestre. Todavía alcanzó Pedro Gilio la de Justiniano, no sobre su columna, sino en el patio del serrallo, y se hallaba en Constantinopla cuando la derritieron para fundir artillería (de Topogr. C. P. l. II c. 17).

(4) Véanse los quebrantos y reparos de santa Sofía en Nicéforo Gregoras (l. VII. 12 , XV. 2). Apuntaló Andrónico el edificio en 1317 el hemisferio oriental se desplomó en 1345. Los Griegos en su retórica pomposa ensalzan la hermosura y santidad de la iglesia, un cielo terrestre, morado de ánjeles y del mismo Dios, etc.

(5) El pormenor lejítimo y orijinal de Sirópulo (p. 312 351) entabla el cisma desde el primer *oficio* de los Griegos en Venecia, hasta la oposicion jeneral de los Griegos en Constantinopla por el clero y el vecindario.

(6) Sobre el cisma de Constantinopla, véase Franza (l. II. c. 17) Laónico Chalcodyles, (l. VI. p. 155 — 156) y Lucas (c. 31) y este escribe con verdad y desahogo. Entre los modernos descuellan el continuador de Fleury (tom. XXII p. 38 etc., etc.) y Spondano (A. D. 1440 — 50). Los conceptos del último allá yacen anegados en vulgaridades y arrebatos en asomando Roma y su relijion.

(7) Metropolitano de Kiow era Isidoro, pero los Griegos súbditos de Polonia), trasladaron aquella sede allá de los escombros de Kiow ó Lemberg á Leopoldo (Herbostein en Ramusio tom. II p. 127). Por otra parte los Rusos pasaron su obediencia espiritual al arzobispo, que vino á ser en 1588 patriarca de Moscow (Levesque Hist. de Russie, tom. III p. 188, 190, de un manuscrito griego en Turin Iter et labores Archiepiscopi Arsenii).

(8) La narracion curiosa de Levesque (Hist. de Russie tom. II p. 242 — 247) se estractó de los archivos patriarcales. Ignorancia y parcialidad reinan en las escenas de Ferrara y Florencia; pero se hacen creibles los Rusos en el pormenor de sus propias vulgaridades.

(9) El Shamanismo, relijion antigua de Samaneos y Jimnosofistas, quedó aventado por los Bracmanes mas populares desde la India á los páramos septentrionales, donde los filósofos en carnes vivas tuvieron que enzamarrarse; pero vinieron luego á parar en hechiceros y herbolarios. Los Mordvanes y Tcheremises de la Rusia europea, se atienen á la relijion formada de un Dios terrenal ó rey, sus ministros ó ánjeles, y los espíritus rebeldes, contrapuestos á su gobierno. Como las rancherías del Volga no tienen efijies les cabe el retorcer á los misioneros latinos con mas razon el cargo de idólatras (Levesque Hist. des peuples soumis á la domination des Russes, tom. I p. 134 etc.)

(10) Spondano, Anal. Ecles. (A, D. 1450, núm. 13 tom II.) subsiste la carta de los Griegos con una version latina en la librería de Praga.

(*a*) En cuanto al sitio y matanza de Tesalónica, véase Von Hammer, vol. I, p. 433 — M.

(11) Véase Cantemir, hist. del imperio Otomano p, 33 Murad ó Morad será tal vez mas propio; pero he preferido el nombre popular al esmero recóndito que por maravilla atina en trasladar las voces orientales al abecedario romano

(12) Véase Chalcondyles (l. VII p. 186, etc.) Ducas (c. 33) y Marino Barletio in Vita Scanderbeg p. 145, 146. En su buena fe con la guarnicion de Sfetigrado, sirvió de leccion y ejemplo á su yerno Mahometo.

(13) Voltaire (Ensayo sobre la Historia Jeneral c. 89. p. 186. etc. celebra el *filósofo Turco*: ¿Elogiara igualmente á un príncipe Cristiano

en retirarse á un monasterio? Era Voltaire un fanaticon, y *ainda mais* intolerante.

(14) Véanse los artículos *Dervichee*, *Fakir*, *Nasser*, *Rohaniat* en la Bibliot. Orient. de D'Herbelot. Pero hay superficialidad en sus estractos de escritores Persas y Arabes. Florecieron principalmente aquellas órdenes entre los Turcos.

(15) Ricaut (en su Estado presente del Imperio Otomano, p. 762. etc.) trae mucho caudal sacado de conversaciones particulares con los superiores de los derviches, quienes atribuyen jeneralmente su oríjen al tiempo de Orchan. No menciona los *Tíchites* de Chalcondyle (l. VII. p. 2. 286.) entre los cuales se retiró Amurates, y los *Seids* de aquel autor son los descendientes de Mahoma.

(*b*) Incurre Gibbon en gravísimo yerro, pues el retiro nada monástico de Amurates fue mas bien el de un epicúreo que el de un derviche mas semejante que el de un Sardanápalo que al de Cárlos V. El amor era su única tarea, tanto divina como humana; la danza única la descrita por Horacio, como propia del país «motus docere gaudet Ionicos.» Véase Von Hammer, nota p. 652. —M.

(16) Levantó la Alemania en 1431 hasta 40.000 caballos, hombres de armas, contra los Husitas de Bohemia (Lenfant, Hist. del Concilio de Basilea, tom. I. p. 618.). En el sitio de Nuys sobre el Rin en el 1474, príncipes, prelados y ciudades, enviaron sus contingentes, y el obispo de Munster (qui n' est pas des plus grands), aprontó 1.400 caballos, 8.000 infantes, todos de verde, con 1.200 carruajes. Las huestes unidas del rey de Inglaterra y del duque de Borgoña apenas igualaban al teson de la soldadesca Alemana (Memoires de Philip. de Comines, l. IV. c. 2.), y en el dia las provincias de Alemania mantienen quinientas ó seiscientas mil plazas en cabal arreglo y suma disciplina.

(17) Hasta 1444 no pudieron Inglaterra y Francia en una tregua de algunos meses, (Véase Reimer Fœdera y las crónicas de ambas naciones.

(18) En la cruzada Húngara Spondano (Annal. Eclesiást. A. D. 1443. etc.) ha sido mi guia principal. Ha leido y cotejado esmerada y críticamente los materiales Griegos y Turcos, y luego los historiadores de Hungría, Polonia y del Occidente. Relata con despejo y en pudiendo desentenderse de toda propension relijiosa, se muestra siempre atinado.

(19) He ido cercenando la carta asperísima (Uladislao) que la jeneralidad de los escritores le apropia, sea por adecuarse á la pronunciacion polaca, ó para diferenciarle del otro Ladislao, infante de Austria. Calímaco (p. 447—486.), Bonfinio (Decad. III. l. IV.), Spondano y Lenfant, refieren su competencia por la corona de Hungría.

(20) El historiador Griego Franza, Chalcondyle y Ducas, no atribuyen al príncipe suma actividad en la cruzada, promoviéndola al parecer con anhelos, y retrayéndose al mismo tiempo con zozobras.

(21) Cantemiro (p. 88.) atribuye el plan fundamental á su política, y trae la carta conceptuosa al rey de Hungría. Mas las potencias Turcas no suelen estar al corriente en cuanto al estado de la Cristiandad, y la situacion y correspondencia de Rodas no puede menos de enlazarse con el sultan de Caramania.

(22) Los Húngaros, en sus cartas al emperador Federico, mataron hasta 30.000 Turcos en una batalla, pero el comedido Italiano reduce la matanza á 60.000, y aun 2.000 infieles. (Eneas Silvio in Europ. c. 5. y epist. 41. y 81. apud Spondanum.)

(23) Véase el oríjen de la guerra Turca, y la primera espedicion de Ladislao, en los libros quinto y sexto de la III Decadencia de Bonfinio, quien, tanto por sus diversiones como por su lenguaje, va remedando tolerablemente á Tito Livio. Calímaco (l. II. p. 487—496.) es todavía mas esmerado y auténtico.

(24) No me empeñaré en afianzar la puntualidad suma de la arenga de Juliano, que viene espresada con variedad en Calímaco (l. III. p. 505—507.), Bonfinio (Dec. III. l. IV. p. 457. etc.) y otros historiadores que allá se esplayan con su elocuencia, al estilo del tiempo. Pero todos van acordes en cuanto al dictámen y argumentos por el perjurio, que aparece en el campo de la controversia impugnadísimo por los Protestantes, y mal defendido por los Católicos, quienes quedan malparados con el fracaso de Warna.

(25) Warna, bajo el nombre Griego de Odesa, fue colonia de Melosias, denominándola por el héroe Ulises (Celario, tom. I. p. 374. D'Anville, tom. I. p. 312.). Segun el Periplo de Arriano sobre el Euxino (p. 24. y 25., en el primer tomo de la Jeografía de Hudson) estaba situada á 1740 estadíos ó estadales de la desembocadura del Danubio y á 2140 de Bizancio, y luegó 360 al norte de la cumbre del monte Hemo, en un promontorio que se interna por el mar.

(26) Afirman algunos escritores Cristianos, que sacó del pecho la hostia ú oblea sobre la cual no se habia jurado el tratado. Suponen los Musulmanes, con mayor sencillez, una apelacion á Dios, y su profeta Jesus « que se insinua igualmente en Calimaco (l. III. p. 516. Spondano. A. D. 1444. núm. 8.).

(27) Todo crítico desconfiará siempre de esos *despojos ópimos* de un jeneral victorioso, tan arduos para alcanzarse con el valor, y tan obvios para los desvaríos de la lisonja. (Cantemiro, p. 90. 91.) Calímaco (l. III. p. 517.) mas sencilla y probablemente afirma, supervenientibus Je-

nizaris, telorum multitudine non tam confusus est, quam abrutus. Compárese Von Hammer. — M.

(28) Además de los apuntes apreciables de Eneas Silvio, esmeradamente recojidos por Spondano, nuestras autoridades mejores son tres autores del siglo XV, Felipe Calímaco (de Rebus á Uladislao Polonorum atque Hungarorum Rege gentis, libri III. in Rell. Script. Rerum Hungaricarum, tom. I. p. 433—518. Bonfinio, (Decad. III. l. V. p. 460. —467.), y Chalcondyle (l. VII. p. 165—179.). Italianos eran los dos primeros pero moraban en Hungría y Polonia (Fabric. Bibliot. Latin. mediæ et infimæ Ætatis, tom. I. 324. Vosio la Hist. Lat. l. III. c. 8. y 11. Bayle, Diccion. Univers. BOÑFINIO. Un tratadillo de Felix Pitancio, canceller de Seguia (ad calcem Cuspian Cæsaribus p. 716—722.) está representando el teatro de la guerra en el siglo XV.

(29) Describe Lenfant (Hist. del concilio de Basilea, tom. I. p. 247. etc.) y la campaña Bohema p. 315. etc.) del cardenal Juliano. Sus servicios en Basilea y Ferrara, y su fin desastrado, se hallan referidos al paso en Spondano y el continuador de Fleury.

(30) Ensalza Sirópulo decorosamente el desempeño de un enemigo (p. 117.): τοιαυτα τινα ειπελ ὁ Ιυυγιανος, πεπλατυσμενως αγαν και λογικως, κα μετ' επιστήμης και δεινοτητος Ῥητορικης.

(31) Véase Bonfinio (Decad. III. l. IV. p. 423. ¿Cabe que el historiador italiano pronunciase, ó que el rey de Hungría oyese sin sonrojarse la lisonja disparatada de equivocar el nombre de un Valaquio, con el apellido casual, aunque esclarecido, de una rama de la familia Valerio de Roma?

(32) Felipe de Comines (Memorias, l. VI. c. 13.) por la tradicion de aquel tiempo, lo menciona con subidos elogios, pero apellidándolo estrañamente el caballero blanco de Valaigne, (Walaquia). El Griego Chalcondyle y los Anales Turcos de Leunclavio se adelantan á tiznar la lealtad ó el valor del individuo.

(33) Véase Bonfinio (Dec. III. l. IV. p. 492.) y Spondano (A. D. 1456, núm. 1—7.). Huníades terció con la iglesia en la defensa de Belgrado, con Capistrano, fraile francisco, y segun sus respectivas relaciones, ni uno ni otro se avino á reconocer el mérito de su competidor.

(34) Véase Bonfinio, (Decad. III. l. IV.—decad IV. l. VIII). Las observaciones de Spondano sobre la vida é índole de Matías Corvino son críticas y curiosas (A. D. 1464, núm. 1. 1475, 1476. etc. Nombradía en Italia era su ídolo. Suenan sus hechos en el Epítome Rerum Hungaricarum. (p. 322. etc.) de Pedro Ranzano Siciliano de muchos Galestro Marcio de Narni, cuenta sus dichos cuerdos y chistosos (528—568.), y tenemos una relacion particular de su desposorio y corona-

cion. Estos tres tratadillos van todos comprendidos en el tomo 1.º de Bell. Scriptores Rerum Hungaricarum.

(35) Van colocados por el señor Temple, en su Ensayo agradable sobre la virtud heróica (Obras, vol. III. p. 385.) entre los siete caudillos acreedores, sin llevar corona real, Belisario, Narses, Gonzalo de Córdova, Guillermo, primer príncipe de Oranje, Alejandro Farnesio, duque de Parma, Huníades y Jorje Castriot ó Scanderbeg.

(36) Apeteceria yo unas Memorias sencillas y auténticas de algun amigo de Scanderbeg, que me intimase con el hombre, á su debido tiempo y lugar. En la historia ramplona y nacional de Mariano Barleto, clérigo de Scodra (de Vita, moribus et rebus gestis Georgii Castrioti, etc. libri XIII. p. 367. Argentorati 1537, en fol.) ropajes pomposos é inmensos se aparecen claveteados de perlas falsas. Véase igualmente Chalcondyle l. VII. p. 185, etc.).

(37) La circunsision, educacion, etc. se hallan en Marino con brevedad y repugnancia (l. I. p. 6, y 7.).

(38) Puesto que Scanderbeg murió A. D. 1466. á los sesenta y tres años de su edad (Marino l. XIII. p. 370.), nació en 1403, puesto que lo arrebataron á sus padres siendo *novicio* (Marino l. I. etc.) ocurrió aquel acontecimiento en 1412, nueve años antes del ascenso de Amurates II, quien debió hurtar y no adquirir al esclavo Albano. Advirtió Spondano aquella contradiccion, A. D. 1431. etc.).

(39) Marino trae afortunadamente sus rentas y sus fuerzas (l. II. p. 44.).

(40) Habia dos libras, es alto y bajo, y el Búlgaro y el Albanio, el uno á 25 leguas de Croya (l. I. p. 17.), estaba contiguo á la fortaleza de Sfetigrado, cuyos moradores se negaban á beber de un bote, donde habian arrojado un perro con ese intento malvado (l. V. p. 153. etc). Nos hace falta un mapa esmerado del Epiro.

(41) Cotéjese la narracion turca de Cantemiro (p. 92.) con la declamacion pomposa y larguísima, en los libros IV. etc. del clérigo Albanes, copiada siempre por la grey de estranjeros y modernos.

(42) Barleto por el decoro de su héroe (l. VI. p. 88. etc.) mata al sultan, aunque de enfermedad, ante los muros de Croya; pero Griegos y Turcos desautorizan aquella patraña descocada, que estan corrientes en el tiempo y forma de la muerte en Andrinópolis de Amurates.

(43) Véanse los portentos de su espedicion Calabresa en los libros X XI de Marino Barleto que pueden rectificarse con el testimonio y silencio de Muratori (Anal. de Italia, tom. XIII. p. 291.) y sus autores orijinales (Juan Simonetta, de Rebus Francisci Sfortiæ en Muratori, Script. Rerum Ital. tom. XXI. p. 728. et alios). La caballería Albanesa, hay

el nombre de *Stradiotas*, se afamó en las guerras de Italia (Memorias de Comines, l. VIII. c. 5.).

(44) Spondano con mayor certeza y con suma crítica, ha venido á reducir el jigante Scanderbeg al tamaño natural del hombre (A. D. 1461. etc.) la propia carta al papa y el testimonio de Franza (l. III. c. 28.), refujiado en la isla de Corfú muy cercana, estan demostrando el gran conflicto, malvadamente encubierto por Marino Barleto (l. X.).

(45) Véase la familia de Castriotes en Ducange (Fam. Dalmaticæ, etc. XVIII. p. 348. etc.).

(46) Menciona Swinburne la colonia Albanesa (Viajes á entrambas Sicilias, vol I. 353. etc.).

(47) Despejada y auténtica aparece la cronolojía de Franza, mas en vez de cuatro años y siete meses, Spondano (A. D. 1445. etc.) espresa de siete á ocho años al reinado del último Constantino, ateniéndose á una carta supuesta de Eujenio IV al rey de Etiopia.

(48) Franza (l. III. c. 1—6.) merece crédito y aprecio.

(49) Supongamos que lo apresaron en 1374, y en la guerra primera de Tamerlan por Jeorjia (Sherefeddin, l. III. c. 50.) pudo seguir á su soberano Tártaro al Indostan en 1374 y desde allí navegar á las islas de la Especería.

(50) Los Indios venturosos y devotos vivian hasta ciento y cincuenta años, gozando los productos mas preciosos de los reinos vejetal y mineral. Los vivientes eran de mayor tamaño: dragones de sesenta codos, hormigas *(formica Indica)* largas de nueve pulgadas, ganadería como elefantes, elefantes como ovejas. etc. Quidlibet audendi, etc.

(51) Surcó de la Especería, en un bajel del país; y aportó en un punto de la India esterior; invenitque navem grandem *Ibericam*, qua in *Portogallum* est delata. Este paso, compuesto en 1477 (Franza, l. III. c. 30.) veinte años antes del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, es apócrifo ú portentoso. Pero esta jeografía nueva está mancillada con el yerro antiguo é incompatible, que supone las fuentes del Nilo en la India.

(52) Cantemiro (p. 82.) que la llama hija de Lázaro Ogli, y la Helena de los Servios, coloca su enlace con Amurates en el año 1424. No se hace creible, que en veinte y seis años de cohabitacion, el sultan corpus ejus non tetigit. Tras la toma de Constantinopla, huyó sí Mahometo II. (Franza, l. III. c. 22.).

(53) Recordará al lector culto las ofertas de Agamenon (Iliad. l. V. 144.) y la práctica jeneral de la antigüedad.

(54) Cantacuzeno (ignoro su entronque con el emperador de este nombre) era gra doméstico, y acérrimo defensor del sólio Griego, y her-

mano de la reina de Servia, á quien visitó con el carácter de emperador (Sirópulo, p. 37. etc.).

CAPITULO LXVIII.

Reinado ó índole de Mahometo II. — Sitio, asalto y conquista final de Constantinopla por los Turcos. — Muerte de Constantino Paleólogo. Servidumbre de los Griegos. — Estincion del Imperio Romano en el Oriente. — Consternacion de la Europa. — Conquistas y muerte de Mahometo II.

El sitio de Constantinopla por los Turcos clavó nuestra atencion en la persona ó índole de su asolador memorable. Era Mahometo II hijo (1) de Amurates tambien segundo, y aunque su madre ha merecido la condecoracion de Cristiana, y aun primera, queda mas probablemente revuelta con el sin número de mancebos que de todas partes iban poblando el harem, ó serrallo del sultan. La educacion y sus arranques le caracterizan finísimo Musulman, y en concertando con algun infiel, acudia presuroso á purificarse manos y rostro con los ritos de la ablucion legal. Parece que con la edad y el imperio fué dando ensanches á tan menguada ridiculez, y allá su engreimiento desaforado desconocia superioridad alguna en cualquiera jerarquía; y aun se dice que allá en sus desahogos se solia propasar hasta poner al Profeta de la Meca los apodos de salteador y de embustero. Mas procuró, como sultan acatar la doctrina y el sistema del Alcoran (2); pues sus indiscreciones caseras permanecian secretas para el vulgo, y no podemos menos de maliciar la credulidad de estraños y émulos tan propensos á conceptuar, que todo interior encallecido en sus desbarros, tiene que sobreponerse al desatino y la patraña. Con la enseñanza de ayos consumados, descolló Mahometo muy temprano en la carrera de la sabiduría, y además de su habla nativa, se asegura que estaba impuesto en otros cinco idiomas (3): Arabe, Persa, Caldeo ú Hebreo, Latin y Griego. Podia el Persa servirle de recreo, y el Arabe de relijiosidad, y la mocedad Oriental suele familiarizarse con aquellos estudios. Por las comunicaciones de Griegos y Turcos, á fuer de conquistador, pudo tambien ejercitarse en el habla de un pueblo que estaba ansiando sojuzgar. En cuanto á la poesía (4) ó prosa Latina (5), sus propias alabanzas hallarian acojida en sus oidos, mas ¿qué uso, ú qué mérito podia hallar un estadista ó un erudito en el tosquísimo dialecto de sus esclavos

Hebreos? Su memoria abarcaba la historia y la jeografía del globo; las vidas de héroes Orientales y tal vez Occidentales (6) fogueaban su emulacion; el desvarío contemporáneo le disculpa de su aplicacion á la astrolojía, y siempre supone algun rudimento en las ciencias matemáticas, y una aficion profana á las artes asoma en el brindis y galardon culto á los pintores Italianos (7). Pero desvalido quedaba el influjo de la relijion y del estudio con su temple desaforado y montaraz. No copiaré, ni acabaré tampoco de creer las consejas de los catorce pajes, en cuyos estómagos mandó escudriñar en busca de un melon robado, ni de la hermosa esclava, ó quien cortó él mismo la cabeza para evidenciar á los Jenízaros que su soberano sabia sobreponerse al amor (*a*). Los Anales Turcos callando ensalzan su sobriedad, tildando tan solo á dos ó tres individuos de la alcurnia Otomana con el desbarro de la beodez (8), Mas no cabe desconocer, que sus ímpetus eran desaforados é incontrastables; que al menor desagrado, así en palacio como en campaña, derramaba á rios la sangre, y que se arrojaba con desenfreno á gozar bestialmente á los jóvenes cautivos de la primera nobleza. Estuvo estudiando en la guerra Albania las lecciones, y luego sobrepujó el ejemplo de su padre, pues alzando su alfanje avasalla dos imperios, doce reinos con doscientas ciudades. Era por cierto guerrero, y tal vez gran caudillo, Constantinopla selló su nombradía: pero en cotejando medios, tropiezos y hazañas, Mahometo II viene á menos valer el lado de Alejandro y de Tamerlan. Siempre bajo su mando fueron las fuerzas muy superiores á las del enemigo, y sin embargo el Eufrates y el Adriático le atajaron la carrera, contrarestando sus armas Huníades, Scanderbeg, los caballeros de Rodas y el Rey de Persia.

En el reinado de Amurates holló y dejó el solio por dos veces, pues su temprana edad no alcanzaba á poder arrollar la oposicion del padre; mas nunca se avino á indultar á los visires que opinaron por el acuerdo de aquella disposicion provechosa. Se solemniza su desposorio con la hija de un emir Turcoman, y tras unos festejos de dos meses, sale de Andrinópoli con su novia, para aposentarse en su gobierno de Magnesia. A las seis semanas recibe un mensaje del divan, que le participa el fallecimiento de Amurates, y las demasías de los Jenízaros. Con su dilijencia y brio quedan enfrenados; atraviesa el Helesponto con una guardia selecta, y á la distancia de media legua de Andrinópolis, visires, emires, imanes y cadís, soldadesca y pueblo se postran á las plantas del nuevo sultan. Afectaron gran duelo y aparentan sumo regocijo; sube al solio á los veinte y un años, y despejó todo móvil cedicioso matando á sus hermanos, con especialidad á Ahmed, hijo de una princesa Griega, que era quien le traia mas zeloso (9). (*b*) Acuden los embajadores de Asia y Europa, cargados de parabienes y de solicitudes por su intimidad, y con

todos prorumpe en demostraciones pacíficas y comedidas. Se corrobora la confianza del emperador Griego con juramentos solemnes y estremos espresivos, sellando así la ratificacion del tratado, y se le asigna una posesion pingüe, para el pago anual de trescientos mil ásperes, como pension de un príncipe Otomano, detenido á su instancia en la corte Bizantina. Pero los inmediatos á Mahomet no podian menos de temblar al presenciar la violencia con que un monarca tan mozo está reformando el boato palaciego de su padre, aplicando los desembolsos de mero lujo á los intentos ambiciosos, y una comitiva inservible de cien mil halconeros, ó quedó toda apeada, ó se alistó en las banderas (*c*). Desde el primer verano de su reinado, acaudilla un ejército, y va visitando las provincias Asiáticas; pero apenas doblega la altanería del Caramanio se aviene á sus rendimientos para que ni el mas leve obstáculo le retraiga de la ejecucion de su plan ajigantado (10).

Los moralistas Mahometanos, y con especialidad los Turcos, sentencian que ninguna promesa tiene fuerza de ley para atar á los infieles contra los intereses y las obligaciones de su relijion, y que todo sultan tiene en su mano, como árbitro, el cumplir ú hollar contratos, ya propios, ya de sus antecesores. La magnanimidad justiciera de Amurates menospreció altamente aquella inicua prerogativa; pero, su hijo, por esencia orgullosísimo', se avenia por miras ambiciosas, á los amaños mas ruines del engaño y del disimulo. Suena paz en sus labios, mientras su corazon abriga la guerra; suspira dia y noche tras la posesion de Constantinopla, y los Griegos, de suyo indiscretos, le bridan con pretestos para el fatal rompimiento (11). En vez de esmerarse en quedar olvidados, sus embajadores andan mas y mas por los reales en demanda del pago, y aun del aumento sobre lo ya convenido. Molestan al divan con sus instancias, y el visir, propenso reservadamente á los Cristianos, tiene por fin que manifestarles por entero el concepto de sus hermanos: « ¡Necios y malaventurados Romanos!» prorumpe Calil «¡nos hacemos cargo de vuestras mañas, y os desentendeis de nuestro peligro! Aquel pundonoroso Amurates desapareció para siempre, y trepó á su solio un vencedor mozo que arrolla leyes y tropiezos, y si os salvais de sus manos, aclamad á la Providencia divina que va dilatando el castigo de vuestras maldades. ¿A qué viene el intento de arredrarnos con amenazas locas ó indiscretas? Despedid al fujitivo Orchan, coronadle sultan de Romanía, llamad los Húngaros de allende el Danubio, armad contra nosotros las naciones occidentales; tened por cierto que así no haréis mas que acarrearos y anticipar vuestro esterminio. » Pero si el visir es asustante con sus ceñudos amagos, halagüeño por el contrario se les muestra en semblante y espresion el príncipe Otomano; y les asegura, que en regresando á Andrinópolis van á quedar desagraviados colmadamente mirando siempre por

los verdaderos intereses de los Griegos. Atraviesan el Helesponto, manda cesar la pension y arrojar de las orillas del Strimon á todos los empleados, providenciando así ya una hostilidad, y su disposicion inmediata amaga á las claras; y aun entabla el sitio de Constantinopla. Habia su abuelo planteado una fortaleza Asiática sobre la playa del Bósforo, y dispone alzar al fuerte Europeo un castillo mucho mas formidable, mandando acudir hasta mil albañiles por la primavera á un paraje llamado Asomaton, como á dos leguas de la capital Griega (12). Se acoje el desvalido á la persuasiva, que suele ser infructuosa, y así en balde se empeñan los embajadores en retraer á Mahometo de su intento. Manifiéstanle que su abuelo solicitó del emperador Manuel su anuencia para igual empresa, y que entrambas fortificaciones habian de señorear el estrecho, y quebrantar la armonía de las naciones; atajar á los Latinos que traficaban por el mar Negro, y tal vez privar de abastos, la ciudad. « No entablo contra ella » replica el sultan alevoso « intento alguno, pero el imperio de Constantinopla se ha de ceñir á su propio recinto. ¿ Habeis olvidado el conflicto en que pusisteis á mi padre, con ir á coligaros allá con los Húngaros, cuando invadieron el paso por tierra, y las galeras Francesas atajaron el Helesponto? Tuvo Amurates que arrollar el Bósforo, y nuestra resistencia no correspondió á vuestra intencion dañada. Niño era yo en Andrinópolis y temblaron los Mahometanos, y por algun tiempo los Gabures (13) desacataron nuestro desvalimiento; pero triunfó mi padre en los campos de Varna, votó una fortaleza en la corte occidental, y me cumple el verificar aquel voto. ¿ Teneis acaso derecho, teneis fuerzas para atajar mis pasos en mi propio territorio? Mio es con efecto el solar, hasta las playas del Bósforo, pues los Turcos moran en el Asia, y la Europa ya desamparada por los Romanos. Volveos, y enterad á vuestro monarca que el actual Otomano nada tiene que ver con sus antecesores, y *cuyas* resoluciones arrollan *sus* deseos, y que obra mucho *mas* de cuanto *aquel* puede idear. Volveos en salvo, pero ay de quien asome por acá con igual mensaje, pues será desollado vivo. » Con tal desengaño, Constantino, el primero de los Griegos en teson y en gerarquía (14), resuelve en fin desenvainar el acero, y contrarestar la aproximacion y el establecimiento de los Turcos sobre el Bósforo. Desármale el dictámen de sus ministros tanto civiles como eclesiásticos, quienes abogan por un sistema menos caballeroso y aun menos cuerdo que el suyo, que se conforme con sus largos aguantes, que tizne al Otomano con la maldad y el oprobio de agresor, y allá confiar en los acasos y en el tiempo para su resguardo y la demolicion de un fuerte que no podia sostenerse por mucho tiempo en la cercanía de ciudad tan crecida y populosa. En aquel vaiven de zozobras y de esperanzas, de cordura y de credulidad, se desatienden los afanes imprescindibles del hombre y de la coyuntura, cer-

rando los Griegos sus ojos, aunque asomados ya al derrumbadero, hasta que venido el sultan con la primavera, estalló el trance de su esterminio.

Ejecútanse sin falencia cuantas órdenes le place espedir, á un soberano que nunca indulta. Asoma el veinte y seis de marzo, y zumba el enjambre de operarios Turcos en el paraje de Asomaton y transpórtanse materiales sin cuento de Asia y de Europa (15). Se cuece la cal en Catafrijia, se corta la madera en los bosques de Heraclea y Nicomodia, y las canteras de la Anatolia van suministrando grandiosa sillería. Cada uno de los mil albañiles tenia dos segundos, y la tarea diaria era de dos codos. Triangular es la planta de la fortaleza (16) y torreada gallardamente en sus ángulos, ya en la falda del monte, ya principalmente sobre la playa; veinte y dos pies forman el macizo de los muros y treinta el de las torres, y la mole del edificio está cubierta con un terrado solidísimo de plomo. Está Mahometo activando y dirijiendo personalmente la obra, con ahinco infatigable; toman los tres visires á competencia el empeño ansioso de acabar cada uno su respectiva torre; los cadís lidian con los Jenízaros en el afan, y la ínfima tarea se condecora y realza con el servicio de Dios y del sultan, y el esmero de la muchedumbre hierve mas y mas, con la presencia de un déspota, cuya sonrisa esperanza al ambicioso, y cuyo ceño es una sentencia de muerte. Se aterra el emperador Griego al estar mirando los adelantos de la obra, y se espera en vano con lisonjas y regalos amansar á un enemigo implacable, que anda en pos, y reservado se desvive por la mas leve coyuntura de reyerta; con que faltasen á menudo motivos ó pretestos para fomentarla. Destrozos de iglesias suntuosísimas, y hasta las columnas de mármol consagradas á san Miguel Arcánjel, todo para en manos de los profanos y rapaces Musulmanes, sin el menor asomo de escrúpulo ni reparo; y cuantos Cristianos se arrojan á oponerse logran luego la corona del martirio. Solicita Constantino resguardo turco para la campiñas y bienes de sus desventurados súbditos; se franquea la guardia, pero dando ensanche para que pazcan las caballerías de los reales, y abriguen á sus dependientes contra los naturales. La comitiva de un caudillo Otomano habia pastado los caballos por medio de la sementera ya en sazon; el daño es de consideracion, y la tropelía causa una contienda, en la cual fenecen individuos de ambas naciones. Se complace Mahometo en oir la queja, y destaca una partida para esterminar la aldea culpable, los comprometidos huyen, pero cuarenta segadores inocentes y sosegados fenecen á manos de la soldadesca. Hasta entonces sigue Constantinopla con el trajin del comercio siempre espedito; al primer somaten se cierran sus puertas; pero el emperador, ansiando mas y mas la paz, al tercer dia franquea el paso á los prisioneros Turcos (17) y se manifiesta en espreso mensaje siempre resignado, como cristiano y como militar. «Puesto que ni juramentos, ni tratados» dice

á Mahometo « ni tampoco rendimientos afianzan la ansiada paz, continuo en la guerra impia. Solo confio en Dios, si se digna ablandar tu pecho, me complaceré con tan venturosa mudanza; y si rinde la ciudad á tus manos, me conformo sin chistar con su voluntad sagrada. Pero antes que el Juez de la tierra nos llegue á sentenciar, me es forzoso vivir y morir en defensa de mi pueblo. » Contesta el sultan hostil y terminantemente; redondea sus fortificaciones, y antes de regresar á Andrinópolis coloca de Atalaya un Aga con cuatrocientos Jenízaros para cobrar tributo de cuantos bajeles transiten por el alcance del canton sin distincion de pabellones. Una embarcacion Veneciana intenta desentenderse de aquel nuevo señorío en el Bósforo, y va á pique de un solo cañonazo de una pieza húngara (*d*). Se salva en la lancha con treinta marineros; pero los arrebatan aherrojados á la *Puerta*; empalan al capitan y degüellan su jente, y el historiador Ducas (18) estuvo viendo en Demótica sus cadáveres entregados á las fieras. Se emplaza el sitio de Constantinopla para la primavera próxima, pero un ejército Otomano marcha desde luego sobre la Morea para retraer las fuerzas de los hermanos de Constantino. En aquel calamitoso trance, uno de aquellos príncipes, el déspota Tomás, logra la dicha, ó le cabe el desconsuelo, de nacerle un hijo: « postrer heredero » dice Franza con sus lamentos « de la última chispa del imperio Romano (19). »

Griegos y Turcos pasan un invierno desvelado y angustioso; los primeros con sus zozobras, y los segundos con sus anhelos, y unos y otros con los preparativos de rechazo ú de avance, y ambos emperadores, los mas interesados en la ganancia ó en el quebranto, son tambien los mas eficaces en el vaiven de sus afectos. Inflaman á Mahometo mocedad y afan; se desahoga con la construccion de un alcázar en Andrinópolis, llamado de Jehan Numa (20) (la atalaya del orbe), pero el raudal de sus pensamiento le vincula todo el conato en la conquista de la ciudad imperial. Muy á deshora, como en el segundo sueño, se arroja de su lecho, y envia en busca de su primer visir. Mensaje, hora, príncipe y su propia situacion, sobresaltan la conciencia de Calil Bajá, que mereció la privanza y aconsejó el restablecimiento de Amurates. Asciende el hijo al solio, sigue el visir con su cargo y con visos de intimidad, pero el estadista consumado se hace cargo de que está pisando una senda de hielo cenceño y resbaladizo, que se va á quebrar bajo sus plantas, para sepultarle en el abismo. Su amistad con los Cristianos, que podia ser inocente en el reinado anterior, le tenia tiznado con el apodo de Gabur Ortachi, ó padrino de los infieles (21), y su codicia estaba sosteniendo una correspondencia venal y traidora, que se patentizó y castigó despues de la guerra. Al recibir el mandato rejio abraza tal vez por despedida, su esposa y niños; llena una copa con monedas de oro, acude arrebatadamente á palacio, y

brinda, segun la costumbre oriental, el tributo corriente de su obligacion y agradecimiento (22). « No es mi ánimo, » prorumpe Mahometo, recobrar las dádivas, sino redoblarlas y encarecerlas mas y mas sobre tus sienes ; y en cambio requiero otro galardon de mucha mayor entidad : — Constantinopla. » Vuelto en sí el visir de su estrañeza, « el mismo Dios que te ha proporcionado tan gran parte del imperio Romano, no te he de recatar lo restante con su capital. La Providencia y tu poderío te están ya afianzando al éxito, y tanto yo como los demás esclavos fieles, vamos á sacrificar nuestros haberes y vidas — Lala (23) ó ayo » continua el sultan, « ya estás viendo este almohadon, pues toda la noche lo traigo á vueltas ; ya me levanto de mi lecho, ya me acuesto de nuevo, mas nunca el sueño acude á mis párpados. Cuidado con el oro y la plata de los Romanos ; los sobrepujamos en armas, y con el ausilio de Dios y las plegarias del Profeta, creo vamos á apoderarnos de Constantinopla. » Para ir mas y mas rastreando el temple de su obediencia suele rondar las calles á solas y disfrazado, y hay quien lo descubra cuando se retrae de la vista del vulgo. Está ahora delineando el plano de la ciudad enemiga, y sobre todo conferenciando con sus jenerales é injenieros sobre la colocacion de baterías, la parte mas accesible de las murallas, por donde han de reventar las minas, los parajes mas adecuados para el arrimo de las escalas y el asalto, y los ejercicios diarios ponian en planta las tareas nocturnas.

Entre los medios de asolacion, cundia con sumo ahinco el descubrimiento reciente de los Latinos, y su artillería sobrepuja ya en su asomo por el orbe. Un fundidor Danés(*e*) ó Húngaro, que habia estado hambreando en el servicio de los Griegos, desierta á los Mahometanos, y merece cuantiosos agasajos al sultan. Le paga Mahometo con la contestacion á su primera pregunta, mientras está estrechando al advenedizo. « ¿Podrémos arrojar balas que den al través con las murallas de Constantinopla? Me consta su fortaleza, mas aun cuando fuesen mas incontrastables que las de Babilonia, soy capaz de disponer una máquina que sobrepuje á su resistencia ; la colocacion y manejo de dicha máquina debe correr á cargo de tus injenieros. » Bajo esta confianza se plantea una fundicion en Adrinópolis ; se dispone el metal, y á los tres meses presenta Urbano un cañon de bronce de calibre asombroso ; su boca era de doce palmos y la bala de piedra pesaba mas de seiscientas libras (24). (*f*) Se franquea campo para la primera prueba delante del palacio, mas para precaver sustos, se pregona la víspera tamaña novedad. Se oye á muchísimas leguas la esplosion, y hasta el tercio de una torre entra la bala con el empuje de la pólvora, sepultándose hasta dos varas en el paraje donde llega á caer. Para su acarreo, se engarza y eslabona un conjunto de treinta carruajes, tirado por sesenta bueyes, se colocan por los costados hasta doscientos

hombres para ir sosteniendo y apalancando aquel trabajoso equilibrio; doscientos y cincuenta operarios van delante para allanar y fortalecer el camino y habilitar las puertas, y se emplean cerca de dos meses en la afanosa marcha de cincuenta leguas. Un filósofo travieso escarnece con este motivo la cegüedad de los Griegos, y advierte (25) con mucha razon que siempre conviene desconfiar de las cooperaciones de todo pueblo vencido. Computa que una bala, aun de doscientas libras, requiere la carga de quintal y cuarto de pólvora, y que su empuje seria apocado y desvalido, por cuanto tan solo la quincena parte de aquella cantidad pudiera inflamar al golpe. Ajenísimo, como me hallo, de todo artificio asolador, me hago cargo de que en el sistema actual de artillería, se antepone el número de las piezas al peso enorme del metal, el redoble del fuego al estruendo y aun al resultado de la esplosion. No me atrevo sin embargo á impugnar el testimonio positivo y unánime de escritores contemporáneos; así es inverosímil que los primeros polvoristas, en sus conatos tan torpes y desatentados, traspasasen los límites de la regularidad. En el dia mismo un cañon turco, todavía mas enorme que el de Mahometo, está guardando la entrada de los Dardanelos; y aunque su manejo es trabajosísimo, en un esperimento reciente ha surtido un efecto de consideracion. Una bala de peso de mas de *mil* libras con trescientas y treinta de pólvora y á una distancia inmensa, se dividió en tres trozos, atravesó el Estrecho, y cuajando las aguas de espuma, asomó y rebotó por la loma contrapuesta (26).

Mientras Mahometo está amenazando la capital del Oriente, el emperador de los Griegos se enfervoriza mas y mas implorando asistencia al cielo y á la tierra. Ensordecen las potestades invisibles á sus plegarias, y la Cristiandad se desentiende allá con desvío de la catástrofe de Constantinopla, mientras suenan promesas de socorro por parte del sultan de Egipto, quien se muestra celoso y advertido por su situacion política. Endebles son algunos estados, y otros se hallan á larguísima distancia; hay quien mira la continjencia como imajinaria, y hay quien por el contrario, conceptua el fracaso absolutamente inevitable; siguen los príncipes occidentales engolfados en sus contiendas caseras é interminables, estando el pontifice Romano airado en estremo con la falsedad ú obstinacion de los Griegos. En vez de echar el resto en influjo, armas y caudales, Nicolás V. tenia predicho su esterminio; y se contemplaba como comprometido en el cumplimiento de su profecía (*g*). Amainó quizás al fin á los asomos del trance, mas ya su conmiseracion es tardía, sus conatos resultan endebles y absolutamente infructuosos, Constantinopla yace en la tumba, antes que las escuadras de Venecia y de Génova traten de dar la vela (27). Hasta los príncipes de Morea y de las islas aparentan tibia neutralidad; la colonia jenovesa de Gálata, está negociando un tratado peculiar, y el sul-

tan las sigue mas y mas esperando con las muestras engañosas de que han de sobrevivir por su clemencia al esterminio del imperio. Jentío plebeyo y hasta nobles Bizantinos, se desentienden ruinmente del peligro de su patria, y la avaricia de los principales, rechazan al emperador y reservan para los Turcos los tesoros recónditos, para cuya defensa pudieran sortear ejércitos enteros de Europa asalariada (28). Se aparata sin embargo el príncipe menesteroso y aislado, para contrarestar á su formidable antagonista; pero por mas que su teson corresponda al trance, no alcanzan las fuerzas para lid tan arriesgada. Raya la primavera, y el raudal de la vanguardia Turca va arrollando pueblos y aldeas hasta las mismas puertas de Constantinopla, y halla todo rendido salvacion y resguardo; pero quien intenta resistir, fenece á fuego y sangre. Entréganse á la primera intimacion las plazas Griegas de Mesembria y Aquelóo sobre el Mar Negro, tan solo Selibria se condecora gallardamente con sitio ó bloqueo, y sus denodados moradores los acometen por tierra, se arrojan por mar en sus lanchas, saquean la costa opuesta de Cizico, brindan sus cautivos en mercado público; pero asoma luego Mahometo, y todo enmudece y se postra; acampa al pronto á cerca de dos leguas, y desde allí marchando escuadronado, enarbola el estandarte imperial ante la puerta de San Roman, hasta que por fin el seis de abril, plantea el sitio memorable de Constantinopla.

Las tropas de Asia y de Europa se tienden á derecha é izquierda, desde la Propóntida, hasta la bahía misma, los Jenízaros al frente se colocan delante de la tienda del monarca; se atrinchera toda la línea Otomana, y otro cuerpo grandioso abarca el arrabal de Gálata, y acecha la fe dudosa de los Jenoveses. El escudriñador Filelfo, que residia en Grecia treinta años antes del sitio, afirma terminantemente, que todas las fuerzas Turcas, prescindiendo de su nombre y su entidad, no pasaban de sesenta mil caballos y veinte mil infantes, y estos vituperando el apocamiento de las naciones, que se postraran rendidamente á una guerrilla de bárbaros. Tal es con efecto la planta corriente de los *Capítulos* (29), tropas de la Puerta, que marchan con el príncipe, que las costeaba de su tesoro. Pero los Bajáes, allá en sus gobiernos, aliviaban y mantenian sus milicias provinciales, repartian tierras á rédito militar, se agolpaban voluntarios esperanzados del sumo despojo, y el pregon de la trompeta sagrada estaba brindando á enjambres de fanáticos hambrientos y denodados, quienes por lo menos estaban agravando el pavor, y en el primer avance embotan los aceros del Cristianismo. Abultan Ducas, Chalcondyles y Leonardo de Chio la mole Turca hasta el número de trescientos, ó cuatrocientos mil hombres; pero Franza es un juez mas cercano y esmerado; y luego su terminante suma de doscientos y cuarenta y ocho mil no se propasa de los términos de la esperiencia y la probabilidad (30). Menos formidable es la armada

italiana, pues aunque aparecen por la Propóntida hasta trescientas y veinte velas, se reducian todas á unas diez y ocho galeras de guerra, siendo los mas de los restantes mares, de abastos ó trasportes, que estan á toda hora desembarcando jente, víveres y municiones. El vecindario de Constantinopla asciende á mas de cien mil moradores; pero aquel número asoma en las listas del cautiverio y no de la milicia, consistiendo los mas en artesanos, clérigos y mujeres, y luego jente ajenísima de aquel teson que hasta las mismas mujeres han demostrado en ciertos trances, por la defensa de la patria. Doy por supuesta y casi disculpo la repugnancia de individuos para ir á guerrear en una frontera remota, bajo el albedrío de un déspota; pero el hombre que se retrae de esponer su vida en defensa de sus propios hijos y de sus haberes, carece ya de los primeros y mas briosos móviles de la sociedad, y de la misma naturaleza. Dispone el emperador una pesquisa jeneral y empadronamiento, por barrios, calles y casas, de cuantos ciudadanos, y aun monjes, se hallan de armas tomar con ánimo de acudir á defender sus hogares. Se confia á Franza (51), y sumado escrupulosamente el conjunto, afirma al soberano con estrañeza y amargura, que la defensa nacional queda reducida á cerca de cinco mil *Romanos*. Renovóse aquel encono mortal entre Constantino y su leal ministro, y se van distribuyendo á proporcion en el arenal broqueles, ballestas y mosquetes á las compañías de ciudadanos. Consuela algun tanto el refuerzo de un cuerpo de dos mil advenedizos, á las órdenes de Juan Justiniano, caballero Jenovés; se les anticipa una cantidad crecida, y se les promete un galardon grandioso, el principado de la isla de Lemnos, para el caudillo valiente y victorioso. Se ataja la boca de la bahía con una cadena poderosa, sostenida por bajeles de guerra y de comercio Griegos é Italianos, deteniendo además para el servicio público cuantos buques van llegando de Candía y del Mar Negro. Hay que guarnecer un recinto de cuatro ó cinco leguas con siete ú ocho mil hombres, contra todo el poderío del imperio Otomano. Señorean los sitiadores la Europa y el Asia á sus anchuras; al paso que las fuerzas y abastos de los sitiados tienen que ir menguando diariamente, sin contar con la llegada de otros auxilios ó socorros.

Allá los Romanos primitivos desenvainaron sus aceros con la resolucion de vencer ó morir; y luego los Cristianos resignados se abrazaron mutuamente, esperando sufrida y amorosamente la cuchillada del martirio; pero los Griegos de Constantinopla se acaloraban por la relijion en sus contiendas y partidos, en sus enconos y discordias. El emperador Juan Paleólogo antes de morir habia protestado contra la union que le tenia malquisto con los Latinos; ni se renovó aquel intento hasta que el sumo conflicto de su hermano Constantino le dictó un nuevo ensayo de adulacion y de disimulo (52). Con la solicitud de auxilio temporal, llevan sus

embajadores el encargo de alegar toda seguridad en punto á obediencia espiritual; cohonesta sus distracciones de los negocios de la iglesia con los afanes urjentísimos del estado, y sus anhelos católicos echan menos la presencia de un legado. Repetidas veces quedara burlado el Vaticano, mas el decoro requeria que no se desatendiesen sus muestras de arrepentimiento; mas obvio se hace el envio de un legado que el de una hueste, y como seis meses antes del total derrumbo, asoma el cardenal Isidoro de Rusia con aquellas ínfulas, acompañado de un sin número de clérigos y soldados. Salúdale el emperador con los dictados de amigo y de padre; acude á sus sermones públicos y privados con decoroso acatamiento, y firma el tratado de union, al par que los eclesiásticos y los seglares mas condescendientes. El doce de diciembre, ambas naciones en el templo de santa Sofía, se hermanaron y confundieron en el sacrificio y la plegaria, entonando solemnemente los nombres de entrambos pontífices; esto es, el de Nicolás V, vicario de Cristo, y el del patriarca Gregorio, el cual habia salido desterrado para un pueblo rebelde.

Se escandalizan todos con el traje y el idioma del clérigo Latino que está oficiando, y se horrorizan de que está consagrando una tortita, hostia ú oblea de pan *ázimo* ú sin levadura, y vertiendo agua fria en el copon sacramental. Reconoce sonrojado un historiador nacional, que ninguno de sus paisanos, ni el mismo emperador procedian de buena fe en aquel concurso occidental (33). Se cohonesta aquel arrebato y atropellamiento con la escasez de una muestra tan esmerada á su debido tiempo, pero todas sus disculpas mas ó menos fundadas estan confesando terminantemente su perjurio. Al querer sus hermanos pundonorosos estrechar á los avenidos: « Aguardad, contestan, á que Dios haya salvado la ciudad del dragon infernal que está ahí desencajando sus quijadas para devorarme y en tanto palparéis si nos hemos reconciliado de corazon con los Azimitas. » Mas no caben aguantes en los fervorosos, ni las artes palaciegas alcanzan jamás á enfrenar los ímpetus del entusiasmo popular. Desde el mismo cimborio de Santa Sofía los moradores de ambos sexos y de todas clases allá se disparan en oleada á la celda del monje Jenadio (34) para consultar con el oráculo de la iglesia. Invisible se hace el varon sagrado, allá en arrobo al parecer, ó engolfado en meditacion profundísima, como en éstasis sobrehumano; mas ya tiene colgada á la puerta de su estancia una tablilla parlante, y todos se van retirando, al paso que leen las palabras pavorosas: « ¡O malhadados Romanos; con que trasoís la verdad, y en vez de confiar en Dios, cifrais vuestra salvacion en los Italianos! Apiadaos de mí, Señor; protesto aquí en vuestra presencia que vivo inocente de tamaño delito. Desventurados Romanos, recapacitad, deteneos y arrepentíos. En el trance mismo de apartaros de la religion paterna, y abrazaros con la impiedad misma, quedais se-

pultados en servidumbre advenediza. » Segun dictámen del mismo Jenadio, las vírjenes relijiosas, tan puras como arcángeles, pero altaneras como espíritus malignos, desechan la acta de union, y abjuran todo roce y convenio con los asociados actuales y venideros de los Latinos, y la mayor parte del clero y del pueblo aclama y sigue su ejemplo. Los Griegos enardecidos se disparan del monasterio, y repartiéndose por los bodegones brindan por el esterminio de todo esclavo del papa; empinan sus vasos en honra y gloria de la imájen de la sagrada Vírjen, claman y le ruegan que defienda contra Mahometo la misma ciudad que allá en otro tiempo salvó de la saña de Casroes y del Chagan. Se embriagan de fervor y de vino, y prorumpen desaforadamente: ¿ qué necesidad podemos tener de auxilio, de union y de Latinos? Vaya allá muy lejos de nosotros ese malvado culto de los Azimitas. Por todo el invierno anterior al gran fracaso, la nacion entera se contajió con aquel arrebato frenético, y la temporada de Cuaresma, y los asomos de la Pascua, en vez de encariñarse mútuamente, tan solo condujo para estremar sin término el enfurecimiento fanático. Los confesores van escudriñando y enardeciendo hasta lo sumo las conciencias, y se impone penitencia rigurosísima á cuantos han recibido la comunion de mano de algun sacerdote adicto aun allá tácitamente á la Union. El servicio del altar por sí solo ha venido á inficionar hasta á los meros y callados mirones que lo han presenciado, y quedaron todos apeados del timbre sacerdotal; ni es lícito aun en la estrema agonía, el acudir á su asistencia para las plegarias y la absolucion. Mancillada ya la iglesia de Santa Sofía, con el sacrificio Latino, queda desierta, á fuer de sinagoga judía, ó de templo pagano, por el clero y por los seglares, y silencio lúgubre y profundísimo reina desde la cumbre del gran cimborio, perfumado antes de continuo por inmensas nubes de incienso, iluminado con inumerables blandones, y retumbando allá en el eco redoblado de plegarias y parabienes. Odiosísimos herejes y aun infieles aparecen los Latinos, y el primer ministro del imperio, el gran duque, entona desaforadamente que antepone presentar en Constantinopla el turbante de Mahometo, á la tiara del papa, ó al capelo de cardenal (35). Arranque tan impropio de un Cristiano y de un patricio, se jeneraliza fatalísimamente entre los Griegos; defrauda al emperador del cariño y del apoyo de los súbditos, y su cobardía nativa viene á santificarse con la resignacion á los decretos divinos, ó allá á una esperanza soñada de algun suceso milagroso.

Triangular es la planta de Constantinopla, y los dos costados marítimos son absolutamente inaccesibles á los avances del enemigo, la Propóntida por naturaleza, y la bahía con el arte. Entre ambas marinas, la base del triángulo, esto es, el costado terreno, está resguardado con un murallon doble y un gran foso de cien pies de profundidad. Contra esta

línea de fortificacion, que Franza estiende (testigo de vista) hasta cerca de dos leguas (36), dirijen los Turcos su avance principal, y el emperador, señalando á cada cual su servicio ú mando de los puntos mas arriesgados, emprende la defensa de su muralla. El principio del sitio, la tropa Griega baja al foso y sale al campo, mas luego se hacen cargo de que segun la desproporcion de las fuerzas, un solo Cristiano es de mas entidad que veinte Turcos, y así tras aquellos ímpetus denodados, se ciñen cuerdamente á resguardar la muralla con las arrojadizas. No cabe tachar aquel miramiento de cobardía. Apocada y ruin es, con efecto, la nacion entera, pero el último Constantino se hace acreedor al dictado de todo un héroe; el tercio gallardo de voluntarios rebosa de pujanza Romana, y así los auxilios advenedizos corresponden al pundonor caballeresco de los Occidentales. Descargas de venablos y flechas, menudean al eco, humo y fuego de mosquetería y artillería. Las armas menores disparan cinco, seis y hasta diez balas de tamaño de avellanas, y segun la espesura de las filas y el empuje de la pólvora, un solo tiro traspasa y vuelca compañías enteras de enemigos. Pero luego los avances Turcos se resguardan en trincheras, ó tras montones de escombros. Los Cristianos se van mas y mas amaestrando en la milicia; pero les va escaseando la pólvora. Sus cañones son de menor calibre y en corto número, y aunque hay tal cual pieza mayor, no se aventuran á colocarla sobre la vieja muralla, con el recelo de que la construccion añeja venga á desplomarse con la esplosion (37). Aquel medio asolador habia trascendido á los Musulmanes, empleándolo con la energía que dan riquezas y despotismo. Ya se historió la disposicion del cañon grandísimo de Mahometo, objeto patente y de sumo bulto para los anales de aquel tiempo, y acompañan á la enorme pieza otras dos poco menores (38). El frente dilatado de la artillería Turca se asesta contra la muralla, tronando mas y mas catorce baterías á un tiempo contra los puntos mas accesibles, y entre ellas, no se aciertan á deslindar si era de ciento y treinta piezas, ó su descarga de ciento y treinta balas. Pero en medio del poderío y la eficacia del sultan, asoma desde luego el atraso de la nueva ciencia. Aun con un mandarin que está contando los minutos, el cañon mayor tan solo puede hacer siete descargas al dia (39), y aun así se caldea tanto el metal que al fin para en reventarse, y mata á varios de los sirvientes, á pesar del esmero del fundidor (*h*) en verter aceite por la boca á cada tiro.

Las primeras descargas, poquísimas certeras, estan causando sumo estruendo con poquísimo resultado, hasta que un Cristiano les aconseja que viertan la artillería contra los costados opuestos del ángulo saliente de un baston. En medio de mil torpezas, la repeticion y la violencia de tanto fuego causan alguna mella en las murallas, y los Turcos esforzando sus avances hasta la orilla del foso, intentan terraplenar la grandísi-

ma abertura, y proporciónanse rumbo para el asalto (40). Van hacinando sacos, fajinas y troncos, y es tal el ímpetu de aquella muchedumbre, que toda la cabeza, ó vanguardia, se hunde en aquel abismo y queda soterrada debajo de la mole. El ahinco de los sitiados se cifra ya todo con terraplenar el foso, y los sitiadores conceptuan su salvamento en el conato de conservarlo absolutamente despejado, y tras largo y penoso afan de todo el dia, llega la noche y queda otra vez espedita la cerca. Acude Mahometo á las ruinas, pero es el suelo herroqueño, y el rumbo de los mineros queda luego atajado y contraminado por los defensores, y el arte no habia llegado todavía á mazizar de pólvora los fosos y volar así ciudades enteras (41). La circunstancia que particulariza al sitio de Constantinopla es el enlace de la artillería antigua con la moderna. Alternan en él los cañones con la mosquetería antigua para despedir piedras y flechas ó venablos; bala y ariete compiten allí contra la idéntica muralla, y el descubrimiento de la pólvora no tiene todavía arrinconado el uso del fuego liquido é inestinguible. Adelantan una torre de madera sobre rollos, y aquel alcázar portátil lleva consigo pertrechos y fajinas y va resguardada con la triple cubierta de pieles frescas de buey; está toda aspillerada y los tiradores hacen desde allí fuego á su salvo. Tiene tres puertas por el frente para aprontar á recojer los soldados, y los operarios, trepando á su cima por una escalera interior, donde alzan una especie de escala para despedirla, formar un puente y engancharla en el muro opuesto. Por medio de mil arbitrios á cual mas pernicioso, logra por fin dar al través con la torre de san Roman, forcejean los Turcos hasta lo sumo; pero al cabo quedan rechazados de la lucha, é imposibilitados con la lobreguez; pero esperanzan que en rayando el alba han de recobrar el terreno perdido, con mayor ventaja. La actividad del emperador y de Justiniano aprovechan cuanto es dable aquel rato de sosiego y desahogo, y permaneciendo entrambos inmobles para echar el resto de aquel trance en que se cifran el salvamento de la ciudad y de la iglesia. Amanece, y el sultan azorado está viendo la gran torre de madera reducida á cenizas, el foso despejado y la torre de san Roman otra vez cabal y poderosa. Se lamenta de su malogro y prorumpe en la esclamacion profana, de que á la palabra de los treinta y siete mil profetas no le precisaron á creer, que semejante obra y en tan breve tiempo quedase restablecida por los infieles.

Tibio y tardío es el socorro de los príncipes cristianos, pero desde los primeros recelos del sitio habia Constantino negociado por las islas del Archipiélago, la Morea y Sicilia los auxilios mas imprescindibles. Desde principios de abril cinco naves crecidas (42) armadas en corso y mercancía, debian salir de la bahía de Chio, á no contrarestarles el viento tenacísimo del Norte (43). Uno de aquellos bajeles arbolaba el estandarte im-

perial, y los demás eran Jenoveses; y todos venian cargados de trigo, centeno, vino, aceite y hortalizas y sobre todo con soldados y marineros para el servicio de la capital. Tras aquella detencion angustiosa, una ventolina suave y luego un soplo recio del sur los arrolla por el Helesponto y la Propóntida; mas ya la ciudad está cercada por mar y por tierra, y la escuadra turca á la embocadura del Bósforo se tiende allá en media luna de estremo á estremo todo el frente para interceptar, ó por lo menos rechazar, á los denodados auxiliares. Todo lector que tenga presente la perspectiva de Constantinopla se hará cargo y se pasmará de la grandiosidad de aquel espectáculo. Las cuatro naves cristianas seguian surcando con joviales alaridos, y al impulso combinado de vela y remo contra la escuadra enemiga de trescientos bajeles, y murallas, campamento y playas de Europa y Asia, estañ cuajadas de jentío innumerable, que estan esperando con ansia el desenlace del grandísimo empeño. Al pronto no ponia dudas el paradero de la lid, pues la superioridad de los Musulmanes era desmedida y ajena de toda competencia, y en medio de una bonanza el mayor número, acompañado de valor, no podia menos de quedar triunfante. Pero aquella armada repentina y tosquísima, fue labrada no por la intelijencia de un pueblo, sino por el albedrío del sultan, y los Turcos en la cumbre de su prosperidad confesaban que Dios les habia otorgado el imperio de la tierra y reservado el dominio del mar para los infieles (44); repetidas derrotas y una decadencia rapidísima ha ido confirmando la verdad de aquella manifestacion. Fuera de catorce galeras de alguna consideracion, todo lo restante de aquella armada eran barcos abiertos, construidos torpemente y manejados sin conocimiento, recargados de tropa y faltos de artillería; y por cuanto el denuedo se cifra personalmente en la confianza de su propia fuerza, hasta el Jenízaro mas valiente está temblando en aquel nuevo elemento. Diestrísimos pilotos guian las grandísimas naves Cristianas, tripuladas con veteranos de Italia y Griegos, curtidos todos en la práctica y en los peligros del mar; avanzan sus moles á sumerjir ó arrollar cuantos tropiezos se atraviesan á su tránsito: barre su artillería las aguas; vierten torrentes de fuego líquido sobre sus contrarios, quienes abalanzándose al abordaje, se vienen acercando, y viento y marea favorecen siempre al mejor navegante. En aquel trance los Jenoveses se arrojan al rescate de la almiranta, ya casi avasallada por el enemigo; y al fin los Turcos, de lejos y de cerca quedan completamente rechazados con pérdida de consideracion, hasta dos veces. Descuella Mahometo á caballo hácia el estremo de un promontorio para enardecer el denuedo con su voz y su presencia, con mil promesas de galardones, y con el temor, mucho mas poderoso que el miedo del enemigo. Impetus del alma y ademanes del cuerpo (45), todo está remedando las jestiones de los combatientes, y soñándose allá soberano de la naturaleza, agui-

jonea el caballo y se engolfa por el agua con arrojo furibundo pero infructuoso. Los vituperios redoblados, la gritería del campamento, comprometen los Otomanos á tercera refriega mas empeñada y sangrienta que las dos anteriores teniendo yo que repetir, aunque indeciso, el testimonio de Franza, quien afirma, por boca de los mismos vencidos, que vinieron á perder en aquel dia hasta doce mil hombres. Huyen desbaratados á las playas de Asia y Europa, mientras la escuadrilla cristiana surca intacta y triunfadora las aguas del Bósforo y fondea á su salvo en la bahía, al interior de la bahía, blasonando en alas de su victoria de que todo el poderío Turco ha de yacer á sus plantas; al paso que el almirante ó capitan Bajá viene á consolarse con la herida dolorosa en un ojo culpando á este fracaso como causa principal de su descalabro. Era Baltha Ogli un renegado de la alcurnia de los príncipes Búlgaros; ajaba sus timbres de valiente una codicia estremada, y bajo el despotismo, ya monárquico ya popular, toda desventura está arguyendo sumo delito (*j*). El desagrado de Mahometo anonada su jerarquía y su carrera. Tiéndenle cuatro esclavos á presencia del soberano en el suelo, y le descargan hasta cien golpes con una barra de oro (46) queda sentenciado á muerte y tiene que implorar la clemencia del sultan, quien se contenta con el castigo mas suave de confiscacion y destierro. La llegada de aquel socorro resucita las esperanzas de los Griegos y está tiznando la vil poltronería de sus aliados occidentales. Millones de cruzados habian ido á sepultarse por los desiertos de la Anatolia y los peñascos de Palestina voluntaria y desesperadamente; al paso que la ciudad imperial es de suyo fuertísima y se muestra patente á todo amigo, y un armamento regular ó competente de las potencias marítimas ponia en salvo los restos del poderío Romano, y sostenia una fortaleza Cristiana en el corazon del imperio Otomano. Mas aquella fue la única y endeble tentativa para el rescate de Constantinopla: las potencias remotas se desentendieron de todo peligro, y el embajador de Hungria, por lo menos de Huniades, se halló en el mismo campamento del sultan para descargarle de zozobras y estar dirijiendo las operaciones del sitio (47).

Mal pueden los Griegos internarse por los arcanos del divan, mas vienen á conceptuar que su resistencia tenaz y á todas luces asombrosa, ha de acosar ó quebrantar la perseverancia de Mahometo. Está con efecto ideando su retirada y va á levantarse el sitio, cuando los zelos ambiciosos del segundo visir contrarestan el dictámen de Calil Bajá, quien sigue manteniendo su correspondencia reservadísima con la corte Bizantina. Se da por desahuciada la rendicion de la capital, mientras no se entable un sistema doble de avance por la bahía, al par que por el de tierra; mas permanece inaccesible la bahía, pues sostienen la cadena incontrastable de Constantinopla ocho buques grandiosos y mas de veinte menores, con

varias galeras y lanchones, y en vez de arrollar aquel tropiezo, los Turcos podian recelar una salida naval y otro encuentro en alta mar. En medio de aquel vaiven, el númen de Mahometo viene á idear y ejecutar un plan portentoso; á saber, el de ir trasportando por tierra sus bajeles y sus almacenes desde el Bósforo hasta la parte superior de la bahía. La distancia será como de dos leguas; el terreno es quebrado y cubierto de maleza, y por cuanto hay que despejar el rumbo tras el arrabal de Gálata, para en manos de los Jenoveses la alternativa de tránsito espedito ó total esterminio. Aquellos mercaderes egoistas estan desde luego ansiando la fineza de ser los postreros en el degüello jeneral; y el atraso en el arte se suple con los brazos á miles de miles á cual mas solícito y brioso. Se allana la travesía y se cuaja de fuertísimos tablones y pará suavizar el paso se embarniza y se engrasa con enjundia de infinitas cosas. Se baran ochenta galerillas ó bergantines de mas ó menos remos en la playa del Bósforo; se van colocando sobre rollos y se van trayendo al empuje de brazos y garruchas. Van de guias ó pilotos dos conductores al timon y á la proa de cada bajel; se da la vela si favorece el viento, y todo se vuelve aclamacion y gritería. En una sola noche, aquella escuadrilla Turca trepa á la loma y resbala por la llanura, y entra por los bajíos de la bahía á larga distancia de las naves mas asoladoras de los Griegos. La entidad de aquella empresa se abulta mas con el pavor por una parte y la confianza por otra que acarrea desde luego; pero el hecho patente se ostenta á presencia de todos, y suena por los escritos de ambas naciones (48). Ya los antiguos habian echado mano de igual ardid (49). Las galeras otomanas, tengo que repetirlo, venian á ser lanchones; y si cotejamos los buques y la distancia, los tropiezos y los medios, el decantado portento (50) se ha visto quizás igualado por el injenio moderno (51). Señorea Mahometo lo alto de la bahía con escuadra y ejército, construye en las angosturas un puente, ó sea muelle de cincuenta codos de anchura y ciento de longitud; se forma de barriles ó toneles; se enmadera por encima, se afianza con cadenas y se entablona con solidez. Situa una pieza de gran calibre sobre aquella batería flotante, mientras las galeras con tropa y escalas se acercan al punto mas accesible, ya antes asaltado allá por los conquistadores Latinos. Tal vez fue la reprensible flojedad de los sitiados en no arrasar aquellas obras á medio construir (*l*); pero el fuego superior arrolló y acalló al inferior; y aunque acuden luego vijilantes á quemar de noche los barcos y el puente del sultan, su desvelo les ataja el intento, sus galeones de vanguardia fenecen ó se rinden y se les asesinan atrozmente en el acto hasta cuarenta mozos sobresalientes entre Griegos é Italianos, sin que se alivie la pesadumbre del emperador con el desagravio justo, aunque cruelísimo, de clavar por la muralla las cabezas de doscientos y sesenta Musulmanes. Trás aquel sitio de cuarenta dias no

cabe ya sortear el paradero de Constantinopla. Desfallece la escasa guarnicion para acudir á las dos llamadas contrapuestas. La artillería Otomana va desmantelando aquellos antemurales que descollaron por largos siglos contra todo embate; son ya varias las brechas patentes, y junto á la puerta de San Roman, yacen arrasadas cuatro poderosas torres, y Constantino tiene que acudir á despojar las iglesias con el compromiso del cuatro tantos para ir pagando la tropa desmandada y endeble, con cuyo sacrilejio da nuevo campo á los insultos de todo enemigo de la union. La tea de la discordia menoscaba los restos de las fuerzas Cristianas; los auxiliares Jenoveses y Venecianos se pelean por la preeminencia en sus servicios respectivos, y luego Justiniano y el duque, cuya ambicion sigue desaforada en medio de tan sumo peligro, se estan tildando mutuamente de traicion y cobardía.

Habian ya sonado, durante el sitio, tal cual vez las voces de paz y capitulacion, y aun se cruzaron entre el campamento y la ciudad algunos mensajes (52). El emperador Griego tiene que amainar con la adversidad, y se aviniera desde luego á términos compatibles con su decoro y el de la relijion. Ansioso está el Turco de derramar la sangre, y anhela todavía mas el afianzar para su propio los tesoros bizantinos, y cumplia con una obligacion sagrada en brindar á los *Gabures* con la eleccion de tributo, circuncision ó muerte. Colmada podia quedar la codicia de Mahometo con la suma anual de cien mil ducados; pero su ambicion se aferra en la capital de Oriente; ofrece un equivalente grandioso al príncipe, y tolerancia, ó despido sin quebranto; pero tras largos vaivenes se clava en la resolucion de hallar trono ú sepultura ante los muros de Constantinopla. Acendrado pundonor, y la zozobra de vituperio universal, atajan á Paleólogo el oprobio de entregar la ciudad á las garras del Otomano, y se empeña en arrostrar los estremos postreros de la guerra. Emplea el sultan varios dias en los preparativos del asalto, y se alarga el plazo para cumplir con los anuncios de su predilecta astrolojía, que fija en el 29 de mayo el dia infausto ú venturoso del empeño. Por la noche del 27 espide sus órdenes terminantes; junta á los jefes militares y reparte sus soldados por el campamento para pregonar la obligacion y los motivos de tan arriesgada empresa. El temor es el gran móvil de todo gobierno despótico, y sus amagos se expresan en el estilo oriental, y son que todo fujitivo ó desertor, aun cuando tenga las alas de un ave (53), no ha de sortear su justicia inexorable. De padres Cristianos nacieron los mas de sus bajáes jenízaros, pero tienen ya encarnados los timbres del nombre Turco, y en medio de la renovacion perpetua de individuos, la adopcion los va empapando en los arranques de la legion, rejimiento y compañía, que reinan mas y mas con el remedo y la disciplina. Se exhorta en aquel empeño sagrado á todo Mahometano, para que su alma con la plegaria y

sus cuerpos con siete lavatorios, y que se abstenga del mas mínimo alimento hasta el fin del dia siguiente. Se reparten á tropel los derechos ó cánones por las tiendas, para infundir á todos el afan del martirio y la confianza de mocedad irracional por las vegas y verjeles del paraíso, en los brazos de vírjenes ojinegras. Mahometo se ciñe á galardones temporales y patentes; paga doble á las tropas victoriosas: « Mios son » dice « ciudad y edificios, pero allá va para vosotros, valientes, cautivos y despojos, los tesoros de metales y hermosuras; sed ricos y sed felices, varias son las provincias de mi imperio, el guerrero denodado que allá trepe ante todos al muro de Constantinopla, gobernará la mas rica y populosa, y mi agradecimiento le agolpará blasones y caudales, muy superiores á los sueños de su esperanza, » Arde la tropa Turca en jeneral entusiasmo, menospreciando la vida y ansiando la refriega. Todo es alarido y gritería. « Dios es Dios; no hay mas que un Dios, y Mahoma es el apóstol de Dios » (54); y mar y tierra, desde Gálata hasta las siete torres centellean con el resplandor de los fuegos nocturnos (*m*).

Diversísima es la situacion de los Cristianos, quienes á voces y con quejidos amargos estan llorando las culpas y el castigo de sus pecados. Sale en solemne procesion la imájen celestial de la Vírjen, mas aquella divina Patrona ensordece á sus plegarias; claman contra el emperador por su tenacidad en rehusar una rendicion oportuna, anticipando su horrorosa suerte, y suspiran ya todos por el sosiego de la servidumbre Turca. Convoca á palacio la primera nobleza y á los aliados mas valientes, para disponerles en la noche del 28 para su desempeño en el peligro sumo del asalto jeneral. La última arenga de Paleólogo es el sermon de exequias del imperio Romano (55). Promete, insta, y en vano se esmera en infundir la esperanza que murió en su propio pecho. Todo asoma lóbrego y sin consuelo, y ni el Evanjelio ni la iglesia proponen galardon alguno esclarecido á los prohombres que espiran por su patria; pero el ejemplo de su príncipe y el encierro de un sitio ha escudado aquellos guerreros con el valor de la desesperacion, y la escena trájica descuella con los afectuosos arranques de Franza, que estuvo presenciando aquella reunion tristísima. Lloran, se abrazan, comprometen sus vidas prescindiendo de haberes y familias, y cada caudillo, acudiendo á su puesto, conserva toda la noche una vela ansiosa sobre la muralla. Entra el emperador con algunos leales en la gran basílica de santa Sofía, que en breves horas ha de parar en mezquita, y recibe compunjidamente con ayes, lágrimas y plegarias el sacramento de la sagrada comunion. Descansa un rato en palacio, que está resonando con alaridos y lamentos; anda pidiendo perdon á cuantos puede haber agraviado (56), y monta á caballo para ir visitando los puntos y observar los movimientos del enemigo. El conflicto y vuelco del postrer Constantino cam-

pea con mayor timbre que la prosperidad dilatada de los Césares Bizantinos (*n*).

En la ceguedad de lobreguez profunda puede un asalto lograr el intento; pero en aquel grandísimo y jeneral avance, el tino militar y la cavilacion astronómica de Mahometo le aconsejan que espere hasta el amanecer de aquel memorable 29 de mayo del año 1453 de la era Cristiana. Sumo es el afan de la noche; tropas, artillería y fajinas se abocan sobre la orilla del foso, que por varios puntos está ya ofreciendo tránsito obvio y suave para la brecha; y las ochenta galeras estan ya como tocando con sus proas y sus escalas las murallas tal vez indefensas de la bahía. Reina el silencio bajo pena de la vida, pero el eco inevitable del movimiento no se sujeta á la disciplina y ni al miedo, ata cada cual su lengua y contiene sus pisadas, pero la marcha y faena de tantos miles no puede menos de causar allá una confusion de vocería descompasada, que suena en el oido de los escuchas de las torres. Amanece, y sin disparar el cañonazo de la madrugada, asaltan los Turcos por mar y por tierra el recinto entero, y la semejanza de una cuerda redoblada y retorcida se aplicó á la estension y continuidad de su línea de avance (57). Encabezan la hueste los cuerpos ruines; tropel, que pelea voluntariamente sin mando ni arreglo, de ancianos y niños, de campesinos y vagos, y de cuantos acudieron á ciegas al campamento con la esperanza confusa de presa y martirio. Allá el empuje de la turba los arrebata hasta la muralla misma; los trepadores mas arrojados yacen luego en el foso; y toda flecha, toda bala de los Cristianos, se emplea aventajadamente en la maciza muchedumbre. Pero ya en aquel primer afan desfallecen las fuerzas y escasean los pertrechos; los mismos cadáveres van cuajando el foso, y sostienen las huellas de sus compañeros, y en suma la muerte de toda aquella vanguardia aventurada se les hace mas provechosa que la vida. Asoman las tropas de Anatolia, y Romania á las órdenes de sus bajáes y caudillos respectivos; su avance varia y titubea; pero tras refriega de dos horas se sostienen los Griegos sin quebranto, y entonces suena mas pura la voz del emperador alentando á su soldadesca para coronar con su teson redoblado el rescate de su patria. En aquel trance decisivo descuellan los Jenízaros, fuertes, pujantes é incontrastables, el mismo sultan á caballo con una maza de hierro en la mano, es el observador y juez de su denuedo; le escoltan hasta diez mil de sus tropas palaciegas y reservadas siempre para los momentos mas críticos de toda refriega, y su vista y su voz van disparando la oleada del combate. Se colocan detrás de la línea los ejecutores de la justicia para impeler, conducir ó castigar, y si el peligro arredra por el frente, oprobio y muerte inevitable atajan por la retaguardia á los fujitivos. Todo alarido

de susto y dolor queda ahogado con la música marcial de tambores, clarines y timbales, y la esperiencia tiene comprobado, què la operacion mecánica del sonido, avivando mas y mas el jiro de la sangre y de los espíritus, obra mas ejecutivamente sobre la máquina humana, que la racionalidad del pundonor y de la elocuencia. Atruena la artillería Otomana de la línea, de las galeras y del puente, y campamento y ciudad, Griegos y Turcos quedan envueltos con un nublado de humo, que tan solo puede venir á despejarse con el rescate total, ó el vuelco del imperio Romano. Las lides particulares de tantos héroes históricos ó fabulosos embelesan la fantasía, y cautivan tal vez nuestros afectos, la maestría de evoluciones grandiosas enteran al entendimiento, y van siempre perfeccionando una ciencia perniciosa, pero imprescindible, y en el cuadro siempre igual, odiosísimo de un asalto jeneral, todo se vuelve sangre y horror y confusion, y no me he de empeñar, mediando ya mas de tres siglos y la distancia de centenares de leguas, en ir especificando lancesá obscuras, y en los cuales los individuos mismos son incapaces de conceptuarlos adecuadamente.

Puede atribuirse la pérdida ejecutiva de Constantinopla á la flecha ó bala que atraviesa el puño de Juan Justiniani. La vista de su sangre y el dolor agudísimo, quebrantan el teson del caudillo, cuyas armas y disposiciones constituyen el resguardo mas poderoso de la ciudad. Retírase de un punto en busca de facultativo, pero el emperador le sale al encuentro, y prorumpe enconado: « Leve es la herida, el peligro estremado y vuestra presencia imprescindible; ¿y á dónde tratais de retiraros?» Pero él mismo escribe, « contesta ya trémulo el Jenovés. que Dios acaba de abrir á los Turcos » y entonces pasa ejecutivamente por una de las brechas de la muralla interior. Con esta accion cobarde tizna los timbres de su vida militar, y su propio vituperio y el de las jentes acibaran de muerte los pocos dias que sobrevivió en Gálata ó en la isla de Scio (58). La jeneralidad de los auxiliares Latinos sigue aquel ejemplo, y cabalmente amaina la defensa cuando se enardece mas el avance. Son los Otomanos cincuenta, y tal vez ciento tantos como los Cristianos; entrambas murallas yacen reducidas á escombros por la artillería; en un recinto de leguas, puntos ha de haber mas accesibles y poco defendidos, y en arrollando el sitiador un solo tránsito, queda ya perdida la ciudad entera. El primero que se granjea el galardon del sultan es el Jenízaro Hasan, ajigantado y forzudo en estremo. Con la cimitarra en una mano y el escudo en la otra, trepa por la fortificacion esterior; y de los treinta Jenízaros sus competidores, fenecen hasta diez y ocho en el arriesgado intento. Descuellan ya en la cima Hasan y sus doce camaradas; derrumban al jigante; se rehace sobre una rodilla, mas le acosan de todo punto las saetas y las piedras en incesante redoble. Mas aquel encumbramiento de-

muestra que es asequible la empresa; un enjambre de Turcos cuaja al punto las murallas y torres, y los Griegos volcados de su situacion aventajada, yacen hollados por la redoblada muchedumbre. En medio de la inundacion (59), el emperador desempeñando heróicamente el cargo escelso de jeneral y la lid encarnizada de un soldado, estuvo largo rato patente y al fin desaparece. La nobleza que le rodea sostiene hasta su postrer aliento los esclarecidos nombres de Paleólogo y Cantacuzeno; se está oyendo aquella esclamacion trájica: «¿No acudirá algun cristiano á cortarme la cabeza?» (60) y su postrer zozobra fue la de caer vivo en manos de los infieles (61). La desesperacion cuerda de Constantino arroja la púrpura; en el remolino, viene á caer por una mano desconocida y su cuerpo queda sepultado bajo un monte de muertos. Con su desaparicion, ya no hay asomo de órden ni de resistencia; huyen los Griegos al interior de la ciudad, y muchos fenecen ahogados junto á la puerta de San Roman por las estrecheces de sus callejuelas. Rompen desaforadamente los Turcos victoriosos, y desembocan por las brechas de la muralla interior, y al internarse por las calles, tropiezan luego con sus hermanos, que arrollan tambien al enemigo por la puerta de Tenar, hasta la parte de la bahía (62). Degüellan en el primer ímpetu mas de dos mil Griegos; mas luego la codicia sobrepuja á la crueldad, y los vencedores confiesan que se avinieran luego á dar cuartel, si el teson del emperador y de sus tercios selectos no les precisase á la refriega incontrastable de estremo á estremo de la capital. Así pues, tras un sitio de cincuenta y tres dias, Constantinopla, fundadora del poderío de Cosroes y del Chagan y de los califas, quedó irreparablemente sojuzgada por las armas de Mahometo II. Tan solo volcaron su imperio los Latinos, pero sus conquistadores musulmanes hollaron en el polvo su relijion (63).

La oleada de la desventura corre ó vuela desaforadamente, por los ámbitos inmensos de Constantinopla, y va disipando todavía, por los barrios mas remotos la ignorancia de boca de su esterminio (64). Pero con el pavor jeneral; con el afan de los arranques amistosos y sociales, en medio del estruendo y los vaivenes del asalto, el desvelo seria jeneral por todos sus estremos, y no me cabe creer que los Jenízaros viniesen á dispertar de su profundo y apacible sueño (*o*). Cerciorados todos del fracaso jeneral, quedan al pronto vacíos albergues y conventos, y el vecindario trémulo se arremolina por las calles, como grey de vivientes apocados, como el desvalimiento con su mútuo arrimo alcanza á construir algun resguardo, ó con la esperanza aérea de que en medio del jentío, cada individuo pudiera quedar allá invisible y en salvo. Agólpanse todos disparados en el templo de Santa Sofía; rebosan en menos de una hora, santuario, coro, presbiterio, y galerías altas y bajas, de infinitos padres, maridos, madres, niños, clérigos, monjes y monjas; se atrancan las

puertas por el interior, y acuden al amparo del cimborio sagrado, aborrecido poco antes como edificio profano y envilecido. Estriba su confianza en la profecía de un entusiasta ó impostor; á saber, que llegaria el caso de entrar los Turcos en Constantinopla, y azotar los Romanos hasta la columna de Constantino en la plaza de Santa Sofía; pero que seria aquel cabalmente el término de sus quebrantos; que se apearia un ángel del cielo, con espada en mano, y con aquella arma celeste entregaria el imperio á un pobrecillo sentado al pié de la columna. « Toma esa espada, » le dirá « y trata de vengar al pueblo del Señor. » Al eco de aquellas palabras incitadoras, huirán precipitadamente los Turcos, y los Romanos victoriosos los ahuyentarán desde el Occidente y de toda la Anatòlia, hasta el confin de Persia. Con este motivo, Ducas con algun despejo y con suma verdad, vitupera la tenacidad y las discordias de los Griegos. « Aun cuando apareciera el ángel, » prorumpe el historiador, « ofreciendo esterminar nuestros enemigos, si quisierais aveniros á la union de la Iglesia, desecharais en aquel trance decisivo, vuestro salvamento y engañarais á vuestro Dios (65). »

Al estar esperando la bajada de aquel ángel tardío, redoblados hachazos destrozan y franquean las puertas, y no mediando resistencia, sus manos desembarazadas se emplean en ir entresacando y afianzando los prisioneros. Mocedad, hermosura y visos de riqueza cautivan sus inclinaciones, y el derecho de propiedad se divide entre ellos con la anterioridad de preso, fuerza personal ó autoridad de mando. En una hora, amarran á los varones con cuerdas, y á las hembras con sus velos ó ceñidores. Encadenan á los senadores con sus propios esclavos; prelados con porteros de la misma iglesia, y meros plebeyos con damas principales, cuyos rostros habian sido invisibles para el sol y para su propia parentela. Quedan las jerarquías arrasadas por el cautiverio; y quedan tambien cortados todos los vínculos de la naturaleza, sin que el soldado empedernido haga el menor aprecio del gemido del padre, el llanto de la madre, ni los lamentos del niño. Las mas estremadas en sus alaridos son las monjas, arrebatadas del altar con sus pechos descubiertos, las manos desencajadas y desgreñada su cabellera, cumpliéndonos suponer que poquísimas antepondrian los desvelos del harem á las canturias del monasterio. Desventurado vecindario, grey postrada, que va pasando á cientos y á miles por las calles en redobladas sartas, y amagos y golpes les avivan el paso, pues el afan de los vencedores se cifra principalmente en el cebo de mas y mas presas. Igual desenfreno está reinando en todas las iglesias y monasterios, en todos los palacios y viviendas de la capital, y ni lugar sagrado ni recóndito alcanza á escudar las personas ó los haberes de los moradores. Mas de sesenta mil de aquel trémulo jentío van á parar al campamento y á la escuadra, trocados ó vendidos, segun el antojo de

sus dueños, y desparramados en lejana servidumbre, por las provincias del imperio Otomano; y entre aquel inmenso rebaño, vamos á entresacar algunos individuos descollantes. Cabe al historiador Franza, primer camarero y secretario íntimo, la misma suerte, con toda su familia. Yace esclavo por cuatro meses, padeciendo tropelías sin cuento, recobra su libertad; luego al invierno asoma por Andrinópolis, y logra rescatar á su mujer de manos del *mir bushi*, ó caballería mayor; pero sus dos hijos, en la flor de su mocedad y su hermosura, se entresacan para el uso del mismo Mahometo. Fallece la niña de Franza en el serrallo, tal vez todavía doncella; su hijo de quince años, antepone la muerte á su afrenta, y el rejio amante lo traspasa por su propia mano á puñaladas (66). Hecho tan atroz repugna á la humanidad, sin admitir en desagravio el rasgo verdaderamente garboso de rescatar á una matrona Griega con sus dos hijos, por una oda latina de Filelfo, casado en aquella familia esclarecida (67). El engreimiento inhumano de Mahometo se regalara en extremo con la posesion de un legado Bomano; pero la maña del cardenal Isidoro burla toda pesquisa, y se salva de Gálata en traje plebeyo (68). Los bajeles italianos de guerra y mercancía estan todavía ocupando la cadena y entrada de la bahía esterior. Descuellan con su valor durante el sitio, y aprovechan el trance de su salvamento, mientras la marinería Turca anda dispersa tras el saqueo de toda la ciudad. Al dar la vela, cubre el jentío suplicante y lloroso, con mil alaridos, la playa entera; mas no es dable tan inmenso trasporte, y Venecianos y Jenoveses tienen que ceñirse á sus propios paisanos; pues en medio de las promesas grandiosas del sultan, el vecindario de Gálata desampara sus albergues, embarcando sus alhajas y sus ropas.

En la toma y saqueo de las ciudades populosas, el historiador está sentenciado á la repeticion del pormenor idéntico de un fracaso invariable, pues el mismo desenfreno ha de acarrear los propios estragos, y en reinando aquel enfurecimiento, pequeñísima es por cierto la diferencia entre naciones cultas ó montaraces. En medio de los clamores confusos del odio y el fanatismo, no se tilda á los Turcos de escesivo derramamiento de sangre cristiana; pero segun sus máximas (las mismas de toda la antigüedad, todo vencido se desprendió de la vida, y el galardon legal del vencedor estriba en la posesion, la venta, ó el rescate, de sus cautivos de ambos sexos (69). Otorga el sultan las riquezas de Constantinopla á su tropa victoriosa, y el apresamiento de una hora prepondera al afan de largos años. No hay reparto arreglado, y la cuota de los despojos no se proporciona con los respectivos merecimientos, y los sirvientes del campamento son los apresadores del premio de los valientes, sin alternar en la fatiga y el peligro de la refriega. El pormenor de sus hurtos carece de amenidad y de instruccion, y el total del conjunto en el postrer de-

samparo del imperio ha venido á regularse en cuatro millones de ducados (70); y aun de esta suma, cierta porcion correspondia á Venecianos, Jenoveses, Florentinos y comerciantes de Ancona. Aquellos advenedizos iban redoblando sus fondos con el vaiven del giro; pero los haberes del vecindario Griego se presentaban ostentosamente en sus palacios, en sus alhajas y en sus tesoros recónditos, ya de ricos metales en barra, ó bien guardados en moneda antigua y corriente, temerosos todos de tener que aprontarlos para la defensa de su patria. El mismo cimborio de santa Sofía (tras tanta queja de profanacion de iglesias y monasterios) aquel cielo terrenal, segundo firmamento, alcázar de querubines, y solio de la gloria del mismo Dios, (71) queda despojado de las ofrendas de siglos, y oro, plata, perlas y joyas, con los vasos y ornamentos sacerdotales, se destroza todo malvadamente para el servicio del público. Se desnuda á las imájenes divinas de cuanto se hace apreciable para los ojos profanos, arden tela ó madera, se pisan ó se trasladan á las caballerizas ó á las cocinas, para los servicios mas ínfimos. Pero aquel ejemplar sacrílego es un remedo de cuanto hicieron allá los conquistadores Latinos de Jerusalen y de Constantinopla; y aquellas tropelías cometidas con Cristo, con la Vírgen y con los Santos por los criminales filósofos, se repiten ahora por los Musulmanes con los monumentos de la idolatría. Tal vez algun filósofo, desentendiéndose del clamoreo jeneral, advertirá, que en la ya suma decadencia de las artes, no servian los artefactos, mas apreciables que su mismo trabajo, y que la maña sacerdotal y la creencia popular aprontarian un nuevo surtido de visiones y de milagros. Con mas veras llorará el malogro de las librerías Bizantinas, asoladas ó dispersas en el trastorno jeneral; ciento y veinte mil manuscritos vinieron á desaparecer (72), vendiéndose á diez volúmenes por ducado, y el mismo precio afrentoso, quizás muy alto para un estante de teolojía, comprendia las obras de Aristóteles y de Homero, esto es, los partos mas esclarecidos de la ciencia y de la literatura Griega. Pero el ánimo se desahoga un tanto, recordando que gran parte de nuestro tesoro ilustre é imponderable vino á salvarse en Italia, y luego los artistas de un pueblo de Alemania inventaron una máquina que burla los embates del tiempo y de la barbarie.

Desde la madrugada del memorable veinte y nueve de mayo, todo es robo y desenfreno en Constantinopla, hasta por la tarde en que el mismo sultan (73) fue pasando triunfalmente desde la puerta de san Roman. Acompáñanle visires, bajáes, guardias, cada cual (dice el historiador bizantino) brioso como Hércules, certero como Apolo, é igual en la refriega á diez de la ralea vulgar de los mortales. Va mirando el vencedor (74) con asombro y satisfaccion la perspectiva extraña y esplendorosa de templos y palacios, tan sumamente ajenos del estilo oriental en arquitectura. En el hipódromo ú *atmeidan* le embarga la vista aquella columna

con las tres serpientes enroscadas, y en prueba de su pujanza destroza con su maza de hierro la quijada inferior de uno de los tres monstruos (75), que para el concepto de los Turcos, eran los ídolos ó ensalmos de la ciudad (*p*). Se apea á la puerta principal de Santa Sofía, y se adelanta por la nave principal, y tan sumo es el esmero con que mira por aquel grandioso monumento de su gloria que advierte como un Musulman desaforado está destrozando el pavimento de mármol, y le amaga con su cimitarra que habiendo otorgado á la soldadesca los despojos y los cautivos, los edificios públicos y particulares quedaban reservados para el príncipe. Manda al punto, que la metrópoli de la iglesia Oriental quede trocada en mezquita; se despoja de los instrumentos riquísimos y portátiles de la superstición; se estrellan las torres y paredes cuajadas todas de imájenes y mosaicos, quedan tersas y purificadas, reduciéndolas á su mera y primitiva sencillez. Ya en el mismo dia, ó en el viernes próximo, el *muezin* ó pregonero trepa á la torre mas empinada, y vocea el *ezan* ó brindis público, en nombre de Dios y del Profeta; el iman se pone á predicar, y Mahometo II desempeña el *namas* de la plegaria y del hacimiento de gracias en el retablo mayor, donde lo acababan de celebrar los mismos Cristianos, ante el postrero de los Césares (76). De Santa Sofía se encamina á la mansion augusta, pero ya desolada, de un centenar de sucesores del gran Constantino, y que en poquísimas horas quedó despojada de todo su boato imperial. Le asalta una reflexion tristísima sobre los vaivenes de la grandeza humana, y repetia un dístico elegante de la poesía persa: «Tejiendo ha estado la araña su tela en el alcázar suntuoso, y la lechuza aulló su ronquido sobre las torres de Afrasiab.» (77)

Mas no se da su afan por satisfecho, ni conceptua colmada su victoria, mientras ignore el paradero de Constantino; si huyó, feneció ó cayó prisionero. Claman los Jenízaros por el galardon de su muerte; descubren por fin su cadáver, hacinado con otros; por el distintivo de las águilas bordadas de su calzado, reconocen los Griegos con pesadumbre mortal la cabeza, pero Mahometo, despues de tenerla vilmente colgada, otorga al difunto, ostentando su sangriento triunfo, unas exequias decorosas (78). Entonces, Lucas Notaras, gran duque (79) y primer ministro del imperio, es ya el prisionero de mayor suposicion. Al rendir su persona y tesoros á las plantas del vencedor, le contesta airado con ceño el sultan: ¿Cómo no se han empleado esos tesoros en defensa del príncipe y de la patria? — Eran vuestros, replica el esclavo, y Dios los reservó para esas manos. — Si los teniais reservados, para mí, le replica, ¿cómo habeis osado retenerlos tanto tiempo, con resistencia infausta é infructuosa? Alega el gran duque la tenacidad de los advenedizos y algun estímulo reservado del visir primero; y al foro, tras aquella conferencia pavorosa, Mahometo lo despide afianzándole indulto y amparo. Se allana

tambien Mahometo á visitar su esposa, princesa venerable, traspasada de quebranto y enfermiza, esmerándose en consolarla con temple halagüeño y espresivo, con todo el ademan de la sencilla humanidad y de sumo y filial acatamiento. Abarca el mismo rasgo de clemencia á todos los magnates, rescatando á varios con su propio caudal, y por algunos dias se está manifestando como padre y amigo del pueblo vencido. Mas luego se trueca el teatro, y está regando el hipódromo con la sangre de los principales cautivos. Abominan los Cristianos de su crueldad alevosa, y engalanan con matices brillantísimos el martirio del gran duque y sus dos hijos, atribuyendo su muerte á la negativa caballerosa de entregar sus niños á la lujuria del soez tirano. Mas, allá un historiador Bizantino (*q*) apunta descuidadamente la especie de conspiracion, rescate y auxilios Italianos; la traicion era de suyo esclarecida; pero todo rebelde que se aventura gallardamente, por el mismo hecho vende su vida, y no cabe vituperar á un vencedor en punto á esterminar al enemigo que desmereció su confianza. El sultan victorioso regresa el diez y ocho de junio á Andrinópolis, y se sonrie al recibir embajadas, á cual mas pomposa y rendida, de los príncipes cristianos, que estan ya viendo su propio esterminio, tras el derrumbo del imperio oriental.

Yace Constantinopla muda y asolada, sin príncipe y sin vecindario; mas no cabe apearla de aquella situacion incomparable que la ensalza para ser la metrópoli de un imperio poderoso; y el númen de su propio solar ha de triunfar en todo tiempo de los embates de los siglos y de la suerte. Burza y Andrinópolis, antiguos solios de los Otomanos, se desdoran con su postracion en clase de meras capitales de provincia; y Mahometo II y sucesores plantean y realzan el suelo preferente y de suyo imperioso escojido allá por Constantino (80). Quedan arrasadas cuerdamente las fortificaciones de Gálata, que pudieran servir de resguardo á los Latinos; pero el estrago de la artillería Turca se repara muy pronto; y antes del mes de agosto, ya se habia acopiado la cal necesaria para el restablecimiento de las murallas. Dispone ya el vencedor de edificios y solares, usando de su albedrío; repara ante todo un espacio de cerca de media legua, desde el extremo del triángulo para el restablecimiento de su alcázar ó serrallo. Allí es donde el *Gran Señor* (como lo apellidaron enfática y vilmente los Italianos) empapado en sensualidad irracional, está como señoreando la Europa y el Asia; pero ni su persona, ni sus playas están siempre á salvo de los embates de armada enemiga. La escelsa catedral de Santa Sofía, constituida ya mezquita, se granjea pingües rentas, se corona de empinados minaretes, y se ameniza con alamedas y fuentes en derredor, para la devocion y recreo de los Musulmanes. Siguen aquel dechado en todos los *jamis* ó mezquitas rejias, construyendo la primera el mismo Mahometo, sobre los escombros de la iglesia de los

santos Apóstoles, y el panteon de los emperadores Griegos. Al tercer dia de la conquista, el sepulcro de Aba Ayub, solo se aparece en una vision, despues de haber fenecido en el primer sitío por los Arabes, y ante la tumba de aquel mártir se ciñe siempre el sultan la espada del imperio (81). Ya Constantino I no corresponde á un historiador Romano, ni me pararé á ir delineando los edificios civiles y relijiosos que se profanaron, ó erijieron por el dominio Turco; se renueva luego el vecindario, y á fines de diciembre, ya cinco mil familias de Anatolia y Romania habian obedecido al mandato imperial, y bajo pena de muerte, tuvieron que avecindarse en la capital. Súbditos Mahometanos están ya resguardando con su muchedumbre y su lealtad al solio de Mahometo; pero su política atinada va recojiendo los restos de las familias Griegas, que acuden á tropel bajo el salvo conducto de vidas, libertad y ejercicio cabal de su relijion. El ceremonial de la corte Bizantina previene las mismas formalidades antiguas para la eleccion é investidura del patriarca. Se horrorizan y se complacen alternativamente; están viendo al sultan entronizado, que devuelve á manos de Jenadio el báculo pastoral, símbolo de aquel escelso cargo eclesiástico; conducen al patriarca á la puerta del serrallo, le entregan un caballo arrogante, riquísimamente enjaezado, y encarga á los visires y bajáes qué lo acompañen al palacio de su nueva residencia (82). Se dividen los templos de Constantinopla entre las dos relijiones; se deslindan sus distritos; y hasta que la quebrantó Selim, nieto de Mahometo, los Griegos (83) estuvieron por mas de sesenta años disfrutando aquella particion equitativa. Al arrimo de los individuos del Divan, que deseaban sortear el fanatismo del sultan, cuantos abogan por los Cristianos intentan alegar que la division fue un acto, no de jenerosidad, sino de justicia; no un otorgamiento sino un contrato, y si la mitad de la poblacion se habia tomado por asalto, la otra mitad se habia rendido al resguardo de una capitulacion sagrada. En realidad el acta de la concesion habia desaparecido en el fuego, pero los Jenízaros ancianos testimonian el convenio, y su juramento venal es de mas peso para el concepto de Cantemir que el recuerdo positivo y unánime de la historia de aquel tiempo (84).

Quedaria allá para el despotismo Turco, los escasos trozos del reino Griego en Asia y en Europa, pero el remate ó finiquito de las dos primeras dinastías (85) que reinaron en Constantinopla terminaron la Decadencia y Ruina del Imperio Romano en el Oriente (86). Los déspotas de Morea, Demetrio y Tomás, hermanos ya únicos del último *Paleólogo*, quedaron atónitos con la muerte del emperador Constantino y el esterminio de la monarquía. Desahuciados de todo resguardo, tratan al par de la nobleza, que se auna con ellos, de albergarse por Italia, fuera del alcance de la saña Turca; pero el sultan visionero desvanece sus so-

zobras, contentándose con un tributo de doce mil ducados; y mientras su ambicion va mas y mas escudriñando islas y continente, para abalanzarse á su presa, se desentiende allá de la Morea, por todo un desahogo de siete años. Pero en aquella misma temporada de tregua, menudean tropelías, desavenencias y desamparo. El *hexamilion,* el valladar del Ismo, tantas veces erijido y volcado, no era defendible por largo tiempo con trescientos flecheros Italianos; empuñan los Turcos las llaves de Corinto; regresan siempre de sus correrías cargados de presas y acompañados de cautivos, y todo lamento de los Griegos atropellados se oye allá con indiferencia ó menosprecio. Los Albanos, ranchería vagarosa de salteadores y ganaderos, plagan aquella península con sus robos y matanzas; imploran ambos déspotas el auxilio bochornoso y espuestísimo del bajá confinante, y tan pronto como apacigua la rebelion, los alecciona para su conducta venidera. Ni vínculos de sangre, ni juramentos repetidos á millares con la comunion y ante los altares, ni la potestad mas apremiante de la necesidad, alcanzan á zanjar, ni aun á suspender sus discordias caseras. Entrega mas y mas á fuego y sangre sus respectivos patrimonios; limosnas y socorros del occidente allá se desperdicia todo en mutuas hostilidades, ejercitando únicamente sus potestades en ejecuciones bárbaras y arbitrarias. El conflicto y la venganza del competidor desvalido lo hacen acudir al árbitro supremo, quien hecho cargo de la madurez de sus intentos, se declara Mahometo amigo y amparador de Demetrio, y marcha á Morea con fuerzas irresistibles; toma posesion de Esparta, y prorumpe: « Suma es tu flaqueza para enfrenar provincia tan díscola; esposa mia será vuestra hija, y pasaréis el resto de vuestra vida con decoroso desahogo. » Suspira Demetrio y se conforma; entrega hija y castillos, sigue hasta Andrinópolis á su soberano y su yerno, donde recibe para su mantenimiento y el de sus secuaces, una ciudad en Tracia y las islas adyacentes de Lemnos, Imbros y Samotracia. Se le incorpora el año siguiente, un compañero de desventura, el postrero de la alcurnia *Comnena*, quien tras la toma de Constantinopla por los Latinos, habia fundado un imperio nuevo, sobre la costa del Mar Negro (87). Mahometo, al ir sojuzgando la Anatolia, se empeña en cercar con ejército y armada la capital de David, quien se titula con arrogancia emperador de Trebisonda (88); y la negociacion se cifra en una pregunta breve y terminante: « ¿Os acomoda afianzar vida y tesoros, cediendo el reino; ó mas bien os empeñais en malograr vida, tesoros y reino? » Ríndese el apocado Comneno á su pavor, y al ejemplo de un vecino musulman el príncipe de Sínope (89), quien á una intimacion idéntica le habia entregado una ciudad fortificada, con cuatrocientos cañones y diez ó doce mil soldados. Cúmplese cabalmente la capitulacion de Trebisonda, y trasládase el emperador con su familia á un castillo en Ro-

manía; mas por una leve sospecha de corresponderse con el rey de Persia, David, con toda la alcurnia Comnena, fenece sacrificado al encono ú la codicia del vencedor. Ni tampoco alcanza el entronque de suegro á escudar al desventurado Demetrio contra el destierro y la confiscacion; pero el sultan se conduele con menosprecio de su rendida sumision, traslada sus secuaces á Constantinopla, y acude á su desamparo con una pension de cincuenta mil ásperos, hasta que el hábito monacal y una muerte tardía descargan á Paleólogo de aquel dueño terrestre. No cabe deslindar si la servidumbre de aquel desventurado, ú el destierro de su hermano Tomás aparecen mas desairados (90). Huye el déspota de la desdicha de Morea, se salva en Corfú, y luego en Italia, con algunos acompañantes desnudos y hambrientos; su nombre, sus padecimientos y la cabeza de san Andrés apóstol le proporcionan el amparo del Vaticano, y su desventura se va dilatando con una pension de seis mil ducados por el papa y los cardenales. Sus dos hijos, Andrés y Manuel, se educan en Italia, mas el primero despreciable para sus contrarios y gravoso para sus amigos, vino á desdorarse con la ruindad de su conducta y de su desposorio, teniendo un título por única herencia y lo vendió á los reyes de Francia y Aragon (91). Cárlos VIII, en su prosperidad volandera, anheló juntar el imperio de Oriente con el reino de Nápoles, y en una funcion ostentosa, tremoló el dictado y la púrpura de *Augusto;* se regocijan los Griegos y tiembla el Otomano á la llegada de la caballería francesa (92). Manuel Paleólogo, hijo segundo, tiene el antojo de asomar por su patria; su regreso podia complacer sin asustar á la Puerta; se le mantiene en Constantinopla con desahogo y señorío, y al morir le acompaña una comitiva grandiosa de Cristianos y Mahometanos á la sepultura. Si hay vivientes de suyo jenerosos que se niegan á propagar en estado de servidumbre, el postrer hijuelo de la alcurnia imperial fue de inferior temple, pues aceptó de la liberalidad del sultan dos lindas mancebas, y su hijo al sobrevivirle se confunde allá en la muchedumbre, con el traje y la relijion de un esclavo Turco.

Suena mas y mas y se abulta sin término la trascendencia de la gran Constantinopla en su derrumbo, y el pontificado de Nicolás V, por lo demás próspero y pacífico, queda tiznado para siempre con aquel quebranto. Se desploma el imperio Oriental, y el pesar y el pavor de los Latinos, se renuevan y van al parecer á renovar tambien el antiguo entusiasmo de las cruzadas. Celebra Felipe, duque de Borgoña, en uno de los países mas remotos de Occidente, en Lisla de Flandes, una reunion de la nobleza, y el boato pomposo de las funciones corresponde colmadamente á sus fantásticos arranques (93). Entra en medio del banquete un sarraceno ajigantado en el salon, conduciendo un elefante artificial con un gran castillo en el lomo, una matrona enlutada, simbolizando la Re-

lijion, sale del alcázar, llora su servidumbre y tilda la poltronería de los campeones; el heraldo mayor del toison de oro se adelanta llevando en el puño un faisan vivo, que presenta, segun rito caballeresco, al duque. A intimacion tan peregrina, el duque, príncipe cuerdo y anciano, contesta, comprometiendo su persona y poderío, en guerra sagrada contra los Turcos; barones y caballeros de la concurrencia remedan todos el mismo arranque; se juramentan con Dios, la Vírjen, las damas y el *faisan*, y sus votos particulares son tan disparatados como la sancion jeneral del juramento. Pero la ejecucion se cifra en un trance venidero y advenedizo, y por espacio de doce años, hasta su postrer aliento, el duque de Borgoña, está mas y mas escrupulosa, y tal vez entrañablemente en el disparador de su enardecida marcha. Si afan igual abrasara los demás pechos; si la armonía entre Cristianos correspondiera á su valentía; si de todos los paises, desde Nápoles hasta Suecia (94) acudiera con proporcionada cuota de caballería é infantería, con jente y caudales, se hiciera muy probable el rescate de Constantinopla y el arrojo allá de los Turcos, lejos del Helesponto y del Eufrates. Pero Eneas Silvio (95) secretario del emperador, quien está enviando cartas, se halla en todas las juntas, estadista y orador, retrata en fuerza de su esperiencia, la repugnancia y el destemple de la Cristiandad. « Es, » dice « cuerpo sin cabeza, república sin leyes ni majistrados. Allá centellean el papa y el emperador con dictados campanudos, como unas imájenes brillantísimas; mas no alcanzan á mandar, y luego nadie trata de obedecer. Cada estado tiene allá su príncipe separado, y cada príncipe su interés propio. Al ver cual será la oratoria que desempeñe el sumo intento de hermanar tan diversas y encontradas potestades para alistarlas bajo un pendon idéntico. Ya que se juntan armados, ¿quién los acaudilla? ¿quién los coordina? ¿qué disciplina militar los uniforma? ¿Quién es el proveedor de tan inmensa muchedumbre? ¿Quién es el que posee tantísima variedad de idiomas? y ¿quién templa y entona tal desigualdad de costumbres? ¿Quién será el reconciliador de Francia con Inglaterra, de Jénova con Aragon, y de los Alemanes con los Húngaros y Bohemios? Si el número es corto, los arrollan los infieles, si muy crecido se anonadan con su propia mole y desconcierto. » Pero trepa el mismo Eneas al solio pontificio, con el nombre de Pio II, y se aferra de por vida en el empeño de la guerra Turca. Enciende allá, en el concilio de Mantua, ciertas chispas de entusiasmo; pero al asomar el nuevo papa en Ancona, en ademan de embarcarse personalmente con la tropa, el compromiso vuela con las escusas, se emplaza terminantemente el dia para un plazo indefinido, y toda la hueste viene á reducirse á unos cuantos peregrinos Alemanes, á los cuales tiene que ir despidiendo colmados de induljencias con tal cual limosna. Sus varios sucesores se desentienden allá de lo venidero, y to-

das las potestades de Italia engolfadas en sus planes presentes y ambiciosos, la distancia ó cercania de los objetos les distrae ó compromete segun su mayor ó menor bulto aparente. Si se hicieron cargo con el debido tino y despejo de sus verdaderos intereses, acudieron todos á sostener una guerra principalmente marítima contra el enemigo comun, y al arrimo de Scanderbeg y sus valerosos Albanos; se precaviera la invasion ejecutiva del reino de Nápoles. Con el sitio y saqueo de Otranto por los Turcos, todo es pavor y trastorno, y el papa Sixto está ya tratando de tramontar los Alpes, cuando repentinamente se desvanece la tormenta con el fallecimiento de Mahometo II, á los cincuenta y cuatro años de su edad (96). Ya sus arranques altaneros estaban abarcando la Italia toda, pues dueño ya de la fortaleza poderosa y bahía ancha y segura; el mismo reinado iba tal vez á encumbrarse con los trofeos de la *Nueva* y de la *Antigua* Roma (97).

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimooctavo.

(1) En cuanto á la índole de Mahometo II, no media confianza, ni en Turcos ni en Cristianos. Franza es el que se muestra mas comedido en su retrato (l. I. c. 33.), cuyo encono habia ido amainando con la edad y el retiro; véase igualmente Spondano (A. D. 1451. núm. 11.) y el continuador de Fleury (tom. XXII. p. 552.); los *Elogios* de Paulo Jovin (l. III. p. 164—166.) y el Diccionario de Bayle (tom.. III. p. 272—273.).

(2) Cantemiro (p. 115.) y las mezquitas que fue fundando, atestiguan su afan por la relijion. Solia disputar Mahometo desahogadamente con Jenadio sobre entrambas relijiones (Spondano, A. D. 1453, núm. 22.).

(3) Quinque linguas præter suam noverat: Græcam, Latinam, Chaldaicam, Persicam. El traductor latino de Franza trascordó la Arábiga, que el Alcoran recomienda á todo Mahometano*.

(*) Se halla en el texto orijinal Griego p. 95. edit. Bonn; pero Von Ham-

(4) Filelfo, con una oda latina pidió y alcanzó la libertad de su madre y hermana del conquistador de Constantinopla, habiendo llegado á manos del sultan por los enviados del duque de Milan. Se malició el intento de Filelfo en retirarse á Constantinopla; mas el orador estuvo mas y mas soplando el clarin para la guerra sagrada. Véase su Vida por M Lancelot en las Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. X. p. 718. etc.

(5) Roberto Valturio publicó en Verona sus XII libros de Re Militari, 1483, en los cuales menciona por primera vez el uso de las bombas. Su padrino, Sijismundo Malatesta, príncipe de Rimini se lo remitió á Mahometo II, con una carta Latina.

(6) Segun Franza solia estar estudiando ahincadamente la Vida y hechos de Alejandro, de Augusto, Constantino y Teodosio; y aun he leido en alguna parte que hizo traducir en Turco las Vidas de Plutarco. Si el mismo sultan entendia el Griego, no podia menos de redundar en beneficio de los súbditos; pero aquellas Vidas vienen á ser una escuela de libertad, no menos que de valentía.

(7) El famoso Gentile Bellino, á quien atrajo de Venecia, logró á la despedida, una cadena y un collar, y luego un bolsillo de 3.000 ducados. Por lo demás, me rio con Voltaire del cuento desatinado del esclavo degollado, para que el pintor se hiciese cargo del empuje muscular.

(*a*) Sobra el tema de esta misma patraña compuso Johnson su trajedia de Irene. Véase Von Hammer, quien concuerda con Gibbon en los principales rasgos relativos á Mahometo.

(8) Aquellos beodos imperiales eran Soliman I, Selim II y Amurates IV. Cantemiro, p. 61.). Los sólios de Persia, aprontan una série mas cuantiosa, y en el siglo pasado los viajeros Europeos presenciaron y disfrutaron sus bacanales.

(9) Calapino, uno de los infames, se salvó de las crueldades del hermano, y se bautizó en Roma, bajo el nombre de Calisto Otomano. El emperador Federico III le donó un estado en Austria, donde acabó sus dias, y Cuspiniano, quien de jóven conversó con el anciano príncipe de

mer desecha desdeñosamente el conocimiento de tantos idiomas en Mahometo. Añade Knolles que se recreaba leyendo la historia de Alejandro el Grande y de Julio César. La primera sin duda seria en Persa, cuyo contenido se hace reparable regresase á Europa, y se jeneralizó por la edad media con las novelas Romanas, ó mas bien Alejandrinas. Segun Von Hammer se ignoraba absolutamente el fundador de la dinastía imperial de Roma por todo el oriente. Era Mahometo fomentador eficaz de la literatura Turca, y bajo su amparo se publicaron traducidos ú orijinales los novelones románticos de Persia. (Von Hammer, etc.).

Viena, celebra su relijiosidad y sabiduría (de Cæsaribus, p. 672. etc.).

(*b*) Ahmet, hijo de un príncipe griego, fue para él un constante motivo de zelos (Von Hammer, p. 501.).

(10) Véase el ascenso de Mahometo en Ducas (c. 33.) Franza (l. I. c. 33.) Chalcondyles (l. VIII. p. 199.) y Cantemiro (p. 96.).

(11) Antes de entablar el sitio de Constantinopla, advierto, escepto tal cual especie de Cantemiro y Leunclavio, no he logrado pormenor alguno Turco sobre el particular, y en suma un pormenor cual al que tenemos del sitio de Rodas por Soliman II. (Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. XXVI. p. 723. etc.). Por tanto tengo que ceñirme á Griegos, cuyas preocupaciones hasta cierto punto quedan avasalladas con el conflicto, los testos fundamentales con Ducas (c. 34—42.) Franza, (l. III. c. 7—20.), Chalcondyles (l. VIII. p. 201. etc.) y Leonardo Chiensis (Historia C. P. á Turco expugnatæ. Norimbergæ 1544, en 4.° veinte pliegos.). El último es el primero en fecha, puesto que se compara en la isla de Escio, el 16 de agosto de 1453, á los ochenta dias del fracaso, y en la primera confusion de pensamientos y arrabatos. Tal cual especie asoma en la carta del cardenal Isidoro (in Farragine Rerum Turcicarum, ad calcem Chalcondyl. Clauseri, Basilea 2556) á Nicolas V. papa, y un tratadillo de Teodosio Zygomala, dedicado á Martin Crusio (Turco-Græcia, l. I. p. 174. etc. Basil. 1584.). Spondano va reseñando con criterio sus varios artículos (A. D. 1453.). Me tomo el permiso de arrinconar cuanto es de vida y de los remotos Latinos.

(*c*) Lograron los Jenízaros la primera gratificacion por el asunto al soberano. Por lo demás viene á conformarse con el pormenor y la descripcion en estremo espresiva y amaestrada de nuestro Gibbon. — M.

(12) Hay que enterarse de la situacion de la fortaleza y de la topografía del Bósforo, en Pedro Gillio (de Bósforo Thracio l. II. c. 13.) Leunclavio (Pandec. p. 443.) y Tournefort (Viaje á Levante, tom. II. carta XV. p. 443, etc.), pero siempre echo menos al mapa ó plano que envió Tournefort al ministro de marina. El lector puede acudir á lo dicho anteriormente en esta misma historia.

(13) El modo afrentoso que dan los Turcos á los infieles, viene á ser Καϐουρ como lo espresa Ducas y *Giaor* en Leunclavio y en los modernos. Ducange (Glos Græc.) deriva el primero Καβουρον en griego vulgar tortuga, para denotar el movimiento retrógado de la fe. Pero ¡ah! que Gabour viene á ser el *Gheber*, traspasado de la lengua persa á la turca, de los adoradores del fuego á los del Crucifijo. (D'Herbelot, Bibliot. Orient. p. 375.).

(14) Hace Franza justicia al tino y denuedo de su amo. Calliditatem hominis non ignorans Imperator prior arma movere constituit, y tizna el

desvarío de cum sacri tum profani proceres, que habia estado oyendo, amentes spe vana parci. No era Ducas consejero íntimo.

(15) En vez de esta relacion acorde y despejada, los Anales Turcos (Cantemiro, p. 38.) renuevan la conseja desvariada de la piel de buey, con el ardid allá de Vida para la fundacion de Cartago; pues dichos anales (á menos de estar poseido por preocupaciones anti-cristianas, son mucho menos apreciables que los historiadores Griegos.

(16) No concuerda cabalmente Franza con Chalcondyles, en cuanto á las dimensiones de la fortaleza, el castillo antiguo de Europa, la descripcion se ha ido comprobando en el mismo sitio por Leunclavio.

(17) Habia entre ellos algunos pajes de Mahometo, tan empapados en su violencia inexorable, que suplicaban que los degollasen en la ciudad, á menos de regresar antes del anochecer.

(18) Ducas c. 35, Franza (l. III. c. 3.) quien habia navegado en el buque, celebra el piloto Veneciano como á un mártir.

(19) Auctum est Palæologorum genus, et Imperii sucessor, parvæque Romanorum scintillæ hæres natus, Andreas, etc. (Franza, l. III. c. 7.). Sus arranques le inspiraban espresiones vehementes.

(20) Cantemiro, p. 97. 98. O desconfiaba el sultan de su conquista, ó ignoraba la suma trascendencia de Constantinopla. Suele un pueblo, ó un imperio esterminarse con la suerte de su soberano.

(21) Συντροφος, trasladado por el presidente Cousin por *pére* nourricier; muy esmeradamente en cuanto á la version latina, pero con su priesa desatendió la nota, donde Ismael Boulland (ad Ducam, c. 35.) reconoce y rectifica su yerro.

(22) Antiquísima la costumbre oriental de no presentarse jamás ante un soberano ú superior, sin algun presente, y viene á hermanarse con el con el concepto de un sacrificio, todavía mas antiguo y universal. (Véanse ejemplos de tales dones persas en Eliano. Hist. Var. l. I. c. 31. etc.).

(23) El *Lala* de los Turcos, y el *Tata* de los Griegos se derivan muy naturalmente (Cantemiro y Ducas) del habla de los niños, y se puede notar que todas las voces así primitivas que espresan sus padres vienen á ser una mera repeticion de la misma silaba compuesto de una consonante labial ó dental, y de una vocal muy abierta (des Brosses, Mecanismo de los idiomas, tom. I. p. 231. etc.).

(d) Adviértase, que Gibbon escribió equivocadamente con el texto Dacio por Dracio ἀξ τὸ γένος Chalcondyles. —M.

(24) El talento Attico venia á pesar como sesenta minas ó libras (Véase Hooper sobre los antiguos pesos, medidas, etc.) pero entre los Griegos modernos, esta denominacion clásica se suele aumentar hasta ciento

ú ciento veinte y cinco libras (Ducange , ταλαντον).). Medió Leonardo Chiensis la bala ó pedrusco del *segundo* cañon. Lapidem , qui palmis undecim ex meis ambibat in gyro.

(25) Véase Voltaire (Histoire Generale c. XCI p. 294 etc.). Suspiraba por la monarquía universal y aspira el poeta por lo mas al nombre y al estilo de astrónomo químico etc.

(26) El baron de Tott (tom. III p. 85—89) fortificador de los Dardanelos contra los Rusos, va describiendo con travesura y un tantillo de farsa su propia hazaña y el pavor de los Turcos. Mas aquel viandante aventurero no acierta á granjearse gran confianza.

(27) Non audivit indignum ducens, dice el caballeroso Antonino, mas como luego la corte Romana quedó apesadumbrada y bochornosa, hallamos la espresion mas palaciega de Platina, in animo fuisse pontifici jurare Grœcos y luego la afirmacion terminante de Eneas Silvio, structam classem etc. (Spond. A. D. 1453 múm. 3).

(28) Antonin. in Proem.—Epist. cardinalis Isidori apud Spondanum, y el doctor Johnson en la trajedia de Irene, desempeñó atinadamente esta particularidad característica.

Jimen los Griegos escavando cuevas,
Oro hacinado allá por largos siglos;
Llora el príncipe ansioso al entregarlo
Pues atrajo naciones en su busca.

(e) Véanse las predicciones Cristianas y Turcas sobre el derrumbo de Constantinopla.

(29) Las tropas palatinas se apellidan *Capiculas*, las provinciales *Seratculas*, y los mas de los nombres y respectiva planta de la milicia turca, todo es anterior al *Canon Nameh* de Soliman II, del cual y de su propia esperiencia, ha compuesto el conde Marsigli su estado del imperio Otomano.

(30) Aprueba Cuspiniano las observaciones de Filelfo en el año 1508 (de Cæesaribus in epílogo de Militia Turcica, p. 697). Prueba Marsigli que las tropas turcas son mucho menores de lo que aparentan. En la hueste sitiadora de Constantinopla Leonardo Chiense no cuenta mas de 15.000 Jenízaros.

(31) Ego, idem (Imp) tabellas exhibui, non absque dolore et mœstitiâ mansitque apud nos duos aliis ocultus numerus (Franza l. III c. 8). Con algun miramiento por las preocupaciones nacionales no cabe apetecer un testigo mas auténtico no solo en cuanto á los hechos públicos, sino tambien de los consejos privados.

(32) En Spondano el pormenor de la Union es además de parcial muy escasa. Murió el obispo de Pamiers en 1642, y la historia de Ducas relativa á estos acontecimientos (c. 36 y 37) con tanto brio y veracidad no se imprimió hasta 1642.

(33) Franza, uno de los Griegos conformistas está confesando que se providenció aquella disposicion solamente, propter spem auxilii, afirmando gustosamente que cuantos se negaban á rezar en Santa Sofía extra culpam et in pacem essent (l. III. c. 20).

(34) Su nombre primitivo y seglar era Jorge Scholario y lo trocó por el de Genadio al hacerse monje ó patriarca. Su defensa en Florencia de la misma union, que luego impugnó tan desaforadamente en Constantinopla inclinó á Leon Alucio (diatriba de Georgiis in Fabric. Bibliot. Græc. tom. X p. 760 etc. ó dividirle en dos sujetos; pero Renaudot (p. 343 etc.) ha restablecido la identidad de la persona y la doblez de su índole.

(35) φακιολίον, καλυπτρα. puede adecuadamente traducirse al capelo. La diferencia de trajes entre Griegos y Latinos agrió mas y mas el cisma.

(36) Hay que reducir las millas griegas á las verstas rusas algo menores de 547 toesas francesas ó de 104 por grado. Las seis millas de Franza serán cuatro inglesas (D'Anville Mesures Itineraires p. 61 etc.)

(37) At indies doctiores nostri facti paravere contra hostes machinamenta, quæ tamen avare dabantur. Pulvis erat nitri modica exigua ; tela modica ; bombardæ, si aderant incommoditate loci primum hostes offendere maceriebus alveisque tectos non poterant. Nam si quœ magnæ erant ne murus concuteretur noster quiescebant. Curioso é importante es el paso de Leonardo Chiense.

(38) Segun Chalcondyles y Franza reventó el cañon enorme, fracaso que segun Ducas se precavió por la habilidad del fundidor ; pero no hablarán de la misma pieza.*

(39) Como á los cien años del sitio de Constantinopla, las escuadras francesa é inglesa se engrieron en hacer 300 descargas en dos horas (Memorias de Martin du Bellay l. X en la coleccion jeneral, tom. XXI p. 239)

(40) He ido entresacando tal cual hecho curioso sin empeñarme en competir con elocuencia sangrienta y pertinaz con el abate Vertot, en sus descripciones anchurosas de los sitios de Rodas, Malta etc. Pero aquel historiador tenia visos de novelista, y como escribia para complacer á

* Hablan el uno del cañou bizantino y el otro del turco Von Hammer nota p. 669.

la Orden, se empapó en el propio temple caballeresco y de entusiasmo.

(41) El primer apunte sobre minas asoma con particularidades sobre la pólvora, en 1480, por un manuscrito de Jorje de Siena (Tiraboschi tom. VI P. I p. 324). Se practicaron por primera vez en Sanzanella, pero el descubrimiento repentino y honorífico de Pedro Navarro, que lo usó con éxito en las guerras de Italia (Hist. de la ligue de Cambray tom. II p. 33 etc.).

(42) Se hace estrañísimo que los Griegos discuerden en el número de esclarecidos bajeles; los *cinco* de Ducas, los *cuatro* de Franza y Leonardo, los *dos* de Chalcondyles se han de estender á los menores ó reducir á los mayores. Voltaire suponiendo uno de los buques de Federico III, equivoca los emperadores de Levante y de Poniente.

(43) Arrostrando *encontrones* con el idioma y la jeografia, el presidente Cruson detiene los bajeles en Escio con el viento sur, y los empuja para Constantinopla con el norte.

(44) Se advierte en Ricaut el menoscabo incesante de la armada turca (estado del imperio Otomano p. 372 etc.) Thevenot (Viajes P. I, p. 123 etc.) y Tott. (Memorias tom. III), yendo siempre el último en busca de asombros y novedades.

(45) Confieso que estoy presenciando el vivísimo cuadro de Tucidides (l. VII. c. 71) de los ímpetus y ademanes de los Atenienses en su combate naval dentro de la bahía de Siracusa.

(46) Segun la exajeracion ó el testo estragado de Ducas (c. 38) la barra de oro era del peso enorme y aun increible de 500 libras. Leyendo Bouillaud 500 dragmas ó seis libras, ya es suficiente para ejercitar el brazo de Mahometo y magullar los lomos del almirante.

(47) Ducas confesándose mal enterado de la negociacion de Hungría, acude á un impulso supersticioso y á la creencia infausta de que Constantinopla habia de ser el término de la conquista Turca. Véase Franza I, I p. 20) y Spondano.

(48) Confirma Cantemiro (p. 96) el testimonio de los cuatro Griegos, los Anales turcos; pero quisiera estrechar las tres leguas á dos (véase Von Hammer) y dilatar el plazo de una noche.

(49) Refiere Franza dos ejemplares de igual trasporte sobre las dos leguas del istmo de Corinto el uno fabuloso y el otro por Augusto tras la batalla de Accio y el otro cierto de Nicetas, jeneral griego en el siglo X Pudiera añadir el arrojado intento de Anibal para internar sus bajeles en la bahía de Tarento (Polibio l. VIII p. 740, ed. de Gronov.)*

* Trae Von Hammer una lista mas larga de tales transportes p. 533. Refiere Dion Cassio clarísimamente la ocurrencia que Gibbon tilda de fabulosa —M.

(50) Un Griego de Candia que habia servido á los Venecianos en igual empresa (Spondano A. D. 1438 etc.) fue probablemente el autor ó ajente de Mahometo.

(f) Seria tal vez algun Jenovés de Gálata.

(51) Estoy aludiendo particularmente á nuestro embarque sobre los lagos del Canadá en los años de 1776 y 1777, tan grandes en su afan y tan infructuosas para sus resultas.

(52) Discuerdan Chalcondyles y Ducas en cuanto á las circunstancias de la negociacion y como no era ni brillante ni provechosa el leal Franza escusa á su príncipe hasta el pensamiento de rendicion.

(53) Las tales alas no son mas que una figura oriental (Chalcondyles l. VIII p. 208) pero en la trajedia de Irene los ímpetus de Mahometo se disparan desaforadamente:

Si el norte viene en sus heladas alas
Y lo arrebata en raudos nubarrones,
Hasta el dorado carro de las Pléyadas,
Mi saña desde allá lo hunde al tormento etc.

Además de la estravagancia de aquel disparo, observo que el ímpetu los vientos, se halla ceñido á la ínfima rejion del aire, luego que el nombre, la etimolojía, y fàbula de las Pléyadas todo es absolutamente griego (Scholiasta de Homero etc.) sin la menor hermandad con la astronomía oriental (Hyde y Ulebeg Tabul. in Synsah etc. Gebelin Histoire du Calendrier p. 75) que era la de Mahometo, y por fin el carruaje dorado no existe ni en la ciencia ni en la ficcion; pero me temo mucho qu el Dr. Johnson ha equivocado las Pléyadas con la Osa mayor ó el Carro, y el zodíaco allá con alguna constelacion septentrional.

Αρκτον θ' ἡν και ἁμαξαν επικλησιν καλεουσι.

(54) Se destempla Franza contra aquellas aclamaciones musulmanas, no por el nombre de Dios, sino por el del Profeta; se enfervoriza Voltaire en demasía y con ridiculez.

(55) Me recelo que el discursista fue aquí el mismo Franza y suena tan colmadamente á sermon de convento, que estoy dudando de que llegase Constantino á pronunciarlo. Le atribuye Leonardo otra arenga, en la eual está mas eomedido con los auxiliares Latinos.

(g) Se intenta realzar el cuadro con los alaridos de letanías que van resonando por la ciudad. Von Hammer, etc.

(56) Tan suma postracion, aborto á veces de la devocion de príncipes

en la agonía, es un complemento de la doctrina evangélica sobre el perdon de los agravíos; y es mas obvio el perdonar 490 veces, que el pedir perdon una sola vez á un inferior.

(57) Además de los 40.000 guardias, enumera Ducas, con las tripulaciones, en el asalto jeneral hásta 250.000 Turcos, entre infantería y caballería.

(ñ) Compárese la curiosísima elejia Armenia sobre el derrumbo de Constantinopla traducida por M. Bore en el Diario Asiático etc. y por M. Brosset en la nueva edicion de Le Beau (tom. XXI. p. 328.). Así termina el autor su poema. « Yo, Abraham, hundido bajo el peso de mis pecados, he venido á rasguear esta elejía con el quebranto mas entrañable, pero habeis visto á Constantinopla allá en sus dias de gloria. »—M.

(58) El justiciero Franza censurando agriamente la retirada de Justiniano se deja llevar de sus própios arranques y aun de los ajenos en jeneral. Ducas, allá por motivos particulares lo trata con mas blandura y miramiento; pero las palabras de Leonardo Chiensis, estan espresando su ira intensa y reciente; gloriæ, salutis, suique oblitus. En todo el compuesto de su política oriental se hicieron sospechosos, y á veces criminales, los Jenoveses.*

(59) Lo mata Ducas con dos golpes de la soldadesca Turca, Chalcondyles lo hiere en un hombro, y lo huella luego en la puerta. El quebranto de Franza, al empeñarle con el enemigo, lo arrebata á la muerte que le recuerda el suceso, pero sin lisonja le podemos aplicar estos rasgos preciosos de Dryden: —

En pos de Sebastian entran el campo, etc.

(60) Spondano (A. D. 1453. etc.) está esperanzado de su salvacion, estan ansiando absolverle del cargo de suicida.

(61) Advierte muy atinadamente Leonardo Chiense, que si conocieran los Turcos al emperador, se esmeraran en salvarle y afianzar un cautivo tan apreciable para el sultan.

(62) Cantemiro, p. 96. Las naves cristianas en la boca de la bahía, tenian resguardada la plaza, y atracado el avance naval.

(63) Supone Chalcondyles desatinadamente, que los Asiáticos estuvieron saqueando á Constantinopla, en venganza del antiguo fracaso de

(*) Trae Mr. Brosset algunos estractos de la relacion Jeorgiana de Constantinopla, en los cuales la herida de Justiniani en el pié izquierdo aparece mas grave. Añade el cronista con ambigüedad caritativa, que su soldadesca se lo llevó consigo á su propia nave. — M.

Troya; y los gramáticos del siglo XV se dan por dichosos en rozar el nombre tosquísimo de Turcos con la voz clásica de *Teucris*.

(64) Cuando Ciro sorprendió á Babilonia durante la algazara de una festividad, era tan grandiosa la ciudad y estaban sus moradores tan descuidados, que medió larguísimo rato antes que los barrios remotos supiesen que se hallaban cautivos. (Herodoto, l. I. c. 191.), y Usher (Anales, p. 78.) quien cita del profeta Jeremías un paso del mismo contenido.

(*o*) Se refiere lo de arriba á una espresion de Ducas, quien para dar mas realce á su descripcion, habla de la « mañana bonancible, cuando el sueño halaga los párpados juveniles, » p. 288. edit de Becker.—M.

(65) Sacamos esta descripcion galana de Ducas (c. 39.), quien fue dos años desques de embajador del príncipe de Lesbos al sultan, (c. 44.). Hasta que Lesbos quedó sojuzgada en 1463 (Franza, l. III. c. 27.) aquella isla no podia menos de abundar en fujitivos de Constantinopla, que se complacian en repetir, y tal vez en engalanar la relacion de su fracaso.

(66) Véase Franza, l. III. c. 20. 21. Terminantes son sus espresiones: Ameras sua manu jugulavit.... volebat enim eo turpiter et nefarie abuti. Me miserum et infelicem. Mas tan solo podia saber de oidas las escenas sangrientas é impuras que se representan en el serrallo.

(67) Véase Tiraboschi (tom. VI. P. I. p. 290.) y Lancelot (Memorias de la Academia de Inscripciones, tom. X. p. 718.). Celebraria entender como podia elogiar al enemigo público, tiznándolo casi de continuo como un tirano tan torpe y sangriento.

(68) Suponen los Comentarios de Pio II, que colocó astutamente el capelo del cardenal en la cabeza cortada de un cadáver cualquiera, y colgado en triunfo, al paso que el mismo legado se compró y rescató, como un cautivo baladí. La gran crónica Bélgica realza aquel escape con aventuras nuevas, que habia cercenado (Spondano, A. D. 1453. etc.) en sus propias cartas, por no desmerecer el galardon de padecer por Cristo.*

(69) Se esplaya Rusbequio complacidamente elojiando los derechos de la guerra y el uso de la esclavitud entre los antiguos y los Turcos (de Legatione Turcica epist. III. p. 181.).

(70) Se especifica la suma en una nota marjinal de Leunclavio (Chalcondiles, l. VIII. p. 211.), pero en la distribucion á Venecia, Jénova, Florencia y Ancona, presumo que se ha omitido algun guarismo, de los

(*) Fué vendido en Gálata por esclavo, segun Von Hammer, p. 560. Véase la carta incorrecta y declamatoria del cardenal Isidoro en el Apéndice á los Viajes de Clarke, vol. II. etc.—M.

50, 20, 20, y 15.000 ducados. Aun cuando se repongan las propiedades estranjeras, apenas llegarán á la cuarta parte.

(71) Véanse las alabanzas y lamentos entusiastas de Franza (l. III. c. 17.).

(72) Véase Ducas (c. 43.) y una carta del 15 de julio, 1453 de Lauro Quirino al papa Nicolao V., (Hody de Græcis, p. 192, de un manuscrito en la librería de Coton.

(73) El calendario Juliano que cuenta los dias y horas desde media noche, era el corriente en Constantinopla; pero Ducas parece que entiende las horas naturales desde el amanecer.

(74) Véanse los Anales Turcos, p. 329. y las Pandectas de Leunclavio, p. 412.

(75) Ya tuve allá motivo, en los primeros tomos, para mencionar aquel resto precioso de antigüedades griegas.*

(76) Debemos á Cantemiro (p. 102.) la relacion Turca de lo transformacion de Santa Sofia. No deja de ser entretenido el cotejo de la sensacion contrapuesta de aquel acontecimiento entre Cristianos y Musulmanes. Franza está muy airado.

(77) El dístico que trae Cantemiro en orijinal se aparta principalmente con su aplicacion; como es el arranque de Escipion remedando la profecía de Homero; y el mismo ímpetu caballeresco arrebató al vencedor de lo presente á lo pasado y á lo venidero.

(78) No alcanzo á creer con Ducas (véase Spondano, A. D. 1453. etc.) que Mahometo fuese enviando por Persia, Arabia y otros pasajes el corazon del emperador, pues debió contentarse con trofeos menos inhumanos.

(79) Era Franza enemigo personal del gran duque, y ni el tiempo, ni la muerte, ni su propio retiro á un monasterio, llegaron á recabar de su encono el menor arranque de conmiseracion ó indulgencia. Ducas se inclina á celebrar y compadecer al mártir; Chalcondyles se muestra neutral, pero le debemos el apunte, ó especie de la conspiracion Griega.

(p) Von Hammer omite aquella particularidad, tratada por el Doctor Clarke en sus Viajes, como ficcion de Thevenot. Chesull sienta que el quebrador del monumento fue uno de la comitiva del embajador Polaco.

(80) En cuanto al restablecimiento de Constantinopla y las fundaciones Turcas, véase Cantemiro (p. 102, etc. Ducas (c. 42.) con Tournefort, Thevenot y demás viajeros modernos. En un cuadro ajigantado de

(*) Von Hammer omite aquella particularidad, tratada por el doctor Clarke en sus viajes, como ficcion de Yhutnot. Cheschull sienta que el quebrador del monumento fue uno de la comitiva del embajador Polaco.

la grandeza, vecindario etc. de Constantinopla y el Imperio Otomano (Compendio de la Historia Otomana, tom. I. p. 164.), hallamos, que en el año de 1536, eran menos los Musulmanes en la capital que los Cristianos, y aun que los Judios.*

(q) Rechaza todo aquello Von Hammer positivamente, y al parecer con sólidas autoridades, p. 553. —M.

(81) El *Turbe*, ó monumento sepulcral de Abou Ayub se halla descrito y estampado en el teatro jeneral del Imperio Otomano (París, 1787, en folio grande) obra quizás de menos provecho que magnificencia (tom. I. p. 215. etc.).

(82) Franza (l. III. c. 17.) refiere la ceremonia, que se abultó tal vez en el susurro de unos en otros, entre Griegos; y luego con los Latinos. Confirma el hecho Manuel Malaxo, quien compuso en griego vulgar la Historia de los Patriarcas, despues de la toma de Constantinopla, inserta en la Turco-Græcia de Crucio (l. V. p. 106, etc); pero el mas denodado lector no se avendrá á creer que Mahometo prohijase la forma Católica. « Sancta Trinitas quæ mihi donavit imperium te in patriarcham novæ Romæ eligit. »

(83) De la Turco-Græcia de Crusio, etc. Spondano, (A. D. 1453, etc.) va deslumbrando la servidumbre y las contiendas intestinas de la iglesia Griega. El patriarca sucesor de Jenadio, se arrojó por desesperacion á un pozo.

(84) Cantemiro (p. 101. etc.) se aferra en el consentimiento unánime de los historiadores Turcos, antiguos y modernos, y alega que no habian de quebrantar la verdad, apocando la gloria nacional; pues siempre se conceptua mas honorífico el tomar una ciudad á viva fuerza que por convenio. Pero, I. dudo de aquella concordancia, puesto que los Anales Turcos de Leunclavio afirman que Constantinopla se tomó *per vim* (p. 329.), sin citar historiador alguno en particular. 2. El mismo argumento favorece á los Griegos contemporáneos, quienes no olvidaran aquel tratado decoroso y saludable. Voltaire, como acostumbra, antepone los Turcos á los Cristianos.

(85) Sobre la jenealojía y vuelco de los Comnenos en Trebisonda, véase Ducange (Fam Bizant p. 195), sobre los últimos Paleólogos el mismo anticuario esmerado (p. 244 etc.)· No se estinguieron los Paleólogos de Monferrato hasta el siglo siguiente; pero habian ya olvidado su oríjen y su parentela.

(86) En la historia indíjena de las contiendas y desventuras de entrambos hermanos, Franza (l. III c. 21 etc.) es sobrado parcial hácia Tomás. Ducas (c. 44, 45) es en estremo escaso y Chalcondyles (l. VIII IX X) demasiado difuso y desconcertado.

(87) Véase la pérdida ó toma de Trebisonda en Chalcondyles (l. IX p. 363 etc.) Ducas (c. 45), Franza (l. III c. 21 etc.) y Cantemir (p. 107).

(88) Aunque Tournefort (tom. III carta XXVII) habla de Trebisonda como mal poblada, Peissonel que es el último y esmerado observador halla hasta 100.000 moradores (Comercio del Mar negro tom. II p. 72, y en cuanto á la provincia p. 53—99); pero dos *Odas* de Jenízaros estan de continuo trastornando su prosperidad y su comercio, habiendo alistado en un solo cuerpo hasta 30.000 Lazis (Memoires de Tott. tom. III p. 16 17).

(89) Ismael Beg, príncipe de Sinope ó Sinople, gozaba (principalmente por las minas de cobre) una renta de 200.000 ducados (Chalcondyle l. IX p. 258 etc.) Peissonel (Comercio del Mar Negro tom. II p. 100) señala al vecindario moderno unos 60.000 individuos. Esta suma parece escesiva; pero en virtud del tráfico de un pueblo se averigua su número y riqueza.

(*r*) Kalo Johanes, anterior á David, el postrer emperador de Trebisonda entabló una liga contra Mahometo, comprendiendo á Hassan sultan de Mesopotamia, los príncipes Cristianos de Rusia y Jeorjia, el emir de Sinope y el sultan de Caramania; pero con su muerte repentina cesó todo aquel aparato de negociaciones. A. D. 1458, Falmerayer p. 257 etc.—M.

(*s*) Segun la relacion Jeorgiana de aquellos acontecimientos (traducida por M. Brosset adiciones á M. Le Beau tom XXI p. 325) el emperador de Trebisonda suplicó rendidamente al sultan, que tomase por esposa una de sus hijas.

(*t*) Ha publicado V. Boissonade en el tomo quinto de su Anecdota Græca (p. 387) una carta en estremo iuteresante de Jorje Amironte protovestiario de Trebisonda á Besarion refiriéndole la rendicion de Trebisonda y el paradero de sus principales babitantes.

(*v*) Véase en Von Hammer vol II p. 60 la noticia referente á la madre de la emperatríz Helena. Cantacuceno, quien contrarestando el edicto, como allá Creon en la trajedia griega, abrió la huesa para sus niños asesinados, con su propia mano, y luego se arrojó tambien á ella.—M.

(90) Spondano (por Gobel. Cumm. Pii II l. V) refiere la llegada y recibimiento del déspota Tomas en Roma (A. D. 14 61.)

(91) Por una acta fecha A. D. 1494 6d e Set., trasladado últimamente de los archivos del Capitolio, á la Biblioteca real de París, el déspota Andrés Paleólogo, reservándose la Morea y pactando ciertas ventajas particulares traspasa á Cárlos VIII rey de Francia los imperios de Constantinopla y de Trebisonda (Spondano, A. D. 1495 etc.). M. de Foncemag-

ne (Memorias de la Acad. de inscripciones tom. XVIII p. 539 etc.) ha estendido una discertacion sobre este documento nacional, del cual ha logrado de Roma una copia.

(92) Véase Felipe de Comines (l. VII c. IX) que va refiriendo complacidamente el número de Griegos que estaban ya dispuestos á sublevarse con 10 leguas de fácil navegacion, un viaje de diez y ocho dias desde Valona y Constantinopla etc., en cuyo trance el imperio Turco debió su salvacion á la política de Venecia.

(93) Véase la funcion peregrina en Olivier de la Marche (Mem. P I c. 29) con el estracto y las Memorias de M. de Sainte Pelaye con sus observaciones, tom. I Parte III etc. Se distinguian el faisan y el pavo como aves rejias.

(94) Por el empadronamiento actual resulta que Suecia Gocia y Finlandia contenian 1,800.000 hombres de armas tomar, y por consiguiente una poblacion muy superior á la del dia.

(95) Para el año de 1454, trae Spondano de Eneas Silvio una mirada sobre el estado de Europa realzada con sus propias observaciones. El apreciable Analicio y el Italiano Muratori van continuando la serie de los acontecimientos desde el año 1453 hasta 1481, término de la vida de Mahometo y del capítulo.

(96) Además de entrambos Analistas se pueden consultar Giannoni (Istoria Civile tom. III p. 449, etc.) en cuanto á la invasion turca del reino de Nápoles. Sobre el reinado y conquistas de Mahometo II, he ido acudìendo á las memorias históricas de los monarcas otomanos por Juan Sagredo (Venecia 1647 en 4.°) Siempre los Turcos en paz y en guerra han embargado la atencion de la república Veneciana. Franqueáronse todos los archivos y documentos á un procurador de san Marcos, y Sagredo no es despreciable ni en el concepto ni en el lenguaje. Mas odia muy agriamente á los infieles; desconoce su idioma y sus costumbres y su narracion que reduce á setenta pájinas todo la relativo á Mahometo II (p. 69 hasta 140 (se esplaya y se afianza mas al llegar á los años 1640 y 1644, término y cima de los afanes históricos de Juan Sagredo.

(97) Al despedirme ahora para siempre del imperio griego aprontaré la coleccion grandísima de escritores Bizantinos, cuyos nombres y autoridades se han ido repitiendo por el ámbito de las obras. Las prensas de los Aldos y demás Italianos se ciñeron á los clásicos de mejor siglo, y las primeras y toscas ediciones de Cedreno, Procopio, Zonaras, Agatius, etc. salieron á luz por las sabias tareas de los Alemanes. La serie total Bizantina (XXXVI tomos en foleo) ha ido saliendo(A. D. 1648 etc. de las prensas reales del Louvre con algun auxilio colateral de Roma y Leipsik, pero la edicion Veneciana (A. D. 1628) aunque mas barata y co-

piosa que la de París le es muy inferior en esmero y magnificencia. Varias son las prendas de los editores Franceses, pero el mérito de Ana Comnena Cinamo, Villeharduin, etc. se realzan con las notas de Cárlos de Fresne Ducange. Las obras suplementales del Glosario Griego, la Constantinopla cristiana, las Familias Bizantinas van siempre derramando luz sobre la lobreguez del bajo Imperio. *

* La nueva edicion de los Bizantinos propuesta por Niebuhr, y continuada bajo los auspicios del gobierno Prusiano es muy acomodada por el tamaño, y contiene algunos autores (Leon Diácono, Juan Lido Caripo los nuevos fragmentos de Deaspo, Eunapo etc. descubiertos por Maye) que no podian abarcarse en las colecciones anteriores. Pero los nombres de unos editores como Bekher, los Dandoss, los etc. esperanzaron al público allá con algo mas que meras reimpresas del texto y las notas de los editores primeros. Poquísimo, siento el decirlo, se añadió á las anotaciones, y en algunos casos la misma version incorrectísima aparece repetida.

CAPITULO LXIX.

Estado de Roma desde el siglo XII. — Dominio temporal de los papas. —Sediciones en la ciudad. — Herejía política de Arnaldo de Brescia. — Restablecimiento de la República. — Los Senadores. — Orgullo de los Romanos. — Sus guerras. — Quedan defraudados de la eleccion y presencia de los papas, quienes se retiran á Aviñon. — El jubileo. — Familias nobles de Roma. — Encono entre Colonas y Ursinos.

Clávase la vista en la ciudad imperial, durante los primeros siglos de la Decadencia y Ruina del dominio Romano, cuyo centro estuvo dando leyes á la parte mas aventajada del globo. Absortos miramos al pronto tan suma grandeza, para condolernos luego, sin dejar un punto de merecer nuestro ahinco, y al desviarnos de la capital para atender á sus provincias, las conceptuamos á fuer de ramas desgajadas de su primitivo tronco. La fundacion de la segunda Roma por las playas del Bósforo, ha precisado al historiador á ir siguiendo los pasos á todo sucesor de Constantino; y nuestra curiosidad ha tenido que ir presenciando comarcas de Europa y de Asia para desentrañar las causas y autores del dilatado menoscabo de la monarquía Bizantina. Con la conquista de Justiniano,

hemos tenido luego que acudir, por las orillas del Tíber, al rescate del antiguo Capitolio; mas aquella redencion, redunda tal vez en mayor destemplanza y recargo de servidumbre. No asoman ya en Roma trofeos, Dioses ni Césares, y el señorío Godo fue mas afrentoso y violento que la tiranía Griega. En el siglo VIII de la era Cristiana, una contienda religiosa, el culto de las imájenes, incitó á los Romanos para volver por su independencia; su obispo se constituye padre de un pueblo libre en lo temporal y espiritual; y en el imperio occidental, restablecido por Carlomagno, el dictado y las imágenes estan todavía condecorando la constitucion peregrina de la Alemania moderna. Acatamos todavía mal que nos pese el nombre de Roma; no es ya identico el clima (1) prescindiendo del móvil que lo influye; bastardea aquella sangre con miles de impurezas; mas la perspectiva siempre ostentosa de sus escombros, y la memoria de su poderío, avivó tal cual pavesa del brio nacional. Allá entre las tinieblas de la edad media asoman escenas dignísimas de nuestro recuerdo; ni me cabe orillar la presente obra, sin rasguear el estado y revoluciones de la *Cíudad Romana*, que se avino al señorío absoluto de los papas, por el mismo tiempo en que yació Constantinopla bajo la servidumbre de las armas turcas.

A los asomos del siglo XII (2), era de los primeros cruzados, reverenciaban los Latinos á Roma, como la primada del orbe, como el sólio del papa y del emperador, quienes cifraban su dictado en la ciudad sempiterna, con sus timbres y el derecho ú ejercicio del dominio temporal. Tras interrupcion tan dilatada, no será superfluo el repetir que los sucesores de Carlo Magno y de los Otones, se elejian allende el Rin en dieta nacional; pero que se contentaban aquellos príncipes con los nombres mas llanos de reyes de Alemania y de Italia, hasta que frecuentaban los Alpes y el Apenino, en pos de la corona imperial sobre las orillas del Tíber (3). A distancia competente de la ciudad, les salia al encuentro una procesion dilatada del clero y del vecindario con palmas y cruces; y los emblemas acusadores de lobos y leones, de dragones y águilas; tremolando en las banderas militares, representaban al vivo las lejiones y cohortes ya desaparecidas de la república. Se proclamaba hasta tres veces el juramento real de cercenar los fueros de Roma, en el puente, en la puerta, y en la gradería del Vaticano, y el reparto del donativo acostumbrado era un escaso remedo de la magnificencia de los primeros Césares. Se verificaba la coronacion en la iglesia de san Pedro por mano de su consagrado sucesor; la voz de Dios resonaba al par con la del pueblo, y la anuencia pública se manifestaba con las aclamaciones de « viva y triunfe nuestro soberano el papa, y viva y triunfe nuestro soberano el emperador; viva y triunfe la armonía Romana y Teutónica (5). Los nombres de César y de Augusto, las leyes de Constantino y Justiniano, el ejemplo de Carlo-

magno y de Oton, planteaban el señorio supremo de los emperadores; su dictado y busto se estampaban en las monedas pontificias (5) y su jurisdiccion descollaba con la espada de la justicia, que entregaban al prefecto de la ciudad. Pero nombres, idioma, costumbres de un dominador bárbaro lastimaban las ínfulas del vecindario Romano. Acaudillaban los Césares de Sajonia y Franconia á su aristocracia feudal, no les cabia ejercitar disciplina civil ó militar para afianzar la obediencia de un pueblo remoto, ajeno de toda servidumbre; aunque tal vez incapaz de verdadera independencia. Por una vez única en su vida, cada emperador con su hueste allá teutónica, ó de vasallos propios, se descolgaba de los Alpes. Ya queda descrita la formacion pacífica de su entrada, pero por lo mas se alteraba el órden con la vocería y desenfreno de los Romanos, que se disparaban contra su soberano amo, á fuer de un invasor advenedizo; su despedida solia ser arrebatada y á veces vergonzosa, y en la ausencia de un reinado de largos años, su autoridad padecia desacatos y su nombre queda traspuesto. Progresa la independencia en Alemania é Italia, fue socavando la soberanía imperial, y el triunfo de los papas fue el rescate de Roma.

De entrambos soberanos, reinaba el emperador arrebatadamente por derecho de conquista; pero la autoridad de los papas se fundaba en el cimiento halagüeño y mas sólido de la opinion y la costumbre. El desvío de aquel influjo devolvió y recomendó el pastor á su grey. En vez del nombramiento arbitrario ú venal de una corte alemana, elejia el colejio de cardenales libremente al vicario de Jesucristo; esto es, en parte, el mismo vecindario de la ciudad. Pueblo y majistrados aplaudian y corroboraban la eleccion; y la piedad eclesiástica que se estuvo obediente en Suecia y en Bretaña, preceden en suma del voto de los Romanos. Aquel voto idéntico tiende á dar un príncipe al par que un pontífice á los Romanos. Creíase universalmente, que Constantino habia revestido á los papas con el dominio temporal de Roma; y los juristas mas osados y los impugnadores mas certeros, se ceñian á disputar el derecho del emperador y la validez de la donacion. La verdad de aquel acto, y la autenticidad de la donacion se arraigaba mas y mas en la ignorancia y tradicion de cuatro siglos, y su oríjen fabuloso allá se ocultaba tras sus efectos positivos y permanentes. Se estampaba el nombre de *Dominus* ó Señor, en el cuño de los obispos: se reconocia su dictado con aclamaciones y juramentos de fidelidad, y con el beneplácito, libre ó violento, de los Césares Alemanes, seguian ejerciendo su jurisdiccion suprema ó secundaria sobre la ciudad y patrimonio de san Pedro. El reinado pontificio, halagando dos preocupaciones, no era incompatible con los fueros de Roma; y en escudriñando críticamente su potestad, vendria á descubrirse un oríjen mas esclarecido; y es el agradecimiento de la nacion por su rescate de

la herejía y la opresion del tirano Griego. Allá en la lobreguez de la inquisicion, tal vez el enlace de las potestades rejia y sacerdotal no podian menos de robustecerse mutuamente, y las llaves del Paraíso afianzaban de todo punto la obediencia. Tal vez la santidad de aquel cargo desmerecia con los achaques personales del individuo, pero se borraron los escándalos del siglo X con las prendas pundonorosas y mas trascendentales de Gregorio VII y sus varios sucesores, y en las competencias ambiciosas que estuvieron sosteniendo por los fueros de la Iglesia, sus padecimientos y sus logros, fueron al par fomentando la veneracion popular. Vagaron á veces con su desamparo y su destierro, acosados de tropelías, y el afan apostólico y tenaz con que se brindaban oficiosamente al martirio se granjeaba la privanza y el cariño de todo pecho católico; pero á veces tambien desembrazando el rayo desde la cima del Vaticano, entronizaban, sentenciaban y deponian los reyes de la tierra; y entonces ni el Romano mas engreido se desdoraba con doblegarse ante un sacerdote cuyas plantas se adoraban, y cuyo estribo solia sostenerse por los sucesores de Carlomagno (6). Hasta los intereses temporales eran conducentes para escudar la ciudad residencia de los papas, por quienes un vecindario vanidoso y pobrísimo venia á disfrutar decorosamente su pingüe ó escasa subsistencia. Las rentas fundamentales iban tal vez á menos, con la tala perpetua por manos sacrílegas de patrimonios en Italia y por las provincias; ni cupo reponer aquel quebranto con la pretension, ó la posesion efectiva, de las pingües donaciones de Pepino y sus descendientes. Pero descollaban mas y mas el Vaticano y el Capitolio con aquellos enjambres redoblados de peregrinos y demandantes que acudian y ensanchaban el regazo de la Cristiandad, y el cúmulo de causas eclesiásticas y seculares abrumaba sin cesar al papa y á sus cardenales. Una jurisprudencia nueva habia planteado en la iglesia Latina el derecho y práctica de las apelaciones (7), y de todo el Norte y el Poniente se agolpaban obispos y abades, de grado ú con violencia, tras la solicitud, la queja, la acusacion ó el descargo, ante el umbral de los Apóstoles. Se refiere además un portento peregrino; y es, que dos caballos pertenecientes al arzobispo de Mentz y de Colonia, pasaron y repasaron los Alpes siempre cargados con oro y plata (8); y luego se dejó comprender, que así para peregrinos como para clientes, se cifraba menos el éxito de los negocios en su justicia y fundamento que en el importe de su recomendacion. Se ostentaban allá galanamente la opulencia y la relijiosidad de los advenedizos, y sus desembolsos, sagrados ó profanos, jiraban por varios conductos para beneficio de los Romanos.

Motivos tan poderosos no podian menos de encariñar hasta lo sumo el vecindario Romano con su padre espiritual y temporal; pero ímpetus desaforados suelen por lo mas atropellar las preocupaciones y los intere–

ses. Al derrumbar el Indio un árbol para asir cómodamente la fruta (9), y el Arabe al saltear las caravanas, ceden igualmente al empuje de su índole montaraz, que huella, tras lo presente, todo lo venidero, y aventando allá las delicias de una posesion segura y dilatada por un gozo momentáneo. Así pues el Romano insensato profanaba el santuario de San Pedro, robando las ofrendas y mal hiriendo á los indefensos peregrinos, sin hacerse cargo del sinnúmero y la importancia de aquellas romerías, que solian atajar con su sacrílego desenfreno. Hasta el influjo de la supersticion tiene allá sus vaivenes y estravíos; y el esclavo embrutecido, debe tal vez su rescate á la codicia y el orgullo. Adolece todo bárbaro de ciego rendimiento á las patrañas y ridiculeces de la supersticion; mas nunca se prenda de las ilusiones de la fantasía posponiendo la sensualidad, y corriendo tras un motivo remoto, ú sea ideal, y sacrificándole la ventaja ó interés que tiene á la mano. Con los ímpetus de su mocedad y robustez, su práctica prepondera siempre á su creencia; hasta que la edad, la dolencia ó el fracaso le aterran, y la creencia y el remordimiento le arrebatan á rejiones soñadas del otro mundo. Tengo muy observado, que los tiempos modernos, con su indiferencia relijiosa, son los mas adecuados para el sosiego y la seguridad del clero. Allá en el reinado de la supersticion, zozobras de tropelías plagaban por lo mas las esperanzas fundadas en la ignorancia de la muchedumbre. La opulencia, cuyas creces incesantes iban á empozar en pocas manos todos los haberes del orbe, si el padre la otorgaba á la iglesia, solia el hijo recobrarla á viva fuerza, y si se adoraban las personas, solian tambien despojarlas, y colocándolas en las aras, iban muchas veces á parar al inmundo polvo. En el sistema feudal de Europa, las armas constituian el distintivo y la prepotencia de los individuos; y en el vaiven de los acontecimientos, enmudecian las leyes y aun la mera racionalidad. Los Romanos díscolos menospreciaban el yugo y escarnecian el desvalimiento de su obispo (10), cuya índole y educacion le vedaban el ejercicio decoroso y arrollador de la espada. Harto cargo se hizo de tamaña diferencia nuestro historiador filósofo. « Si bien el nombre y la autoridad de la corte de Roma eran tan pavorosas en los países remotos de Europa, sumidos todos en profundísima ignorancia, y se hallaban sobre todo muy ajenos de calar aquellas interioridades palaciegas, el papa estaba á toda hora presenciando, ú mas bien padeciendo desacatos, pues sus enemigos perpetuos internaban hasta las mismas puertas de la ciudad; y los embajadores que desde los estremos de la tierra le estaban tributando postradamente indignas sumisiones de los mayores potentados del siglo, tenian que forcejar con miles de tropiezos para llegar á presencia del papa y arrojarse á sus pies (11). »

Envidia suma estuvo causando, desde los tiempos primitivos, el boato

pontificio, así como su poderío grandes contrarestos, con tropelías personales; pero la hostilidad dilatada de mitra y corona agolpó sus enemigos, enardeciendo sus iras desaforadas. Los bandos violentísimos de Guelfos y Ghibelinos, tan infaustos para toda la Italia, no empeñaban con teson y vivacidad á los Romanos, súbditos á un tiempo y contrarios al obispo y al emperador; pero entrambos partidos acudian en pos de su arrimo, y solian tremolar alternativamente en sus banderas las llaves de San Pedro, y las águilas Alemanas. Gregorio VII, objeto tal vez de adoracion ó de odio como fundador de la monarquía pontificia, huye de Roma, y muere desterrado en Salerno. Treinta y seis sucesores suyos (12) hasta su retirada á Aviñon, sostienen igual contienda con los Romanos, quienes se propasan á hollar su edad y el señorío de los vencidos; mancillando con asonada y matanza los ritos solemnes de la iglesia. Larga y desabrida en estremo fuera la repeticion (13) de tantísima irracionalidad inconexa ó premeditada; me ceñiré por tanto á ciertos trances del siglo duodécimo, que representan al vivo la situacion de los papas y el estado de la ciudad. En Jueves Santo, mientras está Pascual oficiando ante el Retablo mayor, le atruena la vocería popular, pues la muchedumbre le está pidiendo injustamente la confirmacion de un majistrado predilecto. Calla, y exaspera mas y mas su saña, y al desentenderse de barajar los negocios terrestres con los celestiales, le estrechan mas y mas con amenazas y juramentos de que va lastimosamente á causar y promover el esterminio público. En la pascua de Navidad, mientras el obispo y clero descalzos, y en procesion van visitando los túmulos de los mártires, se ven dos veces asaltados en el puente de Sant-Anjelo, y luego desde el Capitolio, con piedras y saetas. Van en seguida arrasando las casas de sus parciales, y Pascual á duras penas y con sumo peligro logra ponerse en salvo; tiene que levantar una hueste en el patrimonio de San Pedro, y son amarguísimos sus últimos dias padeciendo ú causando las desventuras de una guerra civil. Mas escandalosos todavía son los lances ocasionados por la eleccion del sucesor suyo Jelacio II para la iglesia y la ciudad. Cencio Frangiphani (14), baron prepotente y de suyo desmandado, se aparece en medio de una junta armada y enfurecida; quedan los cardenales desnudos, apaleados y hollados, y ase al vicario de Jesucristo, y sin miramiento, ostentando al contrario su desacato, lo arrastra por el suelo de los cabellos, lo golpea y abofetea, lo hiere con su espada y lo aherroja y encierra tiránica y brutalmente en su propia casa. Se alborota el pueblo y liberta á su obispo; las familias opuestas contrarestan á la de Frangiphani, y el malvado solicitando indulto se muestra mas arrepentido de su malogro que de su atentado. A pocos dias asaltan al papa en el mismo altar; y mientras sus amigos y sus contrarios estan batallando sangrientamente, huye con todo su ropaje sacerdotal. Al ponerse indecorosamen-

te en salvo, se le conduelen las matronas Romanas, y sus secuaces tienen que apearse y esconderse; y por fin en los campos detrás de la iglesia de San Pedro, aquel sucesor suyo, se aparece solitario y medio muerto de afan y de zozobra. Sacude entonces el polvo de sus pies, y el nuevo apóstol huye de una ciudad atropelladora de su escelsa jerarquía y amenazadora de su persona, manifestando la vanidad de su ambicion sacerdotal, al confesar que era mas llevadero un solo emperador que veinte (15). Bastarian estos ejemplares, mas no me cabe trasponer los padecimientos de dos pontífices en un mismo siglo, los Lucios II y III. El primero al trepar en formacion de batalla al Capitolio, recibió una pedrada en la sien y espiró á pocos dias. Al segundo le malhirieron sus dependientes, y en una asonada le prendieron varios capellanes suyos; y los infames Romanos, reservando uno para guia de los demás, le sacaron los ojos, los coronaron á todos con mitras grotescas, los cabalgaron sobre asnos, mirando á la cola, y los juramentaron para ir en aquella lastimosa catadura, á presentarse por via de leccion á la cabeza de la Iglesia. Por esperanza ó temor, el temple de los individuos y las circunstancias del tiempo asomaban con algunos intermedios de sosiego y obediencia, y restablecieron al papa con aclamaciones gravísimas en el Laterano ú el Vaticano, de donde le habian arrojado con amenazas y tropelías; mas encarnaba honda y perenemente la raíz de tanta maldad y á una temporodilla bonancible antecedió y siguió tal cúmulo de tormentos que la barquilla de San Pedro estuvo muy á pique de zozobrar para siempre. Discordia y guerra estaban mas y mas desgarrando el regazo de Roma; fortificábanse iglesias y palacios, y se estaban de continuo asaltando por la bandería y las parentelas, y tan solo Calisto II, despues de pacificar la Europa, tuvo el denuedo necesario para vedar el uso de armas en la capital. Violentas iras causaron los desafueros de Roma entre las naciones que estaban reverenciando el sólio apostólico; y San Bernardo, en una carta á su discípulo Eujenio III, tizna con agudeza y fervor los desbarros de aquel pueblo rebelde. ¿Quién ignora, prorumpe el monje de Clairvaux, la liviandad y arrogancia de los Romanos? nacion alimentada en alborotos, cruel é insaciable, y contrarestando á todo mandato, mientras se siente con fuerzas para desobedecer. Al prometer servicios están aspirando á reinar; mientras están jurando homenaje, ya cavilan sobre el trance de la rebelion; echan á volar su descontento con clamores y alaridos, si ven las puertas y los consejos cerrados contra ellos. Mañosos en sus maldades, jamás estudiaron el arte de hacer algun bien. Odiosos al cielo y á la tierra, impíos con Dios, sediciosos entre sí mismos, envidiosísimos de todos sus vecinos, á nadie aman y nadie les aprecia, y al querer causar pavor, estan siempre temblando ruinmente de zozobra. Ni se avienen á obedecer, ni aciertan á mandar; desleales con los supe-

riores, insufribles con sus iguales, ingratos con sus bienhechores, é igualmente descocados en sus demandas y en sus negativas. Arrogantes al prometer, mezquinos al ejecutar, lisonjas y asechanzas, dobleces y alevosías son las mañas perpetuas de su conducta. « A la verdad que retrato tan denegrido no muestra los matices de la caridad Cristiana (17), pero aquellas pinceladas fieras y disformes, están retratando al vivo á los Romanos del duodécimo siglo (18).

Al asomar Jesucristo en traza plebeya entre los Judíos, todos ellos le volvian la espalda, y los Romanos pudieron alegar su ignorancia en cuanto al vicario suyo al verle tremolar el boato y orgullo de un soberano temporal. En el siglo alborotado de las cruzadas, destella tal cual pavesa de ahinco y racionalidad por el Occidente; la herejia de Bulgaria, la secta Paulicia, trasciende aventajadamente á las rejiones de Italia y Francia; se barajan las visiones gnósticas con la sencillez del Evanjelio, y los enemigos del clero van hermanando sus arranques y robusteciendo sus conciencias; esto es, los impulsos de su independencia con las muestras de relijiosidad (19). Arnaldo de Brescia (20) es el primer clarinero de la libertad Romana: se halla en la clase ínfima de la clerecía, y aunque vestido de monje pobrísimo, sabe desentenderse de las estrecheces de la rendida obediencia. Celebran sus mismos contrarios la agudeza y persuasiva que les traspasan; confiesan de mal grado la pureza de su moralidad; y reboza ó sobredora sus yerros salpicándolos con verdades en estremo trascendentales. Discípulo en teología del célebre y desventurado Abelardo (21), á quién le cupo tambien algun chispazo de travesura y herejía; pero el amante de Eloisa era de temple suave y condescendiente, y sus jueces eclesiásticos se muestran edificados y propicios con la humildad de su arrepentimiento. Empapóse al parecer Arnaldo en las doctrinas de aquel catedrático, engolfándose en hondas metafísicas y definiciones de la Trinidad, ajenísimas de las opiniones de aquel siglo, sus aprensiones allá sobre el bautismo y la eucaristía se censuran de hecho, pero una herejía *política*, es el móvil de su nombradía y de sus desventuras. Se propasa á citar la manifestacion de Jesu Cristo, sobre que su reinado no es de este mundo. Sostiene denodadamente, que la espada y el cetro corresponden al majistrado civil; que los haberes y timbres temporales son propios y lejítimos de los seglares; que abates, obispos y el mismo papa, tienen que desprenderse de sus estados ó de su salvacion, y cuando sus rentas los diezmos y oblaciones de los fieles son muy suficientes, no seguramente para el lujo y la codicia, sino para una vida frugal en el desempeño de sus tareas espirituales. Por una temporada, todos reverencian al predicador, como verdadero patricio, y la desavenencia ó rebeldía de Brescia con su obispo fue el primer fruto de sus espuestísimas lecciones. Pero la privanza con el vulgo es de menos arraigo que el

enojo del sacerdote, y una vez condenada la herejía de Arnaldo por Inocencio II (22) en el concilio Lateranense, tienen los majistrados que poner en ejecucion por temor ó por preocupacion, la sentencia eclesiástica. No le cabe resguardo en Italia, y el alumno de Abelardo tramonta los Alpes, hasta que al fin halla hospedaje halagüeño en Zurick, el primero á la sazon, de los cantones Suizos. De un cuartel Romano (23), quinta rejia y monasterio de vírjenes principales, fue creciendo mas y mas Zurick hasta ser una ciudad floreciente, donde á veces se sustanciaban las apelaciones de los Milaneses por un comisario imperial (24). Aplauden hasta lo sumo al precursor de Zuinglio en aquel siglo todavía crudo para reformas fundamentales; un jentío sencillo y valeroso se empapa y para largo tiempo en el matíz de sus opiniones, y su oratoria y su mérito atraen al obispo de Constancia y aun al legado del papa, que trascuerda con aquel estravío los intereses de su soberano y de su profesion. Los abortos violentos de san Bernardo enardecen su fervor tardío (25), y el enemigo de la iglesia, acosado con la persecucion, se arroja al desenfreno casi desesperado de tremolar su estandarte en el centro de Roma, arrostrando las iras del sucesor de san Pedro.

Mas no está obrando á ciegas el denodado Arnaldo, pues nobleza y plebe le escudan, si no lo llaman, y su elocuencia fulminante retumba por las siete cumbres, en obsequio de la libertad. Entretejiendo en sus razonamientos textos de Tito Livio y de san Pablo, hermanando impulsos evanjélicos y rasgos profanos, está advirtiendo á los Romanos, el estremo con que bastardean su aguante y los desbarros del clero respecto á los tiempos primitivos de la iglesia y de la ciudad. Exhorta á todos para que vuelvan por los fueros imprescindibles de hombres y de Cristianos; restablezcan las leyes y majistrados de la república, acaten el *nombre* del emperador, y reduzcan al pastor al gobierno espiritual de su grey (26). Hasta el desempeño espiritual entra en la censura y residencia del reformador, enseñando al ínfimo clero el rumbo para contrarestar á los cardenales, usurpadores de un mando despótico sobre las veinte y ocho rejiones ó parroquias de Roma (27). Hay alboroto con robos y tropelías, derramamiento de sangre y demolicion de casas enteras; cargando los asonadores con las riquezas del clero y de la nobleza opuesta á la plebe. Está Arnaldo viendo, y tal vez llorando, las resultas de sus misiones, y sigue así reinando por espacio de diez años, mientras dos pontífices, Inocencio II y Anastasio IV, ú estan temblando en el Vaticano, ú andan vagando, como desterrados de pueblo en pueblo por las cercanías. Les sucede un papa mas esforzado ú venturoso, Adriano IV (28), el único inglés que ha llegado á ocupar el solio de san Pedro, y cuyo mérito logró descollar sobre el estado de monje y casi de mendigo, en el monasterio de san Albano. Al primer atentado de un cardenal muerto ú malherido por

las calles, pregonó un entredicho contra el pueblo criminal, y desde Navidad hasta Pascua de Resurreccion, queda Roma defraudada de los consuelos efectivos ó ideales del culto relijioso. Despreciaban los Romanos á su príncipe temporal, y se allanan ahora al quebranto y pavor á las censuras de un padre espiritual, se penitencian voluntariamente, y con el destierro del predicador quedan absueltos. Mas no se muestra aun desagraviado Adriano, y la próxima coronacion de Federico Barbaroja redunda en perjuicio de su mas osado reformador. Lastimados, aunque no en igual estremo, las cabezas de la iglesia y del estado, se avistan en Viterbo, y el papa pone de manifiesto al emperador el destemple indómita y disparado de los Romanos; los desacatos, agravios y zozobras que le están de continuo aquejando juntamente con el clero, y sobre todo el rumbo perniciosísimo de la herejía de Arnaldo, trastornador de toda subordinacion civil y eclesiástica. Federico se convence con aquellos desengaños, ó se echa con el anhelo de la corona imperial. De cortísima monta suele ser, en la carrera de la ambicion, la inocencia ó la vida de un individuo, y en el trance de una concordia política queda sacrificado su enemigo comun. Apadrinan los vizcondes de Campania al fujitivo Arnaldo; pero la potestad del César lo arrebata de sus manos; un pueblo indiferente y por supuesto ingratísimo, está presenciando la ejecucion, que por sentencia del prefecto de la ciudad, se impone al mártir de la libertad, de ser quemado vivo, y arrojan sus cenizas al Tiber, por temor de que los herejes recojan y adoren las reliquias de su maestro (29). Triunfa el clero con su muerte, con sus cenizas desaparece la secta, pero su memoria vive mas y mas en los pechos Romanos. Sacaron probablemente de aquella escuela un nuevo artículo de fe; á saber, que la metrópoli del Catolicismo estaba esenta de escomuniones y entredichos. Seguian arguyendo sus obispos; que la jurisdiccion suprema que estaban ejerciendo sobre reyes y naciones, abarca con especialidad la ciudad y diócesis del príncipe de los Apóstoles. Mas estaban predicando en desierto, y el mismo principio que minoraba los efectos, debia enfrenar las demasías con los disparos del Vaticano.

El ansia por la libertad antigua dió alas á la creencia, de que ya en el siglo X, en los primeros conatos contra los Otones de Sajonia, se rehizo la república con el senado y pueblo de Roma; que se nombraban anualmente dos cónsules entre la nobleza con diez ó doce majistrados plebeyos que revivieron con el nombre y el servicio de tribunos de la plebe (30). Pero en asomando la crítica se desvanece aquel aparato venerable. En la lobreguez de la edad media suenan allá tal vez esos ecos de senadores, cónsules hijos de tales (31). Solian otorgarse por los emperadores, ó bien ostentarse por los ciudadanos mas pudientes para demostrar su jerarquía, sus timbres ó tal vez sus pretensiones á entronques (32) castizos ó patricios;

pero tan solo vagan por la superficie, sin arraigo ni fundamento como dictados de individuos y no como estamentos del gobierno (33); y el establecimiento del senado fecha tan solo desde el año de Jesucristo mil ciento y cuarenta y cuatro, época esclarecida en las actas de la ciudad. Se arregla arrebatadamente una constitucion nueva, aborto de ambicion particular ó de entusiasmo plebeyo; ni pudo Roma en el siglo XII aprontar un anticuario para esplicar, ó un jurista para restablecer una armonía y combinacion adecuadas sobre la antigua planta. La reunion de un pueblo libre y armado ha de prorumpir siempre en aclamaciones descompasadas y violentas. Pero la distribucion arreglada de treinta y cinco tribus, el equilibrio esmerado de los haberes y el número de las centurias, los debates entre oradares contrapuestos, la operacion pausada de votos y bolas, no cabia que se prohijase fácilmente por una muchedumbre ciega, ajena de artes é incapaz de apreciar las ventajas de un gobierno legal. Propuso Arnaldo la renovacion y el deslinde cabal del órden ecuestre; mas, ¿en qué podria fundarse aquel establecimiento distintivo? (34) La calificacion pecuniaria de los caballeros tenia que reducirse á la suma pobreza de aquel tiempo, en el cual tampoco se requeria el desempeño civil de jueces y asentistas del estado, y su obligacion primitiva, el servicio militar á caballo, suplia mas hidalgamente con las posesiones feudales y el sistema caballeresco. Era la jurisprudencia republicana desconocida é inservible. Formaban ya masa comun las naciones y familias de Italia viviendo bajo las leyes Romanas ó bárbaras, y alguna tradicion escasa, algunos fragmentos fútiles, conservaban la memoria del Código y las Pandectas de Justiniano. Con la libertad eran con efecto los Romanos muy árbitros de restablecer el nombre y el ejercicio de cónsules, sino menospreciasen un dictado corriente aun en varios pueblos de Italia, que despues ha venido á desdorarse con el destino humildísimo de ajentes comerciales en territorio estraño. Pero aquellos fueros de los tribunos que atajaban los acuerdos públicos con su formidable contraposicion, da por supuesto ó puede acarrear una democracia legal. Súbditos eran los patricios antiguos y tiranos al contrario los barones modernos, en el estado; ni los enemigos de la paz y de todo arreglo, atropelladores del vicario de Jesucristo, seguirian acatando la santidad indefensa de un majistrado plebeyo (35).

Por la revolucion del siglo XII que dió nueva existencia y época especial á Roma advertimos los acontecimientes efectivos y grandiosos que empadronan y robustecen su independencia política. I. El monte Capitolino uno de los siete cerros (36), tiene como cuatrocientas varas de largo y doscientas de ancho. Una gradería ostentosa de mas de cien gradas se encumbra sobre el peñon Tarpeyo, y era todavía mas empinada la subida antes de suavizar el pendiente y terraplenar las honduras con los escom-

bros de edificios caidos. Sirvió desde los primeros tiempos el Capitolio de templo en la paz y de fortaleza en la guerra; pues ya perdida la ciudad mantuvo un sitio contra los Galos victoriosos, y aquel santuario del imperio se guarneció, se asaltó y ardió en las guerras civiles entre Vitelio y Vespasiano (37). Yacieron en el polvo los templos de Júpiter y de su parentela divina, reemplazáronles casas y monasterios, y las murallas grandiosas, los pórticos embovedados y grandísimos, padecieron menoscabos y derrumbos con la sucesion del tiempo. El primer arranque de los Romanos, parto natural de la libertad, fue el reponer el resguardo, mas no el esplendor del Capitolio; robustecer el solio de sus armas y sus acuerdos y al trepar á su cumbre hasta los pechos mas helados se enardecen hasta lo sumo con la memoria de sus antepasados. II. Apropiáronse los primeros Césares absoluta y esclusivamente la fabricacion de la moneda de oro y plata, quedando á cargo del senado el ínfimo metal de bronce ó cobre (38), esculpíanles emblemas y rótulos, donde se esplayaba anchamente la lisonja, y así el príncipe vivia descargado del afan de encumbrar sus propias escelencias. Los sucesores de Diocleciano menospreciaron hasta las adulaciones del senado y sus dependientes se vincularon el desempeño cabal del ramo esencial de la moneda, así en Roma como en las provincias, heredando aquella prerogativa los reyes Godos de Italia y los dilatados catálogos de las dinastías Griegas, Francesas y Alemanas. Tras ocho siglos de privacion el nuevo senado Romano reasió aquel privilejio honorífico y ganancioso; renunciado tácitamente por los papas desde Pascual II hasta su residencia allende los Alpes. Los gabinetes de varios sucesores atesoran tambien algunos de aquellos cuños republicanos de los siglos XII y XIII, y en uno de ellos, que es de oro, asoma Jesucristo con un libro en la mano, y un letrero que dice así: VOTO DEL SENADO Y PUEBLO ROMANO: ROMA CAPITAL DEL MUNDO, y en el reverso, san Pedro entregando una bandera á un senador arrodillado con su sombrero y su manto y luego el nombre y armas de su alcurnia estampados en un escudo (39). III. Con el imperio el prefecto de la ciudad habia parado en un mero concejal, pero estaba todavía ejerciendo la apelacion postrera en causas civiles y criminales, y una espada desnuda que recibió de los sucesores de Oton, era el método de su investidura y el emblema de sus funciones (40). Vinculóse aquel encargo en las alcurnias, ratificaba el papa la eleccion del pueblo; pero los tres juramentos casi encontrados no podian menos de entorpecer al prefecto en el desempeño de sus obligaciones contrapuestas (41). Un sirviente en el cual tan solo terciaban los Romanos independientes, quedó pronto despedido, y nombraron en su lugar un patricio, pero aquel dictado que Carlomagno recibió con aprecio, era muy campanudo para un ciudadano y un súbdito, y tras el primer ímpetu de la rebeldía se avinieron gustosos al restablecimiento de la prefectura.

Como medio siglo despues, Inocencio III, tal vez el pontífice mas ambicioso ó por lo menos el mas afortunado de todos, se descargó y libertó á los demás de aquella prenda de dominacion estranjera; revistió al prefecto con una bandera en vez de espada, y lo absolvió de la obediencia y del juramento al emperador de Alemania (42). Nombró el papa en su lugar á un eclesiástico ya cardenal efectivo, ó por lo menos advenedizo, para el gobierno civil de Roma; pero su jurisdiccion ha venido á coartarse en estremo, y en los usurpadores de libertad, el derecho dependia únicamente del senado y del pueblo. IV. Restablecido el senado los padres conscriptos (43), si cabe usar esta espresion, quedaron revestidos con la potestad ejecutiva ó resolutiva ;mas por maravilla traspasaban sus miras el ámbito del dia presente, y aun en aquella estrechez solian padecer trastornos y tropelías. Ascendió el número de los senadores en su colmo hasta cincuenta y seis (44) y los mas preponderantes formaban jerarquía peculiar apellidándose consejeros; nombrábalos tal vez anualmente el pueblo, y una camarilla selecta de diez individuos por cada rejion ó parroquia estaba ya formando una planta de constitucion libre y permanente. Los papas, quienes durante aquella tormenta se avinieron á doblegarse para no zozobrar de remate, corroboraron por medio de un tratado formal el establecimiento y las regalías del senado, y contaron con la paz, el tiempo y la relijion para el restablecimiento de su gobierno. Motivos de interés público ú particular podian á veces travesarse y arrebatar á los Romanos el sacrificio temporal y volandero de sus pretensiones, y seguian renovando su juramento de homenaje á los sucesores de San Pedro y de Constantino, cabeza lejítima de la iglesia y de la república (45).

La pujanza concentrada de un consejo público, tuvo luego que disolverse en una poblacion desmandada, y los Romanos tuvieron luego que acudir á otra sistema mucho mas sencillo y brioso para su réjimen. Agolparon título y autoridad en un majistrado solo, con dos asociados ó compañeros y reelijiéndolos por años ó por semestres, quedaba contrarestado su poderio con la brevedad del plazo. Mas en aquel reinado casi momentaneo los senadores Romanos soltaban la rienda á su ambicion y su codicia. El interés de alcurnia ó de bandería atropellaba la justicia, y al castigar únicamente á sus enemigos, no podian contar con la obediencia ni aun de sus parciales. Cesó el esmero pastoral de los papas, y aquel desvío abortó la anarquía, con cuyo desengaño vinieron á palpar los Romanos que eran absolutamente incapaces de gobernarse y entonces peregrinaron en busca de aquella dicha que estaban desahuciados de hallar en casa. En el mismo siglo y por idénticos motivos, las mas de las repúblicas Italianas providenciaron un arbitrio, estrañísimo al parecer, pero adecuado á su situacion y acarreador de resultados imponderables (46) Fueron escojiendo en algun pueblo ajeno y amigo un majistrado imparcial, hidalgo y

pundonoroso, guerrero y estadista, aclamado por la nombradía en su país y en el ajeno en cuyas manos penian por cierto plazo la administracion suprema en paz y en guerra. Juramentos y firmas sellaban el contrato entre el gobernante ó mandarin y los súbditos ó gobernados; deslindando por ápices la duracion de su potestad, su competente sueldo, el temple y calidad de sus obligaciones. Juraban obedecerle como á su lejítimo superior, y él se comprometia á fe de caballero á desempeñar su cargo con la imparcialidad de un advenedizo y el afan de un patricio. Acompañaban cuatro ú seis caballeros ó juristas en armas y en justicia al *Podestá* (47); á sus espensas mantenia una comitiva decorosa de sirvientes y caballos: esposa, hijos y hermanos, quienes pudieran descaminarle de la entereza judicial, quedaban separados durante su desempeño; no le era lícito comprar tierras, contraer parentesco, ni aun aceptar hospedaje en casa de algun ciudadano, ni podia tampoco marcharse airosamente sin quedar satisfecho en residencia cabal por todos su pasos y operaciones.

Así sucedió, que á mediados del siglo XIII llamaron los Romanos de Bolonia al senador Brancaleone (48), cuya nombradía y merecimientos acaba de rescatar del olvido la pluma de un historiador inglés. Un miramiento pundonoroso por su propia reputacion y un concepto cabal de la dificultad suma de la empresa le retraen del eminente cargo; se suspenden los estatutos de Roma y se dilata aquel nuevo ejercicio hasta el plazo de tres años. El desenfreno de los malvados le tizna de inhumano; el clero le malicia de parcial; pero los amantes de la paz y del órden vitorean la entereza de aquel majistrado inflexible de cuya diestra estan recibiendo y paladeando aquellos logros peregrinos. Ningun desalmado arrastra á las claras, y ningun fementido burla recónditamente al senador justiciero. Sentencia y ahorca á dos nobles de la alcurnia Annibaldi, y arrasa inexorablemente en la ciudad y sus cercanías hasta ciento y cuarenta torres, guaridas todas de salteadores y forajidos. El obispo, como meramente tal, tiene que residir en su diócesis, y Brancaleone va tremolando su estandarte por las campiñas con pavor y escarmiento. A tanto afan corresponde inicuamente la ingratitud de un populacho indigno de la felicidad que está disfrutando. Los salteadores enfrenados para el beneficio público, incitan al vecindario Romano, quien depone y encarcela á su bienhechor y peligrara en estremo su vida á no atesorar Bolonia un rehen para su resguardo. El cuerdo senador antes de ponerse en camino requiere y consigue la prenda incontrastable de treinta individuos de las primeras familias de Roma. Con la novedad de aquel peligro consigue la esposa del agraviado que se afiancen y guarden mas estrechamente los rehenes, y Bolonia pundonorosamente comprometida, contraresta el disparo de un entredicho pontificio. Aquella resistencia caballerosa franquea á los Romanos tregua oportuna para relegar lo pasado con lo presente, y todos acompañan á Bran-

caleone de la cárcel al Capitolio, entre la algazara y las aclamaciones de un pueblo arrepentido. Lo restante de su gobierno fue siempre cabal y venturoso, y luego que la muerte acalló la emulacion, enterraron su cabeza en un vaso preciosísimo para colocarla en la cima de una columna de mármol. (49).

Ni la racionalidad, ni la virtud escudaban en Italia la eleccion mas acertada. En vez de un mero particular á quien tributaban obediencia voluntaria y pasajera, elejian los Romanos algun príncipe con potestad independiente para escudarlos contra todo enemigo, y aun contra ellos mismos. Cárlos de Anjú y de Provenza, el monarca mas esforzado y ambicioso de aquel siglo, acepta en el propio acto el reino de Nápoles y el cargo de senador por el pueblo Romano (50). Al atravesar la ciudad en su rumbo para la victoria recibe su juramento de vasallaje y hospeda en el palacio Lateranense, y en aquella breve visita amainó un tanto la bronquedad de su índole. Pero el mismo Cárlos esperimenta la inconstancia popular, saludando con la misma algazara á su competidor el desventurado Conradino, y un vengador poderoso aposentado en el Capitolio estremó las zozobras y los zelos en el ánimo de los papas. Dilatóse el término de su vida con la renovacion del plazo al tercer año, y el encono de Nicolás III precisó al rey siciliano á orillar el gobierno de Roma. Aquel pontífice imperioso en su bula, ó sea ley perene, se aferra en la validez, en la legitimidad, y ejercicio de la donacion de Constantino, no menos esencial para la paz de la capital que para la independencia de la iglesia; plantea la nueva eleccion de senador anual, y luego inhabilita para su desempeño espresa y terminantemente al emperador, á los reyes y príncipes y á todo individuo de esclarecida jerarquía (51). Deroga Martin IV aquella cláusula prohibitiva á favor suyo, quien anda solicitando rendidamente los votos del pueblo, en cuya presencia, y por su autoridad, dos electores confirieron no al papa sino al noble y leal Martin la dignidad de senador y administracion suprema de la república (52), para desempeñarla durante su vida natural, ejercitándola á su albedrío por sí mismo ú por medio de apoderados. El mismo dictado cupo á los cincuenta años al emperador Luis de Baviera, y entrambos soberanos reconocen la independencia de Roma, constituyéndose concejales en su propia metrópoli.

Los Romanos, en el arranque de su rebeldía, al inflamar Arnaldo de Brescia su ánimo contra la Iglesia, se esmeraron mañosamente en hermanar la privanza con el imperio, y en recomendarse con sus méritos y servicios por la causa del César. El contesto en el habla de los embajadores á Conrado III y Federico I, es un rasgo entreverado de lisonja y orgullo, la tradicion de una total ignorancia de su propia historia (53). Tras alguna queja por su silencio y desvío, estan exhortando al primero para que tramonte los Alpes, y pase á recibir la corona Imperial de sus manos.

« Suplicamos á vuestra Majestad, que en vez de menospreciarnos, por nuestra humildad, como hijos y vasallos, se sirva no dar oidos á los embates de nuestros comunes enemigos, que estan calumniando al senado, como opuestísimo á vuestro sólio, y siguen sembrando la semilla de la discordia, para recoger la miés de nuestro esterminio. El papa y el Siciliano se han unido en un enlace, para contrarestar nuestros fueros y vuestra coronacion. Con el auxilio del Señor, nuestro afan y nuestro teson rechazaron sus tentativas. Por asalto hemos venido á tomar casas y torres de sus parciales, enemigos y banderizos, y con especialidad los de Frangipani, y ahora unas estan en poder de nuestra tropa, y otras yacen absolutamente demolidas. Rompieron el puente Milvio; queda ya restablecido y fortificado para vuestro regreso, y puede vuestro ejército presentarse en la ciudad, sin que le ofendan desde el castillo de San Angelo. Cuánto hemos ya practicado y cuanto intentamos se encamina á vuestro honor y servicio, abrigando la esperanza leal, que acometeréis en breve, para volver por aquellos derechos que el clero se prepara á invadiros, reencumbrar el señorío del Imperio, y tramontar la nombradía y la gloria de vuestros antecesores. Así plantearéis vuestra residencia en Roma, la capital del orbe, dando leyes á la Italia y al reino Teutónico, remedando el ejemplo de Constantino y de Justiniano (54), quienes con la pujanza del senado y del pueblo, llegaron á empuñar el cetro de la tierra (55). » Pero aquellos anhelos esplendorosos y aleves no hallaron abrigo en el Franconio Conrado, cuya vista, clavada siempre en la Tierra Santa, falleció, sin visitar á Roma, á su regreso de la espedicion devota.

Su sobrino y sucesor, Federico Barbaroja, ansiaba mas la corona imperial, y ninguno de los herederos de Oton habia señoreado tan absolutamente la Italia. Cercado de sus príncipes seculares y eclesiásticos, recibe en sus reales de Sutri á los embajadores de Roma, quienes prorumpen allá en una arenga desenfadada y galana: « Inclinad vuestros oidos hácia la reina de las ciudades; acercaos con rumbo pacífico y amistoso al recinto de Roma, que por fin sacudió el yugo del clero, y se desvive toda por coronar la sien de su lejítimo emperador. Van á florecer de nuevo los tiempos primitivos. Acojed, bajo vuestros auspicios poderosos á la ciudad eterna, afianzad sus prerogativas, y abarcad con vuestra monarquía el mundo enfrenando sus demasías. No podeis ignorar, que allá en otros siglos, con la sabiduría del senado, con el valor y disciplina del órden ecuestre, fue dilatando el poderío de sus armas de Levante ó Poniente, allende los Alpes y por las islas del Océano. Mal hayan nuestros desbarros, y mal haya tambien la ausencia de nuestros príncipes, pues uno y otro nos han acarreado el olvido de la preciosa institucion del senado; yaciendo igualmente la cordura y la pujanza nuestra en el suelo.

Hemos resucitado aquel cuerpo y el órden ecuestre; los acuerdos del uno y las armas del otro estan prontos para el servicio de vuestra persona y de vuestro imperio. Dignaos oir la voz de la matrona Romana: —Gran huésped; ya sois mi ciudadano, de advenedizo transalpino, os elijo por mi soberano (56), y me entrego á vos, con cuanto es mio. Vuestra obligacion primera y mas sagrada se cifra en jurar y firmar, que estais pronto á derramar vuestra sangre por la república, que conservaréis en paz y justicia las leyes de la ciudad y los fueros de vuestros antecesores, y tendréis á bien galardonar con cincuenta mil libras de plata á los senadores que van á proclamar vuestros dictados en el Capitolio, y así con el nombre, mostrais el desempeño de Augusto.» Seguia mas y mas el caudal pomposo de la retórica latina, cuando Federico, mal hallado con tantísimo boato, atajó á los oradores con el desentono de la soberanía y el mando, y dijo: «Famosísimos, en verdad, fueron con su fortaleza y sabiduría los antiguos Romanos, y celebrara en el alma de que tamañas prendas descollaran ahora en vuestros pasos; pero la gran Roma, como todos los entes sublunares, adolece de los vaivenes del tiempo y de la suerte. Vuestras familias mas eminentes se trasladaron allá por Levante á la ciudad rejia de Constantino, y entre Griegos y Francos desaparecieron los restos de vuestra libertad y fortaleza. ¿Ansiais presenciar todavía la antigua gloria de Roma, el señorío, el ímpetu de los caballeros, la disciplina de los campamentos y el valor de las lejiones? aquí lo hallaréis todo en la república Alemana. No es un imperio desnudo y solitario, pues los realces y prendas del imperio, se avecindaron igualmente allende los Alpes en un pueblo mas benemérito (57), y, se emplearán en defensa vuestra, contando al mismo tiempo con vuestra obediencia. Os empeñais en que yo, ó mis antecesores, acudieron aquí por brindis de los Romanos; equivocais la espresion, pues no fue brindis, sino súplica. Carlomagno y Oton rescataron la ciudad de las garras de enemigos advenedizos y solariegos; las cenizas de vuestros libertadores allá descansan en nuestro país, despues de obtener por galardon el competente señorío, bajo el cual vivieron y murieron vuestros antepasados. Apelo á mi derecho de herencia y posesion, y ¿quién osará arrebatármelo de las manos? ¿No me estan aquí tremolando las banderas de una hueste poderosa é invencible? ¿Acaso las manos de Francos y Alemanes se debilitaron (58) con la edad? ¿soy vencido? ¿soy cautivo? Condiciones venís á imponer á vuestro amo; pedís juramentos; en siendo justas las condiciones, por demás estan los juramentos, y además son estos criminales, en siendo aquellas violentas. ¿Os cabe, por ventura, desconfiar de mi equidad? Está siempre abarcando hasta el ínfimo de todos mis súbditos. ¿No se desenvainará siempre mi espada en defensa del Capitolio? El mismo acero ha reincorporado el reino de Dinamarca en el imperio. Me venís

á deslindar los ámbitos y los objetos de mi dignacion, que está siempre derramando arroyos de inexhausta beneficencia. Todo se franqueará á los merecimientos comedidos, al paso que se negará todo á la desmandada importunidad (59). Ni emperador ni senado podian contener tan encumbradas pretensiones de señorío, ú de libertad. De mancomun con el papa, y receloso de los Romanos, continua Federico su marcha al Vaticano; hacen una salida del Capitolio, y perturban la coronacion; se traba refriega sangrienta, y prevalecen con su número y su pujanza los Alemanes, sin poderse acampar á su salvo, en presencia de una ciudad de que se apellida soberano. Doce años despues, sitia á Roma para sentar un antipapa en la cátedra de San Pedro, introduciendo por el Tiber doce galeras Pisanas; pero se salvan el senado y el pueblo con las mañas de una negociacion y los progresos de una epidemia, sin que ni Federico ni algun sucesor suyo repitiese ya el violento embate. Harto afanosos fueron sus reinados, con papas, cruzadas, la Lombardía y la misma Alemania; galanteando al contrario á los Romanos por su alianza, y Federico II ofrece en el Capitolio el estandarte mayor el *Caroccio* de Milan (60). Estinguida la alcurnia de Suabia, quedan desterrados allende los Alpes, y sus coronaciones postreras adolecen de la escasez y desvalimiento de los Césares Teutónicos (61).

En el reinado de Adriano, cuando el imperio abarcaba el Eufrates y las playas del Océano, y por otra parte el Monte Atlas y las cumbres Grampias, un historiador de número (62) embelesaba á los Romanos retratándoles sus guerras primitivas. « Hubo un tiempo, » dice Floro, « cuando Tibur y Preneste eran nuestros, donde nos recreamos ahora veraneando, eran el blanco de votos amenazadores en el Capitolio, cuando mirábamos despavoridos las sombrías selvas Aricias, cuando triunfábamos ufanísimos sobre aldehuelas *anónimas* de los Sabinos y de los Latinos, y hasta Corioli podia suministrar un dictado decoroso ó un caudillo vencedor. » Empapábase el engreimiento de sus contemporáneos en contraponérsenos de lo pasado con la actualidad; humilláronse hasta lo sumo, con la perspectiva de lo venidero, con la profecía de que á los mil años, Roma, apeada de su imperio y estrechada en sus linderos orijinales, tendria que renovar hostilidades idénticas, en los mismos sitios, condecorados con sus circos, con sus quintas y pensiles. El territorio antiguo por ambas orillas del Tíber, ya se incorporaba, ya se prescindia únicamente, con el patrimonio de San Pedro; mas los barones se fueron agraviando de una independencia desaforada, y los pueblos todos anduvieron remedando con sobrado empeño los alborotos y desavenencias de la capital. En los siglos XII y XIII los Romanos estuvieron mas y mas forcejeando por avasallar ó esterminar á los súbditos contumaces de la Iglesia ó del senado, y cuando el papa enfrenaba sus desafueros ambiciosos, solia á veces

enardecer sus ímpetus asociándoles las armas espirituales. Sus campañas venian á ser las de los primeros cónsules y dictadores, quienes desempuñaban la esteva para blandir el baston de mando. Juntábanse armados al pié del Capitolio; se disparaban por las puertas; encendian ó arrebataban las mieses de los vecinos, trababan refriegas, revueltas, y regresaban tras una espedicion de quince ó veinte dias. Dilatados y torpísimos eran sus sitios, y en saliendo victoriosos todo era ruindad y desenfreno, zelos bastardos y venganzas atroces, y en vez de aclamar el denuedo, se ensañaban contra sus enemigos desventurados. Los cautivos en camisa, con una soga al cuello, pedian perdon rendidamente; fortaleza y edificios de todo pueblo competidor quedaban arrasados, dispersando á sus moradores por las aldeas cercanas; y así sucedió, que las quintas de los cardenales obispos, Porto, Ostia, Albano, Túsculo, Preneste, Tibur ó Tívoli fueron quedando asoladas con las hostilidades desenfrenadas de los Romanos (63). De estas Porto (64) y Ostia, las llaves del Tíber yacen todavía yermas; rebaños de búfalos cuajan sus pantanos, y el rio fenece inservible para el comercio y la navegacion. Las lomas que están brindando con umbrío albergue contra los destemples de la otoñada, rien de nuevo con los halagos de la doncella Frascati entre los escombros de Túsculo. Tibur ó Tívoli recobró los triunfos de ciudad (65); y los pueblos menores de Albano y Palestrina campean condecorados con los palacios de cardenales y príncipes de Roma. Solian los pueblos comarcanos atajar aquel afan asolador de los Romanos; en el primer sitio de Tibur los arrojaron de su campamento, y las batallas de Túsculo (66) y Viterbo (67) pudieron parangonarse respectivamente á los campos memorables de Trasimeno y de Canas. En la primera de estas guerras menores, mil caballos Alemanes arrollaron y estrecharon á treinta mil Romanos, y con aquel destacamento enviado por Federico Barbaroja en auxilio de Túsculo, podemos computar atinadamente hasta tres mil muertos y dos mil prisioneros. Marchan sesenta y ocho años despues con todo el vecindario, contra Viterbo en el estado eclesiástico; por una combinacion estraña las águilas teutónicas se mezclan en ambas partes con las llaves de San Pedro, y los auxiliares del papa pelean á las órdenes de un conde de Tolosa y un obispo de Winchester. Quedan los Romanos mal parados y con grandísimo descalabro; pero sin duda aquel prelado inglés, con vanidad de peregrino, abultó la pérdida enemiga hasta treinta mil hombres, siendo cien mil en la batalla. Si con el recobro del Capitolio revivieran la política del senado y la disciplina de las lejiones, la situacion desavenida de la Italia pudo proporcionar segunda conquista. Pero los Romanos, sin *sobresalir* en armas entre los demás estados, desmerecian mucho en las demás artes, respecto de los estados comarcanos. Ni sus arranques diversos tuvieron consistencia; tras algunas salidas descon-

certadas, se sumieron en su desidia nacional, hasta el punto de orillar toda institucion militar, valiéndose desairada y peligrosamente de advenedizos asalariados.

Zizaña de prontas y ajigantadas creces viene á ser la ambicion en el viñedo de Jesu Cristo. Batallaron por la cátedra de san Pedro, bajo los primeros príncipes Cristianos, votos, cohechos y violencias abortos muy propios de toda eleccion popular; mancilló la sangre los santuarios de Roma, y desde el siglo III hasta el XII, el desenfreno de cismas frecuentes solia desgarrar el regazo de la Iglesia. Mientras la apelacion definitiva del majistrado civil zanjaba, pasajeros y locales eran aquellos trastornos, pues equidad ó privanza deslindaban el merecimiento, y el competidor destronado no alcanzaba á causar disturbios duraderos contra el triunfo del agraciado. Pero desentendiéndose los emperadores de aquella prerogativa, luego que se arraigó aquella máxima de que el vicario de Jesu Cristo vive inmune de todo tribunal terrestre, á cada vacante de la sagrada silla peligraba la Cristiandad entera con vaivenes y contiendas. Las pretensiones de cardenales ó del clero inferior, de nobles y plebeyos, eran confusas y controvertibles; las asonadas de un jentío que no conocia entonces superior arrollaban toda libertad en la eleccion. Fallecia el papa, y allá se dividian los bandos, para proceder cada cual en su iglesia, á su nombramiento respectivo. El número y peso de los votos, la anterioridad del tiempo y el merecimiento de los candidatos se iban mutuamente contrapesando; el clero de mas suposicion solia dividirse, y los príncipes remotos, doblegándose ante el solio espiritual, no alcanzaban á diferenciar el ídolo bastardo del puro y lejítimo. Acontecia, que los mismos emperadores eran los causantes del cisma, por el móvil personal de contrarestar con un pontífice amigo al opuesto, y todos los competidores tenian que aguantar los embates de sus contrarios, quienes ajenos de todo remordimiento, echaban el resto en cohechar á los codiciosos del caudal ó de medros. Afianza Alejandro III (68) una sucesion pacífica y certera, aboliendo para siempre los votos atumultuados del clero y la plebe, y vincula únicamente en los cardenales reunidos el derecho de eleccion (69). Con aquel fuero importantísimo se deslindan las tres órdenes, de obispos, sacerdotes y diáconos; encabeza la clase el clero parroquial de Roma; se entresaca indistintamente de todas las naciones de la Cristiandad, y se prescinde allá del título y el ejercicio para obtener las prebendas mas pingües y las mitras preferentes. Los senadores de la Iglesia católica, los coadjutores y legados del supremo pontífice vestian púrpura, como símbolo de martirio y de mando; aspiraban á igualarse altaneramente con los mismos reyes, y su señorío se estaba realzando con la cortedad del número, que hasta el reinado de Leon X, por maravilla escedia de veinte á veinte y cinco individuos. Con este ar-

reglo quedó atajada toda duda y remediado todo escándalo, desarraigándose ya tan completamente el jérmen de cualquiera cisma, que en un plazo de seis siglos, tan solo una vez se ha duplicado la eleccion, y dividido la unidad del sagrado colejio. Pero teniendo que necesitar dos tercios del total de votos, ha solido dilatarse el nombramiento con el interés personal y las inclinaciones de los cardenales; y al ir así estendiendo su reinado independiente, carecia el mundo cristiano de cabeza. Medió un claro de cerca de tres años hasta la eleccion de Gregorio X, quien acordó precaver para siempre igual trastorno, y su bula, tras algun contraresto, queda ya embebida en el código de las leyes canónicas (70). Las exequias del papa difunto duran un novenario, en cuyo plazo tienen que acudir los cardenales ausentes; al décimo dia, quedan todos encarcelados, cada uno con su sirviente, en una misma vivienda ó *cónclave*, sin separacion alguna de pared ó cortinaje; queda abierta una ventanilla para introducir lo necesario, pero la puerta permanece siempre cerrada por dentro y por fuera, y custodiada por los majistrados de la ciudad, para tenerlos absolutamente incomunicados. Si la eleccion no se realiza al tercer dia, el boato de su mesa viene á reducirse meramente á un solo plato tanto al medio dia como por la noche, y á los ocho dias, se les apresura con la estrechez de pan y agua, y algun sorbo de vino. Mientras vaca la santa Sede, no perciben renta los cardenales, ni les compete el réjimen de la iglesia, no mediando urjencia estrechísima: se anula terminantemente todo convenio y promesa entre los electores, robusteciendo su pundonor con un juramento solemne y las plegarias de los Católicos. Se han ido luego ensanchando algunos puntos de esa estrechísima rijidez, pero la disposicion fundamental del encierro, sigue en su cabal pujanza; y como les urjen los móviles de la sanidad y desahogo, procuran salir ejecutivamente del trance, y con la mejora de bolas y reserva, se encubren los votos tras un velo vistoso de humanidad y constancia (71) durante el cónclave (72). Por medio de estas nuevas instituciones, vinieron á quedar los Romanos escluidos de toda participacion en el nombramiento de su príncipe y obispo, y en medio de aquel afan calenturiento de su libertad volandera y desenfrenada, vinieron como á desentenderse de aquel malogro tan sumamente trascendental. Resucita el emperador Luís de Baviera el ejemplar del grande Oton. Tras alguna negociacion con los majistrados, se junta el pueblo Romano (73) en la plaza de san Pedro; el papa de Aviñon, Juan XXII, queda depuesto, y la eleccion del sucesor queda consentida y ratificada con aplauso. Votan libremente una ley nueva, disponiendo que su obispo nunca ha de estar ausente de Roma, sino á lo sumo tres meses al año, y aun aquellos á tres jornadas de la capital, y en no regresando á la tercera intimacion, quedaba el sirviente público degradado y despedido (74). Mas olvidó Luís

su propia flaqueza y las vulgaridades de aquel tiempo, pues fuera del ámbito del campamento Aleman, queda desechado aquel vestiglo inservible, menosprecian los Romanos su propia obra; implora el anti-papa la comiseracion del soberano lejítimo (75), y el derecho esclusivo de los cardenales se robustece incontrastablemente con este embate intempestivo.

Si se celebrara siempre la eleccion en el Vaticano, nadie atropellara á su salvo los derechos del senado y del pueblo. Mas los Romanos olvidadizos quedaron tambien olvidados en ausencia de los sucesores de Gregorio VII, quienes no acataron como mandato divino su residencia ordinaria en la ciudad y su diócesis. El afan por su obispado era de menos entidad que el gobierno de la iglesia universal; no podian los papas complacerse en una ciudad, donde solian padecer contrarestos en su autoridad y desacatos en sus personas. Acosados por los emperadores, y comprometidos en guerras por Italia, tramontaron los Alpes, en busca del regazo paternal de Francia; se salvaron cuerdamente de los alborotos de Roma, para desahogarse á su placer por las campiñas placenteras de Anagni, Peragia, Viterbo y demas pueblos comarcanos. Agraviada y empobrecida la grey con la ausencia del mayoral, tenia este que acudir al llamamiento tal vez algun tanto ceñudo, que le advertia, como san Pedro habia sentado su cátedra en Roma, y no en aldeas arrinconadas, para gobernar desde la capital del mundo; amagando además ferozmente con una marcha asoladora del vecindario contra el sitio ú pueblo que le franquease retirada. Regresaban con trémula obediencia, y recibian por saludo el anuncio de una deuda crecida, de todo el menoscabo acarreado por su ausencia, los alquileres de vivientes, la venta de abastos, y los varios desembolsos de sirvientes y advenedizos que acarreaba la corte (76). Tras un breve plazo de sosiego y tal vez de autoridad, nuevas asonadas los volvian á desterrar, y tenian que regresar otra vez con intimaciones repetidas é imperiosas, ó por lo menos por las instancias encarecidas del senado. En aquellas retiradas eventuales de los desertores ó fujitivos del Vaticano, solian no desviarse en demasía, ni por largo plazo de la capital; pero á principios del siglo XIV, el sólio apostólico se trasladó, al parecer para siempre, del Tiber al Ródano, y la causa de aquella emigracion se deja inferir de la contienda sañuda de Bonifacio VIII con el rey de Francia (77). Los tres estados de mancomun rechazaron las armas espirituales de la escomunion y el entredicho, escudándose con las inmunidades de la iglesia Galicana; mas no se hallaba el pontífice aparatado contra las armas efectivas de que Felipe el Hermoso se atrevió á echar mano. Hallábase el papa, sin zozobra, en Agnani, y le asaltan trescientos caballos, alentados reservadamente por Guillermo de Nogaret, ministro de Francia y Sciarra Colonna, de alcurnia esclarecida,

pero enemigo de Roma. Huyen los cardenales, el vecindario de Agnani se aquilata con protestas de agradecimiento; pero el intrépido Bonifacio, desarmado y solo, se sienta en su sillon, y está esperando, como allá los padres conscritos, las espadas de los Galos. Nogaret, como contrario advenedizo, se contenta con ejecutar las órdenes de su soberano; pero la enemistad nacional de Colonna lo desacata con baldones y golpes, y por los tres dias de encierro, las tropelías cometidas contra el punto indefenso, está su vida amenazada. Aquella demora impensada, va dando tregua y aliento á los parciales de la Iglesia, quienes lo rescatan de tan sacrílego desenfreno; pero aquella alma endiosada, quedó mal herida en sus intimas entrañas, y Bonifacio espera en Roma con ímpetus frenéticos de saña y de venganza. Los vicios las pasiones de orgullo y avaricia están todavía tiznando su memoria, y luego le faltó el denuedo de mártir para encumbrarse, como campeon eclesiástico, al timbre de santo, pecador magnánimo, (dicen las crónicas de aquel tiempo) que se introdujo como zorra, reinó como leon, y vino á morir como un perrillo. Sucedióle Benedicto XI, apacible sin segundo. Escomulgó sin embargo á los desalmados emisarios de Felipe, y con una maldicion pavorosa aterró el pueblo de Anagni, cuyo escarmiento está viendo todavía la muchedumbre supersticiosa (78).

Muere, y se amaña la bandería francesa, y arrolla la suspension del dilatado cónclave. Se hace y se acepta un ofrecimiento halagüeño; á saber, que en el término de cuarenta dias elijiesen uno de los tres candidatos nombrados por sus contrarios. El arzobispo de Burdeos, enemigo furibundo de su rey y de su patria, encabeza la lista; mas todos odian su ambicion; pero allá corria mas y mas, en pos de la fortuna y de las órdenes de un bienhechor, quien sabe por un mensajero velocísimo que la eleccion del pontífice para en sus manos. Se avienen reservadamente, y todo el negocio y se redondea con tal actividad y sigilo, que el cónclave unánime proclama á Clemente V (79). Pásmanse los cardenales de ambos partidos, con la intimacion de que lo acompañen allende los Alpes, de donde, como luego lo averiguan, no les cabe esperanza de regreso. Estaba comprometido, espresa y gustosamente, á plantear su residencia en Francia; y despues de ir culebreando con su corte por el Portú, y la Gascuña, y aniquilando con sus gastos las ciudades y conventos de su tránsito, hace por fin alto en Aviñon (80), que floreció luego por mas de setenta años (81) como sólio del pontífice Romano y metrópoli de la Cristiandad. Accesible es el solar de Aviñon, por mar, por tierra y por el Ródano y por donde quiera; pues no desmerecen las provincias meridionales de Francia respecto la misma Italia: descuellan palacios nuevos para viviendas del papa y de los cardenales: y los tesoros de la Iglesia van luego atrayendo las promesas del boato. Estaban ya

poseyendo el territorio contiguo, el condado Venesino (82), paraje fértil y populoso, cuya soberanía compró despues Juana, reina primera de Nápoles y condesa de Provenza, en su mocedad y sus conflictos, por el precio bajísimo de ochenta mil florines (83). A la sombra de la monarquía francesa, en medio de un pueblo sumiso, disfrutaron los papas un señorío decoroso y sosegado, de que habian estado siempre muy ajenos; pero estaba la Italia llorando su ausencia, y Roma, en solitario desamparo, debia arrepentirse de aquel indómito desafuero que arrojó del Vaticano al sucesor de san Pedro. Tardío é infructuoso fue su arrepentimiento, pues al fallecimiento de los vocales ancianos, el sagrado colejio vino á cuajarse de cardenales franceses (84), que miraban á Roma y la Italia con odio y menosprecio, y fueron perpetuando la serie de papas nacionales y aun provinciales, adictos con vínculos indisolubles á su patria.

Va progresando la industria y enriquece mas y mas las repúblicas Italianas, la temporada de su libertad es el período mas floreciente de su poblacion y agricultura, de sus fábricas y su comercio, y sus faenas mecánicas se fueron remontando hasta los aires mas primorosos del númen y de la elegancia. Menos favorable fue siempre la situacion de Roma, y menos productivo su terreno; yace su vecindario en la suma desidia, y se engrie con una presuncion desatinada; empapándose en la aprension de que el tributo de los súbditos tenia que alimentar á la capital de la iglesia y del imperio. Aquella procesion incesante, aquel jentío revuelto de peregrinos que estaba á toda hora acudiendo al sagrario de los Apóstoles, fomentaba hasta lo sumo aquella preocupacion, y el postrer legado de los papas, el invento del *Año Sagrado* (85), redundaba en menos beneficio del vecindario que del clero. Con el malogro de la Palestina, venia á carecer de objeto el don de la induljencia plenaria, determinadamente á las cruzadas, y el tesoro mas precioso de la iglesia, quedó desviado, por mas de ocho años de la circulacion jeneral. El teson de Bonifacio VIII abre un nuevo cauce, y cohonesta un tanto los achaques de la ambicion y de la avaricia, y su intencion es adecuada para resucitar los juegos seculares que se solemnizaban en Roma al fin de cada siglo. Para internarse sin continjencia en la creencia popular, se pronuncia oportunamente un sermon, se propaga estudiadamente un caso, se aprontan testigos ancianos, y en el año de mil y trescientos, se atropella el jentío de fieles en la iglesia de san Pedro, pidiendo la induljencia *acostumbrada* del tiempo santo. El pontífice, que estaba acechando y fogueando su impaciencia fervorosa, queda al punto persuadido, con testimonios irrefragables, de la justicia de aquella demanda; y entonces pregona su absolucion plenaria á todo católico, que en el discurso de aquel año, y en cualquiera otra ocasion semejante, visitase devotamente las iglesias apostólicas de san Pedro y san Pablo. Suena y resuena el eco

halagüeño por toda la Cristiandad; y al pronto de las provincias cercanas de Italia, y luego de los reinos lejanos de Hungría y Bretaña, se cuajan los caminos de enjambres de advenedizos que marchan en romería á purgar sus pecados con aquel viaje costoso é incomodísimo, pero que desde luego descarga de todo servicio militar. Toda escepcion de jerarquía ó sexo, de edad ó achaque, viene á quedar olvidada en aquel embaucamiento jeneral; yaciendo por las calles y las iglesias varios individuos, hollados de muerte con el arrebato de su devocion. No cabe computar acertadamente su número, abultándolo tal vez mañosamente el clero, muy enterado de la trascendencia contagiosa del ejemplo. Mas un historiador esmerado nos asegura, habiendo presenciado el caso, que por aquella temporada, jamás estuvo Roma sin doscientos mil advenedizos, y otro testigo fija en dos millones el concurso total del año. Una ofrenda baladí por cada individuo, agolpaba un tesoro rejio; y dos clérigos estaban noche y dia con sus copas en las manos, para recibir sin contar los puñados de oro y plata, que se iban aprontando tanto al mismo altar de san Pablo (86). Era dichosamente una temporada de paz y abundancia, y si escaseaba el pienso, y si hosterías y posadas eran carísimas, Bonifacio echó el resto de su política en abastecer de pan, vinos carnes y pescados el pueblo, estimulando así la codicia del vecindario. Toda opulencia casual desaparece en una ciudad sin comercio, ni jénero alguno de industria; pero la avaricia y la envidia de la jeneracion siguiente solicitó de Clemente VI, (87) la anticipacion del plazo todavía remoto del siglo. Graciable el pontífice, condesciende con sus anhelos; y proporciona á Roma este consuelo baladí por sus quebrantos, procurando abonar aquella mudanza con el nombre y la práctica del Jubileo Mosaico (88). Acude el orbe á su llamamiento, y número, fervor y desembolso de peregrinos competen con la funcion primitiva. Mas luego padecen las tres plagas de guerra, peste y hambre: casadas y doncellas viven llorando tropelías, muchos advenedizos quedan despojados y aun muertos por el desenfreno de los Romanos, tanto en caminos como en aldeas y pueblos de consideracion, ajenos de todo miramiento con la ausencia de su obispo (89). Impacientes los papas van reduciendo aquel plazo á cincuenta, treinta y tres y veinte y cinco años, aunque el segundo de aquellos términos cuadra con la edad de Jesu Cristo. Hierven induljencias, se desmandan acá y allá Protestantes, mengua la superstición y todo redunda en menoscabo del jubileo; pero hasta el año décimonono y última festividad, es tambien una temporada de recreo y ganancia para los Romanos, y una sonrisa afilosofada no ha de intentar un disparo contra el triunfo del sacerdocio y la holganza del pueblo (90).

A principios del siglo undécimo está la Italia padeciendo la tiranía feudal, igualmente opresiva para los mismos señores que para el pueblo.

Asoman repúblicas que vuelven por los fueros de la humanidad, y así se esplaya la libertad desde el centro de la ciudad hasta los paises comarcanos. Quiébrase la espada del noble; se desahoga la servidumbre; se arrasan castillos; se entablan sistemas sociales y justicieros; la ambicion atropelladora tiene que avenirse á honores meramente concejiles, y aun en las aristocracias altaneras de Jénova y Venecia, tiene todo patricio que avenirse á los ámbitos de la ley (91). Pero el gobierno endeblillo y desquiciado de Roma no alcanza á doblegar la rebeldía de sus hijos, despreciadores de sus majistrados, dentro y fuera de sus muros. No es ya contienda de nobles y plebeyos por el mando; los barones armados pelean por su independencia personal; fortifican sus palacios ó castillos contra cualquiera sitio, y su comitiva y sus vasallos estan sosteniendo sus belicosas demasías. Son de suyo advenedizos, y se desentienden allá de todo miramiento cariñoso por la patria (92). Un Romano castizo, si tal fenómeno era dable, debiera rechazar á todo estraño altanero, que menospreciaban el dictado de ciudadanos, y se apellidaban engreidamente príncipes de Roma (93). Con tanto vaiven, á cual mas odioso, no queda memoria de alcurnias particulares; ni hay asomo de sobrenombres; la sangre de mil naciones jira revuelta por todas las venas; Godos y Lombardos, clérigos y Francos, Alemanes y Normandos, todos se habian ido apoderando de lo mas ameno y productivo por concesion réjia ó prerogativa de su valentía. Estos ejemplares no admiten estrañeza, pero el encumbramiento de la ralea Judaica á la jerarquía de senadores, no tiene cotejo en el dilatado cautiverio de aquel desventurado y errante pueblo (94). En el reinado de Leon Noveno, un rico y erudito Judío quiso cristianizarse, condecorándose con el nombre de su padre espiritual, el mismo papa. El afan y el aliento de Pedro, ahijado de Leon, descollaron en la causa de Gregorio VII, quien le confió, como á leal prosélito, el gobierno de la mole Adriana, la torre de Crescencio, ú como se llama en el dia de San Angelo. Crecida es la prole, tanto del padre como del hijo; sus riquezas, producto de la usura, trascendian á las familias principales de la ciudad, y su parentela era tan inmensa, que el nieto del prosélito vino á encumbrarse hasta el sólio de San Pedro. La mayoría del clero y del pueblo sostienen su causa; reina por algunos años en el Vaticano, y tan solo por la elocuencia de San Bernardo y el triunfo final de Inocencio II, ha venido á quedar Anacleto tiznado con el baldon de anti-papa. Con su descalabro y muerte, no asoma ya la posteridad de Leon, y ninguna familia moderna apetece entroncarse con la cepa hebrea de Leon. No es de mi instituto el ir empadronando las alcurnias Romanas que vinieron á fenecer en épocas diversas, ni tampoco las que ahora mismo siguen brillando en la sociedad (95). El linaje antiguo y consular de los *Frangipanes*, está demostrando su apellido con el acto

caballeroso de rapartir pan en temporada de hambre, y es seguramente mas esclarecido aquel rasgo, que el de haber encerrado con su parentela de los *Corsis,* un barrio dilatado de la ciudad con las cadenas de su fortificacion: los *Sabellis*, al parecer de alcurnia Sabina, conservan su señorío primitivo: el apellido ya trascordado de los *Capizuchis* se lee estampado en las primeras monedas de los senadores; los *Contis* gozan de su timbre, aunque sin estados, de condes de Signia, y los *Annibaldi,* serian harto ignorantes, ó muy comedidos, sino acertaran á entroncarse con el prohombre Cartajinés (96).

Pero en la grandeza, ó sobre ella, se remontan las alcurnías competidoras de *Colonas* y *Ursinos,* cuya historia peculiar, es parte esencial en los anales de Roma moderna, y debe su fama de etimolojía muy dudosa al nombre y las armas de los Colonas (97); y oradores y anticuarios se ceban en el pilar Trajano, en las columnas de Hércules, y en la columnilla de los azotes de Jesucristo; y aun allá en el columnon centellante que fue guiando á los Israelitas por el desierto. Desde su primer albor histórico, en el año de mil ciento y cuatro, descuellan el poderío y la antigüedad, significando sencillamente el objeto de aquel nombre. Los Colonas, usurpando á Cava se acarrearon las armas de Pascual II, pero poseian lejítimamente en las campañas de Roma los feudos hereditarios de Zagarola y *Colona,* y esta última asomaria realzada con algun pilar elevado, resto tal vez de alguna quinta ó templo (78). Estaban tambien poseyendo la mitad de la ciudad vecina de Túsculo, muestra patente de su ascendencia hasta los condes de Túsculo, que en el siglo tiranizaron la silla apostólica. Segun la opinion jeneral, y aun la propia, la cepa remota y primitiva salia de las márjenes del Rin (99), sin que los soberanos de Alemania se empachasen de aquel entronque positivo ú soñado, que en el jiro dilatado de siete siglos sabia sobresalir con el mérito, y siempre con sus haberes (100). A fines del siglo trece, la rama principal se componia de un tio y seis hermanos, todos esclarecidos en armas ó en prebendas eclesiásticas. Entre ellos, Pedro, ascendió á senador en Roma, subió al Capitolio en carro triunfal, y fue saludado en alguna fútil aclamacion con el dictado de César; al paso que Juan y Estevan fueron daclarados marqués de Ancona y conde de Romaña por Nicolás IV, apadrinador tan estremado de la alcurnia, que se le ha delineado en retratos satíricos así como emparedado en un pilar grueso (101). A su muerte los modales altaneros acarrearon á todos el enojo de encargos sangrientos é implacables. Ambos cardenales, tio y sobrino, tildan la eleccion de Bonifacio VIII, y los Colonas se vieron acosados, por algun tiempo, con armas temporales y espirituales (102). Proclama una cruzada contra sus enemigos personales; confisca sus estados; sitia por ambas orillas del Tiber sus fortalezas; con las tropas de San Pedro y de la nobleza competidora, y tras la asolacion de

Palestrina y de Preneste, su posesion principal, y aran sus escombros, en demostracion de su ruina perpetua. Desdorados, proscritos, deterrados, las seis hermanos, siempre con disfraces y siempre espuestísimos, vagan por Europa, mas ó menos esperanzados de su recobro y su venganza. En tan desastrada situacion la corte de Francia es su arrimo mas poderoso; demuestran y encabezan la empresa de Felipe, y no podríamos menos de elojiar su magnanimidad, si acatara la desventura y el esfuerzo de un tirano rendido. Anula el pueblo Romano todas sus actas civiles, restableciendo sus haberes y timbres á los Colonas, y se deja conceptuar su importe por los cien mil florines de oro que se les asignan por sus quebrantos, contra la herencia del difunto. Quedan abolidas todas las censuras y tachas (103) por sus cuerdos sucesores, y la prosperidad de la alcurnia florece mas y mas con aquel huracan pasajero. Sobresale el denuedo de Sciarra Colonna en el apresamiento de Bonifacio, y despues en la coronacion de Luís de Baviera, y el emperador agradecido decreta una corona, por via de realce, sobre el pilar de sus armas. Pero campea sobre toda la familia Estevan, á quien el Petrarca ensalza y sobrepone como prohombre muy superior á sus propios tiempos, y dignísimo de la antigua Roma. Con la persecucion y el destierro resplandeció mas y mas ante todas las naciones por su desempeño en paz y en guerra, y aun en su mismo conflicto era objeto, no de lástima, sino de acatamiento, pues en medio del sumo peligro, espresaba su nombre y su patria, y al preguntarle ¿en dónde para ahora vuestra fortaleza? se ponia la mano en el pecho y respondia: « Aquí. » Arrostró con la misma pujanza el regreso de la prosperidad y hasta el estremo de su edad menoscabado, sus antepasados, él mismo, y la descendencia de Estevan realzaban su grandeza en la república Romana y en la corte de Aviñon. II. Pasaron los Ursinos de Spoleto (104); los hijos de Ursa, como se les apellida en el siglo XII, descendientes de algun personaje, que se conoce únicamente por cabeza de la alcurnia. Pero descollaron luego en la nobleza de Roma, por el número y la valentía de la parentela, la grandiosidad de sus torres, el blason de sus senadores y cardenales, y el ascenso de dos papas, Celestino y Nicolás III, de su mismo nombre y linaje (105). Hay que tildar sus riquezas, como abuso muy positivo del nepotismo. El espléndido Celestino se arrojó á enajenar estados de San Pedro á favor de los suyos, y Nicolás estuvo ansiando entroncar con monarcas, fundar reinos muevos en Lombardía y Toscana, y revestir á sus parientes con la senaduría perpetua de Roma. Cuanto queda espresado acerca de las grandezas de los Colonas, recae en realce de los Ursinos sus antagonistas denodados y en suma iguales, en su encono dilatado y hereditario, que estuvo por mas de dos siglos desgarrando el estado eclesiástico. El fundamento positivo de su contienda era el contraresto por

la preminencia; aparentando una prenda centellante y distintiva, prohijaron los Colonas el nombre de Ghibelinos y el bando del imperio; y los Ursinos empadronaron el de Guelfos, con la causa de la iglesia. Tremolaban en los pendones encontrados el águila y las llaves, y ambas facciones se desenfrenaban mas y mas por la Italia, cuando ya el orijen y el jaez de la contienda yacian por mucho tiempo olvidados (107). Retirados allá en su Aviñon los papas peleaban todavía mas y mas por la república vacante, y los estragos de la discordia seguian y se perpetuaban, con el empeño mezquino de nombrar los senadores al año. Asolábanse pueblos y comarcas con las hostilidades particulares, y la balanza siempre movible fluctuaba alternativamente con mutuas ventajas ó menoscabos. Pero ningun individuo de entrambas familias habia venido á fenecer de mano airada, hasta que el campeon mas descollante de los Ursinos, fue sorprendido y muerto por el menor de los Colonas Estevan (108). La fealdad de quebrantar la tregua tiznó aquel triunfo, y se acudió ruinmente á vengar el descalabro con los asesinatos, á la misma puerta de la iglesia, de dos niños inocentes y dos criados. Pero Colona victorioso, con su compañero anual, quedó declarado senador de Roma por espacio de cinco años; y la muerte del Petrarca entonó el anhelo, la esperanza y la profecía de que el gallardo mancebo, hijo de un héroe incomparable, iba á restablecer en Roma y en Italia la gloria antigua; que su justicia habia de esterminar los lobos y los leones, las serpientes y los *osos*, que se empeñaban en derrumbar hasta los cimientos la COLUMNA eterna de mármol (109).

NOTAS

correspondientes al capítulo sexagésimonono.

(1) El abate Dubos, quien con menos desempeño que su posterior Montesquieu, ha defendido y abultado el influjo del clima, se hace cargo de la bastardía actual de Romanos y Bátavos; replicando en cuanto á los primeros: 1. Que el cambio es mas aparente que efectivo, y que los Romanos modernos se reservan allá cuerdamente en el interior los ímpetus de sus antepasados. 2. Que el ambiente, el suelo y el clima de Roma

han padecido una alteracion suma y patente (Reflexiones sobre la Poesía y la Pintura, part. II. sect. 16.).*

(2) Con motivo de nuestra larga ausencia de Roma, se me ofrece encargar á los Jenoveses que repasen con algun esmero el capítulo XIX de la historia presente, con etc.

(3) La coronacion de los emperadores de Alemania en Roma, y con especialidad por el siglo undécimo sale mas bien á luz en Muratori (Antiq. Italiæ medii Ævi, tom. I. disert. II. p. 99. etc.) y en Cenni (Monumento Domin. Pontif., tom. II. disert. VI. etc.), aunque solo puedo hablar del último por los estractos estensos de Schmidt (Hist. des Allemands, tom. III. p. 255. etc.).

(4) Exercitui Romano et Teutonico. El segundo se vió y se esperimentó, mas el primero venia tan solo á ser magni nominis umbra.

(5) Véase Muratori la serie de las monedas pontificias (Antiquitat. en varios pasos) y tan solo halla dos anteriores al año 800; quedan todavía cincuenta desde Leon III hasta Leon IX, con la adicion del emperador reinante; ninguna queda de Gregorio VII y Urbano, pero en las de Pascual II no asoma rastro de aquella pendencia.

(6) Véase Ducange, Gloss. mediæ et infimæ Latinitat, tom. VI. p. 364. etc. STAFFA. Se tributaba aquel homenaje á los arzobispos por los reyes, y por los vasallos á sus señores, (Schmidt, tom. III. p. 262.), era maña de los Romanos el barajar la sujecion filial con la feudal.

(7) El fervor de San Bernardo se está lamentando de las apelaciones de todas las iglesias al pontífice Romano (de Consideratione, l. III tom. II. etc, edicion de Mabillon, Venecia 1750) y el juicio de Fleury (Discours sur l'Hist. Eclesiast. IV y VII. Pero el Santo, gran creyente de las falsas Decretales, condena únicamente el abuso de aquellas apelaciones, el historiador mas despejado escudriña el orijen y desecha los príncipios de la nueva jurisprudencia.

(8) Germanici.... summarii non levatis sarcinis onusti nihilominus repatriant inviti Novares! quando hactenus aurum Roma refudit? Et nunc Romanorum consilio id usurpatum non credimus (Bernard de Consideratione, l. III. etc.) Coufusas estan las voces primeras, y probablemente alteradas en este pasaje.

(9) Quand les sauvajes de la Louisiane veulent avoir du fruit, ils coupent l'arbre au pied et cueillent le fruit. Voilà le gouvernement despotique. (Esprit des Lois, l. V. c. 13.); las pasiones y la ignorancia son siempre despóticas.

* Se ventila esta cuestion estensamente en la Historia de Roma por Arnold c. XXIII. Véase igualmente la Disertacion de Bunsen, sobre l'Aria Cattiva. Descripcion de Roma p. 82, 108. — M.

(10) Juan de Salisbury en una conversacion desahogada con su paisano Adriano IV, tizna la codicia del papa y su clero : Provinciarum deripiunt spolia, ac si thesauros Crœsi studeant reparate. Sed recte cum eis agit Altíssimus, quoniam et ipsi aliis et sæpe vilissimus hominibus dati sunt in direptionem (de Nugis Curialium, I. VI. etc.). En la pájina siguiente vitupera la temeridad y alevosía de los Romanos, á quienes sus obispos se afanan en vano por halagarlos con dádivas, en vez de virtudes. Es lástima que aquel escritor siempre resuelto no haya querido darnos menos moralidades y erudicion que retratos al vivo de sí mismo y de sus contemporáneos.

(11) Historia de Inglaterra por Hume, vol. I. p. 419.). El mismo escritor ha tomado de Fitz Stephen un ejemplo singularísimo de crueldad cometido por Godofredo, padre de Enrique II. « Siendo dueño de la Normandía, el capítulo de Gent, se propasó, sin su anuencia, á celebrar la eleccion de un obispo, por lo cual dispuso, que todos ellos con el obispo electo, fuesen castrados, y mandó que le presentasen todos sus testículos en una fuente. » Hay que condolerse de su arriesgado padecimiento, pero con su voto de castidad, poco podia importarles el carecer de aquel tesoro tan superfluo.

(12) Desde Leon IX y Gregorio VIII hay una serie auténtica y contemporánea de los papas y sus vidas por el cardenal de Aragon, Pandolfo Pisano, Bernardo Guido, etc. y se halla en la Historia Italiana de Muratori (tom. III. etc.), y siempre lo he tenido presente.

(13) Las fechas de años anotados se han de entender, como tácitamente relativas á los Anales de Muratori, que es guia perpetua y escelente. Usa y cita con desahogada maestría, su grandiosa coleccion de Historiadores Italianos en XXVIII tomos, y como los estoy poseyendo en mi librería, he acudido á los mismos orijinales, no por obligacion, sino por via de entretenimiento.

(14) No me cabe omitir las palabras casi centellantes de Pandulfo Pisano (p. 384.). Hoc audiens inimicus pacis atque turbator jam fatus Centius Frajadane, more draconis immanissimi sibilans, et ab imis pectoribus trahens longa suspiria, accinctus retro gladio sine mora cucurrit, valvas ac fores confregit. Ecclesiam furibundus introiit, inde custode remoto, papam per gulam accepit, distraxit, pugnis calcibusque percussit, et tanquam brutum animal intra limen eclesiæ acriter calcaribus cruentavit; et latro tantum dominum per capillos et brachia, Jesu bono interim dormiente, detraxit, ad domum usque deduxit, inibi catenavit et inclusit.

(15) Ego coram Deo et Ecclesia dico, si unquam possibile esset, mallem unum imperatorem quam tot dominos (Vita Gelassi II. p. 398.).

(16) Quid tam notum seculis quam protervia et cervicositas Romanorum ? Gens insueta paci, tumultui assueta, gensimmitis et intractabilis, usque adhuc subditi nescia, nisi cum non valet resistere (de Considerat. l. IV. c. 2. etc.). Respira un tantillo el Santo y luego sigue: Hi invisi terræ et cœlo, utrique injecere manus, etc. (p. 443.).

(17) Petrarca, á fuer de ciudadano de Roma, advierte, que Bernardo, aunque santo, no dejaria de ser hombre, que mediaba encono, y tal vez se arrepentiria de aquel arrebato, etc. (Memorias sobre la vida del Petrarca, tom. I. p. 330.).

(18) Baronio, en el Indice al tom. XII de sus Anales, apronta una disculpa muy obvia y aun linda; encabezando desde luego dos listas una de *Católicos* y otra de *Cismáticos*, apropia á los primeros todo lo favorable, y á los segundos lo adverso, de cuanto se dice sobre la ciudad.

(19) Mosheim trae las herejías del siglo XII (Institut. Hist. Eclesiást. p. 419—427.) quien abriga un concepto aventajado de Arnaldo de Brescia. Queda ya descrita anteriormente la secta de los Paulinos, acompañándoles en su emigracion desde la Armenia hasta la Tracia y Bulgaria, y luego Italia y Francia.

(20) Retratan al vivo á Arnaldo de Brescia Oton, obispo de Frisingen (l. VI. c. 31, etc.) y Ligurino con el poema de Gunther, quien floreció A. D. 1200, en el monasterio de París junto á Basilea (Fabric. Bibliot. Lat. med. et infimæ Ætatis, tom. III. p. 174, etc.). Guilliman trae al paso considerable relativo á Arnaldo (de Rebus Helveticis, l. III. c. 5, etc.*

(21) La agudeza traviesa de Bayle, se estuvo entreteniendo en componer con suma liviandad y erudicion los artículos de ABELARDO, FULQUES, HELOISA en su Diccionario Crítico. La contienda de Abelardo con San Bernardo, escolástica et positiva divinitate, queda despejada por Mosheim Institut. Hist. Eccles. p. 412—415.).

(22) —— Damnatus ab illo
Præsule, qui numeros vetitum contingere nostros
Nomen ab *innocua* ducit laudabile vita.

Podemos celebrar la maña y el esmero de Ligurino, que incluye el nombre nada poético de Inocencio II en su agasajo.

(23) Hallóse en Zurich una inscripcion Romana (d'Anville notice de l'ancienne Gaule, p. 642—644.): pero no consta lo suficiente, que la ciudad y el canton hayan usurpado, y aun arrancado, los nombres de Tigurum y Pagus Tigurinus.

* Compárese Franke, Arnaldo de Brescia y su tiempo. Zurich, 1825—M.

24) Guilleman (de Rebus Helveticis, l. III. c. 5, etc.) va recapitulando la donacion (A. D. 833.) del emperador Luís el Bondadoso á su hija la abadesa Hildegardis. Curtim nostram Turegum in ducatu Alamanniæ in pago Durgaugensi, con aldeas, bosques, praderas, aguas, esclavos, iglesias, etc. Regalo asombroso. Cárlos el Calvo dió el jus moneta, la ciudad se muró bajo Oton I. y el verso del obispo de Frisingen.

Nobile Turegum multarum copia rerum,

se cita repetido con satisfaccion por los anticuarios de Zurich.

(25) Bernardo, epistol. CXCV, etc. y por fin prorumpe en el arranque: utinam quam sanæ esset doctrinæ quam districtæ est vitæ. Confiesa que granjearia la Iglesia en estremo con la adquisicion de Arnaldo.

(26) Advierte á los Romanos

Consiliis armisque sua moderamina summa
Arbitrio tractare suo: nil juris in hoc re
Pontifici summo, modicum concedere regi
Suadebat populo. Sic læsa stultus utraque
Majestate, reum geminæ se fecerat aulæ.

Allá se va la poesía de Gunther con la prosa de Oton.

(27) Véase Baronio (A. D. 1148, etc.) de los manuscritos Vaticanos. Condena á voz en grito á Arnaldo (A. D. 1148, núm. 3.) como padre de los herejes políticos, cuyo influjo le dañó en Francia.

(28) Los lectores ingleses pueden acudir á la Biografía Británica, ADRIANO IV, pero nada han añadido nuestros escritores á la nombradia y mérito de nuestro paisano.

(29) Además del historiador y el poeta ya citados, las postreras aventuras de Arnaldo se refieren, por un biógrafo de Adriano IV. (Muratori, Script. Rerum Ital. tom. III, etc.).

(30) Ducange (Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis, DECARGONES, tom. II. p. 726.) me suministra una apuntacion de Blondo (Decad II, etc.). Duo consules ex nobilitate quotannis fiebant, qui ad vetustum consulem exemplar summæ rerum præessent. Y en Segovia (de Regno Italiæ, l. VI. opp. tom. II. p. 400.), me encuentro con los cónsules y tribunos del siglo XII. Tanto Blondo como el mismo Sigonio, copiaron muy literalmente el método clásico de suplir con el entendimiento y la fantasía á la escasez de documentos.

(31) En el panejírico de Berenguer (Muratori, Script. Rer. Ital. tom. II, etc.) un Romano asoma como consulis natus, al principio del

X siglo, Muratori (Dissert. V.) descubre en los años 952 y 956, Gratianus in Dei nomine consul et dux, Georgius consul et dux; y en 1055 Romano, hermano de Gregorio VII se apellida altaneramente, consul et dux et omnium Romanorum senator.

(32) Los emperadores Griegos, aun hasta el siglo X conferian á los duques de Nápoles, Venecia, Amalfi, etc. el dictado de ὕπατος, cónsul (véase la crónica de Sagornini repetidamente); y los sucesores de Carlomagno, no querrian desprenderse, ó desmoronar sus prerogativas. Pero jeneralmente los nombres de *cónsul* ó *senador*, que asoman entre Franceses y Alemanes significan por lo mas conde y señor (*Signeur*, Ducange Glossar.). Los escritores monásticos suelen acudir ó voces clásicas.

(33) El monumento mas constitucional es un diploma de Oton III. (A. D. 998.), Consulibus senatus populique Romano; pero probablemente aquella nota es apócrifa, en la coronacion de Enrique I. A. D. 1014, el historiador Dithmar (en Muratori, Dissert. XXIII.) lo va describiendo, á senatoribus duodecim vallatum, quorum sex rasi barba, alii prolixa, mistice incedebant cum baculis. En el panejírico de Berenguer (p. 406.) se menciona el senado.

(34) En la antigua Roma, el órden ecuestre no se colocaba entre el senado y el pueblo, como brazo tercero de la república hasta el consulado de Ciceron, que cuenta el mérito de aquel establecimiento. (Plin. Hist. Natur. XXXIII, etc.) Beaufort (Republ. Rom. tom. I. etc.).

(35) Gunther plantea así la forma republicana de Arnaldo de Brescia:

Quin etiam titulos urbis renovare vetustos;
Nomine plebeio secernere nomen equestre,
Jura tribunorum, sanctum reparare senatum
Et senio fessas mutasque reponere leges.
Lapsa ruinosis, et adhuc pendentia muris
Reddere primævo Capitolia prisca nitori.

Pero algunas de aquellas reformas, las hubo meramente ideales, y otras fueron de palabras.

(36) Tras reñidas contiendas entre los anticuarios de Roma, se deslindó, que la cima del Capitolio, junto al rio, es cabalmente el peñon Tarpeyo, Arx; y en la otra cima, la iglesia y el convento de Araceli, Franciscanos Descalzos estan ocupando el templo de Júpiter, (Nardini, Roma Antica, l. V, etc.),*.

(*) Está ahora impugnado briosamente la autoridad de Nardini, y se ha renovado la contienda sobre el Arx y el templo de Júpiter, con argumentos poderosos por Niebuhr, y su secuaz consumado Mr. Bronsen. Roma Bescreibung, vol. III. p. 12. etc. — M.

(37) Tacit. Hist. III. etc.

(38) No hay que prohijar, como hecho positivo aquella particion de metales preciosos é ínfimos entre el emperador y el senado, sino como opinion probable de los mejores anticuarios, * (Ciencia de medallas del padre Joubert, en la edicion mejorada y es cosa del baron de la Bastie.).

(39) Muratori, en su disertacion XXVIII sobre las Antigüedades de Italia (tom. II. etc.) ofrece una serie de cuños senatorios, con los nombres desconocidos de *Affortiato*, *Infortiato*, *Provisino*, *Paparino*. En aquella larga temporada, todos los papas, sin esceptuar á Bonifacio VIII. decretaron el derecho de acuñar, que recobró el sucesor suyo Benedicto XI, y ejércitándolo de continuo la corte de Aviñon.

(40) Un historiador Aleman, Gerardo de Reicherspeg (in Baluz. Miscel. tom. V. p. 64. en Schmidt, Hist. des Allemands, tom. III. etc.) refiere así la constitucion de Roma en el siglo XII: Grandiora urbis et orbis negotia spectant ad Romanum pontificem, itemque ad Romanum imperatorem; sive illius vicarium urbis præfectum, qui de sua dignitate respicit utrumque, videlicet dominum papam cui facit hominium, et dominum imperatorum á quo accipit suæ potestatis insigne, scilicet gladium exertum.

(41) Las palabras de un escritor contemporáneo (Pandulph. Pisan. in Vit. Paschal. II. p. 357, etc.) describe la eleccion y juramento en 1118, inconsultis patribus.... loca præfectoria... Laudes præfectoriæ., comitiorum applausum.... juraturum populo in ambonem sublevant...· confirmari eum in urbe præfectum petunt.

(42) Urbis pæfectum ad ligiam fidelitatem recepit, et per mantum quod illi donavit de præfectura eum publice investivit, qui usque ad id tempus juramento fidelitatis imperatori fuit obligatus et ab eo præfecturæ tenuit honorem (Muratori, Gesta Innocent. III. tom. III. etc.).

(43) Véase Oton (Frising Chron. VII. 31. de Gest. Freder. etc.

(44) Nuestro paisano Roger Hoveden, habla de los meros senadores de la familia *Capuzzi*, etc. quorum temporibus melius regebatur Roma quam nunc (A. D. 1194) est temporibus LVI senatorum (Ducange, Gloss. tom. VI, SENATORES.

(45) Muratori (dissert. XLII. tom. III.) publicó un tratado orijinal: Concordia inter D. nostrum papam Clementem III. et senatores populi Romani super regalibus et aliis dignitatibus urbis, etc. anno 44.° senatus. Habla el senado y con autoridad. Reddimus ad præsens.... habebi-

* El Doctor Cardwell (Lectura sobre los cuños antiguos, p. 70 y sig.) trae razones convincentes á favor de dicha opinion. —M.

mus.... dabitis presbyteria.... jurabimus pacem et fidelitatem, etc. Una escriturilla de Tenementis Tusculani, fecha en el año 47 de la misma época, y confirma el decreto amplissimi ordinis senatus, acclamatione P. R. publice Capitolio consistentis. Allí es donde se palpa el deslinde entre senadores sencillos y consejeros. (Muratori, Dissert. citada. etc.).

(46) Muratori (Dissert. XIV. tom. IV. etc.) va desentrañando esplayadamente el sistema de gobiernos, el *Oculus*, *Pastoralis*, que pone al fin, viene á ser un tratado, ú sermon sobre las obligaciones de aquellos majistrados advenedizos.

(47) En los escritores latinos, á lo menos por la edad de *plata*, el dictado de Potestas se trasladó del ejercicio á la majistratura:

Hujus qui trahitur prætextam sumere mavis,
An Fidenarum Gabiorumque esse *Potestas*, (Juven. Sat. X, 99.)

(48) Véase la historia y muerte de Brancaleone en la Historia Mayor de Mateo de París, p. 741, etc. la muchedumbre de peregrinos y acompañantes juntaba á Roma con San Albano, y el encono del clero inglés lo inclinaba á complacerse en viendo al papa humillado y oprimido.

(49) Termina así Mateo de París su relacion: Caput vero ipsius Brancaleonis in vaso pretioso super marmoream columnam collocatum, in signum sui valoris et probitatis, quasi reliquias, superstitiose nimis et pompose sustulerunt. Fuerat enim superborum potentum et malefactorum urbis malleus et extirpator; et pupuli protector et defensor, veritatis et justitiæ imitator et amator (p. 840.). Un biógrafo de Inocencio IV. (Muratori Script. Rer. Ital. tom. III. etc.) trae uu retrato menos favorable del senador Ghibelino.

(50) La eleccion de Cárlos de Anjou para senador perpetuo de Roma, se menciona por los historiadores del tom. VIII. en la Coleccion de Muratori, por Nicolás de Jamsilla, (p, 582.) monje de Padua (p. 724.), Sabas Malespini (l. II. c. 9. etc.) y Ricordano Malespini, (c. 177. etc.).

(51) La bula altisonante de Nicolás III, fundando su soberanía temporal sobre la donacion de Constantino, existe todavía, y habiéndola insertado Bonifacio VIII en la *Secta* de las Decretales, tienen que recibirla los Católicos á fuer de papistas, como ley sagrada y perpetua.

(52) Debo á Fleury (Hist. Eccl. tom. XVIII etc.) un estracto de aquella acta Romana tomado de los Anales eclesiásticos de Oderico Rainaldo, A. D, 1284 etc.

(53) Estas cartas y arengas se hallan en Oton, obispo de Fresinga, (Fabric. Bibliot. Latina mediæ et infimæ, tom V etc.) quizás historiador sin segundo; era hijo de Leopoldo, marqués de Austria, su madre, Inés, era hija del emperador Enrique IV siendo él medio hermano y tio de Conrado III y Federico I. Dejó en siete libros una crónica de su tiempo

en los, Gesta Frederici I, y la última obra se halla en el tom. IV de Muratori, con los demas historiadores.)

(54) Estamos deseando, decian los Romanos ignorantes; restablecer el imperio in eum statum, quo fuit tempore Constantini et Justiniani, qui totum orbem vigore senatus et populi Romani, suis tenuere manibus.

(55) Oton de Fresinga de Gestis Frederici I l. I. etc.

(56) Hospes eras, civem feci. Advena fuisti ex Transalpinis partibus, principem constitui.

(57) Non cessit nobis nudum imperium, virtute sua amictum venit, ornamenta sua secum traxit. Penes nos sunt consules tui etc. No desecharan Ciceron ni Tito Livio tales pinceladas; elocuencia de un bárbaro nacido y educado en la selva Hercinia.

(58) Oton de Fresinga, quien por cierto entendia el habla de la corte y dieta de Alemania, nombra á los Francos en el siglo XII como nacion reinante(Proceres Franci, equites Franci, manus Francorum) añadiendo no obstante el adjetivo *Teutonici.*

(59) Oton de Fresinga, de Gestis Frederici I, l. II c. 22 etc. He ido copiando aquellas actas originales y auténticas con desahogo y fidelidad.

(60) Muratori de las crónicas de Retoboldo y Francisco Pepino (Disert. XXVI tom. II etc.) ha trasladado este hecho curioso con los versos estrambóticos que acompañaban el regalo:

¡ Ave decus orbis ave ! victus tibi destinor, ave !
Currus ab Augusto Frederico Cæsare justo.
Væ Mediolanum! jam sentis spernere vanum
Imperii vires, proprias tibi tollere vires.
Ergo triumphorum urbs potes memor esse priorum
Quos tibi mittebant reges qui bella gerebant.

Ne si dee tacere (me valgo de las disertaciones Italianas t. I p. 444, che nell'anno 1727, una copia desso Caroccio in marmor dianzi ignoto si scopri nel Campidoglio, presso alle carcere di quel luogo, dove Sisto V l'avea fatto rinchiudere. Stava esso posto sopra quatro colonne di marmo fino colla sequente inscrizione etc. del mismo tenor que la antigua.

(61) Refiérese la decadencia y vuelco de las armas y autoridad imperial en Itàlia con sabiduría imparcial, en los Anales de Muratori (tom. X, XI y XII); y los lectores pueden cotejar su relacion con la Historia de los Alemanes (tom. III y IV) por Schmidt, que se ha granjeado el aprecio de sus paisanos.

(62) Tibur nunc suburbanum et æstivæ Preneste deliciæ, nuncupatis in Capitolio votis petebantur. Todo el paso de Floro (l. I c. II se leerá con recreo mereciendo elogios á un injenio sobresaliente (OEuvres de Montesquieu tom. III p. 634 etc).

(63) Ne á feritate Romanorum sicut fuerant Hostienses, Portuenses, Tusculanenses, Alvanenses Labicenses et nuper Tiburtini destruerentur (Mateo de París p. 757). Estos acontecimientos asoman en Muratori tom. III.

(64) Sobre el estado y ruinas de aquellas poblaciones suburbanas, las márgenes del Tiber etc. véase el cuadro vivísimo del padre Labat (Viaje á España y á Italia) quien moró por largo espacio en las cercanías de Roma, y la descripcion mas esmerada con que el P. Eschinard (Roma 1735 en octavo acompañó el mapa topográfico de Cingolani.

(65) Labat (tom. III p. 233) menciona un decreto reciente del gobierno Romano que ha querido apesadumbrar en estremo el orgullo y desamparo de Tivoli; in civitate Tiburtina non vivitur civiliter.

(66) Me desvio de mi método corriente de citar únicamente la fecha en los Anales de Muratori hecho cargo de la balanza crítica donde ha ido pesando hasta nueve escritores contemporaneos que mencionan la batalla de Tusculo (tom. X p. 42—44)

(67) Mateo de París p. 345. Aquel obispo de Winchester era Pedro de Rupibus que estuvo treinta y dos años ocupando aquel asiento (A. D. 1206 etc.) y que suena en el historiador como soldado y estadista.

(68) Véase Mosheim, Institut. Hist. Eccles. p. 401 y 403. El mismo Alejandro estaba en el disparador para quedar víctima en una eleccion reñidísima, y los merecimientos muy dudosos de Inocencio tan solo preponderaron con la suma de númen é instruccion que puso San Bernardo en la balanza (Véanse su vida y escritos).

(69) El oríjen, dictados, suposicion, procedencia etc. de los cardenales Romanos, se despejaron con maestría en Tomasin (Disciplina de la Iglesia tom. I, p. 1263 etc.); mas modernamente se ha ido deslustrando su púrpura en gran manera. El sagrado colejio se ha fijado por fin en setenta y dos para representar con su vicario los discípulos de Jesucristo.

(70) Véase la bula de Gregorio X, approbante sacro concilio, en la *Sexta* de las leyes canónicas (l. I. tit. 6 etc.) suplemento á las Decretales que promulgó Bonifacio VIII en Roma, y dedicada á todas las universidades de Europa.

(71) Tenia derecho el cardenal de Retz para retratar al vivo un cónclave, el de 1655, habiendo hasta terciado en él (Memor. tom. IV etc.) mas no me cabe el justipreciar el conocimiento y autoridad de un italiano anónimo, cuya historia, Conclavi de pontifici romani in cuarto 1667,

que se ha ido continuando desde el reinado de Alejandro VII. La planta accidental de la obra suministra una leccion, aunque ningun antídoto, para los ambiciosos. Tras un laberinto de amaños y tramoyas, por fin venimos siempre á parar en la adoracion del candidato venturoso, y luego á la vuelta de la hoja tropezamos con el pormenor de sus exequias.

(72) Terminantes y gallardas son las espresiones del cardenal de Retz, On y vécut toujours ensemble avec le même respect, et la même civilité que l'on observe dans le cabinet des rois, avec la même politesse qu'on avait dans la cour de Henri III avec la même familiarité que l'on voit dans le collèges; avec la même modestie, qui se remarque dans les noviciats; et avec la même charité, du moins en apparence qui pourrait être entre des frères parfaitement unis.

(73) Rech esti per bando (dice Juan Villani) senatori di Roma e 5 del popolo, e capitani de' 25 e consoli (¿*consoli*?) et 13 buoni homini nno per rione. No es cabal nuestro conocimiento para afirmar hasta que punto era temporal aquella constitucion y hasta cual permanente y usual y los antiguos estatutos de Roma no dan la luz suficiente sobre el asunto.

(74) Villani, l. X. c. 64 etc., en Muratori tom. XII, trae aquella ley con todo el trance de la reunion, con mucha menos odiosidad que el cuerdo Muratori. Todo el que esté versado en aquellos siglos de lobreguez advertirá hasta que punto el sentido, esto es, la insensatez, de la superesticion es variable y por supuesto inconsecuente.

(75) Véase en el tom. primero de los papas de Aviñon, la segunda vida orijinal de Juan XXII, p. 142—145, la confesion del antipapa p. 145—152, y las notas harto trabajosas de Balasio p, 714, 715.

(76) Romani autem non valentes nec volentes ultra suam celare cupiditatem gravissimam contra papam cæperunt movere questionen, exigentes ab eo urjentissime omnia quæ subierant per ejus absentiam damna et jacturas, videlicet in hospitiis locandis in mercimoniis, in usuris, in redditibus, in provisionibus et in aliis modis innumerabilibus. Quod cum audisset papa præcordialiter ingenuit, et se comperiens *muscipulatum* etc. Mateo de Paris p. 757. Para la historia corriente de los papas, su vida y muerte, su residencia y ausencia, bastará referirse á los Analistas eclesiásicos Spondano y Fleury.

(77) Además de las historias eclesiásticas jenerales de Italia y Francia, hay un tratado apreciable, compuesto por un amigo del Tuano, que sus editores últimos y mejores han publicado en el apéndice (Historia particular entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso de Francia por Pedro Dupius, tom. VII etc.).

(78) Se hace arduo el descifrar á Labat (tom. IV p. 53—57) ¿habla en chanza ó de veras, al suponer que Agnani está todavía padeciendo los

estragos de la maldiciou, y que mieses y viñedos y olivares quedan todos los años de suyo aneblados, siendo la naturaleza sirvienta del papa.?

(79) Véase en la Crónica de Juan Villani (l. VIII c. 63 etc. en Muratori tom. XIII) el encarcelamiento de Bonifacio VIII, y la leccion de Clemente V, la cual, como casi todas las anecdotillas, adolece de dificultades y tropiezos.

(80) Las vidas orijinales de los ocho papas de Aviñon, Clemente V, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI Urbano V, Gregorio XI y Clemente VII, se publicaron por Estevan Baluzio (Vitæ paparum Avenionensium, Paris 1693, dos tom. en cuarto) con muchas y esmeradas notas y un tomo seguido de actas y documentos. Con el afan verdadero de un editor y un patricio, va sincerando ú disculpando las demasías de sus paisanos.

(81 Los Italianos parangonan el destierro de Aviñon con Babilonia, y su lamentable cautividad. Metáfora tan estremada, mas propia de los ímpetus del Petrarca que de la sensatez de Muratori, queda formalísimamente refutada en el prólogo de Balasio. Titubea el abate de Sade entre su cariño al Petrarca y el de su país; pero aboga por él comedidamente, por cuanto se han remediado ya por punto jeneral los inconvenientes que se padecian en aquella morada, y muchos de los vicios asentados por el poeta, se habian traido por la corte Romana, con los advenedizos de Italia (tom. I p. 23 —28).

(82) Felipe III de Francia cedió el condado Venesino á los papas en 1275, despues de heredar los dominios del conde de Tolosa. Cuarenta años antes la herejía del conde Raimundo le brindó con un pretexto para su aprension y allá alegaban cierta pretension añeja del siglo XI sobre ciertos territorios citra Rhodanum (Valesii, Notitia Galliarum p. 495 etc. Longuerue, Descripcion de Francia, tom. I etc.)

(83) Si la posicion de cuatro siglos no constituye ya de suyo un título, pudieran aquellas objeciones anular el contrato; mas debia ser con calidad de reintegro, puesto que habia mediado el desembolso. Civitatem Avenionem emit.... per ejusmodi renditionem pecunia redundamus etc. (secunda vita Clement. VI in Baluz tom. I etc.) Muratori, Script. tom. III etc.). La tentacion única para Juana y su marido segundo era la del dinero, sin el cual no les cabia el regresar al solio de Nápoles.

(84) Nombró luego Clemente V diez cardenales, nueve franceses y uno inglés (vita quarta p. 65 y Baluz. p. 625 etc.). Desechó el papa en 1331 dos candidatos recomendados por el rey de Francia, quod XX cardinales, de quibus XVII de regno Franciæ originem traxisse nascuntur in memorato collegio existant (Tomasin, Disciplina de la Iglesia. tom. I etc.).

(85) Nuestra relacion fundamental procede del cardenal Juan Cayetano (Maxima Bibliot. Patrum tom. XXV); y no me cabe deslindar si el sobrino del papa, Bonifacio VIII era un mentecato ú bien un bribon, mas despejada está la índole del tio.

(86) Véase Juan Villani (l. VIII c. 36) en el cronicon Ateniense XI y en el tom. XI de la coleccion de Muratori. Papa innumerabilem pecuniam ab eisdem accepit, nam duo clerici cum rastris, etc.

(87) Ambas bulas de Bonifacio VIII y Clemente VI se hallan en el Corpus Juris Canonici (Estravagant. Commun. l. V etc.

(88) Los años sabáticos y jubileos de la ley Mosáica (Car. Sigon. de república Hebræorum, Opp. tom. IV etc) la suspension de todo afan y trabajo, el descargo periódico de tierras, deudas, servidumbre etc. aparece allá un rasgo caballeroso, pero cuya ejecucion se hace absolutamente impracticable en una república *profana*, y quisiera que me constase como aquella festividad arruinadora se pudo observar en el pueblo judío.

(89) Véase la crónica de Mateo Villani (l. I c. 56) en el tom. XIV de Muratori y las memorias sobre la Vida del Petrarca tom. III p. 75 — 89.

(90) M. Chais, ministro Francés en la Haya, apuró el asunto con sus cartas históricas y dogmáticas sobre los jubileos y las induljencias, la Haya 1751 tres tomos en octavo; obra esmeradísima y agradable y mas si el autor no trabase contienda en vez de filosofar cuerdamente.

(91) Muratori (Dissert. XLVII) cita los anales de Florencia, Padua, Jénova etc. cuya analojía corresponde con lo demás y con el testimonio Oton de Fresinga (de Gestis Frederici I l. II c. 13) y el rendimiento del marqués de Este.

(92) Ya en el año de 824 el emperador Lotario I tuvo por conveniente ir preguntando indistintamente al pueblo romano por que ley nacional apetace ser gobernado (Muratori Dissert XXII).

(93) Se dispara el Petrarca contra aquellos advenedizos tiranos de Roma, en una declamacion ó epístola, cuajada toda de verdades valientes y de pedantería descabellada, en la cual se empeña en apropiar las máximas y aun preocupaciones de la república antigua al estado del siglo XIV (Memorias tom, III etc.).

(94) Pagi va historiando el oríjen y aventuras de aquella alcurnia Judaica (Crítica tom. IV etc.), sacando sus materiales del Chronógrapho Maurigniacense y Arnulfo Sagiense de Schismato (en Muratori Script. Italiæ tom. III etc.). Será cierto el hecho, hasta el grado que corresponda; mas quisiera que se refiriese templadamente, antes de asestarlo por via de vituperio contra el antipapa.

(95) Ha compuesto Muratori dos disertaciones (la XLI y la XLII)

sobre los nombres, apellidos y alcurnias de Italia. Algunos señorones, empapados en sus fábulas caseras, se lastimarán tal vez con su crítica siempre cabal y templada; pero en verdad que tal cual onza de oro finísimo prepondera á largas libras de cualquiera ínfimo metal.

(96) El cardenal de San Jorge, en su Historia poética, ó mas bien métrica, de la eleccion y coronacion del papa Bonifacio VIII (Muratori, Script. Italiæ tom. III etc.) va describiendo el estado y las familias de Roma á la sazon.

Interea titulis redimiti sanguine et armis
Illustresque viri Romana astirpe trahentes
Nomen in emeritos tantæ virtutis honores
Intulerant sese medios festumqne colebant
Aurata fulgente toga, sociante caterva.
Ex ipsis devota domus præstantis ab *Ursa*
Ecclesiæ vultumque gerens demissius altum;
Festa *Columna* jocis, necnon *Sabellia* mitis;
Stephanides senior, *Comites*, *Anibalica* proles,
Præfectusque urbis magnum sine viribus nomen.
(l. II c. 5 etc.)

Los estatutos antiguos de Roma (l. III c. 59 etc.) deslindan once familias de barones que esos tenian que jurar in concilio communi, ante el senado que no abrigarian ni ampararian á malhechor alguno pregonado, etc. — debilísimo resguardo.

(97) Es lastimoso que los mismos Colonas no hayan sabido aprontar una historia cabal de su esclarecida alcurnia. Me conformo con Muratori (Disert. XLII tom. III etc.).

(98) Pandulph. Pisano, in vita Paschalis II en Muratori Script. Italiæ tom. III etc. Posee todavía la familia pingües posesiones en la campiña de Roma, pero enajenaron á los Rospigliosis el feudo orijinal de *Colona* (Dschinard p. 58 etc.).

(99) Te longinqua dedit tellus et pascua Rheni,

dice el Petrarca y en 1417 un duque de Gueldres y Juliers reconoce (Lenfant historia del concilio de Constancia tom. II p. 539) su descendencia de los antepasados de Martin V (Otho Colonna); pero el autor rejio de las Memorias de Brandemburgo, dice que el cetro en sus armas se ha equivocado con la columna. Para sostener el oríjen Romano de los Colonas se suponia agudamente (Diario de Monaldelschi, en Script. Ital.

tom. XII etc.) que un primo del emperador Neron huyó de la ciudad y fundó á Mentz en Alemania.

(100) No me cabe desentenderme del triunfo Romano ú ovacion de Marco Antonio Colona, que habia mandado las galeras del papa, en la victoria naval de Lepanto (Thuan, hist l. 7. etc. Muret, oratio X. Opp. tom I, etc.).

(101) Muratori, Anali d' Italia tom. X.

(102) El apego del Petrarca á la casa de Colona, autorizó al abate de Sade para esplayarse sobre el estado de la alcurnia en el siglo XIV, la persecucion de Bonifacio VIII, la índole de Estevan y sus hijos, sus competencias con los Ursinos, etc. (Memorias sobre el Petrarca, tom. I p. 98 etc.). Suele rectificar su crítica las especies que de oidas trae Villani, y los yerros de los modernos menos esmerados. Doy por estinguida la rama de Estevan.

(103) Declaró Alejandro III á los Colonas que se apasionaron por Federico I incapaces de obtener prebenda alguna ni beneficio (Villani l. V c. 1); y el último tizne de escomunion anual se acrisola por Sixto V (Vita di Sixto V tom. III etc.). Traicion, sacrilegio y proscripcion suelen ser los principales dictados de la nobleza antigua.

(104) ———— Vallis te proxima misit,
Appenninigenæ qua prata virentia sylvæ
Spoletana metunt armenta gregesque protervi.

Monaldelschi (tom. XII Script. Italiæ, p. 533) da oríjen francés á los Ursinos, lo que cabe ser aunque remotamente cierto.

(105) En la vida métrica de Celestino V del cerdenal de san Jorge (Muratori tom. III etc.) hallamos un paso ilustrador y no desairado (l. I c. 3 etc.).

——— genuit quem nobilis Ursæ (¿ *Ursi* ?)
Progenies, Romana domus, veterataque magnis
Fascibus in clero, pompasque experta senatus,
Bellorumque manu grandi stipata parentum
Cardineos apices necnon fastigia dudum
Papatus *iterata* tenes.

Muratori (disert. XIII tom. III) advierte que el primer pontificado Ursino de Celestino III es desconocido, y así propende á leer *Ursi* progenies.

(106) Filii Ursi quondam Celestini papæ nepotes, de bonis Ecclesiæ

romanæ ditati (vita Inocentii III en Muratori Script. tom. III). Descuella mas la prodigalidad parcial de Nicolás III en Villani y en Muratori. Pero los Ursinos deslindarian á los sobrinos de un papa *moderno*.

(106) Muratori en la Disertacion LV de las Antigüedades Italianas desentraña las facciones de los Guelfos y Ghibelinos.

(108) Petrarca (tom. I p. 222 etc.) celebró aquella victoria segun los Colonas; pero dos contemporáneos, el uno Florentino (Juan Villani l. X etc.) y un Romano (Luís Monaldelschi p. 533 etc.) favorecen menos á sus armas.

(109) El abate Sade (tom. I Notas p. 61) aplica la VI Cancion del Petrarca, *Spirto Gentil* etc. á Estevan Colona menos:

> *Orsi*, lupi, leoni aquile e serpi
> Ad una gran marmorea *colonna*
> Fanno noja sovente e á se danno.

CAPITULO LXX.

Indole y coronacion del Petrarca. — Restablecimiento de la libertad y gobierno del Tribuno Rienzi en Roma. — Sus prendas, sus achaques, su espulsion y muerte. — Regreso de los papas de Aviñon. — Gran cisma en el Occidente. — Reunion de la iglesia Latina. — Ultimos conatos de la libertad Romana. — Estatutos de Roma. — Establecimiento final del Estado eclesiástico.

Para el concepto de los modernos, es Petrarca (1) el poeta de Laura y del amor. Con la armonía de su metro Toscano, la Italia vitorea, ó mas bien está adorando al padre de su jénero lírico; repitiendo sus versos ó por lo menos su nombre, merced á su entusiasmo, ú por lo menos, apariencia de sensibilidad amorosa. Prescindiendo del temple de todo estranjero, su conocimiento fútil y superficial tiene que avenirse al dictámen de una nacion erudita; mas cabe tambien conceptuar desahogadamente, que los Italianos jamás pueden parangonar aquella uniformidad empalagosa de sonetos y elejías con los arranques sublimes de su musa épica, la maleza orijinal del Dante, los primores peregrinos del Taso, y la variedad ilimitada del incomparable Ariosto. Todavía me

considero menos deslindador de merecimientos amorosos, ni me encarna en gran manera aquella pasion metafísica con una ninfa tan enmarañada, que hasta su misma existencia ha venido á disputarse (2), ni me interesa matrona tan fecunda (3) que dió á luz hasta once niños lejítimos (4), mientras su zagal enamorado estaba suspirando y cantando en la fuente de Valcluse (5). Mas para los ojos del Petrarca y sus circunspectos contemporáneos, pecaba en sus amores, y sus versos italianos se reducian á un entretenimiento volandero. Su nombradía formal se cifra en sus obras latinas de filosofía, poesía y elocuencia, con las cuales sonó desde Aviñon por Francia y por Italia; hervian diferentes pueblos de amigos y alumnos, y si el tomo harto macizo (6) de sus escritos yace ahora en profundísimo sosiego, no podemos menos de elojiar al individuo, cuyos preceptos y ejemplos resucitaron los estudios y el alma del siglo de Augusto. Aspiró Petrarca desde su tierna mocedad á la corona poética. Los blasones académicos de las tres facultades habian planteado un grado rejio de maestro ú doctor en el arte poética (7); y el título de poeta laureado, perpetuado en la corte Inglesa, mas bien por costumbre que por vanagloria (8), se inventó primitivamente por los Césares Alemanes. En los juegos de música de la antigüedad, se daba cierto galardon á los vencedores (9); la creencia de que Virjilio y Horacio se habian coronado en el Capitolio inflamó la emulacion de un poeta latino (10), realzando el atractivo del ansiado laurel (11) para el amante la semejanza del nombre con el de su querida. Lo arduo de tan sumo logro encarecia mas y mas el aprecio de entrambos objetos, y si la cautela pundonorosa de Laura se mantuvo inexorable (12), disfrutó, y pudo blasonar de aquella dicha, la ninfa de la poesía. No se preciaba de melindres en punto á presuncion, pues decanta el premio de sus *afanes;* su nombre se hizo en estremo popular; los amigos echaron el resto de sus conatos, y el mérito sufrido se amañó para al fin arrollar el contraresto de la envidia y la preocupacion. A los treinta y seis años de su edad, se le galantea para que se digne aceptar el objeto de sus anhelos; y en el mismo dia, allá en la soledad de su Valclusa, recibe un brindis idéntico y solemnísimo del senado de Roma y de la Universidad de Paris. La institucion de una escuela teolójica, y la ignorancia de una ciudad desgobernada, carecian igualmente de datos y de suficiencia para otorgar la guirnalda soñada, pero inmortal, que cabe al númen recibir del aplauso libre del público y de la posteridad; pero el candidato se desentendió de reflexion tan congojosa, y tras breve rato de complacencia y suspension, antepone la intimacion de la capital del orbe.

Se plantea al fin la ceremonia de la coronacion (13) en el Capitolio por el primer majistrado de la república. Doce mancebos patricios, con ropajes de escarlata; seis representantes de las familias mas esclarecidas,

con galas verdes y guirnaldas de flores, encabezan el acompañamiento; en medio de los príncipes y magnates, el vencedor, conde de Angrillara, pariente de las Colonas, se sienta en un solio, y al pregon de un heraldo se levanta Petrarca. Despues de un razonamiento breve sobre un texto de Virjilio, y repitiendo hasta tres veces sus votos por la prosperidad de Roma, se arrodilla ante el solio, y recibe de mano del senador la corona de laurel, con una manifestacion todavía mas apreciable: « Este es el galardon del merito. » Aclama repetidamente el jentío: « Vivan el Capitolio y el poeta. » Recíbese un soneto en alabanza de Roma como derramamiento del númen y de la gratitud entrañable, y despues de andar toda la comitiva por el Vaticano, queda la corona profana colgada ante el sagrario de san Pedro. En el acta ó diploma (14) que se presenta á Petrarca, se renuevan en el Capitolio, tras el plazo de trece siglos, el dictado y prerogativas de poeta laureado, y se engrie con el fuero perpetuo de llevar á su albedrío una corona de laurel, de hiedra ó de mirto, de usar al traje poético, de enseñar, argüir, interpretar y componer, por donde quiera y sobre cualquiera punto de literatura. Senado y pueblo ratifican la concesion, recompensando con la calidad de ciudadano su afecto al nombre Romano; y en cuanto lo decoraban le hacian justicia. En su estrechez incesante con Ciceron y Tito Livio, se empapó en el patriotismo antiguo, y cada concepto le brotaba sublimes arranques de primor y de cariño. Presenciando los siete montes se encarnaron mas y mas sus impresiones vehementes con la majestad de sus escombros, y se enamoró de un país cuyos ímpetus caballerosos le habian coronado y prohijado. El desamparo y abatimiento de Roma movieron las iras y la compasion de aquel hijo agradecido: disimulaba los desbarros de sus conciudadanos, vitoreaba entrañablemente á sus postreros héroes y matronas, y con el recuerdo de lo pasado, con la esperanza de lo venidero, se complacia en trascordar los quebrantos actuales. Seguia Roma siendo la dueña lejítima del mundo; el papa y el emperador, el obispo y el caudillo, habian orillado su colocacion retirándose desairadamente al Ródano y al Danubio; mas si acertaba á recobrar su pujanza podia la república reencumbrarse á la libertad y al predominio. En los ímpetus de su entusiasmo y elocuencia (15) pasmáronse el Petrarca, la Italia y la Europa con una revolucion que realizaba momentaneamente sus visiones mas esplendorosas. Se dedicarán las pájinas siguientes al ensalzamiento y vuelco del tribuno Rienzi (16), interesante es el asunto, abundan los materiales, y las miradas de un poeta patricio (17) acudirán á veces para vivificar las narraciones grandiosas aunque sencillas del historiador Florentino (18) y con especialidad del Romano (19).

En un barrio de la ciudad, morada peculiar de Judíos y artesanos, el desposorio de un mesonero y una lavandera dió á luz al libertador

venidero de Roma (20). Ni señorío, ni haberes, cupieron por herencia á Nicolás Rienzi Gabrini, y la prenda de una educacion culta que le proporcionaron á duras penas, fue la causa de su nombradía y de su muerte anticipada. El estudio de la historia y la elocuencia, los escritos de Ciceron, Tito Livio, Séneca, Cesar y Valerio Máximo, encumbró sobre sus iguales y contemporáneos el númen del mozo plebeyo: iba leyendo con afan incesante los manuscritos y los mármoles de la antigüedad; gustaba de comunicar sus conocimientos familiarmente, y solia prorumpir disparadamente: «¿Somos ahora por ventura tales Romanos? ¿Tenemos su pujanza, su entereza, su poderío? ¿Porque no vine á nacer en tan venturosos tiempos? (21). Al enviar la república al solio de Aviñon una embajada de las tres órdenes, descollando Rienzi en brio y elocuencia, es uno de los trece diputados del vecindario. Logra el orador la preeminencia de arengar al papa Clemente VI, y la complacencia de conversar con el Petrarca, conjeniando entrambos hasta lo sumo; mas desfallecen sus anhelos con la escasez y el desaire, vistiendo el gran patricio la ropa única que le ha franqueado el hospital con su corto mantenimiento. Aliviábale de tantas desdichas el concepto de su propio mérito con los halagos del agasajo, y por fin el empleo de notario apostólico le aprontó el sueldo diario de cinco florines de oro, relaciones mas honoríficas y numerosas, y el derecho de contraponer en voces y hechos su integridad suma á los achaques del estado. Repentina y vehemente era la persuasiva de Rienzi; propensa es de suyo la muchedumbre á la envidia y la censura; le estimulan mas y mas la pérdida de un hermano y la impunidad del asesino, ni sabia él disculpar ni abultar las calamidades públicas. Desterradas huyeron de Roma ya las prendas de la paz y la justicia, para las cuales se instituyó y labró la sociedad civil; los ciudadanos celosos capaces de sobrellevar todo agravio personal ó pecuniario eran los menos avenibles con el deshonor de sus consortes ó de sus hijas (22), oprimiéndolos igualmente la arrogancia del señorío, y el cohecho de los majistrados, y el abuso de armas y leyes era lo único que distinguia á los leones, de los perros y serpientes en el Capitolio. Los emblemas alegóricos que iba colgando por calles é iglesias con diversos lemas el travieso Rienzi; y mientras el jentío estaba suspenso y como atónito, con tanta variedad de cuadros, el despejado é intrépido orador iba desentrañando su contenido, aplicando la sátira, encendiendo los ímpetus, y esperanzando para luego el consuelo del venidero rescate. Los fueros de Roma, su soberanía sempiterna sobre príncipes y provincias, era el tema inexhausto de sus arengas públicas y particulares, y un momento de servidumbre sirvió en sus manos para móvil é incentivo de independencia. Aquel decreto del senado otorgando las prerogativas mas amplias al emperador Vespasiano, se habia esculpido en una lámina de cobre, existiendo todavía en el coro de la

iglesia de san Juan Laterano (23). Se convida á junta jeneral para solemnizar aquella lectura política, levantando un teatro adecuado para el intento. Asoma el notario con un ropaje magnífico y misterioso, va esplicando la inscripcion, acompañada de su traduccion y comentario (24), y se esplaya con fervor y elocuencia sobre las glorias antiguas del senado y del pueblo, de quienes dimanaba únicamente toda autoridad lejítima. La ciega torpeza de todo el señorío no cataba el rumbo formal de tan grandioso aparato; solia sí escarmentar al farsante de palabra y obra; mas no dejaba por eso de perorar desde el palacio de Colona embelesando siempre la concurrencia con amenazas y profecías, encubriéndose el Bruto moderno (25) con el disfraz de jocosa demencia. Despréciaio altamente la nobleza, el establecimiento del *debido estado*, espresion predilecta, suena de boca en boca como acontecimiento probable, apetecible, y al fin, cercano; y al estar ya todos en el disparador de los aplausos, no falta quien se arroja á sostener al comprometido libertador.

Una profecía, ó mas bien una intimacion, clavada á la puerta de la iglesia de san Jorge es el primer anuncio patente de la empresa, y una reunion nocturna de quinientos ciudadanos en el monte Aventino, el primer paso para su ejecucion. Tras el juramento de sijilo y auxilio, manifiesta á los conspiradores la suma entidad y obvia ejecucion del intento; que la nobleza, de suyo discorde y desvalida, no tenia mas fundamento que el temor jeneral de su soñada pujanza; que toda potestad y todo derecho correspondian al pueblo; que las rentas de la cámara apostólica podian socorrer el apuro de todos, y que hasta el mismo papa aprobaria su victoria contra los enemigos perpetuos del gobierno y de la libertad; y despues de afianzar un tercio leal para resguardar el primer anuncio, va pregonando por la ciudad á los ecos del clarin, que todos al dia siguiente por la tarde acudiesen sin armas á la plaza de San Anjelo para providenciar el restablecimiento del estado debido. Se empleó la noche en celebrar treinta misas al Espíritu Santo, y por la madrugada, con la cabeza descubierta y armado de punta en blanco, Rienzi sale de la iglesia escoltado por cien conspiradores. El vicario del papa, mero obispo, á quien se indujo para hacer su papel en aquella ceremonia nunca vista, iba á la derecha, tremolando al mismo tiempo los estandartes principales como simbolizando el intento. En el primero, el pendon de la *Libertad*, iba Roma sentada sobre dos leones, con una palma en la derecha y un globo en la izquierda; descollaba san Pablo con su espada desnuda, representando en otra bandera la *Justicia*; y empuñaba san Pedro, en la tercera, las llaves de la *Paz* y la *Concordia*. Acude el jentío y palmotea y reenvalentona á Rienzi sin alcanzar el objeto, pero muy esperanzado de felicidades; y luego la inmensa procesion va marchando desde San Anjelo al Capitolio; atraviesa alguna bulla en contrario, pero se esmera en aplacarlo y enfrenar-

lo todo, y por fin logra trepar sin oposicion y con cierta confianza á la ciudadela de la república; arenga al pueblo desde un balcon, y merece la ratificacion mas lisonjera de sus actas y leyes. La nobleza, atónita y desarmada, está muda y aterradamente presenciando revolucion tan repentina, habiéndose valido para el trance, de la venida de Estevan Colona, que podia formar el contraresto mas formidable. Al primer aviso, acude ejecutivamente á su palacio; aparenta menospreciar aquella asonada, y manifiesta al mensajero de Rienzi, que sin alterarse está pronto á prender y arrojar desde una ventana del Capitolio al orate desaconsejado. Suena en seguida á somaten la gran campana, y es tan rápida la oleada y tan urjente el peligro, que Colona huye precipitadamente al arrabal de San Lorenzo, y desde allí, despues de respirar un rato, marcha en diligencia á ponerse en salvo dentro del castillo de Palestrina, lamentándose de su propio yerro en no hollar desde su primera chispa tan poderoso incendio. Se pregona desde el Capitolio una órden terminante para toda la nobleza mandándole retirarse sosegadamente á sus estados; obedecen al punto, y con su partida queda afianzada la quietud de los ciudadanos libres y obedientes de Roma.

Mas obediencia tan voluntaria suele luego evaporizarse con los primeros arrebatos de la bulla, y Rienzi se hace cargo de lo mucho que le importa el sincerar aquella ocupacion por medio del arreglo y la legalidad. Tiene en su mano el que el pueblo todo prorumpe en ímpetus de cariño, condecorándole con los dictados de senador y cónsul, y aun de rey ó emperador; pero antepone el nombre antiguo y comedido de tribuno, cuyo instituto sacrosanto y esencial es el amparo de los indefensos; mas nadie sabia que jamás cupo á los tribunos el desempeño de potestad alguna ejecutiva ó lejislativa en la república antigua. Bajo esta capa, y con la anuencia de los Romanos plantea el nuevo majistrado las leyes mas atinadas para el restablecimiento y la conservacion del estado debido. Con la primera satisface á los anhelos de la honradez y la inesperiencia, mandando que ningun pleito pueda durar mas de quince dias. El peligro de los perjurios redoblados pudiera sincerar el decreto contra todo acusador falso de padecer el idéntico castigo que pudiera acarrear su testimonio, el desgobierno de aquel tiempo pudo precisar al lejislador el escarmiento de los homicidas con pena de muerte, y el desagravio con su igualdad á la ofensa. Mas desahuciada vino á quedar la justicia mientras no enfrenase de antemano la tiranía de la nobleza. Se decretó terminantemente, que nadie, escepto el magistrado supremo, poseyese ó mandase en puertas, puentes, ó torres del estado; que no se introdujese guarnicion particular en los pueblos ó castillos del territorio Romano; que nadie llevase armas ó se propasase á fortificar su casa en la ciudad ó en el campo; que los barones fuesen responsables de la seguridad de las carreteras y el tránsito espedi-

to de los abastos, y que todo encubridor de malhechores pagaria una multa de quinientas libras de plata. Mas todas estas providencias vendrian á frustrarse si la espada de la potestad civil no atajase el desenfreno de la nobleza. Al primer somaten de la compana del Capitolio acudirian á las banderas mas de veinte mil voluntarios; pero el apoyo del tribuno y de las leyes requeria otro resguardo mas arreglado y permanente. Se fue colocando un bajel en cada bahía de la costa para salvaguardia del comercio; alistóse una milicia perpetua de trescientos y setenta caballos, con mil y trescientos infantes, vestidos y pagados por los trece barrios de la ciudad. y descuella el arranque republicano con el señalamiento de gratitud con cien florines ó libras para los herederos de todo soldado que perdiera su vida en el servicio de su patria. Por costear la defensa pública, pósitos, viudas, huérfanos, conventos necesitados, etc., no escrupulizó Rienzi, por temor de sacrilejio, en apropiarse las rentas de la Cámara apostólica; los tres productos de la moneda, las salinas y los derechos, componian anualmente cien mil florines (26); y los descarríos serian escandalosos, precio que en tres meses acertó á triplicar el rédito de los alfolíes. Restablecida ya la pujanza y la hacienda de la república, llama el tribuno á la nobleza de sus retiros solitarios, les impone su presentacion personal en el Capitolio para imponerles el juramento de homenaje al nuevo gobierno y sumision á las leyes del estado debido. Zozobrosos por su resguardo, y todavía mas por el peligro de su negativa, regresan príncipes y barones á sus viviendas de Roma en traje sencillo y pacífico de meros ciudadanos; resueltos tienen que acudir Colonas y Ursinos, Savelli y Franjipanis ante un tribunal plebeyo del bufon, de quien se habian mofado tantísimo; y su desaire se afeaba con las iras que asomaban por el mismo empeño que ponian en estarlas encubriendo. Siguieron tributando el mismo juramento por su órden las varias clases de la sociedad, clero, hidalgos, jueces y escribanos, mercadares y menestrales, y cuanto mas descendia la clase mejoraba siempre en ahinco y sinceridad. Juran vivir ó morir con la república y la iglesia, cuyo interés se procura comprometer con asociar nominalmente al obispo de Orvieto, vicario del papa, al cargo de tribuno. Blasona Rienzi de haber rescatado el solio y el patrimonio de San Pedro de las garras de una aristocracia rebelde; y Clemente VI, que luego se complació tanto con su vuelco, aparentó dar crédito á sus protestas, vitorear los merecimientos y corroborar el título de su leal sirviente. Esmérase en el habla, y tal vez de corazon, en mirar por la pureza de la fe; va insinuando su pretension á un encargo sobrenatural del Espíritu Santo; reencarga con multa cuantiosa el cumplimiento de confesion y comunion, y custodia mas y mas la prosperidad espiritual y temporal de pueblo tan fiel (27).

Nnnca tal vez descolló la pujanza y trascendencia de un solo entendi-

miento como en la reforma repentina, aunque volandera, de Roma por el tribuno Rienzi. Una zahurda de salteadores se convierte en un campamento disciplinado, en un monasterio austerísimo: sufrido para escuchar, veloz para desagraviar, inexorable en el escarmiento, franquea su tribunal á todo desvalido ú advenedizo, sin que nacimiento, jerarquía ó inmunidad eclesiástica escuden al culpado ni á sus cómplices. Las casas privilejiadas y los santuarios particulares de Roma, en fin los asilos, quedan abolidos, y apropia la madera y el hierro con que se resguardaban á las fortificaciones del Capitolio. El padre venerable de los Colonas está padeciendo en su propio palacio el vaiven vergonzoso de anhelar y verse imposibilitado de amparar á un reo. Se roba una mula con una cántara de aceite junto á Capadocia, y el caudillo de la alcurnia de Ursino tiene que pagar, además del reintegro, una multa de cuatrocientos florines por su desamparo de las carreteras; así las mismas personas de los barones vinieron á quedar mas inviolables que sus casas ó haciendas, y sea por acaso ó de intento, padecieron el propio rigor los caudillos de las facciones encontradas. Pedro Agapito Colona, senador que habia sido de Roma, fue arrestado en la calle por agravio ú deuda, y alcanzó, aunque tardiamente, la justicia á Martin Ursini, quien tras varias tropelías violentísimas habia salteado un bajel náufrago á las orillas del Tiber (28). El inflexible tribuno se desentiende allá de su nombre, de la púrpura de dos cardenales, de un enlace reciente, de una enfermedad gravísima para asegurar su víctima. Lo arrebatan los alguaciles de su palacio, de su tálamo nupcial, se le sumaria breve y completamente, el somaten del Capitolio convoca al jentío; despojado de su manto, de rodillas y maniatado á la espalda, se le sentencia á muerte y se le ajusticia. Con aquel escarmiento queda desahuciado todo criminal; huyen los malvados, los viciosos y los haraganes y purifícase la ciudad y el territorio de Roma. Regocíjanse, dice el historiador los bosques desde entonces, pues ya no los infestan gavillas de salteadores; los bueyes surcan la tierra, el peregrino frecuenta los santuarios, los viajantes á miles cuajan los caminos; reinan por los mercados el tráfico, la abundancia y la buena fe, y en medio de las carreteras, bolsillos llenos de oro estarian en salvo. En estando afianzadas la vida y hacienda de los individuos, brotan y descuellan de suyo los afanes y galardones de la industria; vuelve Roma á ser la capital del orbe Cristiano, y la nombradía y prosperidad del tribuno resuenan mas y mas por donde quiera, con las alabanzas de tanto estranjero como ha presenciado y sido partícipe de tan inefable dicha.

Vuela el espíritu de Rienzi en alas de su prosperidad hasta el punto de idear una república federativa, tan grandiosa, que abarcase la Italia entera, encabezándola, como allá en la antigua, aquella Roma escelsa de siempre, y asociando al par los príncipes y los estados independientes. No cede su

pluma en elocuencia á su lengua, y mensajeros fieles y veloces van repartiendo por donde quiera sus infinitas cartas. Marchan á pié con una varilla blanca en la mano y trepan por los riscos y atraviesan las selvas; los tratan por los pueblos con acatamiento de embajadores, y refieren con verdad ó por lisonja que las carreteras en su tránsito asoman cuajadas de muchedumbre, que de rodillas está invocando al cielo para el éxito de su empresa. Si la razon enfrenase los ímpetus, si el interés privado se orillase ante el bienestar jeneral, el tribunal supremo de la union confederada pudiera atajar toda discordia intestina y vallar los Alpes contra la oleada bárbara del Norte. Pero volara ya el trance favorable; pues si Venecia, Florencia, Siena y Perusa, con otras poblaciones inferiores, brindan con sus vidas y haberes al estado debido, los tiranos de Lombardía y Toscana estan despreciando y aborreciendo al autor plebeyo de una constitucion libre. Contestan todos, sin embargo, amistosa y acatadamente al tribuno, siguen sus agasajos embajadas sin número de príncipes y repúblicas, y en aquella concúrrencia advenediza, en todas las funciones placenteras ó formales, el notario de humilde cuna, se entona familiar ó cortesanamente con ínfulas de soberano (29). El trance mas esclarecido de su reinado es una apelacion de Luis, rey de Hungría, quejándose de que su hermano y su esposa habian sido ahorcados alevosamente por Juana, reina de Nápoles (30): se abogó por su maldad ó su inocencia solemnemente en el tribunal de Roma (31) pero oidas las causas, aplazó el tribuno su sentencia, que luego puso en cobro el alfanje Húngaro. Allende los Alpes, y particularmente en Aviñon, la gran revolucion era el pasmo y el aplauso de todas las clases. El Petrarca, como íntimo amigo, y tal vez consejero reservado, de Rienzi; sus escritos estan rebosando de pujante patriotismo y ostentoso regocijo, y todo acatamiento con el papa y toda correspondencia al afecto de los Colonas se arrinconaban mediando las obligaciones predominantes de un ciudadano de Roma; y el poeta laureado del Capitolio sostiene el acto, vitorea al héroe, y entreteje con algunas zozobras y advertencias, las esperanzas mas encumbradas de los medros rapidísimos de la república (32).

Mientras Petrarca se está empapando en sus visiones proféticas, el prohombre Romano se apea rápidamente de la cumbre de su aplauso y poderío, y el jentío, que estuvo mirando atónito el metéoro centelleante en sus medros y en lo sumo de su esclarecimiento, empieza á notar el desvío de su gran carrera, y los vaivenes de la claridad y la lobreguez. Campea mas en elocuencia que en tino, en travesura que en teson, y las prendas eminentes carecen del equilibrio de una racionalidad despejada y reflexiva, pues abulta siempre la fantasía de Rienzi los objetos para el ímpetu y la zozobra. Todo lo anhela y lo teme todo, y la cordura que no fue su ensalzadora al solio, tampoco acudió á sostenerlo. Sus arranques

rayaron siempre en los achaques cercanos, bastardeó su justicia con tropelías, su liberalidad paró en profusion, y su afan de nombradía lo enloqueció con vanagloria ostentosa y pueril. Pudiera estar enterado de que allá los tribunos antiguos, tan poderosos y sagrados en la opinion pública, nada los diferenciaba en habla, traje y esterioridad de los demás plebeyos (33); y al andar por la ciuda d á pié, un mero *encuminador* ó bedel les acompañaba en el desempeño de su instituto. Se encresparan ó se sonrieran los Gracos al leer los adjetivos y dictados altisonantes de aquel sucesor: « NICOLAS, JUSTICIERO Y MISERICORDIOSO, LIBERTADOR DE ROMA, DEFENSOR DE LA ITALIA (34), AMANTE DE LA HUMANIDAD, DE LA INDEPENDENCIA, DE LA PAZ, DE LA JUSTICIA, TRIBUNO AUGUSTO. » Su boato teatral abortó por fin la revolucion; pues Rienzi con su lujosa altanería desquició la máxima política de hablar con la muchedumbre á la vista, al mismo tiempo que al entendimiento. Era de suyo galan y aun primoroso; pero vino á desfigurarse con su destemplanza, parando en el estremo de una corpulencia monstruosa; y enfrenó su propension violenta á la risa con una gravedad afectada, empalagosa y aun ceñuda, conceptuándola requisito esencial de la majistratura (35). Para las funciones públicas se engalanaba con un manto de varios matices de terciopelo y de raso, forrado de pieles y bordado de oro. La varilla de la justicia, venia á ser de acero bruñido, coronado con una cruz de oro, engastando una astilla de la verdadera y sagrada cruz. En sus carreras ó procesiones civiles y relijiosas por la ciudad, montaba en un caballo blanco, símbolo de la soberanía; tremolaba sobre su cabeza el gran pendon de la república, ostentando un sol con un cerco de estrellas, una paloma con una rama de oliva; llovia el oro y la plata sobre el jentío, escoltaban cincuenta alabarderos su persona, un escuadron de caballería abria la marcha y eran sus timbales y clarines de plata maciza.

El afan de armarse caballero (36) sacó á luz la ruindad de su nacimiento, y desdoró el señorío de su cargo, acarreándose el tribuno acaballerado la odiosidad, no menos de la nobleza que lo prohijaba, que de la plebe, de quien habia desertado. Apura el tesoro, y echa el resto del lujo y del primor para la solemnidad de aquel dia. Encabeza Rienzi el jentío ú la procesion desde el Capitolio al Laterano; galas y juegos amenizan la dilatada carrera; las órdenes eclesiásticas, militares y civiles van caminando bajo sus banderas respectivas; las damas Romanas acompañan á la esposa del prohombre; y los embajadores de la Italia toda pudieron aplaudir estruendosamente, ó escarnecer en su interior, la novedad del aparato. Por la tarde, llegados á la iglesia y palacio de Constantino, despide agradecido á la inmensa comitiva, convidándola para la funcion del dia siguiente. Recibe de manos de un caballero veterano la órden del Espíritu Santo; ya se habia purificado con el baño; mas ningun paso de la vida

de Rienzi escandalizó tanto, como el de profanar el vaso de pórfido con que el papa Silvestre (37), (conseja mentecata) curó á Constantino de la lepra. Con iguales ínfulas veló las armas y descansó el tribuno entre el ámbito consagrado del baptisterio, y el vuelco de su lecho imperial se conceptuó por agüero de su propia caida. A la hora de la celebracion, se ostentó á la muchedumbre recien vuelta en ademan allá majestuoso, con un ropaje de púrpura, espada y espuelas de oro, interrumpiendo luego los ritos sagrados con su liviandad y descoco. Se alza en su solio, y adelantándose hácia el jentío, vocea descompasadamente: « Citamos á nuestro tribunal á la persona del papa Clemente, y le mandamos que se venga á residir en su diócesis de Roma, intimando igualmente al sagrado colegio de cardenales (38). Citamos tambien á entrambos aspirantes, Cárlos de Bohemia, y Luís de Baviera, que se estan apellidando emperadores; como igualmente intimamos á todos los electores de Alemania, para que nos enteren del pretesto con que enajenaron y usurparon el derecho incontrastable del pueblo Romano, único y antiguo soberano del imperio (39). » Desenvainando su espada vírgen, la está blandiendo por tres veces, á todas las partes del mundo, repitiendo otras veces aqueste pregon disparatado: « Tambien esta es mia. » El vicario del papa, el obispo de Orvieto, intenta atajarle aquel ímpetu frenético, pero una música marcial acalla su apocada protesta, y en vez de retirarse de la concurrencia, se aviene á comer con su hermano el tribuno, en una mesa reservada hasta entonces para el pontífice supremo. Se dispone un banquete imperial para el pueblo todo. Se cubren mesas sin número por las viviendas, pórticos y patios del Laterano para entrambos sexos, de toda condicion; las narices del caballo de bronce de Constantino manan un arroyo de vino, sin sonar otra queja que la escasez de agua, y el arreglo y el temor atajan el desenfreno de la muchedumbre. Queda señalado el dia próximo para la coronacion de Rienzi (40); siete coronas de diferente hojarasca ó metal se van colocando sobre su cabeza por los primeros prebendados del clero Romano; representando los siete dones del Espíritu Santo; y entre tanto sigue blasonando de remedar á los tribunos antiguos. Festejos tan estraordinarios embebecian y lisonjeaban la plebe, y su propia vanagloria se empapaba en la del mismo caudillo. Pero allá en su vida privada se desentienden luego de las estrecheces de la frugalidad y la abstinencia; y hasta los mismos plebeyos, asombrados con el esplendor de la nobleza, se destemplan con el boato de un igual. Esposa, hijo y tio, barbero en nombre y en la realidad, estan hermanando los modales mas vulgares con su ostentacion rejia; pues ajeno de toda majestad, bastardea Rienzi con los desbarros de un rey.

Un mero ciudadano va describiendo con lástima, y quizá con recreo, la humillacion de los varones de Roma. « Con la cabeza descubierta, con

sus manos cruzadas sobre el pecho , se mantienen cabizbajos en presencia del tribuno : tiemblan y ¡ ay , Dios mio , hasta que punto estan temblando ! » Mientras el yugo de Rienzi fue el de la justicia y el de su patria , su conciencia les dicta el aprecio del individuo, á quien su orgullo y su instinto les precisa á odiar ; pero su conducta descabellada les hace acompañar el odio con menosprecio , y entonces se vienen esperanzados de dar al través con una prepotencia, que carece ya de amigo en la confianza pública. Colonas y Ursinos enfrenan por una temporada su mutuo y añejo encono; asocian sus anhelos y acaso sus intentos; pero se prende y dan tormento á un asesino, acusa á los nobles , y desde el punto en que Rienzi va mereciendo su paradero, se labra las zozobras y los arranques de un tirano. En el mismo dia convida , bajo varios pretestos, al Capitolio á sus principales enemigos, entre los cuales hay cinco individuos de los Ursinos y tres con el nombre de Colonas; y en vez de conferencia ó banquete, se hallan todos presos , bajo los filos del despotismo ú de la justicia , y sea con la satisfaccion de su inocencia, ó con el remordimiento de su maldad, corren el idéntico peligro. Suena el somaten de su gran campana, acude el jentío ; se les tilda de conspiradores contra la vida del tribuno , y por mas que algunos se conduelan de su conflicto, no hay voz, no hay mano que acuda á escudar á individuos de la primera nobleza del estrago que les amaga. La desesperacion al parecer los envalentona , pasan respectivamente incomunicados una noche de azorado desvelo ; y aquel héroe venerable, Estevan Colona , golpea á la puerta de su encierro, clamando á los guardas repetidamente que le liberten por medio de una muerte ejecutiva de esa indecorosa servidumbre. A la madrugada quedan enterados de su sentencia con la visita de un confesor, y con el eco de la sonora campana. Se engalana el grandioso salon del Capitolio para el trance sangriento con vistosas colgaduras blancas y encarnadas ; ceñudo y lóbrego aparece el semblante del tribuno, rodeado ya de los sayones con espadas desnudas, y el clarin aterrador suena y acalla las desmayadas arengas de los barones. Pero en el momento decisivo no se acongoja menos Rienzi que sus indefensos reos ; se estremece con el timbre de sus alcurnias, su parentela apesadumbrada , la inconstancia del jentío, y las reconvenciones de todos, y tras la temeridad de tamaño desacato, está soñando que si él indulta , quedará tambien indultado. Se esmera en parecer como Cristiano y suplicante, y como ministro humilde y oficioso del vecindario , está abogando por el perdon de reos tan esclarecidos, por cuyo arrepentimiento y servicios venideros compromete desde luego su solemne palabra y su autoridad ; « ¿ mediando el indulto, pregunta el tribuno por la clemencia de los Romanos , me prometeis sostener el estado debido con vuestras vidas y haberes ? » Atónitos con aquella blandura portentosa , bajan los barones la cabeza ,

y al repetir conpunjidamente el juramento de homenaje, pueden allá insinuarse mútuamente un apunte mas entrañable de ejecutiva venganza. Pronuncia un sacerdote, en nombre del pueblo, la absolucion; comulgan con el tribuno, asisten al banquete, y acompañan la procesion; y tras las muestras espirituales y profanas de íntima reconciliacion, se retiran salvos á sus albergues, con los nuevos blasones y dictados de jenerales, cónsules y patricios (42).

Enfrénales por breve tiempo el pavor de su peligro, mas que el recuerdo de su indulto, hasta que los Colonas mas poderosos huyen de la ciudad con los Ursinos, y tremolan en Marino el pendon de su rebeldía. Restablecen arrebatadamente las fortificaciones del castillo; acompañan los vasallos á sus caudillos; los huidos se arman contra el majistrado, y el pueblo todo acrimina á Rienzi como causador de cuantas desventuras está padeciendo, al ver que desde Marino hasta las puertas de Roma, se arrebatan ganados y se talan mieses y viñedos. Mengua la gallardía de Rienzi, en vez de sobresalir por el campo, y se desentiende allá del progreso de los barones, hasta que se agolpa su jente y hacen sus fortalezas inespugnables. Leyó á Tito Livio, mas no se empapó en planes de guerra, ni menos abrigó el denuedo de los jenerales antiguos. Junta veinte mil hombres, enviste á Marino y queda rechazado, y su venganza se ridiculiza retratando á sus enemigos con la cabeza abajo y los pies en alto, y ahogando á dos perros (que debieran en rigor ser osos) representando á los Ursinos. Con el desengaño de su ningun desempeño militar, los parciales instan á los rebeldes, y se empeñan los barones en apoderarse de cuatro mil infantes y mil y seiscientos caballos, á viva fuerza ó por alguna sorpresa. Se aparata la ciudad para su rechazo, suena toda la noche á somaten la gran campana; se resguardan poderosamente las puertas, ó bien se patentizan descocadamente, y titubeando algun tiempo, se retira por fin el enemigo. Ya las dos divisiones de vanguardia y centro habian desfilado á la vista de las murallas, pero los nobles de vanguardia embisten ciega y desesperadamente, con la aprension de lograr una entrada espedita, y tras una escaramuza ventajosa, se les agolpa el jentío de la ciudad, los arrolla y los mata sin conmiseracion. Estevan Colona menor, en cuyo heroismo cifraba el Petrarca la redencion de Italia, fenece con su hijo Juan, bizarro mancebo, con su hermano Pedro, prebendado de cuenta, un sobrino lejítimo y dos bastardos de la alcurnia de Colona, y el número de siete, como las coronas de Rienzi, se redondea con la agonía del lastimado pariente del caudillo antiguo, único vástago que conservaba las esperanzas y logros del esclarecido linaje. El tribuno echa mano hasta de las visiones y profecías de San Martin y del papa Bonifacio, para envalentonar á los suyos (43), y á lo menos en el alcance ostenta el arrojo de un héroe; pero trascuerda la gran máxima de los anti-

guos Romanos, quienes abominaban todo trofeo en guerra civil. Trepa el vencedor al Capitolio; coloca su corona y cetro sobre el altar, y blasona con asomos de verdad, que habia cortado una espiga que ni papa ni emperador habian acertado á afianzar (44). Su venganza ruin é implacable niega los honores del entierro á los cadáveres de los Colonas, que intentaba colgar junto á los muchos que habia de malhechores, y quedan reservadamente sepultados por la diligencia de las vírjenes santas del mismo nombre y alcurnia (45). El pueblo se conduele de su quebranto, se arrepiente de su propia saña, y maldice el regocijo indecoroso de Rienzi, que anda paseando por el sitio donde fracasaron aquellas víctimas esclarecidas; y en aquel sitio infausto quiere honrar á su propio hijo armándolo caballero, redondeando las ceremonias con un golpecillo de cada jinete de su guardia, y con lavatorio ridículo é inhumano, en un estanque manchado todavía con sangre (46).

Con una leve demora, se salvaban los Colonas, con el rezago de un mes que medió entre el triunfo y el destierro de Rienzi. Ufanísimo con su victoria, se desprende allá de los poquísimos realces que le iban quedando, sin granjearse el concepto de guerrero. Se fragua en la misma ciudad una oposicion arrojada y poderosa, y al proponer al tribuno en su consejo un nuevo impuesto, (47) y arreglar el gobierno de Perusa, votan hasta treinta y nueve vocales contra aquella propuesta, rechazan el cargo feísimo de traicion y coecho, y lo estrechan para que se propase á escluirlos á viva fuerza; y entonces palpara que si la hez le conserva todavía algun apego, el vecindario honrado lo mira ya con menosprecio. Nunca sus profusiones ostentosas habian deslumbrado al papa ni al colejio de cardenales; antes bien se mostraban desabridos con la insolencia de sus fantasías. Envian un cardenal legado por Italia, quien tras un tratado infructuoso y dos avistamientos personales, su paradero es fulminar una bula de escomunion, en la que se apea al tribuno de su cargo, tiznándole con el atentado de rebeldía, sacrilejio y herejía (48). Yacen los pocos barones restantes en Roma humillados con su rendido homenaje; y á impulsos de su interés y su venganza, acuden al servicio de la Iglesia, pero teniendo todavía á la vista el paradero de los Colonas, abandonan en manos de un vengador aventurero el afan y el peligro de una revolucion. Juan Pepino, conde de Minorbino (49), en el reino de Nápoles, yace sentenciado, por sus delitos, ó por sus riquezas, en encierro perpetuo, y el Petrarca, intercediendo por su libertad, contribuye indirectamente al vuelco de su amigo. Se interna Pepino reservadamente en Roma, capitaneando hasta ciento y cincuenta soldados; ataja y valla el barrio de los Colonas, y halla la empresa tan llana y obvia, cuanto habia parecido imposible. Desde el primer asomo, suena y resuena la campana del Capitolio, pero en vez de acudir al eco tan sabido, perma–

nece el vecindario silencioso y sosegado ; y el cobarde Rienzi, prorumpiendo en lágrimas y suspiros, al presenciar aquella ingratitud, desampara el mando y el poderío de la república.

Restablece el conde Pepino, sin desenvainar su espada, la aristocracia y la iglesia ; se escojen tres senadores , y encabezando el legado la junta, admite á sus dos compañeros de las familias encontradas de Colonas y Ursinos. Quedan abolidas las actas del tribuno, pregonada su cabeza; mas infunde su nombre tal pavor todavía , que los barones siguen hasta tres dias titubeando, antes que se avengan á permanecer en la ciudad ; y Rienzi está morando por mas de un mes en el castillo de San Anjelo, de donde se retira sosegadamente, afanándose en vano por reencender el afecto y el denuedo de los Romanos. Voló la soñada decoracion del imperio y la libertad, se avinieron en aquella postracion á todo jénero de servidumbre, con tal que la sobredorase el buen órden, y apenas se hace alto en que los nuevos senadores deriven ó no su autoridad de la Silla Apostólica, y en que cuatro cardenales se hallan encargados con ínfulas de una dictadura para constituir de planta la república. Los enconos sangrientos de los barones siguen atropellando á Roma, odiándose mutuamente y menospreciando la jeneralidad : sus fortalezas contrapuestas en la ciudad y por las campiñas, se encumbran otra vez, para yacer de nuevo demolidas, y los ciudadanos, como grey pacífica é indefensa, quedan dice el historiador Florentino, devorados por lobos insaciables. Mas apurado por fin el sufrimiento de los Romanos, una hermandad de la vírjen María escuda y venga á la república ; retumba de nuevo la campana del Capitolio ; la nobleza armada está temblando ante la muchedumbre indefensa, y de los dos senadores , huye Colona por una ventana del palacio, y el Ursino queda apedreado al mismo pié del altar. Dos plebeyos , Cerroni y Baronelli ejercen sucesivamente el cargo de tribuno. La mansedumbre de Cerroni es ajena de los vaivenes de aquel tiempo, y tras una resistencia apocada, se retira con una reputacion tersa y haberes decorosos á la vida campestre. Sin persuasiva ni desempeño, Baroncelli descuella con su denuedo habla con el temple y el pundonor de un patricio y sigue las huellas de la tiranía; una mera sospecha es ya sentencia de muerte, y al fin su paradero es una muerte afrentosa, correspondiente á su cúmulo de crueldades. En el vaiven de tanta desventura, los desbarros de Rienzi quedan olvidados , y los Romanos estan suspirando por el sosiego y la prosperidad del estado debido (50).

El primer libertador , tras un destierro de siete años, queda restablecido en su patria. Disfrazado de monje ó de peregrino , huye del castillo de San Anjelo, implora en Nápoles la amistad del rey de Hungría, va estimulando la ambicion de todo aventurero , se baraja en Roma con los peregrinos del jubileo, se oculta entre los ermitaños del Apenino, y

vaga luego por las ciudades de Italia, Alemania y Bohemia. Invisible se hace su persona, pero su nombre suena siempre como formidable, y las zozobras de la corte de Aviñon, dan por supuestos, y tal vez abultan, sus merecimientos personales. El emperador Cárlos IV. franquea su audiencia á un advenedizo, que se le manifiesta sin rebozo como el tribuno de la república, y deja atónitos á los embajadores y príncipes, con la elocuencia de un patricio y las visiones de un profeta, sobre el vuelco de la tiranía y el reino del Espíritu Santo (51). Rienzi, en medio de sus esperanzas, se halla cautivo, pero sosteniendo siempre las ínfulas de su independencia y señorío; y obedece voluntariamente á la intimacion del Sumo Pontífice. El afan del Petrarca, enfriado con la conducta desatinada, revive con la desventura de su amigo, y el influjo de su presencia, lamentándose esforzadamente del tiempo en que el salvador de Roma, por mano del emperador, va á parar á las de su obispo. Trasladan pausadamente, pero siempre á buen recaudo, á Rienzi, desde Praga hasta Aviñon. Su entrada en aquella corte viene á ser la de un forajido; le aherrojan una pierna en la cárcel, y se nombran cuatro cardenales para pesquisar sus delitos de rebelion ó herejía. Pero las probanzas y sumaria tenian que sacar á luz interioridades que la cordura debia encubrir; pues habian de mediar cuestiones sobre la supremacia temporal de los papas; la obligacion de su residencia, las regalías civiles eclesiásticas del clero y vecindario de Roma, etc. Era el pontífice á la sazon acreedor á su apellido de *Clemente*; se conduele y se inclina, por sus estrañas vicisitudes y entereza magnánima, al prisionero, y opina el Petrarca aun que acató en el héroe el nombre y el carácter sagrado de un poeta (52). Franquean á Rienzi un destierro desahogado y el uso de libros, y con el estudio incesante de la Biblia y Tito Livio, se dedicó á indagar la causa y el alivio de sus desventuras.

Campea allá para él una nueva perspectiva con el pontificado del sucesor Inocencio VI; raya la aurora de su rescate y reposicion; pues la corte de Aviñon vive persuadida de que tan solo el descollante rebelde alcanzará á refrenar la anarquía indómita de la capital. Promete y jura solemnemente fidelidad el tribuno Romano, y camina ufano para Italia con el dictado de senador; pero entre tanto fallece Baroncelli, con lo cual se conceptua escusada su empresa, y el cardenal y legado Albornoz (53), sumo estadista, le franquea ensanche para su intento, sin demostracion alguna de auxilio, antes bien con estremada repugnancia. Halagüeña, y á medida de sus anhelos, es la entrada, con brillantes regocijos, y con su elocuencia y su prestijio reflorecen las leyes del estado debido. Pero tanto sus propios desbarros, como los vicios del pueblo, nublan muy pronto aquel instantáneo mediodía de su esplendor. Encumbrado en el Capitolio, tal vez echa menos el esmero de Aviñon, y tras su segundo

mando de cuatro meses, fenece Rienzi en una asonada dispuesta por los barones Romanos. Parece que con su roce de Alemanes y Bohemos contrajo ú estremó su desbarro de glotonería y destemplanza, y sobre todo de crueldad; amainara su entusiasmo con la adversidad, sin corroborar su entendimiento y sus prendas; y aquella esperanza juvenil, aquella arrogancia desahogada, que suele afianzar el éxito, desapareció ahora ante la desconfianza y la desesperacion. Reinó allá el tribuno á sus anchuras por la eleccion y al arrimo de los corazones Romanos; pasa luego en senador procesado ante una corte estranjera, y malquisto con la plebe, yace desamparado por el príncipe. El legado Albornoz, al parecer deseoso de su esterminio, le niega inexorablemente todo auxilio de jente y dinero; no cabe ya en un súbdito leal al abalanzarse á los fondos de la cámara apostólica, y al mas remoto anuncio de un impuesto suena el clamor y se dispara la rebeldía. Con achaque de justiciero, se propasó hasta los ámbitos de la crueldad; sacrifican sus zelos al prohombre de la virtud moderna, y al ajusticiar á un salteador, cuyo bolsillo le habia socorrido, vino el majistrado á olvidar, ó tal vez á tener muy presente, el compromiso del ingrato deudor (54). Una guerra civil desangró su erario, y los Colonas siguieron hostilmente atrincherados en Palestrina, y sus asalariados vinieron luego á menospreciar un caudillo, cuya ignorancia y zozobra estaban siempre envidiando todo merecimiento ajeno; pues en vida y en muerte el heroismo de Rienzi asomaba siempre barajado con visos de cobardía. Al embestir una muchedumbre sañuda el Capitolio, al verse ruínmente desamparado por sus sirvientes civiles y militares, el senador denodado va tremolando el pendon de la libertad, asoma al balcon, apropia su elocuencia á los varios impulsos del auditorio, aferrándose en demostrarles que corren idéntico peligro, pues á todos les cabe el estremo del triunfo ú del esterminio á un tiempo. Le atajan el raudal de su persuasiva con una descarga jeneral de imprecaciones y de piedras, y al atravesarle una mano de un saetazo, se postra desesperado, huyendo luego al interior, con lágrimas y lamentos, y al fin se descuelga por una sábana ante las ventanas de la cárcel. Desahuciado en su desamparo, lo sitian hasta la tarde, en que el fuego y el hierro quebrantan y allanan las puertas del Capitolio; y al quererse salvar disfrazado de plebeyo, lo descubren y arrastran hasta el terrado del palacio, paraje infausto de sentencias y ejecuciones. Yace por una hora entera, sin voz y sin movimiento, medio desnudo y medio muerto, en medio de la muchedumbre, cuya saña por un rato se trueca en curiosidad y pasmo. Asoma algun acatamiento y compasion en el jentío, y tal vez le salvaran, cuando un asesino desalmado se adelanta y le atraviesa el pecho con su daga. Cae al primer golpe sin sentido; la venganza desenfrenada de sus enemigos lo desgarra con miles de heridas, arrojando el cadáver de un senador

á Judíos, perros y llamas. Parangonará la posteridad los estremos de heroismo y de flaqueza en aquel varon estraordinario; pero en aquel dilatado plazo de anarquía y servidumbre, sonó y resonó el nombre de Rienzi como libertador de su patria, y el postrero de los patriotas ¡Romanos (55),

Anhela desaladamente el Petrarca el restablecimiento de la república absoluta; pero desterrado ya y luego muerto su héroe plebeyo, vuélvese la vista del tribuno al rey mismo de los Romanos. Mancillado está todavia el Capitolio con la sangre de Rienzi, cuando Cárlos IX, se descuelga de los Alpes para ceñirse ambas coronas, imperial é italiana. Recibe en Milan la visita y galardona las lisonjas del poeta laureado; acepta una medalla de Augusto, y se compromete ceñudamente á remedar al fundador de la monarquía Romana. La aplicacion equivocada de nombres y máximas de la antigüedad es el manantial de las esperanzas y desengaños del Petrarca; no podia sin embargo desentenderse de la suma diferencia entre los tiempos y los individuos, ni menos la distancia descompasada de los primeros Césares á un príncipe Bohemo, que por la privanza con el clero habia logrado aquella eleccion de cabeza titular de la aristocracia alemana. En vez de reintegrar á Roma su gloria y sus provincias, se habia obligado por un convenio reservado con el papa, á evacuar la ciudad en el mismo dia de su coronacion, y á su retirada el poeta patricio le reconviene personalmente.

Yace la libertad, yace el imperio, y su sincero y apocado anhelo se cifra en hermanar al pastor con su rebaño, y reponer el obispo Romano en su propia y antigua diócesis. Lozanea en medio de su mucha edad, y exhorta mas y mas el Petrarca á cinco papas sucesivos, empapando siempre su elocuencia en acalorado entusiasmo y en el desahogo de su lenguaje (57). El hijo de un ciudadano Florentino, antepone invariablemente su patria nativa al solar de su educacion, y para su concepto es la reina, y es el jardin del universo. En medio de sus desavenencias imtestinas, la sobrepone indudablemente á la Francia en ciencias y artes, en riqueza y cultura; mas no es tan suma la diferencia que en realidad quepa el apellido de bárbaros que va indistintamente aplicando á cuantos habitan allende los Alpes. Aviñon, la Babilonia mística, sentina de vicios y bastardías, es el objeto de su odio y menosprecio; pero trascuerda que sus desbarros escandalosos no son en realidad cosecha de su propio suelo, y que en cualquiera residencia estan siguiendo el poderío y el desenfreno de la corte pontificia. Confiesa que el sucesor de san Pedro es el obispo de la Iglesia universal; pero que en las márjenes del Tiber, y no en las del Ródano, era donde el Apóstol habia plantado su solio sempiterno, y mientras todas las iglesias del mundo Cristiano vivian favorecidas con su respectivo prelado, únicamente la metrópoli yacia en aquella postra-

cion y desamparo. Desde la traslacion de la santa Sede, los edificios sagrados del Luterano y el Vaticano, sus altares y santos, yacian en suma desnudéz y decadencia, retratando los mas á Roma bajo el símbolo de una matrona inconsolable, como si el consorte vagaroso pudiera acudir al llamamiento rendido y exánime de la esposa anciana, enferma y bañada en llanto (58). Pero el soberano lejítimo no podia menos de aventar aquel densísimo nublado que estaba encapotando los siete cerros, y nombradía perpetua, la prosperidad de Roma y el sosiego de Italia; serian el galardon del papa que se dignase prorumpir en aquel denodado arranque. De los cinco á quienes al Petrarca estuvo exhortando, los tres primeros, Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VI se desazonaban ó se divertian con los arrojos del orador; pero la mudanza memorable entablada por Urbano V vino á realizarse por Urbano XI. Obstáculos poderosísimos se atraviesan á la ejecucion de aquel intento. Un rey de Francia, acreedor á su dictado de sabio, se opone á descargar á los papas de aquella dependencia local; los cardenales, por los mas súbditos suyos, están bien hallados con el idioma, costumbres y clima de Aviñon, con sus palacios grandiosos, y ante todo con los vinos de Borgoña. Aparécese la Italia como estraña y aun enemiga para ellos, y por fin se embarcan en Marsella, con tanta repugnancia como si les vendieran para morar entre Sarracenos. Reside Urbano V por tres años á su salvo y satisfaccion en el Vaticano; una guardia de dos mil caballos escuda á su Santidad, y el Rey de Chipre, la Reina de Nápoles y los emperadores de levante y poniente saludan devotamente al Padre comun en la cátedra de san Pedro. Mas el gozo y ufanía del Petrarca y demás Italianos se trueca luego en pesadumbre y en ira. Razones de interés público ú particular, su propia impaciencia, ó las instancias de los cardenales arrebatan á Urbano de nuevo á su Francia. Se declaran á su favor las potestades celestes; Bríjida de Suecia, santa y peregrina, desaprueba el regreso y profetiza la muerte de Urbano V; santa Catalina de Sena, esposa de Jesucristo y embajadora de Florencia, fomenta la traslacion de Gregorio XI; y los mismos papas, árbitros de la creencia humana aparentaban dar oidos á los demás soñadores (59). Pero median argumentos de política temporal que sostienen y corroboran las advertencias celestiales. Tropelías hostiles infestan la residencia de Aviñon; un héroe, con treinta mil salteadores, asalta, esquilma y arrebata su absolucion al vicario de Jesucristo y al sagrado colejio, y el sistema de la hueste francesa en contemplar al pueblo y saquear la iglesia, es una herejía nueva y de suma trascendencia (60). Arrojan al papa de Aviñon, Roma le brinda eficacísimamente con su regazo. Reconócenle senado y pueblo por su soberano lejítimo, y rinden á sus pies las llaves de puertas, puentes y fortalezas; por lo menos en el barrio de allende el Tiber (61). Mas aquella demostracion espresiva, al mismo tiempo va acompañada

con la declaracion terminante de que en lo sucesivo no han de tolerar el escándalo y el quebranto de su ausencia; sin cuyo cumplimiento acudirán al arbitrio de volver al sistema antiguo de eleccion. Ya estaba consultando al intento el abad de Monte Casino sobre aceptar ó no la triple corona (62) de manos del clero ú del pueblo. « Ciudadano rey de Roma. » contesta el eclesiástico venerable (63), « mi primera ley es la voz de mi patria (64). »

Si la supersticion se empeña en interpretar toda muerte muy temprana (65), si el mérito de un consejo se ha de justipreciar por los acontecimientos, parece que el cielo se aira contra una disposicion al parecer acertada y oportuna. Como quiera, poco mas de un año subsiste Gregorio XI en el Vaticano; fallece y estalla luego un cisma violentísimo en el Occidente, desgarrando la Iglesia latina por mas de cuarenta años. Componen á la sazon veinte y dos cardenales el sagrado colejio; permanecian seis en Aviñon; once Franceses, un Español y cuatro Italianos, celebraron segun costumbre el cónclave. No se ceñia por entonces la eleccion en los purpurados, y sus votos unánimes recaen desde luego en el arzobispo de Bori, súbdito de Nápoles, descollante por su entusiasmo y sabiduría; y sube al solio de san Pedro bajo el nombre de Urbano VI. La carta del sagrado colejio sienta y afianza su libre eleccion, inspirada como siempre por el Espíritu Santo; se le adora, reviste y corona, segun el rito inalterable; se obedece su autoridad temporal en Roma y en Aviñon, y el orbe Latino reconoce su eclesiástica supremacia. Por algunas semanas los cardenales le acompañan con muestras patentes de afecto y lealtad, hasta que llega la temporada de marcharse decorosamente á veranear; pero reunidos luego en Anagni y Fundi, puestos allí á su salvo, arrojan la máscara, se tachan su propia falsedad é hipocresía, escomulgan al apóstata y anticristo de Roma y pasan á la nueva elección de Roberto de Jinebra, Clemente VII, á quien anuncian á las naciones, como el verdadero y lejítimo vicario de Jesucristo, Anulan su primera eleccion, como acto involuntario é ilegal, por aborto del temor y de las amenazas de los Romanos, sincerando aquella declaracion, por medio de la probabilidad suma y presuncion vehemente del hecho. Los doce cardenales Franceses, mas de dos tercios de los votos, son árbitros de la eleccion, y orillando celillos provinciales, no es de suponer que sacrificasen su derecho y su interés por un candidato estranjero, que no los habia de restituir á su patria. En el vaiven de varias relaciones, asoman (66) confusamente algunos ímpetus de violencia popular; pero inflamaron el desenfreno sedicioso de los Romanos miras interesadas de fueros y privilejios, y la zozobra de nueva emigracion. La asonada con amagos de armas acobardó al cónclave, temeroso de mas de treinta mil desaforados que redoblan el somaten del Capitolio al eco de su gran campana, acompañada con las

de san Pedro « Muerte, ó papa Italiano » vocean; y al eco de aquel alarido, tremolan los doce pendoncillos con sus caudillos de barrio, que prorumpen á porfía en aquel aviso saludable. Asoman preparativos de leña para la quema de cardenales, y si nombraran á un individuo Transalpino, es muy probable que no salieran vivos del Vaticano. Aquella misma ejecucion les obligó á estar aparentando sinceridad para Roma y el mundo entero, y luego el orgullo y crueldad de Urbano manifestaban todavía mayor peligro, y además presenciaron todos una muestra de suma tiranía, con estar el déspota leyendo su breviario, y oyendo en el aposento cercano los ayes de cuatro cardenales á quienes á la sazon estaban dando tormentos. Su austeridad inexorable que estaba á veces tildando su lujo y sus liviandades, trataba de sujetarlos á la mansion y asistencia de las parroquias de Roma, y á no dilatar torpemente una gran promocion, quedaban vendidos y malparados los cardenales franceses. Con tan poderosos motivos, y esperanzados de tramontar los Alpes, atropellan temerariamente la paz y unidad de la iglesia, y el tema de sus dos elecciones se está todavía ventilando en las iglesias católicas (67). La vanagloria, mas bien que el interés por la nacion, arrebató á la corte y al clero de Francia (68). Los estados de Saboya, Sicilia, Chipre, Aragon, Castilla, Navarra y Escocia, se inclinaron con su ejemplo y la autoridad á la obediencia de Clemente VII, y á su fallecimiento de Benedicto XIII, Roma y los estados principales de Italia, Alemania, Portugal, Inglaterra (69), los Paises Bajos y los reinos del Norte, siguieron la eleccion primera de Urbano VI, á quien sucedieron Bonifacio IX, Inocencio VII, y Gregorio XII.

Desde las márjenes del Tiber y del Ródano, los papas contrapuestos se estan hostilizando mútuamente con la pluma y con el acero; alteran el sistema eclesiástico y civil de la sociedad, y alcanza aquel menoscabo en grandísima parte á los Romanos causantes primitivos de todo el trastorno (70). Esperanzaban lisonjera é infundadamente restablecer el sólio de la monarquía eclesiástica, y acudir á sus escaseces con los tributos y ofrendas de las naciones; pero el desvío de España y Francia revolvió el cauce del rio devoto y productivo, ni alcanzó á remediar aquel malogro el redoble en diez años del concurridísimo jubileo. Entre los desvaríos del cisma, las armas estranjeras, y las asonadas, Urbano VI y sus tres sucesores tienen á menudo que trocar la residencia del Vaticano. Siguen Colonas y Ursinos ejercitando sus enconos mortales, los baroncillos de Roma recobran, abusan y estreman sus fueros republicanos; los vicarios de Jesucristo, levantando fuerzas militares, solian castigar sus rebeldías con horca, cuchillo ú daga, y en una conferencia amistosa, hasta once diputados del pueblo fueron alevosamente asesinados y en seguida arrojados á la calle. Desde la invasion de Roberto el Normando, los Roma-

nos se acosaban mútuamente con sus enemistades y matanzas, sin la menor intervencion advenediza; pero con los vaivenes del cisma, un vecino travieso, Ladislao, rey de Nápoles, suele alternativamente sostener y acuchillar á la milicia papal ó al pueblo: lo primero fue declarado Alférez mayor ó *Gonfaloniero*, ú Adalid de la iglesia, y lo segundo los avasalló con el nombramiento de los majistrados. Hasta tres veces sitia á Roma y entra á viva fuerza por sus puertas, en ademan de un salteador desaforado; profana altares, atropella vírjenes, saquea á los moradores, reza sus devociones á San Pedro, y deja guarnicion en San Angelo. Fracasan á veces sus armas, y debe á una demora de tres dias vida y corona; mas triunfó Ladislao de nuevo, y merced á su muerte anticipada, se salvó la capital y el estado eclesiástico de las garras del ambicioso, que usurpó el dictado, ú por lo menos el poderío de rey de Roma (71).

No entabla la historia eclesiástica aquel cisma; pero la gran Roma, objeto de estos últimos capítulos, tercia en gran manera sobre la sucesion tan reñida de sus soberanos. El primer arranque para la paz y hermandad de la Cristiandad entera, brotó de la universidad de París, de la facultad de la Sorbona, cuyos doctores se conceptuaban, por lo menos en la iglesia Galicana, por los mas consumados de Europa en la ciencia teolójica (72). Desentendiéndose cuerdamente de todo escrutinio sobre el oríjen y entidad de la contienda, proponen, como arbitrio radical, que entrambos pretendientes, de Roma y Aviñon, renuncien á un mismo tiempo facultando á sus respectivos cardenales para que acudan todos á una eleccion nueva, y que las naciones *desechen* toda obediencia (73) á cualquiera de los aspirantes que anteponga su propio interés al bien jeneral. A cada vacante, aquellos médicos de achaques eclesiásticos hacian presentes los estragos de cualquiera eleccion atropellada; pero el sistema del cónclave, y la ambicion de sus vocales, ensordecian á la razon y á sus encarecimientos, y por mas promesas que se atravesasen, jamás el papa se daba por comprometido con los juramentos del cardenal. Por espacio de quince años, los pacíficos designios de la Universidad quedaron burlados con los amaños de entrambos pontífices competidores, los escrúpulos ó los ímpetus de sus parciales, y los vaivenes de los bandos en Francia que predominaban en el achaque de Cárlos VI entablan por fin una determinacion esforzada, y una grandiosa embajada, del patriarca titular de Alejandría, dos arzobispos, cinco obispos, cinco abades, tres caballeros y veinte doctores, pasan á las cortes de Aviñon y de Roma, y requieren denodadamente, en nombre de la iglesia y del rey, la renuncia de entrambos pretendientes, Pedro de Luna, que se apellidaba Benedicto XIII, y Angelo Corrario, titulado Gregorio XII. Por el decoro debido á Roma, y el éxito de la comision, solicitan los embajadores una conferencia con los majistrados de la ciudad, á quienes agasajan

con el compromiso terminante de que el rey Cristianísimo por ningun título ha de intentar ya traer la santa Sede fuera del Vaticano, considerándolo como el solar lejítimo y adecuado para todo sucesor de San Pedro. Un Romano elocuente esplaya, en nombre del senado y del pueblo el afan unánime de cooperar á la union entrañable de la iglesia, se lamenta de tantísimo quebranto como acarrea el cisma, é invoca el auxilio de la Francia contra las armas del rey de Ná poles. Las contestaciones de Benedicto y de Gregorio son por igual edificativas y engañosas, y en cuanto á soslayarse del requirimiento de renuncia, entrambos competidores seguian el mismo rumbo. Se muestran acordes en punto á la necesidad de un avistamiento precedente á los demás pasos; pero en el plazo, sitio y método no cupo jamás convenio. « Si el uno adelanta, » dice un sirviente de Gregorio « el otro ceja, aparece el uno como viviente en estremo temeroso de la tierra, y el otro como que se horroriza con el mar, y así por el corto resto de sus vidas y poderío, estos dos sacerdotes ancianos estan comprometiendo la paz y salvacion del mundo Cristiano (74).

El mundo Cristiano por fin se destempla con su terquedad y alevosía; todos los cardenales los van desamparando, hasta que se abrazan todos á fuer de amigos y compañeros, y crecido número de embajadores y prelados acuden á robustecer su rebeldía. El concilio de Pisa depone justicieramente entrambos papas, el de Roma y el de Aviñon; y el cónclave se auna en la eleccion de Alejandro V, y vacando su asiento, elijen luego con igual armonía á Juan XXIII, malvado sin segundo; y en vez de esterminar el cisma, Franceses é Italianos logran tan solo aprontar tercer pretendiente á la cátedra de San Pedro. Se controvierten las nuevas pretensiones del sínodo y del cónclave; tres reyes, los de Alemania, Hunbria y Nápoles, sostienen la causa de Gregorio XII, y Benedicto XIII, español, goza el arrimo de toda aquella nacion devota y poderosa. El concilio de Constancia ataja los ímpetus temerarios del ya celebrado en Pisa; descuella el emperador Sijismundo abogando á todo trance por la Iglesia católica, y el número y trascendencia de vocales civiles y eclesiásticos vienen á constituir como unas cortes jenerales de Europa. Juan XXIII para luego en víctima de la prepotencia; huye, lo alcanzan y traen preso; los cargos mas escandalosos se callan; y tan solo tildan al vicario de Jesucristo de salteamiento, homicidio, rapto, sodomía é incesto, y teniendo que firmar su propia condena, pagó en su encierro perpetuo la inconsideracion de confiar su persona á una ciudad libre allende los Alpes. Gregorio XII, cuya jurisdicion queda reducida al recinto de Rimini, se apea mas honoríficamente del sólio, y su embajador acude á la sesion en que renuncia por fin al dictado y autoridad de pontífice. Para recabar de la aferrada pertinacia de Benedicto XIII su renun-

cia, el emperador en persona emprende un viaje desde Constancia á Perpiñan. Los reyes de Aragon, Castilla, Navarra y Escocia alcanzan un tratado amistoso y honorífico: y al arrimo de los Españoles mismos, el concilio depone á Benedicto, y aquel anciano desvalido se encierra en el catillejo aislado de Peñíscola, para estar dos veces al dia escomulgando, á los reinos rebeldes que se desentendiesen de su causa. Desarraigadas por fin las sectas del cisma, pasa el sínodo de Constancia á elejir pausada y reflexivamente el soberano de Roma y cabeza de la Iglesia. Con aquel trance grandioso, hasta treinta diputados robustecen el sagrado colegio de treinta y tres cardenales, siendo aquellos en número de seis por cada una de las cinco naciones predominantes en la Cristiandad. — Italianos, Alemanes, Franceses, Españoles e Ingleses (75), y aquella intervencion estranjera se cohonesta con su avenencia caballerosa á un Italiano y á un Romano; pues el mérito hereditario y personal de Oton Colona lo está recomendando á todo el cónclave. Aclama Roma gozosamente y obedece su esclarecido hijo; su familia poderosa escuda al estado eclesiástico, y aquella alcurnia poderosa, con la elevacion de Martin V, encabeza la época grandiosa del restablecimiento de los papas en el Vaticano (76).

La prerogativa réjia de acuñar moneda, disfrutada casi tres siglos enteros por el senado, paró por la vez primera en manos de Martin V (77), busto y rótulo encabezan la serie de las medallas pontificias. Eujenio IV uno de los sucesores inmediatos, es el *último* papa arrojado por las asonadas del pueblo Romano (78), ú bien acosado con la presencia del emperador Romano, como le cupo áNicolás V. (79). I. La contienda de Eujenio con los padres del concilio de Basilea, y el recargo ú la zozobra de un imperio nuevo, enardece y envalentona á los Romanos para ocupar el gobierno temporal de la ciudad. Se arman, elijen siete gobernadores de la república, y un condestable del Capitolio; encarcelan al sobrino del papa; sitian su misma persona en el palacio, y le disparan una nube de saetazos á la misma barca donde se marcha arrebatadamente rio abajo vestido de monje. Conserva sin embargo, en el castillo de San Angelo, guarnicion y artillería, cuyas baterías estan de continuo cañoneando la ciudad, y una descarga entera vuelve la valla que ataja al puente, y aventa de improviso los prohombres de la répública. Cede al fin su teson, tras una rebeldía de cinco meses; y bajo la tiranía de la nobleza Ghibelina, los patricios mas sensatos, echan menos el predominio de la iglesia, mostrando un arrepentimiento entrañable y ejecutivo. Recobran las tropas de San Pedro el Capitolio, los majistrados regresan á sus hogares; los mas criminales quedan ajusticiados ó padecen destierro, y el legado acaudillando cuatro mil caballos y doscientos infantes, logra aclamaciones de padre de la ciudad. Los concilios de Ferrara y de Florencia, y la zozobra del encono de Eujenio va dilatando su ausencia. Por fin el pueblo sale

rendidamente á recibirle; pero el pontifice con la algazara triunfal de su entrada, se hace cargo de que para afianzar su sosiego y la lealtad del pueblo, tiene que providenciar el descargo de sus impuestos. II. El reinado pacífico de Nicolás V. restablece, hermosea y aun ilustra á Roma; y en medio de aquellos afanes tan plausibles, le sobreviene la visita acelerada amenazando Federico III de Austria, aunque no daba motivo, ni por su índole ni por su poderío á tan estremado sobresalto. Escuadrona sus tercios en la capital, mediando (80) solemnísimos juramentos, y entonces Nicolás lo recibe risueñamente, como escudo y vasallo de la Iglesia. Temporada apacible, y débil el Austriaco, se victorea la coronacion sagrada y amistosamente; pero aquellos honores pomposos son odiados para toda nacion independiente, y los sucesores se han desentendido de una peregrinacion cansadísima al Vaticano, y cifran su dictado imperial en los electores de Alemania.

Advierte un ciudadano con engreimiento y complacencia, que el rey de Romanos, despues de escasear su saludo á los cardenales y prelados, que se esperan á la puerta, hace alto en la vetismenta y traza del senador de Roma, y en aquella despedida, los personajes del imperio se estrecharon con un brazo amistoso (81). Con arreglo á la lejislacion Romana, el primer majistrado tenia que ser doctor en derecho, forastero y de una patria distante catorce leguas de la capital, con cuyo vecindario no habia de estar emparentado cercanamente. Era la eleccion anual y se residenciaba estrechamente al senador saliente, teniendo luego que mediar lo menos dos años antes de ejercer nuevamente aquel cargo. Su dotacion harto pingüe era de tres mil florines por sí y desembolsos, y al asomar en público estaba representando la majestad de un monarca. Era su ropaje de brocado de oro ú de terciopelo encarnado, y por el estío de tela tambien de seda pero mas lijera; empuñaba un cetro de marfil; anunciaban los clarines su llegada sonora y estruendosamente; y al andar pausado y señorilmente le antecedian por lo menos cuatro lictores ó acompañantes, cuyas varillas encarnadas tremolaban unos gallardetes de color de oro, y la librea de la ciudad. Se juramentaban en el Capitolio invocando el derecho y el acierto, la observancia de las leyes, el enfrenamiento de los poderosos, el amparo de los desvalidos, y el acatamiento de la justicia y de la clemencia en el desempeño de sus funciones; para lo cual le asistian dos *colaterales*, tres sabios forasteros, y el juez de apelaciones criminales. Las leyes acreditan la frecuencia de salteamientos, raptos y homicidios, pero aquella lejislacion apocada tolera los enconos mútuos y asociaciones armadas para su respectivo resguardo. El senador tenia que ceñirse á la administracion de justicia; el Capitolio, el erario, el gobierno de la ciudad y su ejido, corrian á cargo de tres *conservadores*, que se mudaban á cada trimestre; la milicia de sus trece lejiones se jun-

taba siempre bajo los pendones de sus respectivos caudillos ó *caporionis*, descollando el primero con el nombre y señorio de *prior*. Se cifraba la lejislatura popular en los consejos reservados ó públicos de los Romanos. El primero se componia de los majistrados con sus antecesores inmediatos, con algun fiscal ó promotor y tres clases de trece, veinte y seis y cuarenta consejeros, componiendo al todo como ciento y veinte personas. En el consejo jeneral, todo varon tenia derecho para votar, realzándose la importancia de aquel fuero, con el sumo ahinco que se ponia en atajar la intervencion de todo advenedizo el intento de ocupar el derecho y el ejercicio de ciudadano Romano. Precauciones atinadas acudian á zanjar las asonadas, achaque jeneral de la democracia; pues nadie, escepto los majistrados, debia proponer disposicion alguna; á nadie era lícito hablar, sino desde un tabladillo ú tribunal; se vedaba toda aclamacion descompasada; la decision de la mayoría se manifestaba en escrutinio secreto, promulgando los decretos bajo el nombre tan venerable del senado y pueblo Romano (82). No cabe deslindar la epoca fija de todo aquel establecimiento, con aquel esmero y teson en su desempeño, puesto que el buen órden se fue planteando al mismo paso que decaia el ejercicio de la libertad. Pero en el año de mil quinientos y ochenta, sa recopilaron y arreglaron los estatutos antiguos en tres libros, ajustándolos, y aplicándolos al uso corriente y merecieron la aprobacion de Gregorio XIII: (83) el código civil y criminal, es la ley moderna de la ciudad, han cesado los consejos ó juntas populares, y un senador forastero, con tres conservadores estan todavía decidiendo en el palacio del Capitolio (84). Los papas vienen á seguir ahora el sistema de los Césares; y aparentaba el obispo de Roma conservar la planta republicana, al paso que estaba reinando despóticamente, cual monarca espiritual y temporal.

Es verdad trillada que todo prohombre tiene que asomar en una epoca adecuada, y en el dia, todo un Cromwell ó un cardenal de Retz, vendrian á desaparecer desconocidos, ó yacerian en tinieblas. El entusiasmo político de Rienzi llega por fin á entronizarle, y en el siglo siguiente, igual entusiasmo aherroja al remedador suyo en galeras. Hidalgo es de nacimiento Estevan Porcaro, y acendrado su concepto, brota su lengua persuasiva, su entendimiento atesora despejo é instruccion, y tramonta los pensamientos del vulgo con el intento de libertar su patria é inmortalizar su nombre. Todo arranque caballeroso se estrella contra el predominio sacerdotal, y el descubrimiento reciente de la fábula ó patraña de la donacion de Constantino; sigue el Petrarca siendo el oráculo de Italia, y cuantas veces repasa Porcaro la oda en que retrata al vivo al heróico patricio de Roma, se está apropiando las visiones del profético poeta. Muere Eujenio IV, y en sus exequias ensaya el rumbo de los arranques populares, y en una arenga esmerada entona el pregon de lla-

mamiento á la libertad y á las armas con todos los Romanos, quienes lo estan escuchando al parecer con deleite, hasta que lo interrumpe y le contesta un abogado antiguo que pleitea por la iglesia y el estado. Criminal reconocian todas las leyes en tal caso al orador sedicioso; pero la mansedumbre del nuevo pontífice, que conceptua al atrevido con lástima, digno de aprecio y recomendacion y le honra con un destino decoroso para convertir y acallar sus travesuras. El Romano inflexible regresa de Anagni con redobles de nombradía y acaloramiento, y con motivo de juegos en la plaza Navona, sobreviniendo una riña entre muchachos y menestrales, se esmera en utilizar aquella coyuntura para formalizar una asonada. Pero Nicolás, siempre humano, se desentiende todavía de aceptar aquel sacrificio de una vida, por lo demás inocente, contentándose con trasladar al reo á Bolonia, fuera del recinto de sus tentaciones, haciéndole un señalamiento decoroso para su holgada manutencion, con el mero requisito de presentarse diariamente al gobernador de la ciudad. Mas Porcaro tiene presente la máxima de Bruto el menor, á saber: que no hay miramiento ni fe que guardar con los tiranos; y así el desterrado sigue mas y mas declamando contra su sentencia arbitraria, abanderiza secuaces, conspira con ellos; su sobrino, gallardo mancebo, junta una partida de voluntarios, y en cierto dia se dispone una funcion en su casa para los amantes de la república. El caudillo, huyendo de Bolonia se presenta con un manto de púrpura y oro; su voz, su traza, sus ademanes, todo está pregonando el prohombre que tiene comprometida su existencia en tan preciosa causa. Trae su oracion estudiada, y se va esplayando sobre los motivos de la empresa y los medios adecuados para recobrar el nombre y las libertades de Roma; la pereza y orgullo de sus tiranos eclesiásticos; la anuencia ejecutiva de sus parciales y conciudadanos; trescientos soldados; y cuatrocientos desterrados, harto ejercitados en armas y en agravíos; el desahogo de su venganza con aceros afilados, y un millon de ducados por galardon de su victoria. Facilísimo es, les dice, mañana mismo, festividad de la Epifania, afianzar al papa y á los cardenales, á la puerta, ó en el mismo altar de San Pedro; llevarlos aherrojados ante las murallas de San Angelo; precisarle con amagos de muerte á la entrega del castillo; trepar al Capitolio desalojado; y retumbando la gran campana, restablecer en consejo jeneral la antigua república Romana.... pero en medio de su triunfo, está ya frustrando su intento. El senador con escolta poderosa, cerca la casa; el sobrino de Porcaro se abre calle á viva fuerza por la muchedumbre; pero sacan el desventurado Estevan de un arcon, lamentándose de que sus enemigos han, por tres horas, anticipado la ejecucion de la empresa. Enmudece por fin la clemencia de Nicolás, en vista de tan repetidos desengaños, y así Porcaro con nueve compañeros van á la horca sin el auxilio de los sacramentos, y entre las zozobras

y recargos de la corte pontificia, los Romanos compadecen y casi vitorean á aquellos mártires de su patria (85). Mudo es no obstante el arranque é inservible su compasion, con su libertad ya muerta para siempre; y sí tal vez ha venido á asomar en las vacantes del sólio ú en las carestías de pan, asonadillas, tan escasas y accidentales, se aparecen tambien aun en medio de la mas postrada servidumbre.

Pero la independencia jeneral de la nobleza, atizada con el fuego de las discordias, sobrevive á la libertad de la plebe, que estriba en la mútua hermandad. Los barones se aferran mas y mas en su regalia de estafar y oprimir, fortalezas y santuarios son sus albergues, y bandoleros y reos se agolpan á gavillas, para escudarse allí contra la ley, pagando su hospedaje con espadas y dagas. Los intereses particulares de papas y sobrinos solian hermanarse con aquellos enconos solariegos. En el reinado de Sixto IV, refriegas y asaltos estuvieron desgarrando á Roma. El protonotario Colona ve arder su palacio, le prenden, le dan tormento y lo degüellan, y luego asesinan en la calle á Sabeli su amigo por no querer acompañar en sus aclamaciones á los parciales de los Ursinos (86). Mas luego no tiemblan ya los papas en el Vaticano, por cuanto disponen de fuerzas, y se arrojan á imponer obediencia á sus desmandados súbditos, y los estranjeros que presenciaron el anterior desenfreno se pasman al ver ahora al desahogo en los impuestos y en todos los ramos de la administracion (87).

En alas de la opinion vuelan y estallan los rayos espirituales del Vaticano, y entonces, al arrimo de la racionalidad se hacen irresistibles; pero en interviniendo pasioncillas que desconceptuan aquel usurpado rumbo, el eco vuela en balde y cesa sin estrago, y el sacerdote desvalido queda espuesto á la ferocidad desenfrenada de los prepotentes. Pero al regreso de Aviñon, la espada de san Pablo centellea enarbolada para custodiar las llaves de san Pedro. Una fortaleza inespugnable está señoreando á Roma; máquina irresistible es la artillería contra toda asonada; infantería y caballería en regla están prontas para acudir con sus banderas pontificias á donde convenga, pues median rentas pingües que sostengan aquellos desembolsos, teniendo á mayor abundamiento vecinos poderosos que le auxilien ejecutivamente en las urjencias (88). Incorporados ya los ducados de Ferrara y de Urbino, el estado eclesiástico se esplaya desde el Mediterráneo al Adriático, y desde el confin de Nápoles hasta las márjenes del Po; pues ya desde el siglo XVI, la mayor parte de aquellas fértiles comarcas estaban reconociendo la autoridad temporal y las pretensiones lejítimas de los papas. Dimanaban aquellas pretensiones de las donaciones efectivas ó soñadas de tiempos lóbregos, y los pasos sucesivos de sus ensanches, y la plantificacion final de su reinado nos arrebatiria por dilatados espacios de los vaivenes de Italia y de Europa; las maldades con

tínuas de Alejandro VI, las operaciones militares de Julio II y el réjimen culto de Leon X, es asunto engalanado por las plumas descollantes de los primeros historiadores del siglo (89). En la primera temporada de sus conquistas, hasta la espedicion de Carlos VIII, podian los papas lidiar con los estados convecinos, cuyas fuerzas por lo mas apenas equilibraban á las suyas. Mas una vez empeñadas las potencias de España, Francia y Alemania, en avasallar con huestes ajigantadas la Italia toda, acudieron á los amaños para suplir la escasez de sus fuerzas, encapotando en un laberinto de miras revueltas y guerras y negociaciones sus verdaderos intentos, y la esperanza incesante de arrojar á los bárbaros allende los Alpes. Solia, no obstante, la soldadesca denodada del Norte y el Occidente echar al través la balanza peliaguda de las marañas eclesiásticas. La política endeble y vagarosa de Clemente VII brindó á Cárlos V con la coyuntura de disputar sus ímpetus y avasallar la persona y los dominios del pontífice, y por siete meses el desenfreno de una hueste permanente fue asolando y empobreciendo á Roma, con mayor desacato que los mismos Vándalos y Godos (90). Tras leccion tan amarga, recojieron velas los papas y fueron ciñendo los ámbitos de su política, y tuvieron que obrar por su rumbo propio, recobrando su instituto de padres, absteniéndose de toda hostilidad ofensiva, escepto en un trance pasajero, cuando el vicario de Jesucristo y el sultan turco se armaron juntos contra el rey de Nápoles (91). Retiráronse por fin Franceses y Alemanes; los Españoles señorean de asiento á Milan, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, y las playas de Toscana, y tenian que echar el resto en conservar la paz y la subordinacion de Italia, que siguieron allá sin alteracion considerable por espacio de mas de dos siglos. La pobreza relijiosa del rey Católico escudaba al Vaticano, cuyas preocupaciones é intereses le inclinaban á ladearse al príncipe contra el pueblo, que en vez de abrigo, remedio, ó refujio que solian lograr en los estados convecinos, los amantes de la libertad, ó enemigos de las leyes, se hallaban cercados en derredor por el ámbito de hierro del crudo despotismo. Se postra mas y mas la nobleza con el raudal de la obediencia y de la educacion, y enmudece la turbulencia popular de Roma. Olvidan los barones las armas y la bandería de sus antepasados, y van siendo rendidos sirvientes del lujo y del gobierno. En vez del jentío que estuvieron manteniendo para su pomposa servidumbre, todo el producto de sus estados se empleaba ya en sus propios gastos, aumentadores de goces, pero quebrantadores del poderío señoril (92). Colonas y Ursinos compiten ya únicamente en los palacios y quintas, apocándose mas y mas su antiguo boato en la competencia de las alcurnias respectivas y papales. Enmudecieron en Roma las discordias y el desenfreno, y en vez de espumosos torrentes, tan solo asoman estanques bruñidos y plateados, que están reflejando destellos de ocio y servidumbre.

Cristianos, filósofos y patricios se escandalizan al par con el reinado del clero, y aquella majestad Romana (95), el recuerdo de cónsules triunfadores parece que deben acibarar la sensacion, ú estremar el oprobio de tan rendida esclavitud. Si nos hacemos imparcialmente cargo de las ventajas ó nulidades que aparecen por el conjunto del gobierno eclesiástico, merecen recomendacion en la actualidad por su mansedumbre, decoro y sosiego, y luego se muestra esento de continjencias en menorías, en disparos juveniles, en estremos de lujo y estragos de la guerra. Contrarestan á estas logros elecciones de soberano, en el plazo de siete años, quien por maravilla es natural del recinto; el reinado de un estadista *novel* de sesenta ó mas años, desahuciado de acabalar planes grandiosos, ajeno de toda traslacion hereditaria, que pueda coronar el rumbo de sus afanes. Suele una jerarquía ó bien un claustro brotar el candidato coronado ó tosco por su educacion, de escasa racionalidad y de arranques vulgares y tal vez inhumanos. Sacado en la *nidada* de una creencia servil, aprendió á creer hasta lo mas absurdo á reverenciar lo menos apreciable, y á hollar cuanto realza la humanidad: enseñado á castigar todo desacierto como delito insufrible, y á recompensar el celibato y las mortificaciones como prendas descollantes, á sobreponer los prohombres de su calendario á los (94) héroes de Roma y á los sabios de Atenas, y conceptuar las cruces de la sacristía como instrumentos preferibles al arado y al telar. Con el cargo de Nuncio y en la jararquía de cardenal, puede ir adquiriendo algun conocimiento del mundo, pero la estampa primitiva está clavada en su ánimo y en sus modales; con el estudio y la esperiencia ahuyentará tal vez los misterios de su profesion; pero el artífice sacerdotal se amañará siempre á utilizar las apariencias en que vivió empapado; y así el númen de Sixto V salió á luz de las lobregueces de un claustro Franciscano. En su reinado de cinco años estermínó bandoleros y vagos, abolió los santuarios *profanos* de Roma (96); planteó fuerzas militares y navales, restableció y emuló monumentos grandiosos de la antigüedad; y tras el uso garboso y aumento considerable de las rentas pingües del estado, dejó cinco millones de coronas en el castillo de San Anjelo. Mas si fue justiciero, bastardeó con sus crueldades, y tiznó su actividad con intentos de conquistador; muere, y reviven los abusos: se desperdician sus tesoros; recarga la posteridad con treinta y cinco impuestos nuevos, y por fin aquel puéblo ingrato, ó tal vez ofendido entra y destroza para siempre su estatua. (97). Descuella como único el personaje bravio de Sixto V. en toda la serie pontificia cuyo gobierno temporal se muestra al cabo en las máximas y resultados que dan de sí la perspectiva y parangon de artes y filosofía, de labránza, comercio, riqueza y poblacion del estado eclesiástico respecto á otros muchos. Por mi parte estoy anhelando despedirme en paz y cariño del orbe entero, y estoy muy ajeno, en estas postrimerías de querer agraviar al papa ni al clero de Roma (98).

NOTAS

correspondientes al capítulo septuagésimo.

(1) Las Memorias de Francisco Petrarca (Amsterdam, 3 tomos en 4.º componen una obra estensa, orijinal é interesantísima, parto del cariño y del parentesco, trae noticias importantes de aquella época, y el héroe viene á engolfarse en un piélago de especies relativas á otros personajes, por los materiales del mismo Petrarca y de mas de veinte biógrafos ó historiadores sobre el mismo asunto.

(2) Prevaleció por al siglo XV la interpretacion alegórica, discuerdan mucho en las aplicaciones, entendiendo unos por Laura, la relijion, la virtud, la sagrada Vírjen, la—. Véanse los varios prólogos.

(3) Laura de Noves, nacida por el año de 1307, se casó en enero de 1325 con Hugo de Sade, caballero de Aviñon; cuyos zelos no procedian de amor, pues á los siete meses de viudo se desposó con otra, en abril de 1345; cabalmente á los veinte y cinco años de haberla visto y enamorádose el Petrarca.

(4) Corpus crebris partubus exhaustum; de uno de los cuales descendia en décimo grado el abate de Sade, biógrafo amantísimo y agradecido del Petrarca, y muy probablemente aquel motivo le sujirió la especie de su obra, y le inclinó á escudriñar todo el pormenor que pudiera corresponder á la historia é índole de su abuela. (Véase en particular, tom. I. y sus notas.).

(5) Vaucluse tan trillado por muchos viajeros ingleses, se halla descrito por las mismas obras del Petrarca y el conocimiento propio del historiador (Mem. tom. I. etc.). Era en suma el paradero de un ermitaño, y se equivocan infinito los modernos, que colocan á Laura y á su amante en aquel sitio, y en una cueva.

(6) De 1260 pájinas de impresion menuda, en Basilea del siglo XVI sin fecha. El abate de Sade vocea y pregona el empeño de una reimpresion de todas las obras latinas del Petrarca, pero malicio, que podria redundar poquísimo en beneficio del librero, y en diversion del público.

(7) Consúltense los títulos de honor de Salden en su obra (vol. III. etc.). Un siglo antes del Petrarca recibió San Francisco visita de un poeta, que ab imperatore fuerat coronatus, et exinde rex versuum dictus.

(8) Desde Augusto hasta Luís, han solido las Musas ser embusteras y venales, pero dado mucho que ningun siglo ó corte pueda suministrar un ejemplar igual de un poeta pagado, que en todo reinado, tiene que aprontar dos veces al año una porcion de alabanzas y versos, cantables en la capilla, y supongo que en presencia del soberano. Hablo con este desahogo, porque conceptuo, que la mejor oportunidad es ahora, con un príncipe virtuoso y un poeta de númen, para abolir práctica tan sumamente ridícula.

(9) Isocrates, Panejir. tom. etc. invoca para su patria Atenas la gloria de plantear y recomendar αγωνας και τα αθλα μεγιστα μη μονον ταχους και ρωμηο, αλλα και λογων και γνωμης. Se remedó el ejemplo del Panateneo en Delfos; mas los juegos Olímpicos desconocian la corona de música, hasta que vino á usurparlo á viva fuerza la tiranía disparatada de Neron (Suet. in. Nerone, c. 23.; Philostrat. apud Casaub. ad locum; Dion ó Pifelmo I. LXIII. etc. Antigüedades griegas de Poter vol. I. etc.).

(10) Los Griegos Capitolinos (quinquenale certamen *musicum*, equestre, gymnicum), se instituyeron por Domiciano (Suet. c. 4.) en el año de Jesucristo (Censorinus de Die Natali, c. 18.) y no se abolieron hasta despues del siglo IV (Ausonio de Professoribus Burdegal. V.). Si se concedia la corona al mérito esclarecido, la esclusion de Estatio (Capitolia nostræ inficiata lyræ, Silv. etc.) honran al certámen del Capitolio; pero los poetas Latinos que florecieron antes de Domiciano, recibian únicamente la corona de la opinion pública.

(11) Plutarco y los senadores de Roma, ignoraban que el laurel no era corona Capitolina, sino Délfica (Plin. Hist. Nat. XV. etc. Hist. Critique de la Republique des Lettres, tom. I. etc.). Los vencedores en el Capitolio se coronaban con una guirnalda de encina (Marcial, l. IV. etc.).

(12) El afectuoso descendiente de Laura se afana en desagraviar, y con éxito, su castidad acendrada, contra las censuras de los circunspectos y los escarnios de los profanos (tom. II. notas.).

(13) El abate Sade va describiendo todos los pasos de la coronacion del Petrarca (tom. I. p. 425. tom. II. p. 1—6. notas. etc.) por sus propios escritos y el Diario de Roma por Ludovico Monadelschi, sin inspirar su narrativa con las fábulas mas recientes de Sannuccio Delbene.

(14) El acta orijinal está impresa entre los documentos de las Memorias sobre el Petrarca, tom. III. etc.

(15) Para comprobar su entusiasmo con Roma, puede cualquiera abrir el Petrarca á bulto, ú bien las Memorias sobre su Vida. En este autor se halla descrita la primera visita del poeta á Roma. Pero en vez de tanta retórica hueca y escusada, pudiera el Petrarca interesar á sus lectores con una relacion orijinal de la ciudad y de su triunfo.

(16) Lo desempeñó la pluma de un jesuita, el padre du Cerceau, cuya obra póstuma (Conjuracion de Nicolás Gabrini, llamado Rienzi, tirano de Roma en 1347) se publicó en París, 1748 en dozavo, le debe algunas especies tomadas de Juan Hoctemio, canónigo de Lieja, historiador contemporáneo (Fabric. Bibliot. Latin med. Ævi, tom. III. etc.).

(17) El abate Sade que se esplaya tantísimo en la historia del siglo XIV, pudiera referir oportunamente una revolucion en que el Petrarca se interesaba tan entrañablemente (Memorias, tom. II. etc.). Ni siquiera un concepto, ni un hecho se le pasó por alto.

(81) Giovanni Villani, l. XII etc. Muratori, Rerum Italic. Script. tom. XIII. etc.

(19) Muratori ha insertado en el tom. III. de sus Antigüedades Italianas los fragmentos de historia Romana, desde 1327 hasta 1354, en el dialecto orijinal de Roma y Nápoles en aquel tiempo, con una version latina para el uso de los extranjeros. Contiene una Vida particularísima de Cola (Nicolás) Rienzi, impresa en Bracciano 1627, en 4.° bajo el nombre Tomaso Fortifioca, que tan solo se menciona en la obra por el castigo que le impone el tribuno, como falsario. Apenas cabe en la naturaleza humana imparcialidad tan peregrina y mentecata: pues prescindiendo del autor de los Fragmentos, escribió allí mismo y en el propio tiempo, y está retratando sin empeño ni artificio las costumbres de Roma y la índole del tribuno.

(20) El arranque esplendoroso de Rienzi, su gobierno tribunicio, se halla en el capítulo XVIII de los Fragmentos, que por la nueva division asoma en el libro III de la historia, etc.

(21) Podian los lectores tal vez acercarse con una muestra del idioma orijinal: Fo da soa juventutine nutricato di latte de eloquentia, bono gramatico, megliore rettuorico, autorista bravo. Deh como et quanto era veloce leitore! moito usava Tito Livio, Seneca, et Tullio, et Balerio Massimo, moito li dilettava le magnificentie di Julio Cesare raccontare. Tutta la diee se speculava negli intagli di marmo le quali iaccio intorno Roma. No era altri che esso, che sapesse legere li antichi pataffii. Tutte scriture antiche vulgarizzava; quesse fiure di marmo justamente interpretava. Oh come spesso diceva, « Dove suono quelli buoni Romani? dove ene loro somma justitia? poleramme trovare in tempo che quessi fiuriano! »

(22) Parangona el Petrarca los zelos de los Romanos, un templo accesible de los mandos Aviñoneses (Memorias, tom. I. etc.).

(23) Se hallan los fragmentos de la ley Regia, en las Inscripciones de Grutero, tom. I. etc., y al fin del Tácito Ernesti, con tal cual nota sabia del editor, tom. II.

(24) No pasaré por alto un desbarro portentoso y risible de Rienzi. Autoriza la ley Regia Vespasiano para ensanchar el éjido ú Pomerio, voz corriente para todo anticuario; mas no lo era para el tribuno, pues la equivoca con un vergel, y traduce lo Jardino di Roma, cioene Italia, y así lo copia, con ignorancia menos disculpable, el traductor latino, y el historiador francés; y hasta el eruditísimo Muratori se adormeció sobre este paso.

(25) Priori, Bruto, tamen similior, juvenis uterque, longe ingenio quam cujus simulationem induerat, ut sub hoc obtentu liberator ille P. R. aperiretur tempore suo... Ille regibus, hic tirannis contemptus (Opp. p. 536.).

(26) Leo en uno de los manuscritos perfumante cuatro *solli*, en otro cuatro *flòrini*, variando de entidad, puesto que el florin equivalia á doce sueldos Romanos (Muratori, Dissert. XXVII). La leccion primera nos daria un vecindario de 25.000 y la última de 50.000 familias, y me temo que la primera es mas conforme con el menoscabo de Roma y su territorio.

(27) Hoccemio en du Cerceau, Hist. de Rienzi, p. 194. Las quince leyes tribunicias, se hallan en el historiador Romano (que por la brevedad llamo) Fortifiocca, l. II. c. 4.

(28) Fortifiocca, l. II. c. II. En el pormenor de aquel naufrajio, asoman algunas circunstancias, acerca del convenio y navegacion de aquel siglo. I, El bajel se habia construido y flotado en Nápoles, para los puertos de Marsella y Aviñon. II. La tripulacion era de Nápoles y la isla Oenaria, menos amaestrados que los de Sicilia y Génova. III. Se navegaba costeando desde Marsella hasta la embocadura del Tiber, donde se abrigaban en los temporales, pero en vez de encarcelarse, por desgracia tropezaron con un bajío; baró el buque y se salvaron los marineros. IV. El cargamento, que fue saqueado traia las rentas de Provenza, para el erario, muchos sacos de pimienta y cinamomo, y fardos de paño francés, hasta el valor de 20.000 florines, presa de consideracion.

(29) Así sucedia que los conocidos antiguos de Cromwel, recordando su primero y vulgarisimo asomo en el Parlamento, se pasmaron al presenciar el desahogo y majestad, con que el ya Protector se ostentaba en su sólio (Véase Harris, Hist. de Cromwell, p. 27. etc. con los demás historiadores, Clarendon, etc. El concepto del propio mérito y desempe-

ño suele á veces nivelar el recien alzado con su nuevo encumbramiento.

(30) Véanse las causas, circunstancias y resultados de la muerte de Andrew en Giannone (tom. III. etc.) y la Vida del Petrarca (Memorias, tom. II. etc. Se empeña el abate Sade en apocar su delito.

(31) El letrado que abogaba contra Juana no alcanzó á reformar y compendiar la carta de su dueño. Johanna! inordinata vita præcedens, retentio potestatis in regno, neglecta vindicta, vir alter susceptus, et excusatio subsequens, necis viri tui te probant fuisse participem et consortem. Juana de Nápoles y María de Escocia se asemejan asombrosamente.

(32) Véase la Epístola hortatoria de Capesenda República del Petrarca á Rienzi y la quiuta egloga, ó pastoral con su perpetua y esmerada alegoría.

(33) Plutarco en sus Cuestiones Romanas (Opuscul. tom. etc.) deslinda con arreglo á la constitucion, la grandeza sencilla de los tribunos, que en suma no eran majistrados, sino fiscales de la majistratura. Por derecho y por interés, ὁμοιουσθαι χηπατι και κολῃ και διαιτῃ τοις επιουγχανουσ των πολιυων.... καταπατεισθαι δει και μη σεμνον ειναι τῃ τον δημαρχον οψει.... ὁσῳ δε μαλλον εκταπεινουται τῳ σωματι, τοσουτῳ μαλλον αυξεται τῃ δυναμει, etc. y aun tal vez el mismo Petrarca eran tal vez incapaces de leer un filósofo griego, mas pudieran empaparse en el debido concepto, ateniéndose á sus latinos predilectos, Tito Livio y Valerio máximo.

(34) No acierto á verter en Inglés el espresivo *Zelador* Italiano, que se apropió Rienzi.

(35) Era bell' homo (l. II. etc.). Se hace reparable, que el riso sarcastico del Bracciano, falta en el manuscrito Romano, de donde publicó Muratori su edicion. En su segundo reinado, cuando lo tiznan con accidentes de monstruo, (Rienzi travea una ventresca tonna trionfale, á modo de uno Abbate, Asiano ó Asinino (l. III. etc.).

(*a*) Una escritora esclarecida con una sola pincelada ha retratado á Rienzi, á Crescentio y Arnoldo de Brescia, los restauradores ansiosos de la libertad Romana, qui ont pris les souvenirs pour les esperances. Corina, tom. I, ¿ Cabe mas en el mismo Tácito?—M.

(36) Por mas estraña que parezca esta funcion, no carece de ejemplo. En 1327, dos barones, uno Colona y otro Ursino, para el equilibrio se crearon caballeros por el pueblo Romano; se bañaron en agua rosada, su lecho, era de la mayor magnificencia y los sirvieron en el templo de Araceli los veinte y ocho *buon homini*. Despues recibieron de Roberto de Nápoles, sus espadas de caballeros. (Hist. Rom. l. I. etc.).

(37) Creian los partidos contrapuestos en el baño y la lepra de Constantino (Petrarc. Epist. Fam.), y Rienzi sinceró su conducta, manifestando á la corte de Aviñon, que una vasija usada por un pagano jamás

debia profanarse por Cristiano alguno. Delito que se especifica en las bulas de escomunion. (Hocsemio apud du Cerceau , etc.).

(38) Esta intimacion *verbal* del papa Clemente VI, que estriba en la autoridad del Historiador Romano y un manuscrito del Vaticano, se impugna por el biógrafo del Petrarca (tom. II. etc.) con razones mas bien decorosas que eficaces. Trocó la corte de Aviñon no tuvo á bien ventilar cuestion tan vidriosa.

(39) Las intimaciones de ambos emperadores (monumento de libertad y desvarío) se hallan en Hocsemio (du Cerceau p. 163 etc.).

(40) Es de estrañar que el historiador romano se haya descuidado de la coronacion de siete veces, que se comprueba por su propio testimonio y por Hocsemio, y aun de Rienzi, Cerceau p. 167 etc.

(41) Puoi se faceva stare denante a se, mentre sedeva, li baroni tutti in piedi ritti co le vraccia piecate e co le capucci tratti. Deh como stavano paurosi! (Hist. Rom.) si él los vió, yo los estoy viendo.

(42) La carta orijinal, en que Rienzi sincera su trato con los Colonas (Hocsemio etc.) está trazada en matices subidos la mezcla del loco y el malvado.

(43) Rienzi en la carta sobredicha atribuye á san Martin el tribuno Bonifacio VIII, enemigo de los Colonas tambien, y al pueblo Romano, la gloria de aquel dia, que Villani igualmente (l 12) describe como refriega escuadronada. La escaramuza ó guerrilla, la huida de los Romanos, y cobardía de Rienzi, se retratan en la narrativa sencilla y circunstanciada de Fortifiocca ó ciudadano anónimo (l. II c. 34 etc.).

(44) Al referir la caida de los Colonas hablo únicamente de la alcurnia de Estevan el mayor, por mas que du Cerceau lo confunda con su hijo. Cesó aquella rama, pero la familia se fue perpetuando con los bástagos colaterales en los cuales no me hallo muy entrado. Circumspice, dice el Petrarca, familiæ tuæ statum. Colonniensium domos; solito pauciores habebat columnas. Quid ad rem? modo fundamentum stabile, solidumque permaneat.

(45) Los cardenales Colonas fundaron, dotaron y escudaron el convento de San Silvestre, para las hijas de familia que abrazasen el estado monástico, y que en 1358 llegaron á ser hasta doce. Las otras pudieron casarse con la parentela en cuarto grado, y se sinceró la dispensa con el corto número de enlaces íntimos entre las alcurnias hidalgas de Roma (Memorias del Petrarca, tom. I etc.).

(46) Escribió el Petrarca una carta empalagosa y pedantesca por consuelo (Famil. l. VII etc.). Desaparece el amigo con los rasgos del patricio. Nulla toto orbe principum familia carior; carior támen respública, carior Roma, carior Italia.

Je rends graces aux Dieux de n'être pas Romain.

(47) Polistorio, escritor contemporáneo, apunta enmarañadamente el consejo y la oposicion, quien conservó algunos hechos orijinales y curiosos (Rerum Italicarum tom. XXV etc.).

(48) Los breves y bulas de Clemente VI contra Rienzi, se hallan traducidos por el P. du Cerceau, de los Anales Eclesiásticos de Luís Rainaldo (A. D. 1347) quien los encontró en los archivos del Vaticano.

(49) Refiere Mateo Villani el oríjen, temple y muerte del conde Minorbino, sujeto de natura inconstante e senza fede, cuyo abuelo, notario travieso se enriqueció y se hidalgó con los despojos de los Sarracenos de Nocera (l. VIII etc.) Véase su encarcelamiento y los conatos del Petrarca tom. II etc.

(50) Los disturbios de Roma desde la partida y regreso de Rienzi, se hallan en Mateo Villani (l. II etc.) y en Tomás Fortifiocca, (l. III etc.). He ido trazando de paso los personajes de menor bulto, meros remedadores del tribuno orijinal.

(51) Aquellas visiones desconocidas al parecer por los íntimos y los émulos de Rienzi, y abultadas por el afan de Polistorio, inquisidor dominico (Rerum italicarum tom. XXV etc.). Si el tribuno enseñara que el Espíritu Santo procedia del Hijo que se debia dar al través con la tiranía del papa se le pudiese rematar como hereje y traidor sin lastimar al pueblo Romano.

(52) El pasmo y tal vez envidia del Petrarca comprueba, sino la realidad de este hecho increible, por lo menos su veracidad. El abate Sade (Memorias, tom. III etc.) cita la carta VI del libro XIII del Petrarca, pero corresponde al manuscrito réjio, y no á la edicion comun de Basilea (p. 920).

(53) Ejidio ú Jil Albornoz, español esclarecido, arzobispo de Toledo, y cardenal legado en Italia (A. D. 1353 etc.), restableció con sus armas y consejos el dominio temporal de los papas. Sepúlveda escribió por separado su vida: pero Dryden anduvo descaminado en suponer que su nombre y el del cardenal Volsei hubiesen llegado á oidos del Mufti en Don Sebastian.

(54) De Mateo Villani y Fortifiocca, estracta el P. du Cerceau (p. 344 etc.) la vida y muerte del caballero Monreal, Vida de un salteador, y muerte de un héroe. Encabezando una guerrilla anduvo asolando la Italia y paró en opulento y formidable, con dinero en todos los bancos, y solo en el de Padua hasta sesenta mil ducados.

(55) El destierro, gobierno segundo y muerte de Rienzi, se refieren individualmente en un Romano anónimo que asoma como ajeno de su amistad y su encono (l. III etc.). El Petrarca amante del *tribuno* se desentendió del paradero del *senador*.

(56) Las esperanzas y desengaños del Petrarca van descritos con sus propias palabras y amenidad preciosa en el biógrafo francés (Memorias tom. III etc.) pero el saetazo mortal aunque reservado, para él, fue la coronacion de Zanubi como poeta laureado por Cárlos IV.

(57) Véase en el esmerado y entretenido biógrafo el recurso del Petrarca y de Roma á Benedicto XII en 1334 (Memorias tom. I etc. Clemente VI en 1345 (tom. III etc.) y á Urbano V en 1366 (tom. III etc.) su elojio en varias partes y disculpa del último. Su contienda avinagrada sobre los merecimientos de Francia é Italia se halla Opp. p. 1068 etc.

(58) Squalida sed quoniam facies, neglectaque cultu
Cæsaries, multisque malis lassata senectus
Eripuit solitam effigiem: vetus accipe nomen;
Roma vocor.

(Carm. l. II etc.)

Sigue luego el hilo sutil de la alegoría, descompasada é insufriblemente. Las cartas en prosa á Urbano V son mas sencillas y persuasivas (Senilium l. VII etc.).

(59) No me cabe vagar para esplayarme con las leyendas de Santa Bríjida y de Santa Catalina, aunque la última daria campo para cuentecillos entretenidos. Se impresionó con ellos sobre manera el papa Gregorio XI, como lo acreditan las últimas palabras dichas con tantas veras por el papa moribundo quien está encargando á los circunstantes ut caverent ab hominibus sive viris, sive mulieribus, sub specie relijionis locuentibus visiones sui capitis quia per tales ipse seductus, etc. (Baluz. Not. ad Vitam etc.).

(60) Refiere Froissard aquella espedicion piratesca (Crónica tom. I, etc.) y en la vida de du Gueslin (Coleccion jeneral etc.). Ya en el año 1361 otros salteadores habian pirateado hasta la corte de Aviñon, quienes llegaron despues á tramontar los Alpes (Memorias sobre el Petrarca tom. III etc.).

(61) Fleury se vale de los anales de Odenco Reinaldo quien cita un tratado orijinal firmado en 21 de diciembre de 1376 entre Gregorio XI y los Romanos (Hist. Ecclesiast. tom. XX etc.).

(62) La primera corona ó reino (Ducange Gloss. Lat etc.) sobre la tiara ó mitra episcopal de los papas, se supone don de Constantino ú de Clodovico y Bonifacio VIII la segunda como emblema de mando temporal ni menos que el espiritual. Los tres estados de la iglesia se representan con la corona triple que introdujeron Juan XXII ó Benedicto XII (Memorias sobre el Petrarca etc.).

(63) Baluzio (Not. ad. pa. Avenion. tom. I. etc.) saca á luz el testimonio original que acredita las amenazas de los embajadores Romanos y la navegacion del abad de Monte Casino, qui ultro se offerens, respondit se civem romanum esse, et illud velle quod ipsi vellent.

(64) El regreso de los papas de Aviñon á Roma, y su recibimiento por el pueblo se hallan en las vidas orijinales de Urbano V, y Gregorio XI en Baluzio (Vit. Paparum Avenionensium tom. I etc.) y Muratori (Script. Rerum italicarum. tom III etc.). En cuanto á la contienda del cisma, todas sus circunstancias se escudriñaron con ahínco y rigor sino con parcialidad y especialmente en la gran pesquisa que causó la contienda sobre la obediencia de Castilla, á la cual acude Balucio esplayadamente en sus notas por un manuscrito en la librería de Harley (p. 1281 etc.).

(65) ¿Cabe justipreciarse la muerte de un justo como castigo por cuantos estan cayendo en la inmortalidad del alma? Endeble será su teson en la fe. En suma, aunque puramente filósofo, no estoy con los Griegos, όν οί οιθεοι φιλουσίν αποθνησκει νεος (Brunk, Poetæ Gnomici, p. 231.). Vease en Herodoto (l. I. c. 31.) el cuento moral y agradable la juventud Arjiva.

(66) En el primer libro de la Historia del concilio de Pisa, M. Lenfant ha ido parangonando concisamente los secuaces de Urbano y Clemente segun sus propias relaciones, de los Italianos y Alemanes, de los Franceses y Españoles. Parece que los últimos eran los mas eficaces y elegantes, y hechos y palabras se van esponiendo en las Vidas de Gregorio XI y Clemente VII por Balucio, sostenido todo con sus respectivas notas en Balucio su editor.

(67) Los números ordinales de los papas, tanian al parecer la cuestion contra Clemente VII y Benedicto XII. á quienes los Italianos tiznan resueltamente con el apodo de anti-papas, al paso que los Franceses abogan comedidameute por la duda y la tolerancia (Baluz. in Præfat.). Es de estrañar, ó mas bien no es absolutamente estraño, que menudeen, santos, visiones y milagros por ambas partes.

(68) Baluzio se afana ahincadamente (Not. p. 1271 etc,) en sincerar los motivos acendrados de Cárlos V., rey de Francia, que se negó á oir los argumentos de Urbano; pero, ¿no ensordecian igualmente los Urbanistas para las razones de Clemente?

(69) Una carta ó declamacion, en nombre de Eduardo III (Baluz. Vita etc.) está demostrando el afan de la nacion inglesa contra los Clementinos; con atenerse meramente á palabras, pues el obispo de Norwich capitaneó una cruzada allende el mar de 60.000 fanáticos. (Hume, Hist. etc.).

(70) Además de los historiadores jenerales, los Diarios de Delfino Gen-

tilo, de un tal Pedro Antonio y de Estevan Infesura, en la gran Coleccion de Muratori, estan manifestando el estado y las desventuras de Roma.

(71) Da por supuesto Giannone (tom. II. p. 292.) que se apellidaba á sí mismo Rex Romæ, dictado desconocido al mundo desde la espulsion de Tarquino; pero un recibo mas ahincado ha despejado la leccion de Rex Romæ, un reinezuelo anejo á la corona de Hungría.

(72) El empeño acaudillador y eficacísimo de la Francia en aquel cisma, asoma en una historia separada de Dupuís, sacada de documentos auténticos, é inserto en la edicion última y mas aventajada de su amigo el Tuano. (P. XI. etc.).

(73) En cuanto á la medida, Juan Gerson era el doctor jaque y campeon de su doctrina, y luego el guion de los pasos de la universidad de París y de la iglesia Galicana, como se manifiesta por estenso en sus escritos teolójicos, de los cuales Le Clerc, (Bibliotèque choisie, tom. X. etc.) ha dado un estracto apreciable. Descolló Juan Gerson en los concilios de Pisa y de Constancia.

(74) Leonardo Bruno Aretino, uno de los resucitadores de la literatura clásica en Italia, quien, despues de ejercer el cargo de secretario de la corte de Roma por largos años, se retiró con el empleo mas honorífico de conseller de la República de Florencia (Fabric. Bibliot. medii Ævi, tom. I. etc.). Lenfant trae la version de aquella carta curiosa (Concil. de Pisa, tom, I. etc.).

(75) No me cabe pasar por alto la gran causa nacional sostenida por los embajadores Ingleses contra la Francia, con todo ahínco. Se empeñaban los otros en que la Cristiandad estaba esencialmente repartida entre las cuatro grandiosas naciones con sus votos, Italia, Alemania, Francia y España, y que los reinos menores (como Inglaterra, Portugal, Dinamarca, etc.) iban embebidos en una ú otra de aquellas divisiones mayores. Porfiaban los Ingleses, que las islas Británicas que estaban ellos encabezando, debieran considerarse como quinta y cabal nacion, con voto igual, y acudian á todo jénero de argumentos de la verdad ó de la fábula para engrandecer su patria. Abarcando Inglaterra, Escocia, Gales, los cuatro reinos de Irlanda y los Orcadas, se condecoran las islas Británicas en ocho coronas réjias, particularizándose con cuatro ó cinco idiomas diferentes, Inglés, de Gales, Cornuallés, Escocés, Irlandés, etc. La isla mayor de norte ó sur tiene hasta doscientas veinte y seis ó mas leguas de travesía, ó cuarenta jornadas, y luego Inglaterra sola contiene treinta y dos comarcas y cincuenta y dos mil iglesias parroquiales (¡ relacion harto arrojada !) además de las catedrales, colegios, priorados y hospitales, celebran la venida de Josef de Arimatea, el na-

cimiento de Constantino, y la potestad de legacion de sus primados, sino olvidar el testimonio de Bartolomé de Granville (A. D. 1360.), quien tan solo cuenta cuatro reinos Cristianos, 1. el de Roma, 2. el de Constantinopla, 3. el de Irlanda, trasladado á los monarcas Ingleses y el de España. Prevalecieron en el concilio nuestros paisanos, pero las victorias de Enrique V. corroboraron en gran manera sus argumentos. Abogó en contra Roberto Vhingfield, embajador en Constancia con el emperador Maximiliano, etc. etc.

(76) Historió los tres concilios consecutivos de Pisa, Constancia y Basilea, con regular despejo y veracidad, el ministro protestante M. Lenfant, retirándose de Francia á Berlin. Son seis tomos en cuarto, y aparece peor lo de Basilea y lo mejor todo lo relativo á Constancia, en la Coleccion.

(77) Véase la Disertacion XXVIII de las Antigüedades de Muratori, la primera Instruccion de la Ciencia de Medallas del P. Joubert y el baron de la Bastie. La historia metálica de Urbano V. y sucesores se compuso por los monjes Moulinet, Francés y Bonani Italiano, mas entiendo que la primera parte de aquella série se arregló por monedas mas recientes.

(78) Además de los Visos de Eujenio IV (Rerum Italicarum, etc.) los Diarios de Pablo Petroni y Estevan Infesura, son los testimonios mas terminantes para la asonada de los Romanos contra Eujenio IV. El primero, que vivia en aquel tiempo y en el propio sitio, prorumpe en los arranques de un ciudadano, igualmente enemigo de la tiranía sacerdotal que de la popular.

(79) Refiere Lenfant la coronacion de Federico III (Concilio de Basilea, tom. II.) por Eneas Silvio, testigo é interventor en aquel grandioso aparato.

(80) El juramento de fidelidad, impuesto al emperador por el papa, suena y se santifica en las Clementinas (l. II. etc.) y Eneas Silvio, quien se opone á este nuevo requisito, no podia prever, que luego ascenderia al mismo sólio, y se empaparia en las idénticas máximas de Bonifacio VIII.

(81) Lo senatore di Roma, vestito di brocarto con quella beretta, e con quelle maniche, et ornamenti di pelle, co' quali va alle feste di Testaccio e Nagona, pudo trasponerse á Eneas Silvio, pero lo celebra complacidamente el ciudadano de Roma. (Diario de Estevan Infesura, etc.).

(82) Véase en los Estatutos de Roma el *senador* y los *tres jueces* (l. I. c. 3. etc.) los *conservadores*, los *caporiones*, el *concilio secreto*, el *jeneral* ó concejil. El título de los *feudos*, *retos*, *violencia*, *etc.* se estiende á varios capítulos, del libro segundo.

(83) *Statuta almæ Urbis Romæ Auctoritate S. D. N. Gregorii XIII. Pont. Maximi, reformata et edita á Senatu Popoloque Rom. Romæ* 1580 *in folio.* Los viejos y repugnantes estatutos de la antigüedad quedaron reformados ó revueltos en cinco libros, y Lucas Peto, jurista y anticuario, fúe el encargado de ser el Triboniano moderno. Echo menos el código ramplon, con toda su corteza arrugada de barbarie y desahogo.

(84) En mi tiempo (1765) y en las Observaciones sobre la Italia de Gresley (tom. II. etc.) era el senador de Roma dc M. Bielker, caballero Sueco y alumno de la fe Católica. El derecho del papa sobre la eleccion de senador, se da por supuesto, mas no se espresa en los Estatutos.

(85) La narracion curiosa, aunque suscinta de Maquiavelo (Historia Florentina, l. VI. etc.) se refiere la conspiracion Porcaria y se remite al Diario de Estevan Infesura (Rer. Italicarum, tom. III. etc.) y en un tratado aparte de Leon Bautista Alberti (Rer. Ital. tom. XXV. etc.). Es halagüeño el cotejar el estilo y los arranques de un palaciego con los de un mero ciudadano. Facinus profecto quo.... neque periculo horribilius, neque audacia detestabilius, neque crudelitate tetrius, á quoquam perditissimo uspiam excogitatum sit.... Perdette la vita quell' huomo da bene, e amatore dello bene e liberta di Roma.

(86) Los disturbios de Roma, estimulados en gran manera con la parcialidad de Sixto IV., estan patentes en los Diarios de Estevan Infesura y otro ciudadano anónimo que los presenciaron. Véase los trastornos en el año 1484, y la muerte del protonotario Colona en el tom. III. etc.

(87) Est toute la terre troublée pour cette partialité (des Colonnes y des Ursins), comme nous dirions Luce et Grammont, ou en Hollande Houc et Caballan ; et quand ce ne seroit ce différend la terre de l'église seroit la plus heureuse habitation pour les sujets, qui soit danst tout le monde (car ils ne payent ni tailles ni gueres autres choses), et seroient toujours bien conduits (car toujours les papes sont sages et bien conseillés) ; mais tres souvent en advient de grands et cruels meurtres et pilleries.

(88) Con las economías de Sixto V., las rentas del estado ascendieron á dos millones y medio de coronas Romanas (Vita, tom. II. etc) y la milicia estaba planteada con tal acierto, que Clemente VII en un solo mes pudo invadir el ducado de Ferrara con tres mil caballos y veinte mil infantes (tom. III. etc.). Desde entonces (2597) se enmudecieron venturosamente las armas papales, pero las rentas habian logrado algun aumento nominal.

(89) Con especialidad por Guichardini y Maquiavelo, en la historia jeneral del primeró, en la Florentina, en el Príncipe y en los Discursos

políticos del segundo. Estos, con sus dignísimos sucesores Fra-Paolo y Davila, se conceptuaban fundadamente los primeros historiadores en las lenguas modernas, hasta que en el siglo presente descolló la Escocia, para cumplir en la misma Italia.

(90) Parangoné en la relacion del sitio Godo los Bárbaros con los súbditos de Cárlos V. (véase mas arriba); anticipacion que practiqué, al paso de las conquistas Tártaras, cuando apenas esperanzaba concluir mi obra.

(91) Las hostilidades ambiciosas y endeblillas del papa Carafa, Paulo IV, se hallarán en el Tuano, (l. XVI.) y Giannone (tom. IV. etc.). Estos fanaticones Católicos, Felipe II y el duque de Alba, se amañaban á deslindar el príncipe Romano y el vicario de Jesucristo; pero la categoría sagrada, que santificase su victoria, se apropió á escudar su derrota.

(92) Esta mutacion sucesiva de costumbres y desembolso se halla primorosamente desempeñada en Adam Smith (Riqueza de las naciones, tom. I. etc.), quien comprueba, tal vez con escesiva tirantez, que causas leves y aun interesadas han venido tal vez á acarrear preciosos resultados.

(93) M. Hume (Hist. de Inglaterra, tom. I.) infiere arrebatadamente, que si un mismo individuo observa las potestades civiles y eclesiásticas, supone poquísimo que se apellide príncipe, ó prelado, por cuanto siempre el ramo temporal ha de venir á sobreponerse.

(74) Cábele á un Protestante el desestimar á San Francisco ú Santo Domingo con sus respectivas preeminencias; pero no menospreciará temerariamente el afan y el tino de Sixto V., quien colocó las estatuas de San Pedro y San Pablo en las columnas vacantes de Trajano y Antonino.

(95) Un Italiano andariego, Gregorio Leti, dió á luz la vida de Sixto V. (Amsterdam, 3 tomos en 12.º) obra estensa y entretenida, pero que no da fe suficiente para todo su contenido. Pero la estampa del individuo, y los hechos principales, logran el arrimo de los anales de Spondano y Muratori, (A. D. 1585 etc.) y de la historia contemporánea del gran Tuano (l. I. etc).

(96) Estos parajes prilejiados, los *quatiri*, ó *franquizie*, se prohijaron por los mismos estranjeros de la nobleza Romana. Abolió al pronto Julio II el abominandum et detestandum franchitiarum hujusmodi; pero renacieron despues de Sixto V. No me cabe deslindar la justicia ó magnanimidad de Luís XVI, que en 1687 envió su embajador, el marqués de Lavardin á Roma, con un cuerpo armado de oficiales y dependientes, para sostener aquella demanda inicua, é insultar á Inocencio XI. en el

corazon de su capital. (Vita di Sisto V. tom III. Muratori, Annali d'Italia, tom. XV., y Voltaire, Siècle de Louis XIV. tom. II. etc.

(97) Aquel desacato acarreó un decreto, esculpido en mármol, que se colocó en el Capitolio. Su contenido es sencillo y varonil: Si quis, sive privatus, sive magistratum gerens de collocanda *vivo* pontifici statua mentionem facere ausit, legitimo S. P. Q. R. decreto in perpetuum infamis et publicorum munerum expers esto MDXC. mense Augusto (Vita di Sisto V. tom. III. etc.). Entiendo que sigue rijiendo este decreto, y computo que todo monarca acreedor á una estatua debiera por sí y ante sí vedársela igualmente.

(98) Las historias de la Iglesia de Italia y de la Cristiandad, han venido á coutribuir para el capítulo que estoy concluyendo. En las Vidas orijinales de los papas, de continuo estan asomando la ciudad y la República de Roma, y para los siglos XIV y XV he ido echando mano de las crónicas tosquísimas, pero verdaderas que registré con esmero y ahora voy á apuntarlas por su órden cronológico.

1. Monadelschi (Ludovici Boncomitis) Fragmenta Annalium Rom. (A. D. 1328, en los Escritores Rerum Roman. de Muratori, tom XII. etc.). N. B. Desmerece algun tanto el consejero de este fragmento, por la interpolacion estrañísima, donde el autor va refieriendo *su propia muerte* á la edad de 113 años.
2. Fragmento Historiæ Romæ (vulgo Thomas Fortifioccæ) in Romana Dialecto vulgari (A. D. 1327 etc. en Muratori, Antiquit. medii Ævi Italiæ, tom. III. etc.): la obra auténtica y fundamental de la historia de Rienzi.
3. Delphini (Gentiles) Diarium Romanum (A. D. 1370 etc.) en el Rerum Italicarum, tom. III. etc.).
4. Antonii (Petri) *Diarium* Rom (A. D. 1404 etc.).
5. Petroni (Pauli) Miscelanea Historia Romana (A. D. 1443 etc.).
6. Volaterrani (Jacob) Diarium Rom. (A. D, 1472 etc.),
7. Anonymi Diarium Urbis Romæ (A. D. 1481 etc.).
8. Infessuræ (Stephani) Diarium Romanum (A. D. 1294 etc.).
9. Historia Arcana Alexandri V., sive Excerpta ex Diario Joh. Burcard (A. D. 4492 etc.) edita á Godofr. Guillermo Leibnizio, Hanover 1697 en 4.º. El grandioso y apreciable Diario de Burcard pudiera completarse por los manuscritos de diferentes librerías de Francia é Italia M. Foncemagne en las Mem. de la Academia de inscripciones, tom. XVII etc.

Fuera del último todos estos fragmentos y diarios, se hallan juntos en la coleccion de Muratori, mi guia y maestro en la historia de Italia. Su patria y el público le está debiendo las obras siguientes, sobre el mismo

asunto: *Rerum Italicarum Scriptores* (A. D. 500 hasta 1500) *quorum novíssima pars nunc primum in lucem prodest* etc. Milan XXVIII vol. in folio 1723 etc. Falta todavía un tomo de llaves cronolójicas y alfabéticas para la gran obra que está todavía desarreglada en gran manera. II. *Antiquitates medii Ævi* VI tom. en folio Milan 1738 etc. en LXXV disertaciones curiosas sobre costumbres, religion, gobierno etc. sobre los Italianos de aquellos siglos verdaderamente lóbregos, con muchísimos documentos de remotas crónicas etc. III. *Disertationi sopra le Antiquitá Italiane* III tom. en 4.º Milan 1751 con una version del autor, que puede citarse con el mismo discurso que el testo latino de las Antigüedades. IV. *Anali d'Italia* XVIII vol. en 8.º Milan 1753 etc. Un compendio descarriado pero esmerado y utilísimo de la historia de Italia desde el nacimiento de Jesucristo hasta mediados del siglo XVIII. V. *Dell' Antiquitá Estensi ed Italiane* II tom. en folio. Módena 1717 etc. En la historia de aquella alcurnia esclarecida, cuna de nuestros reyes de Brunswik, no retraen al crítico de su desempeño ni la lealtad ni el agradecimiento del súbdito. Asoma Muratori en todas sus partes como escritor dilijentísimo é incansable que se sobrepone á las vulgaridades de clérigo católico. Nació en el año de 1672 y murió en el de 1750, habiendo pasado sesenta años en las bibliotecas de Milan y de Módena (Vita del Proposto Ludovico Muratori por su sobrino y sucesor Gian Francisco Soli Muratori Venezia 1756 en 4.º).

CAPITULO LXXI.

Perspectiva de las ruinas de Roma en el siglo XV. — Cuatro causas de menoscabo y esterminio. — Ejemplo del Coliseo. — Renovacion de la ciudad. — Conclusion de toda la obra.

En tiempo de Eujenio IV, dos de sus sirvientes, el erudito Poggio (1) y un amigo suyo trepan al cerro Capitolino, se sientan sobre sus escombros, entre columnas y templos, y estan viendo desde aquel encumbrado sitio la perspectiva tan varia de maleza y asolacion (2). Campo grandioso está dando aquel pasaje, con los vaivenes de la fortuna, para moralizar en sus trastornos sobre el jénero humano, sus obras mas portentosas, volcando ciudades y engolfándolas un mismo panteon, y desde

luego se hacen cargo de que presenciando allá todavía su grandeza anterior, el derrumbo de Roma es el mas horroroso y deplorable. « Su estado primitivo, cual pudiera asomar en siglos remotos, mientras Evandro agasaja al advenedizo Troyano (3), se rasgueó todo en la fantasía de Virjilio. Montaraz y solitario yacía este peñasco Tarpeyo; pero ya en tiempo del poeta, resplandeció coronado con los dorados artesones de un alcázar que ahora está en el suelo, el oro fue salteado, redondeó la rueda de la fortuna su vuelta, y todo el sitio sagrado para ya en una soledad de abrojos y zarzales. El cerro del Capitolio, la ciudadela del orbe y el pavor de los monarcas, esclarecido con las huellas de tantísimos triunfos: ¡aquí estaba la cabeza del imperio, enriquecida con los despojos y tributos de infinitas naciones! Este centro del mundo ¿cómo cayó? ¡ cómo se trocó! y ¡como yace borrado! Viñedos cuajan el sendero de la victoria, y cieno vil sepulta los bancos de los senadores. Tendamos á la vista al cerro Palatino, y vamos escudriñando entre fragmentos desmoronados, el teatro de mármol los obeliscos, las estatuas colosales, los pórticos del palacio de Neron; rejistremos los demás cerros de la ciudad, todo el solar vacío, se interrumpe tan solo con escombros y jardines. El foro del pueblo Romano, donde se juntaba para lejislar y elegir sus majistrados, está ahora zanjado con huertas para el cultivo de sus plantas, abriéndose de contínuo para recibir piaras y vacadas. Los edificios públicos y particulares fundados para una eternidad, ahí estan en el suelo, derruidos y á trozos como los miembros de un poderoso jigante; y todo ese vuelco se hace mas respetable por los restos asombrosos que sobreviven ahora mismo á los destrozos del tiempo y de la ruina (4). »

Va Pogio describiendo aquellas reliquias, uno de los primeros que levantaron los ojos de las leyendas milagrosas á la supersticiosa creencia. I. Ademas de un puente, un arco y un sepulcro, y la pirámide de Cestio, alcanza á divisar del tiempo de la república dos líneas de bóveda, en el centro del Capitolio con el nombre y la munificencia de Catulo estampados. II. Aperecen hasta once templos hasta cierto punto visibles desde la planta cabal del Panteon, hasta sus arcos, y una columna de mármol del templo de la Paz, que Vespasiano erigió tras las guerras civiles y el triunfo Judaico. En cuanto al número que no bien deslinda, las siete *termas* ó baños públicos, ninguno estaba regularmente conservado para manifestar el uso y reparto de sus diversas porciones; mas los de Diocleciano y de Antonino Caracalla seguian con el título de sus fundadores y pasmaban á todo escudriñador que al cerciorarse de su solidez y estension, variedad de mármoles, tamaño y número de las columnas, parangonaba el afan y desembolso con su objeto y entidad. Asoma todavía tal cual rastro de los baños de Constantino, de Alejandro y de Domiciano, ú mas bien de Tito. IV. Los arcos triunfales de Constantino, de Tito y Severo, estan cabales

en sus moles y en sus rótulos; un fracmento interesante está todavía condecorado con el nombre de Trajano, y dos arcos permanentes todavía en la carretera Flaminia, monumento á la memoria de Faustino y Galieno. Tras el nombre del Galieno pudo el Pogio mirar por allá un anfiteatro de ladrillo correspondiente á un establecimiento pretorio; luego edificios públicos y particulares cuajan en gran parte los teatros de Marcelo y de Pompeyo, y apenas cabe desdeñar la extincion y la planta en los circos Agonal y Máximo. VI. Las columnas de Trajano y de Antonino descuellan todavía; pero los obeliscos Ejipcios yacen soterrados ó rotos. Todo un pueblo de dioses y héroes, obra del arte, queda reducido á una figura ecuestre de bronce dorado, y á cinco estatuas de mármol, sobresaliendo los dos caballos de Fidias y de Praxíteles. VII. Los dos mausoleos, ó sepulcros de Augusto y de Adriano asoman todavía en parte; mas el primero se equivoca con un monton de tierra, y el segundo trasformado en el castilló de Sant-Anjelo, es ya una fortaleza moderna, mostrando tal cual columna y acompañada lúego de otras muchas; tales eran los restos de la ciudad antigua; mas las señales dispersas por la muralla de estructura moderna, formando allá un cerco de mas de tres leguas, comprendiendo las trescientas y setenta torres y comunicando con la campiña por trece puertas.

Rasgueóse aquel cuadro, á los nueve siglos del vuelco del imperio occidental, y aun del último Godo de Italia. Dilatadísimo plazo de apuros y anarquía durante el cual, imperio, solaz, riqueza, todo vino á trasladarse de las márgenes del Tíber, á donde no era ya dable que volviesen á engalanar la ciudad y por cuanto lo humano tiene siempre que cejar en no progresando, los siglos venideros no pudieron menos de ir acarreando la decadencia y esterminio de los partos de la antigüedad. El ir deslindando los pasos de mengua ó creces, y el ir por cada época puntualizando el estado de cada edificio, seria un afan interminable é inservible, y voy á ceñirme únicamente á las observaciones que entablarán una especie de investigacion sobre las causas poderosas y mas ó menos jenerales. I Dos siglos antes de la elocuente lamentacion de Pogio, compuso un anónimo su descripcion de Roma (6). Su ignorancia va repitiendo los idénticos objetos, bajo otros nombres estraños todos y fabulosos. Sin embargo, aquel torpísimo topógrafo tenia ojos y oidos; podia ir observando los restos patentes, podia estar oyendo las tradiciones del pueblo y va deslindando despejadamente hasta siete teatros, once baños, doce arcos y diez y ocho palacios, de los cuales muchos habian desaparecido antes del tiempo de Pogio. Resulta que varios monumentos suntuosos de la antigüedad vinieron á sobrevivir hasta epoca ya muy avanzada (7), y que el impulso asolador estuvo mas pujante en los siglos XIII y XIV con violentísimos redobles. II. Cabe la misma cuenta á los tres siglos últimos y en

vano irémos en busca del Septizonio de Severo (8), celebrado por el Petrarca y demas anticuarios de su siglo. Mientras los edificios Romanos permanecian cabales contrarestaban con su mole y armonía á los primeros embates, aunque tremendos y repetidos, mas al primer empuje iban al través columnas y arcos ya en fragmentos que estaban ya abocados al derrumbadero.

Con sumo ahinco he procurado escudriñar el objeto, y he venido á deslindar cuatro móviles principales, que siguieron obrando por espacio de mas de mil años. I. El quebranto del tiempo y la naturaleza. II. Los embates enemigos de bárbaros y Cristianos. III. El uso y abuso de los materiales, y IV. Las contiendas caseras de los Romanos.

Alcanza la industria del hombre á construir monumentos mucho mas duraderos que el escasillo ámbito de su existencia, mas estas obras son al mismo paso de su persona, frájiles y perecederas, y para la inmensidad del tiempo, su vida y sus obras se han de conceptuar como un soplo volador é instantáneo. No cabe sin embargo ceñir y puntualizar la duracion de un edificio sólido y sencillo. Como maravillas de tiempos antiguos descollaron las pirámides, que se granjearon (9) el embeleso de las jeneraciones antiguas, y pasaron sin cuento cual hojas de otoño (10); cayeron Faraones y Tolomeos, Césares y califas, y las idénticas pirámides descuellan erguidas é intactas sobre las oleadas del Nilo, figuras historiadas con partecillas tenues es mas accesible al menoscabo y trastorno y el trastorno mudo de tiempo suele arrebatar hasta cierto punto, con huracanes y tormentas, por incendios é inundaciones. Conmoviéronse innegablemente los elementos, y allá se bombalearon los torreones de Roma, desde sus excelsas cimas hasta sus profundos cimientos; mas no aparece que los siete cerros sentados sobre inmensos y hondos socavones del globo, ni en siglo alguno adoleció la ciudad de aquellas convulsiones que en los climas de Antioquía, Lesbia y Lima han reducido instantáneamente á polvo las obras de largos tiempos. Campea el fuego con ínfulas de prepotencia sobre la vida y la muerte: aquel rapidísimo asolador puede estenderse y propasarse por el afan de los hombres, y tamañas plagas asoman y estremecen cada pájina de los anales Romanos. Ardiendo estuvo toda por el atentado ú la desventura en tiempo de Neron en el espacio de nueve dias (11).

Agolpados á miles los edificios en estrecha y revuelta planta, fueron suministrando pábulo á las llamas, y al cesar, tan solo cuatro de las catorce rejiones vinieron á quedar cabales, tres asoladas, y lo mas siete desfiguradas y denegridas con los restos de edificios derrocados (12). Resplandece el imperio con las galas y primores de su poderío; pero la memoria de los antiguos estuvo deplorando aquellos malogros irresarcibles: artes de Grecia, trofeos de victorias, y monumentos de la antigüedad primitiva y fabulosa, todo se empozó en la nada. En los vaive-

nes del quebranto y de la anarquía, todo malogro yace irreparable, sin que alcanzen á reponerlo ni el esmero del gobierno, ni el empeño de los particulares, mas ó menos interesados en sus intentos. Pero median dos causas para que sea mas estragador el fuego que las demás plagas, en toda poblacion floreciente que en las menoscabadas. I. Los materiales mas combustibles de ladrillo, madera y metales quedan desde luego destruidos; pero las llamas pueden estar abrasando los paredones de edificios suntuosos sin daño de consideracion en su consistencia, sean arcos ú otras obras despojadas ya de sus adornos y remates. II. Sucede que las viviendas plebeyas y humildes una pavesa las incendia al golpe por entero, mientras los edificios grandiosos y existentes campean solitarios en medio de la asolacion, como islas mas ó menos considerables en medio del piélago. Espuestísima yace siempre Roma por su situacion á frecuentes avenidas. Comprendiendo el mismo Tíber, cuantos rios que se desprenden por ambas vertientes del Apenino son de corta y revuelta carrera; un arroyuelo durante la canícula, al henchirse por el invierno ú primavera, se dispara en raudal impetuosísimo, con las lluvias repentinas ó el derretimiento de nieves; soplan vientos contra su corriente, y el cauce primitivo es pequeñísimo para aquel hacinamiento; rebosan las aguas por ambas márjenes, y allá corren desenfrenadamente, por calles, campos y poblaciones cercanas. A poco del gran triunfo de la primera guerra Púnica, sobrevinieron llamas descompasadas; y la inundacion sobrepujó tantísimo en tiempo y lugar á todos los anteriores, que arrolló cuantos edificios habia por debajo de los siete montes. Varios fueron los móviles del idéntico estrago, pues ya el torrente arrebataba de un vuelco el caserío, ú ya la iba socavando imperceptiblemente desde el cimiento y se aplanaba luego todo en la permanencia dilatada de la avenida (13). Renovóse igual quebranto en el reinado de Augusto, pues el desenfreno de la corriente fue arrebatando palacios y templos por todas las orillas (14) y tras el afan de ir despejando el cauce cuajado de escombros (15), la semejanza del peligro y de las providencias, hizo vivir alerta á los sucesores sobre tan importante objeto. Se proyectó además abrir un nuevo rumbo por varios cauces al Tiber, ó por lo menos á los demás confluyentes; pero la superstición é intereses locales atajaron (16), y por fin tampoco el resultado correspondió al costo y al afan de una ejecucion imperfecta. La servidumbre de los rios constituye la victoria mas esclarecida y provechosa que pudo alcanzar el injenio humano contra las demasías de la naturaleza (17); y si tan estremados solian ser los estragos del Tiber bajo el teson de un gobierno poderoso, ¿quién habia de contrarestar? ¿quién alcanzar tan solo á referir los desastres de la ciudad, tras el vuelco del imperio occidental? La plaga misma vino por fin á proporcionar un defensivo adecuado; pues agolpándose sobre el terreno tantísimo escombro, y realzando mas

y masaquel malecon inmenso y natural se levantó el suelo tal vez de catorce ó quince pies sobre el nivel antiguo (18) y la ciudad moderna vino á quedar menos espuesta á los embates del rio (19).

II. Claman los escritores de todas naciones contra el desenfreno de Godos y Cristianos, como asoladores implacables de los monumentos antiguos disparados á porfía y frenéticos en su ahinco, sin hacerse cargo de cuales eran los medios y el espacio para dar tanto pávulo á sus conatos. Queda ya descrito en los volúmenes anteriores de esta misma historia el triunfo de la barbarie y de la relijion, y voy á contentarme con apuntar someramente su enlace positivo ú soñado con el esterminio de la antigua Roma. Podemos allá fantasear y prohijar una novela peregrina, trayendo Godos y Vándalos de las lobregueces de la Escandinavia, ansiosos de contraponer la huida de Odin (20) para desaherrojar el mundo, con total escarmiento de sus avasalladores, que ansiaban á todo trance aherrojar hasta la memoria de la literatura clásica, y fundar su arquitectura nacional sobre los miembros destrozados del órden Toscano ú Corintio. Pero la verdad sencilla, con patente desengaño está diciendo, que ni eran tan irracionales ni tan cultos para conceptuar intentos tan grandiosos, ni de asolamiento ni de venganza. Los pastores de Escítia y de Jermania usados en huestes del imperio, imponiéndose en su disciplina, volcaron su flaqueza con el ejercicio corriente de la lengua latina; reverenciaban el nombre y los dictados de Roma, y aunque inhábiles para competir, propendian á venerar mas que á destruir las artes y estudios de temporada mas grandiosa. Con la posesion volandera de ciudad opulenta, la soldadesca de Alarico y enscrito cedian á los ímpetus de toda tropa victoriosa, y en medio del ciego desenfreno de torpeza y crueldad, riqueza portátil era el objeto de sus ansias; ni les cabia deleite ni engreimiento con la posesion inservible, de que habian por fin esterminado las obras de Cónsules ó Césares; preciosísimos les hacen los instantes, pues los Godos evacuan á Roma á los seis dias (21), y los Vándalos á los quince; y aunque es mucho mas arduo el construir que el anonadar, aquel arrebato podia dejar poca mella en las moles solidísimas de la antigüedad. Recordamos que al par entrambos caudillos aparentaron acatar los edificios de la ciudad que el gobierno benéfico de Teodorico estuvo escudando su pujanza y hermosura y que el enfado momentáneo de Totila quedó al punto desarmado con su propia índole con el dictámen de amigos y enemigos. Hay ahora que trasponer y agravar aquel cargo á los mismos Católicos de Roma. Estátuas, altares ó albergues de los diablos eran abominables para sus ojos y con el mando absoluto de la ciudad les cabia todo afan para ir derrocando con furor y perseverancia la idolatría de sus antepasados. El derribo de templos en el oriente les suministraba un ejemplar y ofrece para *nosotros* un argumento de su creencia, y se

hace muy probable que gran parte de culpa ó mérito, se puede achacar fundadamente á los prosélitos Romanos. Ceñíase sin embargo aquella aversion á los monumentos de superstición pagana, y los edificios civiles dedicados á la comodidad ó recreo del vecindario, se podian conservar sin perjuicio ni escándalo de la sociedad. Redújose al trueque de relijion no por medio de asonada, sino por los deudos del emperador, del senado y del tiempo. Solian ser los obispos de Roma los mas mirados y menos fanáticos, sin que les quepa reconvencion alguna por las jestiones, habiéndose opuesto decididamente á todo menoscabo en el edificio suntuosísimo del Panteon. (22).

El importe total de un objeto dedicado á las urjencias ó al recurso de un vecindario, consta de su propia sustancia y de su forma, y la maestría de su hechura. Su precio se cifra en el número de los individuos que lo han de emplear ó utilizar en la estension de su consumo, y por consiguiente en el desahogo ú la dificultad de trasporte lejano su situacion local y las circunstancias variables del mundo. Los bárbaros conquistadores de Roma vinieron á usurpar de un solo trance los afanes y tesoros de largo siglos mas fuera de las presas de logro ejecutivo, miraron con harta indiferencia lo que no se podia trasladar á los carruajes Godos ó á la escuadrilla Vándala (23). Su codicia se clavaba al pronto en el oro y la plata, como en todo pais; y aunque en escala menor no dejan de estar siempre representando el imperio incontrastable sobre los productos de la industria; los haberes del jénero humano. Vaso, jarro ó estátua de los metales preciosos que halagan la vanagloria de algun caudillo Bárbaro, sobresalia para sus ojos; pero la chusma, sin hacer alto en las formas, se abalanzaba á la sustancia y á las barras, que luego habian de trocarse en moneda corriente por todo el imperio. El apresador torpe ó desgraciado se atenia á los metales ínfimos de cobre, plomo ú hierro y cuanto se salvó de manos de la barbarie, paró en poder de la tiranía griega y el emperador constante en su visita despojadora se llevó hasta las tejas de bronce del Panteon (24). Eran los edificios de Roma como una mina inmensa y variada el primer afan fue tras los metales mas preciosos; se acendraban despues con el fuego, se cortaban y pulian los mármoles y saciada ya la rapiña casera y advenediza los restos de la ciudad quedaban todavía para vender si comprador asomase. Desnudos yacian los monumentos antiguos de tantos preciosos realces, pero los Romanos estaban en el disparador para derrumbar con sus propias manos los arcos y paredes, con tal que el producto sobrepujase al trabajo material de la fuerza y el trasporte. Si plantara Carlomagno su solio en Italia, su númen le inclinara mas bien á la renovacion que al esterminio de los alcázares cesareos pero su sistema acorraló por las selvas de Alemania, un depravado gusto lo enamoraba de la destruccion, y el nuevo palacio de Aquisgran aparecia condecorado con

los mármoles de Ravena (25) y de Roma (26). A medio siglo despues de Carlomagno, Roberto, rey de Sicilia, el soberano mas liberal y mas instruido de aquella época se surtia de aquellos propios materiales en la navegacion tan obvia del Tiber y del mar; y el Petrarca está exhalando airados ayes por cuanto la primera capital del orbe está alimentando con sus propias entrañas el lujo y la desidia de Nápoles (27). Mas no eran frecuentes aquellos casos en tales tiempos de atraso y los Romanos allá á sus solas y sin émulos pudieron ir empleando pública ó privadamente aquellos materiales de tanta construccion antigua, á no hacerles los inservibles una nueva situacion. Abarcaban siempre las murallas el antiguo recinto, pero la ciudad habia venido á descolgarse desde las siete cumbres al campo de Marte; monumentos de los mas descollantes habian quedado á solas y como en descampado ajenos del gran jentío. Ya los palacios de los senadores desdecian de las costumbres y albergues de sus desamparados sucesores, quedando ya olvidado el uso (28) de baños y pórticos, cesado habian ya en el siglo VI los juegos del teatro, anfiteatro y circo, varios templos estaban ya dedicados al culto reinante; pero las iglesias cristianas anteponian la figura sagrada de la cruz; y la práctica ó la razon habian ido arreglando el empleo de celdas y aposentos en los claustros. En el sistema eclesiástico redobla descompasadamente el número de aquellas fundaciones devotas, agolpándase en la ciudad cuarenta monasterios de hombres, veinte de mujeres y sesenta capillas ó colejios de canónigos y clérigos (29) que menguaban en vez de aumentar el vecindario en el siglo X. Pero si un pueblo ajeno de apreciar la elegancia en las formas de la arquitectura, el acopio de materiales se ofrecia á la mano para acudir con ellos á la urjencia ó la supersticion, y las columnas mas brillantes de órden Jónico ó Corintio, los mármoles riquísimos de Paros ó de Numidia, iban á parar al rincon de un convento ú de un establo. El estrago incesante que están ahora mismo causando los Turcos en Grecia y el Asia, es un ejemplar melancólico de aquel destrozo y en la destruccion sucesiva de Roma, tan solo Sisto V es disculpable en dedicar las casas del Septizonio al edificio esclarecido de San Pedro (30). Trozo ú fragmento escaso ú desfigurado puede mirarse con recreo y desconsuelo; pero la mayor parte del mármol quedó cocido, como tambien separado de sitio y proporcion destinándolo para argamasa (31). Despues de la llegada del Pogio el templo de la Concordia con otras moles principales desapareció de sus ojos, y un epigrama de aquel tiempo rebosa de zozobra, fundada y afectuosa, de que á semejante paso iba luego á llegar el trance de fracasar todos los monumentos de la antigüedad (32). Fueron escaseando, y asi fue tambien á menos el consumo y el pedido. Fantaseaba el Petrarca la presencia de un pueblo poderosísimo (33), y titubeo yo en creer que aun en el siglo XIII menguase el vecindario de Roma hasta el punto de quedar su padron

cortísimo en treinta y tres mil moradores, y si desde entonces hasta el reinado de Leon X se fue abultando hasta el número de cincuenta y cinco mil (34) aquel aumento de vecindario vino á redundar en menoscabo de la ciudad antigua.

IV. Reservé para el fin la causa mas poderosa y violenta de aquel esterminio: á saber, la hostilidad casera y perjura del vecindario. Asonadas solian sobrevenir bajo la autoridad de los emperadores Griegos y Franceses, y en la decadencia de los últimos á principios del siglo X, podemos fechar el desenfreno de las guerras intestinas y asoladoras á su salvo de las leyes y del Evanjelio, con desacato de la majestad ausente y en presencia, y con la persona del vicario de Cristo. En aquel plazo tenebroso de quinientos años las guerras perpétuas y sanguinarias de la nobleza, estuvieron siempre acosando y afligiendo á la ciudad de Roma, renovando con redoblada saña los bandos de Guelfos y Gibelinos, de Ursinos y de Colonas, y si gran parte se ocultó á la historia, y si por lo mas no merece salir á luz, he ido desentrañando en los dos capítulos anteriores las causas y los resultados de aquellos trastornos. En medio de tal desgobierno, cuando toda contienda venia á parar desde luego á los filos de la espada, y se valia del arrimo de la ley para el resguardo de personas y haberes, el ciudadano poderoso tenia que armarse para su seguridad, ú para el embate contra los enemigos cercanos, á quienes odiaba y temia. Menos en Venecia, reinaba en Italia por donde quiera el idéntico peligro; usurpaba siempre la nobleza la prerogativa de fortificar sus casas y encumbrar allá sus torreones (35) capaces de contrarestar un avance repentino. Descollaban por las ciudades aquellos edificios amenazadores y el ejemplo de Luca que abarcaba hasta trescientas torres, es ley que fijaba en la altura á ochenta pies puede conceptuarse como estensiva á las ciudades mas crecidas y populares. El primer paso del senador Brancalcone al plantear la paz y la justicia fue la demolicion (como se vió arriba) de ciento y cuerenta torres en Roma y en la última temporada de anarquía y desconcierto hasta el reinado de Martin V, permanecian aun cincuenta y cuatro en uno de los trece ó catorce barrios de la ciudad. Apropiaban desde luego los restos de la antigüedad á destino tan inicuo, pues templos y arcos estaban brindando para plantear los cimientos sólidamente á construcciones de ladrillo y mampostería; y aun podemos ir nombrando las torres pertenecientes á los monumentos triunfales de Julio César, Tito, y los Antoninos (36). Un teatro, un anfiteatro ú mausoleo venia con escaso desvío á trasformarse en recia y grandiosa ciudadela. Escusado es repetir que la mole de Adriano es ya el castillo de San Anjelo, (37) que el Sepizonio de Severo contrarestó á toda una hueste (38), yació el sepulcro de Metelo bajo sus obras esteriores (39); las alcurnias Sabellis y Ursinos ocuparon los teatros de Pompeyo y de Marcelo (40), y la fortaleza berroqueña se ha ido atem-

perando al primor y brillantez de un palacio italiano. Hasta las iglesias brotaban armas y paraban en baluarte, y las máquinas militares en la techumbre de San Pedro estaban aterrando al Vaticano y escandalizaban hasta lo sumo al orbe cristiano. A toda fortificacion le cabe su ataque, y cuando padece embate viene á quedar aislada. Si los Romanos alcanzaran á apear á los papas del castillo de San Anjelo tenian acordado anonadar aquel monumento de servidumbre. En habiendo defensa tenia por achaque su competente sitio y en todos tiempos el arte y la maquinaria esterminadora se empleaba á cualquiera costa. Muere Nicolás IV, y Roma sin monarca y sin senado queda allá en medio de su desamparo, avasallado por los desafueros de una guerra civil por espacio de seis meses, «Las casas» dice un cardenal y poeta contemporáneo (41) «se desplomaban con la mole y el ímpetu de las piedras enormes (42) el ariete con el redoble de sus golpazos horadaba las paredes, fuego y humo cubrian las torres; saqueo y venganza eran los estímulos de los asaltadores.» La tiranía de las leyes era quien estaba cuando las fasnas y asi la bandería Italiana se esmeraba mutuamente en corresponderse en arrasar á todo trance albergues y castillos de sus contrarios (43). En el parangon de hostilidades *caseras* ó *advenedizas* no podemos menos de sentenciar que las primeras fueron mucho mas esterminadoras para la ciudad que las segundas, y el testimonio de todo un Petrarca es el corroborador de nuestro fallo. «Ahi estan» prorumpe el poeta laureado «los restos de Roma, la sombra de su grandeza peregrina; no cabe ni al tiempo ni á la barbarie el blasonar de tan asombroso esterminio; los asoladores fueron sus propios ciudadanos, sus hijos mas esclarecidos; y vuestros antepasados (está escribiendo á un señoron Aribaldi) ejecutaron con el ariete lo que nunca logró redondear con su espada el prohombre cartajinés.» (44). El influjo de aquellos dos móviles de menoscabo debe hasta cierto punto irse multiplicando mutuamente; por cuanto se habia de acudir el reparo del caserío y demas arruinado, con nuevos é incesantes acarreos de materiales de los monumentos antignos*.

Cabe apropiar esta jeneralidad de observaciones individualmente al anfiteatro de Tito, que merece por lo mas el dictado de COLISEO (45), ya por su grandiosidad, ó ya por la estátua colosal de Neron: edificio que en manos del tiempo y de la naturaleza, gozara ínfulas de sempiterno. Los anticuarios esmerados, computadores de números y asientos, conceptuan que sobre la linea superior de las andanas del anfiteatro, habia varias galerías ó corredores de madera, que repetidamente quedaron asolados por incendio y repuestos por los emperadores. Las preciosidades portátiles, profanas, ó apropiadas á los dioses, sus estátuas, las de héroes, los realces costosísimos de escultura, ya en bronce ó ya salpicados de hojas de oro ú plata, fueron la presa mas obvia de la con-

quista ó fanatismo, de la avaricia de los Bárbaros ó de los Cristianos. Asoman agujeros por la cantería maciza del Coliseo, y hay dos conjeturas muy probables acerca de tamaño menoscabo. Abrazaderas de hierro ú de cobre afianzaban la sillería, y el ansia apuradora se abalanzó á esta segunda presa de metales inferiores (46) se trueca el espacio interior en mercado ó feria; en registros antiguos asoman menestrales por el Coliseo, y se taladraron ó ensancharon las juntas para entrometer las perchas donde se tendian los toldos para sus chozas los habitantes, ó cubrian sus tendezuelas de todo jénero de tráfico.

(47) Reducido á su majestuosa desnúdez el anfiteatro Flaviano se agolpaban á miles los peregrinos para verlo y contemplarlo con asombro y veneracion, y los cerriles septentrionales disparaban su desáforado entusiasmo en espresiones proverbiales del siglo VIII, segun el fragmento del venerable Beda: Mientras permanece el Coliseo, descuella todavía Roma; en desplomándose el Coliseo, allá va Roma á la huesa, y el mundo tras ella. (48) No se echara mano, en el sistema moderno de guerra, de un paraje; con el padrastro de tres cerros dominantes, para plantear una fortaleza, pero la resistencia de paredones y arcos lograria contrarestar el embate de la maquinaria militar; crecida guarnicion pudiera albergarse en su recinto, y mientras la asonada se aposenta en el Vaticano y en el Capitolio sus contrarios se atrincheran á su salvo, en el Laterano ú en el Coliseo (49).

Entiéndese la abolicion de los juegos antiguos en Roma con cierto desahogo: y los recreos del Carnaval por la loma Testacea y el circo Agonal (50), estaban reglamentados por la ley espresa (51), ó por la práctica concejil. Presidia con señorío y boato el senador para adjudicar y repartir los premios; un anillo de oro, la capita (52), como se la llamaba, de paño ú de seda. Un impuesto sobre los Judíos cubria el desembolso anual (53), y las carreras, á pié, á caballo y en carruaje, se condecoraban con una contienda ó torneo de setenta y dos mancebos Romanos. En el año de mil trescientos y treinta y dos, una funcion de toros al remedo de Moriscos y Españoles se celebró en el mismo Coliseo, y en un diario de aquel tiempo se hallan retratadas al vivo las costumbres del país (54). Restablecióse un tendido competente de asientos; un pregon general hasta Rímini y Ravena, brindó á la nobleza para que acudiese á ostentar su denuedo y maestría en tan arriesgado trance. Escuadronadas venian á estar las damas Romanas, y sentadas en tres balcones, alfombrados para el intento en aquel dia, tres de setiembre, con paño de escarlata. Capitaneaba á las matronas trastiberanas, la beldad esclarecida Jacoba de Rovere; alcurnia castiza y solariega, que estaba todavía ofreciendo los primores de la antigüedad esplendorosa. Dividíase lo restante del jentío, segun la costumbre, entre Colonas y Ursinos, blasonando entrambas fac-

ciones del número y hermosura de sus cuadrillas femeninas; resuena en redobladas alabanzas el embeleso de Savella Ursini, y los Colonas están lamentando la ausencia de la menor de su alcurnia, por dislocacion de un cascaño enlos jardines de la torre de Neron. Luca las suertes un anciano y respetable morador, y bajan á la plaza ó lidiadero contra los toros bravíos á pié y con solo un lanzon en la mano. Entre toda la concurrencia, campean para nuestro analista hasta veinte campeones de los mas descollantes con sus nombres, matices y divisas como los primeros señorones de Roma. Suenan algunos como los mas esclarecidos de Roma y del estado eclesiástico, Malatesta, Polenta, De la Valle, Cafanelo, Savellio, Capoccio, Annibaldi, Altieri, Corsi, apropiábanse los matices á su gusto y situacion, y las divisas, todas conceptuosas, iban ostentando la esperanza ó el desconsuelo, exhalando toda la bizarría del galanteo y el arrojo. « Solo estoy, como allá el menor de los Horacios » con la confianza de un advenedizo denodado; « vivo sin consuelo, » como un viudo lloroso: « estoy ardiendo debajo de las cenizas » como amante alerta: « adoro á Lavinia ó á Lucrecia » manifestacion ambigua de pasion naciente: « acendrada es mi fe » mote de una librea blanca: ¿quién ha de ser mas valiente que yo? tremolando una piel de Leon, « si me anego en sangre, yo pregono mi muerte: » anhelo propio de feroz arrojo. La altanería ó cordura de los Ursinos los retrae de la lid, desempeñada por tres de sus competidores hereditarios, cuyos rótulos estan pregonando la encumbrada elevacion del timbre de Colona: « aunque melancólico fuerte, fuertísimo cuanto grande » « Si caigo, » encarándose con la concurrencia, « caes tú conmigo » denotando, dice el escritor contemporáneo, que mientras las demás alcurnias se avasallaban al Vaticano, ellos solos eran las columnas del Capitolio. Arriesgadas y sangrientas eran las lides. Iba cada campeon lidiando su respectivo toro, por quienes vino á quedar la victoria, pues fenecieron tan solos once; con el quebranto de nueve heridos y diez y ocho muertos por parte de los lidiadores. Lloran familias enteras esclarecidas, pero las exequias pomposísimas en las iglesias del Laterano y Santa María La Mayor proporcionan segunda festividad al vecindario. Malhayan tales contiendas, pues en otras se empleara mejor la sangre Romana, pero al zaherir aquella temeridad, forzoso es ensalzar su gallardía; y todo caballero que voluntariamente descuella arriesgando su vida con magnificencia bajo el balcon de las hermosas, nos duele mucho mas que una chusma de cautivos y salteadores, arrastrados á viva fuerza al teatro de la matanza (55).

Funcion peregrina era de suyo la llamada del anfiteatro. Se piden y ceden los materiales diariamente por toda la ciudad, sin escrúpulo ni reparo. En el siglo XIV se estiende una acta escandalosísima de concordia, en que se franquean ambas facciones el ensanche de tomar á su albedrío

cuantos sillares apetezcan de la cantera jeneral y espedita del Colisco (56), lamentándose el Poggio, de que el desvarío del vecindario haya ido cociendo tan hermosa cantería para sal (57). Para atajar aquel desenfreno, y precaver los atentados nocturnos temibles por aquellas lobregueces inmensas, providenció Eujenio IV una cerca total, y por una escritura formal otorgó el solar y el edificio á un convento inmediato (58). Despues de su fallecimiento, una asonada del pueblo volcó la cerca; y si acatasen aquel monumento incomparable de sus padres, sinceraran entonces el acuerdo de que nunca se arrollase por el interés particular. Desmoronóse el interior; pero á mediados del siglo XVI, época de acendrado gusto y culta literatura, descolló la circunferencia esterior de mil seiscientos y doce pies cabal é intacta; constando de tres altos de á ochenta arcos, hasta la elevacion de ciento y ocho pies. En cuanto al menoscabo actual, los reos son allá los sobrinos de Paulo Ferrara, y cuantos se detienen á mirar el palacio Fanesio prorumpen desde luego en imprecaciones contra el sacrilejio y el lujo de unos principillos recien abortados (59). Cabe igual cargo contra los Barberinis, y aun es de temer la repeticion de tamaño desafuero por cada reinado, hasta que el Coliseo vino á quedar escudado bajo la salvaguardia de la relijion por el mas caballeroso de todos los pontífices, Benedicto XIV, quien consagró solemnemente un solar mancillado por la persecucion y la fábula con la sangre de tantos mártires Cristianos (60).

Al paladear el Petrarca por la vez primera la presencia de aquellos monumentos, cuyos trozos dispersos burlan hasta las descripciones mas elocuentes, se pasmó al mirar la tibieza señolienta de los (61) Romanos mismos (62), y vino mas bien á sonrojarse que á engreirse de que fuera de su amigo Rienzi y uno de los Colonas, allá un advenedizo del Ródano, se mostrase mas íntimo con aquellas antgüedades, que la plebe y aun el señorío de la capital (63). Abultan hasta lo sumo y con afan, la ignorancia y credulidad de los Romanos, en esta reseña antigua, compuesta á principios del siglo XIII, y desentendiéndose de yerros en nombres y sitios, á la leyenda del Capitolio, hay que prorumpir en una sonrisa de ira y menosprecio (64). « Llámase el Capitolio, » dice el anónimo, « por ser la cabeza del orbe; donde los cónsules y senadores residian en lo antiguo, para el gobierno de la ciudad y del globo. Cristal y oro cubrian los encumbrados murallones, coronándolos con riquísima techedumbre de finísima escultura. Al pie de la ciudadela, asomaba un palacio, por lo mas de oro, realzado con pedrería, y cuyo importe pudiera regularse á un tercio del mundo entero. Las estatuas de todas las provincias estaban colocadas por su órden, cada una con una campanita colgada al cuello, y tal era el primor de su construccion májica (65), que si tal provincia se rebelaba contra Roma, jiraba la estatua hácia aquell

parte del cielo, sonaba la campanilla el profeta del Capitolio, anunciaba el portento, y el senado se ponia alerta con riesgo tan iminente.» Otro ejemplar de menos entidad pero de igual desvarío se puede sacar de los dos caballos de mármol, conducidos por dos mancebos desnudos, que luego se trasladaron de los baños de Constantino al monte Quirinal. Se disculparán desde luego las aplicaciones infundadas de Fidias y Praxiteles, mas aquellos escultores Griegos no debieran traerse por mas de cuatro siglos desde el siglo de Péricles al tiempo de Tiberio, no debieran trasformarse en filósofos y aun májicos, cuya desnudez simbolizaba la verdad y la sabiduría, que iba revelando al emperador sus jestiones mas recónditas, y tras de negarse á todo galardon pecuniario, ansiaban el timbre de venir á dejar aquel monumento sempiterno de sí mismos (66).

Absortos tras el poderío de la májica, los Romanos se desentendieron de todo primor artístico, quedando tan solo cinco estatuas á la vista del Poggio; y en cuanto al sinnúmero que el acaso ú el intento tenian soterradas; su resurreccion se fue dichosamente dilatando hasta otro siglo de mas seguridad é ilustracion (67). El Nilo, que está en el dia adornando el Vaticano, habia salido á luz entre los cavadores de un viñedo junto al templo, ú convento, de Minerva; mas el hacendado mal sufrido con las repetidas visitas de curiosos, repuso aquel mármol improductivo en su primera huesa (68). El descubrimiento de una estátua de Pompeyo, de diez pies, motivó un pleito; hallóse en una pared medianil, y el juez presumido de justiciero, sentenció que se cortase la cabeza al hallazgo para satisfacer el derecho del vecino, y estando ya la ejecucion en el disparador y enarbolada el hacha, intervino un cardenal, acudió la liberalidad del papa, y se rescató el héroe de manos de sus bárbaros compatricios (69).

Despéjase mas y mas la cerrazon de la barbarie, y la autoridad bonancible de Martin V y sucesores, reengalanó la ciudad, con el arreglo de todo el estado eclesiástico. Las mejoras de Roma, desde el siglo XV, no brotaron de suyo con el deshaogo y la industria. El arranque naturalísimo de toda ciudad para su pujanza se cifra en el vecindario y laboriosidad de sus cercanías, que aprontan subsistencias, y acuden con manufacturas al comercio esterno. Maleza y aridez constituyen por lo mas la Campaña de Roma; las haciendas descompasadas de príncipes y clero, se estan cultivando desmayadamente por las manos flojísimas de vasallos exhaustos y desamparados, y sus escasillos esquilmos van siempre á empozarse ó trajinarse á beneficio del monopolio. El móvil segundo y mas artificioso del engrandecimiento de una capital, es la residencia del monarca, los desembolsos de boato en la corte, con los tributos de las provincias dependientes. Sumiéronse, con el derrumbo del imperio, provincias y productos, y si tal cual arroyuelo de la plata del Potosí, con el oro del

Brasil acude apocadamente al Vaticano, las rentas de los cardenales, las multas de curia, las ofrendas de peregrinos y clientes, y el restante de impuestos eclesiásticos, van supliendo á pausas, para el mantenimiento de la holgazanería de la corte y del vecindario. El padron de Roma inferior al de todas las capitales de Europa, no pasa de ciento y setenta mil moradores (70) y en el recinto anchísimo de las murallas, la mayor parte de los siete cerros estan cuajados de escombros y viñedos. El boato y brillantez de la ciudad moderna se está debiendo á las demasías del gobierno, y al influjo de la supersticion. Cada reinado (rarísimas son las escepciones) se aparece en el encumbramiento veloz de una alcurnia nueva, encaramada por el sandio pontífice, á costa de la iglesia y del país. Los sobrinillos venturosos echan el resto del primor y la elegancia en sus alcázares descollantes: las artes peregrinas de arquitectura, pintura y escultura se prostituyen indignamente en su agasajo; ostendando además galerías y pensiles condecorados con los partos mas eminentes de la antigüedad, acopiándolos con gusto ú por vanagloria en número asombroso. Mas propio y decoroso era el consumo de las rentas eclesiásticas por los mismos papas en el culto grandioso del rito católico; pero fuera por demás el ir enumerando las funciones devotas de retablos, capillas, é iglesias, puesto que todos estos luceros menores quedan eclipsados con el centellante del Vaticano, con el cimborio de San Pedro, la mole mas esclarecida, que se dedicó en tiempo alguno al uso de le relijion. La nombradía de Julio II, de Leon X y Sisto V, va acompañada con los entrecimientos preeminentes de Bramante y Fonitana, de Rafael y Miguel Angel. Campea la suma munifencia en templos y en palacios y abarca el ímpetu vividor todas las artes antiguas. Yacen los abeliscos medio soterrados, y de repente se empinan y coronan los puntos mas dominantes; de los once acueductos de cónsules y cesares, se restablecen tres desde luego; arcos y mas arcos traen rios enteros de la lejanía, y van descargando sobre depósitos de mármol raudales beneficiosos y vistosos; y el viandante, en ademan de trepar á la cima de San Pedro, se detiene, cómo clavado en una columna Ejipcia berroqueña, que se encumbra entre dos surtidores elevadísimos, hasta la altura de ciento y veinte pies. El estudiosísimo anticuario ha ido formando el mapa, la descripcion y el conjunto de los monumentos de Roma (71), y las huellas de los héroes, y los restos, no de la supersticion, sino del imperio, se estan visitando afectuosísimamente por un sinnúmero de peregrinos desalados y venidos hasta de las rejiones, antes mas montaraces del norte.

Tan ínclitos peregrinos y lectores ansiosos acudirán tal vez á la Historia de la Decadencia del Imperio Romano hasta su postrer fracaso; decoracion grandiosa y preeminente cual ninguna de los anales humanos. Se eslabonan causas y efectos, con acontecimientos peregrinos; la políti-

ca recóndita de los Césares mantenedores del nombre y remedo de una república desahogada y cabal; el desenfreno de un despotismo militar; el asomo, progresos y sectas del Cristianismo; la fundacion de Constantinopla; la division de la monarquía; la invasion y establecimiento de Bárbaros de Termania y Escitia; las instituciones de la ley civil; la índole y relijion de Mahoma; la soberanía temporal de los papas; el restablecimiento y menoscabo del tiempo occidental de Carlomagno; las cruzadas de los Latinos al Oriente; las conquistas de Turcos y Sarracenos; el esterminio del Imperio Griego; el estado y revoluciones de Roma en la edad media. Descantará el Historiador la entidad y trascendencia de su tema; pero el hacerse cargo de su escaso desempeño, tiene que disculparse en gran manera con la pequeñez de sus materiales. Entre los mismos escombros del Capitolio, me sobrevino el peregrino arranque de una empresa, que por cerca de veinte años ha estado entreteniendo y afanando mi vida, la cual muy ajena del complemento que ansiaba mi ánimo, logro por fin ponerla en manos de un público solícito y candoroso.

Pausana 27 de Junio de 1781.

NOTAS

correspondientes al capítulo septuajésimoprimero.

(1) Mencioné ya (l. XV) el siglo, índole y escritos del Poggio, puntalizando la fecha de aquel parto elegantísimo sobre los vaivenes de la suerte.

(2) Concedimus in ipsis Tarpeiæ arcis ruinis pene ingens portæ cuyusdam, ut puto, templi marmoreum limen plurimasque passim confractos columnas unde magna ex parte prospectus urbis patet (p. 5.)

(3) Eneid. VIII, aquel cuadro antiguo tan adecuadamente traido y tan primorosamente desempeñado, no podia menos de interesar entrañablemente á un Romano, y desde los primeros rudimentos, estamos siempre dispuestos á condolernos de aquellas antiguas y sublimes pinceladas.

(4) Capitolium adeo.... inmutatum ut vineæ in senatorum subsellia succecesserint stercorum ac purgamentorum receptaculum factum. Respice ad

Palatinum montem... vasta rudera... colles per lustra omnia vacua edificiis ruinisque oppulentum conspiciis. (Poggius de varietate fortunæ, p. 21)

(5) Véase Poggio p. 8— 22.

(6) Liber de mirabilibus Romæ, ex registro Nicolai cardinalis de Aragonia, in bibliotheca Sancti Isidori, Armario IV núm. 69. Este tratadillo con algunas notas breves pero oportunas, se publicó por Monfaucon (Diarium italicum p. 2834, quien manifiesta así su concepto crítico. Scriptor XIII circiter sæculi, ut ibidem notatur; antiquariæ rei imperitus, et ut ab illo ævo, nugis et fabellis anilibus refertur; sed quia monumenta quæ iis temporibus Romæ super erant pro módulo recenset, non parum inde lucis mutabitur qui Romanis antiquitatibus indagandis operam navabit (p. 283).

(c) En cuanto á Faustina y Galieno estaba la una en la via Nometana est alter prœterea Galieno principi dicatus ut superscriptio indicat *Via Nomentana*. Hobhuse p. 154. Menciona igualmente el Poggio el edificio que Gibbon dice ambiguamente « se pudiera pasar por alto. » — M.

(7) El padre Mabillon (Analecta tom. IV. etc.) ha dado á luz un peregrino anónimo del siglo IX quien en su visita por las iglesias y lugares santos de Roma apunta varios edificios, con especialidad pórticos que luego desaparecieron antes del siglo XIV.

(8) Acerca del Septizonio véanse las Memorias sobre el Petrarca (tom. III etc. Donato p. 338) y Nardini (p. 117 etc.).

(9) Remotísima y desconocida es la edad de las pirámides, puesto que Diodoro Sículo (tom. II. I) no alcanza á determinar si se construyeron mil ó tres mil y cuatrocientos años antes de las ciento y ochenta Olimpiadas. Estrechando Marsham la reseña de las dinastías Ejipcias, viene á fijarlas en dos mil años antes de Cristo (Canon Chron. etc. p. 47).

(10) Véase la arenga de Glauco en la Ilíada. Este rasgo naturalísimo y melancólico menudea en Homero.

(11) La erudicion crítica de M. Vignoles (Historia de la república literaria, etc., va fechando el fuego de Roma desde A. D. 64, julio 19, y la persecucion subsiguiente de los Cristianos desde el noviembre 15 del mismo año.

(12) Quippe in regiones quatourdecim Roma dividitur quarum quatuor integræ manebant, tres solo tenus dejectæ, septem pauca tectorum vestigia supererant, lacera et semiusta. Entre los restos malogrados para siempre Tácito cuenta el templo de la Luna de Servio Tulio, el santuario ó el ara consagrada por Evandro præsenti Herculi; el templo de Júpiter Stator, voto de Rómulo, el palacio de Numa, el templo de Vesta cum Penatibus populi Romani. Va luego deplorando las opes tot victoriis quæ-

sitæ et Græcarum artium decora... multa quæ seniores meminerant quæ reparari nequibant. (Annal· XV etc.)

(13) A. U. C. 507, repéntina subversio ipsius Romæ prævenit triumphum Romanorum... diversæ ignium aquarumque clades pene absumsere urbem. Nam biberis insolitis auctus imbribus, et ultra opinionem vel magnitudine vel diuturnitate redundans, *omnia* Romæ ædificia in plano posita delevit. Diversæ qualitates locorum ad unam convenere perniciem quoniam et quæ segnior inundatio tenuit malefacta disolvit et quæ cursus torrentis invenit, impulsa dejecit. (Oros. Hist. l. IV, c. 12, etc.). Pero hay que advertir como es el ahincado empeño del apolojista cristiano el abultar mas y mas los quebrantos del mundo Pagano.

(14) Vidimus flavum Tiberim retortis
Littore Etrusco violenter undis,
Ire dejectum monumenta Regis
Templaque Vestæ. Horat.

Contradicen estos rasgos poéticos lo del fuego de Neron con el estrago de las moles vetusiísima et incorrupta.

(15) Ad coercendas inundationes alveum Tiberis laxavit, ac repurgavit, completum olim ruderibus et ædificiorum prolapsionibus coartatum (Suet. in Aug. c. 30).

(16) Tácito, Annal. I 78) refiere la solicitud de varios pueblos al senado contra aquella providencia, y nos complacemos con tamaño adelanto en racionalidad. En igual trance hay siempre que contar con intéreses locales; pero una cámara de Comunes desecharia con menosprecio los reparos supersticiosos « de que la naturaleza habia apropiado á cada rio su debido cauce, etc. »

(17) Véanse las Epocas de la naturaleza del elocuente y filosófico Buffon. Su cuadro de la Guayana en la América Meridional está retratando al vivo un territorio nuevo y montaraz, en que campean las aguas á su albedrío sin que industria humana acuda á enfrenarlas. (edit. en 4.° p. 212, etc.).

(18) Addisson en sus viajes por Italia (tom. II) ha observado este hecho curioso á indisputable.

(19) Pero aun modernamente el Tíber alguna vez se desmanda y estraga la ciudad y en el año de 1557 y 1598 los anales de Muratori tienen tres avenidas memorables y asoladoras. (tom. XIV, p. 99).

(20) Con este motivo debo manifestar, que por doce años he olvidado ú desatendido la huida de Odin, de Asof á Suecia que nunca creí de veras. Los Godos vienen á ser Jermanos; pero en las antigüedades de Jer-

mania, en tramontando á César y Tucico, ya todo viene á ser lobreguez y patraña.

(21) Como queda dicho en varias partes de esta historia.

(22) In eodem tempore petiit á Phocate principe templum quod appellatur *Pantheon*, in quo fecit ecclesiam Sanctæ Mariæ, semper virginis, et omnium martyrum, in qua ecclesiæ princeps multa bona obtulit. (Anastasius, vel potius liber Pontificalis in Bonifacio IV, in Muratori, Script. Rerum italic. tom. III etc.). Segun el anónimo de Monfaucon, Agripa habia dedicado el Panteon á Cibeles y Neptuno, y Bonifacio IV en las calendas de noviembre á la Vírjen, quæ est mater omnium sanctorum (p. 297, 29 8).

(23) Flaminio Vacca, en Monfaucon y en Nardini, Roma Antica y varios Romanos en doctrina graves vivian persuadidos á que los Godos sepultaron sus tesoros en Roma, dejando las señas á los hijos, filiis et nepotibus. Refiere pasos que comprueban como aquellos sitios fueron rejistrados y despojados por peregrinos transalpinos, como herederos de los conquistadores Godos.

(*b*) No estaban facultados los papas para disponer de edificios y escombros, estando todo reservado al emperador. Véanse Bunsen y Platner vol. I etc. — M.

(24) Omnia quæ erant in ære ad ornatum civitatis deposuit, sed et ecclesiam B. Mariæ ad martires, quæ de tegulis æris cooperta discooperuit (Anast. etc.). El Griego ruin y sacrílego no tuvo ni el mezquino pretesto de saquear un templo pagano, pues ya á la sazon el Panteon era una iglesia Católica.

(25) Sobre los despojos de Ravena (musiva atque marmora) véase el otorgamiento orijinal del papa Adriano I á Carlomagno (Codex Caroli in Muratori, etc.).

(26) Voy á citar el testimonio auténtico del poeta Sajon (A. D. 887 etc.) de Rebus gestis Caroli Magni l. V en los historiadores de Francia (tom. V p. 180):

Ad quæ marmoreas præstabat Roma columnas,
Quasdam precipuas pulchra Ravenna dedit.
De tam longinqua poterit regione vetustas
Illius ornatum Francia ferre tibi.

Añadiré de la Crónica de Sijiberto (Historiadores de Francia tom. V, etc.) extruxit etiam Aquisgrani basilicam plurimæ pulchritudinis ad cujus structuram á ROMA et Ravenna columnas et marmora devehi fecit.

(27) No puedo menos de citar un paso larguillo del Petrarca (Opp. p. 534 etc.) in Epistola hortatoria ad Nicolaum Laurentium, por ser tan briosa y esmerada al intento: Nec pudor aut pietas continuit quominus impii, spoliata Dei templa, occupatas arces, opes publicas, regiones urbis, atque honores magistratuum inter se divisas (*habebant?*); quam una in re, turbulenti ac seditiosi homines et totius reliquiæ vitæ consiliis et rationibus discordes, inhumani fœderis stupenda societate convenirent, in pontes et mœnia atque inmeritos lapides desœvirent. Denique post si vel sepuio collapsa palatia, quæ quondam ingentes tenuerat, viri post dirutos arcos triumphales (unde forsitan majores horum corruerunt) de ipsius vetustatis ac propriæ impietatis fragminibus vilem questûm turpi mercimonio captare non putuit. Itaque nunc, heu dolor! heu scelus indignum! de vestris marmoreis columnis, de liminibus templorum (ad quæ nuper ex orbe toto concursus devotissimus fiebat) de imaginibus sepulchrorum sub quibus patrum vestrorum venerabilis civis (*cinis?*) erat, ut reliquas sileam desidiosa Napolis adornatur. Sic paulatim ruinæ ipsæ deficiunt. Y el príncipe Roberto era amigo del Petrarca.

(28) Carlomagno, sin embargo se bañó y nadó en Aquisgran con un centenar de palaciegos, Eginhart c. 22 etc., y Muratori va describiendo aun por el año de 814, los baños públicos construidos por Italia en Spoleto etc. (Annal tom. VI etc.).

(29) Véanse los Anales de Italia, A. D. 988. Sobre este hecho y el anterior véase el Beneditino Mabillon.

(30) Vita di Sisto Quinto da Gregorio Leti, tom. III, etc.

(*c*) Por las citas en la disertacion de Bunsen se està viendo que seguia y siguió aquel afan asolador, pues, conceptuando á la antigua Roma como entera á donde la iglesia, los barones y hasta el menestral para su choza acudian en busca de materiales.

(31) Porticus ædis Concordiæ, quam cum primum ad urbem accessi vidi fere integram opere marmoreo admodum specioso Romani postmodum ad calcem ædem totam et porticus partem dijectis columnis sunt demoliti (p. 12). Y así ni asonada en el siglo XIII como he leido en el manuscrito antiguo del Goberno civile di Roma, ni otra causa derribó el templo de la Concordia, y conceptuo se atribuyó equivocadamente á Gravino. Tambien afirma Poggio que se quemó para cal el sepulcro de Cecilio Metelo (p. 19 y 20).

(32) Compuesto por Æneas Silvio, despues papa Pio II, y publicado por Mabillon, de un manuscrito de la reina de Suecia (Musæum Italicum, etc.).

Oblectat me, Roma, tuas spectare ruinas:
Ex cujus lapsu gloria prisca patet.

Sed tuus hic populus muris defossa vetustis
Calcis in obsequium marmora dura coquit.
Impia tercentum si sic gens egerit annos
Nullum hinc indicium nobilitatis erit.

(33) Vagabamur pariter in illa urbe tam magna, quæ cum propter spatium vacua videretur, populum habet inmensum (Opp. p. 605 etc.).

(34) Estos padrones de Roma en diversas épocas se han sacado de un tratado injenioso del médico Laucesi de Romani Cœli Qualitatibus (p. 122).

(35) Cuantos hechos corresponden á las torres de Roma y demás ciudades de Italia se hallarán en la recopilacion trabajosa pero entretenida de Muratori Antiquit. Italiæ medii Ævi dissert, XXVI, tom. II etc.

(36) Como por ejemplo, templum Jaui nunc dicitur, turris Centii Frangipanis, et sane Jano impositæ turris lateritiæ, conspicua hodieque vestigia supersunt. (Montfaucoq Diario Itálico p. 18). El anónimo (p. 285) va enumerando, Arcus Titii turris cartularia; arcus Julii Cæsaris et senatorum, turres de Bratis; arcus Antonini, turris de Consectis, etc.

(37) Hadriani molem.... magna ex parte romanorum injuria... disturbavit quod certe funditus evertissent, si eorum manibus pervia ebsumptis grandibus saxis, reliqua moles extitisset. (Poggius de Variet. etc.).

(38) Contra el emperador Enrique IV (Muratori Ann. etc.)

(39) Tengo que copiar un paso importante de Montfaucon. Turris ingens rotunda... Cæciliœ Metellæ... sepulchrum erat, cujus muri tam solidi, ut spatium perquam minimum inter vacuum supersit; et *Torre di Bove* dicitur, á boum capitibus murum inscriptis. Huic sequiori ævo, tempore intestinorum bellorum, ceu urbecula adjuncta fuit, cujus mœnia er turres etiam nunc visuntur ita ut sepulchrum Metellæ quasi arx oppiduli fuerit. Ferventibus in urbe partibus cum Ursini et Columnienses mutuis cladibus perniciem inferent civitati in utriusve partis ditionem cederet magni momenti erat (p. 142).

(40) Véanse los testimonios de Donato Nardini y Montfaucon... Permanece el sepulcro. —M.

(41) Jaime cardenal de san Jorje ad velum aureum, en su vida versificada de Celestino V (Muratori Script. Ital. tom I etc.

Hoc dixisse sat est Romam caruise Senatu
Mensibus exactis heu sex, belloque vocatum (*vocatos*)
In scelus, in socios, fraternaque vulnera patres;
Tormentis jecisse Viros immania saxa;
Perfodisse domos trabibus fecisse ruinas

Ignibus ; incensas turres , obscuraque fumo
Lumina vicino , quo sit spoliata supellex.

(42) Muratori (dissertat. etc.) trae que solian tirar balas de piedra de hasta doscientas á trescientas libras de peso, y se regulan de á XII y aun XVIII *cantaros* de Jénova cada una de 150 libras.

(43) La ley V, de los Viscontis, veda aquella práctica jeneral y perniciosísima, encargando rigurosamente que la casa de todo ciudadano ausente ú desterrado, se conservase por la utilidad comun. (Gualvanes de la Flamma, en Muratori Script. tom. XII).

(44) Así espresa el Petrarca con su amigo quien con rubor y lágrimas le habia mostrado las mœnia, laceræ specimen miserabile Romæ y le manifiesta su propio ánimo de restablecerlas (Carmina latina, Paulo Annibalensis XII etc.).

Nec te parva manet servatis fama ruinis,
Quanta quod integræ fuit olim gloria Romæ,
Reliquiæ testantur adhuc; quas longior ætas
Frangere non valuit, non vis aut ira cruenti
Hostis, ab egregiis franguntur civibus, heu ! heu !
—————— Quod *ille* neqnivit (*Hannibal*)
Perficit hic aries.

(*g*) Ha manifestado Bunsen, que los avances asoladores del emperador Enrique IV y mas de Roberto Guiscard, quien iba quemando barrios enteros, causó el mayor esterminio á la ciudad antigua tom. I etc. — M.

(45) La cuarta parte de la Verona illustrata del marqués Maffei se dedica espresamente á los anfiteatros y con especialidad á los de Roma y Verona sus dimensiones, galerías de madera, etc. Su nombre de *Coliseo* ó *Coloseo* dimana de su grandiosidad, puesto que se apellidó igualmente el anfiteatro de Capua, sin el acompañamiento de estatua colosal, pues la de Neron se levantó en su propio atrio, y no en el Coliseo. (P. IV p. 15 etc.).

(46) José Maria Suarez, obispo doctísimo y autor de una historia de Prenesto compuso una disertacion peculiar sobre las seis ó siete causas probables de aquellos agujeros, reimpresa despues en el tesoro Romano de Saleugre. Montfaucon (Diario p. 233) sentencia que el saqueo de la barbarie es unam germanamque causam foraminum.*

(47) Donato Roma Vetus et Nova p. 285.**

(*) Bunsen demuestra la imposibilidad de esta teoría tom. I etc. — M.

(**) Gibbon sigue á Donato, quien supone que en el siglo XII se planteó una

(48) Quandiu stabit Colyseus stabit et Roma, quando cadet Colyseus, cadet Roma; quando cadet Roma cadet et mundus (Beda in excerptis etc.) Este dicho es de los peregrinos Anglo-Sajones que visitaron á Roma, antes de 735, época de la muerte de Beda, pues no creo que nuestro venerable monje atravesase jamás el mar.

(49) No me cabe recapacitar en Muratori, Vidas orijinales de los papas (Script. Rer. Ital, etc.) el paso que acredita aquella particion hostil que debe apropiarse al fin del siglo XI ó al principio del XII.*

(50) Aunque yace la obra del circo Agonal, conserva todavía la planta y el nombre (Agona, Navona); y el interior proporciona campo suficiente para las carreras. Pero el monte Testáceo, aquel estraño hacinamiento de alfarería rota, tan solo parece adecuado para derrotar desde su cumbre algunas carretadas de cerdos vivos para recreo del populacho (Statuta urbis etc.).

(51) Véanse Statuta, l. III etc. Ya dí allá un apunte de aquel código concejil. Suenan igualmente las carreras de Navona y Monte Testáceo en el diario de Pedro Antonio (Muratori Script. tom. XXIV etc.

(52) El *Palio* que Menaje deriva tan desatinadamente de *Palmario.* es una dilatacion muy obvia del concepto y de la palabra, de la ropa ó vestido á los materiales, y de estos á su aplicacion como premio (Muratori dissert. etc.).

(53) Para estas espensas tenian que pagar anualmente los Judíos de Roma hasta 1130 florines de los cuales la suerte de treinta representaba las piezas de plata por las cuales Judas vendió á su maestro á los antepasados. Tambien habia su carrera á pie para los Judíos como para los Cristianos, entre la mocedad (Statuta).

(54) Está descrita aquella corrida estraordinaria de toros en el coliseo por tradicion mas bien que por memoria especial por Luis Buoconte Monadesco y en los fragmentos mas antiguos de Anales Romanos (Muratori tom. XII etc.), y por mas anovelados que parezcan estan brotando verdad y colores naturales en todas sus partes.

(55) Muratori trae una disertacion, la XXIX, aparte sobre estos juegos de los Italianos en la edad media.

(56) El abate Barthelemy, en una memoria lacónica y esmerada

manufactura de seda en el mismo Coliseo. Los Bandonarios y Banderarios eran los empleados que tremolaban los estandartes de sus *escuelas* delante del papa. Hobhouse p. 169. — M.

(*) Se menciona la division in Vit. Innoc. II pap. ex cardinale Aragonio (Script. Rer. etc.) y Gibbon pudo dar con otros mil recuerdos, y en otras fechas. Hobhouse, ilustraciones, etc. p. 133. — M.

(Mem. de la Acad. tom. XXVIII etc.) menciona el convenio de las facciones en el siglo XIV, de Tiburtino faciendo en el coliseo del acta orijinal en los archivos de Roma.

(57) Coliseum... ob stultitiam Romanorum *majori* ex *parte* ad calcem deletum, prorumpe airado el Poggio (p. 17): pero su espresion, demasiado conceptuosa para este siglo, debe aplicarse con ahínco al décimoquinto.

(58) De los monjes Olivetanos Montfaucon (p. 143) afirma este hecho por los manuscritos de Flaminio Vacca (núm. 72). Esperanzaron siempre coyuntura para rehacerse con su posesion.

(59) Montfaucon, despues de ir midiendo (p. 142) el jiro primitivo del anfiteatro añade únicamente que se mantenia cabal con Paulo III tacendo clamat. Muratori (Annali d'Italia tom. XV etc.) mas desahogadamente refiere el atentado del papa Farnesio y la ira del pueblo Romano. Contra los sobrinos de Urbano VIII no tengo otro testimonio que el dicho vulgar « quod non fecerunt Barbari fecerunt Barberini. » apuntado tal vez por la semejanza del nombre.

(60) Montfaucon ya como anticuario ya como sacerdote, se arrebata así contra el esterminio del Coliseo: si non suopte merito ac pulchritudine dignum fuisset quod improbas arceret manus, indigna ras utique in locum tot martyrum cruore sacrum tantopere servitum esse.

(61) Pero los estatutos de Roma, l. III etc., multan en 500 *aureos* á todo demoledor de edificios antiguos ne ruinis civitas deformetur, et ut antiqua ædificia decorem urbis perpetuo representent.

(62) En su primera visita á Roma (A. D. 1337; véanse las Memorias sobre el Petrarca tom. I etc.). Enmudece el Petrarca miraculo rerum tantarum et stuporis mole obrutus.... Præsentia vero, mirum dictu, nihil imminuit; vere major fuit Roma, majoresque sunt reliquiæ quam rebar. Jam non orbem ab hac urbe domitum, sed tam sero domitum, miror. (Opp. p. 605 etc.).

(63) Esceptua y ensalza los conocimientos peregrinos de Juan Colonna. Qui enim hodie magis ignari rerum Romanorum, quam romani cives? Invitus dico nusquam minus Roma cognoscitur quam Romæ.

(64) Tras la descripcion del Capitolio añade: statuæ erant quod sunt mundi provinciæ et habebat quælibet tintinnabulum ad collum. Et erant ita per magicam artem dispositæ, ut quando aliqua regio Romano imperio rebellis erat, statim imago illius provinciæ vertebat se contra illam; unde tintinnabulum resonabat quod pendebat ad collum, tuncque vates Capitolii qui erant custodes senatui, etc. Menciona además el ejemplar de Sajones y Suevos, quienes avasallados ya por Agripa se sublevaron de nuevo: tintinnabulum sonuit; sacerdos qui erat in speculo in hebdomada

senatoribus nunciavit. Retrocede Agripa y sojuzga los — Persas (Anonim. Montfaucon etc.).

(65) Afirma el mismo autor que Virjilio captus á Romanis invisibiliter, exiit, ivitque Neapolim. Un májico Romano en el siglo XI, asoma en Guillermo de Malmesbury (de Gestis regum Anglorum etc.) y en tiempo de Flaminio Vacca era creencia vulgar que los estranjeros (los *Godos*), andaban invocando á los diablos, en busca de tesoros ocultos.

(66) Anonym. p. 289, Montfaucon, p. 191, advierte atinadamente, que si el representado es Alejandro, no cabe que las estatuas sean parto de Fidias, segun las Olimpiadas, ni de Praxíteles, quienes vivieron antes que el conquistador (Plinio, hist. nat. XXXIV. 19).

(67) Refiere Guillermo de Malmesbury, l. II etc., un descubrimiento portentoso (A. D. 1046) de Palas, hijo de Evandro muerto por Turno; la luz perpetua de su sepulcro, un epitafio latino el cadáver todavía cabal de un mancebo ajigantado la herida descomunal en el pecho (pectus perforat ingens) etc. Si tal patraña carecia de todo fundamento lastimémonos de los cuerpos y de las estatuas que estaban á la intemperie en aquel siglo bárbaro.

(68) Prope porticum Minervæ statua est recubantis, cujus caput integra effigie tantæ magnitudinis ut signa omnia excedat. Quidam ad plantandas arbores sirobes faciens detexit. Ad hoc visendum cum plures iudies concurrerent strepitum adeuntium fastidiumque pertæsus horti patronus, congesta humo texuit (Pogg. de Variet. etc.).

(69) Véanse las Memorias de Flaminio Vacca, al fin de la Roma Anca de Nardini (1047 en 4.°).

(70) En 1709, el vecindario de Roma, fuera de ocho ú diez mil Judíos ascendia á 138.568 almas (Viajes de Labat á España é Italia, tom. III etc.) aumentaron en 1740 hasta mas de 146 mil, y en 1765 los dejé en mas de 161.000 sin los Judíos. No me consta que hayan seguido progresando.

(71) El padre Montfaucon va repartiendo sus reparos ú observaciones en veinte dias; pudiera haberlos apellidado semanas ó meses por sus visitas en las diversas partes de la ciudad. (Diarium italicum, etc.). El docto Benedictino hace su reseña desde los primeros topógrafos de la antigua Roma; los primeros conatos de Blundo, Fulvio, Marciano y Fauno, los ahincados afanes de Pirro Ligorio, así su desempeño literario correspondiera á sus desvelos; los escritos de Onufrio Pauvino, qui omnes obscuravit y los libros recientes pero imperfectos de Donato y Nardini. Pero Montfaucon suspira todavía por otro plan y descripcion mas cabal de la ciudad antigua que debiera desempeñarse bajo la planta siguiente: 1. Medida del ámbito é intermedios de escombros. — 2. Estudio de las inscrip-

ciones y de los sitios donde se hallaron. — 3. Pesquisa de todas las actas, escrituras, diarios de la edad media que nombran algun sitio ó edificio de Roma. El obron, por decirlo asi, que propone el erudito necesita el arrimo y munificencia de príncipes y del público entero; pero el proyecto moderno de Nolli (A. E. 1748) suministra un cimiento sólido y esmerado para la topografía antigua de Roma.

FIN.

A Gibbon, el Traductor.

Tantum alios inter caput extulit omnes,
Quatum lenta solent inter viburna cupressi.
VIRJIL.

Descolló con su frente, á la manera
Del cipres sobre el mimbre, hasta la esfera.

Almo loor al ínclito portento,
Loor sin fin al inmortal dechado,
Que en el ámbito inmenso de su Historia,
Cifró lo sumo del saber humano.

Al ver en pompa, y con matiz subido,
El orbe todo al vivo retratado;
Cuanto horroriza la Maldad sañuda,
En denegrido y pavoroso cuadro,
Tanto (cual Virgen del sin-par Murillo)
La inefable Virtud, con puros rasgos,
Endiosada aparece en el empíreo,
La fantasía atónita embargando.

Con ceño augusto y majestad romana,
Sí, al son perenne de triunfal aplauso,
Raudo Salustino y Tácito profundo,
Catástrofes inmensas historiando,
Sus claras sienes del sepulcro alzaron;
Con mil obsequios, á porfía entrambos,
Sus ínclitas guirnaldas ofrecieran
Al escelso Adalid que, en vuelo osado,
Al sólio se encumbró de su carrera.

Allí Minerva, en su vital regazo,
Lo abrazó, lo estrechó, con un torrente
De entrañables y espléndidos halagos;
Y con tenaz ahinco fue vertiendo
Sabiduría en su sediento lábio.
En maternal afan mas y mas arde,
Y exhalando cariño redoblado,
En él con tierna majestad se espeja,
Y prorumpe, en acento sobrehumano:
« Mira el coloso del Romano imperio,
Y al despeñarse, por el rumbo infausto
De tantas tantas bárbaras conquistas,
O bien sumirse en yecto menoscabo,
Rasguea al vivo, con sublime pompa,
La trajedia sangrienta de mil años;
Sombreando, en pavoroso desenlace,
La catástrofe horrenda de Bisancio. »

Luego, al vaiven del maternal arrullo,
En su pecho la gloria consagrando,
De la Verdad augusto lo enamora,
Entre aquel señorío ajigantado,
Cuyos fragmentos, tras su vil destrozo,
En poderosos reinos se trocaron....
Y todo lo abarcó el sin-par Alumno.

Al contemplar su objeto idolatrado,
Arde sin fin su escelsa fantasía,
Y mas y mas, con peregrinos rasgos,
Labra en realce el portentoso mapa
Que en perspectiva inmensa va mostrando,
Y en rudo vuelo el orbe señorea;
Cual águila imperial que, en pos del astro
Animador de plantas y vivientes,
Se remonta con rumbo denodado.

La Equidad es el sol que á Gibbon guia.
Y resplandece, en sus grandiosos cuadros,
Con tan intenso ardor, que el torpe Vicio,
Ante la imágen celestial postrado,
En vil oprobio contrapuesto yace.

Entre el vaiven violento y sanguinario,
Brilla una alfombra de vistosas flores,
Rie un pensil de frutos regalados,
Y en teatral decoracion campean
Florestas, mieses, cumbres y peñascos;
Y ostentosas ciudades y jentío
Que en paz risueña, ó en guerrero estrago,
Aparece y descuella y vive y habla,
Obra cabal de tan maestra mano.

Al par de la política sublime
Que reina con poético entusiasmo,
Su acendrada Moral, su recta punta
Al escritor mágnanimo franqueando;
Las humanas acciones sentenciadas
Quedando van ante su escelso escaño.

Cuantas naciones por el ancho globo,
El Romano confin hollar osaron,
Todas al vivo osoman retratadas
Del alto númen al pincel gallardo;
Y leyes, religion, costumbres, traza,
Indole y armas y nativo estado,
A su debido punto, en fiel reseña,
Cuajan el pintoresco anfiteatro.

Y entretanto la májica elocuencia,
Con grandioso y dignísimo aparato,

Los objetos rasguea é ilumina,
En negras sombras, ó en matiz dorado;
Y hasta el raudo Británico lenguaje,
Con general asombro y propio pasmo,
De confin á confin de la alta Historia
Campea con blason Ciceroniano.

Mas la Crítica sábia allá rastrea
Algun lunar en el inmenso cuadro,
Y con afan solícito acabala,
La suma perfeccion y el logro ansiado:
Y al par entonces fervorosas todos
Desfogan su ardientísimo entusiasmo.

La Europa entera, en sus modernas habla
Fue la escelsa presea atesorando;
La España sola, con la augusta pompa
De su grandioso idioma castellano,
En tan indigna privacion yacia....
Salga, ya es hora, del baldon aciago;
Arroje allá tan vergonzoso sueño;
Salga por fin, con esplendor galano,
De esa oficina activa y descollante
Que tanto escrito ameno, culto y sabio,
Con redoblado afan y fausto tino,
A la pública luz está mostrando.

Ea, el primer Historiador del orbe,
Con entrañable y general aplauso,
Por siempre cunda, y la nacion adore
De la Razon el inmortal sagrario.

JOSÉ MOR DE FUENTES.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

CAPITULO LXII. Los emperadores Griegos de Niza y Constantinopla. — Ensalzamiento y reinado de Miguel Paleólogo. — Su union fementida con el Papa y la Iglesia Latina. — Intentos enemigos de Cárlos de Anjú. — Asonada de Sicilia. — Guerra de Catalanes en Asia y Grecia. — Revoluciones y estado presente de Atenas. 5

CAPITULO LXIII. Guerras civiles y desquiciamiento del imperio griego. — Reinados de los Andrónicos mayor y menor y de Juan Paleólogo. — Regencia, rebeldía, reinado y renuncia de Juan Catacuceno. — Establecimiento de una colonia jenovesa en Pera ó Gálata. — Sus guerras con el imperio y ciudad de Constantinopla. 34

CAPITULO LXIV. Conquistas de Jenjis-Khan y de los Mogoles desde la China hasta Polonia. — Salvamento de Constantinopla y los Griegos. — Oríjen de los Turcos Otomanos en Bitinia. — Reinados y victorias de Otomano, Orchan, Amurates y Bayaceto, primeros. — Fundacion y progresos de la monarquía turca en Asia y Europa. — Peligro de Constantinopla y del imperio griego. 60

CAPITULO LXV. Ensalzamiento de Timur ó Tamerlan al sólio de Samarcanda. — Sus conquistas en Persia, Jeorjia, Tartaria, Rusia, India, Siria y Natolia. — Su guerra turca. — Derrota y cautiverio de Bayaceto. — Muerte de Tamerlan. — Guerra civil entre los hijos de Bayaceto. — Restablecimiento de la monarquía turca por Mahometo I. — Sitio de Constantinopla por Amurates II. 98

CAPITULO LXVI. Acuden los emperadores Orientales á los Papas. — Asomadas al Occidente de Juan primero, Manuel y Juan segundo, Paleólogo. — Union de las iglesias griega y latina, esforzada en el concilio de Basilea, y concluida en Ferrara y Florencia. — Estado de la literatura en Constantinopla. — Revive en Italia con los Griegos fugitivos. — Afan y emulacion de los Latinos. 138

CAPITULO LXVII. Cisma de Griegos y Latinos. — Reinado de Amurates II. — Cruzada de Ladislao, rey de Hungría. — Su derrota y muerte. — Juan Huníades. — Scanderbeg. — Constantino Paleólogo, último emperador del Oriente. 185

CAPITULO LXVIII. Reinado ó índole de Mahometo II. — Sitio, asalto y conquista final de Constantinopla por los Turcos. — Muerte de Constantino Paleólogo. — Servidumbre de los Griegos. — Estincion del imperio Romano en el Oriente. — Consternacion de la Europa. — Conquistas y muerte de Mahometo II. 210

CAPITULO LXIX. Estado de Roma desde el siglo XII. — Dominio temporal de los papas. — Sediciones en la ciudad. — Herejía política de Ar-

naldo de Brescia. — Restablecimiento de la República. — Los Senadores. — Orgullo de los Romanos. — Sus guerras. — Quedan defraudados de la eleccion y presencia de los papas, quienes se retiran á Aviñon. — El jubileo. — Familias nobles de Roma. — Encono entre Colonas y Ursinos. 255

Capitulo lxx. Indole y coronacion del Petrarca. — Restablecimiento de la libertad y gobierno del Tribuno Rienzi en Roma. — Sus prendas, sus achaques, su espulsion y muerte. — Regreso de los papas de Aviñon. — Gran cisma en el Occidente. — Reunion de la iglesia Latina. — Ultimos conatos de la Libertad Romana. — Estatutos de Roma. — Establecimiento final del Estado eclesiástico. 300

Capitulo lxxi. Perspectiva de las ruinas de Roma en el siglo XV. — Cuatro causas de menoscabo y esterminio. — Ejemplo del Coliseo. — Renovacion de la ciudad. — Conclusion de toda la obra. 344

FIN DEL INDICE.

